

La Verdadera Religión Cristiana

La Teología Universal del Nuevo Cielo y de la Nueva Iglesia

ÍNDICE GENERAL DEL CONTENIDO

El Prefacio del Autor: La Fe del Nuevo Cielo y de la Nueva Iglesia

Capítulo 1 - Dios Creador

Capítulo 2 - El Señor, El Redentor, y La Redención

Capítulo 3 - El Espíritu Santo y la Divina Operación, y La Divina Trinidad

Capítulo 4 - La Sagrada Escritura

Capítulo 5 - El Decálogo explicado en su sentido externo e interno

Capítulo 6 - La Fe

Capítulo 7 - La Caridad (amor al prójimo) y las buenas obras

Capítulo 8 - El libre Albedrío

Capítulo 9 - El Arrepentimiento

Capítulo 10 - La Reformación y Regeneración

Capítulo 11 - La Imputación

Capítulo 12 - El Bautismo

Capítulo 13 - La Santa Cena

Capítulo 14 - La Consumación del Siglo, La Venida del Señor, El Nuevo Cielo y la Nueva Tierra

Apéndices

Nota Preliminar al lector:

Siéndome por varias razones imposible realizar mi deseo de presentar por ahora una traducción completa de La Verdadera Religión Cristiana, Y por otra parte convencido de que las verdades expuestas por Swedenborg en dicha obra, aun siendo presentadas en forma abreviada, han de prestar valioso servicio a los que con sinceridad buscan la verdad, ofrezco la presente abreviación, entre tanto que la traducción completa pueda efectuarse, deseando cordialmente que resulte un medio en la mano del Señor para bendecir a muchos.

En esta abreviación he procurado en lo posible ceñirme a la letra del original, empleando las palabras del mismo Swedenborg tanto como la forma abreviada lo ha permitido.

Jørgen Andersen, el Traductor

Sociedad Swedenborg Española

Para establecer y fomentar la Nueva Iglesia en España

Alameda, 1911

El Prefacio del Autor: La Fe del Nuevo Cielo y de la Nueva Iglesia

La Fe del nuevo Cielo y de la nueva Iglesia en su forma universal y particular (1-3).

1. En primer lugar se dará a conocer la fe en su forma universal y particular y será como una faz delante de la obra, como un portal, por el cual se entra en un templo y como la suma de los dogmas que a continuación se expondrán: Decimos la fe del Nuevo Cielo y de la Nueva Iglesia, porque el Cielo, donde están los ángeles, forma uno con la Iglesia, donde están los hombres, como lo interior y lo exterior del hombre. Por esta razón todo miembro de la Iglesia, que se halla en el bien del amor por las verdades de la fe y en las verdades de la fe por el bien del amor, es, en cuanto a su mente interior, un ángel del cielo; y después de la muerte va también al cielo y goza allí de felicidad según el estado de la conjunción entre el bien y la verdad en él. Conviene saber, que esta fe es la haz, la puerta y la suma del Nuevo. Cielo, que el Señor está formando actualmente.

2. La fe del Nuevo Cielo y de la Nueva Iglesia en su forma universal es ésta:

«El Señor ab eterno, que es Jehová, vino al mundo para subyugar a los infiernos y glorificar a Su Humano. Ningún mortal hubiese podido ser salvo si esto no se hubiese verificado, y serán salvos los que creen en El.»

Decimos forma universal, puesto que es lo universal de la fe, y lo universal es lo que ha de estar en el conjunto y en cada detalle. Lo universal de la fe es, que Dios es Uno en Esencia y en Personaren Quien hay Divina Trinidad, y que el Señor Dios el Salvador Jesucristo es este Dios. Lo universal de la fe es asimismo, que ningún mortal hubiese podido ser salvo, si el Señor no hubiese venido al mundo. Lo universal de la fe es además, que El vino al mundo A fin de apartar del hombre el infierno, y lo apartó mediante luchas contra él y victorias sobre él. De esta manera lo subyugó y lo redujo a orden y obediencia bajo Sí Mismo. Lo universal de la fe es, en fin, también que el Señor vino para glorificar a Su Humano, adoptado en el mundo, es decir, unirlo con Su Naturaleza Divina, de la que llevaba su origen. Así es que ahora mantiene a los infiernos en orden y obediencia bajo Sí Mismo. Esto no podía verificarse sino por medio de tentaciones en Su Humano, por lo cual se sometió a todas ellas hasta la última, que fue la pasión y la muerte en la cruz. Esto es lo universal de la fe con respecto al Señor.

Lo universal de la fe por parte del hombre es que debe creer en el Señor; porque por creer en El nace comunión con El, y por la comunión viene la salvación. Creer en El es tener la confianza de que El salva, y puesto que nadie puede tener esta confianza, si no conduce una buena vida, resulta que creer en El también quiere decir esto. El Señor Mismo dice en Juan:

«Esta es la voluntad del que me ha enviado, que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna» (Juan 6:40).

Y en otro lugar:

«El que cree en el Hijo tiene vida eterna; más el que es in-crédulo al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios será sobre él» (Juan 3:26).

3. La fe del nuevo Cielo y de la nueva Iglesia en su forma particular es ésta:

«Jehová Dios es el Amor mismo y la Sabiduría misma o sea el Bien mismo y Verdad misma. El Mismo en su cualidad de Divina Verdad, que es el Verbo, que era Dios con Dios, descendió y

adoptó Naturaleza Humana a fin de reducir a orden todo en el Cielo y todo en el infierno y todo en la Iglesia,»

Porque el poder del infierno prevalecía entonces sobre el poder del cielo y en la tierra el poder del mal prevalecía sobre el poder del bien, por lo cual una condenación total amenazaba a todos. Esta inminente condenación previno Jehová Dios mediante Su Naturaleza Humana, que era la Divina Verdad, redimiendo así a ángeles y a hombres. Des-pues unió en Su Naturaleza Humana la Divina Verdad al Divino Bien o sea la Divina Sabiduría al Divino Amor, volviendo así a Su Naturaleza Divina en la cual estaba desde la eternidad, ahora junto con Su Naturaleza Humana y en-vuelto en ella. Esto es lo que significan las siguientes palabras en Juan:

«El Verbo era con Dios y Dios era él Verbo—y el Verbo fue hecho carne» (Juan 1:1, 14).

Y en el mismo:

«Salí del padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al padre» (Juan 16:28).

Y además éstas:

«Sabemos que el Hijo del Hombre es venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero en Su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna» (1 Juan 5:20).

Por esto es claro que nadie hubiese podido ser salvo, si el Señor no hubiese venido al mundo, y el caso es idéntico ahora; porque si el Señor no viene al mundo, por segunda vez, en la Divina Verdad, que es el Verbo, no puede hombre alguno ser salvo.

Lo particular de la fe por parte del hombre es:

- 1) Que Dios es Uno, en Quien hay Divina Trinidad, y que el Señor Dios el Salvador Jesucristo es este Dios.
- 2) Que la fe salvadora es creer en El.
- 3) Que no se debe obrar el mal, puesto que es del diablo y procede del diablo.
- 4) Que se debe obrar el bien; puesto que es de Dios y procede de Dios.
- 5) Y que el hombre debe hacer .estas cosas como si las hiciese por su propia virtud, debiendo sin embargo creer, que son del Señor en el hombre y por conducto del hombre.

Los dos primeros puntos pertenecen a la fe, los dos siguientes al amor al prójimo y el último a la unión del amor y la fe, y por consiguiente a la comunión del Señor con el hombre.

CAPÍTULO 1

El Índice del Capítulo

Dios Creador

1. Toda la Sagrada Escritura y por ello las doctrinas en las iglesias en el mundo cristiano, enseñan que Dios es uno. (5-7)
2. Un influjo universal de Dios tiene lugar en las almas de los hombres, de que hay un Dios y que El es Uno. (8)
3. De ahí viene que en todo el mundo no hay nación que, teniendo religión y sana razón, no reconozca a Dios y que El es Uno. (9, 10)

4. En cuanto a cómo es este único Dios han diferenciado y continúan diferenciando naciones y pueblos, por varias causas. (11)
5. La razón humana puede, si quiere, por muchas cosas en el mundo percibir y concluir, que hay un Dios y que El es Uno. (12)
6. Si Dios no fuera Uno, el Universo no hubiera podido ser creado y preservado. (13)
7. El hombre que no reconoce a Dios, es excomulgado de la Iglesia y condenado. (14)
8. Con los que no reconocen a un Solo Dios, sino a más que uno, nada de la Iglesia se adhiere. (15)
9. Recuerdo. (16)

El Divino ESSE que es Jehová

1. El Dios único se llama Jehová de Esse, es decir, de esto de que El Solo es y era y será y que es el Primero y el Último, el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega. (19)
2. El Dios único es la Sustancia misma y la Forma misma y ángeles y hombres son sustancias y formas derivadas de El, y tanto como ellos están en El y El en ellos, son imágenes y semejanzas suyas. (20)
3. El Divino Esse es Esse en sí mismo y al mismo tiempo Existere en sí mismo. (21,22)
4. El Divino Esse y Existere en sí mismo no puede producir otro Divino que sea Esse y Existere en sí mismo; por consiguiente no es posible el que haya otro Dios de la misma Esencia. (23)
5. La pluralidad de Dioses en tiempos antiguos y también en tiempos modernos ha originado sola y exclusiva-mente por no comprenderse el Divino Esse. (24)

La Infinidad de Dios o sea Su Inmensidad y Eternidad

1. Dios es infinito, puesto que es y existe en Sí Mismo y que todas las cosas del Universo son y existen por El. (28)
2. Dios es infinito, porque era antes del mundo, por consiguiente antes de existir espacios y tiempos. (29)
3. Dios, desde que el mundo fue hecho, está en espacio, sin espacio y en tiempo, sin tiempo. (30)
4. La Infinidad de Dios con relación a espacios se llama Inmensidad y con relación a tiempos Eternidad, más a pensar de existir estas relaciones, nada de espacio hay en Su Inmensidad ni de tiempo en Su Eternidad. (31)
5. La razón ilustrada puede por muchas cosas en el mundo ver la Infinidad de Dios. (32)
6. Toda cosa creada es finita; y lo infinito está en lo finito como en su receptáculo y en los hombres como en sus imágenes. (34, 34)

La Esencia de Dios, que es el Divino Amor y la Divina Sabiduría

1. Dios es el Amor mismo y la Sabiduría misma y estos dos hacen su Esencia. (37)
2. Dios es el Bien mismo y la Verdad misma, porque el Bien es del Amor y la Verdad es de la Sabiduría. (38)
3. Puesto que Dios es el Bien mismo y la Sabiduría misma es también la Vida misma, que es Vida en Si Misma. (39, 40)
4. El Amor y la Sabiduría en Dios forman uno. (41, 42)
5. La esencia del Amor es amar a otros, fuera de sí mismo, desear ser uno con ellos, y hacerlos felices de sí mismo. (43-45)
6. Estas tres propiedades esenciales del Amor Divino fueron la causa de la creación del Universo, y son también la causa de su preservación. (46, 47)

La Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia de Dios

1. La Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia de Dios pertenecen a la Divina Sabiduría por virtud del Divino Amor. (50, 51)
2. No puede uno formarse idea de la Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia de Dios si antes no conoce lo que es el Orden, y si no conoce lo que al Orden pertenece, es decir, que Dios es el Orden y que con la creación introdujo el Orden en el Universo y en todas las cosas que hay en el mismo. (52-55)
3. La Omnipotencia de Dios procede y opera con arreglo a las leyes de Su Divino Orden en todo el Universo y en cada detalle del mismo. (56-58)
4. Dios es Omniscio, esto es, percibe, ve y conoce todas las cosas, hasta el más mínimo detalle, de lo que sucede en acuerdo con el Orden y mediante esto igualmente lo que sucede contrariamente al Orden. (59-62)
5. Dios es Omnipresente desde las primeras hasta en las últimas cosas de Su Orden. (63, 64)
6. El hombre fue creado forma del Divino Orden (65-67).
7. El hombre se halla con poder contra el mal por la Divina Omnipotencia, en sabiduría con respecto al Bien y la Verdad por la Divina Omnisciencia y en Dios por la Divina Omnipresencia, tanto como vive en acuerdo con el Divino Orden. (68-70)

La Creación del Universo

Ninguno puede formarse idea justa con respecto a la creación del Universo, a menos de que el entendimiento entre en un estado de percepción mediante ciertos conocimientos universales, previamente adquiridos. (75)

Dos Recuerdos, describiendo la creación del Universo. (76-80)

Dios Creador

4. La Iglesia Cristiana desde el tiempo del Señor ha pasado por todos los estados de la vida desde la infancia hasta la extrema vejez. Su infancia era mientras vivían los apóstoles, quienes predicaban por todo el mundo el arrepentimiento y la fe en el Señor Dios el Salvador, según consta por el siguiente pasaje en los Hechos de los apóstoles:

«Pablo testificaba a los judíos y a los gentiles arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo» (Hechos 20:21).

Digno de mencionarse es, que el Señor, hace algunos meses, juntó a Sus doce discípulos, enviándolos, por el mundo espiritual con el encargo de predicar allí nuevamente el evangelio, puesto que la iglesia, que el Señor estableció por medio de ellos, había llegado a tal grado de consumación, que apenas quedaba de ella algunos remanentes, siendo la causa el haber dividido la Divina Trinidad en tres Personas, cada una de las cuales ha de ser Dios y Señor, a consecuencia de lo cual una especie de frenesí se ha declarado en la teología y por consiguiente en la Iglesia, que del Señor lleva el nombre de Cristiana. Decimos frenesí, porque a consecuencia de la división del Divino Sor en tres Personas, se ha apoderado de las mentes humanas un delirio tal, que no saben ya si Dios es Uno o si hay varios Dioses. La boca dice uno, pero la mente piensa tres, por lo cual hay desacuerdo entre la mente y la boca, o sea entre el pensamiento y el

habla, cuyo desacuerdo conduce a la conclusión de que no hay Dios alguno. El Naturalismo, que actualmente florece en el mundo, no tiene otra causa. Si la mente piensa tres mientras los labios dicen uno, el pensamiento y las palabras se rechazan mutuamente en el interior y por esta razón el hombre, cuando piensa en Dios, apenas tiene más idea de El que la que expresa la mera palabra Dios, careciendo de toda percepción de su verdadero porte y alcance, cuya percepción viene por conocimientos referentes a El. Ahora bien; puesto que la idea y todo verdadero concepto de Dios ha sido de esta manera deshecho y destruido, trataremos, en lo que sigue, por su orden procedente, de Dios Creador; del Señor, el Redentor; del Espíritu Santo, el Operador, y de la Divina Trinidad, a fin de que lo deshecho y destruido sea de nuevo unificado y restablecido, lo cual tiene lugar, cuando la razón humana se convence por el Verbo y por la luz, que del mismo procede, de que la Divina Trinidad existe en el Señor Dios el Salvador JesuCristo, como el alma, el cuerpo y la vida que sale del hombre, y que por consiguiente es verdad lo que dice el Credo de Atanasio que:

«Era Cristo Dios es Hombre y el Hombre es Dios, o sea que lo Divino y lo Humano no son dos, sino en una misma persona, y que así como él alma racional y la carne constituyen un hombre, así Dios y Hombre constituyen un Cristo.»

La Unidad de Dios

5. Puesto que el reconocimiento de Dios, que viene por conocimientos referentes a El, es la esencia y el alma misma de cuanto hay en la teología universal, es necesario, que un exordio sea hecho sobre la Unidad de Dios, la cual será demostrada por su orden en los siguientes ocho artículos.

Toda la Sagrada Escritura, y por ello las doctrinas de las iglesias en el mundo cristiano, enseñan que Dios es Uno.

6. Toda la Sagrada Escritura enseña que hay un Dios, porque en su más íntimo está Dios Mismo, es decir, lo Divino que procede de Dios. El Verbo fue dictado por Dios, y de Dios sólo puede proceder lo que es El Mismo y que se llama lo Divino. Esto es lo que está en lo más íntimo de la Sagrada Escritura; pero en sus verdades derivadas, que están debajo y que proceden de lo más íntimo, se halla acomodada a la percepción de ángeles y hombres. Estas derivaciones son también Divinas, más tienen otras formas, que se llaman lo Celestial Divino, lo Espiritual Divino y lo Natural Divino, cuyas formas en realidad son vestiduras de Dios, puesto que Dios Mismo, tal como es en lo más íntimo del Verbo, no puede ser visto por criatura alguna (Éxodo 33:20); porque allí está Dios en Su ESSE y en su ESENCIA; más al través de las cosas acomodadas a la percepción de ángeles y hombres, trasluce lo Divino como al través de formas cristalinas, sin embargo de diferentes maneras, según el estado de mente, que el hombre se ha formado por Dios o por sí mismo. A los que han formado el estado de su mente por Dios, la Sagrada Escritura es como un espejo delante de ellos, en el cual ven a Dios, si bien cada uno le ve de su manera. Las verdades, que el hombre aprende por el Verbo y las cuales embebe mediante una vida en conformidad con ellas, componen este espejo.; Es pues evidente, que el Verbo es la plenitud de Dios. No solamente enseña que hay un Dios, sino también que Dios es Uno, lo cual consta por las verdades que, como se acaba de decir, forman el espejo; porque estas se adhieren en una sola serie, haciendo que el hombre no pueda pensar de

Dios sino como uno. Todo hombre cuya razón ha adquirido alguna santidad por el Verbo, siente en sí mismo, que Dios es uno y le parece una locura el decir que hay varios. Los ángeles no pueden abrir los labios para pronunciar la palabra Dioses porque el aura celestial, en la cual viven, se opone a ello. La Sagrada Escritura enseña que Dios es Uno, no solo universal mente, sino también particularmente en ciertos pasajes, como por ejemplo:

«Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová Uno es» (Deuteronomio 6:4) (y en Marcos 12:29).

«Cierto, en ti está Dios y no hay otro fuera de Dios» (Isaías 45:14).

« ¿No soy yo Jehová? Y no hay más Dios que yo» (Isaías 45:21).

«Yo soy Jehová, tu Dios, y no conocerás Dios fuera de mí» (Óseas 13:4).

«Así dice Jehová, Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: yo el primero y yo el postrero y fuera de mí no hay Dios» (Isaías 44:6).

«En aquel día Jehová será Rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será Uno y su nombre uno» (Zacarías 14:9).

7. La razón por la cual las doctrinas de las Iglesias en el mundo cristiano enseñan que Dios es Uno, es que, las han sacado del Verbo; pero estas doctrinas no adhieren más que en cuanto se reconozca a un solo Dios, no solamente con la boca, sino también en el corazón. Para los que profesan un solo Dios con la boca, pero tres en el corazón, lo cual es el caso con muchos actualmente en el mundo cristiano, Dios no es más que la mera palabra en la boca, y todo cuanto se relaciona con la teología, es para ellos como un ídolo encerrado en un estuche, cuya llave está en poder de los clérigos; y cuando leen el Verbo, no perciben luz alguna en él o procedente de él; ni comprenden que Dios es Uno. Para esta gente el Verbo es como si estuviera lleno de manchas y borrones y con respecto a la Unidad de Dios es para ellos enteramente cerrado. Estos son los a quienes alude el Señor en Mateo:

«De oído oiréis y no entenderéis y viendo veréis y no percibiréis. Sus ojos han cerrado para que no vean de los ojos y oigan de los oídos y del corazón entiendan y yo los sane» (Mateo 13:14; 15).

2. Un influjo universal de Dios tiene lugar en las almas de los hombres de que hay un Dios y que El es Uno.

8. Que tal influjo existe, consta por el reconocimiento universal de que todo bien genuino, que está en el hombre y es realizado por él, es de Dios. Y el Verbo dice:

«No puede el hombre recibir algo, si no le es dado del cielo» (Juan 3:27).

«Sin mi nada podéis hacer» (Juan 15:5),

Es decir, nada que sea de la caridad y de la fe. La razón por la cual este influjo tiene lugar en el alma del hombre, es que el alma es la parte más íntima y más elevada del hombre, la cual primeramente recibe el influjo de Dios, cuyo influjo luego desciende a las cosas, que están debajo, vivificándolas según la recepción. Las verdades, que han de ser de la fe, influyen por cierto por él oído y son implantadas en la mente, es decir, debajo del alma; pero estas verdades no hacen más que preparar al hombre para la recepción del influjo de Dios por conducto del alma, y tal como es la preparación tal es la recepción del influjo y tal es la transformación de la fe natural en fe espiritual. La razón, por la cual el influjo de Dios en las almas de los hombres testimonia de que Dios es Uno, es que lo Divino, tanto universal cuanto particularmente, es Dios Mismo, y puesto que lo Divino adhiere como uno, no puede dejar de inspirar la idea, de que Dios es Uno, y esta idea es corroborada cada día, a medida que el hombre es elevado por Dios a la luz del cielo, en la cual se hallan los ángeles, los cuales ni siquiera pueden pronunciar la palabra Dioses, por mucho que se esfuerzen; su habla termina al final de cada frase con un acento, que expresa unidad, y esto por causa del influjo en sus almas, de que Dios es Uno. Si a pesar de este influjo en las almas de los hombres, de que Dios es Uno, muchos sin embargo piensan, que la Divinidad consta de tres Personas, es porque el influjo, conforme desciende, cae en formas que no corresponden, y la forma recipiente modifica el influjo, como acontece con todo cuanto hay en los tres reinos de la Naturaleza: El Mismo Dios, que vivifica a los hombres, vivifica también a los animales; pero la forma recipiente hace, que el animal es animal, y el hombre. El hombre puede mediante su vida introducir en sí la forma del animal, en cuyo caso su percepción por el influjo es igual a la del animal. El influjo del Sol es el mismo en cada planta y árbol, pero sufre modificación en cada especie según la forma. El mismo influjo entra en la vid y en el espino, pero la forma recipiente hace, que en la vid produce uvas y si en la vid es injertado un espino, el influjo, al entrar de la vid en el espino, adopta la forma de este último. En cuanto a las mentes humanas varían con arreglo a la fe en Dios según sus formas, las cuales son interiormente espirituales, y estas formas se vuelven diáfanas y angelicales por la fe en un solo Dios; pero por la fe en varios Dioses, cuya fe difiere poco de ninguna fe, se vuelven, por el contrario, tenebrosas y bestiales.

3. Be ahí viene que en todo el mundo, no hay nación que, teniendo religión y sana razón, no reconozca a Dios y que El es Uno.

9. El arriba indicado influjo Divino en las almas de los hombres hace, que en todo hombre hay un dictado interior, de que existe un Dios y que El es Uno. Si a pesar de esto hay quienes niegan a Dios, reconociendo a la Naturaleza en vez de a Dios, o reconociendo a varios Dioses, o adorando a imágenes como Dioses, es porque han llenado su razón o su entendimiento con cosas mundanas y corpóreas, las cuales han extinguido en ellos la primitiva idea, que en su infancia tenían de Dios, apartando al mismo tiempo la religión de su verdadero asiento delante y echándola a sus espaldas. De qué manera los cristianos reconocen a un solo Dios consta por el credo general de su fe, que es como sigue:

La fe católica (universal) es ésta; que debemos adorar a un solo Dios en Trinidad y a la Trinidad en Unidad. Hay tres Divinas Personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y sin embargo no hay tres Dioses, sino un Solo Dios; una es la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo y su Divinidad es Una, su gloria igual y su majestad coeterna. Así el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es

Dios; pero por más que la verdad Cristiana exige que confesemos a cada uno por Dios y Señor, nos es sin embargo prohibido por la religión católica (universal) el decir tres Dioses y tres Señores,

10. Tal es la fe cristiana con respecto a la Unidad de Dios, más la Trinidad y la Unidad de Dios, aquí expresadas, son inconsistentes la una con la otra, lo cual se verá detalladamente en el capítulo que tratará de la Divina Trinidad. Las demás naciones en el mundo, que tienen religión y razón sana, coinciden en reconocer que Dios es Uno: los mahometanos en su imperio, los africanos en muchos reinos de su continente y los asiáticos en muchos del suyo, además los Judíos del presente tiempo. De la raza primitiva en la edad de oro los pueblos que tenían religión, adoraban a un solo Dios a Quien llamaban Jehová; de igual manera los pueblos antiguos en la edad subsiguiente, antes de establecerse gobiernos monárquicos, cuando los amores mundanos y corpóreos empezaron a obstruir las regiones superiores del entendimiento, que hasta entonces estaban abiertas y eran como templos y recintos sagrados para la adoración de un solo Dios, Mas el Señor Dios, a fin de abrirlas nuevamente y así restablecer la adoración de un solo Dios, instituyó una Iglesia entre los descendientes de Jacob, y les puso por precepto primero y principal éste:

«No tendrás otro Dios delante de mi» (Éxodo 20:3).

Se llamó ante ellos de nuevo Jehová, cuyo término significa el Sor Supremo y único, del Cual vienen y por el Cual existen todas las cosas del universo. Los antiguos gentiles reconocían por Dios supremo a Jove, probablemente así llamado de Jehová y a varios otros, que componían su corte, revestían de divinidad, pero los sabios de la edad subsiguiente, por ejemplo Platón y Aristóteles, confesaron que estos no eran dioses, sino otras tantas propiedades, cualidades y atributos del único Dios, llamados dioses por haber en cada uno de ellos algo de lo divino.

4. En cuanto a cómo es este único Dios, han diferido y difieren naciones y pueblos por varias causas.

11. La primera causa es, que sin revelación no se puede obtener conocimientos acerca de Dios, ni por consiguiente tener reconocimiento de El, y los conocimientos, referentes al Señor, con el consiguiente reconocimiento de que «en El mora toda la plenitud de la Divinidad corporalmente», no se pueden obtener sino por medio del Verbo, que es la corona de las revelaciones; porque por medio de la revelación, dada en él, el hombre puede acercarse a Dios, recibir su influjo, y de ser meramente natural, llegar a ser espiritual. La revelación, perteneciente a la primera edad, ha recorrido todo el orbe, y el hombre natural la ha pervertido de muchas maneras, surgiendo así disputas, disensiones, herejías y cismas de religiones. La segunda causa es que el hombre natural nada puede concebir con respecto a Dios, sino solamente lo que se refiere al mundo, lo cual aplica a sí mismo; y así es que el hombre natural es opuesto al hombre espiritual, lo cual también enseña la Iglesia cristiana, y de ahí que los que por el Verbo o por otra revelación han reconocido que hay un Dios, han diferido y difieren todavía con respecto a Su cualidad y a Su Unidad. Aquellos, cuya vista mental dependía de los sentidos de su cuerpo, deseando sin embargo ver a Dios, se formaban ídolos, imágenes de oro, plata, piedra y madera, a fin de que, bajo estos objetos visibles, pudiesen adorar a Dios; y otros, que por su religión rechazaban imágenes

artificiales, se formaban imágenes ideales de Dios en el Sol, en la Luna, en las estrellas y en varias cosas de la tierra. Pero los que se consideraban sabios con preferencia de la gente común, permaneciendo sin embargo hombres meramente naturales, viendo la inmensidad y la omnipresencia de Dios en la creación del mundo, reconocían a la Naturaleza por Dios, algunos de ellos la Naturaleza en sus íntimas cosas, otros la misma en sus exteriores; y otros, con el fin de poder separar Dios de la Naturaleza, concibieron la idea de una cosa sumamente universal, la cual llamaban «Ente del Universo» (Ens Universi), y puesto que nada más saben con respecto a Dios, este Ente viene a ser para ellos un mero razonamiento. Más los conocimientos referentes a Dios son espejos o reflejos de Dios, y los que no tienen conocimientos con respecto a Dios, son como los que miran al lado posterior de un espejo y no a la luna del mismo para ver en él la imagen de una persona o una cosa. La fe entra de Dios en el hombre por una vía interior, que del alma desciende a la parte superior del entendimiento; pero los conocimientos referentes a Dios entran por una vía exterior, porque del Verbo revelado son absorbidos por el entendimiento mediante los sentidos del cuerpo, y se verifica un encuentro de ambos influjos en medio del entendimiento, donde la fe natural, que es una mera persuasión, se vuelve fe espiritual, la cual es un reconocimiento real y efectivo; el entendimiento humano es por consiguiente un vaso de refinación en el cual se verifica la transformación.

5. La razón humana puede, si quiere, por muchas cosas en el mundo percibir y concluir que hay un Dios y que El es Uno.

12. El que hay un Dios y que El es Uno puede confirmarse por innumerables cosas en el mundo visible; porque el universo es como un escenario en el cual esta verdad es representada y manifestada continuamente. Toda la Naturaleza testifica de ella, porque la demuestra en sus operaciones y la Naturaleza no opera de sí misma, sino que Dios opera por conducto de ella; y los que creen en la Divina operación, se confirman a favor de ella por todo cuanto ven en la Naturaleza; por ejemplo por la manera de nacer los árboles de su simiente, la cual a pesar de ser tan minúscula sin embargo contiene el árbol entero en sus principios; ver cómo luego se desarrolla gradualmente, echando primero la raíz, luego el tronco, las ramas, las hojas, las flores y el fruto hasta producir nueva simiente, todo sucesivamente con tal orden y precisión como si la simiente conociese el orden progresivo o el procedimiento, por el cual ha de renovarse. Ningún hombre racional puede pensar, que el Sol, que es puro fuego, conoce esto, o que puede dotar su luz y su calor de la virtud de producir tales efectos y tener por objeto usos y provechos. Todo hombre de facultad racional elevada, al ver y examinar de cerca estas cosas, piensa que son del que tiene sabiduría infinita, es decir, de Dios. Así también con respecto a la proliferación de los animales; la manera maravillosa en que el pollo es formado dentro del huevo, el cual en principio contiene el avecilla con todo cuanto es necesario para su formación, su primer desarrollo y su alimentación hasta que llegue a ser un ave, según la forma de los padres. O bien mirando los insectos y particularmente los más pequeños, microscópicos y ver cómo tienen sus órganos y sentidos completos como los animales grandes; que tienen vista, olfato, gusto y tacto, así como órganos motrices, vuelan y andan, tienen vísceras combinadas con corazón y pulmones; una multitud de estos minúsculos insectos se ven como un pequeño punto obscuro, y sin embargo cada uno de ellos es organizado de manera a poder sentir y moverse; dotado de fibras y arterias, corazón, tubos pulmonares, vísceras y cerebro, todo compuesto de la materia más pura que hay en la Naturaleza, y estos tejidos corresponden a la Vida en su más inferior grado, la cual pone en movimiento y acción la más insignificante partícula de ellos. Si la vista del ojo es

tan torpe que ve como un solo punto multitudes de tales insectos, perfectamente organizados, ¿qué puede, pues, esperarse de ella con respecto a las cosas espirituales, que son inmensamente más finas y delicadas?

Observando las aves se puede ver otras cosas maravillosas. Cada especie conoce su alimento propio y dónde lo ha de encontrar; conoce sus compañeros por el aspecto o por la voz; distinguen las aves amigas de las enemigas; saben parearse y hacen sus nidos con sumo arte; poner huevos y empollarlos; conocen la duración de la empolladura, y terminada ésta, ayudan a las crías a salir de los huevos; las aman tiernamente, cubriéndolas con sus alas y proporcionándolas alimento hasta que sean capaces de cuidarse ellas mismas. ¿No testifica esto de la Omnipotencia de Dios en la creación del Universo y de Su Omnipresencia en el mantenimiento del mismo? Todo hombre, que quiere pensar en el influjo Divino, que por medio del mundo espiritual influye en el mundo natural, puede verlo en estas cosas. Aún más sorprendente es ver a los gusanitos, llamados orugas, los más humildes é insignificantes animalitos, cómo por el goce de cierto amor buscan y aspiran a transformar su estado terrenal en uno que tiene analogía con el celestial, y a este efecto se colocan en adecuado lugar envolviéndose en un tejido, que ellos mismos producen; así se vuelven crisálidas, aurelias, ninfas y finalmente mariposas, y cuando han pasado por estos sucesivos estados, habiendo sido dotados de hermosas alas, según su especie, vuelan lejos por el aire libremente, entreteniéndose en juegos y pareándose; ponen huevos, proporcionándose nueva prole; y entonces se alimentan del jugo dulce y agradable de las flores. Los que creen en la Divina Operación por conducto de la Naturaleza no pueden dejar de ver en estos animalitos una imagen del estado terrenal del hombre, mientras son orugas, y una imagen de su estado celestial, cuando son mariposas.

Los insignificantes animalitos que llamamos abejas, dan igualmente testimonio de la Sabiduría, Omnipotencia y Omnipresencia de Dios en la Creación. Es pasmoso observar cómo viven entre sí estos animalitos, cómo saben coger cera de rosas y otras flores, extraer el jugo de las flores y hacer miel, construir celdas como pequeñas habitaciones, arreglándolas en forma de ciudad con calles, por las cuales pueden entrar y salir; desde lejos sienten el olor de las hierbas y flores, de las cuales pueden sacar cera y miel para construir su panal y para su alimento, y cargadas con estas materias, se vuelven a su panal, a menudo desde puntos muy lejanos, siempre en la buena dirección, sin desorientarse; de esta manera se proveen con alimento también para el invierno, como si supieran que en el invierno no encontrarían estas cosas necesarias para su existencia. Ponen sobre sí una reina de la cual puede propagarse la prole y hacen para ella una especie de palacio en la parte superior del panal, guardado por todos lados. Cuando viene el tiempo de la proliferación, sale acompañada de sus asistentes, llamados zánganos, y pasa de celda en celda depositando sus huevos, los cuales los asistentes cubren con una especie de gelatina a fin de que no les perjudique el aire, y así nace la nueva prole, la cual, luego, cuando ha llegado el tiempo y puede hacer otro tanto, es echada del panal, juntándose primeramente en una bandada, a fin de no ser dispersada, y luego parte lejos para buscarse otra vivienda. Al tiempo del otoño los zánganos, que nada han traído al panal, ni cera ni miel, son conducidas fuera y despojadas de sus alas, a fin de que no vuelvan y consuman el alimento, que fue acumulado por los otros. Estas y otras cosas, características en estos insectos, indican con claridad que existe un influjo del mundo espiritual en el mundo natural, o sea un influjo de Dios en la Naturaleza, porque ¿quién puede creer que estos animalitos tienen sus maravillosos instintos de la Naturaleza y no de la Sabiduría Divina, que por medio del mundo espiritual influye en ellos? Solo

pueden creerlo los que, negando a Dios y declarándose por la Naturaleza, han cerrado su razón al influjo de la luz del cielo, sepultándose en las tinieblas de los sentidos corporales.

Puedo añadir—dice Swedenborg—que en el mundo espiritual he visto a individuos quienes por las cosas visibles de la Naturaleza se han confirmado por la Naturaleza hasta el punto de volverse, ateos, y en la luz espiritual su entendimiento parecía abierto por debajo y cerrado por encima, a causa de haber mirado hacia abajo, a la tierra, y no hacia arriba, al cielo. Encima de lo sensual, que es la parte más inferior del entendimiento, había como una capa que ardía en fuego infernal; en ciertos casos era negra como el hollín y en otros lívida como un cadáver. Guárdense por lo tanto todos de confirmarse por la Naturaleza y confírmense por Dios; medios y materiales para esto no escasean.

6. Si Dios no fuera Uno el Universo no hubiera podido ser creado y preservado.

13. La Unidad de Dios puede inferirse de la creación del Universo, porque el Universo es una obra que adhiere como uno, desde sus primeras hasta sus últimas cosas, y depende del único Dios, de la misma manera que el cuerpo depende de su alma. El Universo ha sido creado y formado de tal manera, que Dios puede estar presente en todas sus partículas y tener toda partícula del mismo bajo su Dirección, manteniéndolo así en conjunto perpetuamente como un solo cuerpo, y de esta manera preservarlo. Por esto dice Jehová Dios, que «El es el Primero y el Ultimo, el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega» (Isaías 44:6; Apocalipsis 1:8; 17); y en otro lugar, que «El lo hace todo; extiende solo los cielos y extiende la tierra por Sí mismo» (Isaías 44:24). El grande sistema, que llamamos Universo, es una obra que adhiere como uno desde el principio hasta el fin, porque al crearlo tenía Dios por objeto final el crear un cielo de ángeles de la raza humana, y todas las cosas que componen la tierra, son medios para alcanzar este fin, puesto que quien quiere el fin quiere asimismo los medios, por lo cual el que mira al mundo como un conjunto de medios para este fin, puede en el Universo creado ver una obra, que adhiere como uno, y puede ver, que el mundo es un complejo de usos en orden sucesivo para la raza humana, de la cual proviene el cielo de los ángeles. El Amor Divino no puede menos que anhelar e intentar la eterna bienaventuranza de los hombres por virtud de Su propio Divino y Su Divina Sabiduría no puede dejar de producir los medios necesarios a la realización de este fin. Todo hombre sabio que mira al Universo con esta idea general, puede comprender, que el Creador del Universo es Único y que Su Esencia es Amor y Sabiduría, por cuya razón no existe en todo el Universo cosa alguna que no encierre en sí un uso más o menos remoto para el hombre.

7. El hombre que no reconoce a Dios es excomulgado de la Iglesia y condenado.

14. La razón por la cual el hombre, que no reconoce a Dios, es excomulgado de la Iglesia y condenado es, que Dios es el todo de la Iglesia, y las cosas Divinas, llamadas teológicas, constituyen la Iglesia, por lo cual una negación de Dios es una negación de todo cuanto hay en la Iglesia, y esta negación por sí sola excomulga; también condena, porque todo el que es excomulgado de la Iglesia es asimismo excomulgado del Cielo, siendo así que la Iglesia en la tierra y el Cielo forman uno como lo exterior y lo interior y como lo espiritual y lo natural en el hombre; porque el hombre ha sido creado por Dios de tal manera que puede estar en el mundo espiritual en cuanto a su interior, y en el mundo natural en cuanto a su exterior.

Así es, que ha sido creado habitante de ambos mundos, a fin de que lo espiritual, que es del cielo, pueda ser implantado en lo natural, que es del mundo, como, la simiente es plantada en la tierra, y que de esta manera el hombre pueda adquirir una existencia fija y perpetua. El que por negar a Dios se ha excomulgado de la Iglesia y por consiguiente del Cielo, ha cerrado su hombre interior en cuanto a la voluntad y por ello en cuanto a su amor genial; porque la voluntad del hombre es el receptáculo de su amor y su morada; mas no puede cerrar su hombre interior con respecto al entendimiento, porque si pudiera hacer esto y lo hiciera, el hombre no sería ya hombre. El amor de su voluntad infatúa sin embargo las regiones superiores de su entendimiento con falsedades, a causa de lo cual el entendimiento llega, por así decir, a cerrarse con respecto a las verdades, que son de la fe, y con respecto a los bienes, que son de la caridad, oponiéndose más y más a Dios y al mismo tiempo a las cosas espirituales de la Iglesia, siendo así excluido de la comunión de los ángeles del cielo, y cuando así es excluido, entra en comunicación con los satanás del infierno y piensa de acuerdo con ellos. Todos los satanás niegan a Dios y piensan neciamente con respecto a Dios y a las cosas espirituales de la Iglesia, y así hace también el hombre que se halla en comunión con ellos, por más que su hombre exterior puede hablar de otra manera; porque todo hombre tiene un interior y un exterior, y su interior constituye el verdadero hombre, llamado espíritu, y éste vive después de la muerte, mientras que el exterior, por medio del cual hace el hipócrita, muere y es sepultado en la tierra para nunca más salir de su tumba; entonces, a causa de su negación de Dios, es condenado. Todo hombre es, en cuanto a su espíritu, coasociado con sus semejantes en el mundo espiritual y es como uno con ellos; a menudo me ha sido dado ver, en sociedades, espíritus de personas, que todavía vivían en el mundo, algunos en sociedades angelicales, otros en sociedades infernales; me ha sido asimismo permitido conversar con ellos durante días, y me he extrañado de que los hombres, mientras viven en sus cuerpos, nada saben de todo esto. Así resultó manifiesto, que cualquiera que niega a Dios, se halla ya entre los condenados, y después de su muerte se reúne con sus compañeros.

8. Con los que no reconocen a un solo Dios, sino a más que uno, nada de la Iglesia se adhiere.

15. El hombre, que por la fe reconoce y en el corazón adora a un solo Dios, se halla en la comunión de los Santos en la tierra y en la comunión de los ángeles en los cielos; se les llama comuniones y lo son; porque están en un solo Dios y un solo Dios está en ellos; están asimismo en conjunción con todo el cielo de los ángeles y me atrevo a decir, que tienen conjunción con todos y con cada uno allí; porque todos son como hijos y descendientes de un mismo padre; sus mentes, sus maneras y sus rostros son parecidos, de manera que se conocen mutuamente. El cielo de ángeles está arreglado en sociedades, con arreglo a todas las variedades del amor al bien, cuyas variedades son derivaciones de un amor eminentemente universal, que es el Amor a Dios; de este Amor han sido engendrados todos cuantos por la fe reconocen y en él corazón adoran a un solo Dios, el Creador del Universo y al mismo tiempo el Redentor y Regenerador. Pero el caso es enteramente diferente con los que no se acercan ni adoran a un solo Dios, sino a varios, y también con los que profesan un solo Dios con los labios, mientras piensan tres, como los de la iglesia actual que dividen a Dios en tres Personas, declarando que cada Persona por sí es Dios y atribuyendo a cada una cualidades y propiedades particulares, que no pertenecen a las otras dos. De aquí resulta que en efecto es dividida no solamente la Unidad de Dios, sino también la teología y asimismo la mente humana en la cual debe residir. ¿Qué puede resultar de esto sino perplejidad é incoherencia en todas las cosas de

la Iglesia? Y tal es en realidad el estado de la iglesia actualmente. La verdad es que la división de Dios, o de la Divina Esencia, en tres Personas, cada una de las cuales es Dios, separadamente por sí, conduce a la negación de Dios.

16. RECUERDO†.

Una vez vi a unos espíritus, que acababan de llegar del mundo natural al mundo espiritual.† Conversaban entre sí acerca de la Divinidad, que consta de tres Personas desde la eternidad. Habían sido clérigos y uno de ellos Obispo. Se acercaron y conversábamos breves momentos acerca del mundo espiritual, el cual para ellos hasta entonces había sido completamente desconocido. Luego les dije: «Os he oído hablar de tres Divinas Personas desde eternidad y os ruego que tengáis a bien explicarme este gran secreto, según el concepto que sobre ello os habéis formado en el mundo natural, del cual acabáis de llegar.» El Obispo, mirándome, me dijo: «Veo que eres un lego y quiero bien manifestarte mis ideas acerca de este gran secreto para enseñarte: Mis ideas han sido y son, que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo están sentados en medio del cielo sobre altas y magníficas sillas o tronos. Dios Padre está sentado en un trono de oro fino, con un cetro en la mano. Dios Hijo a su derecha, en un trono de purísima plata, llevando sobre su cabeza una corona, y Dios Espíritu Santo al lado de ellos, en un trono de limpio cristal, teniendo una paloma en la mano. Alrededor de ellos hay un triple círculo de lámparas suspendidas, resplandecientes por una multitud de piedras preciosas, y lejos de este círculo se hallan una infinidad de ángeles, que adoran y cantan alabanzas. El Padre está continuamente conversando con su Hijo al sujeto de los que han de ser justificados, y los dos resuelven entre sí, quiénes en la tierra son dignos de ser elevados entre los ángeles del cielo y coronados con vida eterna. Dios el Espíritu Santo, al oír pronunciar los nombres, se apresura a ir al mundo a ellos, llevando consigo los dones de la justificación, dándolos en fianza de la bienaventuranza a los que han de ser justificados, y al momento que respira sobre ellos, aleja de ellos los pecados, como un ventilador aleja el humo de una estufa. Quita asimismo la dureza de sus corazones, haciéndolos blandos como carne, renovando su espíritu y su mente, engendrándolos de nuevo y dándoles la forma inocente de criaturas recién nacidas. Finalmente estampa en su frente la señal de la cruz y les llama «elegidos» y «hijos de Dios». Luego me dijo: «De esta manera he explicado en el mundo este gran secreto. La mayoría de mis compañeros clérigos han dado su asentimiento a estas mis explicaciones y estoy seguro de que tú, que eres lego, también las abrazarás con confianza.» Cuando el Obispo hubo terminado, miré fijamente a los clérigos, que le acompañaban, y viendo que todos daban su asentimiento le dije: «He reflexionado sobre lo que me has manifestado con respecto a tu creencia y he venido a la conclusión, de que la idea que te has formado y que apruebas con respecto a la Divina Trinidad, es una idea completamente natural, sensual y hasta material, de la cual necesariamente nace la idea de tres Dioses. ¿No es pensar sensualmente de Dios Padre figurársele sentado en un trono con un cetro en la mano y de Dios Hijo imaginárselo sentado en un trono con una corona en su cabeza y del Espíritu Santo creerle sentado en un trono con una paloma en la mano y que se lanza al mundo después de haber oído la conversación de los dos? Y puesto que vuestro concepto nace de estas ideas sensuales, no puedo dar crédito a lo que has dicho. Desde mi infancia no he podido admitir en mi mente otro concepto de Dios que el de un Dios Único, cuyo concepto he retenido, retengo y guardo, por lo cual rechazo lo que tú acabas de manifestar. El trono, en el cual, según las Escrituras, está' sentado Jehová, comprendo significa su Reino, el cetro y la corona su Gobierno y su Poder, el estar sentado a la derecha significa la

Omnipotencia Divina por medio de la Naturaleza Humana, y lo que se dice con respecto al Espíritu Santo significa los efectos de la Divina Omnipotencia. Admite ahora, si te place, este concepto de un Dios único y si meditas, hallarás que es el verdadero. Decís sin embargo que Dios es uno, puesto que de la esencia de los tres hacéis una esencia indivisible; pero os oponéis a que se diga, que el único Dios es una sola Persona, insistiendo en que sean tres, a fin de que vuestro concepto de Dios, tal como lo tenéis interiormente, no sea destruido. Atribuís también a cada Persona una cualidad característica, diferente de las dos otras: ¿no dividís así al Ser Divino? y siendo así ¿cómo podéis entonces pensar y decir que Dios es Uno? Si a lo menos os limitaseis a decir que lo Divino es uno, no os reprendería tanto, pero decís el Padre es Dios; el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; y cada Persona por sí es Dios. ¿Cómo podéis entonces pensar que Dios es Uno? Es una evidente contradicción que impide a cualquiera dar su aprobación y confianza. Con esa idea no se puede decir un Solo Dios, sino a lo sumo igualdad (de los seres Divinos). No se puede decir de varios individuos, que juntos forman un gobierno, un senado, un congreso, que son una sola persona, pero si cada uno de estos individuos opina de idéntica manera, se puede decir, que son unánimes. No se puede decir que tres diamantes de una misma agua son un diamante, sino que son del mismo género; no dejarían por lo demás de tener diferente valor según su peso, lo cual no sería el caso si efectivamente fuesen un solo diamante. Pero comprendo por qué insistís en que tres Divinas Personas, cada una de las cuales es Dios, sin embargo deben formar un solo Dios, y por qué habéis ordenado a los de vuestra iglesia el decir así. La razón es que todo hombre con sentido común percibe y comprende, que Dios es Uno, y ni siquiera vosotros podéis por vergüenza decir otra cosa. Pero mientras decís uno pensáis tres, y vuestra vergüenza no os impide confesar mentalmente otros dos Dioses, y hasta lo pronunciáis.» Dicho esto se alejó el Obispo con sus clérigos, más volviéndose en el camino, quiso exclamar: «Hay un Dios». No pudo sin embargo pronunciarlo; porque su pensamiento retenía su lengua y en cambio exclamó finalmente con la boca muy abierta. «Hay... tres Dioses.» Unos espíritus, que presenciaban esta escena, prorrumpieron en una ruidosa carcajada y se fueron del lugar.

NOTAS

† Todo cuanto Swedenborg enseña y expone en sus obras teológicas le fue revelado por el Señor. Su vista interior, o sea la de su espíritu, fue abierta por el Señor, permitiéndole estar conscientemente en el mundo espiritual, ver y oír, tratar y hablar, con ángeles y con espíritus como un hombre con otros hombres y estar al mismo tiempo en su cuerpo natural, en el mundo natural. Desde que le fue abierta su vista espiritual hasta su muerte, es decir, durante unos 27 años, estaba de esta manera diariamente conversando y tratando con ángeles y con espíritus, y todo lo que así vio y oyó en el mundo espiritual anotó en un diario al cual llamó su diario espiritual. En sus obras teológicas refiere varias escenas del mundo espiritual bajo el título de «Memorabilia» o Recuerdos para ilustrar lo que en sus obras expone.

‡ El hombre consta del hombre exterior, que es su cuerpo natural y el hombre interior, que es su cuerpo espiritual, el cual tiene la misma forma que el exterior. El hombre interior es el verdadero hombre. Cuando muere el cuerpo natural resucita el espíritu seguidamente, entra conscientemente en el mundo espiritual y continúa allí su existencia.

El Divino ESSE (SER) que es Jehová

18. Primero trataremos del Divino Esse y luego de la Divina Esencia. Estos dos parecen ser una misma cosa más son distintos; porque Esse es más que esencia, siendo así que una esencia supone un Esse del cual es derivada. El Esse de Dios o sea el Divino Esse no puede ser descrito, porque excede a todo pensamiento humano, en cuyo pensamiento solo cabe lo que es creado y finito, mas no lo que es increado e infinito; por consiguiente no el Divino Esse, que es Esse en sí mismo, del cual vienen todas las cosas y el cual ha de estar en todas las cosas, a fin de que puedan existir. Más algunos conocimientos acerca del Divino Esse serán expuestos en los siguientes cinco artículos.

1. El Dios Único se llama Jehová de ESSE, es decir, de esto de que El Solo es y era y será y que es el Primero y el Último, el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega.

19. Que Jehová significa «Yo soy» es conocido; y que así se llamaba aun en los tiempos más antiguos, es evidente por el libro de la creación, o sea el Génesis, donde en el primer capítulo se llama Dios, más en el segundo y siguientes Jehová Dios, y cuando luego los descendientes de Abraham por Jacob lo habían olvidado, les fue nuevamente traído a la memoria, acerca de lo cual leemos:

«Moisés dijo a Dios: ¿cuál es tu nombre? Y Dios dijo: Yo soy El que Soy: así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me ha enviado a vosotros; y dirás: Jehová, el Dios de vuestros padres, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre y este mi memorial por todos los siglos» (Éxodo 3:13, 14, 15).

Puesto que Dios sólo es el Yo Soy y el Esse o Jehová, por ello no existe cosa alguna en todo el Universo creado, que no derive su Esse de El; pero de qué manera se verá más adelante. Esto es también lo que quieren decir estas otras palabras:

«Yo soy el Primero y el Ultimo, el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega» (Isaías 44:6, y Apocalipsis 1:8, 11; 22:13).

Es decir, que El es lo Propio y lo Único desde lo primero hasta lo último, de Quien vienen todas las cosas.

La razón por la cual Dios se llama el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, es que alfa es la primera y omega la última letra en el alfabeto griego, y por eso significan todas las cosas en un complejo, porque en el mundo espiritual toda letra del alfabeto significa cierta cosa, y las vocales, que sirven de vehículo al sonido, significan algo perteneciente al afecto o al amor. Existe allí un idioma universal, en el cual se hallan los ángeles y los espíritus, y este idioma no tiene cosa alguna de común con los idiomas del mundo, mas todo hombre entra en él después de la muerte; porque se halla implantado en él desde la creación, por lo cual todos se comprenden en el mundo espiritual. Muchas veces me ha sido dado oír este idioma, y habiéndolo comparado con los idiomas del mundo, he encontrado que nada absolutamente tiene de común con ellos; difiere de ellos hasta en su primer principio, porque en ese idioma cada letra de una palabra significa cierta cosa. En su consecuencia Dios es llamado el Alfa y la Omega, lo cual significa, que El es lo Propio y lo Único desde lo primero hasta lo último, de Quien vienen todas las cosas.

2. El Dios Único es la Substancia misma y la Forma misma; y ángeles y hombres son substancias y formas derivadas de El, y tanto como ellos están en El y El en ellos, son imágenes y semejanzas suyas.

20. Puesto que Dios es Esse, es también substancia, porque un Esse que no fuere substancia, sería una cosa meramente imaginaria, siendo así que substancia es lo que subsiste, y substancia implica a su vez forma, viendo qué una substancia, que no fuera también forma, sería asimismo una cosa meramente imaginaria. Ambas cosas pueden, pues, ser predicados de Dios, pero siempre entendiéndose, que El es la Única, la Propia y la Primera Substancia y Forma. Esta Forma es la verdadera Forma Humana; es decir, que Dios es el verdadero Hombre, en el Cual todas las cosas son infinitas[†]; y los ángeles y hombres son substancias y formas, creadas y organizadas para recibir las cosas Divinas, que influyen en ellos por conducto del cielo; por lo cual en el libro de la creación se llaman imágenes y semejanzas de Dios (Génesis 1:26, 27) y en otros lugares del Verbo se dice, que son Sus hijos y engendrados por El. Más adelante en esta obra se demostrará plenamente, que en cuanto el hombre vive bajo la influencia Divina, esto es, en cuanto se deja guiar por Dios, es hecha una imagen de El más y más interiormente. Si uno no se forma la idea acerca de Dios, de que El es la primera Substancia y la primera Forma y acerca de su Forma, de que ella es la verdadera Forma Humana, absorbe con facilidad fantasías ociosas y quimeras, con respecto a Dios mismo, al origen del hombre y a la creación del mundo. Con respecto a Dios se forma la idea de que es la Naturaleza, o el Universo en sus primeras cosas, por consiguiente que es la expansión del Universo, o de otra manera, que tan solo es vaciedad y nada. Con respecto al origen de los hombres se persuade, de que han originado por un influjo accidental de los elementos, y con respecto a la creación del mundo, de que sus substancias y formas han originado de puntos geométricos, luego de líneas, las cuales, no pudiendo predicarse de ellas cosa alguna, son en sí mismas nada. Con estas personas todo cuanto pertenece a la iglesia es como el Styx, o como las densas tinieblas del Tártaro.

† Que Dios es el verdadero Hombre en el cual todas las cosas son infinitas, se halla plenamente explicado y demostrado en «La Sabiduría angelical concerniente al Divino Amor y la Divina Sabiduría», publicado en Amberes en el año 1763.

3. El Divino ESSE es ESSE en sí mismo, y al mismo tiempo EXISTERE (Existir) en sí mismo.

21. Que Jehová Dios es Esse en sí mismo es porque El es el Yo soy; lo Propio, lo Único y lo Primero desde la eternidad hasta la eternidad, de Quien toda cosa existente ha de proceder para poder ser algo. Así y no de otra manera es El el Principio y el Fin, el Primero y el Ultimo, el Alfa y la Omega. No se puede decir que Su Esse viene (procede) de sí mismo; porque esto de proceder de sí mismo supone un anterior y por consiguiente un tiempo, lo cual es inaplicable a lo Infinito, llamado «desde eternidad» (ab eterno); también supone otro Dios, que fuere Dios en Sí mismo; así pues, un Dios salido de Dios, o que Dios se formó El mismo, y así no podría ser increado e infinito, puesto que se habría hecho finito por sí mismo o por algún otro. De esto, de que Dios es Esse en Sí mismo sigue que es el Amor mismo, la Sabiduría misma, la Vida misma y lo Propio, de lo cual vienen todas las cosas y a lo cual todas las cosas han de referirse para poder ser algo. Que Dios es la Vida misma y por consiguiente Dios, consta por las palabras del Señor en Juan 5:26, y en Isaías:

«Yo Jehová hago todas las cosas; extendiendo solo los cielos y extendiendo la tierra por mí mismo (Isaías 44:24).

«En ti está Dios y no hay otro fuera de Dios (Isaías 45:14, 15, 21, 22)».

Dios, siendo Esse en sí mismo, es también Existere en sí mismo, porque un Esse, que no existe, es nada; así como un Existere, que no viene de un Esse, es nada, por lo cual, dado uno de ellos, son dados los dos. De igual manera una sustancia, que no sea forma, es nada; nada puede predicarse de ella, y puesto que no tiene cualidad, es en sí misma nada. La razón por la cual aquí decimos ESSE y EXISTERE y no Esencia y Existencia, es que se debe distinguir entre los primeros y los últimos, como entre lo que es prior y lo que es posterior, y lo prior es más universal que lo posterior. Al Divino Esse son aplicables infinidad y eternidad, más a la Divina Esencia y Existencia son aplicables el Divino Amor y la Divina Sabiduría, y por medio de estos dos, Omnipotencia y Omnipresencia; de los cuales trataremos por su orden.

22. El hombre natural no puede por su propia razón en manera alguna llegar a saber que Dios es lo Propio, lo Único, lo Primero, que llamamos ESSE y EXISTERE en sí mismo, de Quien vienen todas las cosas existentes: porque el hombre natural, por su propia razón, sólo puede aprender y concebir lo que pertenece a la Naturaleza. Esto se adapta a su esencia, porque desde su infancia y niñez no ha entrado en ella otra cosa. Pero puesto que el hombre ha sido creado para llegar a ser espiritual, teniendo que vivir después de la muerte, y entonces entre seres espirituales en el mundo espiritual, ha provisto Dios el Verbo, en el cual no solo ha revelado a Sí mismo, sino también el que hay un cielo y un infierno, y que el hombre ha de vivir o existir eternamente en el uno o en el otro, cada uno con arreglo a su vida y a su fe juntos. En el Verbo ha revelado también que El es el Yo soy o sea el ESSE, que es lo Propio y Único, que es en sí mismo y por consiguiente lo Primero, o el Principio del cual vienen todas las cosas. Es a causa de esta revelación que el hombre natural puede elevarse por encima de la Naturaleza, es decir, por encima de sí mismo y ver las cosas, que son de Dios; sin embargo, todavía como desde lejos, más conforme ama a Dios le ve más y más cerca. La causa de esta diferencia no se halla en Dios, porque El está cerca de todo hombre, siendo así que está en él con Su Esencia; más el hombre no está en Dios más que en la medida en que ama a Dios y hace su voluntad, y no ve a Dios más que en la medida en que está en El. Los que aman a Dios y viven según Sus mandamientos ven a El; porque tienen fe, y ¿qué es la fe sino una vista espiritual de que Dios es? Y ¿qué es una vida según Sus mandamientos, sino un reconocimiento actual y efectivo, de que dé El vienen la salvación y la vida eterna? Más los que solo tienen una fe natural, que es un mero conocimiento, y no una fe espiritual, y que por eso conducen una vida meramente natural, si bien ven a Dios, le ven como desde lejos y sólo cuando hablan de El. La diferencia entre los primeros y los últimos es como entre los que están en la clara luz del día y ven a hombres cerca de sí y hasta los tocan, y los que se hallan envueltos en una densa niebla, en la cual no pueden distinguir las formas humanas de troncos o de piedras, o como los que están en un mismo globo planetario, mirándose y hablándose, y los que están en otro globo, mirando con telescopios hacia los primeros, creyendo ver hombres, mientras que en realidad no ven más que una parte de superficie del planeta, las montañas y los terrenos elevados como puntos resplandecientes, los lagos y los mares como puntos oscuros. Una diferencia parecida hay en el ver a Dios y a las cosas Divinas, que proceden de El, entre los que se hallan en la fe y al mismo tiempo en la vida de la caridad, y los que tan solo tienen conocimientos acerca de ello; es decir, entre el hombre espiritual y el hombre natural. Más los que niegan la Divina Santidad del Verbo y sin embargo llevan cosas pertenecientes a la religión, por así decir, en un saco sobre sus espaldas, no ven a Dios y pronuncian la palabra Dios con poca diferencia de los loros.

4. El Divino ESSE y EXISTERE en sí mismo no puede producir otro Divino que sea ESSE y EXISIERE en sí mismo, por consiguiente no es posible el que haya otro Dios de la misma Esencia.

23. Queda ya demostrado que el Dios único, que es el Creador del universo, es Esse y Existere en sí mismo y por consiguiente Dios en sí mismo; sigue de ahí que un Dios (procedente) de Dios no es posible,

puesto que lo esencialmente Divino, que es Esse y Existere en sí mismo, en El es incomunicable. Lo mismo se dice «engendrado por Dios» que «procedente de Dios»; en ambos casos se entiende «ser producido por Dios», y esto difiere poco de ser creado. Por lo tanto, introducir en la iglesia la fe o la creencia de que existen tres personas Divinas, cada una de las cuales es Dios separadamente, y de la misma esencia, una nacida desde eternidad y la tercera desde eternidad procedente de ellas, equivale a destruir por completo la idea de la unidad de Dios y con ésta toda noción de la Divinidad, metiendo en exilio todo lo espiritual de la razón, y en su consecuencia el hombre no es ya hombre, sino enteramente natural, diferente del animal sólo por poseer la facultad de hablar, y es opuesto a todas las cosas espirituales de la Iglesia, porque el hombre natural llama necesidades a estas cosas. De aquí y sólo de aquí han venido las enormes herejías con respecto a Dios, que hoy existen, de manera que la división de la Divina Trinidad en tres personas ha introducido en la iglesia no solo noche, sino también muerte. La idea de tres idénticas Divinas Esencias es una ofensa a la sana razón, y esto me consta, porque los ángeles me han dicho que no pueden siquiera pronunciar «tres Divinidades iguales», y dijeron que si alguien viniese entre ellos, queriendo pronunciarlo, no lo podría a menos de volverse aparte de ellos, y después de haberlo pronunciado quedaría como un cuerpo exánime y sería echado fuera; luego iría a juntarse con sus semejantes en el infierno, quienes no reconocen a Dios alguno. La verdad es que el implantar en niños la idea de tres Divinas personas, a cuya idea inevitablemente adhiere la idea de tres Dioses, es quitarles toda la leche espiritual y finalmente toda la razón espiritual, y hacer venir sobre los que se confirman en ella, muerte espiritual. Los que de fe y de corazón adoran a un solo Dios, el Creador del Universo y al mismo tiempo el Redentor y Salvador o Regenerador, son como la ciudadela de Sión al tiempo de David y como la ciudad de Jerusalén, al tiempo de Salomón, después de edificado el templo; más la iglesia que creó en tres personas Divinas y en cada una de ellas como Dios, distinto de los otros dos, es como la ciudad de Sión y Jerusalén, destruida por Vespasiano y su templo reducido a cenizas; Él hombre que adora a un solo Dios, en Quien hay Divina Trinidad, y por consiguiente a una sola Persona, se vuelve más y más viviente y angelical, más el que se confirma en una pluralidad de Dioses, por la pluralidad de personas, se vuelve gradualmente como una estatua con articulaciones, dentro de la cual está Satanás y habla por su boca articulada.

5. La pluralidad de Dioses en tiempos antiguos y también en tiempos modernos ha originado sola y exclusivamente por no comprenderse el Divino Esse.

24. La unidad de Dios se halla inscrita en lo más íntimo de todo hombre, puesto que está en medio de todo cuanto de Dios influye en el alma humana, según antes se ha dicho (8); pero si a pesar de esto no ha descendido desde allí a la razón humana, es porque se ha carecido de los conocimientos, mediante los cuales el hombre debe ascender e ir al encuentro de Dios, porque todo hombre debe preparar el camino para Dios, es decir, debe prepararse para la recepción, y esta preparación se verifica por medio de conocimientos.

Los conocimientos, de los cuales hasta ahora se ha carecido, que permiten al entendimiento penetrar donde puede ver, que Dios es Uno, que no puede haber más que un Solo Esse Divino, y que todas las cosas de la Naturaleza vienen de Él, son los siguientes:

1. Que hasta ahora nadie ha tenido conocimiento del mundo espiritual, donde se hallan los espíritus y los ángeles y donde entra todo hombre inmediatamente después de morir.
2. Que en aquel mundo hay un Sol, que es Amor puro, procedente de Jehová Dios, el Cual está en medio del mismo.

3. Que de ese Sol procede un calor, que en su esencia es amor, y una luz, que en su esencia es sabiduría.
4. Que por esta causa todas las cosas que están en ese mundo son espirituales; afectan al hombre interior y forman su voluntad y entendimiento.
5. Que Jehová Dios por medio de su Sol produce, no solo el mundo espiritual con todas sus cosas espirituales, que son innumerables y sustanciales, sino también el mundo natural y todas sus cosas naturales, que asimismo son innumerables, pero materiales.
6. Que hasta ahora nadie ha podido distinguir entre lo espiritual y lo natural, ni saber lo que lo espiritual es en su esencia.
7. Tampoco se ha sabido que hay tres grados de amor y sabiduría, con arreglo a los cuales se hallan distinguidos y arreglados los cielos de los ángeles.
8. Y que la mente humana se halla arreglada en otros tantos grados, con el objeto de poder, después de la muerte, ser elevada a uno de los tres cielos, lo cual se verifica con arreglo a la vida y a la fe del hombre y a la conjunción de ellas en el hombre.
9. Y finalmente, que todas estas cosas no pueden existir en manera alguna, más que por virtud del Divino Esse, que es lo Propio en Sí mismo, de lo cual vienen todas las cosas.

Estos conocimientos han faltado hasta ahora, y sin ellos no puede el hombre ascender y formar concepto del Divino Esse. Se dice que el hombre asciende, pero por eso se debe entender, que es elevado por Dios, porque el hombre tiene libre voluntad para adquirir conocimientos, y a medida que los adquiere por conducto del Verbo mediante el entendimiento, prepara el camino, por el cual Dios desciende y le eleva. Los conocimientos por medio de los cuales el hombre asciende, elevado y guiado por el Señor, pueden compararse con los grados de la escala que vio Jacob en su sueño en Bethel (Génesis 28:12, 13).

La Infinitud de Dios o sea Su Inmensidad y Eternidad

27. Hay dos cosas propias del mundo natural, que hacen que todas las cosas en este mundo son finitas o limitadas. Una de ellas es el Espacio, la otra es el Tiempo. Y puesto que el mundo fue creado por Dios y con el mundo los espacios y los tiempos, será conveniente tratar de sus respectivos principios, que son Inmensidad y Eternidad. De estos principios trataremos en los siguientes seis artículos. La Inmensidad de Dios se relaciona con los espacios y Su Eternidad con los tiempos. Su Infinitud se refiere a Su Inmensidad y a Su Eternidad.

1. Dios es infinito, puesto que es y existe en Sí Mismo, y que todas las cosas del Universo son y existen por El.

28. Queda explicado, que Dios es Uno; que El es lo Propio; que es el primer Esse de todas las cosas, y que todas las cosas, que son, existen y subsisten en el Universo, son, existen y subsisten por virtud de Él. De ahí sigue que El es Infinito. La razón humana puede ver y comprender esto por muchas cosas en el mundo natural; pero por más que pueda así comprender, que el Primer Ser, o Esse, es infinito, no puede

sin embargo formarse idea de lo que es lo Infinito en sí mismo, más que como siendo infinitamente Todo, y como Aquello que subsiste en sí mismo y que en su consecuencia es la propia y única Sustancia y la propia y única Forma, de las cuales vienen todas las sustancias y formas. Más aun así no aparece lo que es la Infinidad misma; y no puede aparecer, porque la mente humana, por más elevada y altamente analítica que sea, no deja de ser finita, y esta finidad no puede ser apartada, por lo cual no puede en manera alguna ver la Infinidad de Dios, que es Dios Mismo. Puede sin embargo verle como vería Su sombra, o por la espalda, como le vio Moisés (Éxodo 33, 20 al 23). Por las cosas posteriores, o sea la espalda de Dios, se entiende las cosas visibles de la Naturaleza, particularmente las cosas perceptibles en el Verbo. Y a los hombres basta verle así. El que se esfuerza para ver más, o comprender más, con respecto a la Infinidad de Dios, puede compararse con un pez fuera del agua, o con un pajarito debajo de la campana de una bomba neumática; a medida que se extrae el aire, lucha por falta de respiración y finalmente muere.

2. Dios es infinito porque era antes del mundo, por consiguiente antes, de existir espacios y tiempos.

29. En el mundo natural hay tiempos y espacios, más en el mundo espiritual no los hay en realidad, sino solo en apariencia. Los tiempos y los espacios fueron introducidos en los mundos; a fin de que mediante ellos pudiera el hombre distinguir una cosa de otra; lo grande de lo pequeño, lo mucho de lo poco; por consiguiente, cantidad de cantidad y también cualidad de cualidad, pudiendo así los sentidos corporales distinguir entre sus objetos y los sentidos de la mente entre los suyos y el hombre ser afectado, pensar y elegir. Los tiempos fueron introducidos en el mundo natural mediante la rotación de la tierra alrededor de su eje y mediante los progresos de estas rotaciones por la vía del zodiaco, de estación a estación, aunque parezca que estos cambios se verifican por el Sol, del cual todo el globo terrestre recibe su calor y su luz. De ahí vienen las divisiones del día que son mañana, medio día, tarde y noche, y las temporadas del año que son primavera, verano, otoño e invierno, siendo las divisiones del día para luz y oscuridad y las temporadas del año para calor y frío. Los espacios fueron introducidos en el mundo natural mediante la forma globular de la tierra, llena de varias materias, cuyas partes se distinguen unas de otras, hallándose al mismo tiempo extendidas. Pero en el mundo espiritual no hay espacios materiales ni tiempos materiales, correspondientes a ellos; sin embargo hay apariencia de ellos, cuyas apariencias se presentan según los cambios del estado, en que se hallan las mentes de los ángeles y espíritus, que viven allí; por lo cual los tiempos y los espacios allí son determinados por el afecto de su voluntad y por consiguiente por los pensamientos de su entendimiento. La opinión común, con respecto al estado de las almas después de la muerte, y por consiguiente también de los ángeles y espíritus, es que no se hallan en extensión alguna y por consiguiente no en tiempo ni en espacio. De acuerdo con esta idea se dice, respecto de las almas después de la muerte, que están en un lugar indeterminado, y que espíritus y ángeles son seres aeriformes, es decir, que son seres de éter, aire, vapor o viento, cuando sin embargo son hombres sustanciales y viven juntos como los hombres en la tierra, sobre extensiones y en tiempos, los cuales, como ya se ha dicho, son determinados por el estado de sus mentes. Si así no fuese, es decir, si no hubiera extensiones y tiempos allí, este mundo donde las almas entran después de la muerte, y donde viven los ángeles y los espíritus, podría en efecto ser pasado por el ojo de una aguja o concentrado sobre la punta de un pelo; pero puesto que allí hay extensión, moran los ángeles y los espíritus allí separadamente, distintos unos de otros y hasta más distintos que los hombres en la tierra, los cuales viven sobre una extensión material; más en ese mundo los tiempos no se distinguen en días, semanas, meses y años, porque el sol allí no parece levantarse y ponerse ni adelantar y retroceder por el zodiaco, sino que permanece estacionario en el Este a una altura media entre el zenit y el horizonte. Tienen

también espacios; porque todas las cosas en ese mundo son sustanciales, como en el mundo natural son materiales; pero con respecto a esto se dirá más luego. Por lo aquí expuesto puede comprenderse, que los tiempos y espacios hacen finitas a todas las cosas en ambos mundos, y que en su consecuencia los hombres son finitos, no sólo con respecto a sus cuerpos, sino también con respecto a sus almas, como igualmente lo son los ángeles y los espíritus. De aquí puede concluirse que Dios es infinito; es decir, no finito, siendo así que El, como el Creador, Hacedor y Formador del universo, hizo finitas todas estas cosas; y las hizo finitas mediante Su Sol, en medio del cual está El mismo, y cuyo Sol consiste de la Divina Esencia la cual como una esfera procede de El. En este Sol principia la finidad; y desde allí se extiende hasta las últimas cosas en el mundo natural. Sigue de sí mismo que Dios es infinito, siendo así que es increado; más lo infinito parece al hombre como nada, por la razón de que el hombre es finito y piensa a raíz de lo finito; por lo cual, si fuera apartado lo finito, que adhiere a sus pensamientos, le parecería como si lo restante fuera nada. La verdad es, sin embargo, que Dios es infinitamente todo, y que el hombre, en y por sí mismo, es respectivamente nada.

3. Dios, desde que el mundo fue hecho, está en espacio, sin espacio, y en tiempo, sin tiempo.

30. Por una idea meramente natural no se puede comprender, que Dios y lo Divino, que más inmediatamente procede de El, no está en espacio, por más que es omnipresente con todo hombre en el mundo, con todo ángel en el cielo y con todo espíritu debajo del cielo, más por una idea espiritual se puede comprender hasta cierto punto. No se puede comprender mediante una idea meramente natural, porque en esta idea hay espacio, siendo formada de las cosas que hay en el mundo, y en todas las cosas visibles al ojo hay algo de espacio; toda medida, figura y forma en este mundo viene de espacio; puede sin embargo comprenderse por medio del pensamiento natural con tal que se admita en él alguna luz espiritual. Pero primero se dirá algo acerca de las ideas del pensamiento espiritual; estas ideas nada derivan de espacio, sino que derivan todo de estado. Estado se predica del amor, de la vida, de la sabiduría, de los afectos, de la alegría y en general de la verdad y del bien. Una idea verdaderamente espiritual con respecto a estas cosas nada de común tiene con espacio; es superior, y desde su plano más elevado mira a las ideas, derivadas de espacio, que están debajo de ella, como el cielo mira a la tierra. Dios se halla presente en el espacio, sin espacio, y en el tiempo, sin tiempo, porque Él es siempre el mismo desde la eternidad hasta la eternidad, y por consiguiente es el mismo después de la creación del mundo que antes de la creación; y siendo el mismo, sigue que está en espacio, sin espacio, y en tiempo, sin tiempo; de ahí resulta que la Naturaleza está separada de El y sin embargo es El omnipresente en ella; casi de la misma manera que la vida está presente en toda parte sustancial y material del hombre, es decir, sin mezclarse con él; comparativamente como la luz está en el ojo, el sonido en el oído, el gustó en la lengua, o como el éter está en la tierra y en las aguas, por medio del cual el globo terrestre es mantenido en conjunto y en movimiento de rotación, y caso dé ser apartados estos agentes, caerían en pedazos las cosas sustanciadas y materializadas (substanciála et materiata) y serían disueltas; hasta la mente humana, si no fuera porque Dios está presente en ella en toda parte y en todo tiempo, sería disuelta como un globo de agua que se deshace en el aire, y los cerebros, por medio de los cuales la mente actúa desde sus principios, se disolverían como espuma, de manera que todo lo humano se volvería polvo de la tierra u olor flotante en la atmósfera. Puesto que Dios está en todo tiempo sin tiempo, habla en Su Verbo en el presente, cuando habla del pasado o del porvenir, como por ejemplo en Isaías:

«Niño nos es nacido, hijo nos es dado, cuyo nombre es el Fuerte, el Príncipe de paz» (Isaías 9:6).

Y en David:

«Yo publicaré el decreto: Jehová me dijo: Mi hijo eres tú, Yo te engendré hoy» (Salmos 2:7).

Estas palabras se refieren al Señor que había de venir; en otro Salmos dice David:

«Mil años delante de tus ojos son como el día de ayer» (Salmos 90:4).

Que Dios se halla presente en toda parte del mundo y que sin embargo no hay en El nada del mundo, es decir, nada en lo cual hay tiempo y espacio, pueden ver claramente por varios otros pasajes del Verbo los que escudriñan atentamente, como por ejemplo por éste:

« ¿Soy Yo un Dios de cerca acá y no un Dios de lejos? ¿O puede cualquier hombre estar ocultado en escondrijos, que yo no lo vea? ¿No lleno realmente yo mismo los cielos y la tierra?» (Jeremías 23:23, 24).

4. La Infinidad de Dios con relación a espacios se llama Inmensidad y con relación a tiempos Eternidad, más a pesar de existir estas relaciones, nada de espacio hay en Su Inmensidad ni de tiempo en Su Eternidad.

31. La razón por la cual la infinidad de Dios con relación a espacios se llama inmensidad es que inmenso se predica de todo cuanto es grande y voluminoso y también de lo que es extenso y de lo que es espacioso en su extensión. Más la razón por la cual la infinidad de Dios con relación a tiempos se llama eternidad es que hasta la eternidad se dice de las cosas que son progresivas (medidas por tiempo) y sin fin, por ejemplo: las cosas pertenecientes a espacio se predicán del globo terrestre en y por sí considerado, y las cosas pertenecientes a tiempo se predicán de su movimiento de rotación y su progreso por la eclíptica; las últimas hacen los tiempos, las primeras los espacios, y así las presentan los sentidos en la percepción de las mentes reflexivas. Más en Dios nada hay de espacio ni de tiempo, según queda demostrado más arriba, y sin embargo los principios de éstos proceden de Dios; de ahí que Su infinidad con respecto a espacios se concibe como inmensidad y Su infinidad con respecto a tiempos como eternidad; más en el cielo los ángeles perciben, por la inmensidad de Dios Su Divinidad con respecto al Esse, y por Su eternidad Su Divinidad con respecto al Existere; así como por Su inmensidad entienden Su Divinidad con respecto al Amor y por Su eternidad Su Divinidad con respecto a la Sabiduría, porque los ángeles abstraen de la Divinidad todo espacio y tiempo y de ahí resultan las indicadas nociones. Pero puesto que el hombre no puede pensar más que por ideas, derivadas de las cosas que son de espacio y tiempo, no puede percibir cosa alguna con respecto a la inmensidad de Dios antes de existir los espacios ni de Su eternidad antes de existir los tiempos; y cuando se esfuerza para percibirlo, es como si su mente cayera en desmayo y es casi como uno que, habiendo caído al agua, se halla a punto de ahogarse, o como uno que viene a establecerse en medio de un terremoto en vísperas de ser engullido por él, y si el hombre persiste en querer penetrar en esas cosas, entra en un delirio y entonces es fácilmente inducido a negar a Dios. Una vez—dice Swedenborg—me hallaba yo en este caso, mientras pensaba de lo que Dios hubiera sido desde eternidad, y lo que hacía antes de la creación del mundo; si deliberaba sobre la creación, formando el plan del mismo, si un pensamiento deliberativo era posible en un vacío completo, y otras cosas vanas. Más a fin de que a causa de tales cosas no me volviese loco, fui elevado por el Señor a la esfera y a la luz en la cual están los ángeles interiores, y después de apartada algo la idea de espacio y de tiempo, en que me hallaba, me fue dado percibir, que la eternidad de Dios no es una eternidad de tiempo, y siendo así que antes de la creación del mundo no había tiempo, era pura vanidad el pensar semejantes cosas respecto de Dios, y puesto que lo Divino ab eterno, que es abstracto de todo tiempo, no envuelve días, años o edades, los cuales por Dios son como un solo instante, vine a la conclusión de que el mundo fue

creado por Dios, no en el tiempo, sino que el tiempo fue introducido por Dios, junto con la creación. A esto añadiré la siguiente circunstancia, digna de mencionarse. ¡En una de las extremidades del mundo espiritual se ven dos estatuas de forma humana monstruosa, con bocas abiertas de par en par y sus mandíbulas dilatadas, por cuyos monstruos se figuran, que van a ser devorados los que piensan cosas vanas y necias acerca de Dios ab eterno; pero estos monstruos son las fantasías en las cuales se introducen los que piensan cosas absurdas e inconvenientes acerca de Dios, de cómo era antes de la creación del mundo.

5. La razón ilustrada puede por muchas cosas en el mundo ver la infinidad de Dios.

32. Se enumerará aquí algunas cosas por medio de las cuales la razón humana puede ver la infinidad de Dios. Primero: Que en el universo creado no hay dos cosas idénticas; que tal identidad no existe en el orden simultáneo ha visto y demostrado la humana ciencia por medio de la razón/ y hemos de reconocer que las cosas sustanciales y materiales en el universo, consideradas individualmente, son infinitas en número; que tampoco existe identidad entre dos efectos en cosas del orden sucesivo en el mundo, puede verse por la rotación de la tierra, cuya excentricidad en los polos hace, que no haya repetición de una misma cosa. Que no existe identidad puede constar también por los rostros humanos, siendo así que en todo el mundo no hay dos rostros perfectamente iguales o idénticos, ni habrá en toda la eternidad. Esta infinita variedad no podría posiblemente existir, si no fuera por la infinidad de Dios el Creador. Segundo: Por los ánimos humanos, viendo que no hay dos ánimos exactamente iguales o idénticos, por lo cual dice el refrán: «cuántos hombres, tantos ánimos»; por consiguiente la mente, es decir, la voluntad y el entendimiento de uno, no es jamás enteramente igual, o la misma, que la de otro, y por ello tampoco lo es el habla de uno, con respecto al pensamiento del cual procede; ni es su acto, con respecto al gesto y a la inclinación, exactamente igual o idéntico con el de otro, por cuya variedad infinita puede verse la infinidad de Dios como en un espejo. Tercero: Que hay una especie de inmensidad y eternidad inherente en cada simiente, tanto en animales cuanto en plantas; consistiendo la inmensidad en que puede multiplicarse infinitamente y la eternidad en que esta multiplicación ha continuado desde la creación del mundo hasta ahora y continuará perpetuamente. Tómese del reino animal por ejemplo los peces del mar: si se multiplicaran según la abundancia de su simiente, llenarían el océano dentro de veinte o treinta años, las aguas desbordarían, inundarían y destruirían la tierra, más a fin de que esto no sucediera, dispuso Dios que un pez sirviese de alimento a otro. El caso es igual con la simiente de las plantas; si brotasen y se desarrollasen cuantas plantas proceden de cada una anualmente, llenarían en veinte o treinta años, no solo la superficie de esta tierra, sino también la de varias otras, siendo así que hay hierbas y arbustos, de los cuales una sola simiente produce centenares y millares de otros. Tanto en los animales cuanto en las plantas hay una manifestación común de la inmensidad y eternidad de Dios, porque éstas no pueden dejar de reflejarse y manifestarse en las cosas creadas. Cuarto: La infinidad de Dios aparece a la vista de la razón ilustrada por la infinidad del progreso de la ciencia y por ella de la inteligencia y sabiduría de todo hombre, las cuales ambas pueden crecer como un árbol de su simiente y como selvas y jardines de un árbol, porque no tienen fin; la memoria del hombre es su base; el entendimiento es donde germinan y la voluntad es donde fructifican; estas dos facultades, el entendimiento y la voluntad, son tales que pueden ser cultivadas y perfeccionadas hasta el fin de la vida y después por toda la eternidad. Quinto: La infinidad de Dios puede constar también por el infinito número de estrellas, que son otros tantos soles y por ello otros tantos mundos o sistemas solares; porque en el cielo de las estrellas hay tierras, donde viven hombres, animales, aves y plantas, lo cual —dice Swedenborg— tengo manifestado en un opúsculo en el cual he descrito cosas que he visto. Sexto: La infinidad de Dios ha resultado para mí

aún más evidente por el cielo de los ángeles y por los infiernos, viendo que ambos se hallan ordenados y arreglados en innumerables sociedades o congregaciones, con arreglo a todas las variedades del amor al bien y al mal, y que cada uno tiene su puesto con arreglo a su amor, porque allí han sido acumulados todos los que han muerto de la raza humana desde la creación del mundo, y se acumularán allí hasta el siglo de los siglos, y a pesar de tener cada uno allí su puesto, o habitación particular, se hallan sin embargo todos unidos de tal manera, que el cielo de los ángeles en su conjunto representa un solo Hombre Divino y el infierno en su conjunto un solo demonio monstruoso. Por esto y por las infinitas maravillas que allí existen, ha quedado para mí manifiestamente expuesta y demostrada la inmensidad de Dios, así como Su Omnipotencia. Séptimo: ¿Quién, si eleva un poco la facultad racional de su mente, puede dejar de comprender que la existencia eterna, que todo hombre tiene después de la muerte, solo puede proceder de un Dios eterno? Por estas y otras cosas similares puede constar, que las cosas universales del mundo son perpetuos tipos de la infinitud de Dios, el Creador; más de qué manera las cosas particulares corresponden a las universales y representan la infinitud de Dios, es un insondable abismo y es un océano en el cual la mente humana puede, por así decir, navegar, más debe cuidar mucho de que no le sorprenda el temporal, que nace del hombre natural, el cual, estando al timón y confiado en sí mismo, llevaría a la perdición la nave, que naufragaría con su arboladura y velamen.

6. Toda cosa creada es finita y lo infinito está en lo finito como en su receptáculo y en los hombres como en sus imágenes.

33. Toda cosa creada es finita, porque todas las cosas proceden de Jehová Dios por medio del Sol del mundo espiritual, cuyo Sol le circunda, y este Sol consiste de la Sustancia que sale de El, cuya Esencia es Amor. De este Sol y por medio de su calor y su luz, fue creado el Universo desde sus primeras cosas hasta sus últimas; mas no pertenece aquí exponer por su orden el proceso de la creación; algunos rudimentos se darán en las próximas páginas. Aquí solo importa saber que una cosa fue formada de otra anterior y así fueron formados grados, tres en el mundo espiritual y tres correspondientes en el mundo natural y otros tantos en las cosas quiescentes, que componen el globo terráqueo. †Es por medio de estos grados que todas las cosas posteriores son receptáculos de cosas priores y éstas a su vez receptáculos de cosas aún más priores, y de esta manera son por su orden receptáculos de las cosas primarias, de las cuales consiste el Sol del cielo de los ángeles; así es que las cosas finitas son receptáculos de las infinitas. Esto coincide también con la sabiduría de los antiguos, según la cual toda cosa es divisible hasta la infinitud. La idea común es que las cosas finitas no pueden ser receptáculos de las infinitas, porque lo finito no concibe y no comprende lo infinito; pero por lo que he expuesto en mis obras con respecto a la creación, queda demostrado, que Dios primero hizo finita a su infinitud, mediante sustancias que emitió de Sí mismo, de las cuales originó la esfera que más inmediatamente le rodea, la cual constituye el Sol del mundo espiritual; y que luego por medio de este Sol perfeccionó otras esferas circundantes hasta la última que consiste de las cosas quiescentes, y de esta manera, por medio de grados, hizo el mundo más y más finito.

Estas cosas quedan sentadas para dar satisfacción de la razón humana, la cual no puede descansar sin ver la causa.

34. Que la Infinitud Divina está en los hombres como en sus imágenes, consta por el Verbo, en el cual leemos:

«Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen conforme a nuestra semejanza. Y creó Dios al hombre a su propia imagen, a imagen de Dios lo creó» (Génesis 1:26, 27),

De lo cual sigue, que el hombre es un órgano recipiente de Dios. La mente humana, por la cual y según la cual el hombre es hombre, se halla formada en tres regiones según los tres grados; en su primer grado es celestial, en cuyo grado se hallan también los ángeles del cielo superior; en su segundo grado es espiritual, en cuyo grado se hallan los ángeles del cielo intermedio, y en su tercer grado es natural, en cuyo grado se hallan los ángeles del cielo inferior. La mente humana, organizada según estos tres grados, es un receptáculo del influjo Divino, más lo Divino influye solamente en la medida en que el hombre abre el camino; si lo abre hasta el grado más elevado, que es el celestial, entonces es hecho una verdadera imagen de Dios, y después de su muerte es hecho un ángel del cielo superior; más si prepara el camino solamente hasta el grado intermedio o espiritual, entonces el hombre es también hecho una imagen de Dios, mas no con tanta perfección, y después de su muerte es hecho un ángel del cielo intermedio; si abre el camino solamente hasta el grado inferior o natural, entonces el hombre, si reconoce a Dios y le adora con verdadera piedad, es hecho imagen de Dios en el grado inferior, y después de su muerte es hecho ángel del cielo inferior; más si no reconoce a Dios y no le adora con verdadera piedad, entonces se despoja de la imagen de Dios y asume la imagen de algún animal, con la sola diferencia de que goza de la facultad de entender y por ello de hablar. Si entonces cierra la parte superior del grado natural, que corresponde al grado celestial, se hace, en cuanto a su amor, parecido a una bestia; más si cierra la parte media del grado natural, correspondiente al espiritual, se vuelve con respecto a su amor como una zorra y con respecto a la vista de su entendimiento como un ave nocturna. Si también cierra la parte inferior del grado natural, en cuanto a su parte espiritual, se vuelve con respecto a su amor como una fiera y con respecto al entendimiento de la verdad, como un pez. La vida Divina, que por medio del influjo del Sol del cielo de los ángeles anima y actúa al hombre, puede compararse con la luz del sol del mundo y con su influjo en un objeto transparente; la recepción de la vida en el grado superior es como el influjo de la luz en un diamante; la recepción de la vida en el segundo grado como el influjo de la luz en un cristal puro, y la recepción de la vida en el grado inferior como el influjo de la luz en un vidrio, o en una membrana transparente; pero si este grado, en cuanto a su parte espiritual, también es cerrado por completo, lo cual tiene lugar cuando se niega a Dios y se adora a Satanás, entonces la recepción de la vida de Dios es como el influjo de la luz en las materias opacas de la tierra, como por ejemplo en madera podrida, en tierra pantanosa, insalubre, en un fumiguero etc., porque entonces el hombre es un cadáver espiritual.

La Esencia de Dios que es el Divino Amor y la Divina Sabiduría

36. Hemos hecho distinción entre el Esse de Dios y la Esencia de Dios, porque hay distinción entre la Infinidad de Dios y el Amor de Dios; el término Infinidad se emplea en aplicación al Esse de Dios y el de Amor a la Esencia de Dios, porque como ya se ha dicho, el Esse de Dios es más universal que la Esencia de Dios, y de igual manera la Infinidad es más universal que el Amor de Dios, por lo cual infinito viene a ser un adjetivo de los esenciales y atributos de Dios, los cuales todos se llaman «infinitos»; del Divino Amor se dice que es infinito, de la Divina Sabiduría igualmente y del Poder Divino igualmente; no que el Esse de Dios existía con prioridad a Su Esencia, sino porque entra en la Esencia, como un adjunto, coherente con ella, determinándola, formándola y elevándola; pero este lema como los anteriores será tratado detalladamente, por su orden, bajo los siguientes seis artículos.

1. Dios es el Amor mismo y la Sabiduría misma y estos dos hacen Su Esencia.

37. La primitiva antigüedad veía, que el amor y la sabiduría son las dos cosas esenciales, a las cuales se refieren todas las infinitas cosas, que están en Dios y que proceden de Él. Más las generaciones que siguieron, conforme apartaban sus mentes del cielo, sumergiéndolas en las cosas mundanas y corpóreas, no podían verlo; porque empezaban a desconocer lo que es el amor en su esencia y por ello también lo que es la sabiduría en su esencia; ignorando el que no puede haber amor abstracto de forma, y que el amor opera en su forma y por medio de su forma. Más estas verdades son ahora reveladas de nuevo por el Señor para los que han de ser de Su Nueva Iglesia. La Esencia de Dios es Su Amor y Su Sabiduría, y esta Esencia se halla en todas las cosas creadas, porque puesto que Dios es la primera y única Sustancia y la primera y única Forma, que en sí mismas son Sustancia y Forma, cuya Esencia es Amor y Sabiduría, y puesto que de Él fueron hechas todas las cosas que son hechas, sigue que Él ha creado el mundo con todas las cosas que hay en él, de su Divino Amor mediante su Divina Sabiduría, y por consiguiente, que el Divino Amor y la Divina Sabiduría están en cada cosa creada y en todas ellas. El Amor, además de ser la esencia que forma todas las cosas, es también el vínculo que las une, combina y mantiene en conjunto después de formadas. El Divino Amor es como el marido que produce, pero por medio de la esposa, que es la Divina Sabiduría, todas las cosas, tanto en el mundo espiritual cuanto en el mundo natural. El cielo, donde viven los ángeles, es ordenado, combinado y unido hasta formar un solo cuerpo, por virtud del Divino Amor mediante la Divina Sabiduría. Los que piensan y creen que el Universo ha sido creado de otra manera que del Divino Amor por medio de la Divina Sabiduría, atribuyendo por consiguiente todas las cosas a la Naturaleza, descienden desde la vista racional a la vista del ojo material y abrazan a la Naturaleza como madre creadora de todas las cosas, concibiendo así quimeras y produciendo fantasmas.

2. Dios es el Bien mismo y la Verdad misma, porque el Bien es del Amor y la Verdad es de la Sabiduría.

38. Es universalmente conocido que todas las cosas se refieren al bien y a la verdad; prueba de que todas las cosas derivan su existencia del Amor y de la Sabiduría, puesto que todo cuanto procede del amor es llamado «bueno» y todo cuanto procede de la sabiduría es llamado «verdad»; porque cada uno siente como bueno lo que es de su amor y se goza en ello como en un bien, mientras que la sabiduría afecta a sus objetos con el placer de la luz, y este placer, cuando es percibido, es la verdad, procedente del bien; por lo cual el amor es el complejo de todas las variedades del bien, y la sabiduría el complejo de todas las verdades; pero tanto el amor como la sabiduría vienen de Dios, que es el Amor mismo y por ello el Bien mismo, así como la Sabiduría misma y por ello la Verdad misma. De ahí viene, que en la Iglesia hay dos cosas esenciales, que son el Amor y la Fe, de las cuales proceden todas las demás cosas en ella. La razón es, que todos los bienes de la Iglesia vienen del Amor y se llaman amor al Señor y amor al prójimo, y todas las verdades vienen de la Fe, y se llaman fe. El goce del amor, que también es el goce de la caridad, hace que lo bueno se llame bueno, y el placer de la sabiduría, que también es el placer de la fe, hace que lo que es verdad se llame verdad; porque las diferentes clases de goces y placeres constituyen su vida, y sin esta vida los bienes y las verdades serían exánimes é improductivos. Más hay dos clases de goces del amor, así como de placeres de la sabiduría; a saber, los goces del amor al bien y los goces del amor al mal; así como el placer de la fe en verdades y el placer de la fe en falsedades. Ambas clases de gozo y de placer se llaman buenos y agradables por los que son sujetos a ellas, por más que en sí mismas son opuestas, más el gozo del amor al bien es (realmente) bueno, mientras que el gozo del amor al mal es (realmente) malo; así también el placer producido por la fe en verdades es un placer genuino, mientras que el placer de la fe en falsedades es un placer falso. El amor, cuyo gozo es realmente bueno, es como el calor del sol,

operando en un terreno fértil, produciendo plantas útiles, trigos y árboles frutales, como si dijéramos, un paraíso o jardín del Señor y un país de Canaán; el placer de sus verdades es como la luz del sol en la primavera, que unida al calor vivifica y hace fructificar, y como la luz, que penetra en una cajita de cristal, donde hay hermosas flores, las cuales, al ser abierta la caja, esparcen delicioso perfume. Pero el gozo que viene del amor al mal, es como un abrasante calor del sol, que seca y mata, o si obra en un terreno árido, produce plantas nocivas, espinas y cardos, resultando un desierto de Arabia, lleno de hidras y serpientes venenosas. El placer de su falsa luz es como la luz del sol en invierno, y como la luz que penetra en una botella, en la cual gusanos y reptiles nadan en vinagre, despidiendo un olor nauseabundo.

Hay que saber que todo bien se forma por medio de verdades y se reviste de ellas, distinguiéndose así de otros bienes; igualmente que los bienes de un mismo género o clase se entre unen en manojos, vistiéndose al mismo tiempo de sus verdades y distinguiéndose así de otros. Así se efectúan las formaciones, lo cual por vía de ilustración, puede verse por las formaciones de las diferentes partes del cuerpo humano, y una formación parecida tiene lugar en la mente humana, porque existe una correspondencia perfecta entre todas las cosas de la mente y todas las del cuerpo; de ahí sigue que la mente humana está organizada interiormente de sustancias espirituales y exteriormente de sustancias naturales y finalmente de sustancias materiales. La mente, cuyos goces de amor son buenos, consiste interiormente de tales sustancias, cuales hay en el cielo, más la mente, cuyos goces de amor son malos, consiste interiormente de tales sustancias, cuales hay en el infierno; los males de esta última son entre unidos y ligados por medio de falsedades, y los bienes de la primera son ligados en manojos por medio de verdades. Por haber tales ligaduras en manojos de bienes así como de males, dice el Señor «que la cizaña se ligará en manojos y será quemada» (Mateo 13:30, 40, 41)

3. Puesto que Dios es el Amor mismo y la Sabiduría misma, es también la Vida misma, que es Vida en sí misma.

39. En Juan leemos:

«El Verbo era con Dios y el Verbo era Dios; en él estaba la Vida y la Vida era la luz de los hombres» (Juan 1:1, 4).

En este lugar «Dios» quiere decir el Divino Amor y el «Verbo» la Divina Sabiduría; esta última es propiamente la vida, y la vida es propiamente la luz que procede del Sol espiritual, en medio del cual está Jehová Dios. El Divino Amor produce la vida de la misma manera que el fuego produce la luz. El fuego tiene dos propiedades, la de calentar y la de iluminar; de su ardor procede el calor y de su resplandor procede la luz. De igual manera hay en el Amor dos propiedades, una a la cual corresponde el ardor del fuego, y es algo que íntimamente afecta a la voluntad del hombre; otra a la cual corresponde el resplandor del fuego, y es algo que íntimamente afecta al entendimiento del hombre. De ahí tiene el hombre amor e inteligencia; porque como ya se ha dicho, del sol del mundo espiritual procede un calor que en su esencia es amor, y una luz que en su esencia es sabiduría, y estos dos influyen en todas las cosas del Universo, afectándolas íntimamente. En los hombres influyen en su voluntad y en su entendimiento, los cuales fueron creados receptáculos de esta influencia, la voluntad receptáculo del amor y el entendimiento receptáculo de la sabiduría. Es por lo tanto claro, que la vida del hombre reside en su entendimiento y es tal como es su sabiduría, y que el amor de la voluntad determina, sus variaciones.

40. En Juan leemos:

«Así como el Padre tiene vida en Sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en Sí mismo» (Juan 5:26).

Esto quiere decir, que lo Divino mismo que es desde la eternidad, vive en sí mismo, y que también la Humanidad, asumida en el tiempo, vive en sí misma, porque es el mismo Dios. Sólo Dios tiene vida en Sí mismo. Todo lo creado, todas las cosas del Universo natural y espiritual, incluso los hombres y los ángeles, son en sí mismas formas muertas, creadas para ser receptáculos de la Vida que sale de Dios y que continuamente influye en todas las cosas. La vida, dondequiera que se manifieste, es increada; sólo las formas que la reciben en sí, son creadas; así como la luz, procedente del sol, influye en el ojo que es su receptáculo, y hace que vea, así son creadas también la fe, la verdad, el amor, la caridad; pero creadas son las formas, que las reciben, y mediante las cuales obran, y estas formas son la voluntad y el entendimiento del hombre.

4. El Amor y la Sabiduría en Dios forman uno.

41. Todo hombre sabio en la Iglesia conoce, que todo bien del amor y de la caridad viene de Dios; igualmente toda verdad de la sabiduría y de la fe. La razón humana puede ver y reconocer esto, si sabe, que el amor y la sabiduría tienen su origen en el Sol del mundo espiritual, en medio del cual está Jehová Dios, o lo que es lo mismo, que lo tienen de Jehová Dios mismo por conducto del Sol, que está en derredor Suyo; porque el calor que sale de este Sol, es en su esencia amor, y la luz que sale del mismo, es en su esencia sabiduría. Por esto es claro, que el Amor y la Sabiduría en su origen forman uno, y que por lo tanto forman uno en Dios, que es el Origen de este Sol; porque en Jehová Dios, o en Su Sol espiritual, el amor y la sabiduría son inseparables como en el sol natural el calor y la luz natural; pero conforme salen del sol se separan, lo cual puede verse en los objetos en los cuales influyen. En los hombres se hallan separados el calor de la vida, que es el amor, y la luz de la vida, que es la inteligencia, y esto es así dispuesto con el fin de que el hombre pueda ser regenerado y salvo, lo cual no podría ser, si no pudiese, aun con un amor malo, ver y comprender las verdades de la fe; porque éstas han de enseñarle lo que debe querer y amar, y por medio de ellas es regenerada su mala voluntad. El Señor está continuamente trabajando para unir en el hombre el amor y la fe, y tanto como se verifica la unión, tanto es hecho el hombre imagen y semejanza del Señor; mas tanto como deja de verificarse, es hecho imagen y semejanza de Lucifer y del Dragón, echado del cielo a la tierra y debajo de la tierra al infierno. Por la unión del amor y la fe el hombre llega a ser como un árbol en la primavera, cuando el calor del sol se une a la luz: brota, echa hojas y flores y lleva fruto; pero por la separación de los dos llega a ser como un árbol en invierno, cuando, retirándose el calor de la luz, todo se entumece y muere. Cuando en el hombre el calor espiritual, que es el amor, se separa de la luz espiritual, que es la fe, el hombre viene a ser como un suelo insalubre, podrido, y si produce algún arbusto, sus hojas se cubren de polillas y son devoradas; porque las seducciones del amor al mal, que son concupiscencias carnales y mundanas, se declaran, y el entendimiento, en vez de subyugarlas y rechazarlas, las acoge y acaricia.

En una palabra, separar el amor y la fe en el hombre es como disolver el vínculo del matrimonio entre cónyuges, haciendo que la mujer se vuelva ramera y el marido adúltero; porque el amor o la caridad es como el marido, y la sabiduría o la fe es como la esposa, y si son separados resulta adulterio y fornicación espiritual, o sea falsificación de las verdades y adulteración del bien. Por esto el Señor se halla en un continuo esfuerzo para realizar la unión de los dos en el alma humana, para que formen uno en ella como forman uno en El, y a fin de que así el hombre sea hecho imagen y semejanza Suya.

42. Hay que saber que la perfección de la vida no consiste en las ideas y los pensamientos, sino en la percepción de la verdad por la luz de la verdad, cuya percepción determina la vida. Así es que puede uno

conocer los diferentes estados de vida de los hombres, porque hay quienes, apenas oyen la verdad, perciben que es verdad; éstos son en el mundo espiritual representados por águilas. Hay otros que no perciben las verdades, pero las deducen mediante confirmaciones por analogía; éstos son representados por pajaritos cantadores. Hay otros que creen, que una cosa es verdad, porque así lo afirman hombres de autoridad; éstos son representados por maricas. Hay otros que no quieren y no pueden percibir la verdad, sino sólo la falsedad; la razón es que se hallan en una luz delusoria, en cuya luz las falsedades aparecen como verdades, y las verdades aparecen, bien como una cosa en lo alto, encima de la cabeza, envuelta en densa nube, o bien como algún meteoro o como falsedad. Los pensamientos de éstos son representados por aves nocturnas y su habla por el grito de los búhos. Aquellos entre ellos, que se han confirmado en sus falsedades, no pueden sufrir el oír las verdades; tan pronto como éstas suenan en sus oídos, las rechazan con repugnancia, como un estómago, lleno de materias biliosas, náusea y rechaza el alimento.

5. La esencia del amor es amar a otros fuera de sí mismo, desear formar uno con ellos y hacerlos felices de sí mismo.

43. La esencia de Dios consta de dos cosas: el Amor y la Sabiduría. Pero Su Amor consta de tres cosas esenciales, o sea: 1º amar a otros de sí mismo; 2º desear ser uno con ellos, y 3º hacerlos felices de sí mismo. Estas tres cosas son también la esencia de Su Sabiduría, porque en Dios el Amor y la Sabiduría forman uno; pero el Amor desea y quiere estas cosas, mientras que la Sabiduría las realiza. La primera cosa esencial, que es «amar a otros de sí mismo», puede constar por el Amor de Dios para con toda la raza humana; y por causa de los hombres ama Dios a todas las cosas creadas, porque son medios de realizar el propósito de su Amor para con los hombres. El que ama el fin ama también los medios. Así ama Dios a todas las cosas creadas, y así ama a todo lo que está fuera de El, porque la creación entera está fuera de Dios, siendo finita, mientras que Dios es infinito. El amor de Dios sale y se extiende, no sólo a personas buenas y cosas buenas, sino también a personas malas y cosas malas; por consiguiente, no sólo a personas y cosas que están en el cielo, sino también a las que están en el infierno; no sólo a «Micael» y a «Gabriel», sino también al Diablo y a Satanás; porque Dios está en todas partes y es el Mismo desde eternidad hasta eternidad: «Él deja que su sol salga sobre malos y sobre buenos y envía su lluvia sobre justos y sobre injustos» (Mateo 5:45). Pero la razón por la cual los malos, sin embargo son malos, es que no reciben en sus cosas racionales y naturales el amor de Dios tal como influye en lo más íntimo de sus almas, donde inconscientemente lo reciben en primer lugar; porque conforme desciende en su voluntad lo pervierten, y allí lo reciben tal como ellos mismos son, o sea tal como es la forma de su voluntad, que es el receptáculo del amor. Sucede en el hombre como en las plantas. El mismo calor y la misma luz influye en la vid y en el espino, haciendo que crezcan y tengan vida; la vid es vid y el espino es espino, no por haber diferencia entre las virtudes que influyen en el uno y en la otra, sino porque cada uno las recibe conforme su respectivo organismo, que es la forma recipiente.

La segunda cosa esencial del Amor de Dios, que es: «desear ser uno con ellos», puede constar por Su conjunción con el Cielo de los ángeles, con la Iglesia, con los hombres en la tierra, y con todo bien y toda verdad allí, que forma el hombre y la iglesia en el hombre. El amor, en y por sí considerado, es un continuo esfuerzo para realizar conjunción. Que el Divino Amor está continuamente procurando realizar conjunción es evidente por las palabras del Señor: «que sean uno, El en ellos y ellos en El, y que el Amor de Dios esté en ellos» (Juan 17:21, 22, 23 y 26).

La tercera cosa esencial, que es: «hacerlos felices de sí mismo», consta por la vida eterna, la cual es bienaventuranza, dicha y felicidad sin fin, dadas por Dios a los que en sí reciben Su Amor; porque Dios es el Amor mismo y también la Bienaventuranza misma. Dios hace a los ángeles dichosos y felices de Sí mismo, y también a los hombres, que después de la muerte son hechos ángeles, y esta dicha y felicidad les comunica por medio de Su conjunción con ellos.

6. Estas tres propiedades esenciales del Amor Divino fueron la causa de la creación del Universo, y son también la causa de su preservación.

46. Que la primera propiedad, o sea la de «amar a otros de sí mismo», fue una causa de la creación del Universo, puede ser claro por esto, de que para conseguir este fin tenía Dios que producir cosas, que pudiesen existir fuera de El; es decir, las cosas finitas que constituyen el Universo. A éste puede extender Su Amor, ejerciéndolo en él y así descansar; leemos que Dios, después de acabada la creación del cielo y de la tierra con todo cuanto en ellos había, descansó, instituyendo así el sábado (Génesis 2:2, 3). Que la segunda propiedad, que es «desear formar uno con ellos», fue una causa, consta por haber sido el hombre creado a imagen y según la semejanza de Dios, lo cual quiere decir, que fue creado de tal manera que puede recibir en sí la vida de Dios, y así tener conjunción con El, por cuya conjunción Dios puede unirse con el hombre y amarle, y por causa del hombre amar también a todas las cosas creadas, que son medios a este fin. Que todas las cosas fueron creadas por causa del hombre se puede ver en Génesis 1:28, 29, 30. Que la tercera propiedad, que es la de «hacerlos dichosos de Sí mismo», fue una causa, es evidente por el cielo de los ángeles, el cual espera a cada hombre, que en sí recibe el amor de Dios, y en el cual todos son hechos dichosos y felices por Dios Solo. La razón por la cual estas tres propiedades esenciales del Divino Amor son asimismo las causas de la preservación del Universo, es que la preservación, o el sustento, es una perpetua creación, como la subsistencia es un perpetuo nacimiento, y el Divino Amor es siempre el mismo desde eternidad hasta eternidad; por lo tanto, tal como era al crear el mundo, tal continúa ser en el mundo creado.

47. Por estas cosas puede uno bien ver que el Universo forma un solo cuerpo, que adhiere en todo detalle, desde las primeras hasta las últimas cosas, porque es una obra que envuelve fines, causas y efectos en conexión indisoluble. Y puesto que en todo amor está el objeto final o sea el propósito, y en toda sabiduría la promoción del propósito por medio de las causas, y con ayuda de las causas, hasta ultimarlos en efectos, que son usos, sigue asimismo, que el Universo es una obra que envuelve Divino Amor, Divina Sabiduría y usos; por consiguiente una obra que adhiere desde sus primeras hasta sus últimas cosas.

La Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia de Dios.

49. Hemos tratado del Divino Amor y de la Divina Sabiduría y hemos demostrado, que estos dos son la Esencia de Dios. Ahora procede tratar de la Divina Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia, porque estos tres vienen del Divino Amor y de la Divina Sabiduría y se hallan en todas las cosas, casi de la misma manera que el poder y la presencia del sol natural se halla presente en este mundo en todo objeto y detalle del mismo mediante el calor y la luz; porque el calor, que sale del Sol espiritual en medio del cual está Jehová Dios, es en su esencia Amor, y la luz, que sale de este Sol, es en su esencia Sabiduría, por lo cual es evidente, que la Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia pertenecen a la Divina Esencia como la Infinitud, la Inmensidad y la Eternidad pertenecen al Divino Esse. Pero hasta ahora se ha

ignorado casi por completo la manera en que estos tres atributos de la Divina Esencia proceden y obran en el Universo, por lo cual será explicado en los siguientes siete artículos.

1. La Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia pertenecen a la Divina Sabiduría por virtud del Divino Amor.

50. Que la Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia pertenecen a la Divina Sabiduría por virtud del Divino Amor, mas no al Divino Amor mediante la Divina Sabiduría, es un secreto que hasta ahora no ha llegado al entendimiento de hombre alguno, porque se ha ignorado lo que en su esencia es el Divino Amor y también lo que en su esencia es la Divina Sabiduría, que viene del Amor; y menos aún se ha conocido y comprendido el influjo del uno en la otra; cuyo influjo es, que el amor con todas sus pertenencias, influye en la sabiduría y reside en ella, como un rey en su reino o como un amo en su casa, cediendo la administración de su justicia al juicio de ella, y puesto que la justicia es del amor y el juicio es de la sabiduría, cede pues el gobierno del amor a la sabiduría. Las siguientes palabras en Juan expresan la Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia de Dios:

«En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas por El fueron hechas y sin El nada de lo que es hecho fue hecho. En El estaba la Vida y la Vida era la luz de los hombres. El mundo fue hecho por El, y el Verbo fue hecho carne» (Juan 1:1, 3, 4, 10, 14).

El Verbo significa la Divina Verdad, o lo que es lo mismo, la Divina Sabiduría; por lo cual se llama Vida y luz porque Vida y luz son sencillamente Sabiduría.

51. En el Verbo, o sea en las Sagradas Escrituras, se mencionan a menudo «justicia» y «juicio»; y donde se mencionan, «justicia» es predicado del Amor y «juicio» de la Sabiduría. El gobierno de Dios en el mundo se efectúa por medio de estos dos, lo cual consta por muchos pasajes del Verbo, entre otros por los siguientes:

Salmos 89:15; Jeremías 9:24; Isaías 33:5; Amos 5:24; Salmos 36:6; 37:6; 72:2; 119:7, 164; Osea 2:19; Isaías 1:27; 9:7; Jeremías 23:5, 33:15, y en otros lugares exhorta a hacer justicia y juicio, como por ejemplo en Isaías 1:21; 5:16; 57:2; Jeremías 4:2; 22:3, 13, 15; Ezequiel 18:5, 33:14, 16; 19; Amos 6:12; Mica 7:9; Deuteronomio 33:21; Juan 16:8; 10; 11.

2. No puede uno formarse idea de la Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia de Dios, si antes no conoce lo que es el Orden, y si no conoce, lo que al Orden pertenece, es decir, que Dios es el Orden, y que con la creación introdujo el Orden en el Universo y en todas las cosas, que hay en el mismo.

52. Abundantes absurdos se han deslizado en las mentes humanas y por conducto de innovadores en la Iglesia por no haber entendido lo que es el Orden, en el cual Dios ha creado el Universo y todo cuanto en él existe. Esto se verá por lo que más adelante será manifestado. Aquí explicaremos en un principio lo que es el Orden, mediante una definición general del término:

«Orden es la cualidad de la disposición, determinación y actividad de las partes, sustancias y entidades, que hacen la forma; de ahí viene el estado, cuya perfección es producida por la sabiduría por virtud de su amor y cuya imperfección es determinada por la insalubridad de la mente a causa de las concupiscencias.»

En esta definición se menciona sustancia, forma y estado, y por sustancia entendemos también forma, por qué toda sustancia es forma, y la cualidad de la forma es su estado, cuya perfección o imperfección resulta del Orden. Estas cosas, siendo metafísicas, no dejarán de parecer oscuras, pero se aclararán mediante ejemplos.

53. Dios es el Orden, porque es la Sustancia misma y la Forma misma. Es la Sustancia misma, porque todas las cosas que subsisten, nacieron y nacen de El. Es la Forma misma, porque la cualidad de toda sustancia, surgió y surge por El, y la cualidad viene exclusivamente de la forma. Ahora bien; puesto que Dios es la primera y sola Sustancia y Forma, el primer y solo Amor y la primera y sola Sabiduría, y puesto que la sabiduría, por virtud del amor, determina la forma, cuyo estado y cualidad se halla según y conforme el orden que hay en ella, es evidente que Dios es el Orden mismo; que de Sí mismo introdujo el Orden en el Universo y en todas las cosas que hay en él y que introdujo el Orden más perfecto; porque todas las cosas que El creó eran buenas (Génesis 1:31); pero si hay males en el mundo, éstos no vienen de la Creación, sino que nacieron junto con el infierno después de la Creación.

54. Todas las cosas del Universo fueron creadas, cada una en su Orden especial y particular, con el fin de que pudieran subsistir cada una por sí y asimismo combinarse en el orden general del Universo, a fin de que el orden particular pudiese subsistir en el orden general y así formar uno. Para ilustrar: el hombre fue creado en su orden, y cada particular parte de él también en el suyo; la cabeza del cuerpo en su orden, el corazón, los pulmones, el hígado, el páncreas, el estómago, cada uno en el suyo; no hay en el cuerpo humano la más mínima arteria o nervio, que no haya sido creado en su orden particular, y sin embargo estas partes innumerables se combinan en el común organismo, que es el cuerpo, insertándose cada detalle de tal manera, que forman uno y obran en conjunto como una sola cosa. El caso es igual con las demás cosas; cada animal de la tierra, cada ave del cielo, cada pez en el agua, cada reptil, cada gusano y hasta los más pequeños insectos, fueron creados en su orden particular, igualmente cada árbol de bosque o de jardín, cada arbusto y planta, y hasta cada piedra, cada mineral, cada partícula de polvo de la tierra. ¿Existe imperio alguno, reino, condado, república, estado o familia, que no sea la forma de su gobierno? En cada una de ellas las leyes de la justicia están en el primer lugar, las leyes políticas en el segundo lugar y las leyes económicas en el tercer lugar. Si comparamos estas leyes con el hombre, las leyes de justicia corresponden a la cabeza, las leyes políticas al cuerpo y las leyes económicas a los vestidos, por lo cual estas últimas pueden ser modificadas como se cambia o modifica el modo de vestir.

55. Pero con respecto al Orden en el cual la Iglesia ha sido establecida por Dios, este Orden es, que Dios debe estar en toda ella y en cada uno de sus mínimos detalles y asimismo el prójimo; porque es en el trato con el prójimo que el Orden debe practicarse. Las leyes de este orden son tantas como hay verdades en el Verbo. Las leyes que se refieren a Dios deben formar su cabeza, las que se refieren al prójimo deben formar su cuerpo, y las ceremonias y la organización exterior deben formar su vestido; porque caso de no mantener estas últimas en conjunto y en orden a las primeras, sería como si el cuerpo estuviera desnudo, expuesto al calor en el verano y al frío en el invierno; o como si el techo y las paredes de un templo fueran quitados, dejando al descubierto las cosas sagradas, el altar y el púlpito, sin protección, expuestos a toda clase de crudezas.

3. La Omnipotencia de Dios procede y opera con arreglo a las leyes de Su Divino Orden, en todo el Universo y en cada detalle del mismo.

56. Dios es Omnipotente, porque El tiene todo poder en Sí mismo y lo demás tiene su poder por El. El poder de Dios forma uno con Su Voluntad, y puesto que no quiere más que lo que es bueno, no puede

hacer más que lo que es bueno. En el mundo espiritual ninguno puede obrar en contra de su voluntad; esto tienen todos allí de Dios, cuyo Poder y Voluntad son uno. Dios es también el Bien mismo, y no puede salir de Sí mismo, por lo cual es evidente, que Su Omnipotencia procede y opera dentro de la esfera del bien, cuya esfera es infinita, porque llena lo interior del Universo y de cada cosa que hay en él, y desde lo interior gobierna Dios las cosas que están al exterior, en la medida en que se combinan con lo interior mediante el orden y conforme el orden particular de cada cosa. Si no se combinan, las sostiene sin embargo y se esfuerza continuamente para reconducirlas al orden según el Orden universal en el cual El está en su Omnipotencia y conforme el cual obra; si la reconducción al Orden no es realizable, son echadas fuera de El, donde sin embargo las sostiene desde lo más interior. Por esto es evidente, que la Divina Omnipotencia no puede en manera alguna salir fuera de sí misma para ponerse en contacto con mal alguno, ni promover el mal de Sí misma, porque el mal se aparta de ella espontáneamente. Esta es la razón por la cual el mal se halla completamente separado de Dios y echado al infierno, y entre éste y el cielo, donde está Dios, hay un abismo infranqueable. Estos hechos demuestran cuán delirantes son los que piensan y aún más los que creen, y sobre todo los que enseñan que Dios puede condenar a alma alguna, maldecirla y echarla al infierno; predestinar ciertas almas a muerte eterna, vengar injurias, ser iracundo y castigar. No puede siquiera apartar su rostro del hombre o mirarle con severidad. Estas y parecidas cosas son contrarias a Su Esencia, y lo que es contrario a Su Esencia es contrario a El mismo.

57. La opinión general con respecto a la Omnipotencia de Dios es que El es omnipotente de la misma manera que lo es un déspota en la tierra; el cual puede hacer todo cuanto se le antoja, tanto bien cuanto mal. Puede absolver o condenar al que quiere absolver o condenar; puede declarar culpable al inocente, infiel al fiel, elevar al indigno sobre el digno; puede bajo cualquier pretexto privar sus súbditos de sus bienes, sentenciándolos a muerte. A causa de esta absurda opinión, falsa fe y falsa doctrina, se han introducido en la Iglesia tantas falsedades, falacias y quimeras, como diferentes clases de fe y sectas hay en ella actualmente, y todavía pueden entrar en ella tantas más, cuantas culebras hay en el desierto de África, que salen de sus escondrijos para tomar el sol. Todo cuanto para ello se necesita son las palabras «Omnipotencia» y Fe, porque han expulsado la razón y prohibido todo raciocinio con respecto a ellas, bajo pretexto de que la razón humana no puede comprender las cosas del espíritu, cuyas cosas deben creerse ciegamente, con una obediencia pasiva. ¿Qué es el hombre en este caso con preferencia al animal? No tiene por espíritu más que el vaho que sube de un establo o de una cuadra, el cual agrada a los animales allí, pero no al hombre, que no se parezca a ellos. Y en este caso; ¿qué más se necesita que el presentar a las multitudes conjeturas, mitos y cuentos que cautivan los sentidos del cuerpo? Mas el orden genuino es, que el hombre debe examinar todo con su razón y conforme su razón recibir las verdades interiores, espirituales. Si la Divina Omnipotencia pudiera obrar el mal igualmente que el bien, ¿qué diferencia habría entonces entre Dios y el Diablo, más que la que hay entre dos déspotas, de los cuales el uno es rey y al mismo tiempo tirano y el otro tirano, cuyo poder le ha sido quitado, de manera que no puede ya llamarse rey? ¿Quién no puede comprender, que el bien y el mal son opuestos, que si Dios por Su Omnipotencia pudiera querer y hacer ambos, no tendría Omnipotencia alguna? Sería tener dos voluntades opuestas, obrando ambas simultáneamente, de lo cual resultaría completa inmovilidad y por consiguiente impotencia.

58. Si la Omnipotencia de Dios se extendiera, según la creencia actual, a obrar el mal igualmente que el bien, sería posible y hasta fácil para Dios elevar todo el infierno al cielo, convertir demonios en ángeles, limpiar cada pecador de sus pecados en un momento, renovarle, santificarle, regenerarle y, de ser hijo de la ira, hacer de él en un momento un hijo de la gracia, es decir, justificarle, lo cual podría entonces hacer

con imputarle la justicia de Su Hijo. Pero Dios por Su Omnipotencia no puede hacer esto, porque es contrario a las leyes de Su Orden en el Universo y en el hombre, cuyas leyes exigen, que la conjunción debe ser mutua, tanto por parte del hombre cuanto por parte de Dios. Según la mencionada absurda opinión respecto de la Omnipotencia de Dios, sería posible para Dios convertir por mero beneplácito cada «cabra» en «oveja» y de su izquierda pasarle a su derecha; sería posible cambiar los espíritus del dragón en ángeles de Micael y podría incondicionalmente dar la vista del águila a un hombre, cuyo entender fuera como la vista de un topo. Pero Dios no puede hacer esto, porque es contrario a las leyes de Su Orden; mas está continuamente esforzándose para hacerlo con arreglo a estas leyes. Si hubiera podido hacerlo, no hubiera permitido, que Adán fuere seducido por la serpiente cogiendo del fruto prohibido. Si hubiera podido obrar así, no hubiera permitido a Caín matar a Abel, a David contar el pueblo, a Salomón edificar templos a los ídolos, y a los reyes de Israel y de Judá profanar el templo. Si hubiera podido obrar así, hubiera salvado a toda la raza humana sin excepción alguna, mediante la justicia de Su Hijo y hubiera extirpado por completo a los infiernos. Tal concepto de la Omnipotencia de Dios puede uno formarse únicamente cuando aleja la razón de su mente como muchos han hecho, y así es que se ha introducido en la Iglesia tanto fanatismo y tanta herejía.

4. Dios es Omniscio, esto es, percibe, ve y conoce todas las cosas, hasta el más mínimo detalle de lo que sucede en acuerdo con el Orden, y mediante esto igualmente lo que sucede contrariamente al Orden.

59. Dios es Omniscio, es decir, ve, percibe y conoce todas las cosas, porque Él es la Sabiduría misma y la Luz misma, y la Sabiduría percibe todo, así como la luz ve todo. Que Dios es la Sabiduría misma queda demostrado en lo que antecede; que también es la Luz misma es porque Él es el Sol del cielo de los ángeles, cuyo Sol ilumina el entendimiento de todos, tanto el de los Ángeles cuanto el de los hombres, porque así como el ojo es iluminado por el sol natural, así el entendimiento es iluminado por el Sol espiritual, y no solo es iluminado, sino con arreglo al deseo de recibirlo, es también henchido de inteligencia, siendo así que esta luz es, en su esencia, sabiduría. Por esto dice David: «Dios mora en una luz inaccesible»; y en el Apocalipsis leemos: «En la nueva Jerusalén no tendrán necesidad de lumbre de antorcha, porque el Señor Dios les alumbrará»; así mismo en Juan, que «el Verbo, que era con Dios y que era Dios, es la luz, que ilumina a todo hombre, que viene al mundo». Por el Verbo se entiende la Divina Sabiduría. Puesto que la luz en su esencia es sabiduría, resulta que la luz en los cielos es más clara y más intensa donde se hallan los Ángeles más sabios; menos clara e intensa donde viven los ángeles menos sabios. Cada uno en el cielo, tiene, pues, luz conforme a su sabiduría. Es por esta relación, entre la luz y la sabiduría, que en el Verbo, «luz», significa sabiduría.

60. La razón por la cual Dios percibe, ve y conoce todas las cosas, que suceden en acuerdo con el Orden, es que el Orden es universal, hallándose en cada particular cosa detalladamente, porque las partes sencillas, tomadas en conjunto, se llaman un «universal», así como las partículas, tomadas en un conjunto, se llaman un «general»; y un «universal» con todas sus partes, es un cuerpo que adhiere como una sola cosa, de manera que una parte no puede ser afectada o tocada sin que la sensación recibida se comunique a todas. Por esto hay en todas las cosas creadas cierta ínterjunción o percepción común. Para ilustrar: En el cuerpo humano hay cosas generales y cosas particulares, y las generales envuelven las particulares, combinadas de tal manera, que se pertenecen mutuamente. Cada miembro en el cuerpo se halla cubierto por una membrana, la cual se insinúa en toda partícula del miembro, hasta formar uno con él en cada oficio y uso. La membrana de cada músculo entra en cada una de las minúsculas fibras que lo componen y las reviste por así decir de sí misma. De igual manera la envoltura de los pulmones, que se

llama pleura, entra en toda partícula de los pulmones, y el pericardio en toda partícula del corazón; las membranas del cerebro, por finísimos hilos, que salen de ellas, entran en todas las minúsculas glándulas, que están debajo de ellas, y por conducto de éstas, entran en las fibras de toda partícula del cuerpo; así es que la cabeza, desde el cerebro, gobierna todo detalle del cuerpo, sujeto a ella. Por estas cosas visibles puede uno hasta cierto punto formarse idea de cómo Dios percibe, ve y conoce todas las cosas, hasta el más mínimo detalle, que sucede en acuerdo con el Orden.

61. La razón por la cual Dios, por las cosas que se hallan según el Orden, percibe, ve y conoce todo cuanto es contrario al Orden, es que Dios no mantiene al hombre en el mal, sino que le detiene del mal. No le guía y lleva adelante por el camino del pecado, sino que lucha con él para hacerle desistir de su maldad. El mal y la falsedad están continuamente esforzándose, luchando y resistiendo con repugnancia y perpetua reacción contra el bien y la verdad de Dios, y por esta continua lucha, resistencia y repugnancia percibe Dios su cantidad y su cualidad. Esto viene de que Dios es el Orden mismo y por consiguiente presente en todo detalle del Orden, teniendo perfecto conocimiento de todo cuanto hay en el Orden, hasta el más mínimo detalle; y siendo así que todo cuanto se halla fuera del Orden hace oposición al Orden y perpetua reacción contra él, sigue que Dios, desde las cosas, que se hallan dentro del Orden, en cuyas cosas El mismo está presente, percibe, ve y conoce todas las cosas que se hallan fuera del Orden por la oposición y reacción de estas cosas contra las primeras. Es como uno que tiene oído fino y sensible, que con exactitud puede apreciar las notas musicales; éste percibe inmediatamente todo sonido discordante é inarmonioso tan pronto llegue a su oído y nota hasta la extensión y el carácter de la discordia. Uno que se halla en el goce de su vida, siente inmediatamente un disgusto que sobreviene, y el sinsabor producido por la contrariedad es tanto más pronunciado cuanto más exquisito y completo es el goce. Uno que contempla un objeto hermoso, se impone de su hermosura más profunda, y completamente si al lado del objeto hermoso hay otro feo. Así es también con el bien y la verdad, que son contrarios al mal y a la falsedad; se dejan percibir, ver y conocer más distinta y completamente, comparadas con su opuesto. El que se halla en el bien, percibe que una cosa es mala, y el que se halla en la verdad, percibe que una cosa es falsa, por la oposición que hay entre el bien y el mal, entre la verdad y la falsedad; porque el bien se halla en el calor del cielo y la verdad en la luz celestial, mientras que el mal se halla en el frío del infierno y la falsedad en las tinieblas infernales. Los ángeles del cielo pueden observar todo cuanto se hace en el infierno y ver las formas monstruosas que están allí, pero los espíritus del infierno no pueden ver cosa alguna de lo que hay en el cielo; no pueden ver los ángeles que viven allí, más que un ciego, o más que uno que mira al través del espacio sin encontrar objeto en que fijar la vista. El hombre puede hasta cierto punto estar en la luz de la verdad, por más que se halle en la vida de sus malas inclinaciones; pero la guardará y la aumentará tan solo en la medida en que venza sus malas inclinaciones. Al principio, cuando se halla en alguna luz, no ve sin embargo las verdades, más que como un murciélago ve una sábana blanca tendida en un jardín, a la que vuela para refugiarse; pero si continúa en sus malas inclinaciones, se vuelve como una lechuza o un búho. Entonces es como un deshollinador, sorprendido en la chimenea por el humo. Si mira arriba ve por entre el humo la bóveda del cielo, y mirando abajo ve el fuego del cual sale el humo.

62. Hay que observar que la percepción de las cosas opuestas difiere de la de las cosas relativas; porque las opuestas están al exterior y son contrarias a las cosas que están al interior. Una cosa opuesta empieza, cuando una cosa cesa por completo de ser algo, y otra nueva cosa nace con el esfuerzo de contrarrestar la primera, como una rueda que obra contra otra rueda o una corriente contra otra corriente; más las cosas relativas se refieren a la disposición de muchas y variadas cosas en orden conveniente y armonioso, como

pedras preciosas de varios colores en el pectoral de una reina, o como flores de diferentes colores en una guirnalda, agradables a la vista. En ambos opuestos hay cosas relativas; en el bien como en el mal, en la verdad como en la falsedad, por consiguiente en el cielo como en el infierno; más las cosas relativas del infierno son opuestas a las relativas del cielo. Ahora bien; puesto que Dios percibe, ve y por consiguiente conoce las cosas relativas en el cielo, por medio del Orden en el cual se halla, y en su consecuencia percibe, ve y conoce las cosas relativas opuestas en el infierno, según se acaba de decir más arriba, es pues evidente, que Dios es Omniscio en el infierno tanto como en el cielo, ¿igualmente entre los hombres en el mundo; por consiguiente que percibe, ve y conoce sus males y falsedades por el bien y la verdad, en los cuales El se halla y los cuales en su esencia es El mismo. De acuerdo con esto, dice David:

«Si subiere a los cielos, allí estás tú, y si en el abismo hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás»
(Salmos 139).

Y en otro lugar leemos:

«Aunque cavasen hasta el infierno, de allí los tornará mi mano» (Amos 9:2).

5. Dios es Omnipresente, desde las primeras hasta las últimas cosas de Su Orden.

63. Dios es Omnipresente desde las primeras hasta en las últimas cosas de Su Orden, por medio del calor y la luz del Sol del mundo espiritual, en medio del cual El está; el Orden fue hecho mediante este Sol, el cual despide calor y luz espiritual que llenan el Universo entero, penetrando en todas sus cosas desde las primeras hasta las últimas y produciendo la vida de los hombres y. de todo animal, así como el alma vegetal en todo germen de la tierra. Estos dos influyen, en todas las cosas, haciendo que cada cosa viva y crezca según el orden impreso en ella desde la creación, y siendo así que Dios no es extendido y sin embargo llena todas las extensiones del Universo, es pues Omnipresente. Que Dios está en todo espacio sin que haya espacio en El y en todo tiempo sin que haya tiempo en El, se ha demostrado en otro lugar, y siendo esto así, resulta que por Su Omnipresencia percibe todas las cosas, por Su Omnisciencia provee todas las cosas y por Su Omnipotencia opera todas las cosas, por lo cual es evidente que la Omnipresencia, Omnisciencia y Omnipotencia de Dios hacen uno, o sea que la una implica las otras y que por consiguiente no pueden ser separadas.

64. Como ilustración de la Divina Omnipresencia se dirá aquí algo acerca de la milagrosa presencia de los ángeles y espíritus en el mundo espiritual. En ese mundo, puesto que allí no hay espacio, sino tan solo apariencia de espacio, puede un ángel o un espíritu en un momento llegar a la presencia de otro, con solo entrar en similar afecto de amor y por consiguiente en similar pensamiento; porque estos dos determinan la apariencia de espacio. Que la presencia de cada uno allí es determinada por el estado de la mente me consta, porque allí he visto habitantes del África muy cerca de habitantes de las Indias, por más que en la tierra viven tan separados, y más aún, he podido allí ponerme en presencia de los que viven en otros planetas de nuestro sistema, y también de los que viven en planetas de otros sistemas solares. Por virtud de esta presencia, no de espacio, sino de apariencia de espacio, he conversado con algunos de los apóstoles, con difuntos papas, emperadores y reyes, con los fundadores de la iglesia actual, Lutero, Calvin, Melancton, y con otros de países muy lejanos. Puesto que tal es la presencia de ángeles y espíritus, ¿qué límite puede ponerse a la Divina presencia en el Universo, cuya presencia es infinita?

6. El hombre fue creado forma del Divino Orden

65. El hombre fue creado imagen y semejanza de Dios, y puesto que Dios es el Orden mismo, resulta que el hombre fue creado imagen y semejanza del Orden. Hay dos cosas de las cuales el Orden ha originado y

por las cuales subsiste, a saber: el Divino Amor y la Divina Sabiduría, y el hombre fue creado receptáculo de éstos, por lo cual también fue creado en el Orden según el cual obran en el Universo y principalmente en el cielo de los ángeles; por eso el cielo de los ángeles en su conjunto es en la mayor efigie la forma del Divino Orden y ante la vista de Dios es como un solo Hombre, existiendo asimismo completa correspondencia entre él y el hombre, por qué no hay sociedad en el cielo que no corresponda a algún miembro, víscera u órgano en el hombre, y por eso es común en el cielo el decir, que una sociedad se halla en la región del hígado, del páncreas, de los riñones, del estómago, del ojo, del oído, o de la lengua, etc. Los ángeles conocen también en qué parte o región del hombre viven. He podido convencerme por viva experiencia de que esto es así: he visto como un solo hombre a una sociedad que consistía de varios millares de Ángeles; por lo cual me fue manifiesto que el cielo en su conjunto es una imagen de Dios y una imagen de Dios es una forma del Divino Orden.

66. Hay que saber que todas las cosas, que proceden del Sol del mundo espiritual, en medio del cual está Jehová Dios, tienen relación con el hombre y que por esta razón todo cuanto existe en ese mundo tiende hacia la forma humana y en su más íntimo tiene esta forma, por lo cual todo objeto, que allí se presenta a los ojos, es representativo del hombre. Allí se ve animales de todas clases y estos son semejanzas de las inclinaciones del amor y por consiguiente del pensamiento de los ángeles; de igual manera las selvas, los jardines florales y las praderas verdulentas allí; y es dado percibir la inclinación especial, representada por este o aquel objeto; y lo que es maravilloso, cuando su íntima vista es abierta, reconocen su propia imagen en esos objetos, lo cual obedece a que todo hombre es su propio amor y por consiguiente su propio pensamiento, y siendo las inclinaciones y por ello los pensamientos tan múltiples y variados en cada hombre, correspondiendo está a la inclinación de cierto animal, esta otra a la de otro animal, resulta que las imágenes de sus inclinaciones se presentan así. Más se dirá con respecto a estas cosas en las siguientes páginas que tratarán de la Creación. Estas cosas demuestran una vez más que el fin, o el objeto final de la Creación era un cielo de ángeles de la raza humana, así pues del hombre, en cuyo cielo pudiera morar Dios como en su receptáculo, y esta es la razón por la cual el hombre fue creado forma del Divino Orden.

67. Antes de la Creación era Dios el Amor mismo y la Sabiduría misma, ambos en esfuerzo de realizar usos, porque el Amor y la Sabiduría sin el uso no son más que aire o viento y desaparecen también si no se aplican al uso. Separados del uso son como aves que vuelan sobre un océano interminable y finalmente, fatigadas por el constante vuelo, caen al mar y se ahogan. Por esto es evidente, que el Universo fue creado por Dios a fin de que existiesen usos, por lo cual el Universo puede llamarse un espectáculo de usos, y siendo el hombre el objeto principal de la Creación, resulta que todas las cosas, y cada una particularmente, han sido creadas al beneficio del hombre y que por consiguiente todo cuanto pertenece al orden, y cada mínimo detalle del mismo, ha sido concentrado en él, a fin de que Dios mediante él pueda realizar usos primarios. El amor y la sabiduría, sin la tercera cosa que es el uso, pueden compararse con el calor y la luz del sol, los cuales, caso de no operar en hombres, animales y vegetación, serían cosas vanas e imaginarias, pero llegan a ser reales y efectivos mediante su influjo y su operación en ellos. Hay tres cosas que siguen por su orden, a saber, la intención, la causa y el efecto, y el mundo erudito sabe, que la intención, o el fin, es nada si no mira a la causa eficiente, y que ni la intención ni esta causa son algo, si no producen el efecto. La intención y la causa pueden por cierto ser contempladas abstractamente en el pensamiento; pero solo al objeto de algún efecto que la intención intenta y la causa efectúa. El caso es igual con el amor, la sabiduría y el uso. El uso es lo que el amor intenta y produce mediante la causa, y cuando el uso queda realizado, entonces existen realmente el amor

y la sabiduría y se hacen en el uso una morada y habitación para sí. Así sucede también con el hombre, en quien están el amor y la sabiduría de Dios, realizando usos; y a fin de que pudiera realizar usos de Dios, fue creado imagen y semejanza de Dios, es decir, forma del Orden Divino.

7. El hombre se halla con poder contra el mal y la falsedad por la Divina Omnipotencia, en sabiduría con respecto al Bien y la Verdad por la Divina Omnisciencia y en Dios por la Divina Omnipresencia, tanto como vive en acuerdo con el Divino Orden.

68. La razón por la cual el hombre se halla con poder contra el mal y la falsedad tanto como vive en acuerdo con el Divino Orden, es que nadie más que Dios puede resistir los males y las falsedades que proceden de ellos, porque todos los males con todas sus falsedades son del infierno, y allí adhieren los unos a los otros, formando uno, de la misma manera que los bienes con sus verdades se unen en el cielo. El cielo en su conjunto es ante la vista del Señor como un solo Hombre, según queda dicho, y el infierno, por otra parte, es en su conjunto como un gigante monstruoso; por lo cual, luchar contra un solo mal y una sola falsedad es luchar contra este gigante monstruoso, que es el infierno en su conjunto. Esto nadie lo puede más que Dios, y El lo puede por Su Omnipotencia. Por esto es claro, que el hombre, si no se dirige a Dios, no tiene en sí poder alguno contra el mal y la falsedad. No podría contra ellos más que un pez contra el océano o un grano de polvo contra una montaña, que se derrumbase sobre él. Únicamente si vive en acuerdo con el Divino Orden tiene poder sobre ellos. Vivir en acuerdo con el Divino Orden es reconocer a Dios y confiar en El y en su Omnipotencia para protección contra el infierno y con esta fe luchar por su parte contra el mal y la falsedad que hay en él. Esta lucha, en unión con esta fe, es en conformidad con el Divino Orden. Si no hace esto no puede evitar el ser sumergido y engullido por el infierno, arrastrado por el mal, como una barca en alta mar, abandonada a merced de la tempestad.

69. La razón por la cual el hombre se halla en sabiduría con respecto al Bien y a la Verdad por la Divina Omnisciencia tanto como vive en acuerdo con el Divino Orden, es que todo el amor del bien y toda la sabiduría de la verdad, así como todo el bien del amor y toda la verdad de la sabiduría, vienen de Dios Solo. Esto reconocen por lo demás todas las iglesias en el mundo Cristiano. Por esto es claro que el hombre no puede hallarse interiormente en la verdad de la sabiduría sino por Dios, puesto que Dios es omniscio y todo hombre recibe sabiduría y entendimiento de El, siendo en sí mismo una forma muerta, que recibe su vida de Dios cada instante. El hombre interior, o sea la mente humana, se halla compartida en tres grados, como el cielo de los ángeles, y puede ser elevada a un grado superior y al más superior; puede asimismo ser rebajada a un grado inferior y al más inferior. En la medida que es elevada, es elevada a sabiduría, porque es elevada a la luz del cielo, y esta elevación nadie la puede efectuar más que Dios; tanto como la mente humana es elevada a esta luz, tanto es hombre; pero tanto como es rebajada a los grados inferiores, tanto se halla en la luz delusoria del infierno, y tanto deja de ser hombre y se vuelve bestia. Hasta la forma del cuerpo humano, en comparación con la de la bestia, manifiesta esta superioridad del hombre sobre el animal. El hombre anda con su cuerpo levantado y mira hacia el cielo, pudiendo libremente alzar la vista al cenit; pero la bestia anda con su cuerpo inclinado mirando la tierra con todo su semblante, y no puede levantar la vista al cielo sino con mucha dificultad. La mente humana, según el Orden Divino, debe mirar hacia Dios, aprender a conocerle mediante las verdades, por El reveladas y vivir en conformidad con ellas. Así recibe sabiduría e inteligencia de El. Por otra parte, si deja de hacerlo, y en su lugar imita a la bestia, mirando sólo a la Naturaleza para su ilustración y considerando las cosas de la Sabiduría como productos de su propia inteligencia, entonces no hay sabiduría ni entendimiento en él, sino tan solo la luz delusoria del infierno. En el primer caso es como un hombre que desde la cúspide de una alta torre mira a una ciudad, distinguiendo claramente casas, calles

y plazas y los hombres que anidan en ellas, todo con una ojeada; pero en el último caso es como un hombre que desde el sótano de la misma torre, por un agujero en la pared mira hacia la misma ciudad, no distinguiendo más que una parte de la casa de enfrente, viendo cómo los ladrillos y las tejas de la misma están colocadas. En el primer caso el hombre es como un ave que vuela en las alturas y ve sobre un ancho círculo debajo de sí varios objetos, dirigiéndose a los que le son beneficiosos; pero en el último caso es como un insecto, que se nutre de materias corrompidas, el cual vuela cerca de la tierra y donde ve un fumiguero, allí se mete y se goza del mal olor y de la insalubridad. Cada hombre, mientras vive en el mundo, está en medio entre el cielo y el infierno, en completo equilibrio entre las dos fuerzas antagonistas, y por consiguiente en completa libertad de mirar arriba hacia Dios o abajo hacia el infierno. Si mira hacia Dios, reconoce que toda Sabiduría viene de El y con respecto a su espíritu se halla actualmente en el cielo entre los ángeles. Pero si mira hacia abajo, lo cual hace si está en la falsedad por el mal, se halla, con respecto a su espíritu, actualmente en el infierno entre los demonios.

70. La razón por la cual el hombre se halla en Dios por la Divina Omnipresencia tanto como vive en acuerdo con el Divino Orden, es que Dios es Omnipresente, y en Su Orden se halla en Sí Mismo, porque Dios es el Orden mismo, según ya se ha demostrado, y puesto que el hombre fue creado en el Divino Orden, sigue que Dios está en el hombre, siendo así que Dios es el Orden; pero llenamente no está Dios en el hombre más que en cuanto éste vive en acuerdo con el Divino Orden. Si el hombre no vive en acuerdo con el Orden, Dios está sin embargo en él, pero tan solo en la parte más íntima o superior del alma, donde el hombre no tiene conocimiento ni percepción de tal presencia, y desde allí continúa dando al hombre la facultad de entender y la inclinación de amar; o sea el poder para entender la verdad y querer el bien. Tanto como el hombre vive contrariamente al orden, cierra la parte interior de su mente o espíritu para la influencia Divina, impidiendo a Dios de descender y llenar su región inferior con Su presencia; y así resulta que por más que Dios está en el hombre, este hombre no está en Dios. Es una verdad universalmente reconocida en el cielo, que Dios está en todo hombre, en el malo como en el bueno, pero que el hombre no está en Dios, si no vive en acuerdo con el Divino Orden. El Señor dice que

«el hombre debe estar en El y El en el hombre» (Juan 15:4).

71. RECUERDO. Una vez oí debajo de mí un ruido semejante al bramido de las olas del mar en una tempestad y pregunté: ¿qué es esto? Alguien me dijo, que era un tumulto entre los que se hallaban en la tierra inferior, que está inmediatamente encima del infierno. Y luego el suelo, que formaba techo encima de ellos, se abrió de par en par, y he aquí, por las aberturas salieron grandes bandadas de aves nocturnas, extendiéndose sobre el terreno del lado izquierdo, y tras de ellas salieron langostas saltando sobre la hierba del terreno, convirtiéndolo en un desierto por todas partes donde se metían. Pasados algunos momentos, oí extraños gritos que procedían de esas aves nocturnas y alternando con ellos un retintín confuso, cómo de espectros en los bosques. Después vi unas aves hermosas que venían del cielo, extendiéndose sobre el terreno a la derecha. Estas aves tenían sobre todo hermosas alas, que parecían de oro con rayas y puntos de plata, y algunas de ellas llevaban en la cabeza una cresta en forma de corona. Mientras yo, sorprendido, miraba estas cosas, subió un espíritu de la tierra inferior, donde era el tumulto; este espíritu podía transformarse en un ángel de la luz. Cuando se encontraba sobre la tierra, se puso a correr por un camino empedrado, gritando: « ¿Dónde está ese que habla y escribe de un Orden al cual, según dice, se ha obligado y sujetado Dios con respecto al hombre? Hemos oído estas cosas allí abajo al través del techo». Llegó a donde estaba yo, y en seguida, fingiéndose un ángel del cielo y hablando con un acento que no era su ordinario, dijo: « ¿Eres tú el hombre que piensa y habla acerca del Orden? Dime

brevemente lo que es el orden y algunas cosas pertenecientes al orden»; y le respondí: «te diré lo general, pero no los detalles, porque no los admitirías»; y le dije:

«1. Dios es él Orden mismo.

2. Crió al hombre por medio del Orden, según el Orden y al Orden,

3...Crió su mente racional según el orden de todo el mundo espiritual, y su cuerpo según el orden de todo el mundo natural, por cuya razón el hombre por los ancianos fue llamado «un cielo en miniatura» y también «un mundo en miniatura».

4. De ahí viene, que es una ley del Orden, el que el hombre desde su pequeño cielo o pequeño mundo espiritual, debe gobernar su «microcosmos» o su pequeño mundo natural, de parecida manera que Dios, desde su grande Cielo o mundo espiritual, gobierna el «macrocosmos» o sea el mundo natural en su conjunto y en todos sus detalles.

5. Es una ley del Orden, resultando de lo antedicho, que el hombre debe introducirse en la fe mediante las verdades del Verbo y en el amor al prójimo mediante buenas obras, y así reformarse y regenerarse.

6. Es una ley del Orden, que el hombre debe purificarse de sus pecados mediante su propio esfuerzo y facultad y no permanecer inactivo, creyéndose impotente, y esperando a que Dios le limpie de sus pecados sin más preámbulos.

7. Es también una ley del Orden, que el hombre debe amar a Dios de toda su alma y a su prójimo como a sí mismo, y no permanecer inactivo, confiando en que Dios le infunda estos dos amores, como podría ser el introducir en su boca el pan del panadero.»

Además otras muchas cosas parecidas. Al oír estas palabras el satanás contestó con voz meliflua, en la cual se dejó percibir un engaño interior: « ¿Qué es esto, que dices, que el hombre por su propia fuerza se debe introducir en el Orden mediante obediencia a las leyes, pertenecientes al mismo? ¿no sabes que el hombre no está bajo la ley, sino bajo la gracia? que todas las cosas le son regaladas? y que no puede tomar cosa alguna por sí mismo, si no le es dada del cielo? y que en cosas espirituales el hombre no tiene facultad para obrar por sí mismo, más que la estatua de la mujer de Lot? y no más que Dagón, el ídolo de los Filisteos en Ecrón? y que por consiguiente es imposible para el hombre justificarse a sí mismo, sino que lo ha de verificar la fe y la caridad?» En contestación a estas preguntas me limité a decir: «Es también una ley del orden, que el hombre, mediante su propio esfuerzo y facultad, debe proporcionarse la fe por medio de las verdades del Verbo, y sin embargo creer, que ni un grano de la .fe viene de él mismo sino de Dios, y asimismo que por su propio esfuerzo y poder debe justificarse y sin embargo creer, que nada de la justificación viene de él mismo sino de Dios, ¿No ha mandado Dios al hombre de creer en Dios y de amar a Dios de toda su fuerza y a su prójimo como a sí mismo? Reflexiona y di, si sería posible, que estas cosas fueren mandadas por Dios, si el hombre no tuviera facultad para obedecerlas y realizarlas». Habiendo oído esto, el color del semblante del satanás mudó de blanco en lívido, luego en negro, y con su voz natural dijo: «Has hablado disparates contra disparates». Seguidamente se hundió hasta donde estaban sus compañeros y desapareció. Las aves del lado izquierdo, junto con los espectros, profirieron gritos extraños y se lanzaron al mar, que allí se llama «Suph», y las langostas las siguieron saltando. La atmósfera se despejó y el terreno quedó libre de aquellas criaturas salvajes. El tumulto en la profundidad cesó y renació la calma y la serenidad.

La Creación del Universo

75. Puesto que este capítulo trata de Dios, el Creador, debe decirse algo con respecto a la Creación del Universo por El, así como en el próximo capítulo, que tratará del Señor, el Redentor, se hablará también de la Redención. Pero nadie puede formarse concepto exacto de la Creación sin conocer previamente algunas verdades generales, mediante las cuales el entendimiento entra en un estado de percepción. Estos conocimientos son los siguientes:

1. Hay dos mundos: el mundo espiritual, en el cual se hallan los ángeles y los espíritus, y el mundo natural, en el cual se hallan los hombres.
2. En cada mundo hay un sol, y el Sol del mundo espiritual es amor puro de Jehová Dios, que se halla en medio del mismo; de ese Sol procede calor y luz; el calor que procede es en su esencia amor, y la luz es en su esencia sabiduría, y estos dos afectan a la voluntad y al entendimiento de los hombres, el calor a su voluntad y la luz a su entendimiento; pero el sol del mundo natural es puro fuego, por lo cual el calor que del mismo procede, es muerto; igualmente la luz; y éstos sirven de vestidura y vehículo al calor y luz espiritual para que puedan llegar al hombre.
3. Además, las mencionadas dos cosas, que proceden del Sol del mundo espiritual, así como todas las cosas que allí existen mediante ellas, son sustanciales y se llaman espirituales; mientras que las dos correspondientes cosas que salen del sol del mundo natural, y todas las cosas que en este mundo existen mediante ellas, son materiales, y se llaman naturales.
4. En cada mundo hay tres grados, llamados grados de altura, y de ahí tres regiones, conforme las cuales se hallan arreglados los tres cielos de los ángeles, y también las mentes humanas, las cuales por lo tanto corresponden a los tres cielos de los ángeles.
5. Existe correspondencia entre las cosas que hay en el mundo espiritual y las que hay en el mundo natural.
6. Existe un Orden según el cual ha sido creado todo y cada particular cosa en ambos mundos.
7. Ante todo es necesario formar su concepto de acuerdo con estas verdades, porque de no hacerlo, la ignorancia con respecto a ellas podrá fácilmente inducir al hombre a creer, que la Naturaleza se ha producido ella misma, si bien respetando la autoridad de la Iglesia dirá, que la Naturaleza ha sido creada por Dios, y luego, no teniendo idea alguna de cómo se ha verificado la Creación, acabará fácilmente por negar lo Divino y adorar a la Naturaleza. Pero hacer una relación detallada de la Creación del Universo llenaría volúmenes y por otra parte no tiene propiamente su lugar en un sistema teológico como el presente, por lo cual me limitaré a ilustrar la Creación del Universo en su forma general mediante unos recuerdos, por los cuales puede uno formarse concepto y así en la idea representarse la Creación.

Recuerdo

76. RECUERDO 1. Cierta día me hallaba en profunda meditación sobre la Creación del Universo. Percibiendo esto los ángeles que estaban encima de mí a la derecha, entre los cuales había algunos que antes habían reflexionado sobre el mismo asunto, bajó uno de ellos y me invitó a subir. Acto seguido fui en el espíritu y le seguí. Llegado entre ellos fui presentado a un príncipe, rodeado de un centenar de personas que formaban su séquito. Uno de ellos dijo:

«Percibimos aquí tus meditaciones sobre la Creación del mundo y hemos meditado algunas veces sobre el mismo asunto, sin poder formar conclusión, porque la idea del caos se adhería a nuestros pensamientos, y este caos nos figurábamos como un grande huevo, del cual por su orden salió todo y cada particular objeto que existe en el Universo; encontrábamos, sin embargo, que un mundo tan grande no ha podido salir de esta manera de un huevo. También se adhería entonces a nuestros pensamientos la idea, de que Dios ha creado el Universo de nada, pero vemos ahora qué de nada resulta nada. Nuestras mentes no han podido librarse todavía de estas dos ideas, ni hemos podido ver bien de qué manera se ha verificado la Creación. Por esta razón te hemos llamado del lugar donde estabas, para que nos manifiestes tu opinión sobre este particular.»

A esto respondí: «La manifestaré», y dije:

«Mucho tiempo meditaba en vano sobre la creación; pero después de ser por el Señor introducido en vuestro mundo, considero inútil el concluir cosa alguna acerca de la Creación del mundo a menos de saber de antemano, que hay dos mundos, uno en el cual viven los ángeles y otro en el cual viven los hombres, y que estos últimos a su muerte pasan desde su mundo a éste. Vi entonces también, que hay dos soles, uno del cual nacen todas las cosas espirituales y otro del cual nacen todas las cosas naturales; que el primero es puro amor, procedente de Jehová Dios, que está en medio del mismo; y el último, del cual nacen todas las cosas naturales, es puro fuego. Cuando hube adquirido este conocimiento, encontrándome una vez en estado de iluminación, me fue comunicado, que el Universo ha sido creado por Jehová Dios mediante Su Sol, en medio del cual está El Mismo, y puesto que no puede haber amor sin sabiduría, percibí también que el Universo ha sido creado por Jehová Dios de su Amor mediante Su Sabiduría. Todas las cosas que existen en el mundo, donde vivís vosotros, y todas las que existen en el mundo, donde corporalmente vivo yo, testifican que esto es verdad. Sería demasiado largo explicar cómo la Creación se ha verificado desde el principio; sin embargo, percibí en mi estado de iluminación, que por conducto del calor y la luz del Sol de vuestro mundo han sido producidas tres atmósferas, una tras otra, cuyas atmósferas en sí mismas son sustanciales, y siendo tres, formando por consiguiente tres grados, han sido formados tres cielos, uno para los ángeles, que se hallan en el mayor grado de amor y sabiduría, otro para los que se hallan en el segundo grado de amor y sabiduría y un tercero para los que se hallan en el grado inferior de amor y sabiduría. Pero puesto que este Universo espiritual no puede existir sin un Universo natural en el cual puede producir sus efectos y realizar usos, entendí que entonces también fue creado un sol, del cual salió todo lo natural, y que por conducto de este sol, asimismo mediante el calor y la luz, fueron creadas otras tres atmósferas, las cuales envuelven las primeras, como la cáscara la nuez, la corteza al árbol, y finalmente mediante estas tres atmósferas naturales fue creado el globo terrestre, en el cual el hombre, los animales terrestres y marinos y toda vegetación han sido producidos y formados por conducto de la tierra, la cual consiste de varias materias, piedra, roca y minerales. Esto es un bosquejo de la creación y de su progreso sucesivo, a grandes rasgos y en los términos más generales; una explicación detallada llenaría varios volúmenes. Todo conduce sin embargo a la conclusión de que Dios no ha creado el Universo de nada, puesto que, como bien dijisteis, de nada resulta nada, sino que lo ha creado del Sol

del cielo de los ángeles, cuyo Sol procede de Su Esse, y consiste por consiguiente de puro Amor unido a Sabiduría. El Universo, el cual comprende el mundo espiritual y el mundo natural, ha sido por consiguiente creado por el Divino Amor mediante la Divina Sabiduría, lo cual demuestran todos los objetos que existen en él, y si lo meditáis por su orden y relación, percibiréis por la luz, en que se halla la percepción de vuestro entendimiento, que es así. Pero es necesario tener bien presente, que el Amor y la Sabiduría, que en Dios forman uno, no son amor y sabiduría en sentido abstracto (i. e. bondad y entendimiento) sino que en El son Sustancia, porque Dios es la Sustancia misma y la primera y única Sustancia, el primer SER que es en Sí Mismo y permanece. Que todas las cosas son creadas por el Divino Amor mediante la Divina Sabiduría, leemos asimismo en Juan: «El Verbo era con Dios y el Verbo era Dios; todas las cosas por él fueron hechas, y el mundo fue hecho por él (Juan 1:1, 3, 10). Aquí Dios significa el Divino Amor y el Verbo la Divina Sabiduría; por eso el Verbo es llamado la luz, y cuando se trata de Dios, se entiende la Divina Sabiduría.» Cuando terminada la conversación iba a retirarme, penetraron en sus almas algunos rayos de la luz del Sol allí, que por conducto del cielo de los ángeles les dio en los ojos, y de esta manera iluminados, aprobaron lo que había dicho. Luego me acompañaron hasta las habitaciones exteriores, pero mi compañero me acompañó hasta la casa donde yo vivía y desde allí ascendió a su sociedad.

77. RECUERDO 2. EL día siguiente vino un ángel de otra sociedad celestial y me dijo:

«Hemos sabido que meditando sobre la Creación del mundo, fuiste llamado a una sociedad vecina a la nuestra, y que allí contaste cosas referentes a la Creación. Ahora te enseñaré cómo toda clase de animales y vegetación ha sido producida por Dios.» Y conduciéndome a un ancho y vasto terreno, me dijo: «Mira alrededor de ti.» Miré y vi aves de hermosísimos colores, unas volaban, otras posaban en los árboles, otras andaban por el suelo, cogiendo hojas de rosas, había entre ellas palomas y cisnes. Cuando desapareció esta visión, vi no muy lejos de mí, rebaños de ovejas con corderos y cabritos; alrededor de estos rebaños vi rebaños de novillos y becerros y también de camellos, y en un bosque ciervos y también rinocerontes. Luego me dijo: «Mira hacia el Este». Y vi un jardín en el cual había árboles con frutos, naranja, limón, aceitunas, uvas, higos, granadas y varios arbustos que igualmente llevaban frutos. Luego dijo: «Ahora mira al Sur». Y vi campos de diferentes clases de cereales, trigo, avena, cebada y habas y alrededor de ellos rosales de una hermosa variedad de colores; pero hacia el Norte vi boscajes de castaños, palmeras, tilos, plátanos y otros árboles. Cuando hube contemplado esto me dijo: «Todo lo que has visto son correspondencias (formas exteriores) de las inclinaciones del amor de los ángeles, que se hallan cerca de aquí.» Dijo me también cuál era la inclinación especial y particular, correspondiente a cada objeto y continuó: «no tan solo éstos, sino todos los demás objetos, que vemos delante de nuestros ojos, son correspondencias; por ejemplo: las casas y los enseres de las mismas, como mesas, cubiertos, comida, vestidos, dinero de oro y plata, diamantes y otras piedras preciosas, con las cuales se adornan las mujeres en el cielo, esposas y vírgenes. Por estas cosas percibimos la cualidad de cada uno con respecto a su amor y sabiduría. Las cosas que hay en nuestras casas, que sirven al uso doméstico, permanecen allí constantemente, pero cuando (los moradores) se trasladan a otra sociedad, varían los utensilios según los vecinos con quienes viven. Estas cosas te han sido manifestadas, a fin de que puedas ver en imagen, el procedimiento general por el cual se ha verificado la Creación: Es que Dios es el Amor mismo y la Sabiduría misma y las inclinaciones de Su Amor son innumerables é infinitas, así como lo son las percepciones de Su Sabiduría, y entre cada una de estas inclinaciones y percepciones y cada particular cosa y objeto que hay en la tierra existe relación y acuerdo; de esta manera han originado, aves, animales, árboles y plantas, campos de cereales, hortalizas y hierbas; porque si bien Dios no tiene extensión, se halla

sin embargo presente en toda extensión, hasta en el más mínimo detalle. Está pues presente en el Universo desde las primeras hasta en las últimas cosas, y por esta Omnipresencia existen estas correspondencias (o formas exteriores) de las inclinaciones de Su Amor y Sabiduría en todas partes del mundo natural. Pero en nuestro mundo, que se llama el mundo espiritual, se hallan los objetos correspondientes cerca de los que reciben en sí de Dios las inclinaciones y percepciones (que concuerdan con los objetos). Las cosas en nuestro mundo son creadas cada momento por Dios, mediante las inclinaciones de los ángeles; pero en vuestro mundo, si bien en el principio fueron creadas de la misma manera, se hallan formadas de manera a poder continuamente renovarse (producirse y multiplicarse) por medio de nacimientos, una cosa por conducto de otra cosa, y así continuarse la Creación perpetuamente. La razón por la cual la creación en nuestro mundo se verifica directamente cada momento, mientras que en vuestro mundo progresa por medio de multiplicaciones, es que las capas atmosféricas y las tierras en nuestro mundo son espirituales, mientras que en el vuestro las capas atmosféricas y las tierras son naturales, y las cosas naturales son creadas para cubrir las cosas espirituales, de parecida manera que el cutis cubre el cuerpo humano, la piel los cuerpos de los animales, la corteza el tronco y las ramas de los árboles, como la «dura mater», el arachnoid y «pia mater» cubren el cerebro, como los nervios son revestidos de sus fundas y como membranas delicadísimas cubren las fibras nérveas, etc. De ahí viene que en vuestro mundo todas las cosas son fijas y permanentes, renovándose de año en año». Luego añadió: «Comunica a los habitantes de tu mundo lo que has visto y oído, porque hasta ahora han estado en completa ignorancia con respecto al mundo espiritual, y sin conocimiento del mismo nadie puede tener la más remota idea de que la Creación en nuestro mundo es actual y continua y que en vuestro mundo es exactamente igual a ésta, puesto que el Universo en su totalidad y en cada parte es creado por Dios».

Luego hablamos de varias cosas, y finalmente del infierno, donde no hay una sola cosa de las que existen en el cielo, sino tan solo objetos y cosas enteramente opuestas, puesto que las inclinaciones del amor infernal, que son las pasiones del mal, son enteramente opuestas a las inclinaciones del amor de los ángeles del cielo. Con los que están en el infierno y sobre todo en los desiertos allí, aparecen por lo tanto varias clases de aves nocturnas, como murciélagos, lechuzas, etcétera; también lobos, leopardos, tigres, ratas, ratones y además toda clase de serpientes venenosas, dragones y cocodrilos, y donde hay alguna vegetación crecen cardos, ortigas, espinas y plantas venenosas, que a intervalos desaparecen, y entonces se ven tan solo montones de piedras y lagunas, en las cuales se oye el ruido de las ranas. Todas estas cosas son asimismo correspondencias, pero como ya se ha dicho, correspondencias de las inclinaciones del amor infernal, que son las pasiones del mal. Más estas cosas no son creadas por Dios, ni fueron creadas por El las cosas parecidas que existen en el mundo natural, porque todas las cosas que Dios crió y crea eran y son buenas; tales cosas surgieron en la tierra juntamente con el infierno, el cual originó de hombres, quienes por aversión a Dios en el mundo se volvieron demonios y satanás después de la muerte, Pero estas cosas tristes empezaban a molestar nuestros oídos y apartamos de ellas nuestros pensamientos, recordando las cosas que habíamos visto en los cielos.

CAPÍTULO 2

El Índice del Capítulo

El Señor, El Redentor

1. Jehová Dios descendió y asumió Naturaleza Humana, a fin de redimir y salvar á. los hombres. (82-84)
2. Jehová Dios descendió en Su cualidad de Divina Verdad, que es el Verbo, y sin embargo no separó Su Divino Bien. (85-88)
3. Dios asumió Naturaleza Humana, con arreglo a Su Divino Orden. (89-91)
4. La Naturaleza Humana, por conducto de la cual Dios envió a Si Mismo al mundo, es el Hijo de Dios. (92-94)
5. Mediante actos de Redención se hizo el Señor la Justicia misma. (95, 96)
6. Mediante los mismos actos uniese el Señor al Padre y el Padre a El, igualmente con arreglo al Divino Orden. (97-100)
7. Así se hizo Dios Hombre y el Hombre fue hecho Dios en una misma Persona. (101-103)
8. El progreso hacia la unión era Su estado de exinanición (agotamiento, extenuación), y la unión misma es Su estado de Glorificación. (104-106)
9. Ahora ninguno de entre los cristianos va al cielo a menos de que crea en el Señor Dios, el Salvador, y se dirija a El Solo. (107, 108)

Tres Recuerdos, (110-112)

La Redención

1. La Redención misma fue la subyugación de los infiernos y el restablecimiento del Orden en los cielos, y mediante esto la preparación para una Nueva Iglesia. (94-96).
2. Sin esta Redención ningún hombre hubiera podido ser salvo, ni hubieran podido los ángeles permanecer en su estado de integridad. (97-98)
3. El Señor redimió, pues, no solo a los hombres sino también a los ángeles. (99)
4. La Redención fue una obra puramente Divina. (100)
5. Esta Redención no hubiera podido ser efectuada sino por Dios, hecho Hombre. (101)
6. El sufrimiento en la Cruz fue la última tentación que sostuvo el Señor en Su cualidad del mayor Profeta, y fue el medio de) a Glorificación de Su Naturaleza Humana, es decir, de Su unión con lo Divino del Padre; mas no era la Redención. (102-106)
7. La creencia de que la pasión en la Cruz era la Redención misma, es un error fundamental en la Iglesia, y este error, en unión del error respecto de tres Divinas Personas desde Eternidad, ha pervertido a toda la Iglesia de manera que no queda ya vida alguna espiritual en ella. (107)
8. Recuerdo (108)

El Señor, el Redentor

81. Por el Señor, el Redentor, entendemos Jehová en Su Humanidad, porque fue Jehová Mismo quien descendió y asumió Naturaleza Humana con el fin de realizar la Redención, lo cual será demostrado en lo que sigue. La razón por la cual le llamamos el Señor y no Jehová, es que el Jehová del Antiguo Testamento es llamado Señor en el Nuevo, lo cual consta por los siguientes pasajes: En Moisés:

«Oye, Israel, Jehová, nuestro Dios, es un (solo y único) Jehová; amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma y con todo tu poder» (Deuteronomio 6:4; 5);

Mientras que en Marcos se dice:

«Oye, Israel, el Señor, nuestro Dios, es un (solo y único) Señor. Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma, y de toda tu mente y de todas tus fuerzas» (Marcos 12:29-30).

De igual manera en Isaías:

«Barred camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios» (Isaías 40);

Pero en Lucas:

«Irás ante la faz del Señor para aparejar sus caminos» (Lucas 1:76);

Y en otros lugares.

El Señor encomendó a sus discípulos el llamarle Señor, y así le llaman los apóstoles en sus epístolas, y más tarde le llamaba así la Iglesia apostólica, según se ve por el credo, llamado el «Credo Apostólico». La razón era, que los Judíos no se atrevían a mencionar el nombre de Jehová a causa de su santidad; y además, por Jehová se entiende el ESSE Divino, que es desde eternidad, y la Humanidad que El adoptó en el tiempo, no era este ESSE. Lo que es el Divino ESSE, o sea Jehová, queda explicado en el capítulo anterior. Por el Señor, aquí y en lo que sigue, entendemos pues Jehová en Su Humanidad. El conocimiento del Señor es el mayor y el más excelente entre los conocimientos de la iglesia, y hasta entre los del cielo; por lo cual será tratado detalladamente y por orden procedente en los nueve artículos que siguen, a fin de que resulte en lo posible claro y comprensible para el humano entendimiento:

1. Jehová, el Creador del Universo, descendió y asumió Naturaleza Humana, a fin de redimir y salvar a los hombres.
2. Descendió en su cualidad de la Divina Verdad, que es el Verbo, y sin embargo no separó el Divino Bien.
3. Asumió la Naturaleza Humana, con arreglo a Su Divino Orden.
4. Su Naturaleza Humana, por conducto de la cual se envió a Sí Mismo al mundo, es lo que se llama el Hijo de Dios.
5. Mediante actos de Redención se hizo el Señor la Justicia misma.
6. Mediante los mismos actos se unió al Padre y el Padre a El, igualmente con arreglo al Divino Orden.
7. Así Dios se hizo Hombre y el Hombre fue hecho Dios en una misma Persona.
8. El progreso hacia la unión era el estado de su exinanición (agotamiento, extenuación); y la unión misma es el estado de Su Glorificación.
9. Ahora ninguno de entre los cristianos va al cielo, a menos de que crea en el Señor Dios, el Salvador, y se dirija a El Solo.

Estos artículos serán explicados uno por uno.

1. Jehová Dios descendió y asumió Naturaleza Humana, a fin de redimir y salvar a los hombres.

82. La iglesia cristiana actual cree y enseña, que Dios, el Creador del Universo, engendró un Hijo desde Eternidad, y que este Hijo descendió y asumió Naturaleza Humana, a fin de redimir y salvar a los hombres. Pero esta creencia y enseñanza es errónea y cae de sí misma, considerando que Dios es Uno. Es más que fabuloso, que el Dios único engendrara desde eternidad un Hijo, y que Dios Padre, en unión del Hijo y del Espíritu Santo, cada uno de los cuales es Dios, sean un solo y único Dios. Esta representación fabulosa desaparece como el fuego de un meteoro, cuando por el Verbo se demuestra, que Jehová Dios Mismo descendió y se hizo Hombre y asimismo Redentor. En cuanto a lo primero, que Jehová Dios Mismo descendió y se hizo Hombre, es esto evidente por los siguientes pasajes:

«He aquí, la virgen concebirá y parirá hijo y llamará su nombre Emmanuel (Dios con nosotros)» (Isaías 7:14; Mateo 1:23).

«Un niño nos es nacido, hijo nos es dado y el principado sobre su hombro y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz» (Isaías 9:6).

«Y se dirá en aquel día: he aquí, este es nuestro Dios; le hemos esperado y nos salvará; este es Jehová a quien hemos esperado; nos gozaremos y nos alegraremos en su salud» (Isaías 25:9).

«Voz que clama en el desierto: Barred camino a Jehová, enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Manifestaráse la gloria de Jehová y toda carne juntamente la verá» (Isaías 40:3, 5).

«He aquí, el Señor Jehová vendrá con fortaleza y su brazo se enseñoreará; he aquí, su salario viene con él y su obra delante de su rostro; como pastor apacentará su rebaño» (Isaías 40:10, 11).

«Canta y alégrate, hija de Sión, porque he aquí, vengo y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová, y unirás mucha gente a Jehová en aquel día» (Zacarías 2:10, 11).

«Yo, Jehová, te he llamado en justicia y te pondré por alianza del pueblo.» «Yo Soy Jehová, este es mi nombre y a otro no daré mi gloria» (Isaías 53:6, 8).

«He aquí, vienen los días, dice Jehová, en que despertaré a David renuevo justo, y reinará Rey y hará justicia y juicio en la tierra, y su nombre que le llamarán: Jehová Justicia Nuestra» (Jeremías 23:5; 6; 33:15; 16).

Además varios pasajes, donde la venida del Señor se llama el día de Jehová, como por ejemplo en Isaías 13:6, 9; 13; 22; Ezequiel 31:15; Joel 1:15; 2:1; 2; 11; 29; 31; 3:1; 14; 18; Amós 5:18-20; Sophonias 1:7; 18; Zacarías 14:1; 421; y en otros lugares.

Que Jehová Mismo descendió y asumió Naturaleza Humana, es evidente por el siguiente pasaje en Lucas:

«María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? porque no conozco varón. Y respondió el ángel y le dijo: el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del altísimo te hará sombra, por lo cual también lo Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:24, 35).

y en Mateo:

«El ángel del Señor dijo a José, el marido de María, en un sueño: «Lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es, y José no la conoció hasta que parió a su hijo primogénito; y llamó su nombre Jesús» (Mateo 1:20, 25).

Que por el Espíritu Santo aquí se entiende lo Divino, que emana de Jehová, se verá en el capítulo tercero. ¿Quién no sabe que el niño tiene su alma y vida del padre, y que el cuerpo es formado por el alma? ¿Qué es, pues; más claro que esto, que el Señor tenía su alma y su vida de Jehová Dios? y puesto que lo Divino no puede ser partido, ¿no es, pues, claro que lo Divino del Padre, en sí mismo, era Su alma y vida? Por esta razón el Señor llamaba a menudo a Dios su Padre, así como Jehová Dios llamaba a El su Hijo. ¿Puede haber cosa más ridícula que ésta, que el alma del Señor fuere de la madre María? y sin embargo tanto los Católicos cuanto los Reformados se hallan actualmente en esta creencia errónea, no habiendo sido aún despertados por el Verbo.

83. La errónea creencia de que un Hijo de Dios fue engendrado desde eternidad, cuyo Hijo descendió y asumió Naturaleza Humana, es terminantemente contradicha por los pasajes del Verbo, en los cuales Jehová Dios dice, que El Mismo es el Salvador y el Redentor:

«¿No soy Yo Jehová? y no hay más Dios que yo. Dios Justo y Salvador; ningún otro fuera de mí». «Mirad a mí y sed salvos todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios y no hay otro» (Isaías 45:21-22).

«Yo soy Jehová, Dios tuyo...; no conocerás, pues, Dios fuera de mí, ni otro Salvador, sino a mí» (Óseas 13:4).

«Y conocerá toda carne que Yo Jehová soy Salvador tuyo y Redentor tuyo...» (Isaías 49:26).

«Nuestro Redentor, Jehová de los ejércitos es su nombre» (Isaías 47:4).

«Su Redentor es el Fuerte; Jehová de los ejércitos es su nombre» (Jeremías 50:34).

«Jehová, roca mía y Redentor mío» (Salmos 19:14).

«Así ha dicho Jehová, Redentor tuyo, el Santo de Israel: Yo soy Jehová Dios tuyo (Isaías 48:17; 43:14; 49:7).

«Así dice Jehová, tu Redentor: Yo soy Jehová que hago todas.; las cosas solo, por mí mismo» (Isaías 44:24).

«Así dice Jehová, Rey de Israel y su Redentor Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero y yo el postrero, y fuera de mí no hay Dios» (Isaías 44:6).

«Tú, oh Jehová, eres nuestro Padre, nuestro Redentor desde siempre es tu nombre» (Isaías 63:16).

«Con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo tu Redentor, Jehová» (Isaías 54:8).

«Tú me has redimido, oh Jehová, Dios de Verdad» (Salmos 30:5).

«Espere Israel en Jehová, porque en Jehová hay misericordia y con El hay abundancia de Redención, y redimirá a Israel de todos sus pecados» (Salmos 130:7, 8).

«Jehová de los ejércitos es su nombre, y tu Redentor, el Santo de Israel, Dios de toda la tierra será llamado» (Isaías 54:5).

Por estos pasajes y numerosos otros, todo el que tenga ojos, y cuya mente mediante ellos haya sido abierta, puede ver, que Dios, que es Único, descendió y se hizo Hombre con el fin de realizar la obra de la

Redención. ¿Quién no puede ver esto, si presta atención a las declaraciones Divinas, aquí citadas? Los que están en la luz de la aurora lo verán; pero los que se hallan en la sombra de la noche, por haber confirmado en sí la idea de otro Dios, nacido desde eternidad, y que este Dios descendió y efectuó la Redención, cierran sus ojos a estas declaraciones Divinas, y a causa de su estado, discurren de qué manera pueden aplicarlas y adaptarlas a su falsa creencia, pervirtiéndolas.

84. Hay varias razones por que Dios no pudo redimir a los hombres—esto es, libertarlos de la condenación y del infierno—de otra manera que por medio de Su Naturaleza Humana que adoptó. Estas razones serán luego explicadas más detenidamente. La Redención fue la subyugación de los infiernos, el restablecimiento del orden y arreglo en los cielos, y luego el restablecimiento de la Iglesia. Estas cosas podía Dios por su Omnipotencia realizar únicamente por medio de Su Naturaleza Humana, como el hombre puede realizar un trabajo manual únicamente por medio de sus brazos y manos. En efecto: la Naturaleza Humana de Dios es en el Verbo llamada Su Brazo; el brazo de Jehová (Isaías 40:10; 53:1). La Naturaleza Humana adoptada por Dios era tan necesaria para la realización de esta Obra, como a los hombres son necesarias adecuadas fuerzas para poder conquistar una ciudad fuerte y destruir los templos de ídolos, que se hallan en ella. En esta Obra Divina tenía Dios Su Omnipotencia por medio de ésta Naturaleza Humana, lo cual también enseña el Verbo. Dios que reside en las cosas más íntimas y por consiguiente en las más puras, no podía en manera alguna salir de ellas y meterse en contacto directo con las cosas más apartadas, impuras, en las cuales se hallan los infiernos y en las cuales se hallaban los hombres de aquel tiempo, sirio por conducto de la Naturaleza Humana que adoptó mediante la Virgen María. Únicamente por conducto de esta Naturaleza Humana podían acercarse a El los infiernos, luchar contra El sobre un terreno común y ser vencidos, subyugados y expulsados del terreno. Si Dios se hubiese acercado al infierno en su Naturaleza Divina pura, sin revestirla de la Naturaleza Humana, todo hubiera sido deshecho y disuelto como sería consumida en un instante una paja que cayere en el fuego del Sol; no sólo los infiernos, sino también la raza humana entera, porque aquella raza pervertida no hubiera podido continuar su existencia al serla quitadas bruscamente, y a pesar suyo, sus malas inclinaciones y falsas ideas, que en su esencia son el infierno, y que constituían su vida;—y destruida la raza humana quedarían destruidos también los cielos, porque los cielos descansan sobre la raza humana como sobre su fundamento y no pueden existir sin ella.—Jehová, tal como es en Sí Mismo, no puede por Su Omnipotencia tocar demonio en el infierno ni demonio en la tierra y subyugar su furia con la necesaria moderación de Su Influencia, sin hallar se en las últimas cosas, así como se halla en las primeras. En las últimas cosas se halla en Su Naturaleza Humana; por lo cual en el Verbo es llamado el Primero y el Último, el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin.

2. Jehová Dios descendió en Su cualidad de la Divina Verdad, que es el Verbo, y sin embargo no separó Su Divino Bien.

85. Dos cosas constituyen la Esencia de Dios: el Divino Amor y la Divina Sabiduría, o lo que es lo mismo, el Divino Bien y la Divina Verdad. En el capítulo que antecede queda demostrado, que estas dos cosas constituye la Esencia de Dios. Estas dos, como Esencia de Dios, son expresadas con el término Jehová Dios, Por Jehová se entiende el Divino Amor o sea el Divino Bien, y por Dios la Divina Sabiduría o sea la Divina Verdad. De ahí que estas dos cosas esenciales en Dios se distinguen en varios lugares en el Verbo; ora se usa sólo el término Jehová, ora sólo el término Dios. Donde se trata del Divino Bien, allí se usa el término «Jehová», y donde se trata de la Divina Verdad, allí se usa el término «Dios»; donde se trata de ambas cosas juntas allí se dice «Jehová Dios». Que Jehová Dios descendió en su cualidad de la Verdad Divina, que es el Verbo, es evidente por el siguiente pasaje en Juan:

«En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que es hecho fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros» (Juan 1:1, 3, 14).

La razón por la cual el Verbo aquí significa la Divina Verdad, es porque el Verbo que está en la Iglesia es la Divina Verdad en Sí misma, porque fue dictado por Jehová Mismo, y lo que es dictado por Jehová es la pura Verdad Divina y no puede en manera alguna ser otra cosa; pero puesto que este Verbo al ser dictado pasó por los cielos bajando hasta el mundo, fue acomodado a los ángeles en el cielo y. asimismo a los hombres en la tierra. Por esto hay en el Verbo un sentido espiritual en el cual la Divina Verdad se halla en su esplendor y un sentido natural en el cual se halla en su sombra. Que la Divina Verdad en el Verbo es lo que se entiende en este pasaje en Juan, se ve aún más claro por esto de que el Señor vino al mundo para cumplir todas las cosas del Verbo; por lo cual con frecuencia es recordado por los evangelistas y apóstoles, que esto y aquello fue hecho por el Señor para que se cumpliesen las Escrituras. El nombre de Mesías y Cristo significan asimismo la Divina Verdad;—de igual manera el Hijo del Hombre, y de igual manera también el Consolador, el Espíritu Santo enviado por el Señor después de Su salida del mundo.— Más adelante, cuando trataremos de las Sagradas Escrituras, se verá también que el Señor representaba a Sí Mismo en Su cualidad del Verbo cuando se presentó transfigurado ante los tres discípulos en el monte (Mateo 17; Marcos 9; Lucas 9), y cuando se presentó a Juan (Apocalipsis 1:12-16). Que el Señor en el mundo era la Divina Verdad, consta además por Sus propias palabras:

«Yo soy el camino, la Verdad y la Vida» (Juan 11:6).

Y por estas otras:

«Sabemos que el Hijo de Dios es venido para darnos entendimiento, por que conozcamos la Verdad y estemos en la Verdad, en Su Hijo Jesucristo; este es el verdadero Dios y la vida eterna» (1 Juan 5:20).

Y porque es llamado la Luz; como por ejemplo en estos pasajes:

«El era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo» (Juan 1:9).

«Aún por un poco estará la luz entre vosotros; andad entretanto que tenéis luz porque no os sorprendan las tinieblas. Entretanto que tenéis la luz creed en la luz para que seáis hijos de luz* (Juan 12:35-36, 46).

Jesús dijo:

«Yo soy la luz del mundo» (Juan 9:5).

Simeón dijo:

«Mis ojos han visto tu salvación, Luz para ser revelada a los Gentiles» (Lucas 30:32).

«Esta es la condenación;— porque la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz—el que obra la verdad! viene a la luz» (Juan 3:19-21).

Y en otros lugares. La Luz aquí significa la Divina Verdad.

86. La razón por la cual Jehová Dios descendió al mundo como la Divina Verdad, era que sólo así podía realizar la obra de la Redención, y la Redención fue la subyugación de los infiernos, el restablecimiento del Orden y arreglo en los cielos, y luego el restablecimiento de la Iglesia. Para realizar esta obra no bastaba el Divino Bien; pero la Divina Verdad que procede del Divino Bien lo puede todo. El Divino Bien, en y por sí mismo, es como la empuñadura de la espada sin la hoja; o como el asta de una lanza sin la punta, o como el arco sin las flechas. Pero la Divina Verdad que procede del Divino Bien, es como una espada afilada, como una lanza con aguda punta, y como un arco con sus flechas, cuyas armas sirven para combatir al enemigo. En el Verbo, donde se menciona armas, como por ejemplo espada, lanza, arco, estos términos significan en el sentido espiritual verdades que luchan contra falsedades y males. Las falsedades y los males en los cuales se hallaba y siempre se halla el infierno, no hubiesen podido ser atacados, vencidos y subyugados por otro medio que por la Divina Verdad del Verbo, ni hubiera podido ser constituido, formado y arreglado el cielo nuevo, lo cual entonces también fue hecho; tampoco se hubiera podido establecer la Nueva Iglesia en la tierra por otro medio alguno. Por lo demás, toda la fuerza, toda la virtud y toda la potencia de Dios están en la Divina Verdad, que procede del Divino Bien. Esta es la razón por la cual Jehová Dios descendió como la Divina Verdad, que es el Verbo. Por eso dice David:

«Cíñete tu espada sobre el muslo, oh Poderoso—y en tu gloria monta: cabalga sobre palabra de verdad; —tu diestra te enseñará cosas maravillosas: Tus saetas son agudas; tus enemigos caerán debajo de ti» (Salmos 45:3; 4; 5).

Estas palabras se refieren al Señor, a sus combates contra los infiernos y a sus victorias sobre ellos.

87. Lo que es el bien sin la verdad y lo que es la verdad sin el bien, puede verse manifiestamente en el hombre. Todo su bien reside en su voluntad y toda su verdad reside en su entendimiento, y la voluntad no puede por virtud de su bien efectuar cosa alguna sino por medio del entendimiento; no puede obrar, no puede hablar, no puede sentir; toda su fuerza y poder lo tiene por medio del entendimiento, por consiguiente por medio de la verdad. El bien con relación a la verdad y la verdad con relación al bien es como el corazón con relación, al pulmón y el pulmón con relación al corazón en el cuerpo humano. EL corazón, sin la respiración de los pulmones, no produce movimiento ni sentimiento alguno; pero la respiración de los pulmones por virtud del corazón lo hace todo. En el mundo espiritual el poder de la verdad es pasmoso. Un ángel que se halla en la Divina Verdad por el Señor, por más que en cuanto al cuerpo parece ser un niño, puede ahuyentar y perseguir hasta el infierno y echar en las cavernas allí a una multitud de espíritus infernales, que tienen la forma de Anakim y Nephilim, es decir, de gigantes; y cuando salen de las cavernas no se atreven ya a acercarse al ángel. Los que se hallan en la Divina Verdad por el Señor, son en el mundo espiritual como leones en cuanto a fuerza, por más que con respecto al cuerpo no tienen más fuerza que una oveja. El caso es idéntico con los hombres en la tierra, que se hallan en verdades Divinas por el Señor, cuando luchan contra males y falsedades, por consiguiente contra hordas de demonios, porque éstas, consideradas en su esencia, no son ni más ni menos que males y falsedades. La razón por la cual hay tal poder en la Verdad Divina, es que Dios es el Bien mismo y la Verdad misma, y crió el Universo por medio de la Divina Verdad, y todas las leyes del Orden, mediante las cuales mantiene el Universo, son verdades. Por esto dice Juan:

«Por el Verbo fueron hechas todas las cosas y sin él nada de lo (que es hecho fue hecho» (Juan 1:3; 10).

Y en David:

«Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos y todo el ejército de ellos por el espíritu de su boca» (Salmos 33:6).

88. Que Dios, por más que descendió como la Divina Verdad, sin embargo no se separó del Divino Bien, es evidente por la manera en que se efectuó la concepción de Su Naturaleza Humana, acerca de lo cual leemos:

«La virtud del Altísimo te hará sombra» (Lucas 1:35).

y por la virtud del Altísimo se entiende el Divino Bien, que era el Padre y el alma misma de Su Naturaleza Humana, llamada Jesucristo. Esto es evidente también por los pasajes en que Jesús dice, que el Padre está en El y El en el Padre; que todas las cosas del Padre son suyas; que él Padre y El son Uno; y otros similares. Por Padre aquí se entiende el Divino Bien.

3. Dios asumió Naturaleza Humana con arreglo a Su Divino Orden.

89. En el artículo que trata de la Divina Omnipotencia y Omnisciencia, quedó demostrado, que Dios al crear el mundo introdujo el Orden en el Universo y en cada mínimo detalle del mismo y que por esta razón la Omnipotencia de Dios, en el Universo y en todo detalle del mismo, procede y obra según y conforme las leyes de Su Divino Orden, acerca de cuyas leyes también hemos tratado en un artículo precedente. Ahora bien: puesto que Dios descendió, y puesto que Dios es el Orden mismo, lo cual también quedó demostrado en su artículo, pudo hacerse real y efectivamente Hombre, pero por el proceso ordenado de ser concebido, llevado en útero, parido y educado; de ganar sucesivamente conocimientos y por ellos ser introducido en inteligencia y sabiduría. Por esta razón era en cuanto a lo Humano niño como otros niños, párvulo como otros párvulos, etc., con la única diferencia de que progresaba más rápidamente y cumplió el progreso más llenamente y con más perfección que otros. Que de esta manera progresaba con arreglo al Orden consta por estas palabras en Lucas:

«Y el niño Jesús fortalecía en el espíritu y crecía en sabiduría y en edad y en gracia para con Dios y los hombres» (Lucas 2:40, 52).

Que este progreso se realizaba en él con más prontitud, plenitud y perfección que en otros, consta por lo que se dice de El en el mismo evangelista; como por ejemplo: que cuando era un párvulo de doce años estaba en el templo sentado en medio de los doctores y enseñaba y todos los que le oían se pasmaban de su entendimiento y respuestas (Lucas 2:46); igualmente en Lucas 4:16, 22, 32. Pasó por este proceso ordenado, porque el Divino Orden exige, que el hombre se prepare para la recepción de Dios, y conforme va preparándose y disponiéndose entra Dios en él como en Su habitación y casa. Esta preparación se hace mediante conocimientos referentes a Dios y a las cosas espirituales, que son de la Iglesia, por consiguiente por medio de la inteligencia y sabiduría, porque es una ley del Orden que en la medida en que el hombre se acerca y se aproxima a Dios, en esta medida se acerca y se aproxima Dios al hombre. El hombre debe acercarse a Dios como si lo hiciere por su propia fuerza y virtud y por así decir salir al encuentro de Dios, mientras que Dios sale al encuentro del hombre y se une con él en el medio. Que el Señor procedió conforme este Orden hasta unirse completamente con Su Padre, será demostrado más claramente en lo que sigue.

90. Los hombres que piensan que la Divina Omnipotencia no opera con arreglo al orden, sino de una manera absoluta e incondicional, pueden imaginar y creer muchos disparates y hacerse muchas

preguntas vanas, como por ejemplo, por qué Dios no asumió Humanidad de una manera directa sin tal procedimiento; por qué no se crió o compuso un cuerpo natural de los elementos naturales, exhibiéndose así de una vez como el Dios-Hombre delante del pueblo judío y delante de todos los pueblos de la tierra, o si prefería dejarse nacer mediante una mujer, por qué no se elevó a la madurez directamente después del nacimiento, hablando desde luego por Su Divina Sabiduría. Tales cosas pueden pensar y preguntar los que piensan de la Divina Omnipotencia sin el Orden, y pueden llenar la Iglesia de absurdos y disparates, tales como pretender enseñar, que un Dios nació de Dios desde eternidad y que de estos dos pudo nacer un tercero. Que Dios pudo enojarse con los hombres y entregarles a la destrucción, dejándose luego reconciliar por la intercesión de Su Hijo y por el recuerdo de su sufrimiento en la cruz, y que puede introducir la justicia de Su Hijo en el corazón del hombre, de la misma manera que se puede introducir en su boca pan del panadero; que puede, como por medio de una bula papal, perdonar pecados a cualquiera y justificar la persona más impía, convirtiendo un hombre demonio en un hombre ángel, sin que el hombre haga más que una piedra, permaneciendo inactivo como una estatua o un ídolo. Los hombres que piensan así pueden, en cuanto a las cosas espirituales referentes al cielo y a la iglesia, alejarse de la Divina Verdad como un hombre ciego en un bosque que ora cae sobre una piedra, ora da con la cabeza contra un árbol, ora enreda su cabello entre las ramas.

91. Los milagros Divinos fueron asimismo hechos en conformidad y con arreglo al Orden, pero al Orden del influjo del mundo espiritual en el mundo natural, acerca de cuyo Orden nadie ha sabido cosa alguna hasta ahora, porque nadie ha tenido conocimiento del mundo espiritual. Lo que es este Orden, se manifestará en su tiempo, cuando trataremos de Milagros Divinos y milagros mágicos.

4. La Naturaleza Humana, por conducto de la cual Dios envió a Sí Mismo al mundo, es el Hijo de Dios.

92. El Señor dijo a menudo que el Padre le envió al mundo, y que fue enviado por el Padre, como por ejemplo en Mateo 10:40; 15:24; en Juan 3:17,34; 5:23, 24, 36, 37, 38; 6:29, 39, 40, 44, 57; 7:16, 18, 28, 29; 8:16, 18, 29, 42; 9:4, y en muchos otros lugares. Esto dice, porque por «ser enviado» se entiende descender y venir al mundo entre los hombres. El descenso se verificó por conducto de la Naturaleza Humana, que asumió mediante la virgen María; por lo cual esta Naturaleza Humana salió de Dios, y lo que sale de Dios, o nace de Dios, es Hijo de Dios. El Señor era efectivamente el Hijo de Dios, porque fue engendrado por Jehová Dios, como Padre, según Lucas 1:32-35. Es llamado el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre y el Hijo, de María. Por el Hijo de Dios se entiende Jehová Dios en Su Naturaleza Humana; por el Hijo del Hombre se entiende el Señor con respecto al Verbo, y por el «Hijo de María» se entiende lo propio humano (la naturaleza humana caída) que El asumió. En lo que sigue será demostrado que por el «Hijo de Dios» y el «Hijo del Hombre» se entiende las dos cosas indicadas. Que por el «Hijo de María» se entiende lo humano exclusivamente propio, o lo meramente humano, puede ser claro por la engendración del hombre, es decir, que el alma procede del padre y el cuerpo procede de la madre; porque el alma está en la simiente del padre y es revestida de un cuerpo en la madre, o lo que es lo mismo, todo lo que el hombre tiene de espiritual procede del padre, y todo lo que tiene de material procede de la madre. En cuanto al Señor, lo divino en El era de Jehová, como Padre, y lo humano era de la madre; estos dos unidos son el Hijo de Dios. Que esto es así, consta claramente por la natividad del Señor, acerca de la cual el.

93. Ángel Gabriel dijo a María:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra, por lo cual lo Santo que nacerá será llamado el Hijo de Dios» (Lucas 1:35).

El Señor se dijo también ser enviado por el Padre; y esto no dijo en sentido de ser enviado por el Padre como por otra persona, distinta de Sí Mismo, sino en el sentido de la palabra ángel, porque ángel, en el idioma original, significa enviado. Por eso dice Isaías:

«El ángel de la Presencia de Jehová los salvó; en su amor y en su clemencia los redimió» (Isaías 63:9);

y Malachías:

«El Señor a quien vosotros buscáis vendrá a su templo rápidamente, el ángel del pacto a quien deseáis vosotros» (Malachías 3:1),

y en otros lugares.

Que la Divina Trinidad Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo, se halla en el Señor Jesucristo, y que el «Padre» en El es lo Divino, de lo cual nacen y proceden todas las cosas, que el «Hijo» es lo Divino Humano y el «Espíritu Santo» lo Divino, que emana y procede de El, se verá en el capítulo tercero, que tratará de la Divina Trinidad.

5. Mediante actos de Redención se hizo el Señor la Justicia misma.

95. Que el Señor Solo tiene mérito y Justicia y que lo tiene a consecuencia de la obediencia, que tuvo en el mundo para con Dios, el Padre, y especialmente a causa de la pasión en la Cruz, se enseña y se cree actualmente en las iglesias Cristianas. Pero por la mayor parte suponen, que la pasión en la Cruz fue el acto real y verdadero de la Redención, siendo sin embargo así, que este acto no era la Redención, sino el último acto de la glorificación de Su Naturaleza Humana, de cuyo acto hablaremos cuando trataremos de la Redención. Los actos de Redención mediante los cuales el Señor se hizo Justicia, fueron la realización del último juicio, cuyo juicio se verificó en el mundo espiritual, y entonces separó los malos de los buenos, las «cabras» de las «ovejas» y expulsó del cielo a los que formaban uno con la bestia y el dragón; de los dignos formó un cielo nuevo, y de los indignos un infierno, y sucesivamente redujo a orden todas las cosas en éste y en aquél; además estableció una nueva Iglesia. Estos actos fueron los actos de Redención mediante los cuales el Señor se hizo Justicia, porque Justicia es obrar en todo conforme el Divino Orden y reducir a Orden las cosas que han caído fuera del Orden, siendo así que la Justicia es el Divino Orden mismo. A esto se refieren estas palabras del Señor:

«Conviene que cumplamos — (el Latín dice cumpla (yo) — toda Justicia» (Mateo 3:15).

y estas otras en el Antiguo Testamento:

«He aquí, vienen los días, dice Jehová, en que despertaré a David renuevo justo y reinará Rey y hará Justicia en la tierra y su nombre que le llamarán: Jehová Justicia Nuestra» (Jeremías 20.3:5; 6. 33:15-16).

«Yo hablo en Justicia, poderoso para salvar» (Isaías 63:1).

«Se sentará sobre el trono de David, confirmándolo en juicio y en Justicia» (Isaías 9:7).

«Sión (con juicio) será rescatada (y los convertidos de ella) con justicia» (Isaías 1:27).

96. Los preladados de la Iglesia actual describen la Justicia del Señor de otra manera y pretenden que esta Justicia puede imputarse al hombre, mediante cuya imputación el hombre es hecho justo ante Dios, beneficiando del Mérito de Cristo, quien cumplió y sufrió el castigo en lugar suyo; o sea que el hombre es salvado mediante un cumplimiento vicario de la ley y una expiación vicaria realizados por Dios Hijo para dar satisfacción a Dios Padre en beneficio del hombre. Pero la Verdad es, que la Justicia del Señor, por ser tal como más arriba se ha explicado, y por emanar de Dios Mismo, siendo en Sí misma puramente Divina, no puede ser introducida en hombre alguno de otra manera que en él es introducido el Amor Divino y la Sabiduría Divina; es decir, que influye en el hombre en lo más íntimo de su alma y allí ,hace que el hombre tenga facultad para comprender la verdad y para obrar el bien, o sea facultad de adquirir justicia; pero no desciende en la conciencia y en los sentidos del hombre más que en la medida en que el hombre la recibe en sí, y esto hace viviendo según el Orden Divino, y vivir según el Orden Divino es vivir según los mandamientos de Dios. Cuando el hombre así vive, procura para sí justicia, no la Justicia de la redención del Señor abstractamente, sino que recibe en sí al Señor Mismo como la Justicia. Los que quieran apoderarse de la Justicia del Señor de otra manera, no la recibirían. A tales hombres se refieren estas palabras:

«Si vuestra justicia no fuera mayor que la de los escribas y de los fariseos no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 5:20).

«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:10).

«Al fin del siglo saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos» (Mateo 13:49).

6. Mediante los mismos actos unióse el Señor al Padre y el Padre a El igualmente con arreglo al Divino Orden.

97. La ley del Divino Orden, según la cual se verifica la conjunción entre Dios y el hombre, es que el hombre debe prepararse para recibir a Dios, cuya preparación se hace con adquirir conocimientos de Dios por las Divinas Verdades del Verbo y vivir en conformidad con ellas. De esta manera el hombre sale por así decir al encuentro de Dios, es elevado por El y conforme asciende, desciende Dios en él, uniéndose con él y uniéndole consigo. Estos actos del hombre son en otras palabras restablecer el orden y el acuerdo en las cosas de su vida que han caído en desorden y en desacuerdo. Esto hace cada hombre que es regenerado, y estos actos son sus actos de redención con respecto a su pequeño mundo individual, y es una imagen de los Divinos actos de redención realizados por el Señor con respecto al Universo entero. La diferencia es sin embargo, que el Señor realizó estos actos de y por Sí Mismo y en un grado infinito, Divino, mientras que el hombre los realiza, no de sí mismo, sino de y por el Señor y en un grado finito, limitado. La Unión entre el Señor y el Padre se verificó de esta manera por medio de actos de Redención, hechos por El, porque los hizo desde su Naturaleza Humana, y conforme operaba se acercó lo Divino, llamado Padre, asistía y cooperaba y finalmente se unían mutuamente de tal manera, que no eran más dos sino uno. Esta Unión es la Glorificación, de la cual hablaremos en su artículo. Es como la unión entre el alma y el cuerpo, y la unión entre lo Divino, llamado Padre, y Su Humano, llamado Hijo, era de esta naturaleza, lo cual se ve claramente por el Verbo que dice que Su Humano «fue concebido por Jehová el Padre» (Lucas 1:34-35) y de allí era por lo tanto su alma y vida. Por esto dice que «El y el Padre son Uno» (Juan 10:30), que «el que le ve y conoce a él ve y conoce al Padre» (Juan 14:9). «Si me conocieseis a mi

conocierais a mi Padre» (Juan 8:19). El que a mí recibe, recibe al que me envió» (Juan 13:20). «Que El está en el seno del Padre» (Juan 1:18). «Que todas las cosas del Padre son Suyas» (Juan 16:15). Que es llamado «Padre eterno» (Isaías 60:6). Que por eso «tiene potestad sobre toda carne» (Juan 17:2) y que «tiene toda potestad en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18).

99. La unión entre el Señor y el Padre fue recíproca. Esto consta por los siguientes pasajes del Verbo:

«Felipe: ¿no crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Creedme que yo soy en el Padre y el Padre en mí» (Juan 14:10-11).

«Para que todos sean una cosa, como tú, OH Padre, en mí y yo en ti» (Juan 17:21).

«Padre, todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío» (Juan 17:10).

Toda unión es recíproca, porque no existe conjunción alguna entredós cosas a menos de que accedan mutuamente la una a la otra. La conjunción en el cielo, en el mundo y en el hombre no tiene otra causa. Todas las partes y partículas que forman el conjunto acceden mutuamente unos a otros, teniendo un mismo deseo. De ahí viene cierta homogeneidad, simpatía, unanimidad y concordancia en cada partícula del conjunto. De esta índole es la conjunción del alma con el cuerpo en cada hombre; así es la conjunción entre el espíritu del hombre y todos los órganos sensorios y motrices del cuerpo. Así es la conjunción entre el corazón y los pulmones, entre la voluntad y el entendimiento; así la conjunción de los varios miembros y vísceras en el cuerpo humano entre ellos, así la conjunción de dos mentes, que interiormente se aman. En todas sus particulares se halla inscrito amor y amistad, porque el amor desea amar y desea ser amado. Si la conjunción no es recíproca, si no nace del mutuo asentimiento de ambas partes, no es una conjunción interior, y tal conjunción se disuelve en su tiempo, a veces hasta el punto de que no se conozcan más. Puesto que no puede haber conjunción alguna sin que se efectúe mutua y recíprocamente, sigue que la conjunción del Señor con el hombre es igualmente mutua y recíproca. Esto consta también por muchos pasajes en el Verbo:

«El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y Yo en él» (Juan 6:16).

«Permaneced en mí y Yo en vosotros. El que permanece en mí y Yo en él, este lleva mucho fruto» (Juan 15:4; 5).

«Si alguien abriere la puerta entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).

y en otros lugares. Esta conjunción se efectúa con acceder el hombre al Señor y el Señor al hombre. Es una ley fija e inmutable, que cuanto el hombre accede al Señor, tanto accede el Señor al hombre.

7. Así se hizo Dios hombre y el hombre fue hecho Dios en una misma Persona.

101. Que Jehová Dios se hizo Hombre y que el Hombre fue hecho Dios en una misma Persona, sigue como conclusión de lo que antecede; especialmente de esto: Que Jehová, el Creador del Universo, descendió y adoptó Naturaleza Humana a fin de redimir y salvar a los hombres. Y también de esto: Que el Señor mediante actos, de Redención se unió al Padre y el Padre a El mutua y recíprocamente; porque por esta unión recíproca resulta claro y manifiesto, que Dios se hizo Hombre y el Hombre fue hecho Dios

en una misma Persona. Resulta claro también por la naturaleza de la unión entre ambos, la cual es como la unión entre el alma y el cuerpo en el hombre. Además, se ha demostrado en lo que antecede por numerosas citas de las Sagradas Escrituras, que Jehová Dios con respecto a Su Humanidad (o sea Jesucristo) es llamado Jehová, Jehová Dios, Jehová Zabaot y también el Dios de Israel. Por esto mismo dice Pablo que: Un Jesucristo mora la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9) y Juan dice que: Jesucristo, el Hijo de Dios, es el verdadero Dios y la Vida eterna (1 Juan 5:20). Por el «Hijo de Dios» se entiende propiamente la Naturaleza Humana, adoptada por Jehová Dios, lo cual queda explicado en lo que antecede. Además Jehová Dios se llama a Sí Mismo y también al Hijo Señor, porque leemos:

«El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra» (Salmos 110:1).

y en Isaías:

«Niño nos es nacido, Hijo nos es dado y llamarán su nombre Dios, Padre Eterno» (Isaías 9:6).

Por Hijo, en David, se entiende igualmente el Señor (Jehová) con respecto a Su Humanidad:

«Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú: yo te engendré hoy. Besad al Hijo por que no se enoje y perezcáis en el camino» (Salmos 2:7; 12).

Aquí no se trata de un Hijo desde eternidad, sino del Hijo nacido en el mundo, porque es una profecía acerca del Señor, que había de venir, por lo cual la profecía es llamada un decreto que Jehová hizo público a David, y en el mismo Salmos más arriba dice:

«He puesto mi Rey sobre Sión, monte, de mi santidad» (Salmos 5:6).

y más abajo:

«Le daré por heredad las Gentes.» (Salmos 5:8)

por lo cual hoy en el citado pasaje no es desde eternidad, sino en el tiempo, porque con Jehová lo futuro es presente.

102. Muchos en el mundo Cristiano creen que el Señor con respecto a Su Humano no sólo era, sino también es el hijo de María, pero en cuanto a esto el mundo Cristiano se halla en un grande error. Es verdad que era el Hijo de María, pero no es verdad que lo es todavía, porque mediante los actos de la Redención se despojó de todo cuanto tenía de la madre y se revistió de un Humano derivado del Padre, cuyo Humano es lo Divino Humano. De ahí viene que lo Humano del Señor es Divino y que en El Dios es Hombre y el Hombre es Dios. Los siguientes pasajes de las Sagradas Escrituras testifican de esta verdad:

«La madre de, Jesús díjole: No tienen más vino. Jesús le dijo:

Mujer, ¿qué tengo yo contigo? aún no ha venido mi hora» (Juan 2:3; 4).

y en otro lugar:

«Jesús desde la Cruz, viendo cerca de Sí a su madre y al discípulo al que amaba, dijo a su madre: Mujer, he aquí tu hijo, luego dijo al discípulo: he aquí tu madre» (Juan 19:26-27).

y cierta vez no la quiso reconocer:

«Algunos dijeron a Jesús: tu madre y tus hermanos están fuera y desean verte. Jesús respondiendo dijo: mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la hacen» (Lucas 8:20-21; Mateo 12:46-50; Marco 3:31-35).

Así es que el Señor no la llamó madre sino mujer y la dio a Juan por madre. En otros pasajes es llamada Su madre, pero no por boca del Señor Mismo. Que se despojó de todo cuanto tenía de la madre, consta también por esto de que no se reconoció Hijo de David. Leemos en los evangelistas:

«Jesús preguntó a los Fariseos diciendo: ¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Dícnle: de David. El les dice: pues ¿cómo David en espíritu le llama Señor diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra entretanto que pongo tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su Hijo? Y nadie podía responder palabra» (Mateo 22:42-45; Marcos 12:35-37; Lucas 20:41-44; Salmos 110:1).

A esto añadiré esta nueva: Una vez me fue dado hablar con María, la madre. Apareció pasando por el cielo encima de mi cabeza en vestidura blanca, aparentemente de seda, y deteniéndose un momento dijo que era la madre del Señor, y que El nació de ella; pero cuando fue hecho Dios, extirpó de sí todo cuanto llevaba de ella y que ella ahora le adora a El como Dios, y no consiente que persona alguna mire a El como hijo suyo, porque todo en El es Divino; por todo lo cual resulta evidente, que Jehová es Hombre tanto en las primeras cuanto en las últimas cosas según sus propias palabras:

«Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, El que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (Apocalipsis 1:8, 11; Apocalipsis 1:13, 17, 21, 6; Apocalipsis 22:12, 43).

y en Isaías:

«Así dijo Jehová el Rey de Israel y su Redentor Jehová Zabaot: Yo soy el Primero y Yo el Ultimo» (Isaías 44:6; 48:12).

103. El alma que viene del padre, es el verdadero hombre, y el cuerpo que viene de la madre, no es el verdadero hombre, sino en cuanto viene del alma y es formado por ésta; el cuerpo es sencillamente una vestidura del alma, compuesta de cosas del mundo natural, pero el alma consiste de cosas del mundo espiritual. Todo hombre al morir se quita lo natural que recibió de la madre, y retiene lo espiritual que recibió del padre, junto con una especie de envoltura, hecha de las cosas más puras naturales. En la simiente, de la cual viene la concepción, hay siempre una planta o nueva simiente del alma del padre en su completa cualidad y forma, envuelta en ciertos elementos de la naturaleza; por éstos es formado el cuerpo en el útero de la madre, y puede ser formado según la imagen del padre o de la madre; pero al interior de este cuerpo permanece en todo caso la imagen del padre, que continuamente procura salir y manifestarse; por lo cual, sino se realiza en la primera generación, se realiza en una de las siguientes. Con respecto al Señor, El, mientras estaba en el mundo, extirpó de Sí mediante los actos de la redención, lo humano que llevaba de la madre y se revistió de lo Humano del Padre, que es lo Divino Humano, y de aquí que en Él el Hombre es Dios y Dios es Hombre.

8. El progreso hacia la unión era Su estado de exinanición (agotamiento, extenuación), y la unión misma es Su estado de glorificación.

104. Es conocido en la Iglesia, que el Señor, mientras se hallaba en la tierra, se hallaba alternativamente en dos estados, el uno llamado su estado de exinanición y el otro su estado de glorificación. Su estado de exinanición es descrito en muchos pasajes del Verbo, especialmente en los salmos de David y también en

los profetas, particularmente en Isaías, donde se dice que derramó su alma hasta la muerte (Isaías 53:12). Este estado era su estado de humillación ante el Padre; en este estado oraba al Padre, decía que obraba la voluntad del Padre y atribuía al Padre todo cuanto hablaba y obraba. Que oraba al Padre consta por los siguientes pasajes: Mateo 26:39-44; Marcos 1:35; 6:46; 14:32-39; Lucas 5:16; 6:12; 22:41-44; Juan 17:9, 15, 20. Que obraba la voluntad del Padre, por éstos: Juan 4:34; 5:30. Que atribuía al Padre todo cuanto obraba y hablaba, por estos otros: Juan 8:26-29; 12:49-50; 14:10; y en la Cruz exclamó: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mateo 27:46; Marcos 15:34). Además, sin este estado de humillación, no hubiera podido dejarse crucificar. Su estado de glorificación es también su estado de unión. En este estado se hallaba, cuando fue transfigurado ante los tres discípulos, y siempre cuando obraba Milagros, y cuando decía que el Padre y El eran Uno; que el Padre era en El y El en el Padre; que todas las cosas del Padre eran Suyas; y cuando la unión fue completa y llena, dijo que le era dado potestad sobre toda carne (Juan 17), y toda potestad en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18).

105. La razón por la cual el Señor pasó por estos dos estados, a saber, por el de la exinanición y el de la glorificación, es que éstos son el único medio de efectuar el progreso hacia la unión, porque son el único procedimiento que va de acuerdo con el Divino Orden, el cual es inalterable. El Divino Orden es, que el hombre debe disponerse a la recepción de Dios y prepararse como un receptáculo o habitación, en la cual Dios puede entrar y habitar como en su templo. El hombre debe hacer esto por sí mismo, pero sin embargo debe reconocer que lo hace por virtud de Dios. Debe reconocer esto, porque no siente en sí la presencia y la operación de Dios, por más que Dios, hallándose perfectamente presente en el hombre, opera en él todo el bien del amor y toda la verdad de la fe. Todo hombre debe proceder con arreglo a este orden, a fin de que, de ser hombre natural, pueda llegar a ser hombre espiritual. De esta misma manera hubo de progresar el Señor para poder hacer Divina su Naturaleza Humana. De ahí que oraba al Padre; que obraba Su voluntad; que atribuía al Padre todo cuanto obraba y hablaba, y que en la Cruz exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» porque en este estado parece como si Dios se halla ausente y lejos. Pero a este estado sigue otro, que es el de la conjunción con Dios. En este estado el hombre obra y procede de igual manera, pero entonces de Dios, y entonces no siente necesidad de atribuir a Dios todo el bien que siente y obra y toda verdad que piensa y habla, porque esto se halla inscrito en su corazón, y por consiguiente está interiormente presente en todos sus actos y en todas sus palabras. De esta manera el Señor se unió al Padre y el Padre se unió a El. En una palabra; el Señor glorificó su Humanidad, esto es, la hizo Divina, por el mismo procedimiento por el cual regenera al hombre, haciéndole espiritual. Todo hombre que, de ser natural, es hecho espiritual, pasa por dos estados, y por medio del uno pasa y entra en el otro; pasa pues del mundo al cielo.

106. Estos dos estados se llaman asimismo su estado de reformación y su estado de regeneración. En el primer estado el hombre obra libremente, de conformidad con su mente racional, sin embargo obra las verdades sólo por constreñirse; en el segundo estado, que es el de la regeneración, obra igualmente con completa libertad, pero sin constreñimiento, porque en este estado desea y obra, piensa y habla, por virtud de un nuevo amor y una nueva inteligencia, que proceden del Señor. En el primer estado el entendimiento hace la parte principal, y la voluntad es subordinada, pero en el segundo la voluntad hace la primera parte, y el entendimiento la segunda; sin embargo, el entendimiento no deja de ser el que obra y ejecuta, si bien funciona por virtud de la voluntad, porque la voluntad no obra, sirviéndose del entendimiento como de algún instrumento. La conjunción del bien con la verdad, o sea del amor con la fe, o del hombre interior con el hombre exterior, no se efectúa de otra manera. Esta conjunción es según el Divino Orden, y debe existir en todas las cosas, para que puedan ser algo, y por esta razón se puede ver

una ilustración de ella en toda cosa de la Naturaleza. Por ejemplo en el árbol. El primer estado de la conjunción, o sea el de la reformación, corresponde al primer estado del árbol cuando brota de su simiente, crece, echa ramas y hojas. El segundo estado, o sea el estado de la regeneración, corresponde al segundo estado del árbol, cuando lleva fruto y nueva simiente. Todo lo que hay en el árbol, menos la fruta y la simiente dentro de ella, corresponde a las verdades, y la fruta corresponde al bien. El hombre que se para en el primer estado, es decir, que es reformado, pero no regenerado, es como un árbol que sólo lleva hojas y no fruto, de cuyo árbol dicen las Escrituras, que será cortado y echado al fuego (Mateo 7:19).

9. Ahora ninguno de entre los Cristianos va al cielo, a menos de que crea en el Señor Dios el Salvador y se dirija a El Solo.

107. Leemos en Isaías:

«He aquí, yo crío un cielo nuevo y una nueva tierra y de lo primero no habrá memoria, ni vendrá al pensamiento, y he aquí, yo crío a Jerusalén alegría y a su pueblo gozo» (Isaías 65:17, 18).

y en el Apocalipsis:

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, y vi la Santa ciudad Jerusalén nueva, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido; y El que estaba sentado sobre el trono dijo: He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21:1-2, 5).

y a menudo se dice en las Escrituras que Nadie más que los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero, entrarán en el Cielo (Apocalipsis 13:8; 17:8; 20:12-15; 21:27). Cielo aquí, no significa el cielo visible encima de nosotros, sino el cielo de los ángeles; Jerusalén no quiere decir una ciudad del cielo, sino la Iglesia que desciende del Cielo, del Señor, y el libro de vida del Cordero no quiere decir un libro escrito en el cielo, cuyo libro será abierto, sino el Verbo que nos dio el Señor y que trata de El. Ha sido abundantemente explicado y demostrado en lo que antecede, que Jehová Dios, llamado el Creador del Universo, descendió y adoptó Humanidad a fin de hacerse accesible a los hombres y de posibilitar la conjunción con El por medio de esta Naturaleza Humana, porque sin ella no hay acceso ni conjunción posible entre los hombres y El. ¿Quién, dirigiéndose a un hombre, se dirige a su alma y no a su cuerpo? ¿Quién puede dirigirse al alma sino por conducto del cuerpo? Sin dirigirse al cuerpo no puede dirigirse al alma pero por medio del cuerpo puede dirigirse al alma, porque así ve al hombre cara a cara y habla con él boca a boca. El caso es el mismo con el hombre y Dios, porque Dios Padre está en el Hijo como el alma en el cuerpo, y en este sentido dice el Señor, que es El «la puerta» de las ovejas; que los que entran y salen por El, entran y salen y encuentran pasto, pero los que procuran subir por otra parte son ladrones y robadores. Para dirigirse a El y entrar por El es necesario que el hombre crea en El; porque sin la fe en El y la confianza de que El salva, nadie puede acercarse. El Señor dice repetidamente en el Verbo, que es necesario que el hombre crea en El, que el que cree en el Hijo tendrá vida eterna y el que no cree en el Hijo no verá la vida; que si no creemos en El, y si no creemos que El es, permaneceremos en nuestros pecados. Que El es el camino y que nadie viene al Padre sino por El. Los apóstoles dicen que El es el verdadero Dios y la Vida eterna, y Pablo particularmente «exhortaba A Judíos y a Griegos al arrepentimiento para con Dios y ala fe en Nuestro Señor Jesucristo». (Hechos 20:21); y el que cree en El, cree en el Padre, puesto que el Padre está en El como el alma en su cuerpo, y nadie puede ver ni hablar con el alma, sino por medio del cuerpo (Juan 8:19; 14:7; 12:45; 13:20. Nadie puede ver a Dios (al Padre) y vivir (Éxodo 33:20). Por lo cual el Señor dice que Nadie vio jamás a Dios; el Hijo Unigénito que está en el

seno del Padre le ha declarado (Juan 1:18; 6:46; 5:37). Pero los que no tienen conocimiento acerca del Señor, como la mayor parte de los Gentiles, si creen en un Solo Dios y viven en conformidad con sus preceptos religiosos, son salvos por medio de su fe y su vida; porque sólo a los que tienen conocimiento del Señor es imputada responsabilidad si no se dirigen a El y creen en El como el Solo y único Dios, en el cual hay Divina Trinidad; los que no tienen ese conocimiento no son responsables, porque es como cuando un hombre ciego tropieza y cae. —Por eso dice el Señor:

«Si fuerais ciegos, no tuvierais pecado, más ahora, porque decís: «Vemos»; por tanto permanece vuestro pecado» (Juan 9:41).

108. A la muerte todo hombre entra en el mundo espiritual, donde es examinado con respecto a la cualidad de su amor y fe. Si en el mundo ha reconocido a Dios y vivido bien, en acuerdo con su conciencia, está dispuesto a dejarse instruir y admite poco a poco las verdades con respecto al Señor y al cielo, siendo después elevado e introducido en el cielo entre los ángeles. Pero si en el mundo ha vivido en el mal, en egoísmo y en amor al mundo, se aparta de los buenos, rechaza las verdades y no quiere dejarse instruir. Los del mundo Cristiano, que ahora entran en el mundo espiritual, no creyendo que el Señor solo es Dios y no dirigiéndose a El Solo, si sin embargo son buenos, admiten estas verdades, cuando son instruidos y entran en el cielo; pero si en el mundo han vivido en el mal, y por causa de la mala cualidad de su amor así adquirida, no quieren admitir, que el Señor es el Solo y Único Dios del cielo y de la tierra, son rechazados apenas se acerquen al cielo; su rostro se aparta del cielo y se vuelve hacia la tierra inferior a la cual se dirigen, uniéndose allí con los que en el Apocalipsis se entienden por el dragón y el falso profeta. En la tierra ahora todo hombre que, conociendo al Señor y teniendo el Verbo, no se dirija al Señor Solo, no es escuchado con aceptación. Sus oraciones son en el cielo como olores nauseabundos y como exhalaciones de pulmones ulcerados. Así es ahora con toda adoración que no es dirigida a un Solo Dios en una Sola Persona, es decir, al Señor Dios el Salvador, en la tierra llamado Jesucristo.

109. La diferencia en el estado de la Iglesia antes y después de la venida de Dios en la carne es como entre un hombre que lee un escrito de noche a la claridad de la luna y uno que lo lee a la luz del sol en un día sereno sin nubes. En el primer caso la vista es sujeta a equivocaciones, pero en el último caso no se equivoca por falta de luz. La venida del Señor se describe también en las Escrituras así:

«El Dios de Israel ha dicho y la roca de Israel me habló; será como la luz de la mañana cuando sale el sol, de una mañana sin nubes» (2 Samuel 23:3-4).

El Dios de Israel, Roca de Israel, es el Señor. Asimismo dice Isaías:

«La luz de la luna llena será como la luz del sol y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete días, en el día que soldará Jehová la quebradura de su pueblo y curará la llaga de su herida» (Isaías 30:26).

Esto se dice con referencia al estado de la Iglesia después de la venida del Señor.

10. TRES RECUERDOS

110. RECUERDO. (Extracto). Una vez hallándome en el mundo espiritual, vi un objeto en el aire que caía hacia la tierra, rodeado de un círculo luminoso. Era un meteoro, vulgarmente llamado un dragón. Observé el sitio donde cayó, pero desapareció en el crepúsculo de la mañana, como suelen desaparecer los fuegos fatuos. Cuando hubo amanecido, fui al lugar donde cayó, y he aquí, en el suelo había una mezcla de azufre, limaduras de hierro y barro; luego, de repente, aparecieron dos tiendas de lona, una

sobre el punto mismo y la otra al lado hacia el mediodía; miré arriba y vi cierto espíritu, que cayó del cielo como un relámpago, siendo lanzado dentro de la tienda, que estaba sobre el lugar, en el cual cayó el meteoro, hallándome yo en la otra, al lado hacia el mediodía. En la puerta de esta tienda estaba yo y vi al espíritu en la puerta de la suya. Le pregunté entonces, por qué cayó de tal manera del cielo, y respondió que fue echado como espíritu del dragón por los ángeles de Micael, «porque», dijo, «dije ciertas cosas acerca de mi fe en la cual me confirmé en el mundo, entre otras cosas esto, que Dios Padre y Dios Hijo son dos y no uno; porque ahora todos en el cielo creen que son uno como el alma y el cuerpo y toda palabra que contradiga esto, es para ellos como picadura en las narices y como un gusano que se introduce en sus oídos, procurando perforarlos y causándoles así molestia y dolor; por lo cual, cualquiera que contradiga su creencia es invitado a salir, y si se resiste es precipitado cabeza abajo». Al oír esto le pregunté: «¿por qué no creíste lo que ellos creen?» y me contestó: «Después de salir del mundo nadie puede creer otra cosa que aquello en lo cual se ha confirmado, lo cual así ha sido inscrito sobre él mismo; esto permanece fijo en él y no puede ser modificado, sobre todo aquello en que se ha confirmado con respecto a Dios, puesto que cada uno en el cielo ocupa su lugar con arreglo a la idea particular que tiene acerca de Dios».

El espíritu fue luego enviado al pozo del abismo, mencionado en el Apocalipsis 9:2 y siguientes), donde los ángeles del dragón discuten los misterios de su fe. El día siguiente, mirando hacia el mismo lugar, vi en vez de las tiendas dos estatuas que parecían seres humanos, hechas del polvo de la tierra del lugar, que consistía de azufre, limaduras de hierro y barro, y una de las estatuas parecía tener en su mano izquierda un cetro y sobre su cabeza una corona; en su mano derecha un libro, y también llevaba un racional adornado con piedras preciosas, y por la espalda un manto que notaba hacia la otra estatua; pero estas cosas fueron inducidas sobre las estatuas por medio de la fantasía,; luego se dejó oír una voz que procedía de cierto dragonista: «Esta estatua representa nuestra fe como una reina, y la otra, que está detrás de ella, representa el amor como doncella suya». Esta última era de la misma composición, de polvo de la tierra, y colocada a la extremidad del manto que arrastraba la reina, y tenía en la mano un papel en el cual estaba escrito: «Ten cuidado de no acercarte y tocar al manto»; pero entonces cayó una fuerte lluvia del cielo, penetrando en ambas estatuas, las cuales, siendo compuestas de una mezcla de azufre, hierro y barro, comenzaron a hervir, como suele hacer una mezcla de estos ingredientes cuando se echa agua encima, y así ardiendo por un fuego interior, fueron reducidas a dos montones de ceniza, cuyos montones luego presentaban el aspecto de dos sepulcros.

111. RECUERDO 2° En el mundo natural el hombre tiene dos maneras de hablar, porque su pensamiento es doble; es exterior e interior. Un hombre puede hablar desde su pensamiento interior, y al mismo tiempo desde su pensamiento exterior, y puede hablar desde su pensamiento exterior y no desde su interior, y hasta contrariamente al interior; de esta naturaleza es el habla de los disimuladores, .aduladores e hipócritas. En el mundo espiritual, por el contrario, el hombre no tiene una doble habla, sino sencilla. Allí habla lo que piensa; de lo contrario, el sonido de la voz es ronco y molesta el oído; pero puede sin embargo guardar silencio y así no divulgar los pensamientos de su mente. Por esta razón, cuando un hipócrita entra entre los sabios, si no se marcha, se mete en un rincón, evita el ser observado y guarda silencio. Una vez se hallaban reunidos varios en el mundo de los espíritus, conversando sobre este particular, diciendo que «el no poder hablar más que lo que se piensa, debe ser duro para los que no han pensado justa y rectamente con respecto a Dios y al Señor, teniendo sin embargo que estar en compañía de los buenos». En el centro de la asamblea se hallaban los reformados, y junto a ellos los papistas con los frailes, y ambas clases dijeron al principio, que no era duro. ¿Qué necesidad hay de hablar de otra manera que se piensa? y si por ventura no se piensa justamente, ¿no puede cerrar los labios y guardar silencio? y

uno del clero dijo: «¿Quién no piensa justamente con respecto al Señor y a Dios?» Pero algunos de la congregación dijeron: «Ensayémoslos»; y se dirigieron a los que se habían confirmado en una Trinidad de personas con respecto a Dios, invitándoles a que dijese: Un Único Dios, pero no podían; torcían y retorcían sus labios de muchas maneras, pero no podían articular otras palabras que las que concordaban con las ideas de sus pensamientos, que eran las ideas de tres personas y por consiguiente de tres Dioses. Luego fue dicho a los que se habían confirmado en la fe separada del amor, que pronunciasen el nombre de Jesús, pero no podían, si bien podían pronunciar «Cristo», y asimismo «Dios Padre». Se extrañaron y preguntaron la razón, encontrándola ser ésta: Que habían orado a Dios Padre invocando el mérito del Hijo y no habían orado al Salvador Mismo, y Jesús significa Salvador. Fueron también invitados a decir Divina Humanidad, según su pensamiento acerca de la Humanidad del Señor, pero ninguno de los clérigos allí presentes podía decirlo; sólo algunos de los legos podían, por lo cual esto fue objeto de una seria discusión, y les leyeron los siguientes pasajes de los Evangelios: 1. El Padre ha dado todas las cosas en las manos del Hijo. (Juan 3:35). El Padre ha dado al Hijo potestad de toda carne (Juan 17:2). Todas las cosas me son entregadas por mi Padre (Mateo 11:27). Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra (Mateo 18:18). Y les fue dicho: por estas cosas guardad en el pensamiento que Cristo es el Dios del Cielo y de la tierra, tanto con respecto a su Divino cuanto a su Humano, y así pronunciad Divina Humanidad; pero tampoco así lo podían. Dijeron que por estos pasajes tenían por cierto alguna idea acerca de ello en su entendimiento, pero sin embargo, no tenían reconocimiento, y por esta razón no podían pronunciarlo. 2. Luego les leyeron de Lucas (Lucas 1:32, 34, 35), que el Señor en cuanto a su Humano era el Hijo de Jehová Dios; que allí es llamado el Hijo del Altísimo, y en varios lugares el Hijo de Dios y también el Unigénito, y les dijeron de retener esto en su memoria y asimismo que el Hijo Unigénito de Dios, nacido en el mundo, no puede menos de ser Dios, como el Padre es Dios, y entonces pronunciar distintamente: Divina Humanidad. Pero dijeron: «No podemos, porque nuestro pensamiento espiritual, que es el más íntimo, no admite en el pensamiento más inmediato al habla otras ideas que las que están en acuerdo»; y dijeron también que por este hecho percibían, que ahora no les era permitido dividir sus pensamientos, como en el mundo. 3. Entonces leyéronles estas palabras del Señor a Felipe; Felipe dijo: «Señor, enséñanos al Padre; y el Señor dijo: ¿no crees que yo soy en el Padre y el Padre en Mí?» (Juan 14:8; 11); y también otros pasajes, que el Padre y El son Uno (como por ejemplo en Juan 10:30), y les dijeron de retener esto en sus pensamientos y pronunciar Divina Humanidad. Pero por no estar aquel pensamiento arraigado en el reconocimiento de que el Señor es Dios también con respecto a Su Naturaleza Humana, torcían sus labios hasta indignarse y procuraban obligar su boca a pronunciarlo, pero no podían. La causa era que las ideas de los pensamientos, las cuales fluyen del reconocimiento, forman uno con las palabras de la lengua en los que están en el mundo espiritual, y donde estas ideas no existen, allí tampoco existen palabras, siendo así que las ideas se vuelven palabras en el habla. 4. Además les leyeron de la doctrina admitida en el mundo cristiano entero, las siguientes palabras: Lo Divino y lo Humano en el Señor no son dos, sino uno y una Persona, unidos como el alma y el cuerpo en el hombre. Estas palabras son de la confesión de la fe, llamada de Atanasio y reconocida por los concilios. «Por esto» — les dijeron — «podéis ciertamente tener una idea, por reconocimiento, de que la Humanidad del Señor es Divina, porque es de la doctrina de vuestra iglesia, que reconocíais en el mundo». Además el alma es la esencia misma del hombre, y el cuerpo es su forma, y la esencia y su forma hacen uno como el esse y el existere, y como la causa y su efecto. Retenían la idea y procuraban por ella pronunciar Divina Humanidad, pero no podían, porque su más íntima idea acerca de la Humanidad del Señor exterminaba y expulsaba a esta otra idea «adicional», como la llamaron. 5. Entonces les fue leído este pasaje de Juan: El Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo fue hecho carne (Juan 1:4; 14); y también este otro: Jesucristo es el verdadero Dios y la Vida

eterna (epístola de Juan, vers. 20); y de Pablo: En Jesucristo mora toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9), y les fue dicho de pensar de acuerdo con esto, es decir, que Dios, que era el Verbo, fue hecho Carne, que era el verdadero Dios, y que toda la plenitud de la Divinidad mora en El corporalmente; y lo hicieron, pero tan sólo en su pensamiento exterior, por lo cual, a causa de la resistencia de su pensamiento interior, no podían pronunciar Divina Humanidad, y dijeron francamente que no podían tener idea de una Divina Humanidad, porque Dios es Dios y el hombre es hombre, y Dios es Espíritu y con respecto al espíritu no hemos tenido otra idea que de aire o éter. 6. Después les fue dicho: «Sabéis que el Señor dijo: permaneced en Mí y Yo en vosotros; el que permanece en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer» (Juan 15:4,5); y en vista de que se hallaban presentes algunos clérigos ingleses, les fue leído de una de las exhortaciones referentes a la Santa Cena: «Porque cuando espiritualmente comemos la Carne de Cristo y bebemos Su Sangre, entonces permanecemos en Cristo y Cristo en nosotros». Si ahora pensáis que esto no puede ser el caso a menos de que la Humanidad del Señor sea Divina, pronunciad entonces Divina Humanidad por el reconocimiento en el pensamiento». Pero aun así no lo podían, porque llevaban tan hondamente impresa en sí la idea de que lo Divino no puede ser Humano y lo Humano no puede ser Divino, y que Su Divino era del Hijo desde Eternidad, y Su Humanidad como la humanidad de otro hombre. Pero les dijeron: « ¿Cómo podéis pensar así? ¿Puede una mente racional jamás pensar que un Hijo nació de Dios desde Eternidad?» 7 Después de esto se dirigieron a los Evangélicos, diciendo que la confesión de Augsburgo y Lutero enseña que el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre es una Persona en Cristo, que es Omnipotente y Omnipresente también en cuanto a su Humanidad, y que en cuanto a ésta está sentado a la diestra de Dios Padre y gobierna todas las cosas en el cielo y en la tierra/ llena todas las cosas, está presente con nosotros, mora y opera en nosotros., y no hay diferencia en la adoración, porque por medio de la Divinidad, que es discernible y visible, se adora a la Divinidad que es invisible é indiscernible, y que en Cristo Dios es Hombre y el Hombre Dios. Oyendo estas palabras, dijeron: « ¿es esto así?» y miraban en derredor de sí, diciendo después: «ignorábamos esto, por lo cual no podemos decir Divina Humanidad»; pero algunos dijeron: «lo hemos leído y hemos escrito acerca de ello, pero cuando reflexionábamos sobre ello, no dejaba de ser para nosotros meras palabras, de las cuales no teníamos idea interior». 8. Finalmente, dirigiéndose a los papistas, dijeron: «Quizás podéis vosotros decir Divina Humanidad, siendo así que creéis, que en vuestra eucaristía está Cristo enteramente en el vino y en el agua y en cada partícula de ellos, y le adoráis también al llevar por los alrededores la Hostia como el Santísimo Dios; también porque llamáis a María Deípara (la que ha parido a Dios), por consiguiente reconocéis, que parió a Dios, es decir, a la Divina Humanidad». Procuraban entonces pronunciarlo, pero les impedía la idea material que tenían con respecto al cuerpo y sangre de Cristo, y también la creencia de que Su Humanidad es separable de Su Divinidad, siendo estos dos efectivamente separados en el Papa, al cual pretenden fue transferida su potestad humana, pero no Su Potestad Divina. Entonces se levantó un fraile, y dijo, que más fácilmente podía imaginarse una Divina Humanidad con respecto a la Santísima Virgen María, y también con respecto a un Santo que fue de su monasterio. Otro fraile se adelantó y dijo: «Por la idea de mi pensamiento, que ahora tengo, puedo con más facilidad decir Divina Humanidad con respecto al Santísimo Papa, que con respecto a Cristo». Pero entonces algunos de los papistas le tiraban de la capa por detrás, diciéndole: ¡qué vergüenza! Después se vio abierto el cielo y descendieron como pequeñas llamas de fuego, que influían en algunos, y éstos alababan entonces a la Divina Humanidad del Señor, diciendo: «Apartad de vosotros la idea de tres Dioses y creed, que en el Señor mora toda la plenitud de la Divinidad corporalmente; que el Padre y El son Uno como el alma y el cuerpo son uno, y que Dios no es

aire o éter, sino que es Hombre. Entonces tendréis conjunción con el cielo y podréis por el Señor pronunciar el nombre de Jesús y decir Divina Humanidad».

112. RECUERDO 3º Una vez, despertándome poco después de apuntar el día, me levanté y salí al jardín delante de mi casa. Vi al sol salir en su esplendor y alrededor de él una aureola, al principio débil, luego más distinta, resplandeciente como oro. Debajo de su borde inferior, subía una nube que parecía un carbunco por la llama del sol. Caí en meditación sobre las fábulas de los antiguos, que se imaginaban la aurora con alas de plata y rostro reluciente como el oro. Mientras mi mente se deleitaba en estas cosas, fui en el espíritu y oí algunos hablar entre sí diciendo: «Ojalá que nos fuere permitido hablar con el innovador, que ha echado la manzana de contención entre los príncipes de la iglesia, detrás de cuya manzana han ido muchos de los legos, y recogiénola la han presentado delante de nuestros ojos». Por esta manzana entendían un opúsculo mío titulado Breve exposición de la doctrina de la Nueva Iglesia, y dijeron: «Es en verdad una cosa cismática, cuyo parecido jamás hombre concibió». A esto oí exclamar a uno de ellos: «¿qué, cismática? ¡es una herejía!» Pero otros que estaban al lado de él contestaron: «Chitón, retén tu lengua; no es una herejía. Cita muchos pasajes del Verbo, a los cuales nuestros ignorantes, por los cuales entendemos los legos, atienden y consienten». Al oír estas cosas, encontrándome en el espíritu, me acerqué a ellos y dije: «Heme aquí; ¿qué pasa?» Entonces uno de ellos, un alemán, natural de Sajonia, según luego aprendí, hablando en tono de autoridad, dijo: «¿De dónde te ha venido la audacia de invertir la adoración en el mundo Cristiano, establecida desde hace tantos años, la cual es que se debe adorar a Dios Padre como el Creador del Universo y a su Hijo como Mediador y al Espíritu Santo como Operador? T tú separas el primero y este último Dios de nuestra Trinidad, cuando sin embargo el Señor Mismo dice: «Cuando oráis, orad de esta manera: Nuestro Padre, tú que estás en los cielos, Santificado sea tu nombre; venga tu reino». ¿No debemos, pues, adorar a Dios Padre?» Dicho esto hubo un silencio, y todos sus adictos se pusieron en la actitud de bravos soldados en buques de guerra, cuando divisan a la flota enemiga, prontos a gritar: «Ahora a la batalla, la victoria es nuestra». Entonces tomé la palabra y dije: «¿Quién de entre vosotros no sabe que Dios descendió del cielo y se hizo Hombre? porque leemos: «El Verbo era con Dios y el Verbo era Dios, y el Verbo fue hecho carne»; y además, ¿quién de entre vosotros no sabe— y miré a los evangélicos, entre los cuales estaba el dictador, que acababa de dirigirme la palabra— que en Cristo, que nació de la Virgen María, Dios es Hombre y el Hombre es Dios?» Pero a estas palabras se produjo en la reunión un grande ruido, por lo cual dije: «¿No sabéis esto? es de acuerdo con la doctrina de vuestra confesión, que se llama Formula concordia; en ésta se dicen estas cosas, las cuales son confirmadas y corroboradas por muchas otras». Entonces el dictador se dirigió a la reunión preguntando si sabían esto. Contestaron: «Hemos estudiado muy poco en ese libro con respecto a la Persona de Cristo, pero hemos hecho duros esfuerzos con respecto a otro artículo del mismo, que trata de la justificación por la fe sola. Sin embargo, si esas cosas se hallan allí, convinimos en ellas»; y entonces, recordándolo uno de ellos, dijo: «se hallan allí, y además se lee, que la Naturaleza Humana de Cristo es elevada a Divina Majestad y a todos sus atributos, y que en esa Naturaleza Cristo está sentado a la diestra del Padre». Oídas estas palabras permanecían silenciosos, y después de esta concurrencia hablé de nuevo, diciendo: «Escuchad las palabras del Señor Mismo, y si no habéis atendido a ellas antes, atended ahora; porque El dijo: «El Padre y Yo somos Uno. El Padre es en Mí y Yo en el Padre. Padre, todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío. El que me ve a Mí ve al Padre». ¿Qué. pueden significar estas palabras, si no significan que el Padre es en el Hijo y el Hijo es en el Padre, y que son Uno como el alma y el cuerpo en el hombre, y por consiguiente, qué son una Persona? Esto debe también ser conforme a vuestra fe, si creéis el símbolo de Atanasio, donde estas cosas se dicen. Pero tomemos de las palabras citadas solo éstas: Todo lo tuyo es mío y todo lo mío es tuyo. ¿Qué puede decir esto, si no es que lo Divino del Padre pertenece a

lo Humano del Hijo y que lo Humano del Hijo pertenece a lo Divino del Padre? Por consiguiente, que en Cristo Dios es Hombre y el Hombre es Dios? y que por consiguiente son uno como el alma y el cuerpo son uno. Cada hombre puede decir lo mismo con respecto a su alma y cuerpo, «todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; tú en mí y yo en ti; el que me ve a mí ve a ti; somos uno en cuanto a persona y en cuanto a la vida». La razón es que el alma está presente en todo el cuerpo y en cada partícula del mismo, y entre ellos existe mutualidad. De ahí es claro que lo Divino del Padre es el alma del Hijo, y que lo Humano del Hijo es el Cuerpo del Padre. ¿De dónde es el alma del hijo si no es del padre, y de dónde es su cuerpo si no es de la madre? Dije lo Divino del Padre, y esto quiere decir el Padre Mismo, puesto que El y Su Divino son una misma cosa, y El es uno e indivisible. Esto es asimismo evidente por las palabras del ángel Gabriel a María: La virtud del Altísimo te hará sombra y él Santo Espíritu vendrá sobre ti, y lo santo que nacerá será llamado el Hijo de Dios, y un poco más arriba es llamado el Hijo del Altísimo y en otro lugar el Hijo Unigénito. Pero vosotros que le llamáis el «hijo de María», perdéis la idea de Su Divinidad; sin embargo, no la pierden más que los doctos del clero y los eruditos entre los legos, quienes, cuando elevan sus pensamientos por encima de las cosas sensuales del cuerpo, miran la gloria de su propia reputación, la cual no solo eclipsa, sino también extingue la luz, por medio de la cual entra la gloria de Dios. Pero volvamos a la oración del Señor en la cual se dice: «Nuestro Padre, tú que estás en los cielos; santificado sea tu nombre; venga tu reino». Vosotros, que estáis aquí, entendéis por estas palabras el Padre en cuanto a Su Divino solamente; pero yo entiendo por ellas el Padre en Su Naturaleza Humana; esta es en realidad el Nombre del Padre; porque el Señor dijo: Padre, glorifica tu Nombre; esto es, glorifica tu Humanidad; y cuando esto acontece, viene el Reino de Dios. Esta oración fue dada para el uso del presente tiempo, evidentemente como un medio de poder acercarse los hombres al Padre por conducto de Su Naturaleza Humana. El Señor dice también: nadie viene al Padre sino por Mí; y en el profeta: Niño nos es nacido; Hijo nos es dado, y Su Nombre Dios, Poderoso, Padre eterno, y en otro lugar: Tu oh Jehová es nuestro Padre, nuestro Redentor desde siempre es tu nombre, y además en muchos lugares el Señor, nuestro Salvador, es llamado Jehová. Esta es la verdadera explicación de las citadas palabras de esta oración». Dicho esto les miré, observando un cambio en sus semblantes causado por el cambio del estado de sus mentes; algunos asentían y me miraban; otros no asentían y apartaban de mí sus rostros. Entonces vi a la derecha una nube de color opal y a la izquierda una nube densa y sombría; debajo de una y otra nube hubo una apariencia de lluvia; debajo de la última, era como una lluvia recia de otoño, y debajo de la primera, como cuando cae el rocío al principio de la primavera. Entonces, súbitamente, fui apartado del espíritu y reintroducido en el cuerpo, volviendo así del mundo espiritual al mundo natural.

La Redención

114. En un artículo precedente se ha explicado, que la Esencia del Ser Divino, es el Divino Amor y la Divina Sabiduría, o lo que es lo mismo, el Divino Bien y la Divina Verdad. Asimismo se ha explicado, que Jehová Dios descendió como la Divina Verdad, sin separar el Divino Bien. Estos dos forman, pues, la Esencia de Su Naturaleza Humana como formaban la Esencia de su Naturaleza Divina, y es a causa de ellos que el Señor en su Reino, o sea en Su Iglesia, tiene un doble oficio, es decir, el de Sacerdote y el de Rey. Que el Señor tiene estos dos oficios es conocido en la Iglesia, pero la causa aquí expuesta no ha sido conocida antes. Por Su Oficio sacerdotal se llama Jesús, por Su oficio real Cristo. En el Verbo es llamado Jehová y Señor por Su Oficio sacerdotal, y Dios, el Santo de Israel y Rey por Su Oficio real. Al Divino

Amor pertenece el Oficio sacerdotal y a la Divina Sabiduría el Oficio real, por lo cual todo cuanto el Señor hizo por virtud de Su Divino Amor, o de Su Divino Bien, lo hizo en su Oficio de Sacerdote, y todo cuanto hizo por virtud de Su Divina Sabiduría, o de Su Divina Verdad, lo hizo en Su Oficio de Rey. En el Verbo Sacerdote y Sacerdocio significan el Divino Bien, mientras que Rey y Realeza significan la Divina Verdad, y estos dos eran representados por los sacerdotes y los reyes en la Iglesia israelita. La Redención pertenece a ambos Oficios; parte de ella al uno y parte al otro, lo cual veremos en los artículos que siguen.

1. La Redención misma fue la subyugación de los infiernos y el restablecimiento del Orden en los cielos y mediante esto la preparación para una Nueva Iglesia.

115. Que esto fue la Redención, puedo decir con toda seguridad, puesto que el Señor está también actualmente realizando una Redención, la cual empezó en el año 1757, junto con el último juicio, que entonces se verificó, y esta Redención continúa todavía. Es que actualmente se está verificando la segunda venida del Señor y se instituirá una Nueva Iglesia, cuya Iglesia no puede ser instituida, sin que primero sean subyugados los infiernos y restablecido el Orden en los cielos, y puesto que me ha sido concedido verlo todo, podría referir cómo los infiernos fueron subyugados y cómo el cielo nuevo fue arreglado y establecido, pero esto llenaría un volumen. De qué manera se verificó el último juicio, tengo manifestado en un opúsculo publicado en Londres en el año 1758. La subyugación de los infiernos, el restablecimiento del Orden en los cielos y la institución de la Nueva Iglesia fueron la Redención, porque de no haberse realizado estos, ningún hombre hubiera podido ser salvo. Se siguieron también por su orden precedente, porque era necesario que primero fuesen subyugados los infiernos, antes de que pudiera ser formado el cielo nuevo, y necesario que éste cielo fuese formado, antes de que pudiera ser instituida una Nueva Iglesia en la tierra, porque los hombres en el mundo se hallan tan estrechamente unidos con los ángeles del cielo y con los espíritus del infierno, que por ambos lados forman uno en el interior de sus mentes.

116. Que el Señor, mientras estaba en el mundo, luchaba contra los infiernos, venciólos y subyugólos, poniéndolos así en obediencia bajo Si Mismo, consta por muchos pasajes del Verbo, entre los cuales citaré los siguientes: En Isaías:

« ¿Quién es éste, que viene de Edom, de Bosra con vestidos bermejos; este hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia grande para salvar. ¿Por qué es bermejo tu vestido y tu ropa como el que ha pisado el lagar? Pisado he yo solo el lagar y de los pueblos nadie fue conmigo; píselos con mi ira y hollélos con mi furor y su sangre salpicó mis vestidos, y ensucié todas mis ropas; porque el día de la venganza está en mi corazón y el año de mis redimidos es venido. Y miró y no había quien ayudara, y salvóme mi brazo y derribé a tierra su fortaleza. Dijo: He aquí mi pueblo, mis hijos son, y fue su Salvador. En Su amor y en Su clemencia los redimió» (Isaías 63:1; 9).

Esto se dice con referencia a los combates del Señor contra los infiernos. Los vestidos que eran hermosos y que eran bermejos significan el Verbo, al cual hicieron violencia los judíos. El combate mismo contra los infiernos y Su victoria sobre ellos se describe con estas palabras: píselos con mi ira y hollélos con mi furor. Que luchó solo y de su propio poder, es manifiesto por estas palabras: de los pueblos nadie fue conmigo, no había quien ayudara; y salvóme mi brazo y derribé a tierra su fortaleza. Que mediante esto salvó y redimió, se ve por estas palabras: Dijo: he aquí mi pueblo; mis hijos son, y fue su Salvador; en su amor, y en su clemencia los redimió. Que esta salvación era objeto de su venida, consta por estas otras: porque el día de la venganza está en mi corazón y el año de mis redimidos es venido.

En otro lugar en Isaías:

«y vio que no había hombre y maravillóse, que no hubiera quien se interpusiera, y salvóle su brazo y afirmóle su misma justicia. Pues de justicia se vistió como de loriga y con un capacete de salud en su cabeza y vistióse de vestido de venganza por vestidura y cubrióse de celo como de manto; y vino el Redentor a Sión» (Isaías 59:16-17, 20).

En Jeremías:

«Los vio medrosos; sus valientes fueron deshechos; huyeron a más huir, sin volver a mirar atrás. Este es el día de Jehová, Dios de los ejércitos; día de venganza, para vengarse de sus enemigos y la espada devorará y se hartará» (Jeremías 46:5, 10).

Ambos pasajes se refieren al combate del Señor contra los infiernos y Su victoria sobre ellos. En David:

«Cíñete tu espada sobre el muslo, oh valiente... tus saetas son agudas y caerán pueblos debajo de ti, enemigos del Rey en el corazón. Tu trono es eterno y para siempre. Amaste la justicia, por tanto te ungió Dios» (Salmos 45:47).

Y además en varios otros lugares.

117. Puesto que el Señor Solo venció los infiernos, sin ayuda alguna de los ángeles, es llamado Fuerte, Héroe, Hombre de guerra (Isaías 9:6; 42:13). Rey de Gloria, Jehová, él Fuerte y Valiente, el Héroe en batalla (Salmos 24:8-10). El Fuerte de Jacob (Salmos 132:2) y en muchos lugares Jehová Zábaot, i.e. de los ejércitos. Su venida se llama asimismo: el día de Jehová, terrible, cruel, de indignación, de ira, de enojo, de venganza, de ruina, de guerra, de trompeta, ruidoso, tumultuoso, etc. En los Evangelistas leemos:

«Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera» (Juan 12:31).

«El príncipe de este mundo es juzgado» (Juan 16:11).

«Confiad; yo he vencido al mundo» (Juan 16:33).

«Yo vela a Satanás caer del cielo como un rayo». (Lucas 10:18).

En estos pasajes: mundo, príncipe del mundo, satanás y demonio, significan el infierno. Además de esto, en el Apocalipsis, desde el principio hasta el fin, predijo el Señor el estado en que se encuentra la Iglesia Cristiana en el tiempo actual, y también que había de venir por segunda vez, subyugar los infiernos, constituir un nuevo cielo de ángeles y luego establecer una Nueva Iglesia en la tierra. Todas estas cosas fueron predichas en la visión de Juan bajo formas representativas mediante correspondencias, pero no han sido reveladas hasta ahora. El Apocalipsis y todas las profecías del Verbo, fueron escritas mediante puras correspondencias y si éstas no hubieran sido reveladas por el Señor ahora, apenas hubiérase entendido un solo versículo de ellas; pero por causa de la Nueva Iglesia han sido reveladas ahora todas las cosas que allí se hallaban ocultas (Véase Apocalipsis Revelado, publicada en Ámsterdam en el año 1766); y las verán los que creen las palabras del Señor en Mateo 24 respecto del estado de la Iglesia actual y de la segunda Venida del Señor.

2. Sin esta Redención ningún hombre hubiera podido ser salvo, ni hubieran podido los ángeles conservar su estado de integridad.

118. Redimir significa liberrar de maldición, salvar de la muerte eterna, rescatar de los infiernos y liberrar cautivos y prisioneros de la mano del demonio. Esto hizo el Señor al subyugar los infiernos y al formar el cielo nuevo. El hombre no hubiera podido ser salvo por otro medio alguno, porque el mundo espiritual tiene tal conjunción con el mundo natural, que no pueden ser separados. Esta conjunción existe principalmente en el interior de los hombres, o sea en sus almas y mentes, las almas de los buenos se hallan unidas a las almas y mentes de los ángeles y las de los malos a las de los espíritus infernales. La unión es tal, que sí los ángeles y los espíritus fueran separados de los hombres, caerían éstos muertos en el acto; por otra parte, los ángeles y los espíritus no podrían existir sin los hombres. De ahí se ve por qué la Redención fue realizada en el mundo espiritual, y por qué los cielos y los infiernos habían de ser primero arreglados y repuestos en orden, antes de que pudiera ser establecida la Nueva Iglesia en la tierra. En el Apocalipsis leemos que después de ser establecido el cielo nuevo, descendió de ese cielo la Nueva Jerusalén, que es la Nueva Iglesia (Apocalipsis 21:1, 2).

119. La razón por la cual los ángeles no hubieran podido conservar su estado de integridad, si no hubiera efectuado el Señor la Redención, es que los cielos de los ángeles en su totalidad junto con la Iglesia en la tierra forman ante el Señor un solo Hombre. Los cielos forman las cosas interiores de este Hombre y la Iglesia las exteriores, o más particularmente, el cielo superior forma la cabeza, el segundo y el inferior forman el pecho y la parte intermedia del cuerpo, mientras que la Iglesia en la tierra forma las piernas y los pies. El Señor Mismo es el Alma, la Vida y el Todo en este Hombre, el cual, si la Redención no se hubiera verificado, hubiera sido destruido en cuanto a los pies y las piernas al perecer la iglesia en la tierra; en cuanto a la región gástrica al perecer el cielo inferior y en cuanto al pecho, al perecer el segundo cielo y entonces la cabeza, faltándole el cuerpo, caería en desmayo. Sería como una gangrena, que empezara por los pies y subiera por las piernas, luego por el cuerpo, extendiéndose gradualmente hasta causar la muerte. Cuando la Iglesia en la tierra perece, son afectados los cielos por la esfera del mal y de la falsedad, que sube y sofoca la vida de los ángeles, cual exhalaciones venenosas, que suben de un pozo infecto. Los ángeles, que así son afectados, son sin embargo guardados por el Señor en cierto lugar hasta el último juicio y entonces son elevados al cielo nuevo. A estos alude el siguiente pasaje en el Apocalipsis:

«Vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que ellos tenían. Y clamaban en alta voz diciendo: « ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?» Y les fueron dadas sendas ropas blancas y fue les dicho que reposaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completasen sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos» (Apocalipsis 6:9-11).

3. El Señor redimió pues, no sólo a los hombres, sino también a los ángeles.

121. Con efectuar la Redención el Señor redimió no sólo a los hombres, sino también a los ángeles, puesto que tanto éstos como aquéllos necesitaban liberación de la influencia del mal y de la falsedad de los infiernos. Estos, al tiempo de la primera venida del Señor, habían crecido a tal altura que llenaban todo el mundo de los espíritus, donde entran los hombres en primer lugar después de la muerte, y no sólo confundían al cielo inferior, sino que asaltaron también al cielo intermedio, infestándole de mil maneras. Parecido estado hubo en la Iglesia y en el mundo espiritual al tiempo de la consumación de la Iglesia

espiritual, representada en el Verbo por Noé, sus hijos y sus descendientes. El crecimiento de los infiernos se significa allí por la torre que edificó la gente en la tierra de Shinar, cuya cúspide había de alcanzar al cielo. La subyugación de los infiernos y la destrucción de esta Iglesia se significan por el impedimento de este designio por Dios y la dispersión del pueblo sobre toda la tierra. En este caso la Iglesia había entrado en aquel estado por la grande multitud de idólatras, magos y falsificadores del Verbo; pero en el caso actual, en la segunda venida del Señor, la causa del estado pervertido de la Iglesia y de la preponderancia de los infiernos son los llamados cristianos, tanto los que son impregnados del Naturalismo cuanto de los que han falsificado el Verbo por su falsa fe y fabulosa creencia, de que hay tres Divinas Personas desde eternidad, y de que la pasión del Señor en la Cruz, fue la Redención misma; estos cristianos son los que se entienden por el dragón y sus dos bestias en el Apocalipsis 12 y 13:2.

4. La Redención fue una obra puramente Divina.

123. Esto puede comprender y reconocer el que sabe lo que son los infiernos, y que ha visto con qué poder el Señor derribó y dispersó a los infiernos, y cómo luego reducía al Orden todas las cosas en los cielos y en los infiernos, lo cual, me ha sido concedido ver. Los infiernos consisten de un sinnúmero de espíritus malos, siendo así que consisten de todos los que desde la creación del mundo se apartaron de Dios en su vida terrestre, a causa de los males del vivir y las falsedades de sus creencias, y éstos adhieren unos a otros y forman un solo gigante monstruoso. Luchar contra éste, vencerlo y subyugarlo, Solo Dios lo puede por Su Omnipotencia, y con Omnipotencia Divina realizó el Señor la Redención en Su segunda Venida derribando y subyugando los infiernos, cuando se verificó el último Juicio, descripción del cual he dado en el opúsculo antes mencionado, publicado en Londres en el año 1758. El restablecimiento del Orden en todas las cosas en el cielo y en el infierno, que luego empezó y que todavía continúa, puedo observar todos los días y ver cómo en ello obra la Divina Omnipotencia, como si lo tuviere delante de mis ojos. Esta última Obra pertenece propiamente a la Redención, mientras que la lucha contra los infiernos y la subyugación de ellos pertenecen propiamente al último Juicio. La subyugación de los infiernos por el Señor fue también representada y significada por el Señor calmando la tempestad, diciendo: Calla; enmudece! (Lucas 8:23-24. Marcos 4:38-39). El Señor lucha también actualmente contra los infiernos en todo hombre que es regenerado, porque a todos estos asaltan los infiernos con furia diabólica, y si no fuera porque el Señor los resistiese y subyugase, cedería el hombre y sería destruido por ellos

5. Esta Redención no hubiera podido ser efectuada más que por Dios hecho hombre.

124. Dios no podía efectuar la Redención, sino por medio de Su Naturaleza Humana, porque para luchar contra los infiernos, vencerlos y subyugarlos, era preciso abrirles paso y acceso a Sí Mismo, para que pudieran acercarse y atacarle, sin que la proximidad y el contacto de Su Divina Naturaleza les consumiese y disolviese en el acto, como el fuego la paja que cae en él. Porque a Dios, tal como es en Sí Mismo, nadie puede ver y vivir. No lo pudo Moisés; mucho menos lo hubieran podido los infiernos, donde todos se bailan en el mal y en la falsedad en el más alto grado. Únicamente ocultando Su Naturaleza Divina bajo la Naturaleza Humana que adoptó en la encarnación, podía Dios acercarse a los infiernos sin deshacerlos, y darles acceso a Sí Mismo; por-que en esta Naturaleza Humana, en la cual por herencia de la madre estaban todas las flaquezas de la raza humana caída y todas las propensidades al pecado, podían influir los infiernos y asaltar al Señor con toda su furia, astucia y traición. En esa Naturaleza Humana se verificó el combate; era el único campo de batalla en que los enemigos del Señor hubieran podido meterse frente a frente con El; y allí fue-ron vencidos y subyugados. Esta es la razón por

la cual Dios no hubiera podido efectuar la Redención sin dejarse nacer en la carne, y por consiguiente la razón por la cual no hubiera podido ser salvo hombre alguno, si Jehová Dios no hubiera descendido y adoptado Naturaleza Humana.

6. El sufrimiento en la Cruz fue la última tentación que sostuvo el Señor en su cualidad del mayor Profeta y fue medio de la Glorificación de Su Naturaleza Humana, es decir, de su unión con lo Divino de Su Padre; pero no era la Redención.

126. El Señor vino al mundo para ultimar dos cosas esenciales, por medio de las cuales salvó a los ángeles y a los hombres; a saber la Redención y la Glorificación de Su Naturaleza Humana. Estas dos cosas son distintas entre sí, por más que con respecto a la salvación forman uno. En lo que precede se ha explicado lo que es la Redención, o sea que fue la subyugación de los infiernos y el restablecer el orden en los cielos. Por otra parte, la Glorificación fue la unión o unificación del Señor con lo Divino del Padre. Esta unión se verificó sucesivamente durante su vida en la tierra y fue acabada y consumada con la pasión en la Cruz. La unión se verificó conforme la ley del Divino Orden, según el cual todo hombre debe aproximarse a Dios y a medida que se aproxima, entra Dios en él a Su vez. El medio por el cual se efectúa la unión es la tentación; y la razón por la cual la unión del Señor con lo Divino del Padre fue acabada y completa con la pasión y muerte en la Cruz, es que esta fue la última tentación del Señor en la tierra y la más severa. En las tentaciones parece al hombre como si fuera abandonado por Dios, por más que no es abandonado, porque entonces Dios está más que nunca presente en su interior y le sostiene; por lo cual cuando la tentación es pasada y vencida, se halla el hombre más íntimamente unido con Dios. Así también el Señor, pasada esta última tentación, la más severa de todas, fue hasta su más íntimo unido y unificado con el Padre, formando con El una sola alma y cuerpo. Que el Señor en su pasión en la Cruz fue abandonado a sí mismo indican estas sus palabras: Dios mío; por qué me has abandonado? y también estas otras: Nadie me quita la vida; más yo la pongo de mí mismo; tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre (Juan 10:18). Estos pasajes demuestran, que el Señor no sufría en cuanto a Su Divino, sino sólo en cuanto a Su Naturaleza Humana, y que así se efectuó la unión más íntima y más completa. Cuando sufre el cuerpo, es el cuerpo solo que sufre y no el alma, la cual solo se entristece. Después de la victoria Dios quita la tristeza como se quita las lágrimas de los ojos.

127. Es necesario que el hombre tenga distinta percepción de las dos cosas, la Redención y la Glorificación; de otra manera la mente humana cae, como un buque, entre arenas movedizas o escollos y se pierde junto con el práctico, capitán y tripulantes, es decir que yerra con respecto a todas las cosas referentes a la salvación por el Señor. Pero a pesar de ser distintas, forman sin embargo uno con respecto a la salvación, puesto que el Señor por la unión con el Padre, consumada en la Cruz, fue hecho Redentor hasta la eternidad.

128. Con respecto a la Glorificación, por la cual se entiende la unión de la Divina Humanidad del Señor con lo Divino Mismo del Padre, el Señor Mismo dice como sigue, y por ello se ve que esta glorificación fue ultimada y completa en la Cruz: Como salió Judas dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él; Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en Sí Mismo y pronto le glorificará (Juan 13:31-32). Aquí se dice glorificación, tanto del Padre cuanto del Hijo, porque se dice que Dios es glorificado en él y Dios le glorificará; que esto quiere decir unión o unificación, es evidente. En otro lugar dice:

«Padre, la hora es venida, glorifica a tu hijo para, que también tu hijo te glorifique a ti» (Juan 17:1-5).

Así se dice porque la unión fue recíproca; El Padre estaba en él y él en el Padre.

«Ahora está turbada mí alma, y dijo: Padre, glorifica tu nombre; entonces vino una voz del cielo. Y lo he glorificado y lo glorificaré otra vez» (Juan 12:27-28).

Esto fue dicho porque la unión se verificó sucesivamente.

« ¿No era necesario que Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?» (Lucas 24:26).

Gloria en el Verbo, cuando se dice del Señor, significa la Divina Verdad unida al Divino Bien. Por estos pasajes es muy claro que la Humanidad del Señor es Divina.

129. La razón por la cual el Señor admitió contra sí tentaciones hasta la pasión y muerte en la Cruz, es que El era el Profeta, y los profetas representaban antiguamente la doctrina de la Iglesia, sacada del Verbo, y por esta causa representaban la Iglesia tal cual era, y según su estado la representaban mediante varias cosas, hasta injustas, penosas, y aún tales, que no se deben mencionar, cuyas cosas les fueron impuestas por Dios. El Señor es el Verbo Mismo y en su cualidad de Profeta representaba la Iglesia judaica y de qué manera profanaron el Verbo mismo, porque todos los detalles de Su pasión en la Cruz significan cosas que son de la profanación del Verbo, y los ángeles las comprenden espiritualmente, cuando los hombres las comprenden naturalmente. Que el Señor fue el Profeta es evidente por los siguientes pasajes:

«No hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa» (Mateo 13:57; Marcos 6:4; Lucas 4:24).

«No es posible que profeta muera fuera de Jerusalén» (Lucas 13:33).

«Y tuvieron miedo y glorificaban a Dios diciendo: un gran profeta se ha levantado entre nosotros» (Lucas 7:16).

«Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea» (Mateo 21:11; Juan 7:40-41).

«Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo (Moisés) te levantará, Jehová tu Dios, a él oiréis» (Déut. 18:15-19).

Que el Señor, como el Profeta, representaba la Iglesia y la profanación y violación que cometieron los judíos con las sagradas cosas del Verbo, es indicado en los siguientes pasajes:

«Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, más Jehová cargó con él el pecado de todos nosotros. Con su conocimiento justificará a muchos y él llevará la iniquidad de ellos» (Isaías 53:4).

En todo este capítulo se trata de la pasión del Señor.

130. Que el Señor, como el Profeta, representaba el estado de la Iglesia judaica con respecto al Verbo, consta por los detalles de Su pasión, como por ejemplo: que fue entregado traidoramente por Judas; que fue cogido y condenado por los príncipes de los sacerdotes y pontífices; que fue abofeteado; que golpearon su cabeza con una vara; que pusieron sobre su cabeza una corona de espinas; que repartieron sus prendas y echaron suerte sobre su túnica; que le crucificaron; que le dieron vinagre para beber; que perforaron su costado; que fue enterrado y que al tercer día resucitó. El ser entregado traidoramente por Judas significa, que la nación judaica hizo traición al Verbo, que ella sola tenía; porque Judas representaba

aquella nación. El ser cogido y condenado por los príncipes de los sacerdotes y los pontífices, significa que toda esa Iglesia hizo así con el Verbo. El ser abofeteado, escupido en su cara, lacerado y golpeado con una vara significa, que los judíos hicieron así con las Divinas Verdades del Verbo. El poner sobre su cabeza una corona de espinas significa que falsificaban y adulteraban esas verdades. El repartir sus prendas y echar suerte sobre su túnica significa, que dispersaron todas las verdades del Verbo, pero no su sentido espiritual; este sentido es representado por la túnica del Señor (vestidura interior). El crucificarle significa, que destruían y profanaban el Verbo entero. El ofrecerle vinagre para beber significa, que las verdades que ellos tenían no eran más que verdades falsificadas, por lo cual no lo bebió. El perforar su costado significa, que extinguían totalmente toda la verdad del Verbo y todo el bien. Su entierro significa la expulsión y el rechazamiento de todo cuanto tenía de la madre. Su resurrección al tercer día significa la glorificación, o sea la unión de Su Naturaleza Humana con lo Divino del Padre. Por esto puede ser claro que «llevar iniquidades» no quiere decir alejarlas o quitarlas, sino representar la profanación de las verdades del Verbo.

7. La creencia de que la pasión de la Cruz fue la Redención misma, es un error fundamental en la Iglesia, y este error, en unión del error respecto de tres Personas Divinas desde eternidad, ha pervertido a toda la Iglesia hasta el punto de que no queda ya cosa alguna espiritual en ella.

132. Lo que hoy día más llena los libros de los que se llaman ortodoxos, lo que más celosamente se enseña y se inculca en las escuelas y más frecuentemente se predica y se proclama desde los pulpitos, es que Dios Padre, estando enfadado con la raza humana, no sólo la apartó de Sí, sino que también la sentenció a una condenación universal, excomulgándola.

Pero, siendo misericordioso, persuadió a Su Hijo, induciéndole a descender y tomar sobre Sí la condenación decretada, y de esta manera apaciguar la ira de Su Padre, quien así, y no de otra manera, podía mirar al hombre con alguna benevolencia. Luego enseñan que esto fue realizado por el Hijo, quien tomó sobre Sí la condenación de la raza humana, dejándose escarnecer por los judíos, escupir en el rostro y crucificar como el maldito de Dios (Deuteronomio 21:23); y que, cumplido esto, el Padre se volvió propicio y por amor al Hijo retiró la sentencia de condenación, mas sólo con respecto a aquellos para quienes intercediera el Hijo, quien así se hizo Mediador entre los hombres y Su Padre para siempre; Estas y otras cosas parecidas hacen actualmente resonar los templos y llenan los oídos de los que en ellos se congregan. Mas todo el que tiene alguna iluminación y sana razón por el Verbo, puede ver que Dios es la Misericordia y la Clemencia misma, porque es el Amor mismo y el Bien mismo, y estas cosas son Su Esencia, y por consiguiente que es una contradicción el decir que la Misericordia y la Bondad misma pueden mirar al hombre con enfado y decretar su condenación, y sin embargo continuar ser Su Divina Esencia. Tales cosas apenas se pueden atribuir a un hombre bueno, sino sólo a un malvado; no se pueden atribuir a un ángel del cielo, sino sólo a un demonio del infierno; por lo cual es abominable atribuir las a Dios. Más si se examina de más cerca se verá que la causa es, que los hombres han tomado la pasión de la Cruz por la Redención misma. De ahí han venido los extravíos y las ideas y opiniones erróneas como multitud de reptiles, porque de un principio establecido nacen innumerables teoremas de la misma índole, y siendo el principio falso, nacen de él falsedades en series continuas. Se hallan escondidas dentro del principio falso y proceden del mismo una tras otra. Del principio falso respecto de la pasión de la

Cruz, de que esta era la Redención misma, han nacido y aún pueden nacer cosas escandalosas con respecto a Dios, hasta que suceda lo que predice Isaías:

«El sacerdote y el profeta yerran con el vino y con la bebida fuerte; tropiezan en el juicio; todas las mesas están llenas de vómito y suciedad» (Isaías 28:7, 8).

133. A causa de la idea errónea arriba expuesta, concerniente a Dios y a la Redención, ha degenerado toda la teología, de ser espiritual a ser exclusivamente natural, y se ha rebajado hasta el grado más inferior de lo natural, porque se ha atribuido a Dios propiedades meramente naturales, lo cual a su vez ha determinado en los hombres ideas puramente sensuales y corporales respecto de las cosas espirituales, y con esto han quedado destruidas todas las cosas de la Iglesia entre ellos; porque de la idea respecto de Dios y de la Redención, que forma uno con la Salvación, dependen todas las cosas de la Iglesia. Esta idea es como la cabeza de la cual proceden todas las demás partes del cuerpo, y por lo tanto, si esta idea es espiritual, todas las cosas de la Iglesia resultan espirituales, y si es natural, todas las cosas de la Iglesia resultan naturales. Así es que por haber llegado a ser meramente natural, es decir, sensual y corporal, la idea respecto de Dios y de la Redención, son meramente naturales todas las cosas que el clero y los miembros de la Iglesia ahora enseñan y profesan en su teología dogmática. La razón por la cual nada más que falsedades pueden ser producidas por esas cosas, meramente naturales, es que el hombre natural obra siempre contrariamente al hombre espiritual, y por eso mira a las cosas, espirituales como espectros y fantasmas en el aire. Se puede decir, que a causa de la citada idea sensual respecto de la Redención y por consiguiente respecto de Dios, los caminos del cielo, que son los caminos del Señor Dios el Salvador, se hallan actualmente invadidos por ladrones y robadores (Juan 10:1, 8, 9), que han quitado las puertas de los templos, de manera que entran en ellos dragones, lechuzas, tziim é ijim y cantan juntos en horrible discordia.

8. Recuerdo

134. Cierta vez, en el mundo de los espíritus, entré en un templo en el cual se hallaban muchas personas reunidas, y antes del sermón racionaban entre sí sobre la Redención. El templo era cuadrado y no había ventanas en las paredes, pero había una grande abertura en medio del techo, por la cual entraba una luz del cielo, que daba más claridad que si hubiera habido ventanas en las paredes; y he aquí, mientras hablaban de la Redención, vino de repente del norte una nube negra, que cubrió la abertura con el resultado de que se produjo tan densa obscuridad, que no podían verse unos a otros, y apenas podía uno ver la palma de su mano. Mientras sorprendidos de esto estaban mirando, he aquí que esa nube negra fue partida por el medio y al través de la abertura se veían ángeles, descendidos del cielo, quienes apartaron la nube a ambos lados, devolviendo así la claridad al templo. Luego los ángeles enviaron uno de entre ellos, el cual de parte de ellos preguntó a la congregación, cuál era el objeto de su contención, que pudo atraer una nube tan negra sobre ellos, quitar la luz y producir tan densa obscuridad. Contestaron que era la Redención; que ésta fue realizada por el Hijo de Dios mediante la pasión y el sufrimiento en la Cruz, y que por este medio hizo expiación y libertó la raza humana de la maldición y de la muerte eterna. A esto el ángel emisario dijo: «¿cómo por la pasión de la Cruz? Explicad por qué por ésta.» Adelantose entonces un clérigo y dijo: «Expondré por su orden lo que sabemos y creemos; es como sigue: Dios, el Padre, estando enojado con la raza humana, la condenó, la excluyó de su clemencia, declaró a todos malditos y réprobos, sentenciándolos al infierno; quiso que Su Hijo tomara sobre Sí esta condenación; el Hijo consintió y a este efecto descendió y adoptó Naturaleza Humana, dejándose crucificar y transfiriendo así a Sí Mismo la condenación de la raza humana, porque está escrito: Maldito es cualquiera, que es colgado

en el madero de una Cruz. Así el Hijo apaciguó la ira del Padre mediante su intercesión y mediación. Entonces el Padre, por su amor al Hijo y conmovido por la miseria que vio en El en la Cruz, se decidió a perdonar: «pero sólo a aquellos a quienes imputaré Su justicia; a éstos, de ser hijos de la ira y de la maldición, haré hijos de gracia y de bendición; los justificaré y los salvaré; pero los demás deben permanecer hijos de la ira como antes». Esto es nuestra fe y estas cosas son la justicia, que Dios, el Padre, introduce en nuestra fe, la cual por sí sola justifica y salva». Oídas estas palabras, el ángel guardó silencio largo rato, porque quedó atónito de sorpresa. Luego rompió el silencio y habló estas palabras: « ¿Puede el mundo cristiano ser tan insensato; apartarse de la sana razón y extraviarse entre tales alucinaciones, haciendo conclusiones acerca del artículo fundamental de la salvación por tales disparates? ¿Quién no puede ver, que estas cosas son diametralmente opuestas a la Divina Esencia misma? ¿Contrarias al Divino Amor del Señor y contrarias a su Divina Sabiduría, y también contrarias a Su Omnipotencia y Omnipresencia? Un amo bueno no puede tratar así a sus criados; un animal feroz no es tan cruel con sus crías, ni un ave de rapiña con sus pequeñuelos. ¿No es contrario a la Divina Esencia anular el llamamiento Divino, hecho a todos y a cada uno de la raza humana? ¿No es contrario a la Divina Esencia volver a sentir misericordia por ver la miseria en el Hijo, es decir, volver a su propia Esencia, puesto que Misericordia es la Esencia misma de Dios, y no es abominable pensar, que jamás se salió de ella, siendo Inalterable desde eternidad hasta eternidad? Por lo demás es imposible introducir en una fe como la vuestra la justicia de la Redención, que en sí misma es una obra de la Divina Omnipotencia, é imputarla, transferir esta justicia al hombre, declarándole justo, puro y santo, sin otros medios. ¿No es imposible perdonar pecados a quien sea, renovarle y salvarle mediante la mera imputación, transformando así injusticia en justicia y maldición en bendición? ¿Si esto fuera posible, no sería también posible transformar el infierno en Cielo y el Cielo en infierno; el dragón en Micael o Micael en dragón, y así poner término al combate entre ellos? ¿Qué más se necesitaría, que el quitar la imputación de uno y ponerla en otro? De esa manera nosotros en el cielo estaríamos en perpetuo temblor. Tampoco es de acuerdo con la justicia y el juicio, el que uno tome sobre sí la maldad de otro; que el malvado sea declarado inocente, y la maldad así lavada y limpiada. ¿No es esto contrario a toda justicia, tanto a la Divina cuanto a la humana? El mundo cristiano ignora todavía que existe el Orden, y menos aún sabe lo que es el Orden que Dios introdujo en el mundo al crearlo; ni sabe que Dios no puede obrar contrariamente a este Orden, porque si lo hiciera, obraría en contra de Sí Mismo, siendo así que Dios es el Orden mismo». El clérigo comprendió las palabras que dijo el ángel, porque los ángeles, que estaban arriba, infundían luz desde el cielo. Y entonces suspiró profundamente y dijo: ¿qué hemos de hacer? Hoy día todos predicán, oran y creen como yo he dicho. Todos dicen: «Padre bueno, ten misericordia de nosotros y perdónanos nuestros pecados por la sangre de tu Hijo, que derramó por nosotros en la Cruz»; y a Cristo dicen: «Señor, intercede por nosotros», y nosotros los clérigos añadimos: «envíanos tu Santo Espíritu». Entonces dijo el ángel: «Veo que los clérigos preparan del Verbo un unguento para los ojos, no entendiéndolo interiormente, cuyo unguento aplican a los ojos cegados por su fe; o bien hacen de él un emplastro para sí mismos, aplicándolo sobre las heridas causadas por sus dogmas; sin embargo no las curan, porque se han inveterado; por lo cual dirigíos a este aquí presente (y me señaló a mí con su dedo); él os informará por el Señor, que la pasión en la Cruz no fue la Redención, sino que fue la unión de la Humanidad del Señor con lo Divino del Padre, mientras que la Redención fue la subyugación de los inflemos y el restablecimiento del Orden en los cielos, y si el Señor no hubiera realizado estas cosas mientras estaba en el mundo, no hubiera podido ser salvo hombre alguno en la tierra, ni ángel alguno en los cielos. El os enseñará también acerca del Orden, introducido por Dios en la Creación, de acuerdo con el cual el hombre debe vivir, para que pueda ser salvo, y que los que viven conforme el Orden, son contados entre los redimidos y llamados

elegidos». Cuando acabó el ángel de hablar estas palabras, fueron hechas ventanas en las paredes del templo, por las cuales influía luz de los cuatro puntos cardinales del mundo, y aparecieron querubines volando en el esplendor de la luz. El ángel fue recogido por sus compañeros en lo alto, encima de la abertura, y nosotros nos retiramos, llenos de gozo y alegría.

CAPÍTULO 3

El Índice del Capítulo

El Espíritu Santo y La Divina Operación

1. El Espíritu Santo es la Divina Verdad y asimismo la Divina Virtud y Operación, que proceden del Dios Único, en Quien hay Divina Trinidad; así, pues, del Señor Dios, el Salvador. (139-141)
2. La Divina Virtud y Operación, llamadas el Espíritu Santo, son, en general, Reformación y Regeneración y, según éstas, Renovación, Vivificación, Santificación y Justificación y, según éstas, Purificación de males, Remisión de los pecados y finalmente Salvación. (142-145)
3. El Señor Opera de Sí Mismo por virtud del Padre y no viceversa. (153-155)
4. El espíritu del hombre es su mente y todo cuanto procede de ella. (156, 157)
5. Corolario. (158)
6. Dos Recuerdos (159, 160).

La Divina Trinidad

1. Hay una Divina Trinidad que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. (164, 165)
2. Estos tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son las tres cosas esenciales del Dios Único y forman uno como el alma, el cuerpo y la actividad del hombre. (166-169)
3. Antes de ser creado el mundo no existía esta Trinidad, pero después de creado el mundo, cuando Dios vino en la carne, fue provista y efectuada en el Señor Dios, el Redentor y Salvador Jesucristo. (170, 171)
4. Una Trinidad de Personas Divinas desde eternidad, o sea desde antes de ser creado el mundo, es, en las ideas del pensamiento, una Trinidad de Dioses y ésta no puede ser abolida mediante el confesar oralmente a un Solo Dios. (172, 173)
5. Una Trinidad de Personas era desconocida en la Iglesia apostólica. Fue primeramente adoptada por el concilio de Nicea y luego introducida en la Iglesia Católica Romana, de la que luego se introdujo en las Iglesias, que se separaron de ésta. (174-176)
6. Del Credo de Nicea, o de Atanasio, originó una fe falsa, que ha pervertido a toda la Iglesia Cristiana. (177, 178)
7. De ahí, viene la abominación de asolamiento y la grande aflicción «cuál no fue desde el principio del mundo; hasta ahora ni será» que el Señor predijo en Daniel, en los Evangelistas y en el Apocalipsis. (179-181)
8. De ahí, también, que, de no ser establecidos por el Señor Un Nuevo Cielo y una Nueva Iglesia, ninguna carne sería salva. (182)

9. De la idea de una Trinidad de Personas, cada una de las cuales es Dios en y por Sí, según el Credo de Atanasio, han nacido muchas ideas discordantes y heterogéneas con respecto a Dios, cuyas ideas, todas ellas, son alucinaciones y abortos. (183, 184)
10. Recuerdo. (185)

El Espíritu Santo y la Divina Operación

138. Los del Orden sagrado, cuya idea respecto del Señor nuestro Salvador haya sido bastante justa, cuando entran en el mundo espiritual, lo cual generalmente hacen al tercer día de su fallecimiento, son ante todo instruidos con respecto a la Divina Trinidad y particularmente con respecto al Espíritu Santo, de que éste no es un Dios en y por Sí, y que por él en el Verbo se entiende la Divina Operación, que procede del Único Dios omnipresente. La razón por la cual los clérigos son instruidos particularmente con respecto al Espíritu Santo, es que la mayor parte de los entusiastas después de la muerte caen en la insana imaginación, de que ellos mismos son el Espíritu Santo, y muchos de ellos, que en el mundo creían, que el Espíritu Santo hablaba por su boca, asustan a otros con las palabras del Señor en Mateo, que el contradecir las cosas que hablan, inspirados por el Espíritu Santo, es el pecado imperdonable (Mateo 12:31-32). Los que después de ser instruidos abandonan la idea, de que el Espíritu Santo es un Dios en y por Sí, son luego instruidos con respecto a la Unidad de Dios, de que la Divinidad no consiste de tres Personas, cada una de las cuales es Dios, según enseña el Credo llamado de Atanasio, sino que la Divina Trinidad está en el Señor Dios el Salvador como el alma y cuerpo de todo hombre y la actividad que procede de él. Estos son entonces preparados para recibir la fe del nuevo cielo, y luego les es abierto un camino a una sociedad celestial, en la cual reina esa misma fe, y una morada les es dada allí entre sus hermanos, con quienes luego viven en eterna bienaventuranza.

1. El Espíritu Santo es la Divina Verdad y asimismo la Divina Virtud y Operación que proceden del Dios Único en Quien hay Divina Trinidad, es decir del Señor Dios el Salvador.

139. El Espíritu Santo es propiamente la Divina Verdad y por consiguiente también el Verbo, y en este sentido el Señor es asimismo el Espíritu Santo. Pero puesto que la Iglesia actual enseña, que el Espíritu Santo es la Divina Operación que propiamente es la Justificación, añadimos que también es esta Divina Virtud y Operación, y lo es porque la Divina Operación es efectuada por la Divina Verdad que procede del Señor, y que por consiguiente es El Mismo, porque lo procedente, o sea la emanación, es de la misma esencia que aquello de lo cual emana, como estos tres: el alma, el cuerpo y la actividad procedente, cuyos tres juntos forman una sola esencia, en el hombre meramente humana, más en el Señor Divina y también Humana.

En el capítulo precedente queda demostrado, que el Señor es la Divina Verdad Misma. Que el Espíritu Santo también lo es, consta por los siguientes pasajes:

«Saldrá una vara del tronco de Isaí y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre Él el espíritu de Jehová, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová... Herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos y la verdad ceñidor de sus riñones» (Isaías 11:1, 4-5).

«El enemigo vendrá como torrente, más el espíritu de Jehová levantará bandera contra él, y vendrá el Redentor a Sión» (Isaías 59:19-20).

«El espíritu del Señor Jehová es sobre mí, me ha ungido Jehová; ha me enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos» (Isaías 61:1; Lucas 4:18).

«Este será mi pacto con ellos: el espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca desde ahora para siempre» (Isaías 59:21).

El espíritu de Jehová, espíritu de sabiduría y de inteligencia, es la Divina Verdad que estaba en el Señor y que era El Mismo, y en estos pasajes es idéntico con el Espíritu Santo, es decir, con lo Divino procedente o sea la Divina Virtud y Operación, cuyo Espíritu estaba en El y por cuyo Espíritu obraba. Puesto que el Señor es la Verdad Misma, sigue que lo que sale de El es la Divina Verdad y por consiguiente también el Espíritu Santo. Lo mismo quiere decir el nombre Consolador, también llamado Espíritu de Verdad y Espíritu Santo, según se puede ver por los siguientes pasajes:

«Yo os digo la verdad: Os es necesario que yo vaya, porque si yo no fuese el Consolador no vendría a vosotros, más si yo fuere os le enviaré» (Juan 16:7).

«Cuando viniere el Espíritu de Verdad, él os guiará a toda Verdad, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere» (Juan 16:13).

«El me glorificará porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el padre, mío es, por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber» (Juan 16:14-15).

«Yo rogaré al padre, que os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre. Al Espíritu de Verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce, más vosotros le conocéis, porque está con vosotros y será en vosotros. No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros, y me veréis» (Juan 14:16-19).

«Cuando viniere el Consolador, el cual yo os enviaré del padre, el Espíritu de Verdad, el cual procede del padre, él dará testimonio de mí» (Juan 15:26).

«El Consolador, el Espíritu Santo, el cual el padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que yo os he dicho» (Juan 14:26).

Que el Señor aludía a Sí Mismo con los nombres Consolador y Espíritu Santo, es evidente por Sus palabras:

«El mundo no le conoce, más vosotros le conocéis; no os dejaré huérfanos: vendré a vosotros y me veréis. »

Y en otro lugar:

«He aquí; yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo» (Mateo 28:20).

Es igualmente evidente por estas palabras:

«No hablará de sí mismo; tomará de lo mío.»

140. Puesto que el Espíritu Santo es la Divina Verdad, y puesto que ésta estaba en el Señor y era el Señor Mismo (Juan 14:6), no pudiendo por consiguiente proceder de otra fuente alguna, por esto dice Juan:

«Aún no había Espíritu Santo, porque Jesús no estaba aún glorificado» (Juan 7:39).

Y después de la glorificación:

«Sopló Jesús sobre los discípulos y díjoles: tomad el Espíritu Santo» (Juan 20:22).

La razón por la cual el Señor sopló, o respiró, sobre los discípulos es, que esta respiración era una señal exterior, representativa de la Divina inspiración; más la Divina inspiración es propiamente una inserción entre las sociedades angelicales.

Teniendo presente lo aquí expuesto, se comprenden bien las palabras del ángel Gabriel, referentes a la concepción del Señor:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra, por lo cual también lo Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:35).

«El Ángel del Señor en un sueño dijo a José: «no temas de recibir a María por tu mujer, porque lo que en ella es engendrado del Espíritu Santo es»; y José no la conoció hasta que parió a su hijo primogénito» (Mateo 1:20-25).

En estos pasajes el Espíritu Santo es la Divina Verdad que emana de Jehová el Padre, y esta emanación era la Virtud del Altísimo, la cual hizo sombra a la madre. Esto coincide también con las palabras en Juan:

«El Verbo (la Divina Verdad) era con Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo fue hecho carne» (Juan 1:1-14).

Que el Verbo significa la Divina Verdad, se puede ver en la Fe de la Nueva Iglesia (número 13).

2. La Divina Virtud y Operación, llamadas el Espíritu Santo, son en general Reformación y Regeneración, y según éstas, Renovación, Vivificación, Santificación y Justificación, y según estas, Purificación de males, Remisión de pecados y finalmente Salvación.

142. Estas son por su orden las virtudes que el Señor opera en los que creen en El, y que se disponen a recibirle y a ser Su morada. Esta operación se verifica por conducto de la Divina Verdad y entre los Cristianos por medio del Verbo, porque la Divina Verdad es el único medio por el cual el hombre puede acercarse al Señor, y el Señor entrar en el hombre, siendo así que el Señor, como antes se ha dicho, es la Divina Verdad Misma, y todo lo que sale de El es Verdad Divina. Pero las varias Operaciones mencionadas serán explicadas detenidamente, cuando trataremos de la caridad y la fe, de la libre voluntad y el arrepentimiento, así como de la reformación y la regeneración. El Señor procura continuamente operar estas gracias salvadoras en todo hombre, porque son las gradas, sobre las cuales el hombre sube al cielo, y el Señor desea la salvación de todos. Su Venida en la carne, la Redención y la Pasión en la Cruz, tenían también por objeto la salvación de los hombres (Mateo 18:11; Lucas 19:10), y fueron preparativos para esta salvación.

143. La Operación de estas virtudes es pues el Espíritu Santo, que el Señor envía a todos los que creen en El y que se disponen a recibirle. Esta Operación es también lo que significa la palabra espíritu en los siguientes pasajes:

«Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros. Pondré dentro de vosotros Mi Espíritu, y haré que andéis en mis mandamientos» (Ezequiel 36:26-27; 11:19).

«Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. Vuélveme el gozo de tu salud y un espíritu libre me sustente» (Salmos 51:10, 12).

«Jehová forma el espíritu del hombre dentro de él» (Zacarías 12:1).

«Con mi alma te he deseado en la noche y con mi espíritu en medio de mí te he esperado en la mañana» (Isaías 26:9).

«Hacedos corazón nuevo y espíritu nuevo; ¿por qué queréis morir, casa de Israel?» (Ezequiel 18:31).

Y en otros lugares. En estos pasajes, corazón nuevo quiere decir voluntad del bien, y espíritu nuevo entendimiento de la verdad. El Señor opera esto en los que obran el bien y creen la verdad, es decir, en los que se hallan en la fe de la caridad. Esto es evidente, porque se dice, que «Dios da alma a los que andan en Sus mandamientos»; y también porque el alma así dada se llama un espíritu libre. Que por otra parte el hombre tiene que cooperar, se desprende de estas otras palabras: Hacedos corazón nuevo y espíritu nuevo; ¿por qué queréis morir, casa de Israel?

144. Leemos que al ser bautizado Jesús, los cielos se abrieron, y que Juan vio al Espíritu de Dios (al Espíritu Santo) como paloma (Mateo 3:16; Lucas 3:10; Juan 1:32, 33). Esto aconteció, porque el Bautismo significa regeneración y purificación y la paloma igualmente. ¿Quién no comprende, que la paloma no era el Espíritu Santo y que el Espíritu Santo no estaba en la paloma? En el cielo aparecen a menudo palomas, y siempre cuando aparecen, saben los ángeles que son correspondencias de inclinaciones y pensamientos referentes a la regeneración y purificación, cuyas inclinaciones y pensamientos proceden de otros ángeles que se hallan en las cercanías; tan pronto como se reúnen con ellos y hablan con ellos de otras cosas que aquellas en que pensaban, cuando apareció la paloma, desaparece ésta en seguida. La aparición de la paloma al ser bautizado Jesús, fue como las apariciones similares que vieron los profetas, y como el cordero que apareció a Juan sobre el monte Sión (Apocalipsis 14:1). ¿Quién no comprende que el Señor no era ese cordero, ni estaba en el cordero, sino que el cordero era una representación de la inocencia del Señor? Conste por esto, que se hallan en un error los que piensan, que hay tres personas en la Divinidad fundando su creencia en la paloma que apareció, descendiendo sobre el Señor, cuando fue bautizado, y en la voz del cielo, que al mismo tiempo dijo: «este es mi Hijo amado». El Señor regenera y purifica al hombre mediante el bautismo espiritual, es decir, por la fe y por el amor al prójimo, y esto es lo que significan las palabras de Juan el Bautista: « Yo os bautizo con agua para arrepentimiento, más El que viene tras de mí os bautizará con el Espíritu Santo y con fuegos» (Mateo 3:11). Bautizar con el Espíritu Santo y con fuego es regenerar mediante la Divina Verdad de la fe y el Divino Bien del amor al prójimo. Lo mismo significan las siguientes palabras del Señor: «El que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3:5). Agua aquí y en otros lugares del Verbo significa verdad en el hombre natural o exterior, y espíritu significa verdad procedente del bien en el hombre espiritual o interior.

149. El Señor opera estas virtudes en los que creen en El, es decir, los reforma, regenera, renueva, vivifica, santifica, justifica, purifica de males y finalmente los salva, y la operación de estas virtudes en ellos es lo que se llama mandarles el Espíritu Santo. Que el Señor opera estas virtudes en los que creen en El, consta por los siguientes pasajes de la Sagrada Escritura:

«El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El» (Juan 7:38, 39).

«El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía» (Apocalipsis 19:10).

El espíritu de la profecía significa la verdad doctrinal sacada del Verbo, porque profecía significa doctrina y profetizar significa enseñarla; el testimonio de Jesús significa confesarle en vida y obras por la fe en El. Igual significación tiene la palabra testimonio en este otro pasaje:

«Los ángeles de Micael vencieron al dragón por la sangre del cordero y por la palabra de su testimonio. Y el dragón se fue a hacer guerra contra los remanentes de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 12:11, 17).

Crear en el Señor no es tan sólo reconocerle y confesarle con la boca, sino también hacer o guardar Sus mandamientos; porque el mero reconocimiento es cosa del pensamiento exclusivamente, pero el hacer o guardar Sus mandamientos es reconocerle también con la voluntad. La mente del hombre consiste del entendimiento y de la voluntad, y la misión del entendimiento es pensar, mientras que la de la voluntad es obrar. Si el hombre reconoce al Señor tan sólo con el pensamiento de su entendimiento, va al Señor con solo la mitad de su mente; más cuando practica los mandamientos del Señor en su vida, entonces va al Señor con toda su mente, y esto es creer. Sólo los que así creen, se disponen a recibir al Señor y éstos reciben en sí Su Espíritu Santo, o sea al Señor Mismo, quien entonces opera en ellos las mencionadas virtudes.

3. El Señor opera de Sí Mismo por virtud del Padre y no el Padre por conducto de El.

153. Por operar entendemos aquí lo mismo que por enviar el Espíritu Santo, puesto que las operaciones antes mencionadas, en general reformatión, regeneración, renovación, vivificación, santificación, justificación, purificación de males y remisión de pecados, cuyas operaciones la Iglesia actual atribuye al Espíritu Santo como un Dios en y por Sí, en realidad son las operaciones del Señor. Que el Señor realiza estas operaciones por virtud del Padre y no el Padre por conducto del Señor, será demostrado primeramente por el Verbo y luego ilustrado por raciocinios. Por el Verbo como sigue:

«Cuando viniere el Consolador, el Cual yo os enviaré del Padre, el Espíritu de Verdad, el cual procede del Padre, El dará testimonio de mí» (Juan 15:26).

«Si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros, más si yo fuese, os lo enviaré» (Juan 16:7).

«El Consolador, el Espíritu de Verdad, no hablará de Sí Mismo, sino que tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre, mío es; por eso dije: tomará de lo mío y os lo hará saber» (Juan 16:13; 15).

«Aún no había (venido) el Espíritu Santo, porque Jesús no estaba aún glorificado» (Juan 7:39).

«Jesús sopló sobre los discípulos y díjoles: Tomad el Espíritu Santo» (Juan 20:22).

«Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre esto haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre esto haré» (Juan 14:13; 14).

Estos pasajes demuestran con toda claridad, que es el Señor quien envía el Espíritu Santo, es decir, quien opera las cosas que la iglesia actual atribuye al Espíritu Santo como un Dios en y por Sí; porque leemos «Que El le enviaría del Padre», que «El le enviaría a los discípulos», que «el Espíritu Santo no era aún (venido) porque Jesús no estaba aún glorificado» y que luego de su glorificación, «Jesús sopló sobre los discípulos diciéndoles: Tomad el Espíritu Santo». Y también porque dice: «Todo lo que pidieréis en mi nombre esto haré; el Consolador tomará de lo mío, lo que os enseñará». Que Dios Padre no opera estas virtudes de Sí Mismo por conducto del Hijo, sino que el Hijo las opera de Sí Mismo por virtud del Padre, consta por los siguientes pasajes:

«A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le declaró» (Juan 1:18).

Y en otro lugar:

«Nunca habéis oído la voz del Padre, ni habéis visto Su parecer» (Juan 5:37).

Es claro que Dios Padre opera en el Hijo e inspira Sus operaciones en el Hijo, pero que no opera por conducto del Hijo, sino que éste opera de Sí Mismo, por virtud del Padre; porque dice:

«Todo lo que tiene el Padre mío es» (Juan 16:15).

«El Padre ha dado todas las cosas en la mano del Hijo» (Juan 3:35).

Y asimismo:

«Como el Padre tiene vida en Sí Mismo, así dio también al Hijo que tuviese vida en Sí Mismo» (Juan 5:26).

Y en otro lugar:

«Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63).

La razón por la cual el Señor dice, que el Espíritu de verdad procede del Padre (Juan 15:26), es que en efecto emana de Dios Padre entrando en el Hijo y procede del Hijo por virtud del Padre, por lo cual también dice:

«En aquel día vosotros conoceréis que el Padre está en Mí y que Yo estoy en Mi Padre y vosotros en Mí y yo en vosotros» (Juan 14:11-20).

Estas declaraciones del Señor demuestran claramente el error en que se halla el mundo Cristiano, creyendo que Dios Padre envía el Espíritu Santo directamente al hombre. Es, al contrario, el Señor quien envía el Espíritu Santo de Sí Mismo por virtud del Padre, y no el Padre directamente, ni sencillamente

por conducto del Hijo. Esta es una verdad del cielo, y los ángeles la llaman un secreto (arcanum), porque hasta ahora no ha sido revelada al mundo.

154. Para ilustrar: Es sabido que los apóstoles, después de haber recibido del Señor el don del Espíritu Santo, predicaban el Evangelio en una grande parte del mundo, anunciándolo, hablando y escribiendo, y esto hacían de sí mismos por virtud del Señor, porque Pedro enseñaba y escribía de cierta manera, Jacobo de otra, Juan de otra y Pablo de otra, cada uno con arreglo a su propia inteligencia. El Señor los llenaba a todos con Su Espíritu, pero cada uno de ellos tomó de El cierta medida, con arreglo a la cualidad de su aptitud. Todos los ángeles del cielo son llenos del Señor, porque el Señor está en ellos y ellos en El, y sin embargo cada uno habla y obra según el estado de su mente, algunos con simplicidad, otros con sabiduría, en una palabra, con infinita variación; cada uno habla y obra de sí mismo por virtud del Señor. El caso es igual con todo ministro de la Iglesia, hállese en la verdad o en la mentira; cada uno tiene su propia boca y su propia inteligencia, y cada uno habla de su propia mente, es decir, del espíritu que él posee. Los Protestantes, llámense Evangélicos o Reformados, si bien han sido instruidos en los dogmas dados por Lutero, Melancton o Calvin, no por eso hablan Lutero, Melancton o Calvin de sí mismos por conducto de sus adictos, sino que éstos hablan de sí mismos por virtud de aquellos institutores. Otra ilustración: La acción del corazón sobre los pulmones hace que éstos funcionen por reacción de sí mismos por virtud del corazón. Son dos órganos distintos y sin embargo recíprocamente unidos. Los pulmones respiran de sí mismos por virtud del corazón, y no el corazón por conducto de los pulmones; si esto fuera el caso quedarían ambos paralizados. De igual manera la acción del corazón en cada víscera y sobre cada víscera del cuerpo hace, que cada una por sí funcione de sí misma por virtud del corazón. El corazón envía de sí mismo la sangre a todo el cuerpo, pero cada víscera recoge su particular medida, con arreglo al servicio o a la misión que desempeña, y todos obran de distinta manera. Otra ilustración: El mal que viene de los padres, llamado el mal hereditario, obra en el hombre y sobre el hombre; de igual manera el bien que viene del Señor; este último obra en sus cosas interiores o superiores; el primero en sus cosas inferiores o exteriores. Si el mal obrase por conducto del hombre no sería éste capaz de ser reformado, ni podría ser sujeto a reconversión; y de igual manera, si el bien del Señor obrase por conducto del hombre, o por decirlo así, al través del hombre, tampoco podría ser reformado; pero puesto que el obrar lo uno o lo otro depende de la libre elección del hombre, resulta culpable, cuando de sí mismo obra por virtud del mal, y sin culpa o inocente, cuando de sí mismo obra por virtud del bien, y puesto que el mal es el demonio y el bien es el Señor, resulta culpable, si obra por virtud del demonio y sin culpa o inocente, si obra por virtud del Señor. Es por esta libre elección del hombre, que éste puede ser reformado. El caso es igual con lo interior y lo exterior del hombre. Estos dos son distintos y sin embargo recíprocamente unidos; lo interior obra en lo exterior y sobre lo exterior, pero no obra al través de lo exterior; porque lo interior revuelve una infinidad de cosas, de las cuales lo exterior no saca más que aquellas que sirven a su uso. En lo interior del hombre hay una infinidad de ideas, las cuales, si saliesen espontáneamente de la boca del hombre, serían como el soplo de un fuelle. Lo interior es como un océano del cual el exterior saca lo suficiente para su uso. Así es el caso también con el Verbo. Cuando el Verbo se halla en bastante plenitud en la mente interior del hombre, entonces el hombre habla y obra de sí mismo por virtud del Verbo y no el Verbo al través del hombre. Así es también con el Señor, porque el Señor es el Verbo, es decir, la Divina Verdad y el Divino Bien en el Verbo. El Señor obra de Sí Mismo, o del Verbo, en el hombre y sobre el hombre, pero no al través del hombre, porque el hombre obra y habla libremente por virtud del Señor, cuando obra y habla por virtud del Verbo. Más claramente aún se comprende esto por la relación mutua que existe entre el alma y el cuerpo; el alma obra en el cuerpo y sobre el cuerpo y no al través del cuerpo, sino que el cuerpo obra de sí mismo por virtud del alma; el alma no consulta o delibera

con el cuerpo, ni el cuerpo con el alma; el alma no manda o exige que el cuerpo haga esto o aquello; no pretende hablar por la boca del cuerpo como por una bocina; y por otra parte, el cuerpo no ruega al alma de darle o concederle cosa alguna, porque todas las cosas del alma son del cuerpo y viceversa, mutuamente. El caso es igual con lo Divino y lo Humano del Señor, porque lo Divino del Padre, es el alma de Su Humano, y Su Humano es Su Cuerpo; Su Humano no ruega a Su Divino que diga lo que tiene que hablar y obrar, y por esto dice el Señor:

«En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis» (Juan 16:26, 27).

En aquel día, es después de la glorificación, es decir, después de la perfecta y absoluta unión con el Padre. Este secreto es del Señor Mismo para los que quieren ser de Su Nueva Iglesia.

4. El espíritu del hombre es su mente y todo cuanto procede de él.

156. El espíritu del hombre, concretamente hablando, no es otra cosa que su mente, porque ésta es la que vive después de la muerte y se llama entonces espíritu; si es buena, se llama un ángel espíritu, y luego un ángel; si es mala, se llama un espíritu satánico, y luego un satanás. La mente de todo hombre es su hombre interior, que es el verdadero hombre y está dentro del hombre exterior, que forma su cuerpo natural, por lo cual, cuando a la muerte este cuerpo natural es abandonado, el hombre interior se halla en perfecta forma humana. Están pues en un error, los que opinan que el espíritu del hombre reside exclusivamente en su cabeza. En la cabeza reside tan sólo en sus principios, de los cuales salen primariamente todas las cosas que el hombre piensa por el entendimiento y obra por la voluntad, pero en el cuerpo se halla en las derivaciones, formadas al efecto del sensorio y de la acción, y puesto que interiormente adhiere a las cosas del cuerpo, comunica a ellas sensaciones y movimientos e inspira al cuerpo la percepción de que este piensa y obra de y por sí mismo, mas todo hombre sabio conoce que esto es una falacia. Ahora bien; puesto que el espíritu del hombre piensa por el entendimiento y obra por la voluntad, y puesto que el cuerpo no piensa y obra de sí mismo, sino de y por el espíritu, sigue que el espíritu del hombre es su inteligencia y la inclinación de su amor, y todo cuanto de estos dos procede y opera. Que el espíritu del hombre es su mente y lo que a ella pertenece, es evidente por muchos pasajes del Verbo, y basta citarlos para ver que espíritu en ellos no significa otra cosa:

«Bezaleel fue henchido de espíritu de sabiduría, de inteligencia y de ciencia» (Éxodos 31:3).

Nabucodonosor dijo de Daniel:

«Que un excelente espíritu de ciencia y de entendimiento estaba en él» (Daniel 5:12).

«Josué fue lleno de espíritu de sabiduría» (Deuteronomio 34:9). «Hacedos corazón nuevo y espíritu nuevo» (Ezequiel 18:31).

«Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3).

«Yo habito en el espíritu quebrantado y humilde, para vivificar el espíritu de los humildes» (Isaías 57:15).

«Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado» (Salmos 51:17).

«Daré manto de alegría en lugar de espíritu angustiado» (Isaías 61:3).

Y en varios otros lugares. Que espíritu también significa una mente perversa y malvada es evidente por estos otros pasajes:

« ¡Ay de los profetas insensatos que andan en pos de su propio espíritu» (Ezequiel 13:3).

«Concebid hojarasca, parid aristas; en cuanto a vuestro espíritu, el fuego os devorará» (Isaías 33:11).

«Si hubiere alguno que delirase en su espíritu, que hablase mentiras» (Micheas 2:11).

«Generación, cuyo espíritu no fue fiel para con Dios» (Salmos 78:8).

«El espíritu de fornicación» (Óseas 5:4; 4:12).

«Todo corazón se desleirá y angustiaráse todo espíritu» (Ezequiel 21:7).

«No ha de ser lo que viniera en vuestro espíritu» (Ezequiel 20:32).

«En cuyo espíritu no hay superchería» (Salmos 32:2).

«El espíritu de Faraón estaba agitado» (Génesis 41:8).

Estos pasajes, y múltiples otros, demuestran claramente que espíritu en ellos significa la mente del hombre y las cosas que la pertenecen.

157. Puesto que el espíritu del hombre es la mente del hombre, sigue que por estar en el espíritu, cuya expresión hallamos a veces en el Verbo, se entiende un estado en el cual la mente se halla apartada del cuerpo, y puesto que en este estado vieron los profetas cosas, que sólo existen en el mundo espiritual, llamáronlo la visión de Dios. Se hallaban entonces en el mismo estado, en que los ángeles y los espíritus se hallan en aquel mundo. En este estado el espíritu del hombre puede trasladarse de un lugar a otro, permaneciendo el cuerpo fijo en el suyo. Este es el estado, en el cual me he hallado ahora durante veintiséis años, con la diferencia de que, hallándome en el espíritu, me he hallado al mismo tiempo en el cuerpo y sólo de vez en cuando fuera del cuerpo. Ezequiel, Zacarías, Daniel y Juan se hallaban en este estado, cuando tuvieron sus visiones, lo cual es evidente por los siguientes pasajes: Ezequiel dice:

«El Espíritu me levantó y volvióme a llevar a la tierra de los Caldeos, a los transportados; en visión en el Espíritu de Dios, y partióse de mí la visión que habla visto» (Ezequiel 11:24).

«Él Espíritu me levantó y oí detrás de mí una voz de grande estruendo» (Ezequiel 3:12).

«El espíritu me alzó entre el cielo y la tierra y llevóme en visiones de Dios a Jerusalén» (Ezequiel 8:3).

También consta por los capítulos 1 y 10, donde leemos que vio cuatro animales, que eran querubines, y varias otras cosas con ellos, y en los capítulos 40 a 48, que vio una nueva tierra y un nuevo templo y un ángel midiéndolo. Que entonces se hallaba en visión y en el espíritu consta por lo que dice en Ezequiel 40:2, y 43:5.

Asimismo Zacarías, cuando vio a un varón, que cabalgaba sobre un caballo bermejo entre los mirtos, (Zacarías 1:8 y siguientes); cuando vio cuatro cuernos y un varón que tenía en su mano un cordel de medir (Zacarías 1:13; 2:1 y siguientes). Cuando vio a Josué, el gran sacerdote (Josué 3:1 y siguientes); cuando vio cuatro carros que salían de entre los montes, y caballos. (Josué 6:1 y siguientes).

En igual estado se hallaba Daniel cuando vio cuatro animales salir del mar y varias otras cosas referentes a ellos (Daniel 7:1 y siguientes); cuando vio la batalla entre el carnero y el macho cabrío (Daniel 8:1 y siguientes); cuyas cosas vio en visiones (Daniel 7:1, 2, 7, 13; 8:2; 10:1, 7, 8). Igualmente cuando el ángel Gabriel le apareció en visión y habló con él (Daniel 9:21). El caso era igual con Juan respecto del Apocalipsis:

«Que fue en el Espíritu en el día del Domingo» (Apocalipsis 1:10). «Que fue llevado por el Espíritu al desierto» (Apocalipsis 17:3), Y & un grande y alto monte» (Apocalipsis 21:10).

Dice en varios lugares que vio en visiones y que vio las cosas que refiere, como por ejemplo, que vio al Hijo del Hombre en medio de los siete candeleros de oro, un tabernáculo, un templo, un arca, y un altar en el cielo, el libro sellado con siete sellos, y caballos que salían del mismo, los cuatro animales en torno del trono, los doce mil elegidos de cada tribu, el cordero en el monte Sión; langostas subiendo del pozo del abismo, el dragón y su batalla con Micael; una mujer pariendo un hijo varón y huyendo al desierto a causa del dragón; dos bestias, la una subiendo del ruar, la otra de la tierra; una mujer sentada sobre una bestia bermeja; el dragón lanzado al lago de fuego y azufre; un caballo blanco, una grande cena, la santa ciudad de Jerusalén descender, el río de agua viva y los árboles de vida dando frutos cada mes, y muchas otras cosas. En parecido estado se hallaban también Pedro, Jacobo y Juan, cuando vieron a Jesús transfigurado, y asimismo Pablo cuando oyó del cielo cosas inefables.

5. Corolario

158. Puesto que en este capítulo hemos tratado del Espíritu Santo, conviene hacer constar que en el Verbo del Antiguo Testamento en ninguna parte es mencionado el Espíritu Santo, sino el «Espíritu de Santidad» en tres lugares: una vez en David (Salmos 51:11) y dos veces en Isaías 63:10; 11†, pero en el Verbo del Nuevo Testamento, tanto en los Evangelios cuanto en los Actos de los Apóstoles y en sus Epístolas, es mencionado con frecuencia. La razón es que el Espíritu Santo no era, hasta que vino el Señor al mundo, porque el Espíritu Santo emana del Señor, procedente del Padre, puesto que sólo el Señor es Santo (Apocalipsis 15:4), como también el Ángel Gabriel dijo a María, la madre: Lo Santo que nacerá de ti (Lucas 1:35). La razón por la cual se dijo, que el Espíritu Santo no era aún (venido) porque Jesús no estaba aún glorificado (Juan 7:39), y que en anteriores pasajes sin embargo se dice que Elizabet fue llena del Espíritu Santo (Lucas 1:41, y en Zacarías 1:67), igualmente Simeón (Lucas 2:25), es porque el Espíritu de Jehová, el Padre, los llenaba y llamase allí Espíritu Santo a causa del Señor, que ya estaba en el mundo. En ningún lugar del Antiguo Testamento se dice, que los profetas hablaron por el Espíritu Santo, sino por Jehová, porque en todas partes allí se dice: Jehová me habló; la Palabra de Jehová vino a mí; así dijo Jehová; Palabra de Jehová. A fin de que nadie dude de esto, indicaremos aquí algunos pasajes en Jeremías, donde esto se dice: Jeremías 1:4; 7, 11, 12, 13, 14, 19; 2:1, 2, 3, 4, 5, 9, 19, 22, 29, 31; 3:1, 6, 10, 12, 14, 16; 4:1, 3, 9, 17, 27; 5:11, 14, 18, 22, 29; 6:6, 9, 12, 15, 16, 21, 22; 7:1, 3, 11, 13, 19, 20, 21; 8:1, 3, 12, 13; 9:3, 6, 9, 12, 13, 15, 20, 22, 23; 10:1, 2, 18; 11:1, 3, 6, 9, 11, 17, 18, 21, 22; 12:14, 57, y en muchos otros lugares.

6. Dos Recuerdos

159. RECUERDO 1. Una vez, en compañía de ángeles, andaba en el mundo de los espíritus, que es un lugar intermedio entre el cielo y el infierno, en cuyo mundo entran todos los hombres en primer lugar después de la muerte, y allí son preparados, los buenos para el cielo, los malos para el infierno. Conversaba con ellos de muchas cosas, entre otras también de que en el mundo, donde yo estoy con

respecto a mi cuerpo natural, aparecen por la noche innumerables estrellas, grandes y pequeñas, que son otros tantos soles, que transmiten su luz hasta dentro del mundo de nuestro sol, y dije: «Viendo que también en vuestro mundo se ven estrellas, pensé que quizás éstas serían tantas como las que hay en el mundo, donde yo vivo». Los ángeles, que se deleitaban en esta conversación, dijeron que quizás hay igual número, puesto que las sociedades del cielo aparecen a veces a los que se hallan debajo del cielo resplandecientes como estrellas; y las sociedades del cielo son innumerables y arregladas por su orden, según las inclinaciones del amor al bien, las cuales en Dios son infinitas y por consiguiente innumerables; y puesto que estas sociedades eran previstas desde antes de la creación, es de suponer, que según su número ha sido previsto, es decir creado, igual número de estrellas en el mundo, donde viven los hombres, que se hallan en un cuerpo natural y material. En medio de nuestra conversación observé hacia el Norte un camino empedrado, tan lleno de espíritus, que apenas había sitio para pasar entre dos, y dije a los ángeles, que, había visto este camino antes, y que había oído decir, que era el camino, por el cual pasan todos los que salen del mundo natural. El haber siempre tan grande número de espíritus en este camino, viene de que cada semana mueren miríadas de hombres, y todos pasan a este mundo al morir. A esto añadieron los ángeles, que este camino termina en el centro del mundo, donde estábamos. La razón por la cual termina en el centro, es que al lado hacia el oriente están las sociedades que se hallan en amor a Dios y al prójimo, y a la izquierda, hacia el occidente, las que se hallan en los amores que son opuestos a los primeros; enfrente, o sea hacia el mediodía, están las sociedades que se hallan en mayor inteligencia. De ahí viene, que los recién venidos del mundo natural vienen en primer lugar a este punto. Mientras están allí se hallan en sus cosas exteriores, en las cuales se hallaban últimamente en el mundo natural, y luego son poco a poco introducidos en sus cosas interiores y examinados con respecto a su cualidad; después de la examinación son conducidos, los buenos a sus lugares en el cielo y los malos a sus lugares en el infierno.

Nos detuvimos en el centro, donde terminaba el camino, por el cual entraba la gente por miríadas, y dijimos: «Quedémonos aquí un poco y hablemos con los recién venidos». Escogimos doce de los que venían entrando, y puesto que venían directamente del mundo natural, no sabían sino que todavía estuviesen allí. Les preguntamos lo que sentían y opinaban con respecto a una vida después de la muerte. Uno de ellos contestó como sigue: «Nuestro sagrado Orden me inculcó la creencia de que hemos de vivir después de la muerte y de que hay un cielo y un infierno; y he creído que todos los que viven bien moralmente van al cielo, y viviendo todos bien moralmente, nadie va al infierno; por consiguiente creo que lo del infierno es una fábula inventada por el clero con el objeto de impedir a la gente de conducir una mala vida. ¿Qué importa si pienso de Dios de esta manera o de otra? Pensamientos son como tamos o como burbujas en la superficie del agua, que se rompen y desvanecen». Otro, que estaba cerca de él, dijo: «Mi creencia es que hay un cielo y un infierno; que Dios gobierna el cielo y el demonio el infierno, y puesto que son enemigos, y por lo tanto opuestos entre sí, el uno llama mal lo que el otro llama bien, y el hombre moral, que sabe disimular y hacer que el mal parezca bien y el bien mal, está bien con ambos. ¿Qué diferencia hay en estar con el uno o con el otro de estos dos Señores si me favorece? El mal proporciona al hombre gozo, igualmente que el bien.» Un tercero, cerca de él, dijo: «Qué me importa creer que hay un cielo y un infierno, porque ¿quién ha vuelto de allí para contarlo? Si todos los hombres viviesen después de la muerte, ¿por qué no volvería un sólo de tan grande multitud y nos lo contaría?» Un cuarto, al lado de éste, dijo: «Diré la razón por la cual ninguno ha vuelto para contarlo; la razón es, que cuando el hombre ha exhalado su espíritu y es muerto, se vuelve un espectro y es disipado, o bien es como el aliento de la boca, que no es más que viento. ¿Cómo puede un ser de esta clase volver y hablar con los hombres?» Un quinto recogió la idea y dijo: «Amigos míos, aguardad el día del último juicio,

porque entonces todos volverán a entrar en sus propios cuerpos y los veréis y hablaréis con ellos y ellos os contarán cada uno su suerte». Un sexto, que estaba al lado opuesto, dijo sonriéndose: «¿Cómo puede un espíritu, que es aire, volver a meterse dentro de un cuerpo, consumido por los gusanos y entrar en su esqueleto, consumido por el sol y hecho polvo? ¿Y cómo puede un Egipcio, hecho una momia y empaado de las drogas y emulsiones del químico, volver y contar algo? Por lo cual, si tenéis fe, aguardad ese día postrero, pero aguardaréis para siempre en vano». Después de éste dijo un séptimo: «Si creyese que hubiera un cielo y un infierno, y por consiguiente una vida después de la muerte, creería que los pájaros y los animales igualmente viven; ¿no son algunos de ellos tan morales y racionales como los hombres? Se niega el que los animales viven, por lo cual niego yo que viven los hombres; la razón es la misma; lo uno sigue de lo otro; ¿qué es el hombre con preferencia al animal?» Un octavo, que estaba detrás de él, se adelantó y dijo: «Creed que hay un cielo si os place, pero no creo que hay un infierno; ¿no es Dios omnipotente?, y ¿no es El poderoso para salvar a todos y a cada uno?» Entonces un noveno, acariciando la mano del que hablaba, dijo: «Dios no sólo es omnipotente, sino también clemente, y no puede echar alma alguna a un fuego eterno, y si hay alguien allí, no puede menos de sacarle». Un décimo corrió de su lugar, colocándose en medio de ellos, y dijo: «Tampoco yo creo que hay un infierno. ¿No envió Dios a Su Hijo y no hizo Esta reconciliación y quitó los pecados del mundo entero?, ¿cómo puede prevalecer el diablo contra ello?, y puesto que no puede prevalecer, ¿qué es pues el infierno?» El undécimo, que era un prelado, al oír esto, se encendió y dijo: « ¿No sabes que el que ha adquirido la fe, en la cual es inscrito el mérito de Cristo, es salvo, y que los que Dios elige, adquieren esta fe?, ¿no depende de la elección de la voluntad del Todopoderoso? ¿Y no es prerrogativo exclusivamente suyo el juzgar de quién es digno? ¿Quién puede algo contra Su voluntad y juicio?» El duodécimo, que era un diplomático, guardaba silencio, pero al ser invitado a coronarlo todo con manifestar su parecer, dijo: «Nada diré con respecto al cielo, al infierno o a una vida después de la muerte, puesto que nadie sabe cosa alguna respecto de estos puntos; sin embargo me conformo con que los clérigos prediquen estas cosas y no me opongo, porque de esta manera el ánimo de la gente común es refrenado por un vínculo invisible que la induce a guardar obediencia a las leyes y a los maestros; ¿no depende de esto la seguridad pública?»

Pasmados de oír tales cosas, dijimos entre nosotros: Estos, por más que se llaman cristianos, no son hombres, ni bestias, sino hombres bestias. Y a fin de despertarles del sueño les dijimos: «Hay un cielo y un infierno, y hay una vida después de la muerte; os convenceréis de ello, cuando disipemos vuestra ignorancia con respecto al estado, en el cual os halláis ahora, porque durante los primeros días después de su muerte todos creen, que todavía viven en el mismo mundo en que vivían antes, siendo el tiempo pasado como un sueño, del cual se despiertan con la percepción de hallarse donde» antes se hallaban. Así es el caso con vosotros ahora, por lo cual habéis hablado exactamente como pensabais en el mundo».

Acto seguido los ángeles disiparon su ignorancia, y se veían entonces en otro mundo y entre gente que no conocían; entonces exclamaron: «Oh, ¿dónde estamos?» y dijimos: «No estáis ya en el mundo natural, sino en el mundo espiritual, y nosotros somos ángeles». A esto dijeron: «Si sois ángeles, enseñadnos el cielo». Y contestamos: «Esperadnos aquí un poco y volveremos». Cuando después de media hora volvimos, estaban aguardándonos, y dijimos: «Seguidnos al cielo». Siguieron y ascendimos, y estando nosotros con ellos abrieron los guardianes la puerta, dejándonos entrar, y dijimos a los que en el umbral reciben a los recién venidos: «Examinad a éstos». Los examinaron, y viendo que la parte posterior de sus cabezas era muy hueca, dijeron: «Partid de aquí, porque sentís gozo por el amor de obrar el mal, y por esto no estáis en conjunción con el cielo; en vuestro corazón habéis negado a Dios y despreciado la

religión». Entonces les dijimos: «No os detengáis, porque si lo hacéis seréis precipitados». Se apresuraron a descender y desaparecieron.

Caminando hacia casa hablamos de la causa de que en ese mundo es hueca la parte posterior de las cabezas de los que sienten gozo por obrar el mal. Y dije que la causa era que el hombre tiene dos cerebros: uno en la parte posterior de la cabeza, el cual se llama el cerebelo, y otro en la parte anterior, el cual se llama el cerebro; que en el cerebelo habita el amor de la voluntad y en el cerebro el pensamiento del entendimiento; que cuando el pensamiento del entendimiento no guía el amor de la voluntad del hombre, se contraen las partes interiores del cerebelo, cuyas partes en sí mismas son celestiales, y de ahí viene la callosidad.

160. RECUERDO 2. Entre ciertos espíritus surgió la cuestión de si alguien puede ver y comprender verdad doctrinal alguna del Verbo excepto por el Señor. Todos convenían en que nadie lo puede excepto por Dios, puesto que el hombre no puede tomar nada si no le es dado del cielo (Juan 3:27), por cuya razón la disputa se limitó a si alguien lo puede sin dirigirse directamente al Señor. Por una parte decían que es necesario dirigirse al Señor directamente, porque El es el Verbo; por otra parte decían, que verdades doctrinales pueden verse y comprenderse también cuando se dirige directamente a Dios Padre, y la disputa vino así a concentrarse sobre el primer punto, de si es lícito para un Cristiano ir directamente a Dios Padre y así pasar por alto del Señor, y si esto no es una insolencia y audacia indecente y necia, porque el Señor dice que:

«Nadie viene al Padre sino por Mí» (Juan 14:6).

Abandonaron sin embargo este lado de la cuestión, y dijeron, que el hombre puede ver verdades doctrinales del Verbo por su luz natural, pero esto fue rechazado, por lo cual dijeron, que puede verlas si se dirige en oración a Dios Padre. Leyéronles algo del Verbo, y oraban de rodillas a Dios Padre a que les iluminase. Luego, con respecto al pasaje que les habían leído del Verbo, dijeron que esto y aquello era la verdad anunciada en el mismo; pero era falso, y así continuaban hasta cansarse; finalmente confesaron que no era posible; pero los que se dirigían directamente al Señor, veían las verdades é instruían a los demás. Después de quedar así resuelta esta disputa, subieron del abismo unos seres, que al principio tenían el aspecto de langostas y luego de enanos. Eran de aquellos que en el mundo oran a Dios Padre, confirmando en que la justificación se verifica por la fe sola, y también de aquéllos de quienes se trata en el Apocalipsis (Apocalipsis 9:1, 11). Dijeron que veían y comprendían en clara luz y también por el Verbo el dogma, que el hombre es justificado por la fe sola sin las obras de la ley. Se les preguntó: «¿Por qué fe?» Y contestaron: «En Dios Padre». Pero después de examinados, les fue dicho del cielo, que no conocían una sola verdad doctrinal del Verbo. Insistían sin embargo en que veían sus verdades en clara luz. Entonces les fue dicho que las veían en una luz delusoria. Preguntaron: «¿Qué es una luz delusoria?» Se les informó de que es una luz que viene por confirmar la falsedad, y que esta luz corresponde a la luz en que están las aves nocturnas, para las cuales la obscuridad es luz y la luz tinieblas. Esto fue confirmado por el hecho de que al mirar arriba hacia el cielo, donde está la luz misma, veían tinieblas, pero al mirar abajo hacia el abismo, del cual habían venido, veían luz. Indignados ante esta confirmación, dijeron que de esta manera la luz y la obscuridad no eran más que el estado del ojo, con arreglo al cual se llama luz a la luz y obscuridad a la obscuridad. Pero les fue demostrado que su luz era la luz delusoria, que viene por confirmar la falsedad, y que en ellos era ni más ni menos que la actividad de su ánimo, nacida del fuego de la concupiscencia; no semejante a la luz, por la cual ven los gatos, cuyos ojos (a causa de su ardiente deseo de coger ratones) por la noche en los sótanos parecen llamas. Al oír esto contestaron indignados,

que no eran gatos, ni semejantes a gatos, porque podían ver, si querían. Pero temiendo ser preguntados por qué no querían, retiráronse, y descendieron en el abismo. A los que allí están y a sus parecidos llaman los ángeles aves nocturnas y también langostas.

Cuando llegaron a sus compañeros en el abismo y les contaron que los ángeles habían dicho, que «no conocemos una sola verdad doctrinal, ni una sola, y nos llamaron aves de la noche y langostas», se produjo allí un tumulto y dijeron: pidamos a Dios permiso para subir y probaremos claramente, que poseemos muchas verdades doctrinales, que reconocerán hasta los arcángeles; y orando a Dios fue les dado permiso y subieron en número de trescientos. Cuando aparecieron sobre la tierra, dijeron: «Éramos célebres y conocidos en el mundo, porque conocíamos y enseñábamos los misterios de la justificación por la fe sola, y por la confirmación no sólo vimos la luz, sino que la vimos como un esplendor centelleante, como la vemos también ahora en nuestras celdas; y sin embargo hemos oído decir a nuestros compañeros, que estaban con vosotros, que esa luz no es luz sino tinieblas, porque según decís, no poseemos verdad doctrinal alguna del Verbo. Sabemos que toda verdad del Verbo resplandece; y creemos que de ahí viene nuestro resplandor, cuando meditamos profundamente sobre nuestros misterios. Probaremos por lo tanto que poseemos estas verdades del Verbo en grande abundancia». Y dijeron: «¿No poseemos esta verdad de que hay una Divina Trinidad, Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y que debemos creer en la Trinidad? ¿No tenemos esta verdad de que Cristo es nuestro Redentor y Salvador? ¿No tenemos esta verdad de que Solo Cristo es justicia y que El Solo tiene mérito, y que es injusto e impío el hombre, que pretende para sí cosa alguna del mérito y de la justicia del Señor? ¿No tenemos esta verdad de que ningún mortal puede obrar bien espiritual alguno de sí mismo, sino que todo bien, que en sí mismo es bien, viene de Dios? ¿No tenemos esta verdad de que hay un bien meritorio y también un bien hipócrita, y que estos bienes son males? ¿No tenemos esta verdad de que no obstante debemos hacer buenas obras? ¿No tenemos esta verdad de que hay una fe; que es necesario creer en Dios, y que cada uno tiene vida con arreglo a su fe? Sin mencionar muchas otras verdades del Verbo. ¿Puede alguien de vosotros negar una sola de éstas? Y sin embargo dijisteis que no tenemos verdades en nuestras escuelas, ni siquiera una sola. ¿No nos habéis acusado así injustamente?» Pero entonces recibieron por contestación: «Todas las cosas que acabáis de exponer son en sí mismas verdades, pero con vosotros son verdades falsificadas, porque son derivadas de un principio falso. Probaremos que esto es así, y os daremos evidencia de ello. Hay un lugar no muy lejos de aquí, en el cual influye luz directamente del cielo. En el centro del lugar hay una mesa. Cuando se pone encima de ella un papel, en el cual hay escrito una verdad del Verbo, este papel, por la verdad escrita en él, resplandece como una estrella. Escribid pues vuestras verdades en un papel, y dejad que sea colocado encima de la mesa, y veréis». Hicieron así y lo dieron a un guardián, quien lo puso en la mesa, diciéndoles luego: «Retiraos y mirad a la mesa». Se retiraron y miraron, y he aquí, el papel resplandecía como una estrella. Entonces dijo el guardián: «Veis que las cosas, que escribisteis en el papel, son verdades; pero acercaos y mirad bien al papel; hicieron así y entonces la luz desapareció súbitamente y el papel se volvió negro, como si estuviese cubierto de hollín. Y el guardián les dijo: «Tocad el papel con vuestras manos, pero tened cuidado de no tocar la escritura»; y al hacer esto salió una llama, que lo consumió. Cuando habían visto esto, les fue dicho: «Si hubiereis tocado la escritura hubiereis oído una explosión y os hubiereis quemado los dedos»; y entonces les dijeron los que estaban detrás de ellos: «Ahora habéis visto que las verdades de que habéis abusado para confirmar los misterios de vuestra justificación por la fe sola, son verdades en sí mismas; pero que en vosotros son verdades falsificadas». Entonces miraron arriba y el cielo les parecía como sangre y después como densas tinieblas; y a los ojos de los ángeles espíritus tomaron aspecto, algunos de

ellos de murciélagos, otros de lechuzas y otros de otras aves nocturnas, y huyeron dentro de sus propias tinieblas, que para ellos resplandecían delusivamente.

Los ángeles espíritus, que se hallaban presentes, se extrañaban de que nada habían sabido de aquel lugar y de la mesa que había en él; entonces llegó a ellos una voz que procedía de la región del mediodía, diciendo: «Subid aquí y veréis una cosa aún más maravillosa». Se acercaron y entraron en una estancia, cuyas paredes relucían como si fueren de oro. Allí vieron también una mesa sobre la cual estaba el Verbo, adornado de piedras preciosas en formas celestiales; el ángel guardián dijo: «Cuando el Verbo es abierto, sale de El una luz de una claridad inefable, y al mismo tiempo una apariencia de arco iris se forma por las piedras encima y alrededor del Verbo. Cuando viene aquí un ángel del tercer cielo, aparece encima y alrededor del Verbo un arco iris sobre fondo encarnado. Cuando viene un ángel del segundo cielo y mira, aparece un arco iris sobre fondo azul y cuando viene un ángel del cielo inferior y mira, aparece un arco iris sobre fondo blanco; cuando viene algún espíritu bueno aparecen modificaciones de luz como el reflejo del mármol». Esto les fue demostrado visiblemente. El ángel guardián dijo luego: «Cuando sube aquí alguien que ha falsificado el Verbo, en primer lugar desaparece el resplandor, y si se acerca y fija su mirada en el Verbo, viene una apariencia de sangre alrededor, y entonces se le aconseja que se retire, porque hay peligro». Pero cierto espíritu, que en el mundo había sido un notable defensor de la doctrina de la justificación por la fe sola, se adelantó animosamente y dijo: «Cuando yo estaba en el mundo no falsificaba el Verbo; exaltaba también la caridad junto con la fe y enseñaba, que el hombre, en el estado de fe, en cuyo estado practica la caridad en actos y obras, es renovado, regenerado y santificado por el Espíritu Santo. Igualmente enseñaba que la fe no está sola, es decir, que no existe sino junto con buenas obras, de la misma manera que un árbol bueno no queda sin fruto, que el sol no carece de luz y que el fuego no carece de calor. Reprendía también a los que decían, que buenas obras no son necesarias, y éstos decían, que yo engrandecía los preceptos del decálogo y también el arrepentimiento; así aplicaba todas las cosas del Verbo al artículo de la fe, de una manera maravillosa, haciendo sin embargo sobresalir la fe, y demostraba que ella sola salva». En la confianza de que no había falsificado el Verbo, se acercó a la mesa, y desestimando el consejo del ángel, tocó el Verbo. Entonces de repente salió del Verbo fuego y humo y hubo una explosión con grande estruendo, por la cual fue lanzado a un rincón de la estancia, donde quedó como muerto por espacio de una media hora. Los ángeles espíritus se extrañaron de esto, pero les fue dicho, que este prelado había exaltado, más que otros, la caridad como procedente de la fe, y no entendiendo otras obras, que las políticas, también llamadas morales y civiles, cuyas obras se deben hacer por causa del mundo y por la prosperidad en el mundo, pero no por causa de la salvación, y que también había insinuado obras ocultas del Espíritu Santo, de las cuales el hombre nada sabe, y que en el estado de la fe son implantadas en la fe.

Luego hablaron los ángeles espíritus entre sí sobre la falsificación del Verbo y convinieron en esto: que falsificar el Verbo es sacar del mismo verdades y servirse de ellas para confirmar falsedades, lo cual es extraerlas del Verbo y matarlas.

Por ejemplo: tomar las verdades, que más arriba citaron los que subieron del abismo, y aplicarlas a la fe, que actualmente reina, explicándolas de acuerdo con esta fe. Que ésta fe está empapada de falsedades será demostrado más adelante. Otro ejemplo: tomar del Verbo la verdad de que la caridad se debe practicar y que se debe obrar el bien para con el prójimo y confirmar que la caridad y el bien se han de practicar y obrar, pero no al efecto de la salvación. El que esto hace extrae esa verdad del Verbo y la

destruye, porque el Señor encarece en el Verbo a todo hombre que desea ser salvo, de tener amor al prójimo y por amor hacerle bien. De igual manera en otros casos.

La Divina Trinidad

163. Hemos tratado de Dios, el Creador, y de la Creación; del Señor, el Redentor, y de la Redención, y últimamente del Espíritu Santo y de la Divina Operación. Habiendo así tratado del trino Dios, conviene ahora tratar también de la Divina Trinidad, conocida y sin embargo desconocida en el mundo cristiano, porque únicamente por medio de un conocimiento verdadero respecto de la Divina Trinidad, puede uno formarse idea exacta respecto de Dios; y la idea, exacta respecto de Dios en el mundo cristiano y en la iglesia es como el íntimo santuario, o el altar en el templo, y como una corona en la cabeza y un cetro en la mano de un rey, sentado en su trono. De la idea respecto de Dios depende todo el cuerpo de la teología, como una cadena depende de su primer eslabón; y—si lo queréis creer—en el cielo cada uno tiene su lugar con arreglo a la idea que tiene formada respecto de Dios, siendo así que esta idea es como una piedra de toque para probar la cualidad del oro y de la plata, es decir, probar el bien y la verdad en el hombre con respecto a su cualidad; porque no hay en él bien alguno salvador, que no proceda de Dios, ni hay en él verdad alguna, que no derive su cualidad del bien. Lo qué es la Divina Trinidad será explicado detalladamente bajo los siguientes nueve artículos.

Hemos tratado de Dios, el Creador, y de la Creación; del Señor, el Redentor, y de la Redención, y últimamente del Espíritu Santo y de la Divina Operación. Habiendo así tratado del trino Dios, conviene ahora tratar también de la Divina Trinidad, conocida y sin embargo desconocida en el mundo cristiano, porque únicamente por medio de un conocimiento verdadero respecto de la Divina Trinidad, puede uno formarse idea exacta respecto de Dios; y la idea, exacta respecto de Dios en el mundo cristiano y en la iglesia es como el íntimo santuario, o el altar en el templo, y como una corona en la cabeza y un cetro en la mano de un rey, sentado en su trono. De la idea respecto de Dios depende todo el cuerpo de la teología, como una cadena depende de su primer eslabón; y—si lo queréis creer—en el cielo cada uno tiene su lugar con arreglo a la idea que tiene formada respecto de Dios, siendo así que esta idea es como una piedra de toque para probar la cualidad del oro y de la plata, es decir, probar el bien y la verdad en el hombre con respecto a su cualidad; porque no hay en él bien alguno salvador, que no proceda de Dios, ni hay en él verdad alguna, que no derive su cualidad del bien. Lo qué es la Divina Trinidad será explicado detalladamente bajo los siguientes nueve artículos.

1. Hay una Divina Trinidad, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

164. El Verbo enseña claramente que hay una Divina Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Los siguientes pasajes, entre muchos otros, lo demuestran:

El ángel dijo a María:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la Virtud del Altísimo te hará, sombra; por lo cual también lo santo, que nacerá, será llamado el Hijo de Dios» (Lucas 1:35).

Aquí se hace mención de tres: el Altísimo, que es Dios Padre, el Espíritu Santo y el Hijo de Dios.

Cuando Jesús fue bautizado:

«He aquí, los cielos le fueron abiertos y Juan vio un ¿Espíritu de Dios, que descendía como paloma y venía sobre El, y he aquí una voz de los cielos que decía: Este es Mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento» (Mateo 3:16, 17).

Aún más claro lo demuestran las palabras del Señor a sus discípulos:

«Id y doctrinad a todos los Gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mateo 28:19).

Y además estas palabras en 1 Juan 5:7:

«Tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo.»

Lo demuestra también el hecho de que el Señor oraba al Padre, hablaba con Él y de El, y dijo que mandaría el Espíritu Santo, lo cual también hizo.

165. Los apóstoles mencionan igualmente en sus epístolas a menudo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Es pues evidente que hay una Divina Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero ¿de qué manera se debe entender? ¿Son tres Dioses, que de esencia, y por ello de nombre, forman uno; o son tres objetos pertenecientes a un mismo sujeto, siendo por consiguiente meramente cualidades y atributos de un Solo Dios? ¿O ha de entenderse en otro sentido? Esto no lo puede decir la razón humana en manera alguna sin ayuda. ¿Qué se debe pues hacer? Existe un medio de saberlo y es dirigirse al Señor Dios, el Salvador, y leer el Verbo bajo Sus auspicios, porque El es el Dios del Verbo; haciendo esto, el hombre recibirá iluminación y verá verdades, las cuales su razón también aprobará. Pero si no se dirige al Señor, aunque leyere el Verbo mil veces y viere en él Divina Trinidad y también Unidad, no verá jamás, sino que hay tres Divinas personas, cada una de las cuales es Dios separadamente por sí, y por consiguiente que hay tres Dioses. Pero puesto que esto repugna a la percepción de todo hombre, para evitar reprensión han ideado esta salida: Aunque en verdad hay tres Dioses, la fe requiere que no se nombren tres, sino uno; y para evitar censura con respecto a este punto particular, han decretado además que el entendimiento debe someterse y sujetarse en obediencia bajo la fe, y que este decreto sea una ley del orden Cristiano, establecida en la Iglesia Cristiana para siempre. Este feto paralítico nació por no dejarse guiar por el Señor, y por no leer el Verbo bajo Sus auspicios, sino bajo los auspicios de su propia inteligencia, la cual es como una lechuza con respecto a las cosas espirituales, que sólo pueden ser vistas en la luz espiritual, como es el caso con toda cosa esencial de la Iglesia. Los que leen el Verbo bajo los auspicios de su propia inteligencia, son como los niños, que jugando procuran andar en dirección recta con los ojos vendados y creen andar en línea recta, cuando sin embargo se apartan de la dirección recta con cada paso que dan, basta que finalmente andan en dirección opuesta; son también como marineros que navegan sin brújula en densa niebla, yendo el barco a estrellarse contra las rocas, pereciendo todos. Son, en fin, como uno que entra en un laberinto sin guía ni hilo, y a medida que se va internando encuentra más y más difícil la salida. El hombre que no se dirige al Señor solo cuando lee el Verbo, lo lee bajo los auspicios de su propia inteligencia y se cree poseer perspicacia y más ojos que un argos, cuando sin embargo no ve interiormente verdad alguna, sino sólo lo que es falso, y cuando se ha persuadido de que esta falsedad es verdad, la mira en su idea como la estrella polar, según la cual dirige el rumbo de sus pensamientos; entonces no ve las verdades genuinas más que un topo; o si ve alguna, la inclina a favor de su propia fantasía, y así pervierte y falsifica las sagradas verdades del Verbo.

2. Estos tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son tres (cosas) esenciales del Dios Único y forman uno como el alma, el cuerpo y la actividad del hombre.

166. En una persona u objeto hay cosas esenciales, generales y también particulares, y éstas forman en conjunto una sola esencia. Las cosas esenciales generales en el hombre son su alma, su cuerpo y su actividad, o sea su operación. Que estas tres cosas forman una sola esencia consta por esto, de que las dos posteriores vienen de la anterior y existen por causa de ella en series continuas; porque el hombre empieza con el alma, que es la esencia misma en la simiente, y el alma no sólo inicia, sino también produce en su orden correspondiente, todas las cosas que son del cuerpo y luego las que proceden de ambos, es decir, del alma y del cuerpo juntos, cuyas cosas son la actividad y las operaciones. Por la producción de las posteriores por la anterior, y por la mutua inserción y conjunción de las tres por medio de la segunda, es evidente que son de una misma esencia, y por esto se llaman tres (cosas) esenciales.

167. Todo el mundo reconoce que estas tres cosas esenciales existían y existen todavía en el Señor Dios, el Salvador. Que Su Alma era de Jehová, el Padre, nadie lo negará excepto el Anticristo, porque en el Verbo en ambos Testamentos se llama el Hijo de Jehová, el Hijo del Dios Altísimo, el Unigénito. Su primera cosa esencial es pues lo Divino del Padre, como el alma del hombre. Que el hijo, que parió María, es el Cuerpo de esta Alma Divina, es evidente por esto de que en las entrañas de la madre sólo es formado el cuerpo, el cual es concebido y derivado del alma. Su Cuerpo es pues Su segunda cosa esencial. La Actividad, o sea la Operación, hace Su tercera cosa esencial, porque procede de Su Alma y Cuerpo juntos, y lo que procede o emana es de la misma esencia que aquello de lo cual procede o emana. Que las tres cosas esenciales, Padre, Hijo y Espíritu Santo, forman uno en el Señor, como el alma, el cuerpo y la actividad en el hombre, es muy evidente por las palabras del Señor que el Padre y El son Uno y que el Padre es en El y El en el Padre. Es igualmente evidente que el Señor y el Espíritu Santo son Uno, puesto que el Espíritu Santo es lo Divino que emana del Señor, procedente del Padre, según ya se ha demostrado abundantemente por el Verbo (véase números 153 y 154), por lo cual sería superfluo demostrarlo otra vez; sería como cubrir una mesa con manjares después de estar satisfechos los comensales.

168. Cuando decimos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son tres cosas esenciales del Único Dios, como el alma, el cuerpo y la actividad en el hombre, puede parecer como si estas tres cosas fueren tres Personas, lo cual no es posible; pero si entendemos que lo Divino, llamado Padre, que constituye el Alma, lo Divino, llamado Hijo, que constituye el Cuerpo, y lo Divino, llamado Espíritu Santo, que es lo Divino procedente, que constituye la Actividad o la Operación, son éstas tres cosas esenciales del Único Dios, podemos concebirlo con nuestra razón, porque Dios Padre es Su propio Divino; el Hijo, que ha salido del Padre, es también Su propio Divino, y el Espíritu Santo, que sale de arcos, es igualmente lo Suyo, y estos tres Divinos, siendo de una misma Esencia y concordantes, constituyen Un solo Dios. Pero si llamamos Personas a estas tres cosas esenciales, y máxime si a cada una de estas Personas atribuimos una propiedad particular, como por ejemplo: al Padre, la Imputación; al Hijo, la Mediación, y al Espíritu Santo, la Operación, entonces dividimos la Divina Esencia, la cual sin embargo es única e indivisible, y resulta que ninguno de los tres puede ser Dios en plenitud, sino sólo parcialmente, por un poder común, repartido entre los tres, y la sana razón no puede menos que rechazar esto.

169. ¿Quién no puede formarse concepto de la Trinidad que hay en el Señor por la trinidad que hay en el hombre? En todo hombre hay un alma, un cuerpo y una actividad; en el Señor igualmente, pero en el Señor mora la plenitud o la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9), por lo cual la Trinidad en el Señor es Divina, más en el hombre humana. ¿Quién no puede ver, que en la idea mística de tres Divinas

Personas, y sin embargo un Solo Dios, cuyo Dios, aunque Único, sin embargo no es una sola Persona, la razón no participa en manera alguna, sino que, introducida en un letargo, deja que la boca hable a manera de un papagayo? Cuando la razón se halla adormecida, ¿qué es entonces el habla más que palabras inanimadas? Cuando la boca pronuncia lo que la razón desaprueba, y de lo cual discrepa y se aparta, ¿qué es entonces el hablar, más que necedad? La humana razón está actualmente maniatada con respecto a la Divina Trinidad, como un hombre atado y encadenado en prisión. Puede ser comparada con la virgen vestal, enterrada en la tierra por haber dejado apagarse el fuego sagrado, y sin embargo el concepto respecto de la Divina Trinidad debía arder en la mente y en la Iglesia, resplandeciente como una lámpara, puesto que Dios en Su Trinidad y Unidad es Todo en las santas cosas del Cielo y de la Iglesia. Hacer un Dios del Alma, un segundo del Cuerpo y un tercero de la Operación, equivale a hacer tres' partes independientes y distintas de las mencionadas tres cosas esenciales del hombre, y por consiguiente equivale a cortarle en pedazos y matarle.

3. Antes de ser creado el mundo, no existía esta Trinidad; pero después de creado el mundo, cuando Dios vino en la carne, fue provista y efectuada en el Señor Dios, el Redentor y Salvador Jesucristo.

170. La Iglesia Cristiana actual reconoce una Divina Trinidad, existente desde antes de ser creado el mundo, y es ésta: Que Jehová Dios engendró un Hijo desde la eternidad, y que el Santo Espíritu procede de araos, y también que cada uno de los tres es Dios, separadamente por sí, puesto que cada uno es una Persona subsistente en y por sí misma. Pero a esto que no se puede concebir razonablemente, llaman un misterio, que sólo puede aclararse así: los tres tienen una misma Esencia, que es Eternidad, Inmensidad, Omnipotencia, y por ello igual Divinidad, Gloria y Majestad. Pero esto es una Trinidad de tres Personas, y por consiguiente no Divina, lo cual será demostrado en lo que sigue. Divina es en cambio la Trinidad (Padre, Hijo, Espíritu Santo), que fue provista y realizada al venir Dios en la carne, por consiguiente después de ser creado el mundo; porque esta Trinidad es la de un Solo Dios, lo cual puede ser evidente por lo que con respecto a este particular queda expuesto. Esta Divina Trinidad está en el Señor Dios, el Redentor y Salvador JesuCristo, porque las tres cosas esenciales del Único Dios, que hacen una sola Esencia, están en El. Que en El está la plenitud de la Divinidad corporalmente, como dice Pablo, es asimismo evidente por las palabras del Señor Mismo, que todas las cosas del Padre son Suyas, y que el Espíritu Santo no habla de sí mismo, sino de El, además es evidente por esto de que al resucitar llevó consigo del sepulcro Su Cuerpo Humano entero, Carne y Huesos (Mateo 28:1, 8. Marcos 16:5, 6. Lucas 24:1, 3. Juan 20:11, 15), diferentemente de todo otro hombre. Esto manifestó el Señor también a sus discípulos mediante viva experiencia, cuando les dijo:

«Mirad mis manos y mis pies; que yo mismo soy; palpad y ved; que un espíritu no tiene carne ni hueso, como veis que yo tengo» (Lucas 24:39).

Esto convencerá a todo hombre que quiere dejarse convencer, de que la Humanidad del Señor es Divina y que por consiguiente en El Dios es Hombre y el Hombre Dios.

4. Una Trinidad de Personas Divinas desde eternidad o sea desde antes de ser creado el mundo es, en las ideas del pensamiento, una Trinidad de Dioses, y ésta no puede ser abolida mediante la confesión oral de un Solo Dios.

172. Que una Trinidad de Personas Divinas desde la eternidad es una Trinidad de Dioses, es muy evidente por el siguiente pasaje del credo de Atanasio:

El Padre es una Persona, el Hijo es otra y el Espíritu Santo es otra. El Padre es Dios y Señor, el Hijo es Dios y Señor y el Espíritu Santo es Dios y Señor; sin embargo, no son tres Dioses y Señores, sino un Dios y Señor; porque si bien debemos, conforme la verdad Cristiana, confesar que cada Persona es Dios y Señor, la religión Católica (universal) nos prohíbe sin embargo decir tres Dioses o tres Señores.

Este credo es universalmente admitido en la Iglesia actual; todo cuanto actualmente se sabe y reconoce respecto de Dios, ha venido de este credo, y todo miembro de la Iglesia está persuadido de su exactitud y veracidad. Los que formaban el concilio de Nicea, de cuyo concilio salió el credo, llamado de Atanasio, como feto póstumo, no entendían otra Trinidad que una Trinidad de Dioses. Esto es evidente por el arriba citado pasaje del mencionado credo; y entendiendo ellos una Trinidad de Dioses, era natural que lo entendiera también el mundo Cristiano después de ellos. Es cierto que en el mundo Cristiano no se entiende actualmente otra Trinidad que una Trinidad de Dioses; para convencerse de ello basta inquirir. Que lo pregunten a sí mismos legos y clérigos, eruditos, doctores, obispos, arzobispos, cardenales y hasta el Pontífice Romano mismo, y si quieren ser francos y hablar conforme su íntima idea, confesarán que así es en efecto. El referido credo enseña clara y terminantemente que hay tres Personas Divinas, y que cada una de ellas es Dios y Señor; enseña también, que conforme la verdad Cristiana debe creerse, que cada Persona es Dios y Señor, en y por sí misma, pero que la fe católica (universal), o sea la religión Cristiana, prohíbe el que se diga tres Dioses y tres Señores, debiendo decirse un Dios y Señor. Como si la verdad y la fe (o la religión) no fueran una misma cosa. Pero el verdadero motivo de la añadidura: no son tres Dioses y Señores, sino un Dios y Señor, era que temían exponerse a ser ridiculizados; porque ¿quién no se reiría del que profesara y confesara abiertamente la idea de tres Dioses?

173. La razón por la cual la idea de tres Dioses no puede ser abolida mediante la confesión oral de un solo Dios, es que esta idea está arraigada en la memoria desde la infancia, y todo hombre piensa por las cosas que hay en su memoria. La memoria del hombre es como el estómago relacionado con la ruminación en ciertos animales y aves. En este estómago almacenan el alimento, del cual luego se nutren, sacándolo gradualmente de allí para introducirlo en el verdadero estómago, donde pasa por el proceso de la digestión y es distribuido por todo el cuerpo para el uso y provecho del mismo. Este estómago verdadero es el entendimiento del hombre y aquel otro es su memoria. La mejor prueba de que la idea de tres Personas Divinas, existentes desde eternidad, cuya idea equivale a una idea de tres Dioses, no puede ser abolida mediante la confesión verbal de un solo Dios, es que todavía no ha sido abolida, y entre los célebres personajes de la iglesia hay muchos que no quieren que sea abolida, insistiendo en que las tres Divinas Personas son un solo Dios, y por otra parte negando obstinadamente, que Dios, siendo Uno, sea también una sola Persona. El hombre sabio no deja de suponer que «Persona» aquí no debe significar persona, sino cierta cualidad, pero con todo ignora qué cualidad es esta, y así permanece en él la idea, que ha sido implantada y arraigada en su memoria desde la infancia, como un árbol cortado, de cuyo tronco aún brotan pimpollos. Para salir de este funesto estado es preciso no sólo cortar el árbol, sino también extraer la raíz y luego plantar árboles, que lleven buen fruto. Es preciso combatir la idea de tres Dioses y evitar que se arraigue en la mente. Si esta idea se arraiga en la mente, la boca puede por cierto

pronunciar: Un solo Dios, pero sin idea y por consiguiente en vano, y el hombre queda de esta manera partido en dos: su entendimiento interior, que reside encima de su memoria, y su entendimiento exterior, que reside debajo de la memoria, ejecutan entonces juntos una comedia, como la que ejecuta un actor que a la vez hace dos papeles, corriendo prestamente de un lado a otro, hablando por un lado y contradiciéndose por otro, por cuya contradicción se llama aquí un sabio y allá un necio. ¿Qué puede resultar de tal idea interior respecto de Dios, y por otra parte de tal confesión exterior, como la idea y la confesión expresadas en el referido credo? Resulta que el hombre se para en medio de las dos, mirando a la una, luego a la otra; reflexiona, y acaba por creer que ni la una ni la otra es verdad. Que ni hay tres Dioses ni hay Dios alguno. El Naturalismo, que actualmente florece, no tiene otro origen.

5. Una Trinidad de Personas era desconocida en la Iglesia apostólica. Fue primeramente adoptada por el concilio de Nicea y luego introducida en la Iglesia Católica Romana, de la que después se introdujo en las iglesias que se separaron de ella.

174. Por la iglesia apostólica entendemos no solamente la iglesia que en el tiempo de los apóstoles existía en varios lugares, sino también la iglesia durante los primeros dos o tres siglos que siguieron. Pero finalmente empezaron a torcer la puerta del templo, rompiendo sus goznes, y como ladrones forzar el cerraje de su santuario. El templo es la iglesia, la puerta es el Señor Dios el Redentor, y el Santuario es Su Divinidad; porque Jesús dice:

«De cierto os digo, el que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, más sube por otra parte, el tal es ladrón y robador. Yo soy la puerta, él que por mí entrare será salvo» (Juan 10:1,9).

Este hecho criminal fue realizado por Ario y sus partidarios, y con motivo de esto se celebró un concilio en Nicea, ciudad de Bitinia, convocado por el emperador Constantino el Grande, y a fin de acabar con la herejía de Ario, los que allí se hallaban reunidos idearon, concluyeron y ratificaron como dogma, el que hay tres Divinas Personas desde eternidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, cada uno de los cuales tiene personalidad, existencia y subsistencia en y por sí mismo, y que la segunda Persona, o sea el Hijo, descendió y adoptó Naturaleza Humana, realizando así la Redención, por lo cual hay Divinidad en su Humanidad por unión hipostática, y que por esta unión tiene íntima relación con Dios, el Padre. Desde ese tiempo empezaron a brotar herejías abominables con respecto a Dios y a la Persona de Cristo, y Anticristos levantaron su cabeza, dividiendo a Dios en tres y al Señor, el Salvador, en dos, y así destruyeron el templo, edificado por el Señor mediante los apóstoles, hasta no quedar piedra sobre piedra, según Sus propias palabras en Mateo 24:2, donde templo significa no solamente el templo en Jerusalén, sino también la Iglesia, de cuya consumación o fin se trata en todo ese capítulo. Pero ¿podía resultar otra cosa de ese concilio o de los siguientes, que de igual manera dividieron la Divinidad en tres Personas, colocando al DiosHombre en el escabel de sus pies? Porque separaron del cuerpo la cabeza de la Iglesia y subían por otra parte, es decir, pasaban por alto del Señor y subían por fuera a Dios, el Padre, como siendo otra Persona, llevando sólo en la boca la confesión del mérito de Cristo y la súplica, de que Dios les fuere clemente por este mérito, y pensaban que así influiría en ellos la justicia con todo su séquito: remisión de pecados, renovación, santificación, regeneración y salvación, sin emplear por su parte otro medio alguno.

175. Que la Iglesia apostólica desconocía por completo una Trinidad de Personas, o sea tres Divinas Personas desde eternidad, es muy evidente por el credo de esa Iglesia, cuyo credo es llamado el credo de los apóstoles (por más que fue redactado y adoptado mucho tiempo después de los apóstoles). Dicho credo dice: Creo en Dios el Padre, Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, Su Hijo

Unigénito, Nuestro Señor, concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María. Asimismo en el Espíritu Santo. Aquí no se hace mención alguna de un Hijo desde eternidad, sino del Hijo concebido por el Espíritu Santo y nacido de la virgen María; porque estos hombres sabían: por las enseñanzas de los apóstoles, que Jesucristo es el verdadero Dios (1 Juan 5:20) y que en El mora toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9); que los apóstoles predicaban la fe en El (Actos 20:21) y que enseñaban, que El tiene toda potestad en el cielo y en la tierra (Mateo 20 VIH:18).

176. ¿Qué confianza puede uno tener en un concilio que no se dirige directamente al Dios de la Iglesia? ¿No es la Iglesia el cuerpo del Señor y el Señor su cabeza? ¿Qué es un cuerpo sin cabeza? Y ¿qué clase de cuerpo es aquél, en el cual han colocado tres cabezas y bajo cuyos auspicios celebran concilios y emiten decretos? El Señor solo es el Dios del Cielo y de la Iglesia y asimismo el Dios del Verbo, y sólo de El puede el hombre recibir iluminación espiritual. Si el hombre no se dirige a El, su entendimiento; se vuelve natural y finalmente sensual. Entonces no entra en su percepción verdad teológica alguna, que sea genuina en su forma interior, porque apenas entre, es inmediatamente expulsada del entendimiento racional y dispersada como tamos por un aventador. En este estado se presentan falacias en lugar de verdades, obscuridad en vez de rayos de luz, y puede decirse, que el hombre se halla en un sótano, con gafas sobre la nariz y una bujía en la mano, cerrando los ojos a las verdades espirituales, que se hallan en la luz del cielo y abriéndolos a las verdades sensuales, que se hallan en la luz delusoria de los sentidos del cuerpo. Así hace en efecto, cuando luego lee el Verbo; la mente se halla entonces adormecida con respecto a las verdades y abierta con respecto a las falsedades, y se vuelve como la bestia del Apocalipsis, que subió del mar, siendo en cuanto a la boca parecida a un león, en cuanto al cuerpo parecida a un leopardo y en cuanto a los pies parecida a un oso (Apocalipsis 13:2).

En el cielo dicen, que al terminar el concilio de Nicea, se cumplió lo predicho por el Señor en Mateo 24:29.

«El sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre y las estrellas caerán del cielo y las virtudes de los cielos serán conmovidas.»

En efecto, la Iglesia apostólica era como una nueva estrella, que apareció sobre el firmamento; pero la iglesia, después de los dos concilios de Nicea, era como una estrella que se apaga y luego desaparece, lo cual a veces sucede en el mundo natural, según han podido observar los astrónomos. En el Verbo leemos, que Jehová Dios mora en una luz inaccesible. ¿Quién podría pues acercársele si no hubiese venido a morar en una luz accesible, es decir, si no hubiese descendido y adoptado Naturaleza humana, haciéndose así la luz del mundo? (Juan 1:9; 12:46). ¿Quién no puede comprender, que el ir a Jehová, el Padre, en Su Luz es tan imposible para el hombre como sería para él tomar las alas de la aurora y elevarse sobre ellas hasta el sol, o como alimentarse de los rayos del sol y no de alimento natural? Sería tan imposible como para un ave volar en el éter, o para un pez nadar en el aire.

6. Del credo de Nicea, o de Atanasio, originó una fe falsa, que ha pervertido a toda la Iglesia Cristiana.

177. Que la Trinidad, enseñada por el credo de Nicea o de Atanasio, es una Trinidad de Personas, o sea de Dioses, consta por lo que antes se ha dicho con respecto a estos credos (véase número 172). De ahí originó la fe de la iglesia actual en Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo: en Dios el Padre, de que El imputa la justicia de Su Hijo, el Salvador, atribuyéndola al hombre; en Dios el Hijo, de que El intercede y reconcilia; en el Espíritu Santo, de que El inscribe o imprime sobre el hombre la imputada justicia del Hijo, sellándola, cuando está establecida, con justificar, santificar y regenerar al hombre. Esta es la fe

actual y por sí misma demuestra, que es una fe en tres Dioses, reconocidos y adorados. De la fe viene no solamente toda la adoración de la iglesia, sino también todos sus dogmas, y podemos decir: tal fe, tal doctrina. Sigue de sí mismo, que la indicada fe, siendo una fe en tres Dioses, ha pervertido todas las cosas de la Iglesia; porque la fe es el principio, y las cosas doctrinales son las derivaciones, que toman su esencia del principio. Si se examina la doctrina de la iglesia actual con respecto a sus puntos esenciales, o sea con respecto a Dios; a la Persona de Cristo, a la caridad, al arrepentimiento, a la regeneración, a la libre voluntad, a la elección y al uso de los dos sacramentos, el Bautismo y la Santa Cena, se verá claramente, que en todos ellos hay una Trinidad de Dioses, o si no aparece claramente, se verá por lo menos emanar de ellos como de su fuente. La fe de la Iglesia con respecto a Dios es como el alma del cuerpo, y las doctrinas son como los miembros; o de otra manera, la fe es como una reina y los dogmas como sus cortesanos, que la sirven y dependen de su voluntad. Por la indicada fe de la actual iglesia consta pues de qué manera esta iglesia entiende el Verbo, siendo así que la fe adapta y explica a su conveniencia todo cuanto alcanza. Si la fe es falsa, juega con toda verdad del Verbo, pervirtiéndola y falsificándola, y hace que el hombre se vuelve insano en cuanto a las cosas espirituales. Pero cuando la fe es verdadera la favorece todo el Verbo; y el Dios del Verbo, que es el Señor Dios, el Salvador, deja que Su Luz brille sobre las verdades, anima la fe con Su Divino asentimiento y hace sabio al hombre.

7. De ahí viene la abominación del asolamiento y la grande aflicción «cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será», que el Señor predijo en Daniel, en los Evangelistas y en el Apocalipsis.

179. En Daniel leemos:

«Finalmente sobre el ave de las abominaciones habrá asolamiento y hasta la entera consumación goteará lo decretado sobre la devastación» (Daniel 9:27).

En el Evangelio dice el Señor:

«Y muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos; por tanto, cuando veréis la abominación del asolamiento, que fue dicha por Daniel, el profeta, estar en el lugar santo (el que lee, entienda)» (Mateo 24:11, 15).

y luego en el mismo capítulo (Mateo 24:21):

«entonces habrá tan grande aflicción, cual no fue desde el principio del mundo, ni será».

Esta aflicción y esta abominación se describen en siete capítulos del Apocalipsis, y son lo que significan el caballo negro y el caballo amarillo, que salían del libro, cuyo sello fue abierto por el Cordero (Apocalipsis 6:5, 8); y también el animal que salió del pozo del abismo, cuyo animal hizo guerra contra los dos testigos, matándolos (Apocalipsis 11:7 y siguientes); así como, el dragón, que estaba delante de la mujer, que iba a dar a luz, a fin de devorar a su hijo, y que la persiguió hasta el desierto, echando allí de su boca agua como un río para ahogarla (Apocalipsis 12); igualmente son lo que significan los animales del dragón, uno que subió del mar, otro que subió de la tierra (Apocalipsis 13); y los tres espíritus, como ranas, que salieron de la boca del dragón, de la del animal y de la del falso profeta (Apocalipsis 16:13); son además lo que significa el que, después de haber derramado los siete ángeles las copas de la ira de Dios, con las siete últimas plagas, sobre la tierra, el mar, las fuentes y los ríos, sobre el sol, el trono del animal, el Eufrates y

finalmente en el aire, hubo un grande terremoto, cual no fue jamás desde que los hombres están sobre la tierra (Apocalipsis 16). Un terremoto significa una inversión de la Iglesia, ocasionada por falsedades y falsificaciones de la verdad, y lo mismo significa la grande aflicción, cual no fue desde el principio del mundo (Mateo 24:21). Estas otras palabras encierran también cosas parecidas: «El ángel echó su hoz aguda en la tierra y vendimió la viña de la tierra y echó la uva en el grande lagar de la ira de Dios, y el lagar fue hollado.... y salió sangre hasta los frenos de los caballos por mil seiscientos estadios» (Mateo 14:19, 20). La sangre aquí significa verdad falsificada.

180. En los Evangelistas (Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21) se describen los estados sucesivos de la decadencia y corrupción de la Iglesia Cristiana, y allí (como asimismo en todo otro lugar del Verbo, donde se menciona) la grande aflicción, cual no fue desde el principio del mundo, ni será, significa la infestación de la verdad por falsedades, hasta no quedar una sola verdad que no esté falsificada y consumada; lo mismo significa la abominación del asolamiento, y también el asolamiento sobre el ave de la abominación, así como la consumación y el decreto, mencionados en Daniel, y esto mismo es lo que se describe en los pasajes, que acabamos de referir del Apocalipsis. Esto sucedió a la iglesia por no reconocer la Unidad de Dios en la Trinidad y Su Trinidad en la Unidad en una Persona, sino en tres, a consecuencia de lo cual la iglesia quedó basada en la idea interior de tres Dioses y en la confesión exterior de un solo Dios, y de esta manera los hombres se separaron del Señor, finalmente hasta el punto de perder toda idea de la Divinidad en Su Naturaleza Humana, siendo sin embargo así, que El es Dios Padre Mismo en Naturaleza Humana, por lo cual también se llama Padre Eterno (Isaías 9:6) y El mismo dijo a Felipe: «el que me ve a Mí, ve al Padre» (Juan 14:7, 9).

181. Pero ¿cuál es la verdadera fuente de la abominación del asolamiento, de que se habla en Daniel y de la grande aflicción, cual jamás fue ni será? (Mateo 24:21). Esta fuente es la fe, que universalmente reina en el mundo, Cristiano, y su influjo, operación é imputación por las tradiciones. Es pasmoso observar como la doctrina de la justificación por la fe sola (por más que ésta fe, no es fe, sino una quimera) se halla ínsita en todo detalle de la iglesia. Domina entre el clero, como el casi único dogma de la teología. Esa doctrina estudian con interés los aspirantes teólogos en los seminarios, la embeben y absorben, y luego, como si estuvieran inspirados de sabiduría Divina, la enseñan en las iglesias y la publican en libros. Por medio de la misma buscan y consiguen rango, diplomas y recompensas, y esto sucede, por más que esa fe sola es la causa de que el sol ahora es obscurecido; que la luna no da su resplandor y que las estrellas han caído del cielo (palabras de la predicción del Señor en Mateo 24:29). Ha quedado demostrado ante mí, y me consta, que la doctrina de esa fe sola ha cegado las mentes de los hombres, hasta el punto de que no quieren, y por eso casi no pueden, ver Divina verdad alguna interiormente, a la luz del amor o a la luz de la fe, mas tan sólo exteriormente, en una ruda superficie y al reflejo de la antorcha de su inclinación egoísta. Puedo decir, que aunque se mandaran del cielo verdades Divinas, escritas en letras de plata, referentes a la verdadera conjunción del amor con la fe, al cielo y al infierno, al Señor, a la vida después de la muerte y a la eterna bienaventuranza, los que creen que son justificados y santificados mediante la fe sola, no las estimarían dignas de ser leídas; pero si por otra parte les fuera mandado, desde las regiones inferiores, un tratado referente a la justificación por la fe sola, lo recogerían, lo besarían y lo llevarían consigo a casa en su seno.

8. De ahí también que, de no haber sido establecidos por el Señor un Nuevo Cielo y una Nueva Iglesia, ninguna carne hubiera sido salva.

182. En Mateo leemos:

«Entonces habrá tan grande aflicción, cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será, y si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva» (Mateo 24:21, 22).

Este capítulo trata de la consumación del siglo, lo cual quiere decir el fin de la iglesia actual, y acortar aquellos días, quiere decir acabar con aquella iglesia y establecer una nueva. ¿Quién ignora que, de no haber venido al mundo el Señor y realizado la Redención, ninguna carne sería salva? Y realizar Redención quiere decir establecer un Cielo nuevo y una Iglesia nueva. Que el Señor había de volver al mundo después, lo predijo en los Evangelistas (Mateo 24:30, 31; Marcos 13:26; Lucas 12:40; 21:27); y también en el Apocalipsis, particularmente en el último capítulo, y que actualmente también está realizando una Redención mediante el establecimiento de un nuevo Cielo y una nueva Iglesia para la salvación de los hombres, queda explicado en un artículo anterior, que trata de la Redención (números 114 - 137). La razón por la cual ninguna carne sería salva, si el Señor no estableciera una nueva Iglesia, es ésta: Mientras el dragón con su turba permanece en el mundo de los espíritus, al cual ha sido lanzado, no puede verdad Divina alguna, unida al Divino bien, abrirse paso y llegar hasta los hombres en la tierra, sin ser pervertida, falsificada y perecer. Este es el secreto, que encierran las siguientes palabras del Apocalipsis:

«Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y satanás... y fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él... ¡Ay dé los moradores de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a ellos, teniendo grande ira» (Apocalipsis 12:9, 12).

Pero después de ser echado el dragón al infierno (Apocalipsis 20:10) vio Juan un nuevo Cielo y una nueva tierra y la Jerusalén Nueva, que descendía del cielo, de Dios (Apocalipsis 21:1, 2). El dragón significa y representa aquéllos, que se hallan en la fe de la iglesia actual.

9. De la idea de una Trinidad de Personas, cada una de las cuales es Dios en y por sí, según el credo de Atanasio, han nacido muchas ideas discordantes y heterogéneas con respecto a Dios, cuyas ideas son, todas ellas, alucinaciones y abortos.

183. De la doctrina de tres Personas Divinas desde eternidad, cuya doctrina es la cabeza de toda enseñanza doctrinal en la iglesia cristiana actual, han nacido muchas ideas respecto de Dios, que son indecorosas é indignas del mundo cristiano, el cual sin embargo debería y podría ser una luminaria para todo pueblo y toda nación de la tierra, con respecto a Dios y a Su Unidad. Todos los pueblos que están fuera del mundo cristiano, como por ejemplo los mahometanos y asimismo los gentiles, son adversos a la Cristiandad sólo por causa de la fe en tres Dioses, que en ella reina. Los propagadores de esta fe lo saben muy bien y tienen cuidado de no predicar abiertamente la Trinidad de Personas, tal como la expone el credo de Nicea o de Atanasio, porque si hicieran esto, serían rechazados y ridiculizados. Las ideas discordantes, indignas y frívolas, que han nacido de la doctrina de tres Divinas Personas desde eternidad y que influyen en todos los que permanecen en la persuasión de esa doctrina, entrando por los oídos y los ojos, y subiendo desde allí al pensamiento, son éstas: Que Dios el Padre está sentado en la altura encima de la cabeza, el Hijo a su derecha, y el Espíritu Santo delante de ellos, escuchando y lanzándose al mundo, y de acuerdo con la decisión de los dos, distribuye dones de justificación, imprimiéndolos, y haciendo hijos de gracia a los que son hijos de la ira, y elegidos a los damnificados. Los eruditos del clero y los bien instruidos de los legos, si quisieran ser francos reconocerían, qué en sus mentes tienen este ideal y no otro, porque fluye espontáneamente de la doctrina misma (véase número 16). Nace también en ellos una curiosidad de saber, o un deseo de hacer conjeturas, de lo que hablaban entre sí las Personas Divinas antes de ser creado el mundo; si hablaban del mundo, que había de ser creado; si también de los

que habían de ser predestinados y justificados, conforme la creencia de los Supralapsarios, y si también de la Redención; y asimismo de lo que han hablado entre sí después de la creación del mundo. Nace igualmente la idea, de qué la imputación, que es la elección, es motivada por la misericordia del Hijo, que intercede por todos, y por algunos individualmente, y que estos reciben la Gracia del Padre, que se conmueve por amor a Su Hijo y por la agonía, que vio en El en la Cruz. ¿Quién no puede ver, que estas cosas son delirios de la mente? Y sin embargo, en las iglesias cristianas la gente besa con sus labios objetos sagrados, aun siéndoles prohibido examinarlos con la vista del entendimiento, bajo el pretexto de que estas cosas están por encima de la razón humana, y si el hombre las eleva desde su memoria a su entendimiento, se vuelve insano. Más esto no quita la idea de tres Dioses, sino que introduce al hombre en una fe ciega, estúpida, la cual le hace pensar en Dios como uno que sueña y anda como un sonámbulo en la sombra de la noche, o como un ciego de nacimiento en la luz del día.

10. Recuerdo

188. Siéndome concedido por el Señor el ver cosas maravillosas en los cielos y debajo de los cielos, debo, cumpliendo Su encargo, referir lo que he visto. Vi un magnífico palacio, y en su interior un templo. En el centro del mismo había una mesa de oro, en la cual estaba el Verbo, y cerca de ella dos ángeles. Alrededor de la mesa, había sillas, colocadas en tres filas; los asientos de las sillas de la primera fila eran tapizados con tela, color púrpura; los de las sillas de la segunda fila con seda, color azul celeste, y los de la tercera fila, con tela blanca. Debajo del techo había un toldo, ampliamente extendido y resplandeciente por multitud de piedras preciosas, cuyas piedras despedían una refulgencia como la de un arco iris, al despejarse el cielo después de la lluvia. De repente aparecieron prelados, quienes ocuparon los asientos, llevando los vestidos de su oficio. A un lado había una guardarropía, junto a la cual estaba un ángel, que la guardaba, y en la misma había magníficas prendas, colocadas en hermoso orden. Era esto un Concilio convocado por el Señor, y oí una voz del cielo que dijo: Deliberad. Pero ellos dijeron: « ¿Sobre qué?» y respondió la voz: «Sobre el Señor, el Salvador y sobre el Espíritu Santo». Empezaron a reflexionar sobre este tema, pero no se hallaban en iluminación, por lo cual hicieron oración, y entonces descendió luz del cielo, iluminando primero la parte posterior de sus cabezas, luego sus sienes y finalmente sus rostros. Entonces principiaron, y conforme lo mandado, deliberaron primero acerca del Señor, el Salvador. El primer punto, propuesto y discutido, fue: ¿Quién adoptó Naturaleza Humana mediante la virgen María? Y uno de los ángeles que estaban al lado de la mesa, en la cual estaba el Verbo, leyó delante de ellos estas palabras en Lucas:

El ángel dijo a María:

«He aquí; concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande y será llamado el Hijo del Altísimo.»

Entonces María dijo al ángel:

« ¿Cómo será esto? porque no conozco varón.»

Y respondiendo el ángel le dijo:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra, por lo cual también lo Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:30, 32, 34, 35).

Luego leyó asimismo estas palabras en Mateo: El ángel dijo a José en un sueño:

«José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer; porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es;»

Y José no la conoció hasta que parió a su hijo primogénito y llamó su nombre Jesús (Mateo 1:20, 25). Además de estos pasajes leyó muchos otros en los Evangelistas (entre otros Mateo 3:17; 18:5; Juan 1:18; 3:16; 20:31) y otros, donde el Señor con respecto a su Naturaleza Humana es llamado el Hijo de Dios, y donde El, desde Su Naturaleza Humana, llama a Jehová su Padre. Leyó asimismo de los profetas pasajes, en los cuales se predice, que Jehová Mismo vendría al mundo, entre otros estos dos: Y se dirá en aquel día: he aquí, éste es nuestro Dios, al que hemos esperado porque nos salve. Este es Jehová a quien hemos

esperado; nos gozaremos y nos alegraremos en su salud (Isaías 25:9). Voz que clama en el desierto: barred camino a Jehová, enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios, porque la Gloria de Jehová se manifestará y toda carne la verá juntamente; he aquí, el Señor Jehová vendrá con fortaleza; como pastor apacentará a su rebaño (Isaías 40:3, 5, 10, 11).

Y el ángel dijo:

«Puesto que Jehová Mismo vino al mundo y adoptó la Naturaleza Humana, salvando y redimiendo así a los nombres, por eso se llama en los profetas Salvador y Redentor».

Y luego leyó los siguientes pasajes: Ciertamente en ti está Dios y no hay otro Dios fuera de ti. Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, el Salvador (Isaías 45:14, 15). ¿No soy yo Jehová? Y fuera de Mí no hay Dios; Dios justo y Salvador no hay ninguno fuera de Mí (Isaías 45:21). Yo soy Jehová y fuera, de Mí no hay Salvador (Isaías 43:11). Yo soy Jehová tu Dios, y no conocerás Dios fuera de Mí, ni otro Salvador sino yo (Óseas 13:4). Y conocerá toda carne que yo, Jehová, soy Salvador tuyo y Redentor tuyo (Isaías 49:26; 60:16). Nuestro Redentor, Jehová de los ejércitos (Zabaot) es su nombre (Isaías 47:4). El Redentor de ellos es el Fuerte; Jehová de los ejércitos es su nombre. (Jeremías 50:34). OH, Jehová, roca mía y Redentor mío (Salmos 19:14). Así ha dicho Jehová, Redentor tuyo, el Santo de Israel: Yo, Jehová, Soy tu Dios (Isaías 48:17; 43:14; 49:7; 54:8). Tú, oh Jehová, eres nuestro padre, nuestro Redentor perpetuo es tu nombre (Isaías 63). Así dice Jehová, tu Redentor: Yo soy Jehová, que lo hago todo por Mí mismo (Isaías 44:24). Así dice Jehová, Rey de Israel y Su Redentor Jehová Zabaot; Yo soy el Primero y el Ultimo y fuera de mí no hay Dios (Isaías 44:6). Jehová Zabaot es su nombre, y tu Redentor el Santo de Israel, Dios de toda la tierra será llamado (Isaías 54:5). He aquí, vienen los días, dice Jehová, en que despertaré a David renuevo justo, quien reinará Rey, y este será su nombre: Jehová Justicia nuestra (Jeremías 23:5, 6; 33:15,16). En aquel día Jehová será Rey sobre toda la tierra; en aquel día Jehová será Uno y su nombre uno (Zacarías 14:9). Convencidos por estos pasajes, los que estaban sentados en las sillas dijeron unánimemente, que Jehová Mismo adoptó Naturaleza Humana, a fin de redimir y salvar a los hombres.

Pero entonces se oyó de los Católicos Romanos, que se habían escondido detrás del altar, una voz diciendo:

« ¿Cómo puede Jehová Dios hacerse hombre? ¿No es El el Creador del Universo?»

Y uno de los que estaban sentados en la segunda fila, se volvió hacia ellos y dijo:

« ¿Quién otro que El?»

Y la persona detrás del altar, ahora colocándose junto al altar, dijo:

«EL Hijo desde Eternidad».

Más recibió por contestación:

« ¿No es según vuestra confesión, el Hijo desde Eternidad también el Creador del Universo? ¿Y qué es un Hijo y Dios nacido desde Eternidad? ¿Cómo puede la Divina Esencia, que es Única e Indivisible, partirse y descender una parte y no toda Ella?»

La segunda deliberación, acerca del Señor, versaba sobre este punto: ¿No son entonces el Padre y El Uno, como el alma y él cuerpo son uno? Dijeron que esto sigue como consecuencia de lo anterior, puesto que el

Alma del Señor era del Padre. Entonces uno de los que estaban sentados en la tercera fila, leyó lo siguiente del Credo universal, llamado de Atanasio: Si bien nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y Hombre, no por eso son dos; sino un Cristo; El es enteramente Uno. Es una Persona: puesto que como el alma y el cuerpo constituyen un hombre, así Dios y el Hombre constituyen un Cristo. El que leyó dijo, que el Credo, en el cual se hallan estas palabras, es admitido y reconocido por el mundo cristiano entero, incluso por los Católicos Romanos.

Y dijeron:

« ¿Qué más es menester? Dios el Padre y El son Uno, como el alma y el cuerpo son uno».

Y dijeron:

«Siendo así, vemos que lo Humano del Señor es Divino, porque es lo Humano de Jehová; y vemos también, que se debe dirigir al Señor Solo, es decir, a su Divina Humanidad, y que únicamente así puede uno acercarse a lo Divino, que se llama Padre».

Esta conclusión confirmó el ángel mediante muchos otros pasajes del Verbo, entre otros éstos: Un niño nos es nacido; hijo nos es dado, y llamar ase su nombre Maravilloso, Consejero; Dios, el Fuerte, el Padre eterno, el Príncipe de paz (Isaías 60:6). Si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce, Tú, OH Jehová, eres nuestro Padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre (Isaías 63:16).

Y en Juan: Jesús dijo:

«El que cree en Mí creé en el que me envió» (Juan 12:44, 45).

Felipe dijo a Jesús:

«Señor, muéstranos el Padre».

Jesús le dijo:

«El que me ve a Mí, ve al Padre; ¿cómo pues dices tú, muéstranos el Padre? No crees que yo soy en el Padre y el Padre en Mí? Creedme que yo soy en el Padre y el Padre en Mí» (Juan 14:8, 11).

Jesús dijo:

«Yo y el Padre una cosa somos» (Juan 10:30).

Y asimismo:

«Todo lo que tiene el Padre, mío es, y todas mis cosas son del Padre» (Juan 16:15; 17:10).

Y finalmente:

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre sino por Mí» (Juan 14:6).

A esto añadió el ángel, que cosas parecidas a las aquí referidas, dichas por el Señor con respecto a sí Mismo, las puede decir todo hombre respecto de sí mismo y de su alma. Oídas estas cosas dijeron todos como con una sola boca y con un solo corazón: «Lo Humano del Señor es Divino, y hay que dirigirse y acercarse a esta Humanidad a fin de poder acercarse al Padre, puesto que Jehová Dios, mediante esta Humanidad se envió a Sí Mismo al mundo, haciéndose así visible a los ojos de los hombres y por

consiguiente accesible. Se manifestaba igualmente en Forma Humana a los antiguos primitivos, haciéndose así accesible a ellos, si bien entonces lo hacía por conducto de un ángel; y puesto que esta forma era representativa del Señor, que había de venir, eran representativas todas las cosas de la iglesia entre aquellos hombres.»

Luego siguió una deliberación con respecto al Espíritu Santo. En primer lugar se expuso la idea, profesada por muchos, referente a Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la cual es, que Dios el Padre está sentado en las alturas con el Hijo a su diestra, y que estos dos envían al Espíritu Santo para iluminar, enseñar, justificar y santificar a los hombres.

Más entonces se oyó una voz del cielo que dijo:

«No podemos tolerar esa idea. ¿Quién ignora, que Jehová Dios es Omnipresente? EL que sabe y reconoce esto, sabrá y reconocerá también, que El Mismo ilumina, enseña, justifica y santifica, y que no existe un Dios intermedio, distinto de El (mucho menos un tercero distinto de otros dos), como una persona distinta de otra. Apartad pues la idea anterior, que es vana, y admitid esta otra, que es justa, y veréis esto claramente».

Una voz se oyó entonces de los Católicos Romanos, que estaban junto al altar del templo, diciendo:

«¿Qué es entonces el Espíritu Santo, mencionado en el Verbo, en los Evangelistas y en Pablo, por el cual, tantos hombres eruditos del clero, especialmente del nuestro, se dicen ser guiados? ¿Quién en el mundo Cristiano actual niega la existencia del Espíritu Santo y sus Operaciones?»

Al oír estas palabras uno de los que estaban sentados en la segunda fila, se volvió hacia ellos y dijo:

«Decís que el Espíritu Santo es una Persona en y por sí y un Dios en y por sí, pero ¿qué es una persona, que sale y procede de otra persona, sino la operación, que emana y procede? Una persona no puede emanar y proceder de otra; pero la operación puede emanar y proceder. O ¿qué es un Dios que sale y procede de Dios, sino lo Divino que emana y procede? Un Dios no puede emanar y proceder de otro Dios; pero lo Divino puede emanar y proceder del Dios Único».

Al oír estas cosas, los que estaban sentados en las sillas concluyeron unánimemente, que el Espíritu Santo no es una Persona en y por sí, y por consiguiente, que no es un Dios en y por sí, sino que es lo Santo Divino, que emana y procede del Dios Único y Omnipresente, que es el Señor.

A esto dijeron los ángeles, que estaban junto a la mesa de oro, en la cual estaba el Verbo:

«Bien. No se lee en lugar alguno del Antiguo Testamento, que los profetas hablaban el Verbo por el Espíritu Santo, sino por Jehová, y donde el Espíritu Santo es mencionado en el Nuevo Testamento se entiende lo Divino procedente, que es lo Divino que ilumina, enseña, vivifica, reforma y regenera».

Después de esto siguió otra deliberación referente al Espíritu Santo sobre la cuestión: ¿De quién procede lo Divino que es llamado el Espíritu Santo? ¿Del Padre o del Señor? Y mientras discutían esto, penetraba la luz desde el cielo, y en esta luz vieron, que lo Santo Divino, que se llama el Espíritu Santo, no procede del Padre por conducto del Señor, sino que procede del Señor, influyendo en El del Padre, comparativamente como en el hombre la actividad no procede del alma al través del cuerpo, sino que procede del cuerpo por virtud del alma. Esto confirmó el ángel que estaba junto a la mesa, mediante los siguientes pasajes del Verbo: Él que Dios envió, las palabras de Dios habla; porque no le ha dado Dios el

Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo y todas las cosas ha dado en su mano (Juan 3:34, 35). Saldrá una vara del tronco de Isai y un vástago retoñará de sus raíces; y reposará sobre Él el espíritu de Jehová, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza (Isaías 40:1). El espíritu de Jehová era sobre El y en El (Isaías 42:1; 59:20, 21; 61; Lucas 4:18). Cuando vendrá el Consolador, el cual yo os enviaré del Padre (Juan 15:26). El me glorificará porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre, mío es; por eso os dije, que tomará de lo mío y os lo hará saber (Juan 16:14, 15). Si yo me voy, os enviaré el Consolador (Juan 16:7). Él Consolador es el Espíritu Santo (Juan 14:26). Aún no había (existía) el Espíritu Santo, porque Jesús no estaba aún glorificado (Juan 7:39);

Pero después de la glorificación sopló Jesús sobre los discípulos y díjoles:

«Tomad el Espíritu Santo» (Juan 20:22).

Y en el Apocalipsis: ¿Quién no temerá, OH Señor, y engrandecerá tu nombre? Porque tú solo eres santo. (Apocalipsis 15:4). Puesto que la Divina Operación del Señor, efectuada por su Divina Omnipresencia, es lo que se llama Espíritu Santo, por eso dijo El, al hablar a los discípulos acerca del Espíritu Santo, que les enviaría del Padre: No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros, y en aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y yo en vosotros (Juan 14:18, 20). Voy, y vengo a vosotros (Juan 14:28). Y poco antes de su salida del mundo dijo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo 28:20).

Leídas estas palabras, dijo el ángel:

«Por estos y muchos otros pasajes del Verbo es evidente, que lo Divino, llamado Espíritu Santo, procede del Señor por virtud del Padre».

A esto respondieron los que estaban sentados en las sillas: Esto es Verdad Divina.

Por último hicieron esta conclusión:

«Por las deliberaciones de este concilio hemos visto claramente y reconocemos como santa verdad, que en el Señor Dios, el Salvador Jesucristo hay una Divina Trinidad, que es ésta: Lo Divino, de lo cual son todas las cosas, llamado Padre; lo Divino Humano, que es el Hijo, y lo Divino procedente, llamado el Espíritu Santo».

Y en coro exclamaron: En Jesucristo mora la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9). Hay, pues, un solo Dios en la Iglesia. Así terminó este magnífico concilio. Se levantaron, y el ángel, que guardaba la guardarropía, vino y entregó a cada uno de los que estaban en las sillas hermosas prendas, entretejidas de oro, diciéndoles:

«Recibid los vestidos de boda».

Y fueron conducidos en gloria al Nuevo Cielo Cristiano, con el cual tiene conjunción la Iglesia del Señor en la tierra, cuya Iglesia es la Nueva Jerusalén.

CAPÍTULO 4

El Índice del Capítulo

La Sagrada Escritura

1. La Sagrada Escritura, o sea el Verbo, es la Divina Verdad misma. (189-192)
2. En el Verbo hay un sentido espiritual hasta ahora desconocido. (193)
 - a. Lo que es el sentido espiritual. (194)
 - b. Del Señor procede lo Celestial/Divino, lo Espiritual/Divino y lo Natural/Divino, uno tras otro. (195)
 - c. El sentido espiritual se halla en todo y en cada detalle del Verbo. (196-198)
 - d. Es por el sentido espiritual que el Verbo es Divinamente inspirado y santo en toda palabra. (199)
 - e. El sentido espiritual del Verbo ha permanecido oculto hasta ahora. (200-207)
 - f. El sentido espiritual del Verbo no será dado a conocer en adelante a nadie que no se halle en genuinas verdades por el Señor. (208)
3. El sentido literal del Verbo es la base, el continente y el sostén de su sentido espiritual y celestial. (210-213)
4. La Divina Verdad se halla en su Plenitud, en su Santidad y en su Poder en el sentido literal del Verbo. (214-216)
 - a. El sentido literal del Verbo es en él representado por varias cosas, como por las piedras preciosas, de las cuales consistían los fundamentos de la Nueva Jerusalén, vista por Juan en el Apocalipsis. (217)
 - b. por el Urin y Thummin en el ephod de Aarón. (218)
 - c. por las piedras preciosas en el jardín del Edén, donde se dice estaba el rey de Tiro. (219)
 - d. por las cortinas, el velo y los pilares del tabernáculo. (220)
 - e. por los exteriores del templo de Jerusalén. (221)
 - f. El Verbo en su gloria fue representado por el Señor cuando fue transfigurado. (222)
 - g. El poder del Verbo en sus últimas cosas fue representado por los Nazareos. (223)
 - h. El poder indecible del Verbo. (224)
5. La Doctrina de la Iglesia debe sacarse del sentido literal del Verbo y confirmarse mediante el mismo. (225-230)
 - a. Sin doctrina el Verbo no se entiende. (226-228)
 - b. La doctrina debe sacarse del sentido literal del Verbo y confirmarse por el mismo. (229-230)
 - c. Verdades genuinas, que han de ser de la doctrina aparecen en el sentido literal del Verbo, más solamente a aquellos que se halan en iluminación por el Señor. (231-233)
6. Por conducto del sentido literal del Verbo se verifica conjunción con el Señor y consociación con los ángeles. (234 al 239)
7. El Verbo está en todos los cielos y del mismo viene la sabiduría de los ángeles. (240-242)
8. La Iglesia viene del Verbo y es en el hombre tal como es su entendimiento del Verbo. (243-247)
9. En todo detalle del Verbo existe unión matrimonial entre el Señor y la Iglesia, y por ello entre el Bien y la Verdad (248-253)
10. Del sentido literal del Verbo puede sacarse herejías; pero es pernicioso confirmarlas. (254-260)

11. El Señor en el mundo cumplió todas las cosas del Verbo, haciéndose así el Verbo mismo, es decir la Divina Verdad, hasta en las últimas cosas. (261-263)
12. Antes del Verbo, que actualmente, existe en el mundo, había otro Verbo que ha desaparecido. (264-266)
13. Por medio del Verbo tienen luz también aquellos que se hallan fuera de la Iglesia, no teniendo el Verbo. (267-272)
14. Si no existiese el Verbo, nadie tendría conocimiento del cielo y del Infierno, ni de la vida después de la muerte y menos aún del Señor. (273-276)
15. Tres Recuerdos. (277-281)

La Sagrada Escritura

1. La Sagrada Escritura, o sea el Verbo de Dios, es la Divina Verdad misma.

189. La Iglesia reconoce universalmente, que el Verbo es de Dios; que ha sido Divinamente inspirado y por consiguiente que es santo; sin embargo, ha ignorado hasta ahora dónde en el Verbo se halla lo Divino; porque en la letra el Verbo es parecido a cualquier otro libro; se halla escrito en un lenguaje extraño y sencillo, y carece del estilo sublime y elegante, que caracteriza los escritos modernos. Por esta razón, el que adora a la Naturaleza en vez de a Dios, o más que a Dios, pensando por lo tanto, por virtud de su propia inteligencia y no por virtud del cielo y del Señor, se equivoca fácilmente con respecto al Verbo, y al leerlo siente desprecio por El, diciendo en su interior: «¿Qué es esto? ¿Qué es aquello? ¿Puede Dios, siendo infinita sabiduría, hablar así? ¿En qué consiste la santidad de esta Escritura, y de dónde viene, sino de la enseñanza religiosa y de la persuasión consiguiente?»

190. Pero el que piensa de esta manera no repara en que Jehová el Señor, que es el Dios del cielo y de la tierra, habló el Verbo por conducto de Moisés y de los Profetas, y que por consiguiente debe ser la Divina Verdad misma, porque lo que habla Jehová no puede ser otra cosa. Ni repara en que el Señor, el Salvador, Quien es Uno con Jehová, habló el Verbo, escrito en los Evangelios, mucho por su propia boca y lo demás por el Aliento de su boca, o sea por el Espíritu Santo, por conducto de sus doce apóstoles. El mismo dice que Su palabra es espíritu y vida, y que El es la luz que ilumina, y la Verdad.

191. Pero estas consideraciones no bastan para persuadir al hombre natural, de que el Verbo es la Divina Verdad misma, en la cual están la Divina Sabiduría y la Vida Divina; porque lo mira desde el punto de vista del estilo y de la letra, en los cuales no puede ver aquellas cosas; y sin embargo, el estilo del Verbo es el estilo Divino, el cual es incomparable con otro estilo alguno, por más sublime y elegante que sea. El estilo del Verbo es de tal naturaleza, que por él hay Santidad en cada frase, en cada palabra y en algunos lugares hasta en cada letra. De ahí es, que el Verbo une al hombre con el Señor y abre el cielo. Dos cosas hay, que proceden del Señor: el Divino Amor y la Divina Sabiduría, o lo que es lo mismo, el Divino Bien y la Divina Verdad. El Verbo en su esencia es ambos; y puesto que une al hombre con el Señor y abre el cielo, como se acaba de decir, llena el hombre con el bien del Amor y con la verdad de la Sabiduría; su voluntad con el bien del Amor y su entendimiento con la verdad de la Sabiduría, recibiendo el hombre así vida por el Verbo. Pero hay que saber, que no reciben vida por el Verbo más que aquellos, que lo leen con el objeto de sacar de él verdades Divinas, como de su fuente, para aplicarlas a su vida. Los que leen el Verbo con el objeto de adquirir honores y ventajas en el mundo, no reciben vida por el Verbo, sino muerte espiritual.

192. Nadie que ignora que en el Verbo hay un sentido espiritual, como el alma en su cuerpo, puede juzgar del mismo más que por el sentido literal, el cual, sin embargo, no es más que la envoltura, que contiene las cosas preciosas, encerradas en el sentido interior. Ignorándose el sentido espiritual, sólo se puede juzgar de la Santidad del Verbo, como se puede juzgar de una piedra preciosa por la matriz que la envuelve, la cual muchas veces tiene el aspecto de una piedra común. La envoltura del Verbo, o sea la letra, se puede comparar con una caja, hecha de jaspe, lápiz lázuli, amianto o ágata, dentro de la cual se hallan colocados por su orden diamantes, rubíes, sardónica, topacio oriental, etc. Si uno ignora lo que contiene la caja, o si cree que nada contiene, es natural que sólo la aprecie según el valor del material, que la compone. Así es también con el Verbo respecto de su sentido literal, y con el fin de disipar la duda respecto de su Santidad y Divinidad, me ha sido revelado su sentido interior, cuyo sentido en su esencia es espiritual y se halla dentro del sentido exterior, que es el sentido natural, como el alma en su cuerpo. El sentido espiritual es el espíritu, que da vida a la letra, y este sentido puede, por lo tanto, dar testimonio de la Divinidad y Santidad del Verbo y convencer hasta al hombre meramente natural, si es que quiere dejarse convencer.

2. En el Verbo hay un sentido espiritual, hasta ahora desconocido.

193. En su seno el Verbo es espiritual, porque descendió de Jehová, el Señor, y pasó por medio del cielo de los ángeles. Lo Divino, que en sí mismo era inefable é imperceptible, se adaptaba, conforme descendía, a la percepción de los ángeles y finalmente a la percepción de los hombres. De ahí viene el sentido espiritual, que se halla dentro del sentido natural como el alma en el cuerpo, como el pensamiento en el habla y como la inclinación de la voluntad en la acción. El secreto, hasta aquí ignorado, de que en el Verbo hay un sentido interior, espiritual, es el más importante de los secretos, ahora revelados, y conviene que sea claramente expuesto al entendimiento, lo cual se procurará hacer bajo los siguientes cinco párrafos:

- (1) Lo que es el sentido espiritual
- (2) Este sentido se halla en todo y cada mínimo detalle del Verbo.
- (3) Por esto es que el Verbo es Divinamente inspirado y Santo en cada palabra.
- (4) Este sentido ha permanecido oculto hasta ahora.
- (5) No será revelado en adelante más que a aquellos que se hallan en verdades por el Señor.

194. (1) Lo que es el sentido espiritual. El sentido espiritual no es el sentido, que brilla en la letra del Verbo, cuando éste se estudia o se explica con el objeto de confirmar algún dogma de la Iglesia. Este sentido puede llamarse el sentido literal o eclesiástico; pero por más que el sentido espiritual no aparece en la letra, se halla sin embargo dentro de ésta, como el alma en su cuerpo, como el entendimiento en el ojo, y como la inclinación del amor en la expresión del rostro. Este sentido es lo que principalmente hace, que el Verbo es espiritual, no sólo para los hombres, sino también para los ángeles, y por medio del mismo comunica con el cielo. El Verbo, por ser interiormente espiritual, se halla escrito exclusivamente mediante correspondencias, y lo que está escrito mediante correspondencias, tiene en su sentido exterior un estilo como el que hallamos en los Profetas, en los Evangelistas y en el Apocalipsis; cuyo estilo, por más que parece sencillo, sin embargo oculta la Sabiduría Divina, y toda sabiduría angélica debajo de su envoltura. Lo que es correspondencia se puede ver en la obra El Cielo y el Infierno, publicada en Londres

en el año 1758 (El Cielo y el Infierno 87-102; 103-115). Más algo se verá por los ejemplos del Verbo, que más abajo se citarán.

195. Del Señor procede lo Celestial/Divino, lo Espiritual/Divino y lo Natural/Divino, uno tras otro, por su orden. La emanación que procede de Su Divino Amor es lo que se llama lo Celestial/Divino y es el Bien. La que procede de Su Divina Sabiduría, es lo que se llama lo Espiritual/Divino y es la Verdad. Lo Natural/Divino consta de ambas emanaciones, y es su complejo en las últimas cosas. Los ángeles del Reino celestial, de los cuales consiste el cielo tercero o superior, se hallan en lo Divino, que se llama celestial, porque se hallan en el Bien del Amor por el Señor. Los del Reino espiritual, de los cuales consiste el cielo segundo o intermedio, se hallan en lo Divino, que se llama espiritual, porque se hallan en Divina Sabiduría por el Señor. Los del Reino natural del Señor, de los cuales consiste el cielo primero o inferior, se hallan en lo Divino, que se llama natural/Divino y se hallan en la fe y la caridad por el Señor. Pero los hombres, o sean los miembros de la Iglesia en el mundo, se hallan, en cuanto a su mente, en uno de los mencionados Reinos, con arreglo a su amor, sabiduría y fe, y después de la muerte entran conscientemente en el mismo Reino, en que se hallaban con respecto a su mente, mientras vivían en el mundo. Así es el Cielo y así es también el Verbo del Señor. En su último sentido es natural, en su sentido interior es espiritual, y en su sentido íntimo es celestial, siendo además Divino en cada uno de estos sentidos, y así se halla acomodado a la sabiduría de los ángeles de los tres cielos y también al entendimiento de los hombres.

196. (2) El sentido espiritual se halla en todo el Verbo y en cada detalle del mismo. Esto puede verse con claridad mediante ejemplos, tales como los siguientes:

Juan dice en el Apocalipsis:

«Vi el cielo abierto y he aquí un caballo blanco, y él que estaba sentado sobre él era llamado Fiel y Verdadero, el cual con justicia juzga y pelea. Y sus ojos eran como llama de fuego y en su cabeza muchas diademas y tenía un nombre escrito, que ninguno entendía, sino él mismo. Y estaba vestido de una ropa teñida de sangre, y su nombre era llamado El Verbo de Dios. Y los ejércitos, que están en el cielo, le seguían en caballos blancos, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio; y de su boca salía una espada aguda para herir con ella las gentes, y él los regirá con vara de hierro. En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de Reyes y Señor de Señores. Y vi un ángel que estaba en el sol y clamó con gran voz: Venid y congregaos a la Cena del Gran Dios, para que comáis carne de reyes y de capitanes y carne de fuertes, y carne de caballos y de los que están sentados sobre ellos; y carne de todos, libres y siervos, de pequeños y de grandes» (Apocalipsis 19:11-18).

Nadie puede saber lo que significan estas cosas, excepto por el sentido espiritual del Verbo, y nadie puede ver el sentido espiritual, sino por medio del conocimiento de las correspondencias; porque el Verbo es un conjunto de correspondencias y no hay en él una sola palabra, que no tenga su sentido espiritual. La ciencia de las correspondencias enseña lo que significa «el caballo blanco» «el que estaba sentado sobre él», «los ojos como llama de fuego», «las diademas sobre su cabeza», «la ropa teñida de sangre» y «el lino finísimo blanco» del que estaban vestidos los que formaban su ejército en el cielo; «el ángel que estaba en el sol», «la grande cena», a la cual habían de congregarse; asimismo «la carne de reyes y de capitanes» y otras cosas que habían de comer, mas no pertenece aquí explicarlo detenidamente †. Aquí sólo se dirá, que en el citado pasaje es descrito el Señor con respecto al Verbo, que Sus ojos, que eran

como llama de fuego, significan la Divina Sabiduría de Su Divino Amor. Las diademas que estaban en Su cabeza y el nombre escrito, el cual ninguno conocía sino El Mismo, significan las Divinas Verdades del Verbo procedente de El, y que nadie ve lo que el Verbo es en su sentido espiritual, más que el Señor y aquellos a quienes El lo revela. Que su ropa teñida de sangre, significa el sentido natural del Verbo, o sea el sentido literal, cuyo sentido ha sido violado. La prueba de que es el Verbo, que en este pasaje es descrito mediante las referidas cosas, es que se dice que: «Su nombre es llamado El Verbo de Dios». Que es el Señor a quien se refiere toda la descripción, es también evidente; porque se dice que el nombre del que estaba sentado sobre el caballo blanco era «Rey de Reyes y Señor de Señores». Lo que se dice respecto del caballo blanco y del que estaba sentado sobre él, así como respecto de la grande cena a la que todos fueron invitados por el ángel que estaba en el sol, significa en resumen, que al fin, o sea a la consumación de la Iglesia, se abrirá el sentido espiritual del Verbo, mediante el cual los hombres gozarán de los bienes que proceden del Señor, cuyos bienes en el referido pasaje son representados por carne de reyes, de capitanes, etc.

197. En el Apocalipsis la Nueva Jerusalén es descrita como sigue:

«En ella había una luz semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, resplandeciente como cristal; tenía un muro grande y alto, con doce puertas y en las doce puertas doce ángeles, y nombres escritos, que son de las doce tribus de los hijos de Israel. Su muro tenía la medida de ciento cuarenta y cuatro codos, la medida de un hombre, esto es, de un ángel. El material de su muro era de jaspe y los fundamentos de toda piedra preciosa, de jaspe, de zafiro, de calcedonia, de esmeralda, de sardónica, de sardio, de crisólito., de berilo, de topacio, de crisopraso, de jacinto y de amatista. Las puertas eran doce perlas y la ciudad misma era de oro puro como vidrio transparente. Era cuadrangular, y su largura, anchura y altura eran iguales, siendo doce mil estadios».

Que todas estas cosas deben entenderse espiritualmente puede ser evidente por esto, de que la Nueva Jerusalén significa la Nueva Iglesia, ahora establecida por el Señor † ; y puesto que Jerusalén en este pasaje significa la Iglesia, sigue que todo lo que acerca de ella se dice como ciudad, de sus puertas, de sus muros, de los fundamentos de sus muros y también de sus medidas, tiene un sentido espiritual, siendo así que las cosas de la Iglesia son cosas espirituales; pero lo que significan no pertenece aquí explicar ‡, sino que sirvan como prueba, de que en el Verbo hay un sentido espiritual en cada frase y palabra. El citado pasaje no se entiende en su sentido literal, pero el que posee la ciencia de las correspondencias comprende estas cosas, como por ejemplo, que el muro y sus fundamentos significan los dogmas doctrinales de esta Iglesia, sacados de la letra del Verbo, y que los números 12, 144, 12.000 significan todas las cosas pertenecientes a esta Iglesia, o sea todas sus verdades y todos sus bienes en un conjunto.

Nota:

† El libro de Job de nuestro Verbo no es escrito en la época de la Iglesia israelita como muchos suponen. Es un libro del antiguo Verbo, que se usaba en la antigua Iglesia, la segunda Iglesia general en la tierra, que existía después del Diluvio y es significada en el Verbo por Noáh y sus hijos y descendientes hasta el tiempo de Abraham. Esta Iglesia era espiritual, así como la anterior, significada por Adán y Eva, era celestial, y la sucesora, la israelita, exclusivamente natural. Los de la Iglesia celestial pensaban y hablaban por las correspondencias mismas, por percepción; los de la Iglesia espiritual las conocían aún mediante la ciencia y escribían sus libros por medio de correspondencias, pero con la consumación de esta Iglesia quedó extinta por completo esta ciencia.

198. Cuando el Señor habló a sus discípulos de la consumación del siglo, que es el fin de la Iglesia, prediciendo sus sucesivos estados, dijo:

«Luego, después de la aflicción de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos serán conmovidas; y entonces se mostrará la señal del Hijo del hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con grande poder y gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro» (Mateo 24:19, 23).

En Joel dice:

«El día de Jehová viene, día de tinieblas y de obscuridad; el sol y la luna se oscurecerán y las estrellas retraerán su resplandor» (Joel 2:1, 2, 10).

En Ezequiel:

«Cubriré los cielos y haré entenebrececer sus estrellas; el sol cubriré con nublado y la luna no hará resplandecer su luz. Todas las lumbreras de luz haré entenebrececer, y pondré tinieblas sobre tu tierra (Ezequiel 32:7, 8).

«El día de Jehová» significa aquí la primera Venida del Señor, y ésta se verificó, cuando no quedaba bien alguno del amor, ni verdad alguna de la fe en la Iglesia, es decir, cuando había en ella verdadero conocimiento alguno respecto del Señor. Por eso es llamado «un día de tinieblas y de obscuridad». Lo que se dice en el pasaje más arriba citado, en Mateo, se refiere a la segunda Venida del Señor, la cual no es una venida en la carne, sino en el sentido espiritual del Verbo, en la mente de aquellos, que forman parte de Su Nueva Iglesia, que es la Nueva Jerusalén.

199. El Señor, mientras estaba en el mundo, hablaba mediante correspondencias, es decir, cuando hablaba naturalmente, hablaba al mismo tiempo espiritualmente. Esto puede constar por sus parábolas, en cuyas palabras hay un sentido espiritual. Que sirva como ejemplo la parábola de las diez vírgenes.

Dijo:

«El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Y cinco de ellas eran prudentes y cinco fatuas. Las que eran fatuas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; más las prudentes tomaron aceite en sus vasos juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la media noche fue oído un clamor. «He aquí, el esposo viene, salid a recibirle». Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y aderezaron sus lámparas; y las fatuas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron, diciendo: Porque no nos falte a nosotras y a vosotras, id antes a los que venden y comprad para vosotras. Y mientras que ellas iban a comprar, el esposo y las que estaban apercebidas entraron con El a las bodas y se cerró la puerta. Y después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Mas respondiendo El, les dijo: De cierto os digo, que no os conozco.»

Nadie puede ver, que en cada una de estas palabras hay un sentido espiritual, ni conocer cuál y cómo es. En el sentido espiritual el reino de los cielos significa el Cielo y la Iglesia; el esposo significa el Señor; las bodas, la unión matrimonial del Señor con el cielo y con la Iglesia, por medio del bien del amor y la

verdad de la fe; las vírgenes son los que forman la Iglesia; diez, todos ellos; cinco, algunos de ellos; lámparas, lo que pertenece a la fe; aceite, lo que pertenece al bien del amor; dormir y despertar, la vida del hombre, la cual, mientras vive en el mundo es natural, y después de la muerte es espiritual; la vida natural es como dormir en comparación con la vida espiritual, que es como despertar y hallarse en plena vigilia; comprar significa procurarse; ir a los que venden y comprar aceite, significa aquí intentar procurarse cada uno para sí mismo el bien del amor por el trato con otros después de la muerte, y puesto que entonces no se puede ya obtener este bien, por ello les dijo el esposo: «No os conozco», por más que vinieron con sus lámparas y con el aceite que acababan de comprar, y llamaron a la puerta, donde se celebraban las bodas. La razón por la cual no se puede procurar aquel bien después de la muerte, es que el hombre permanece por toda eternidad tal, cuales en el mundo con respecto a su amor y fe. Estos ejemplos demuestran, que el Señor hablaba mediante correspondencias, exclusivamente, y hablaba así porque hablaba desde lo Divino, que estaba en El y que era Suyo. Por significar vírgenes los que son de la Iglesia, se dice tan a menudo en el Verbo profético, La virgen y la hija de Sión, de Jerusalén, de Judá, de Israel; y por significar aceite el bien del amor, fueron unguidas con aceite todas las sagradas cosas de la Iglesia israelita, que era representativa. Como la referida parábola, así todo lo demás que habló Jesús, el Señor, es decir, que todo lo que habló tiene en sí un sentido espiritual, y por esto, dijo: Mis palabras son espíritu y vida (Juan 6:63).

200. (3) Es por el sentido espiritual que el Verbo es Divinamente inspirado y santo en toda palabra. En la Iglesia se dice, que el Verbo es santo, porque lo habló Jehová, el Señor. Pero su Santidad no aparece en la letra, y el que por esta razón empieza a sentir duda con respecto a ella, se confirma en esta duda luego al leerlo, porque hay en el Verbo muchas cosas, que parecen puramente naturales, y hacen a uno preguntar a sí mismo: «¿Es esto santo? ¿Es esto Divino?» Y a fin de que esto no suceda a muchos, y la duda luego aumente, con el resultado de que el Verbo sea rechazado como un escrito sin valor, interrumpiéndose así la conjunción entre el Señor y los hombres, cuya conjunción tiene lugar mediante el Verbo, se ha servido el Señor ahora revelar el sentido espiritual y hacer saber, dónde en el Verbo se halla oculta su Divina Santidad. Más se ilustrará mediante ejemplos:

El Verbo trata a veces de Egipto, a veces de Asiría, a veces de Edora, de Moab, de los hijos de Amón, de los Filisteos, de Tiro, de Sidón y de Gog. El que no sabe que estos nombres significan cosas, que pertenecen al Cielo y a la Iglesia, se abandona fácilmente a la errónea creencia, de que el Verbo trata mucho de pueblos y de naciones y poco del Cielo y de la Iglesia, por consiguiente, mucho de cosas terrenales y poco de cosas celestiales; mas si sabe lo que significan, puede abandonar el error y ser reconducido a la verdad. Igualmente cuando ve, que en el Verbo se trata tan a menudo de jardines, de boscajes, de bosques y de sus árboles, como por ejemplo, del olivo, de la vid, del cedro, del álamo y del roble, y tan a menudo de corderos, de ovejas, de cabras, de becerros, de bueyes, así como de montes, de collados, de valles y de fuentes, de ríos y de sus aguas, y otras cosas parecidas. El que nada sabe con respecto al sentido espiritual del Verbo, no puede dejar de creer, que por las referidas cosas se entiende sencillamente las cosas naturales que expresan; porque no sabe que «jardín», «boscaje» y «bosque» significan sabiduría, inteligencia y conocimientos; que el «olivo», la «vid», el «cedro», el «álamo» y el «roble» significan el bien y la verdad de la Iglesia celestial, espiritual, racional, natural y sensual; que «cordero», «oveja», «cabra», «becerro», «buey», significan inocencia, caridad y afecto natural; que «montes», «collados» y «valles», significan la esencia de la Iglesia (amor y fe) superior, intermedio e inferior, y que «Egipto», significa lo científico; «Asiría», lo racional; «Edoín», lo natural; «Moab», la adulteración del bien; los «hijos de Amón», la falsificación de la verdad; «Filisteos», fe sin caridad; «Tiro»

y «Sidón», conocimientos del bien y de la verdad; «Gog», adoración exterior sin la interior. En general, «Jacob» en el Verbo significa la iglesia natural; «Israel», la iglesia espiritual; «Judá», la iglesia celestial: Si el hombre conoce estas cosas le es posible pensar y creer, que el Verbo trata exclusivamente de cosas celestiales y que las cosas terrenales, que se mencionan, no son más que formas contingentes de las celestiales. Un ejemplo del Verbo ilustrará esto también: Leemos en Isaías:

«En aquel día habrá calzada de Egipto a Asirla y Asirios entrarán en Egipto y Egipcios en Asiría y los Egipcios servirán con Asirla. En aquel día Israel será tercero con Egipto y con Asiría, bendición en medio de la tierra, porque Jehová Zabaot los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto y Asiría, la obra de mis manos, e Israel mi heredad» (Isaías 19:23, 25).

Estas palabras, en el sentido espiritual, anuncian que al tiempo de la venida del Señor lo científico, lo racional y lo espiritual formarán uno; que lo científico servirá a lo racional y que ambos servirán a lo espiritual; aquel día, dos veces mencionado, significa la primera y la segunda Venida del Señor.

201. (4) El sentido espiritual del Verbo ha permanecido oculto hasta ahora.

En la obra *El Cielo y el Infierno* (*El Cielo y el Infierno* 87-105) se han demostrado, que todas las cosas de la Naturaleza y cada una en particular, corresponden a cosas espirituales, e igualmente las cosas del cuerpo humano, tanto en su conjunto como en todo detalle. Pero lo que es la correspondencia se ha ignorado hasta ahora, por más que en los tiempos más antiguos era bien conocido. Para los hombres, que entonces vivían, la ciencia de las correspondencias era la ciencia por excelencia, y era tan universal, que todos sus manuscritos y libros se escribían por medio de correspondencias. Los jeroglíficos de los Egipcios y asimismo las fábulas del antiguo tiempo son correspondencias. Las iglesias antiguas eran todas representativas de cosas espirituales. Sus ritos y también sus estatutos u ordenanzas, con arreglo a las cuales celebraban su adoración y culto, consistían de puras correspondencias. Así también todas las cosas de la Iglesia Israelita. Los sacrificios, holocaustos, ofrendas de comer y de beber con todo lo perteneciente eran correspondencias; igualmente el tabernáculo y todas las cosas que en él había, así también sus fiestas: la fiesta del pan sin levadura, la fiesta de las cabañas y la de las primicias. También el oficio sacerdotal de Aarón y sus hijos y sus vestiduras de santidad. Lo que estas cosas significan se puede ver en «*Arcana Coelestia*». Además eran correspondencias sus ordenanzas y leyes, referentes a su culto y a su vida. Ahora bien; puesto que las cosas Divinas se presentan en el mundo natural en formas de correspondencias, he aquí por qué el Verbo fue escrito exclusivamente mediante correspondencias y por qué el Señor, Quien hablaba desde lo Divino, hablaba mediante correspondencias; porque lo que viene de lo Divino cae en la Naturaleza en formas, que corresponden a las cosas Divinas, y las formas naturales llevan entonces en su seno las cosas Divinas, que se llaman celestiales y espirituales.

202. He sido informado de que los hombres de la Iglesia antigua primitiva, que existía antes del diluvio, eran de un genio tan celestial, que hablaban con los ángeles del cielo, y que hablaban con ellos mediante correspondencias. Por eso llegaron a tal estado de sabiduría, que cuando miraban cualquier objeto, u observaban cualquiera circunstancia en la tierra, pensaban de ello, no sólo naturalmente, sino también espiritualmente, por consiguiente en armonía y unión con los ángeles del cielo. También he sido informado de que Henoque, mencionado en Génesis (Génesis 5:21, 24), con sus compañeros, coleccionaba correspondencias de boca de los antiguos y transmitió el conocimiento de ellas a la posteridad. En su consecuencia la ciencia de las correspondencias no era tan sólo conocida, sino también cultivada en muchos países de Asia, especialmente en los países de Canaán, Egipto, Asiría, Caldea, Siria, Arabia, Tiro,

Sidón y Nínive, siendo luego llevada a Grecia, pero allí la convirtieron en mitos o fábulas, lo cual consta por los escritos de los antiguos autores griegos.

203. Como prueba de que el conocimiento de las correspondencias se conservaba mucho tiempo entre las naciones de Asia, en las que los hombres, que poseían este conocimiento, se llamaban adivinos y magos, citaré un ejemplo de 1 Samuel 5 y 6. Leemos en este lugar, que el arca, en la cual estaban las dos tablas, que contenían el decálogo, fue capturada por los Filisteos y colocada en el templo de Dagon, en Asdod; que Dagon cayó en tierra delante de ella, y que luego su cabeza y sus manos, separadas del cuerpo, fueron encontrados en el umbral del templo; que por causa del arca los hombres de Asdod fueron heridos de hemorroides, y su país devastado por ratones. Con este motivo los Filisteos juntaron a los sacerdotes y adivinos y, como medio de evitar la destrucción, resolvieron hacer cinco hemorroides y cinco ratones de oro y poner el arca sobre un carro nuevo, arrastrado por dos vacas, que iban bramando por el camino, y de devolver el arca a los hijos de Israel, por quienes el carro y las vacas fueron sacrificados a Jehová en holocausto, mediante cuyo sacrificio el Dios de Israel fue propiciado. Que todas estas cosas, ideadas por los adivinos de los Filisteos, eran correspondencias, consta por su significación, que es como sigue: Los Filisteos significaban los que se hallan en la fe, separada del amor; Dagon representaba este sistema religioso; los hemorroides, con que fueron castigados, significaban amores naturales, los cuales, aislados del amor espiritual, son impuros, y los ratones significaban la devastación de la Iglesia por la falsificación de la verdad. El carro nuevo significaba doctrina natural de la Iglesia (doctrina por verdades espirituales es significado en el Verbo por «carroza»); las vacas significaban inclinaciones naturales buenas; los hemorroides de oro significaban el impedimento de la devastación de la Iglesia, por el bien (porque oro en el Verbo significa el bien); el ir bramando las vacas por el camino significaba lo dificultoso de la conversión de los malos deseos naturales del hombre en buenas inclinaciones; el sacrificio en holocausto, que se hizo de las vacas juntamente con el carro, significaba que así el Dios de Israel fue propiciado. Siendo así que estas cosas, hechas por los Filisteos, aconsejados por sus adivinos, eran correspondencias, consta que el conocimiento de éstas se conservaba mucho tiempo entre los gentiles.

204. Puesto que los ritos y las ceremonias de la antigua Iglesia primitiva, cuyos ritos y ceremonias eran correspondencias, en el transcurso del tiempo llegaron a emplearse en sentido de idolatría, degenerando en artes mágicas, el conocimiento de estas correspondencias, por la Divina Providencia del Señor, iba perdiéndose gradualmente, y entre los hombres de la nación de Israel y Judá fue totalmente extinguido. El culto de esta nación consistía por cierto de puras correspondencias y era por ello representativo de cosas celestiales, mas ellos ignoraban lo que las cosas significaban, porque eran hombres enteramente naturales, y por consiguiente no querían, y no podían, saber cosa alguna con respecto a lo espiritual y celestial; tampoco pues con respecto a las correspondencias; porque las correspondencias son representaciones de las cosas espirituales y celestiales en las cosas naturales.

205. Las idolatrías de las naciones antiguas llevaban su origen del conocimiento de las correspondencias, porque todas las cosas, que existen en la tierra, corresponden; no solamente los árboles, sino también los animales y las aves de todas clases, igualmente los peces y todas las demás cosas. Los antiguos hombres, que poseían el conocimiento de las correspondencias, se hicieron imágenes, que correspondían a cosas celestiales, y se deleitaban con ellas, porque les recordaban las cosas del Cielo y de la Iglesia; por eso las ponían, no solamente en sus templos, sino también en sus casas, no para adorarlas, sino para recordar las cosas celestiales, que representaban. De ahí que en Egipto había imágenes de becerros, bueyes, serpientes y también de niños, hombres ancianos y vírgenes; porque becerros y bueyes significan las inclinaciones y

la potencia del hombre natural; serpiente, la prudencia y también la habilidad inventiva del hombre sensual; niños, inocencia y caridad; ancianos, sabiduría; vírgenes, inclinación a la verdad, y así en adelante. Mas la posteridad empezó a adorar como cosas santas y finalmente como seres Divinos las imágenes y figuras, que colocaron sus antecesores en sus templos y en sus casas. A causa de las correspondencias los hombres de la antigua Iglesia celebraban asimismo sus cultos en jardines y en boscajes, según la clase de árboles que en ellos había, así como sobre montes y collados; porque jardines y boscajes significan sabiduría e inteligencia, y cada árbol en particular significa cierta cosa espiritual, perteneciente a la sabiduría y a la inteligencia; el olivo significa el bien del amor; la vid, la verdad procedente de ese bien; el cedro significa el bien y la verdad racional; un monte, el cielo superior; un collado el cielo intermedio. Que el conocimiento de las correspondencias permanecía con mucha gente del Oriente hasta la Venida del Señor, consta también por el suceso de los tres Magos del Oriente, que vinieron buscando al Señor, cuando nació, precediéndoles una estrella, y que traían consigo regalos, oro, incienso y mirra (Mateo 2:1, 2, 9, 10, 11), porque la estrella, que iba delante de ellos, significa conocimiento del cielo; el oro significa bien celestial; el incienso, bien espiritual, y el mirra bien natural, de cuyas tres clases o grados de bien viene toda verdadera adoración. Más entre los de la nación de Judá e Israel no había conocimiento alguno de las correspondencias, por más que todas las cosas, que pertenecían a su culto, todos sus estatutos y ordenanzas, dados mediante Moisés, y todas las cosas del Verbo, eran puras correspondencias; lo ignoraban, porque en su corazón eran idólatras, y por consiguiente de una disposición tal, que no querían creer, que las cosas de su culto y su adoración eran significativas de cosas espirituales y celestiales. Creían que aquellas cosas naturales eran santas en sí mismas, por lo cual, caso de serles reveladas cosas celestiales y espirituales, no tan solo las hubieran rechazado, sino también profanado. El cielo estaba por eso mismo tan cerrado para ellos, que apenas sabían, que había una vida eterna, lo cual consta por el hecho de que no reconocieron al Señor, por más que las Escrituras Sagradas profetizaban de El y predecían Su Venida. Le rechazaron por la sola razón de que les enseñaba un Reino Celestial y no un reino terrenal; deseaban un Mesías, que les exaltara por encima de toda otra nación en el mundo, y no un Mesías para proveer a su felicidad eterna.

206. Si la ciencia de las correspondencias no fue revelada inmediatamente después de esa época, fue porque los hombres de la primitiva iglesia Cristiana eran tan sencillos, que no podía serles revelada. Si les hubiera sido revelada, no les hubiera servido de provecho alguno, ni la hubieran entendido. Después de la época de la primitiva iglesia se extendían las tinieblas por todo el mundo cristiano, primeramente a causa de las opiniones heréticas de muchos, que se hallaban esparcidos por todo el mundo cristiano, y luego por las deliberaciones y decretos de los Concilios de Nícea con respecto a tres Divinas Personas desde eternidad, y con respecto a la Persona de Cristo, como hijo de María, y no como Hijo de Jehová Dios. De allí originó la fe actual de la justificación, por cuya fe se busca y se invoca a tres Dioses, a cada uno de ellos por su orden, y en esta fe descansan todos los dogmas de la iglesia actual, dependiendo de ella como el cuerpo depende de su cabeza, y puesto que las verdades del Verbo, han sido aplicadas erróneamente para confirmar esta falsa fe, no podía ser revelado el sentido espiritual del Verbo, porque si hubiera sido revelado, hubieran aplicado también las verdades espirituales a confirmar su fe, llegando así a profanar la Santidad misma del Verbo, y de esta manera hubieran cerrado el cielo para sí completamente, apartando el Señor de la Iglesia.

207. Mas ahora la ciencia de las correspondencias, mediante la cual es dado el sentido espiritual del Verbo, ha sido revelada, porque ahora vienen a la luz las verdades Divinas de la Iglesia y de estas verdades consiste el sentido espiritual del Verbo. Si estas verdades están en el hombre, el sentido

espiritual del Verbo no puede ser pervertido, pero sin ellas el sentido literal del Verbo puede ser inclinado en cualquier sentido. Si es inclinado a la falsedad, su Santidad interior perece y con ella también su Santidad exterior, pero inclinado a la verdad su Santidad permanece. Más sobre esto se dirá en lo que sigue. La revelación del sentido espiritual del Verbo, que actualmente se está verificando, fue predicha a Juan en el Apocalipsis, en la visión que tuvo del cielo abierto y del caballo blanco y también del ángel, que estaba en el sol, invitando a todos a la gran cena (acerca de lo cual véase Apocalipsis 19:11, 18); mas este sentido no sería reconocido por mucho tiempo, lo cual es significado por la bestia y los reyes de la tierra, quienes debían hacer la guerra contra El que estaba sentado sobre el caballo blanco (Apocalipsis 19:19); igualmente es significado por el dragón que perseguía a la mujer, que parió a un niño varón, haciéndola huir al desierto y echando allí agua de su boca como un río a fin de ahogarla (Apocalipsis 12:13, 17).

208. (5) El sentido espiritual del Verbo no será revelado en adelante más que a aquellos, que se hallan en genuinas verdades por el Señor. La razón es que nadie puede ver el sentido espiritual, sino por el Señor solo, hallándose en verdades Divinas por El; porque el sentido espiritual del Verbo trata del Señor solo y de Su Reino, y en este sentido se hallan los ángeles del cielo; porque es la Divina Verdad allí. El hombre puede violar este sentido, si tiene conocimiento de las correspondencias y desea mediante este conocimiento investigar el sentido espiritual del Verbo desde su propia inteligencia, porque mediante algunas correspondencias que conoce, puede pervertir este sentido y hasta obligarlo a confirmar lo que es falso. Esto sería violar la Divina Verdad y así también el Cielo, donde esta Verdad tiene su morada; por cuya razón, si alguien desea abrir este sentido de y por sí mismo y no por el Señor, se le cierra el Cielo, y cerrado el Cielo, el nombre no ve verdad alguna, o bien se vuelve espiritualmente insano. La razón es además ésta: que el Señor enseña a cada uno mediante el Verbo, sirviéndose de los conocimientos, que se hallan en el hombre, y no infunde nuevos conocimientos directamente; por lo cual, si el hombre no se halla en verdades Divinas, o sí tan sólo en pocas verdades y al mismo tiempo en falsedades, puede mediante estas últimas falsificar las verdades, como acontece con toda persona herética con respecto al sentido literal del Verbo. Por esta razón, y a fin de que nadie entre en el sentido espiritual indebidamente y pervierta la verdad, genuina que está en ese sentido, ha puesto el Señor guardianes, que en el Verbo son significados por querubines.

3. El sentido literal del Verbo es la base, el continente y el sostén de su sentido espiritual y celestial.

210. En toda cosa Divina hay tres grados: un primero, un intermedio, un último; y el primero, pasa por el conducto del intermedio al último. El último es por consiguiente la base. El primer grado se halla asimismo en el intermedio y por conducto del intermedio en el último, el cual por consiguiente también es el continente, y siendo la base y el continente es igualmente el sostén. Estos tres grados pueden llamarse intención o fin, causa y efecto, y también ser (esse), volverse (fieri) y existir (existere), siendo la intención el ser; la causa el volverse, y el efecto el existir. En toda cosa perfecta hay pues una triplicidad, a saber: lo primero, lo intermedio y lo último, o bien la intención, la causa y el efecto. Comprendido esto, se comprende también que toda obra Divina es perfecta y completa en su último grado, y que su todo se halla en su último, puesto que en este grado se hallan los dos grados anteriores juntos.

211. Por esta razón la palabra tres en el Verbo significa lo que es completo y perfecto y también todo en conjunto, y en este sentido se emplea en el Verbo siempre y cuando se trata de expresar tal cosa, como en

los siguientes pasajes: «Isaías anduvo desnudo y descalzo tres años» (Isaías 20:3). «Jehová llamó tres veces a Samuel y Samuel corrió tres veces a Eli y Eli comprendió la tercera vez» (1 Sam. 3:1, 8). Jonatán dijo a David de esconderse tres días en el campo y luego tiró tres flechas contra el lado de una piedra, y David se inclinó entonces tres veces delante de Jonatán (1 Sam. 20:5, 12, 42). Elías se midió tres veces sobre el hijo de la viuda (1 Reyes 17:21). Elías ordenó que derramasen agua sobre el holocausto tres veces (1 Reyes 18:34). Jesús dijo que el Reino del cielo es semejante a la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudo (Mateo 13:33). Jesús dijo a Pedro que le negaría tres veces (Mateo 26:34). Jesús dijo tres veces a Pedro: ¿me amas? (Juan 21:15, 17). Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches (Jonás 1:17). Jesús dijo: Destruid este templo y lo levantaré en tres días (Juan 2:19; Mateo 26:61). Jesús en Getsemane oró tres veces (Mateo 26:39, 44). Jesús resucitó el tercer día (Mateo 28:1), y en muchos otros lugares del Verbo se emplea igualmente, la palabra tres, y donde se emplea se trata siempre de una obra acabada y completa o perfecta; porque esto es lo que significa este número.

212. Hay tres cielos: un cielo superior, otro intermedio y otro inferior. El cielo superior forma el Reino celestial del Señor, el intermedio Su Reino espiritual y el inferior Su Reino natural. Así como hay tres cielos, así hay también tres sentidos en el Verbo: el celestial, el espiritual y el natural, y esto es así a causa de la triplicidad que existe en toda cosa Divina y por consiguiente en toda cosa completa y perfecta, según queda dicho más arriba (número 210). La naturaleza del Verbo, es pues ésta: En el sentido literal, que es el sentido natural, hay un sentido interior que es espiritual, y dentro de éste un sentido íntimo, que es celestial; y el sentido exterior, o sea el sentido natural, que se llama literal, es el continente, la base y el sostén de los dos sentidos interiores. Sin el sentido natural el Verbo sería como un cuerpo humano sin su continente o envoltura, que se llama cutis, y sin su base y sostén, que se llama esqueleto; sería también como el púlpito y el altar de un templo sin paredes y techo para resguardarlos de la intemperie. Por eso se dice en Isaías: Jehová cría sobre toda gloria cobertura (Isaías 4:5).

4. La Divina Verdad se halla en su Plenitud, en su Santidad y en su Poder en el sentido literal del Verbo.

214. El Verbo en su sentido literal se halla en su Plenitud, Santidad y Poder, porque los dos sentidos interiores, o sea el sentido espiritual y el sentido celestial, se hallan juntos en el sentido natural, o literal, y de la siguiente manera: Existe en el cielo y en el mundo un orden sucesivo y un orden simultáneo. En el orden sucesivo las cosas se siguen una tras otra, sucediéndose desde las superiores hasta las inferiores. Pero en el orden simultáneo, la una se halla al lado de la otra desde lo íntimo hasta lo extremo o exterior. El orden sucesivo es como una columna, graduada desde su punto superior hasta su base, mientras que el orden simultáneo es como una obra que adhiere dentro de su círculo o plano, desde el centro hasta su borde exterior. Ahora se dirá cómo el orden sucesivo se convierte en orden simultáneo en las últimas cosas: las cosas superiores en el orden sucesivo se vuelven interiores en el orden simultáneo, y las cosas inferiores en el orden sucesivo se vuelven exteriores en el orden simultáneo, comparativamente como si se derritiera una columna, hundiéndose en sí misma, y así convirtiéndose en un cuerpo plano, de forma circular, cuyas partículas interiores son las que formaban las partículas superiores de la columna, y cuyas partículas exteriores son las que formaban la base o parte inferior de la misma. Así se forma de lo sucesivo lo simultáneo, y esto en cada particular cosa del mundo natural y en cada particular cosa del mundo espiritual, así como en el conjunto de éste y de aquél; porque en todas partes hay un primero, un

intermedio y un último, y el primero tiende hacia el último y pasa a éste por conducto del intermedio. Conviene, sin embargo, hacer observar que hay grados de pureza con arreglo a los cuales ambos órdenes son determinados. Ahora al Verbo: Lo celestial, lo espiritual y lo natural proceden del Señor por orden sucesivo, y en las últimas cosas se hallan en orden simultáneo; así es que el sentido celestial y el sentido espiritual del Verbo se hallan juntos en su sentido natural simultáneamente. Comprendiéndose esto se puede ver de qué manera el sentido natural del Verbo es el continente, la base y el sostén de sus dos sentidos interiores, el espiritual y el celestial, y también de qué manera el Divino Bien y la Divina Verdad se hallan en su plenitud, en su Santidad y en su Poder en el sentido literal del Verbo. De todo esto resulta claro que el Verbo, en su sentido literal, es el Verbo mismo, porque interiormente en este sentido hay espíritu y vida. Esto es lo que dice el Señor en Juan 6:63: Las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida, porque el Señor habló Sus palabras en el sentido natural. Los dos sentidos interiores, el celestial y el espiritual, sin el sentido natural no serían el Verbo; serían como un espíritu y una vida sin un cuerpo, o como una casa sin fundamento.

215. Las verdades en el sentido literal del Verbo son por una grande parte verdades aparentes y no efectivas, siendo comparaciones y similitudes tomadas de las cosas de la Naturaleza, por lo cual se adaptan a la facultad intelectual de los simples y también de los niños. Pero son al mismo tiempo correspondencias, y por consiguiente, receptáculos y moradas de las verdades genuinas; son los vasos y platos que contienen las verdades genuinas, como una copa de cristal contiene vino generoso, y como una fuente de plata contiene un manjar delicioso. Las verdades genuinas y sus bienes se hallan en el interior, las verdades en el sentido espiritual y los bienes en el sentido celestial. Para ilustrar citaré unos ejemplos del Verbo.

Jesús dijo:

Ay de vosotros, escribas y fariseos; porque limpiáis lo que está de fuera del plato y del vaso, más de dentro están llenos de robo y de injusticia. Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro del vaso y del plato para que también lo de fuera se haga limpio (Mateo 23:25, 26).

Aquí el Señor habló por similitudes y comparaciones, las cuales al mismo tiempo eran correspondencias. Dijo vaso y plato, y vaso no sólo se refiere a la verdad del Verbo, sino que también la significa, porque por vaso aquí se entiende vino, y vino significa Verdad, así como por plato se entiende comida, y comida significa el bien. Por lo cual el limpiar lo de dentro del vaso y del plato significa purificar por medio del Verbo lo interior de la mente, que proviene de la voluntad y del entendimiento, para que también lo de fuera se haga limpio; significa que las cosas exteriores de la mente, que son el habla y las obras, son de esta manera purificadas, porque estas cosas exteriores derivan su esencia de la voluntad y del entendimiento. En otra ocasión dijo Jesús: Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino fino y hacía cada día banquete con esplendidez, y había también un mendigo, llamado Lázaro, el cual estaba echado a la puerta de él, lleno de llagas (Lucas 16:19, 20). Aquí habló el Señor igualmente por similitudes y comparaciones, que son correspondencias y contienen cosas espirituales. El hombre rico significa la nación judaica, llamada rica por poseer el Verbo, en el cual se hallan todos los tesoros espirituales; la púrpura y el lino fino, de lo cual se vestía, significan los bienes y las verdades de ese Verbo: la púrpura, los bienes; el lino, las verdades. El hacer banquete cada día con esplendidez significa su alegría por poseer el Verbo y oír de él muchas cosas en sus templos y sinagogas. El mendigo Lázaro significa los Gentiles, porque éstos no tenían el Verbo; que estaba echado a la puerta del hombre rico significa, que los Gentiles eran despreciados y rechazados por los Judíos; el estar lleno de llagas significa, que los Gentiles,

por ignorar la verdad, se hallaban en muchas falsedades. Por Lázaro se refiere el Señor a los Gentiles, porque amaba a los Gentiles como amaba a Lázaro, a quien resucitó de los muertos (Juan 11:8, 5, 36) y le llamó su amigo (Juan 11:2), y él comía con el Señor (Juan 12:2). Consta por estos dos pasajes, que las verdades y los bienes del sentido literal del Verbo son vasos, que contienen, y vestidos que cubren las verdades y bienes desnudos de los sentidos interiores. Puesto que el Verbo es así en el sentido literal, es claro que los que se hallan en verdades Divinas y creen, que el Verbo en su íntimo seno es lo Santo Divino, y sobre todo los que creen que lo es a causa de los sentidos interiores, el espiritual y el celestial, ven las verdades en la luz natural, cuando leen el Verbo en un estado de iluminación por el Señor, porque la luz del cielo, en que se halla el sentido espiritual del Verbo, influye en la luz natural, en la que está el sentido literal del Verbo, iluminando así la inteligencia del hombre, que es su sentido racional, y le hace ver y reconocer las Divinas verdades, no sólo donde aparecen en la superficie, sino también donde se hallan más ocultas. Las Divinas verdades influyen así con la luz del cielo, y en algunos a veces sin que se aperciban de ello.

216. Puesto que el Verbo en su íntimo seno, a causa de su sentido celestial, es como una llama suave que arde y anima, y en su región intermedia, a causa de su sentido espiritual, como una luz que ilumina, es también en su región inferior, o sea en sus últimas cosas, como un objeto diáfano que recibe en sí aquella llama y aquella luz, y que por la llama' tiene un color carmesí o de púrpura, y por la luz un color blanco de nieve, respectivamente como un rubí y un diamante, como un rubí por la llama celestial y como un diamante por la luz espiritual; por cuya razón el Verbo en su sentido natural es significado y representado por piedras preciosas, o por cosas parecidas, por ejemplo:

1. Por las piedras preciosas que formaban los fundamentos de la Nueva Jerusalén, vista por Juan (Apocalipsis 21:9 y siguientes).
2. Por Úrim y Thummim en el ephod de Aarón (Éxodo 28:6, 15, 17, 21, 29, 30).
3. Por las piedras preciosas en el jardín del Edén, donde se dice estaba el rey de Tiro (Ezequiel 28:12, 13).
4. Por las cortinas, el velo y las columnas del tabernáculo (Éxodo 26:1, 31, 36).
5. Por los exteriores del templo de Jerusalén (1 Reyes 6:7, 29, 30).
6. Pero el Verbo en su sentido interior, o sea en su Gloria, fue representado por el Señor, cuando fue transfigurado (Mateo 17:1, 5).
7. Y el Poder del Verbo en sus últimas cosas fue representado por los Nazareos (Números 6:1, 21).
8. El Verbo tiene un Poder indecible. Estos puntos se explicarán a continuación brevemente.

217. (1) Las Verdades del sentido literal del Verbo fueron representadas por las piedras preciosas, que formaban los fundamentos de la Nueva Jerusalén. En el mundo espiritual hay piedras preciosas como en el mundo natural, y llevan su origen espiritual de las verdades en el sentido literal del Verbo. Esto parece increíble; pero no obstante es verdad, y es por esta razón, que en el Verbo, cuando se mencionan piedras preciosas, se entienden verdades. De esto sigue, que las piedras preciosas que formaban los fundamentos del muro alrededor de la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:17, 21), significan las verdades doctrinales de la Nueva Iglesia, porque la Nueva Jerusalén quiere decir la Nueva Iglesia respecto de la doctrina sacada del Verbo, por lo cual su muro y los fundamentos de su muro, necesariamente representan lo exterior del

Verbo, o sea su sentido literal; porque de este sentido viene la doctrina, y por la doctrina la Iglesia, y es como un muro que protege una ciudad. Los fundamentos de la Nueva Jerusalén eran doce y consistían de otras tantas piedras preciosas, porque el número doce significa todas las verdades procedentes del bien, y en el citado pasaje significa, por consiguiente, todo cuanto pertenece a la doctrina.

218. (2) Los bienes y las verdades del Verbo en su sentido literal fueron representadas por las piedras preciosas en el ephod de Aarón, llamadas Urim y Thummim. —Urim y Thummim se hallaban colocadas en el ephod de Aarón, y el oficio sacerdotal de Aarón representaba al Señor en cuanto al Divino Bien y a la Obra de la Salvación. La vestidura sacerdotal o de santidad representaba las Divinas verdades, procedentes del Señor; el ephod representaba la Divina Verdad en sus últimas cosas, y por consiguiente el Verbo en su letra, porque esto es la Divina Verdad en sus últimas cosas. Las doce piedras preciosas con los nombres de las doce tribus de Israel, cuyas piedras eran Urim y Thummim, representaban por lo tanto las Divinas verdades, procedentes del Divino Bien, en su total complejo. Estas verdades, traslucientes del Divino Bien, resplandecen también como piedras preciosas, y Urim y Thummim representaban el traslucimiento y resplandor de las Divinas verdades, procedentes del Divino Bien, en sus últimas cosas, porque Urim es fuego fulgurante, y Thummim es resplandor en el lenguaje angelical, y en el idioma hebreo significa integridad. Por medio de Urim y Thummim fueron dadas contestaciones del cielo, por las variaciones de la luz y al mismo tiempo por una tácita percepción, y esto porque estas piedras representaban las verdades procedentes del Bien, en las últimas cosas del Verbo. Las contestaciones del cielo se dan mediante estas cosas, porque en las últimas cosas, o sea en el sentido literal, se halla en su Plenitud lo Divino que emana del Señor.

219. (3) Lo mismo significan las piedras preciosas en el jardín del Edén, donde se dice estaba el rey de Tiro. En Ezequiel leemos:

«Rey de Tiro, tú echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estabas; toda piedra preciosa fue la vestidura, el sardio, topacio, diamante, crisólito, ónice y berilo, el zafiro, carbunco y esmeralda y oro» (Ezequiel 28:12, 13).

Tiro en el Verbo significa la Iglesia con respecto a los conocimientos del Bien y de la Verdad; rey significa la verdad de la Iglesia; el huerto del Edén significa sabiduría e inteligencia por el Verbo; las piedras preciosas significan verdades traslucientes del Bien, como las que hay en el sentido literal del Verbo, y por significar las piedras preciosas estas verdades, se llaman su vestidura, porque el sentido literal cubre el sentido interior como una vestidura cubre el cuerpo humano.

220. (4) Los bienes y las verdades en sus últimas cosas, tales como son en el sentido literal del Verbo, eran representadas por las cortinas, los velos y las columnas del Tabernáculo. El Tabernáculo, construido por Moisés en el desierto, representaba el Cielo y la Iglesia, por cuya razón Jehová enseñó la forma y semejanza del mismo a Moisés en el monte Sinaí. Todas las cosas que estaban en el Tabernáculo, el candelero, el altar de oro para incienso y la mesa, sobre la cual estaban los panes de la proposición, representaban y significaban por lo tanto, las sagradas cosas del Cielo y de la Iglesia; la Ley misma, escrita en las dos tablas, significaba el Verbo, y los querubines encima de ella, significaban guardianes, a fin de que las santas cosas del Verbo no fueren violadas. Ahora bien; puesto que las cosas exteriores derivan su esencia de las interiores, y que ambas la derivan de lo más íntimo, lo cual en este caso era la Ley, sigue que las santas cosas del Verbo se hallaban representadas y significadas por todas las cosas que formaban parte del Tabernáculo. De ahí sigue a su vez que las últimas cosas del Tabernáculo, o sea las

cortinas, los velos y las columnas, que eran coberturas, continentes y sostenes del mismo, significaban las últimas cosas del Verbo, que son las verdades y los bienes del sentido literal.

221. (5) Lo mismo significaban y representaban los exteriores del Templo de Jerusalén. —La razón es que el templo igualmente que el Tabernáculo representaba el Cielo y la Iglesia, si bien el templo representaba el Cielo intermedio donde están los ángeles espirituales, y el Tabernáculo el Cielo íntimo donde están los ángeles celestiales. Ángeles espirituales son los que se hallan en sabiduría por el Verbo, pero ángeles celestiales los que se hallan en amor por el Verbo. El Templo de Jerusalén significaba en el sentido supremo, la Divina Humanidad del Señor, lo cual El Mismo manifestó con estas palabras:

«Destruid este templo y en tres días lo levantaré... Mas El hablaba del templo de su cuerpo» (Juan 2:19, 21).

y donde se trata del Señor, se trata del Verbo, porque El es el Verbo. Ahora bien; puesto que los interiores del templo representaban los interiores del Cielo y de la Iglesia, y por consiguiente también los interiores del Verbo, por eso sus exteriores representaban los exteriores del Cielo y de la Iglesia, y por consiguiente los exteriores del Verbo que forman su sentido literal. Respecto de los exteriores del templo leemos, que se fabricaron de piedras enteras, sin tallar, y por dentro de tablas de cedro; las paredes esculpidas de querubines, palmas y flores abiertas, y el piso cubierto de oro (1 Reyes 6:7, 29, 30), cuyas cosas asimismo significan los exteriores del Verbo, que son las santas cosas del sentido literal.

222. (6) Pero el Verbo en su sentido interior, sea en su Gloria, fue representado por el Señor Mismo, cuando fue transfigurado. —Respecto del Señor cuando fue transfigurado delante de Pedro, Jacobo y Juan, leemos que su rostro resplandeció como el sol; que sus vestidos fueron blancos como la luz y que aparecieron Moisés y Elías hablando con El. Que una nube blanca los cubrió y que de la nube procedió una voz que dijo: Este es mi Hijo amado, a él oíd (Mateo 17:1, 5). He sido instruido que el Señor entonces representaba el Verbo. Su rostro, que resplandeció como el sol, representaba el Divino Bien de su Divino Amor. Los vestidos que fueron blancos como la luz representaban la Divina Verdad de Su Divina Sabiduría. Moisés y Elías representaban el Verbo histórico y profético, Moisés el Verbo escrito por él y en general el Verbo histórico; Elías todo el Verbo profético, y la nube blanca que cubrió los discípulos representaba el Verbo en su sentido literal, por cuya razón procedió de ella la voz que dijo: Este es mi Hijo amado, a él oíd; porque jamás se dan anuncios o contestaciones del Cielo, sino por medio de las últimas cosas, tales como las que forman el sentido literal del Verbo, porque son dados por el Señor en plenitud.

223. (7) El Poder del Verbo en sus últimas cosas fue representado por los Nazareos. En el libro de los jueces leemos, que Sansón era Nazareo desde el vientre de su madre, y que su poder estaba en su cabello (Jueces 16:17). Nazareo y Nazareato significan cabello. No es posible conocer por sí mismo, por qué razón el Nazareato, que significa cabello, fue instituido, si no se sabe lo que en el Verbo significa cabeza. Cabeza significa la inteligencia que los ángeles y los hombres tienen por el Señor mediante la Divina Verdad, y cabello significa por consiguiente esta inteligencia en las cosas últimas o extremas, derivada de las verdades Divinas. Por esto era ley para los Nazareos, el no cortar su cabello, porque éste era el Nazareato de Dios sobre sus cabezas (Números 6:1, 21), y también era una ordenanza que el sumo sacerdote y sus hijos no debían cortar sus cabellos, a fin de que no muriesen y la ira de Dios viniera sobre todo Israel (Levítico 10:6). Puesto que el cabello, a causa de esta significación por correspondencia, es cosa tan santa, el Señor como el Verbo, o sea el Hijo del Hombre que apareció a Juan en el Apocalipsis, fue descrito

también con respecto a Su cabello que era blanco como lana o como la nieve (Apocalipsis 1:14). Igualmente el anciano de grande edad (Daniel 7:9). Por significar cabello verdades en las últimas cosas y por consiguiente el sentido literal del Verbo, acontece que los que desprecian el Verbo se vuelven calvos en el mundo espiritual; y por otra parte los que han apreciado el Verbo, teniéndolo en alta estima y considerándolo Santo, llevan allí abundante cabello. Fue también a causa de esta correspondencia, que los cuarenta y dos muchachos fueron despedazados por dos osas por llamar calvo al profeta Elíseo (2 Reyes 2:23, 24); porque Elíseo representaba la Iglesia con respecto a la doctrina del Verbo, y osa significa el poder del Verbo en sus últimas cosas, o sea en su sentido natural. El poder de la Divina Verdad, o sea del Verbo, se halla en este sentido en su plenitud, y en él los ángeles de ambos Reinos del Señor (el espiritual y el celestial) se reúnen con el hombre.

224. (8) El Verbo tiene un Poder indecible. — Apenas sabe hombre alguno actualmente que en las verdades hay un poder positivo, porque se supone que la verdad no es más que palabras pronunciadas por alguien que tiene autoridad, cuyas palabras por esta razón deben ser obedecidas; por consiguiente, se cree que es como el aliento de la boca o como el sonido en el oído; pero este concepto de la verdad es muy erróneo. La Verdad y el Bien son los principios esenciales en toda cosa, natural o espiritual. Casi nadie concibe y realiza que por medio de ellos fue creado el Universo; que mediante ellos el Universo es preservado y sostenido; que mediante ellos también fue creado el hombre, y que por consiguiente estas dos cosas principales y esenciales se hallan en toda cosa creada. En Juan 1:1, 3, 10 se dice sin embargo claramente, que el Universo fue creado mediante el Verbo; igualmente en David (Salmos 33:6), y puesto que el Verbo significa, y es, la Divina Verdad, fueron por consiguiente creados por medio de la Divina Verdad los cielos y los mundos, o sea el Universo entero, espiritual y natural, con todas las cosas que existen en él, y siendo así que el Universo fue creado por medio de la Divina Verdad, sigue de sí mismo, que también es preservado y sostenido mediante ella, porque así como la subsistencia es un perpetuo nacimiento, así la preservación y el sustento es una perpetua creación. El hombre mismo fue hecho por medio de la Divina Verdad, por lo cual todas las cosas que hay en él se refieren a la Verdad y al Bien, porque todo cuanto hay en el hombre se refiere a su entendimiento y a su voluntad, y el entendimiento es el receptáculo de la Divina Verdad, y la voluntad es el receptáculo del Divino Bien. La mente humana, que consiste de estos dos principios, es por consiguiente ni más ni menos que una forma de la Divina Verdad y del Divino Bien, organizada espiritual y naturalmente; y puesto que todas las cosas del hombre dependen de su mente, sigue que las cosas de su cuerpo son apendencias, actuadas por los dos mencionados principios, y qué viven por ellos. Por lo aquí expuesto resulta ahora más claro, que la razón por la cual Dios vino al mundo, haciéndose Hombre, era, que había de efectuar la Redención, porque mediante el asumir Naturaleza Humana introdujo Su Divina Verdad en las últimas cosas de esta Naturaleza, haciéndola la Divina Verdad misma, y asumió así mediante Su Humanidad toda potestad., echando abajo los infiernos (los cuales entonces habían crecido y subido hasta los cielos, donde estaban los ángeles), subyugándolos y poniéndolos en obediencia bajo Sí Mismo, y esto no lo hizo por medio de palabras pronunciadas, sino por medio del Verbo Divino, que es la Divina Verdad. Luego abrió una grande sima entre los infiernos y los cielos, cuya sima ning uno en el infierno puede franquear. Al primer intento es tormentado como una serpiente, puesta sobre planchas de hierro calientes, o sobre una hormiguera, porque los demonios y los satanás, al sentir el olor de la Divina Verdad, se precipitan instantáneamente en la profundidad, metiéndose dentro de sus cavernas, y tapan éstas cuidadosamente de manera a no dejar abierta la más mínima rendija. Esto hacen, porque su voluntad se halla en males y su entendimiento en falsedades, es decir, en lo que es opuesto al Divino Bien y a la Divina Verdad, y siendo así que el hombre consiste totalmente de estas dos cosas, o principios de vida - voluntad y

entendimiento, - como ya se ha dicho, por eso los malos y falsos son tan severamente impresionados, sobrecogidos y anonadados de cabeza a pies al sentir lo que es opuesto. Puede por esto constar, que el Poder de la Divina Verdad es inexprimible; y puesto que el Verbo en la Iglesia Cristiana es el Continente de la Divina Verdad en sus tres grados, es evidente, que esa Verdad es lo que se entiende por el Verbo en (Juan 1:3, 10). La Iglesia que se halla en la Verdad Divina por el Señor prevalece sobre los infiernos, como dijo el Señor a Pedro: Sobre esta piedra (roca) edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mateo 16:18). El Señor dijo esto después de haber confesado Pedro que Cristo era el Hijo del Dios viviente (Mateo 16:16), y por consiguiente que era la Divina Verdad, y esta Verdad es lo que se significa por roca (piedra) en este pasaje, como en cualquier otro lugar del Verbo.

5. La Doctrina de la Iglesia debe sacarse del sentido literal del Verbo y confirmarse mediante el mismo.

225. En el artículo precedente se ha explicado, que el Verbo está en su Plenitud, en su Santidad, en su Poder y en su sentido natural, y puesto que el Señor es el Verbo y el Primero y el Ultimo (como El Mismo dice en el Apocalipsis 1:17), sigue de sí mismo, que El se halla plenamente presente en este sentido y que enseña e ilumina al hombre mediante el mismo. De este sentido del Verbo debe sacarse la doctrina de la Iglesia, sin cuya doctrina el Verbo no se entiende, más la Divina Verdad, que ha de formarla, no aparece más que a aquellos que se hallan en iluminación por el Señor.

226. (1) Sin doctrina el Verbo no se entiende. La razón por la cual el Verbo no se entiende sin doctrina es que en su sentido literal consiste de meras correspondencias, a fin de que en él puedan estar juntas las cosas espirituales y celestiales, y que cada palabra pueda ser un continente y un sostén para estas cosas. Por este motivo las Divinas verdades en el sentido literal son rara vez verdades desnudas, sino revestidas; las verdades revestidas se llaman apariencias de verdad y son una multitud de cosas, que se adaptan al entendimiento de los simples, quienes no elevan sus pensamientos por encima de lo que ven delante de sus ojos. En algunos lugares del Verbo las verdades se revisten de cosas que parecen contradicciones, mas no lo son sino aparentemente. Mirado desde su sentido espiritual, que es el propio, el Verbo no contiene cosa alguna contradictoria. Aun menos se entiende en los profetas, donde las Divinas verdades se revisten de expresiones y de nombres de lugares y personas, de los cuales no se puede sacar sentido alguno en la letra. Siendo el Verbo así en su sentido literal, es claro que no se puede entender sin doctrina; pero esto se ilustrará, sin embargo, mediante ejemplos: Se dice en el Verbo, que Jehová se arrepiente (Éxodos 32:12, 14. Juan 3:9; 4:2) y también se dice, que Jehová no se arrepiente (Números 23:19; 1 Samuel 15:29). Sin doctrina estas dos manifestaciones no concuerdan. Se dice que Jehová visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación (Números 14:18), y dice por otra parte que los padres no morirán por los hijos ni los hijos por los padres: cada uno morirá por su pecado (Deuteronomio 24:16). La doctrina reconcilia estas manifestaciones aparentemente contradictorias. Jesús dijo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá (Mateo 7:7; 21:21, 22), Sin doctrina podría creerse, que todos recibirían lo que pedirían; pero por la doctrina se sabe, que cuando el hombre pide en el Señor, recibe todo lo que pide. Esto enseña el Señor también en Juan 15:7: Si estuviereis en Mí y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisierais y os será dado. El Señor dice: Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos (Lucas 6:20). Sin doctrina podría creerse, que el cielo es para los pobres y no para los ricos, pero la doctrina enseña que por pobres se entiende los pobres en el espíritu; porque el Señor dice: Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5:3). En otro lugar dice: No juzguéis para que no seáis juzgados: con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados (Mateo 7:1, 2). Sin doctrina cualquiera podría concluir que no se debe juzgar

acerca de un hombre malévolos, que es malo; pero según la doctrina es lícito juzgar, mas con justicia; porque el Señor dice: Juzgad justo juicio (Juan 7:24). Jesús dijo: No seáis llamados Rabbi (maestro), porque uno es vuestro maestro: Cristo No llaméis vuestro padre a nadie en la tierra, porque uno es vuestro padre, el cual está en los cielos. Ni seáis llamados señores, porque uno es vuestro Señor: Cristo (Mateo 23:8, 9, 10). Sin doctrina se podría creer, que no es permitido llamar a nadie maestro, padre o señor; pero por la doctrina se sabe que esto es lícito en sentido natural, mas no en sentido espiritual. Jesús dijo a sus discípulos: Cuando se sentará el Hijo del Hombre en el trono de su gloria vosotros también os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mateo 19:28). Por estas palabras podría pensarse, que los doce discípulos del Señor también han de juzgar, siendo sin embargo así, que ellos no pueden juzgar a nadie. La doctrina aclara esto, enseñando que sólo el Señor, que es Omniscio y conoce todos los corazones, ha de juzgar y tiene capacidad para juzgar, y que «los doce discípulos» significan la Iglesia con respecto a las verdades y los bienes que posee por virtud del Señor mediante el Verbo, por lo cual estos bienes y verdades son los que han de juzgar a cada uno según las palabras del Señor en Juan 3:17, 18; 12:47, 48. Hay en el Verbo muchas manifestaciones como las aquí citadas, y consta por esto que el Verbo no puede entenderse sin doctrina.

227. Mas con doctrina el Verbo no solamente se entiende, sino que brilla en el entendimiento, porque la doctrina es como un candelero con lámparas encendidas, y con ella ve uno más que lo que vio sin ella, y entiende cosas que antes no entendía: lo que es oscuro o discordante pasa inapercibido, o si lo ve, lo explica en conformidad con la doctrina. La experiencia en el mundo cristiano demuestra que el Verbo se mira y se comprende según y conforme la doctrina. Los Reformados miran el Verbo según su doctrina y lo explican según ella; los Papistas según la suya, y los Judíos según la suya; por consiguiente, a la luz de una doctrina falsa se ven falsedades, mientras que la doctrina verdadera da a conocer las verdades. Es pues evidente, que la verdadera doctrina es como una lámpara en la oscuridad y como un letrado, que indica el camino. Los que leen el Verbo sin doctrina, están en oscuridad con respecto a toda verdad; su mente es vagabunda, vacilante y propensa a errores; se abandonan fácilmente a herejías, a las cuales abrazan, si otros las favorecen, o si son sostenidas por hombres de autoridad, y si su reputación no peligra. Porque para ellos el Verbo es como un candelero sin luces, envuelto en sombra y oscuridad, y apenas ven en él cosa alguna como verdad, porque sólo la doctrina verdadera puede servir de lámpara. Varias tales personas fueron examinadas por los ángeles en mi presencia con el resultado de que podían confirmar por el Verbo todo cuanto deseaban, y confirmaban especialmente las cosas que concordaban con su egoísmo y con los deseos egoístas de los que les favorecían. Pero luego les vi despojados de sus vestidos, señal de que se hallaban sin verdades, porque en el mundo espiritual vestidos son verdades.

229. (2) La doctrina debe sacarse del sentido literal del Verbo y confirmarse mediante el mismo. — La razón es que sólo en el sentido literal se halla el Señor plenamente presente, y sólo mediante este sentido enseña e ilumina; porque el Señor siempre opera en plenitud, y el Verbo se halla en su plenitud en el sentido literal, como ya se ha dicho. De este sentido del Verbo puede sacarse con amplitud una doctrina de genuinas verdades; porque el Verbo, en su sentido natural, es como un hombre vestido, cuyo rostro y manos son desnudos. Todas las cosas que pertenecen a la fe y a la vida del hombre, es decir, a su salvación, son allí desnudas. Las demás se hallan revestidas, mas traslucen en muchos lugares, como al través de un velo transparente.

230. Podría creerse que la doctrina de verdades genuinas puede sacarse del sentido espiritual del Verbo, cuyo sentido el Señor revela mediante el conocimiento de las correspondencias; pero la doctrina misma no se saca de este sentido, si bien es corroborada e ilustrada mediante el mismo; porque, como ya se ha dicho (número 161), el hombre puede por medio de algunas correspondencias que le son conocidas, inventar otras y así falsificar el Verbo, juntándolas y aplicándolas a confirmar lo que lleva en su mente por algún principio adoptado. El sentido espiritual es dado percibir al hombre solamente por el Señor, quien lo guarda y protege como el cielo de los ángeles, porque en este sentido está el cielo.

231. (3) Las verdades, genuinas, que han deformar la doctrina, aparecen en el sentido literal del Verbo, mas sólo a aquellos que se hallan en iluminación por el Señor. —La iluminación viene del Señor sólo y se halla en los que aman las verdades por ser verdades, aplicándolas al uso de la vida; a nadie más que a éstos es dado iluminación por medio del Verbo. La razón por la cual la iluminación viene del Señor sólo es que el Verbo es de El y El mismo se halla en el Verbo; y la razón por la cual la iluminación se halla en aquellos, que aman las verdades por ser verdades, aplicándolas al uso de la vida, es que éstos se hallan en el Señor y el Señor en ellos; y el hombre ama al Señor, cuando vive conforme Sus verdades Divinas, por consiguiente cuando por medio de ellas presta usos y provechos; porque el Señor mismo dice: En aquel día conoceréis que estáis en Mí y yo en vosotros; el que tiene mis mandamientos y los guarda aquél es el que me ama y yo le amaré y me manifestaré a él; vendré a él y haré con él morada (Juan 14:20, 21, 23), Estos son los que se hallan en iluminación por el Señor cuando leen el Verbo.

232. Lo contrario acontece con los que leen el Verbo a la luz fatua de la doctrina de una religión falsa, y mayormente con los que confirman esa doctrina por el Verbo, con el fin de conseguir gloria para sí mismos y ventajas mundanas. Con estos hombres el Verbo se halla en la sombra de la noche; leen verdades, mas no las ven, y si por ventura ven sus sombras las falsifican. Estos son los, de quienes dice el Señor: Tienen ojos y no ven; oídos y no entienden (Mateo 13:15). Por esta razón su luz respecto de las cosas espirituales, que pertenecen a la Iglesia, se vuelve exclusivamente natural, y la vista de su mente llega a ser como la de uno que ve espectros estando despierto en su cama, o como la de un sonámbulo, que cree estar despierto cuando duerme.

233. Me ha sido permitido hablar con muchos hombres después de su muerte, quienes creían que habían de resplandecer como .estrellas en el cielo, porque— como dijeron— miraban el Verbo como santo, leyéndolo muchas veces desde el principio hasta el fin, coleccionando de él muchas cosas, mediante las cuales confirmaban los dogmas de su fe, por cuya razón tenían fama de hombres eruditos. Creían que llegarían a ser Micaeles y Rafeles; pero muchos de ellos fueron examinados con respecto al amor, que motivaba su estudio del Verbo, y resultó que algunos de ellos lo habían estudiado por amor a sí mismos, con objeto de conseguir honores y estima como príncipes o jefes de la Iglesia, y otros por amor al mundo, siendo su objeto ganar fortuna. Al ser examinados con respecto a su conocimiento y entendimiento del Verbo, resultó que no conocían una sola verdad genuina, sino sólo verdades falsificadas, las cuales en sí mismas son falsedades pútridas, porque tienen en el cielo un olor de putridéz; y les fue dicho que eran así por haber leído el Verbo con fines egoístas y mundanos y no con el objeto de buscar la verdad de la fe y el bien de la vida. Cuando los fines son egoístas y mundanos, la mente, al leer el Verbo, se mantiene fija en el deseo egoísta y mundano, por lo cual el hombre entonces piensa por virtud de su propia naturaleza, y ésta se halla en densas tinieblas con respecto al Cielo y a la Iglesia. En este estado el hombre no puede ser elevado por el Señor a la luz del cielo y por consiguiente no puede recibir influjo alguno del Señor por medio del cielo. Vi que estas personas fueron introducidas en el cielo; mas apenas estuviesen allí, se notó

que carecían de verdades, por lo cual fueron precipitados, y no obstante permanecía con ellos el orgullo de su propio mérito. Cosa diferente sucedió con los que habían estudiado el Verbo con el deseo de conocer la verdad por ser verdad y por ser útil a la vida, no sólo a su propia vida, sino también a la de sus prójimos. Estos fueron también elevados al cielo, y por consiguiente a la luz, en la cual se halla allí la Divina Verdad, y al mismo tiempo fueron elevados a la sabiduría angelical y a la felicidad, en la cual se hallan los ángeles.

6. Por conducto del sentido literal del Verbo se verifica conjunción con el Señor y asociación con los ángeles.

234. Mediante el Verbo se verifica conjunción con el Señor, porque el Señor mismo es el Verbo, esto es, la Divina Verdad y el Divino Bien en el Verbo. La Conjunción se verifica por medio del sentido literal, porque en este sentido el Verbo se halla en su plenitud, en su santidad y en su poder, como queda demostrado en un artículo precedente. Esta conjunción no se deja sentir distintamente por el hombre, más se halla en la inclinación a la verdad y en la percepción de la misma. Mediante el sentido literal se verifica también asociación con los ángeles, porque el sentido espiritual y celestial está dentro del sentido literal y los ángeles se hallan en estos sentidos interiores; los ángeles del reino espiritual del Señor en el sentido espiritual y los ángeles del reino celestial del Señor en el sentido celestial. Estos dos sentidos se perciben por medio del sentido literal, cuando el Verbo es leído por un hombre que lo estima y ama por ser santo e inspirado por Dios. La evolución y la percepción son instantáneas y así es por consiguiente también la asociación.

235. Que los ángeles espirituales se hallan en el sentido espiritual del Verbo y los ángeles celestiales en el sentido celestial, he podido comprobar varias veces mediante viva experiencia. Al leer el Verbo en su sentido literal me ha sido dado percibir, que me fue dada comunicación con el cielo, ora con una, ora con otra sociedad allí. Lo que yo entendía en el sentido natural, lo entendían los ángeles espirituales en el sentido espiritual y los ángeles celestiales en el sentido celestial, y esto instantáneamente. Esta experiencia se ha repetido millares de veces y no tengo duda alguna de esta verdad. Hay también espíritus, que están debajo del cielo, que abusan de esta comunicación, porque recitan algunos pasajes del sentido literal del Verbo y observan y notan inmediatamente con qué sociedad se efectúa la comunicación. Esto he visto y oído también varias veces. Por estas experiencias me ha sido dado conocer, que el Verbo en su sentido literal es el medio Divino de conjunción con el Señor y de asociación con los ángeles.

236. Ilustraré mediante ejemplos de qué manera los ángeles espirituales y celestiales perciben su respectivo sentido por el sentido natural, cuando el hombre lee el Verbo, y tomaré como ejemplos cuatro mandamientos del decálogo; el quinto mandamiento dice: No matarás. Por esto el hombre no sólo entiende matar, sino también abrigar sentimientos de odio y de venganza hasta desear la muerte a su prójimo. Un ángel espiritual entiende por matar el hacer las obras de un demonio, destruyendo el alma del hombre; pero un ángel celestial entiende por matar el odiar al Señor y al Verbo. El sexto mandamiento dice: No cometerás adulterio. El hombre entiende por esto, violar la fe conyugal, obrar obscenamente, hablar lascivosamente y abrigar pensamientos sucios. Un ángel espiritual entiende adúlterar los bienes del Verbo y falsificar sus verdades; pero un ángel celestial entiende negar la Divinidad del Señor y profanar el Verbo. El séptimo mandamiento dice: No hurtarás. El hombre entiende por esto, robar, defraudar y quitar del prójimo sus bienes bajo cualquier pretexto. Un ángel espiritual entiende despojar o privar a otros de los bienes y verdades de su fe mediante falsedades y males; pero un ángel celestial entiende atribuirse a sí mismo las cosas que pertenecen al Señor, y pretender para sí Su justicia y mérito.

El octavo mandamiento dice: No hablarás contra tu prójimo falso testimonio. El hombre entiende por esto también, mentir y difamar. Un ángel espiritual entiende decir, y persuadir a otros a creer, que falsedad es verdad, que un mal es un bien y viceversa; pero un ángel celestial entiende blasfemar al Señor y al Verbo. De esta manera el sentido espiritual y el sentido celestial se extraen del sentido natural del Verbo, dentro del cual se hallan, y, lo que es asombroso, los ángeles extraen para sí lo que es de ellos, sin saber lo que piensa el hombre; sin embargo, los pensamientos de los ángeles y los del hombre hacen uno por medio de correspondencias, como la intención o el fin, la causa y el efecto; y en verdad, los fines están en el reino celestial, las causas en el reino espiritual y los efectos en el reino natural. El Verbo, en su letra, es como una caja en la que se hallan colocadas por su orden piedras preciosas, perlas y diademas. El hombre que lee el Verbo reverentemente y piensa racionalmente de lo que lee en el sentido natural, es como uno que envía al cielo tal caja, que conforme sube se abre y las joyas llegan a las manos de los ángeles, quienes se deleitan con su vista sintiendo íntimo gozo al contemplarlas y este gozo de los ángeles se comunica al hombre, causando consolación y comunicación de percepciones. Para fomentar esta asociación con los ángeles y al mismo tiempo la conjunción con el Señor fue instituida la Santa Cena, cuyo pan en el cielo se vuelve Divino Bien y cuyo vino allí se transforma en Divina Verdad, ambos procedentes del Señor. Esta correspondencia existe desde la Creación, y su objeto es que el Cielo de los ángeles y la Iglesia en la tierra, así como en general el mundo espiritual y el mundo natural, puedan formar uno, a fin de que el Señor pueda unirse a ambos y ambos tener conjunción con El.

7. El Verbo está en todos los cielos y del mismo viene la sabiduría de los ángeles.

240. Hasta ahora se ha ignorado, que el Verbo está también en los cielos, y no podía menos de ignorarse mientras se ignoraba, que los ángeles y los espíritus son hombres como los hombres en la tierra, y que existen entre ellos cosas similares a las que existen entre los hombres en el mundo natural, con la sola diferencia de que los ángeles y los espíritus son en sí mismos espirituales, y que todas las cosas que existen entre ellos, son de origen espiritual, mientras que los hombres en el mundo son naturales, y todas las cosas que entre ellos existen son naturales. Por ignorarse esto no podía saberse que el Verbo existe también en los cielos, que lo leen los ángeles allí y también los espíritus, que se hallan debajo de los cielos. Pero a fin de que esto no permaneciera un secreto para siempre, me ha sido concedido estar en compañía de ángeles y espíritus, hablar con ellos, enterarme de sus circunstancias y luego referir muchas cosas que he visto y oído. Estas he publicado en una obra que trata del Cielo y del Infierno (publicada en Londres en el año 1758) en cuya obra se puede ver, que ángeles y espíritus son hombres y' que entre ellos existen en abundancia todas las cosas que existen entre los hombres en el mundo. Que los ángeles y los espíritus son hombres, puede verse en dicha obra (El Cielo y del Infierno 73-77; 453-456). Que hay entre ellos cosas similares a las que hay entre los hombres en el mundo (El Cielo y del Infierno 70-190) y también que entre ellos se celebran cultos Divinos y en sus templos predicaciones (El Cielo y del Infierno 221-227); que tienen escritos y libros (El Cielo y del Infierno 258-264) y que tienen la Sagrada Escritura, o sea el Verbo (El Cielo y del Infierno 259).

241. En cuanto al Verbo en los cielos se halla escrito en un estilo espiritual, del todo diferente del estilo natural. El estilo espiritual consiste de letras únicamente, cada una de las cuales envuelve cierto sentido, y

entre cada letra, dentro de la misma y sobre la misma hay pequeños puntos, curvas y líneas, que elevan el sentido. Con los ángeles del reino espiritual las letras son similares a las que se emplean en nuestro mundo en imprenta, y con los ángeles del reino celestial son con algunos como las letras árabes, con otros como las antiguas letras hebreas, pero encorvadas por arriba y por abajo, con señales encima, entre, y dentro de cada una; cada una de estas señales envuelven asimismo un sentido completo. Los nombres de personas y lugares en el Verbo son indicadas con señales, por las cuales los sabios comprenden la significación espiritual y celestial de cada nombre; por ejemplo: Moisés significa la parte del Verbo, dada por conducto de él, y en un sentido más general el Verbo histórico; Elías significa el Verbo profético; Abraham, Isaac y Jacob significan el Señor con respecto al Celestial/Divino, Espiritual/Divino y Natural/Divino, respectivamente; Aarón significa el Sacerdocio del Señor y David su Realeza; los nombres de los hijos de Jacob, o de las doce tribus de Israel, significan las diferentes cosas del Cielo y de la Iglesia y lo mismo significan los nombres de los doce discípulos del Señor. Sión y Jerusalén significan la Iglesia con respecto a la doctrina del Verbo, y el país de Canaán la Iglesia misma; los lugares y ciudades en el país de esta y de aquella parte del Jordán significan las varias cosas pertenecientes a la Iglesia y a su doctrina. El caso es igual con respecto a los números. Estos no se hallan en el Verbo que está en los cielos, más en lugar de ellos hay cosas a las cuales corresponden los números. Por esto se ve que el Verbo en los cielos, en cuanto a su sentido literal, es similar al nuestro, y que al mismo tiempo corresponde a éste, de manera que ambos forman uno. Es maravilloso observar cómo el Verbo en los cielos se halla escrito de manera a poder entenderlo los simples con simplicidad y los sabios con sabiduría; porque hay muchas curvas y señales sobre las letras, las cuales, como ya se ha dicho, elevan el sentido. Los simples hacen caso omiso de éstas, y no tienen de ellas conocimiento, pero los sabios fijan en ellas su atención y las comprenden cada uno según su sabiduría, hasta el más sabio. En cada sociedad grande hay un ejemplar del Verbo, escrito por ángeles inspirados por el Señor, y es guardado en el repositorio sagrado que hay en la sociedad, a fin de que el Verbo no sea modificado en el más mínimo detalle. El Verbo que tenemos en el mundo se parece al que está en los cielos en esto de que los simples lo entienden con simplicidad y los sabios con sabiduría, pero aquí se verifica esto de otra manera.

242. Que toda la sabiduría de los ángeles viene del Verbo confiesan ellos mismos, porque conforme se hallan con entendimiento del Verbo se hallan en luz. La luz del cielo es la Divina Sabiduría, la cual para sus ojos es luz. En el repositorio sagrado, donde se halla depositado el Verbo, la luz es como una llama de intensa claridad, excediendo todo grado de luz en el cielo fuera del repositorio. La sabiduría de los ángeles celestiales excede a la de los ángeles espirituales casi tanto como la de los ángeles espirituales excede a la de los hombres, y esto porque los ángeles celestiales se hallan en el bien del amor del Señor y los ángeles espirituales en las verdades de la sabiduría del Señor, y donde quiera que esté el bien del amor, allí mora también la sabiduría junto con el bien, pero donde predominan las verdades, hay sabiduría tan sólo en la medida en que hay bien del amor juntamente con las verdades. Esta es la razón por la cual el Verbo en el reino celestial del Señor está escrito en un estilo diferente del estilo en que está escrito en el reino espiritual, porque en el Verbo del reino celestial se hallan expresados los bienes del amor, y los signos corresponden a las inclinaciones del amor; pero en el Verbo del reino espiritual se hallan expresadas las verdades de la sabiduría y los signos en él corresponden a las percepciones interiores de los ángeles respecto de la verdad. Puede por esto constar cuanta sabiduría se halla almacenada en el Verbo que tenemos en el mundo, porque en él se halla oculta toda la sabiduría angelical, que es inefable, y el hombre que por el Señor es hecho un ángel, es introducido en esta sabiduría después de la muerte.

8. La Iglesia nace del Verbo y es en el hombre tal como es su entendimiento respecto del Verbo.

243. Que la Iglesia nace del Verbo no puede ser objeto de duda; porque más arriba se ha explicado que el Verbo es la Divina Verdad (143 al 145); que la doctrina de la Iglesia se saca del Verbo (170 al 173), y que por conducto del Verbo se tiene conjunción con el Señor (177-179). Pero que el entendimiento que se tiene respecto del Verbo determina la cualidad de la Iglesia, puede ofrecer duda, por cuanto hay quienes creen ser de la Iglesia por tener el Verbo, por leerlo o por oírlo predicar y conocer algo de su sentido literal, mientras sin embargo ignoran de qué manera esto y aquello en el Verbo se debe entender, y muchos de ellos no atribuyen importancia a esto; por lo cual será demostrado aquí que no es el Verbo, sino el entendimiento que se tiene respecto del Verbo, que hace la Iglesia en el hombre, y que la cualidad de la Iglesia es tal como es el entendimiento que respecto del Verbo tienen los que la forman.

244. La Iglesia es tal como es el entendimiento que se tiene del Verbo, porque es tal como son las verdades de la fe y los bienes del amor, y éstos son las dos cosas universales, que se hallan en todo detalle del sentido literal del Verbo y también ocultas en lo interior, como objetos preciosos en una tesorería. Las del sentido literal del Verbo aparecen a todo hombre, porque se presentan directamente a la vista; pero las que se hallan ocultas en el sentido espiritual, no aparecen más que a los que aman las verdades por ser verdades y obran el bien por ser bien. Ante éstos se abre la tesorería que se halla cerrada y guardada por el sentido literal, y estas cosas interiores son las que esencialmente hacen la Iglesia. Sólo por virtud de ellas la hacen las cosas del sentido literal, y permaneciendo oculto el sentido interior, el sentido literal está sujeto a mala interpretación y falsificación, como en efecto es falsificado por los que leen el Verbo a la luz de una doctrina falsa.

245. Que la Iglesia es conforme la doctrina y que la doctrina se saca del Verbo es ya sabido; pero a pesar de esto no es la doctrina en y por sí que determina la cualidad de la Iglesia, sino la sanidad y la pureza de la doctrina, y por consiguiente el entendimiento que se tiene respecto del Verbo. Tampoco es la doctrina en y por sí que establece y determina la Iglesia en el hombre individual, sino la fe y la vida conforme la doctrina. De igual manera no es el Verbo en y por sí que establece y determina la Iglesia en particular en el individuo, sino la fe conforme las verdades y una vida conforme los bienes, que el individuo deriva del Verbo y aplica a sí mismo. El Verbo es como una mina que en sus profundidades contiene oro, plata y piedras preciosas, tanto más preciosas cuanto más interiores; y esta mina se abre conforme se abre el entendimiento que se tiene del Verbo. El Verbo, sin el entendimiento de cómo es en sí mismo, en su interior y en sus profundidades, no puede determinar la Iglesia en el hombre más que la mina más rica del mundo puede hacer rico a un hombre que no sea su propietario, o que no tome parte en su explotación. Los que tienen el Verbo y lo leen, y sin embargo no buscan verdades genuinas para la fe ni bienes genuinos para la vida, son como los que saben, por oírlo decir, que en él existen grandes tesoros, pero que no reciben de ellos un ochavo. Los que poseen y leen el Verbo sin derivar de él entendimiento alguno de verdades genuinas ni voluntad alguna de bienes genuinos, son como los que creen ser ricos por el dinero que han tomado prestado de otros, o por tener en su posesión fincas, casas y mercancías pertenecientes a otros; que semejante creencia es necia admitirá toda persona de sano juicio.

246. Tal era sin embargo la nación judaica. Poseía el Verbo, por lo cual el Señor la comparó con un hombre rico, que vestía púrpura y lino fino y celebraba banquetes cada día. Pero no sacaba verdad genuina alguna de él; no sacaba del Verbo bienes ni verdades bastantes para tener piedad y misericordia del pobre Lázaro, que estaba echado a su puerta, lleno de llagas, y no solamente no sacaba para sí verdad alguna del Verbo, sino que se apropiaba de las falsedades en tanta abundancia, que al fin no podía

distinguir una sola verdad, porque las verdades son eclipsadas por las falsedades en el entendimiento humano, y no tan sólo eclipsadas, sino extinguidas y expulsadas. La consecuencia de esto fue que los judíos no reconocieron al Mesías, por más que todos los profetas habían anunciado Su venida en la carne.

247. En muchos lugares en el Verbo profético se describe la iglesia judaica como totalmente destruida y aniquilada a causa de la falsificación del Verbo, o sea a causa del falso sentido, o falso entendimiento que tenían del mismo; porque esto y no otra cosa es lo que destruye la Iglesia. El entendimiento, respecto del Verbo, tanto el verdadero cuanto el falso, es descrito en los Profetas bajo el nombre de Efraím, especialmente en Óseas; porque Efraím significa el entendimiento que se tiene del Verbo en la Iglesia. Puesto que el entendimiento respecto del Verbo determina la Iglesia, se llama en el Verbo a Efraím un hijo precioso, niño delicioso, el primogénito (Jeremías 31:9, 20); fortaleza de la cabeza de Jehová (Salmos 60:7; Salmos 108:8); valiente (Zacarías 10:7); henchido como arco (Zacarías 9:13), y a los hijos de Efraím armados y flecheros (Salmos 78:9); porque arco significala doctrina del Verbo luchando contra las falsedades. Esto era también la razón por la cual Efraím, por más que fue colocado por José a la izquierda de Israel, sin embargo, fue bendecido por éste, con la mano derecha y recibido por Israel en lugar de Rubén (Génesis 48:5, 11 y siguientes). Por la misma razón Efraím con su hermano Manases, fue enaltecido sobre todos los demás por Moisés, cuando bendijo los hijos de Israel bajo el nombre de su padre José (Deuteronomio 33:13, 17). El estado de la Iglesia, cuando el entendimiento respecto del Verbo se halla destruido, es igualmente descrito en los Profetas bajo el nombre de Efraím, especialmente en Óseas, como por ejemplo en los siguientes pasajes:

«Israel y Efraím tropezarán y caerán. Efraím será asolado. Efraím es vejado y quebrantado en juicio» (Oseas 5:5, 9, 11, también 12, 14).

« ¿Qué haré a ti, Efraím? Tu piedad es como nube de la mañana, y como el rocío matutino desaparece» (Óseas 6:4).

«No quedarán en la tierra de Jehová, sino que volverá Efraím a la tierra de Egipto y comerán viandas impuras en Asiría» (Óseas 9:3).

El país o la tierra de Jehová es la Iglesia; Egipto los saberes del hombre natural y Asiría raciocinio por estos saberes. Por dichos saberes y por su raciocinio el Verbo es falsificado con respecto al entendimiento interior; por eso se dice que Efraím volverá a Egipto y comerá cosas impuras en Asiría.

«Efraím se apacienta del viento y sigue al Solano; aumenta diariamente y multiplica mentira y destrucción; hace alianza con los Asirios y lleva aceite a Egipto» (Oseas 12:2).

Apacentarse del viento y seguir al Solano, multiplicar mentira y destrucción es falsificar las verdades y así destruir la Iglesia. Lo mismo significa la fornicación de Efraím, porque fornicación significa la falsificación del entendimiento respecto del Verbo, es decir, de sus verdades genuinas; de esto se habla en los siguientes pasajes:

«Yo conozco a Efraím que ha fornicado y se ha contaminado Israel» (Óseas 5:3).

«He visto horrible cosa en la casa de Israel, allí fornicó Efraím y se contaminó Israel» (Óseas 4:10).

Israel es la Iglesia misma, y Efraím es el entendimiento respecto del Verbo, de cuyo entendimiento viene la Iglesia y conforme el cual se halla; por esto se dice: Efraím fornicó e Israel se contaminó. La Iglesia en la

nación de Israel y Judá, estaba totalmente destruida a causa de las falsificaciones del Verbo, por lo cual se dice de Efraím:

« ¿Te dejaré, Efraím? ¿Te entregaré, Israel? ¿Te haré como Adma y te pondré como Zeboim?» (Oseas 11:8).

La profecía de Oseas, desde su primero hasta su último capítulo, trata de la falsificación del entendimiento genuino respecto del Verbo, y de la destrucción de la Iglesia por esta causa. La falsificación de la verdad es significada por fornicación. Por esta razón el profeta fue mandado representar el estado de la Iglesia, con tomarse por mujer una ramera con la cual tuvo hijos (Óseas 1), y luego fue mandado tomar por mujer una adúltera (Óseas 3). Los citados pasajes quedan sentados a fin de que se conozca y quede demostrado por el Verbo, que la Iglesia es tal como es el entendimiento que en ella se tiene del mismo, es decir, que es excelente y preciosa si el entendimiento es formado por verdades genuinas, procedentes del Verbo; pero arruinada y sucia si es formado por verdades falsificadas.

9. En todo detalle del Verbo existe unión matrimonial entre el Señor y la Iglesia y por ello entre el bien y la verdad.

248. Que en todo detalle del Verbo existe unión matrimonial entre el Señor y la Iglesia y por ello entre el bien y la verdad, se ha ignorado hasta ahora. No se ha sabido, porque el sentido espiritual del Verbo no ha sido revelado hasta ahora, y sin este sentido no es posible ver y conocer esta unión matrimonial. Este matrimonio viene de la relación mutua entre los dos sentidos interiores del Verbo, el celestial y el espiritual. En el sentido espiritual lo que hay en el Verbo se refiere principalmente a la Iglesia, y en el sentido celestial principalmente al Señor; en el sentido espiritual se refiere a la Divina Verdad y en el sentido celestial al Divino Bien. De ahí viene el matrimonio entre ellos, es decir, entre el Señor y la Iglesia, y por consiguiente, entre el bien y la verdad. Mas esta unión matrimonial aparece únicamente a los que por virtud del sentido celestial y espiritual del Verbo, conocen la significación de las palabras y de los nombres; porque algunos son predicados del bien, algunos de la verdad, y algunos envuelven ambos; por lo cual, es necesario conocer la significación espiritual y celestial de las palabras y de los nombres, para poder ver y conocer la unión matrimonial que allí existe. Por haber en el Verbo tal unión matrimonial, se encuentra allí a menudo dos expresiones que parecen indicar una misma cosa. No son sin embargo repeticiones, sino que la una se refiere al bien y la otra a la verdad, mientras que ambas juntas representan la conjunción del bien con la verdad y así forman el completo. De ahí viene también la santidad del Verbo, porque en toda obra Divina existe el bien unido a la verdad y la verdad unida al bien.

249. Dijimos que en cada detalle del Verbo hay unión matrimonial entre el Señor y la Iglesia y por ello matrimonio entre el bien y la verdad; porque donde existe matrimonio entre el Señor y la Iglesia, allí existe también matrimonio entre el bien y la verdad, puesto que este último matrimonio es determinado por el primero. Cuando la Iglesia o el individuo de la Iglesia se halla en verdades, influye el Señor en ellas con el bien y las vivifica, o lo que es lo mismo, cuando el individuo de la Iglesia se halla con entendimiento de la verdad, influye el Señor en su entendimiento con el bien de la caridad, infundiéndole vida. En todo hombre hay dos facultades vitales, a saber, el entendimiento y la voluntad; el entendimiento es el receptáculo de la verdad y por ello de la sabiduría; la voluntad es el receptáculo del bien y por ello de la caridad. Estas dos facultades deben formar uno, a fin de que el hombre pueda ser una iglesia, y forman uno cuando el entendimiento del hombre es formado por verdades genuinas (aparentemente por él mismo, o por su propia virtud), y cuando es henchido del bien del amor que influye del Señor; de ahí tiene el hombre la vida de la verdad y la vida del bien; la primera en su

entendimiento, la última en su voluntad; y estas vidas, unidas en lazo matrimonial, no son dos sino una. Este es el matrimonio del Señor con la Iglesia y asimismo el matrimonio del bien con la verdad en el hombre.

250. Que en el Verbo a menudo se encuentran juntas dos expresiones, que parecen repetición de una misma cosa, puede ver todo el que quiere cerciorarse de ello. Por ejemplo: hermano y compañero, pobre y menesteroso, desierto y soledad, vanidad y vaciedad, hostilidad y enemistad, pecado é iniquidad, ira y furor, nación y pueblo, gozo y alegría, llanto y lloro, justicia y juicio, cuyos términos parecen sinónimos y sin embargo no lo son; porque, hermano, pobre, desierto, vanidad, hostilidad, pecado, ira, nación, gozo, llanto y justicia son predicados del bien, y en el sentido opuesto del mal, mientras que compañero, menesteroso, soledad, vaciedad, enemistad, iniquidad, furor, pueblo, alegría, lloro y juicio son predicados de la verdad, y en el sentido contrario de la falsedad. Al que desconoce el secreto, las dos expresiones parecen idénticas, más en realidad son dos cosas distintas, las cuales sin embargo llegan a formar una cosa completa por conjunción. En el Verbo se encuentran también otras expresiones combinadas, como por ejemplo: fuego y llama, oro y plata, metal y hierro, madera y piedra, pan y vino, púrpura y lino fino, y esto porque fuego, oro, metal, madera, pan y púrpura son predicados del bien, mientras que llama, plata, hierro, piedra, vino y lino fino son predicados de la verdad. Igualmente cuando se dice, que el hombre debe amar a Dios de todo su corazón y de toda su alma, y que Dios crea en el hombre un corazón nuevo y un espíritu nuevo; porque corazón es predicado del bien del amor y alma y espíritu de las verdades de la fe. Hay también términos, que envuelven ambos y se emplean solos sin combinación con otro predicado; pero estas cosas y otras parecidas no son perceptibles más que a los ángeles y a ciertos hombres, a saber a los que se hallan en el sentido espiritual al mismo tiempo que en el sentido natural.

251. Demostrar por el Verbo la existencia de tal duplicidad de expresiones en él, es innecesario y además cansaría, porque llenaría varias páginas; pero a fin de que no haya duda, citaré algunos pasajes en los cuales se mencionan en combinación los términos nación y pueblo y gozo y alegría.

«Ay de ti, nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad» (Isaías 1:4).

«El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; aumentaste la nación» (Isaías 9:2, 3).

«Oh, Asur, vara y bastón de mi furor; le mandaré contra una nación fementida y sobre el pueblo de mi ira le enviaré» (Isaías 10:5, 6), y «acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará por pendón del pueblo, será buscada de las naciones» (Isaías 11:10).

«Jehová que hiere los pueblos de llaga permanente y domina las naciones con furor» (Isaías 14:6).

«En aquel día será traído presente a Jehová el pueblo tirado y repelado y una nación desesperada y hollada» (Isaías 18:7).

«El pueblo fuerte te dará gloria, la ciudad de naciones robustas te temerá» (Isaías 25:3).

«Jehová quitará la cobertura con que están cubiertos todos los pueblos y el velo que cubre todas las naciones (Isaías 25:7).

«Naciones, allegaos a oír, y escuchad, pueblos» (Isaías 34:7).

«Te he llamado, por alianza del pueblo, por luz de las naciones» (Isaías 49:22).

«Congréguese a una todas las naciones y júntense todos los pueblos» (Isaías 43:9).

«He aquí, yo alzaré mi mano a las naciones y a los pueblos levantaré mi bandera» (Isaías 49:22).

«He aquí, yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro de las naciones; llamarás a una nación que no conociste, y naciones que no te conocieron correrán a ti» (Isaías 55:4, 5).

«He aquí que viene un pueblo de la tierra del Aquilón y una nación grande se levantará de los cantones de la tierra» (Jeremías 6:22,23).

«Nunca más te haré oír injurias de las naciones ni más llevarás denuestos de los pueblos» (Ezequiel 36:15).

«Todos los pueblos y naciones le servirán» (Daniel 7:14).

«No pongas, oh Jehová, en oprobio tu heredad entre las naciones, para que los pueblos digan de ella: ¿Dónde está su Dios?» (Joel 2:17).

«El remanente de mi pueblo los saqueará, y el resto de mi nación las heredará» (Sophonias 2:9).

«Vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar a Jehová en Jerusalén» (Zacarías 8:22).

«Mis ojos han visto tu salvación, la cual has aparejado ante todos los pueblos, luz para iluminar a las naciones» (Lucas 2:30-32).

«Tú nos has redimido con tu sangre (del poder) de todo pueblo y nación» (Apocalipsis 5:9).

«Es necesario que otra vez profetices a pueblos y naciones» (Apocalipsis 10:11).

«Me pondrás por cabecera de las naciones; un pueblo que yo no he conocido me servirá» (Salmos 18:43).

«Jehová hace nulo el consejo de las naciones y frustra las maquinaciones de los pueblos» (Salmos 33:10).

«Nos pones por proverbio entre las naciones, por movimiento do, cabeza en los pueblos» (Salmos 44:14).

«Jehová sujetará a los pueblos debajo de nosotros y a las naciones debajo de nuestros pies. Reinó Dios sobre las naciones, y los voluntarios de los pueblos se juntaron» (Salmos 47:3, 8, 9).

«Los pueblos te confesarán, y las naciones se gozarán porque juzgarás los pueblos con equidad y pastorearás las naciones en la tierra» (Salmos 67:3, 4).

«Acuérdate, oh Jehová, según la benevolencia que tú tienes para con tu pueblo, para que yo me alegre en el gozo de tu nación» (Salmos 106:4, 5).

Y así en muchos otros lugares. Nación y pueblo se mencionan juntos, porque Naciones significa los que se hallan en el bien, y en el sentido contrario, los que se hallan en el mal; mientras que pueblos significa los que se hallan en la verdad, y en el sentido opuesto, en la falsedad. Por lo cual los que son del reino espiritual del Señor se llaman pueblos, y los que son del reino celestial del Señor se llaman naciones;

porque en el reino espiritual todos se hallan en la verdad, y por ello en inteligencia, mientras que en el reino celestial todos se hallan en bienes y por ello en sabiduría.

252. Como ejemplo de la combinación de los términos gozo y alegría, citaré los siguientes pasajes:

«He aquí gozo y alegría, matando vacas y degollando ovejas»(Isaías 22:13).

«Obtendrán gozo y alegría y huirá la tristeza y el gemido» (Isaías 30:10; 2:11).

«Alegría y gozo es quitado de la casa de nuestro Dios» (Joel 1:16).

«Voz de gozo y voz de alegría cesará de las ciudades de Judá y de las calles de Jerusalén» (Jeremías 7:34).

«El ayuno del décimo volverá a la casa de Judá y tomarán el gozo y la alegría» (Zacarías 8:19).

«Alegraos con Jerusalén y gozaos con ella» (Isaías 66:10).

«Gózate y alégrate, hija de Edom» (Lamentaciones 4:8).

«Alégrense los cielos y gócese la tierra» (Salmos 96:11).

«Hazme oír gozo y, alegría» (Salmos 51:8).

«Hallarse a en Sión alegría y gozo, alabanza y voz de cantar» (Isaías 51:3).

«Tendrás gozo y alegría, y muchos se gozarán de su nacimiento» (Lucas 1:14)

«Aún tiene de oírse en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén voz de gozo y voz de alegría» (Jeremías 33:10, 11).

Y en otros lugares. Gozo y alegría se mencionan juntos, porque gozo es predicado del bien y alegría de la verdad, o sea que gozo se dice del amor y alegría de la sabiduría, porque el gozo es del corazón y la alegría es del espíritu; o de otra manera, el gozo es de la voluntad y la alegría es del entendimiento. Que en estas palabras hay unión matrimonial entre el Señor y la Iglesia es evidente, porque se dice: La voz de gozo y la voz de alegría; la voz de desposado y la voz de desposada (Jeremías 7:34; 16:9; 25:10; 33:10-11) y el Señor es el desposado y la Iglesia la desposada. Que el Señor es el desposado o esposo, puede verse en Mateo 9:15; Marcos 2:19, 20; Lucas 5:34, 35, y que la Iglesia es la desposada o esposa, en el Apocalipsis 21:2, 9; 22:17. Por esto Juan el Bautista dijo de Jesús:

«El que tiene la esposa es el esposo» (Juan 3:29).

253. A causa de la unión matrimonial entre el Divino Bien y la Divina Verdad en todo detalle del Verbo se dice en muchos lugares Jehová y Dios y también Jehová y el Santo de Israel, como si fueran dos, cuando sin embargo son uno. Jehová es el Señor con respecto al Divino Bien del Divino Amor, y Dios y el Santo de Israel el Señor con respecto a la Divina Verdad de la Divina Sabiduría.

10. [Del sentido literal del Verbo puede sacarse herejías; pero es pernicioso confirmarlas.](#)

254. En un artículo anterior se dijo, que el Verbo no se comprende sin doctrina y que la verdadera doctrina es como una lámpara en cuya luz se ven las verdades genuinas, porque el Verbo fue escrito exclusivamente mediante correspondencias; por lo cual muchas cosas allí son apariencias de verdades y no verdades germinas; muchas se hallan escritas con arreglo a la facultad intelectual del hombre

meramente natural, y sin embargo de manera a que los simples las puedan entender con simplicidad, los inteligentes con inteligencia y los sabios con sabiduría. Ahora bien, puesto que el Verbo es así, las verdades aparentes, que son verdades revestidas, pueden tomarse por verdades genuinas, y así confirmadas se vuelven falsedades. Todas las herejías que hay y que habrá en el mundo Cristiano, han venido y vendrán de que las verdades aparentes se han tomado y se tomarán por verdades genuinas, confirmándose como tales. Las herejías en sí mismas no condenan al hombre; pero el confirmar las falsedades de las herejías, por el Verbo y por raciocinio del hombre natural, esto, en unión de la consiguiente vida mala, condena al hombre. El hombre nace en la religión de su país, o de sus padres, es iniciado en ella desde la infancia y luego la retiene, no pudiendo fácilmente deshacerse de las falsedades así absorbidas, porque lo impiden los compromisos del mundo y la debilidad del entendimiento en cuanto se refiere a la investigación de verdades de esta naturaleza; pero vivir en maldad, confirmando las falsedades hasta destruir por completo toda verdad genuina, esto condena. Por más que uno permanezca en su religión: si cree en Dios, en la Cristiandad y en el Señor y estima el Verbo como Santo, viviendo según los mandamientos del decálogo por principio religioso, no presta juramento a lo falso; por lo cual, cuando oye verdades, percibiéndolas de su manera, puede admitirlas y reconocerlas y de esta manera ser apartado de las falsedades; mas no así el que ha confirmado en sí las falsedades de su religión; porque la falsedad confirmada permanece como si el hombre hubiese jurado a ella; especialmente si adhiere con el egoísmo o con el orgullo de la propia inteligencia.

255. He hablado con ciertos individuos en el mundo espiritual, quienes vivían hace muchos siglos, confirmándose durante su vida en las falsedades de su religión, y les he encontrado todavía insistiendo en ellas. Asimismo he hablado con otros, quienes en el mundo se hallaban en la misma religión y pensaban como aquéllos, pero éstos no se confirmaron en las falsedades; y hallé que éstos, al ser instruidos por los ángeles, rechazaron las falsedades y admitieron las verdades. Estos fueron salvos, aquéllos no. Después de la muerte todo hombre es instruido por ángeles, siendo recibidos en el cielo los que ven las verdades y desde las verdades las falsedades, pero las verdades ven sólo aquéllos que no se han confirmado en falsedades; los que se han confirmado en éstas, no quieren ver las verdades, o si las ven se apartan de ellas, y entonces las ridiculizan o las falsifican. La causa de esto es, que la confirmación entra en la voluntad, que es el hombre mismo, y dispone el entendimiento según su antojo; mientras que los conocimientos por sí solos no entran más que en el entendimiento, y éste no tiene autoridad sobre la voluntad; los conocimientos por sí solos no están por así decir dentro del hombre, sino que son como uno, que se halla en el umbral o en el vestíbulo, y no todavía dentro de la casa.

256. Para ilustraren muchos lugares del Verbo se atribuye a Dios enojo, ira y venganza; se dice que castiga, echa al infierno, mete al hombre en tentaciones y otras cosas parecidas. Quien cree esto con sencillez infantil y por ello teme a Dios, absteniéndose de todo pecado contra El, no es condenado a causa de esta creencia. Pero quien se confirma en ella hasta el punto de creer que en realidad existen en Dios enojo, ira y venganza, es decir, sentimientos malos, y por consiguiente que Dios por enojo, ira y venganza castiga al hombre y le echa al infierno, este es condenado, porque ha destruido la verdad genuina, de que Dios es el Amor mismo, la Misericordia misma y la Bondad misma, y que por consiguiente no puede enojarse, sentir ira o deseo de tomar venganza. Tales cosas se atribuyen a Dios en el Verbo, porque en tales formas aparecen las verdades genuinas ante los hombres, y estas formas son verdades aparentes.

257. No es perjudicial creer con sencillez las verdades aparentes del Verbo y hablar según estas apariencias, pero si uno se confirma en ellas se perjudica. Por ejemplo: El sol parece dar la vuelta

alrededor de la tierra cada día, produciendo así las divisiones del día que son mañana, mediodía, tarde y noche. Igualmente parece adelantar y retroceder por los grados del Zodíaco, produciendo así las estaciones del año que son primavera, verano, otoño e invierno. Pero es una apariencia: El sol permanece inmóvil, porque es un océano de fuego, y en cambio es la tierra que se mueve, volviéndose sobre su eje en veinticuatro horas y recorriendo su órbita alrededor del sol en un año. Quien por simplicidad o por ignorancia cree que el sol gravita alrededor de la tierra, no destruye la verdad natural, de que la tierra se vuelve sobre su eje y que recorre su órbita alrededor del sol cada año; pero quien mediante raciocinios de su hombre natural se confirma en que el movimiento aparente del sol es verdadero, y mayormente quien se confirma en ello por el Verbo, en el cual se dice que el sol sale y se pone, invalida y destruye la verdad y luego apenas la puede ver, aun cuando se le demuestra que en apariencia todas las estrellas andan alrededor de la tierra de la misma manera, pero que en realidad ni una sola estrella se mueve de su lugar ni cambia de lugar con relación a otra estrella. La verdad aparente es que el sol se mueve, pero la verdad germina es que no se mueve. Sin embargo todo hombre habla conforme la verdad aparente, diciendo que el sol se levanta y se pone, y esto es lícito porque no puede bien decirlo de otra manera, pero pensar conforme esta verdad aparente por haberse, confirmado en ella, esto ofusca y destruye el entendimiento racional.

258. El confirmarse en las verdades aparentes del Verbo es perjudicial, porque así surgen falacias y la Divina verdad, que está al interior, es destruida, porque todas las cosas que se hallan en la letra del Verbo, comunican con el cielo, siendo así que en cada detalle del sentido natural hay un sentido espiritual, que se abre al subir el Verbo al cielo desde el pensamiento natural del hombre, y hallándose el hombre en falsedades, aplicando a ellas el sentido literal del Verbo, entran estas falsedades y expulsan también las genuinas verdades espirituales que están al interior, lo cual se verifica al subir el Verbo hacia el cielo, desde el pensamiento natural falso de tal hombre. El Verbo que sube hacia el cielo desde el pensamiento de un hombre que, hallándose en falsedades, aplica a ellas el sentido literal, es comparativamente como un globo hinchado de gas, el cual, lanzado por una persona contra otra persona, revienta y despidе un olor nauseabundo, por cuya razón la persona se aparta cerrando boca y narices para evitarlo. El Verbo, leído por una persona como la arriba indicada, es rechazado en su ascenso al cielo, a fin de que ninguna cosa semejante influya e infecte a los ángeles. Es pues evidente que en manos de tal persona, el Verbo no comunica con el cielo, porque por la falsificación de las verdades, la comunicación es interrumpida y el cielo se cierra. Esta es la razón por la cual es perjudicial confirmarse en herejías sacadas del Verbo.

260. El sentido literal del Verbo es asimismo un guardián para las verdades genuinas que se hallan ocultas al interior, evitando el que sean perjudicadas. Tal guardián es la letra del Verbo por la virtud particular que tiene de poder inclinarse en varios sentidos y explicarse según el concepto de cada uno, sin que se perjudique el sentido interior; porque no importa que el sentido literal se entienda de varias maneras, más si el hombre introduce falsedades, que son contrarias a las Divinas verdades, esto perjudica, y esto hacen las personas que se han confirmado en las falsedades, cuyas personas de esta manera violan al Verbo. Pero para los que no se han confirmado en las falsedades, por más que se hallan en errores a causa de una religión falsa, el sentido literal es un guardián del sentido interno, y evita el que sea violado el Verbo. El sentido literal del Verbo, en su cualidad de guardián del sentido interior, es significado en el Verbo por querubines. Esto es lo que significan los querubines, que fueron colocados a la

entrada del jardín del Edén, después de haber sido echados Adán y Eva, de cuyo particular leemos como sigue:

«Sacó Jehová al hombre fuera del huerto de Edén y puso al Oriente del huerto querubines con una espada encendida, que se volvía a todos lados para guardar el camino del árbol de la vida» (Génesis 3:23, 24).

Nadie puede saber lo que significan estas palabras, si no sabe lo que significa querubines y el jardín de Edén, el árbol de la vida en él y la espada encendida, que se volvía a todos lados. Brevemente se dirá que querubines significa guardia, el camino del árbol de vida significa entrada al Señor, la cual tienen los hombres mediante las verdades del sentido literal del Verbo; la espada encendida volviéndose a todos lados, significa la Divina Verdad en las últimas cosas, como el sentido literal del Verbo, cuyo sentido puede ser así inclinado. Igual significación tenían los querubines de oro, colocados a cada extremo del propiciatorio, el cual estaba sobre el arca en el íntimo santuario (Éxodos 25:18-21). El arca significaba el Verbo, porque el decálogo que estaba en ella era lo primario del Verbo, y los querubines significaban guardia, por cuya razón el Señor hablaba con Moisés por entre ellos (Éxodos 25:22; 37:9; Números 7:89; y hablaba en el sentido natural, porque no habla con el hombre sino en plenitud, y la Divina Verdad se halla en su plenitud en el sentido literal (véase 214-224). Los querubines bordados en las cortinas y en el velo del tabernáculo significaban las cosas extremas del Cielo y de la Iglesia, y por consiguiente también del Verbo, según se puede ver más arriba (220); y lo mismo significaban los querubines esculpidos en los muros y en las puertas del templo de Jerusalén (1 Reyes 6:29, 32, 35); así como los querubines en el nuevo templo (Ezequiel 41:18-20). Puesto que querubines significan guardianes que cuidan de que los hombres no se acerquen al Señor, al Cielo, a la Divina Verdad directamente desde las cosas extremas, por eso se dice del rey de Tiro:

«Tu echas el sello a la suma, lleno de sabiduría y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios, estuviste; toda piedra preciosa fue tu vestidura. Tú, OH querubín, eres la extensión de El, que cubre; Yo te he destruido, OH querubín cubridor, en medio de las piedras de fuego (Ezequiel 28:12, 14, 16).

Tiro significa la Iglesia con respecto a conocimientos de bienes y verdades y el rey de Tiro el Verbo, del cual vienen estos conocimientos. Que el rey de Tiro aquí significa el Verbo en sus cosas extremas, o sea en su letra, y que querubín significa guardián es también evidente, porque se dice: Tú echas el sello a la suma, toda piedra preciosa fue tu vestidura; tú, OH querubín, eres la extensión de El, que cubre, y también OH querubín cubridor. Las «piedras preciosas» significan las cosas del sentido literal (220). Puesto que querubín significa el Verbo en sus cosas extremas y también guardián, se dice en David:

«Jehová inclinó los cielos y descendió y cabalgó sobre un querubín (Salmos 18:9, 10).

«OH Pastor de Israel que estás sentado sobre querubines, deja que brille tu resplandor» (Salmos 80:1).

«Jehová está sentado sobre los querubines» (Salmos 99:1).

Cabargar sobre querubines y estar sentado sobre ellos, significa sobre el sentido natural del Verbo. La Divina Verdad del Verbo y su cualidad se halla asimismo descrita bajo la figura de los cuatro animales, llamados querubines, en Ezequiel 1:9 y 10, y bajo la figura de los cuatro animales en medio el trono y cerca del trono, de los cuales leemos en el Apocalipsis 4:6 y siguientes.

11. El Señor cumplió en el mundo todas las cosas del Verbo, haciéndose así el Verbo mismo, es decir la Divina Verdad, hasta en las últimas cosas.

261. En Juan leemos:

«Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14).

La significación de estas palabras es que el Señor en el mundo cumplió todo el Verbo, haciéndose así la Divina Verdad hasta en las cosas extremas, o sea el Verbo en su letra, porque ser hecho carne, cuando se dice del Señor, es ser hecho el Verbo en sus últimas cosas. Cuál y cómo era el Señor en Su cualidad del Verbo en sus últimas cosas, enseñó El Mismo a sus discípulos, cuando fue transfigurado delante de ellos (Mateo 17:2 y siguientes; Marcos 9:2 y siguientes; Lucas 9:28 y siguientes). Leemos que entonces los discípulos vieron a Moisés y a Elías en gloria. Moisés significa el Verbo escrito por él y en general la parte histórica del Verbo; Elías significa el Verbo profético El Señor en Su cualidad del Verbo en sus cosas extremas, se manifestó asimismo en forma representativa a Juan (Apocalipsis 1:13, 16). La descripción dada de El en este lugar, significa en todos sus detalles las cosas extremas de la Divina Verdad que es el Verbo. El Señor era el Verbo también antes de venir al mundo, aunque sólo en las íntimas cosas, porque se dice en Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios (Juan 1:1, 2); pero cuando el Verbo fue hecho carne, entonces el Señor fue hecho el Verbo también con respecto a las últimas cosas del mismo. De ahí viene el que se llama el Primero y el Último (Apocalipsis 1:8, 11, 17; 2:6; 22:13; Isaías 44:6).

262. Que el Señor cumplió todo el Verbo, es evidente por los pasajes en que se dice, que la Ley y las Escrituras fueron cumplidas por El y que todo fue consumado, por ejemplo en los siguientes:

«No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas, no he venido para abrogar, sino a cumplir» (Mateo 5:17, 18).

«Jesús entró el día del sábado en la sinagoga y se levantó a leer. Y fuéle dado el libro del profeta Isaías, y como abrió el libro, halló el lugar donde estaba escrito: el Espíritu del Señor es sobre mí por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres, para sanar a los quebrantados de corazón, para pregonar a los cautivos libertad y a los ciegos vista, para predicar el año agradable del Señor». Luego rollando el libro, dijo: hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos (Lucas 4:16, 21).

«Para que se cumpla la escritura: El que come pan conmigo levantó contra mí su calcañar» (Juan 13:18).

«Y ninguno de ellos se perdió sino el hijo de perdición para que la Escritura se cumpliera» (Juan 17:12).

«Para que se cumpliera el Verbo, que El habló: de los que me diste ninguno de ellos perdí» (Juan 18:9).

«Jesús dijo: Vuelve tu espada a su lugar. ¿Cómo se cumplirían pues las Escrituras? Que así es necesario que sea hecho; mas todo esto se hace para que se cumplan las Escrituras de los profetas» (Mateo 26:52, 54, 56).

«El Hijo del Hombre va, como está escrito, para que se cumplan las Escrituras» (Marcos 14:21, 27, 49).

«Y se cumplió la Escritura que dice: y con los inicuos fue contado» (Marcos 15:28).

«Para que se cumpliera la Escritura que dice: partieron mis vestidos y sobre mi vestidura echaron suertes» (Salmos 22:18; Juan 19:24).

«Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliera la Escritura (Juan 14:28); habiendo recibido el vinagre, dijo: Consumado es» (Juan 19:30).

«Estas cosas fueron hechas para que se cumplieran las Escrituras: Hueso no quebrantaréis de él, y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron» (Juan 19:36, 37).

Que todo el Verbo fue escrito respecto del Señor y que El vino al mundo para cumplirlo, manifestó El Mismo a sus discípulos antes de dejar el mundo, con estas palabras:

«Oh, insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho. ¿No era necesario que Cristo padeciere estas cosas y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de todos los profetas declarábaseles en todas las Escrituras lo que de El decían» (Lucas 24:25, 27).

«Jesús dijo: estas son las palabras que os dije estando aún con vosotros: Que era necesario que se cumplieran todas las cosas que están escritas de mí, en la ley de Moisés, y en los Profetas y en los Salmos» (Lucas 24:25, 27).

Que el Señor mientras estaba en el mundo cumplió todas las cosas, hasta el más mínimo detalle, es evidente por estas palabras:

«De cierto os digo: hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota, ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean cumplidas» (Mateo 5:18).

Por lo aquí expuesto consta que por cumplir el Señor todas las cosas de la Ley no se entiende que sólo cumplió todos los preceptos del Decálogo, sino todo el Verbo. Que la Ley quiere decir todas las cosas del Verbo, es evidente por estos pasajes:

«Jesús dijo: ¿no está escrito en vuestra ley: Yo dije: Dioses sois?» (Salmos 82:6; Juan 10:34).

«La gente respondióle: Nosotros hemos oído de la ley que Cristo permanece para siempre» (Juan 12:34; Salmos 89:29, 110:4; Daniel 7:14).

«Para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley, que sin causa me aborrecieron» (Salmos 69:4; Juan 15:25).

«Más fácil cosa es pasar el cielo y la tierra que frustrarse un tilde de la ley» (Lucas 16:17).

La ley aquí, como en muchos otros lugares del Verbo, quiere decir toda la Sagrada Escritura.

263. Pocos comprenden de qué manera el Señor es el Verbo; piensan que El puede iluminar y enseñar por medio del Verbo, y no por eso llamarse o ser el Verbo; pero sepan que todo hombre es su propia voluntad y su propio entendimiento, por consiguiente todos distintos, y puesto que la voluntad es el receptáculo del amor y de los bienes, que son del amor, y el entendimiento es el receptáculo de la sabiduría y de las

verdades, que son de la sabiduría, sigue que cada hombre es su propio amor y su propia sabiduría, o lo que es lo mismo, su propio bien y su propia verdad. El hombre, es hombre por virtud de esto, y no por otra cosa alguna, porque nada en él aparte de esto es hombre. En cuanto al Señor El es el Amor mismo y la Sabiduría misma, o sea el Bien mismo y la Verdad misma, y se hizo éstos mediante el cumplimiento de todo el Bien y de toda la Verdad del Verbo; porque el que piensa y habla la verdad sola y exclusivamente se vuelve esta verdad y el que quiere y obra el bien sola y exclusivamente se vuelve este bien, por lo cual el Señor con cumplir toda la Divina Verdad y todo el Divino Bien del Verbo, tanto en el sentido natural cuanto en el sentido espiritual, se hizo el Bien mismo y la Verdad misma y por consiguiente el Verbo mismo

12. Antes del Verbo que actualmente existe en el mundo había otro Verbo el cual ha desaparecido.

264. Que el culto Divino por sacrificios era conocido antes de que el Verbo fue dado por conducto de Moisés y los profetas, y que antes también profetizaban de la boca de Jehová, consta por lo que se dice en los libros de Moisés. Con respecto al culto por sacrificios leemos, que fue mandado a los Israelitas derribar los altares de las naciones, destruir sus imágenes, cortar y quitar sus arboledas (Éxodo 34:13; Deuteronomio 7:5; 12:3). En otro lugar leemos, que Israel en Sittim empezó a fornicar con las hijas de Moab, que éstas llevaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses y que el pueblo comió é inclinóse ante ellos (Números 15:1, 3). Que Balaam de Siria les hizo edificar altares y sacrificar bueyes y ovejas (Números 22:40; 23:1, 2, 14, 29, 30). Que Balaam profetizó sobre el Señor diciendo que saldría una estrella de Jacob y se levantaría un cetro en Israel (Números 24:17) y que profetizaba de la boca de Jehová (Números 22:13, 18, 23:3, 5, 8, 16, 26, 24:1, 13). Por todo lo cual consta que en las naciones existían cultos Divinos, similares a los cultos que fueron instituidos por Moisés en la nación Israelita. Que también hubo cultos antes del tiempo de Abraham, es evidente por lo que se dice en Moisés (Deuteronomio 32:7, 8) y aún más así por lo que se dice de Melchisedech, rey de Salem, quien sacó pan y vino y bendijo a Abraham, y Abraham le dio diezmos de todo (Génesis 14:18, 20). Melchisedech representaba al Señor, porque llámase en este pasaje el sacerdote del Dios alto (Génesis 14:18) y David dice respecto del Señor: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melchisedech (Salmos 110:4). Era por esto que Melchisedech sacó pan y vino, cuyas cosas son lo más sagrado en la Iglesia y lo sagrado en la Santa Cena. Estas cosas y otras parecidas son pruebas evidentes, de que antes del Verbo que fue dado a los Israelitas, existía otro Verbo, por medio del cual tales revelaciones llegaron a los hombres.

265. Este Verbo antiguo se menciona en Moisés, donde se cita algunos pasajes del mismo (Números 21:14, 15, 27, 30). La parte histórica de este Verbo se llamaba las batallas de Jehová, y la parte profética, Enunciaciones†. De la parte histórica cita Moisés el siguiente pasaje:

«Por tanto se dice en el libro de las batallas de Jehová: Lo que hizo en el mar bermejo y en los arroyos de Arnón y en la corriente de los arroyos, que va a pasar en Ar y descansa en el término de Moab» (Números 21:14, 15).

Las batallas de Jehová en aquel Verbo, como en el nuestro las batallas del pueblo israelita, significaban y describían los combates que habría de sostener el Señor con los infiernos, cuando vendría al mundo, y las victorias que ganaría sobre ellos. Estos combates se hallan descritos también en nuestro Verbo histórico en muchos lugares, como por ejemplo, en las batallas de Josué con las naciones de Canaán y las guerras de los jueces y reyes de Israel. De la parte profética cita Moisés:

«Por tanto dicen los Enunciadores: Venid a Hesbon; edifíquese y repárese la ciudad de Sehón; que fuego salió de Hesbon y llama de la ciudad de Sehón y consumió a Ar de Moab; a los señores de los altos de Arnón. Ay de ti, Moab; percido has, pueblo de Chémos; puso sus hijos en huida y sus hijas en cautividad, por Sehón, rey de Amorrheos; mas devastamos el reino de ellos; pereció Hesbon hasta Dibon y destruimos hasta Nopha y Medeba» (Números 21:27-30).

Que el Verbo antiguo también fue inspirado por Dios, es evidente, por el siguiente pasaje en Jeremías, donde se dice casi la misma cosa:

«Salió fuego de Hesbon y llama de en medio de Sihón y quemó el rincón de Moab y la mollera de los hijos revoltosos. Ay de ti, Moab; pereció el pueblo de Chémos; tus hijas fueron presas para cautividad y tus hijos para cautiverio» (Jeremías 48:45, 46).

Además de estos libros del antiguo Verbo se menciona en David y en Josué otro libro del mismo Verbo, llamado el libro de Jasher o el libro del Recto (no del Derecho, como en las traducciones). David dice:

«Y endechó David & Saúl y a Jonathán con esta endecha, poniendo por titulo: Enseñar al arco a los hijos de Judá; he aquí, está escrito en el libro del Recto» (2 Samuel 1:17, 18).

Y en Josué se dice:

«Josué dijo: Sol, detente en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ajalón, ¿no está aquesto escrito en el libro de Jaser?» (Josué 10:12).

266. Consta por esto, que existía un Verbo antiguo en el mundo, particularmente en Medio Oriente, antes del Verbo israelita. Este antiguo Verbo se halla conservado en el cielo, entre los ángeles que vivían en aquel tiempo en el mundo, y existe también todavía en el mundo entre las naciones de la Grande Tartaria, de cuyo particular se dirá más en un Recuerdo al final de este capítulo.

13. Por medio del Verbo tienen luz también aquellos que se hallan fuera de la Iglesia, no teniendo el Verbo.

267. Se ha explicado antes (234-239), que el Verbo es el medio de conjunción con el Señor y de asociación con los ángeles. Por consiguiente, no puede haber conjunción con el Cielo, sin que haya en la tierra una Iglesia, en la cual se halla el Verbo, por el cual el Señor es conocido; ni puede haber salvación, porque el Señor es el Dios del Cielo y de la tierra, y sin el Señor no hay salvación. La Iglesia en la cual se halla el Verbo, puede consistir de pocos miembros comparativamente; y sin embargo basta, porque por pocos que sean no deja, el Señor de estar presente en todo el mundo mediante, el Verbo, por conducto del cual el Cielo tiene conjunción con toda la raza humana.

268. Mas explicaré aquí de qué manera la presencia y la conjunción del Señor y del Cielo se verifican por medio del Verbo. Todo el Cielo de los ángeles es ante la vista del Señor como un solo Hombre y así es también la Iglesia en la tierra. Tanto ésta como aquél, tienen en efecto la forma y aspecto de un Hombre (véase El Cielo y el Infierno, n. 59-86). La Iglesia en la que se halla el Verbo, por el cual es conocido el Señor, es como el corazón y los pulmones en este Hombre; el reino celestial del Señor es como el corazón y Su reino. espiritual es como los pulmones, y así como los miembros, vísceras y órganos humanos viven y subsisten por virtud de los mencionados órganos vitales del cuerpo, así todos los que en la tierra tienen religión y adoran al Dios único, conduciendo una buena vida, viven y subsisten también por virtud de la conjunción del Señor y del Cielo con la Iglesia por medio del Verbo; porque así se hallan en este Hombre

y forman parte del mismo como los miembros y vísceras fuera del tórax, dentro del cual están el corazón y los pulmones. El Verbo en la Iglesia cristiana es la vida de los pueblos que se hallan fuera de la Iglesia, cuya vida les viene del Señor por conducto de los cielos, de la misma manera que la vida de los miembros y las vísceras del cuerpo viene del corazón y de los pulmones; la relación es en efecto idéntica. Los Cristianos, entre los cuales se lee el Verbo, forman el pecho y en el mundo, espiritual se hallan también en el centro entre los demás. Alrededor de ellos están los Mahometanos, quienes reconocen al Señor como el mayor Profeta y como el Hijo de Dios. Alrededor de éstos están a su vez los Africanos, mientras que los pueblos y naciones del Asia y de las Indias forman el círculo exterior.

269. Que así es el orden y la forma según la cual se verifica la comunicación en el Cielo, puede verse en el Cielo y el Infierno (El Cielo y el Infierno 41-87). Cada sociedad del cielo, es cielo en menor forma según la imagen del mayor, y tiene por consiguiente también la forma de un hombre. Los que se hallan en el centro se refieren de igual manera al corazón y a los pulmones y su luz es más intensa. La luz y la percepción de las verdades mediante la misma, se extiende desde el centro hasta la circunferencia por todos los lados y por consiguiente a todos los que se hallan en la sociedad y determina su vida espiritual. Me ha sido permitido ver que al ser apartados los que se hallaban en el centro y constituían la provincia del corazón y de los pulmones, entre los cuales la luz era más intensa, los que estaban alrededor oscurecieron con respecto al entendimiento, y llegaron a tener tan poca percepción de la verdad, que se entristecían; pero tan pronto como los otros volvieron, volvió la luz con la clara percepción de la verdad como antes. Es comparativamente como la influencia del sol en el reino vegetal de la tierra. Si el sol se halla sobre el horizonte da por su calor y luz vida al reino vegetal, a árboles, arbustos, plantas y hierbas, por más que éstos se hallen en la sombra, sin recibir sus rayos directamente. Así es también con el calor y la luz, que proceden del Señor como Sol en el Cielo, cuya luz en su esencia es la Divina Verdad, de la cual viene toda la inteligencia y sabiduría de los ángeles y de los hombres. Por la misma razón se dice respecto del Verbo: que era con Dios y era Dios; que ilumina a todo hombre que viene al mundo; y que la luz resplandece también en la oscuridad (Juan 1:1, 5, 9).

270. Consta por esto, que el Verbo que se halla entre los Protestantes y Reformados, ilumina a todas las naciones y pueblos mediante comunicación espiritual. Es igualmente claro, que el Señor dispone de manera a que siempre haya en el mundo una Iglesia, en la cual el Verbo se lee, a fin de que por medio del mismo el Señor sea conocido. Por esta razón, cuando el Verbo era poco menos que rechazado por los Papistas, se verificó por la Divina Providencia del Señor la Reforma, mediante la cual el Verbo fue por así decir sacado de su sepulcro y puesto en uso. Cosa igual tuvo lugar, cuando la nación israelita había llegado a falsificar el Verbo hasta el punto de que éste había perdido su eficacia como medio de conjunción con el Señor y el Cielo. Entonces plugo al Señor venir al mundo, El. Mismo, como el Verbo, cumplir éste y así restaurarlo y restablecerlo, devolviendo la luz a los moradores de la tierra, según las palabras del Señor en Isaías:

«El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; los que moraban en la región de la sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos» (Isaías 9:2; Mateo 4:16).

271. El Señor, estando en el mundo, predijo que también al fin de la Iglesia actual vendrían tinieblas a causa de no reconocer los hombres al Señor sólo por Dios del Cielo y de la Tierra, y por separar la caridad de la fe, es decir, separar la vida de la religión, cuya predicción se ha cumplido, y a fin de que el verdadero entendimiento del Verbo no pereciese y con él también la Iglesia, se ha servido el Señor ahora revelar el sentido espiritual del Verbo, haciendo notorio que el Verbo en este sentido, y por este sentido

en el sentido natural, contiene innumerables cosas, mediante las cuales la luz de la verdad del Verbo, casi apagada, puede ser restablecida. Que al final de esta Iglesia la luz de la verdad sería casi nula, se halla predicho en muchos lugares en el Apocalipsis, y también con estas palabras del Señor:

« Luego, después de la aflicción de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas, y verán al Hijo del Hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con grande poder y gloria» (Mateo 24:29, 30).

En este pasaje como en otros el sol significa el Señor con respecto al amor; la luna, el Señor con respecto a la fe; las estrellas, el Señor con respecto a los conocimientos de las verdades y de los bienes; el Hijo del Hombre, el Señor con respecto al Verbo; nube, el sentido literal del Verbo; gloria, el sentido espiritual del Verbo y su traslucimiento al través de la letra; virtudes, su poder.

272. Se me ha hecho saber por mucha experiencia, que el hombre tiene comunicación con el cielo por medio del Verbo. Mientras leía el Verbo desde el primer capítulo de Isaías hasta el último de Malachias y los Salmos de David, fijando mi pensamiento en el sentido espiritual, me fue dado percibir con toda claridad, que cada versículo comunicaba con cierta sociedad del Cielo, y que de esta manera el Verbo en su conjunto comunicaba con el Cielo universal; por lo cual resultó manifiesto, que así como el Señor es el Verbo, así el Cielo es también el Verbo, puesto que el Cielo es Cielo por el Señor, y que el Señor por medio del Verbo es Todo en todos en el Cielo.

14. Si no existiese el Verbo, nadie tendría conocimiento de Dios, ni del Cielo, ni del Infierno, ni de la vida después de la muerte y menos aún del Señor.

273. Muchos creen, que el hombre podría sin el Verbo tener conocimiento de la existencia de Dios y también del Cielo y del Infierno, y de otras cosas que el Verbo enseña; y puesto que se han confirmado en esta opinión no es permitido discutir con ellos sobre este particular a base del Verbo, sino a base de la luz natural de la razón humana; porque no creen en el Verbo sino en sí mismos. Mas por medio de su razón pueden investigar y encontrarán, que en el hombre hay dos facultades de vida, llamadas entendimiento y voluntad; encontrarán también que el entendimiento es sujeto a la voluntad y no la voluntad al entendimiento, porque el entendimiento sólo enseña y señala la forma y manera de efectuar los actos y las obras de orden de la voluntad. Muchos hombres tienen una mente superior y comprenden mejor que otros la moral de la vida, y sin embargo no viven conforme ella. Otra cosa sería si quisieran vivir según la moral, que con su entendimiento reconocen. Continuando la investigación encontrarán además que la voluntad del hombre es su propia naturaleza, y que ésta es mala desde el nacimiento, introduciendo por consiguiente falsedad en él entendimiento. Encontradas estas cosas, verán que el hombre de y por sí mismo no quiere entender más que aquellas cosas que concuerdan con su voluntad; y si no hubiera otra fuente de la cual podría sacar conocimientos de la verdad y del bien, no conocería más que lo que viene de él mismo, es decir, lo que es propio de él mismo y del mundo. Lo demás es para él densas tinieblas. Si al mirar el sol, la luna, las estrellas acaso reflexione sobre su origen, piensa que existen y subsisten por sí mismos. Hasta los hombres eruditos reconocen por una grande parte únicamente a la Naturaleza, por más que saben por el Verbo, que Dios ha creado todas las cosas, y no es de esperar, que los que nada saben del Verbo y de Dios pueden elevar sus pensamientos más que éstos. Los antiguos sabios, como Aristóteles, Cicerón, Séneca y otros, quienes escribían al sujeto de Dios y de la inmortalidad del alma, no tomaron sus ideas de su propio entendimiento originalmente, sino de otras mentes por medio de tradiciones, que venían de los antepasados, que primeramente adquirieron sus conocimientos por el antiguo Verbo, del cual he hablado antes. Los escritores en teología natural tampoco derivan sus ideas de

sí mismos; no hacen más que confirmar por medio de conclusiones racionales, las cosas que conocen por la Iglesia en la que se halla el Verbo; puede haber entre ellos quienes las confirman y sin embargo no las creen.

274. En el mundo espiritual he visto a gente que había nacido y vivido en islas; eran racionales en cuanto a los asuntos civiles, pero ignoraban completamente todo cuanto se refiere a Dios. Presentaban el aspecto de monos; pero puesto que nacieron hombres y por consiguiente con facultad de poder recibir vida espiritual, fueron instruidos por ángeles, y adquirirían vida mediante los conocimientos que les fueron proporcionados respecto del Señor como Hombre. Lo que son los hombres en y por sí considerados he podido ver claramente por los que se hallan en el infierno, entre los cuales hay muchos prelados y hombres eruditos; éstos no quieren siquiera oír hablar de Dios y por eso no pueden pronunciar Su Nombre. Les he visto y he hablado con ellos. También he hablado con otros, quienes se consumían de furor y de ira al oír hablar del Señor. Y sin embargo todos estos habían conocido el Verbo y hablado de Dios píamente mientras estaban en el mundo; mucho peores son aquellos allí que nada han sabido de Dios, porque son así a causa de su voluntad que es mala; y ésta, como ya se ha dicho, guía el entendimiento, y expulsa del mismo las verdades, que del Verbo hay en él.

Si el hombre por sí mismo y sin el Verbo pudiera saber que hay un Dios y una vida después de la muerte ¿porqué no sabe y por qué no cree, que el hombre vive como hombre después de la muerte? ¿Por qué cree que su alma, o espíritu, es viento o éter, que no ve con ojos, ni oye con oídos, ni habla con boca, hasta que vuelva a reunirse con su cuerpo muerto, y su esqueleto? Una doctrina concebida y establecida por la luz natural de la razón, no puede menos de enseñar e insistir en la adoración del propio yo, cuya adoración se practicaba durante largas edades, siendo también hoy practicada por muchos, que sin embargo saben por el Verbo, que sólo Dios debe ser adorado. Otra adoración que la del propio yo no puede resultar de lo propio del hombre; ni siquiera la adoración del sol y de la luna puede resultar de ello.

275. Desde los primeros tiempos ha habido religión de una clase o de otra, y los habitantes en todas partes del mundo han sabido algo de Dios y algo de una vida después de la muerte; pero esta religión y estos conocimientos no han venido de los hombres en primer lugar, sino del Verbo antiguo, del cual se ha hablado antes (264-266) y más tarde del Verbo israelita. Por estos dos Verbos se extendían sistemas religiosos hasta a las Indias y sus islas,, al través de Egipto y Etiopía a los reinos de África, y desde las costas de Asia a Grecia y de allí a Italia. Pero puesto que el Verbo sólo pudo ser escrito por medio de correspondencias o representaciones, que son cosas del mundo natural que corresponden a las del cielo, simbolizándolas y significándolas, por eso la religión de las naciones gentiles degeneró en idolatría y en Grecia en fábulas o mitos. Los Divinos atributos tomaron finalmente forma en otros tantos dioses, sobre los cuales pusieron un Dios supremo, al cual llamaron Jove, probablemente de Jehová. Se sabe que tenían conocimiento de un paraíso, del diluvio, del fuego sagrado y de las cuatro edades, la edad de oro, la de plata, la de cobre y la de hierro, de las cuales se trata en Daniel (Daniel 2:31; 35).

276. Los que se creen capaces de adquirir por su propia inteligencia conocimientos respecto de Dios, del cielo, del infierno y de las cosas espirituales que son de la Iglesia, no saben que el hombre natural es completamente opuesto al hombre espiritual, y que por lo tanto desea extirpar las cosas espirituales que entran, o bien convertirlas en falacias, que son como los gusanos que roen las raíces de las hierbas y del trigo en los campos. Pueden compararse con hombres que se imaginan estar sentados sobre águilas y ser elevados por ellas a grande altura, o montados en caballos como el Pegaso, volando por encima del monte Parnaso al Helicón. En realidad son como los Luciferes del infierno, los cuales persisten en

llamarse hijos de la mañana (Isaías 14:12). Son como los habitantes del país de Shinar, quienes empezaron a edificar una torre, cuya cúspide había de estar en el cielo (Génesis 11:4), y tienen una confianza en sí mismos como Goliat, olvidando que puede sucederles como le sucedió a éste, que fue postrado por tierra con la piedra de la honda de David hincada en su frente. Diré qué suerte les espera después de la muerte: Al principio son como ebrios, luego como bobos, y finalmente estúpidos y sentados en tinieblas. Guárdense, pues, de tal locura.

15. Tres Recuerdos

277. Recuerdo. Cierta día, estando en el espíritu, iba por el mundo espiritual con el objeto de observar representaciones de cosas celestiales, las cuales allí se ven con frecuencia. En cierta casa, donde había ángeles, vi dos grandes bolsos en los cuales había grande cantidad de dinero de plata. Los bolsos estaban abiertos, y parecía como si cualquiera podría tomar y aun robarlo. Pero cerca de los bolsos estaban sentados dos muchachos que eran guardianes. El sitio donde se hallaban los bolsos, tenía el aspecto de un pesebre; en una pieza contigua había unas modestas vírgenes y una esposa casta, Cerca de la habitación se hallaban dos nulos, y alguien dijo que con ellos no se debía jugar como con niños, sino tratarlos como sabios. Luego se vio una ramera y después un caballo tendido en tierra, muerto. Cuando había visto estas cosas, me fue dicho que representaban el sentido natural del Verbo, dentro del cual se halla el sentido espiritual. Los grandes bolsos, llenos de plata, significaban abundancia de conocimientos de la verdad; el hallarse abiertos y sin embargo guardados por los dos muchachos significaba que todo el mundo puede tomar de allí conocimientos de la verdad, pero que se cuida de que no sufra violación el sentido espiritual, en el cual están las verdades genuinas sin mezcla. El pesebre significaba alimento espiritual para el entendimiento. El pesebre tiene esta significación, porque el caballo, que come del mismo, significa entendimiento. Las modestas vírgenes que estaban en la habitación contigua, significaban inclinaciones a la verdad, y la esposa casta significaba la conjunción del bien con la verdad. Los niños pequeños significaban la inocencia de la sabiduría, porque los ángeles del cielo superior, vistos a una distancia, son como niños pequeños a causa de su sabiduría. La ramera y el caballo muerto, significaban la falsificación de la verdad que muchos hacen actualmente, y a causa de la cual el entendimiento de la verdad perece. Ramera significa falsificación, y caballo muerto significa carencia absoluta de entendimiento de la verdad.

279. Recuerdo. Hallándome ocupado en coleccionar las cosas que escribió Moisés de los dos libros, llamados Las batallas de Jehová y las Enunciaciones (Números 21) estaban presentes conmigo ciertos ángeles y dijeron que estos libros son del antiguo Verbo, la parte histórica del cual se llama Las batallas de Jehová y la parte profética las Enunciaciones; dijeron también, que aquel Verbo se conservaba todavía en el cielo, y que se hallaba en uso entre los antiguos allí, quienes tenían este Verbo cuando vivían en el mundo. Los antiguos entre los cuales este Verbo todavía está en uso en el cielo, son en parte del país de Canaán y de los países vecinos como Siria, Mesopotamia, Arabia, Caldea, Asiría, Egipto, Sidón, Tiro y Nínive. Los habitantes de estos países celebraban cultos representativos y tenían por consiguiente conocimiento de las correspondencias. La sabiduría de aquella edad procedía de ese conocimiento, y por medio del mismo tenían los hombres percepción interior y comunicación con el cielo. Los que conocían las correspondencias del Verbo antiguo, se llamaban sabios e inteligentes y más tarde adivinos y magos; pero puesto que ese Verbo, que se componía de correspondencias remotamente significativas de cosas celestiales y espirituales, empezaba a ser falsificado por muchos, el Señor en su Divina Providencia

dispuso que desapareciera en el transcurso del tiempo y dio otro Verbo, compuesto de correspondencias menos remotas, cuyo Verbo fue dado por conducto de Moisés y los profetas entre los hijos de Israel. En este nuevo Verbo muchos nombres de lugares, no sólo del país de Canaán sino también de otros países en Asia, fueron conservados y todos ellos significan circunstancias y estados de la Iglesia; pero las significaciones de estos nombres proceden del Verbo antiguo. Por significar el país de Canaán y sus lugares tales cosas, he aquí por qué a Abraham fue mandado trasladarse al país de Canaán, y que su posteridad, los descendientes de Jacob, fueron introducidos en él.

Con respecto al Verbo antiguo que existía en Asia antes del Verbo, dado a los Israelitas, me es permitido manifestar, que todavía existe allí entre la gente que vive en la grande Tartaria. He hablado con espíritus y con ángeles de aquel país, y dijeron que poseen un Verbo, que lo han poseído desde tiempos antiguos, y que celebran su culto Divino según este Verbo, el cual consiste exclusivamente de correspondencias. Dijeron que en él se halla también el libro de Jasher, del cual se hace mención en Josué (Josué 10:12, 13) y en el libro segundo de Samuel (2 Samuel 1:17, 18) y que en él también está el libro llamado Las batallas de Jehová y las Enunciaciones, mencionados en Moisés (Números 21:14,15, 27-30). Leí en su presencia las palabras que Moisés ha copiado del antiguo Verbo; miraron para ver si estaban en él y las encontraron; por eso me consta que el antiguo Verbo existe entre ellos todavía. Conversando con ellos dijeron que adoran a Jehová, algunos como a un Dios invisible, otros como a un Dios visible. Me dijeron que no permiten que se introduzcan entre ellos extranjeros, con excepción de los chinos, con quienes cultivan la paz, porque el emperador de China es de su país. Dijeron también que su pueblo es tan numeroso, que no creen que en todo el mundo hay región más poblada, lo cual es muy probable, viendo el grande muro de muchas millas de largo, edificado por los chinos, hace muchos años, para protegerse contra una invasión de esa parte. Los ángeles me han dicho además, que los primeros capítulos del Génesis, que tratan de Adán y Eva, del jardín de Edén, de sus hijos y su posteridad hasta el Diluvio, y también de Noah y sus hijos, se hallan asimismo en el Verbo antiguo, y que fueron transcritos por Moisés. Los ángeles y espíritus de la grande Tartaria viven en la región del Mediodía hacia el Este, y se hallan separados de los otros, en una expansión más elevada, y no permiten que entre a ellos alguien del mundo Cristiano, y si alguien sube, le vigilan cuidadosamente, impidiéndole de marcharse y volverá los suyos. La causa de esta separación es que tienen un Verbo diferente del que tienen los demás.

281. Recuerdo. Puesto que me ha sido dado por el Señor estar en el mundo espiritual y al mismo tiempo en el mundo natural, pudiendo así hablar con ángeles como con hombres y adquirir conocimientos con respecto a los estados de los que a la muerte pasan a ese mundo, hasta hoy desconocido (porque allí he hablado con todos mis parientes y amigos e igualmente con reyes, duques y hombres de ciencia, todos los cuales han encontrado su suerte, y esto he hecho ahora durante 27 años), puedo por consiguiente por viva experiencia describir los estados de los hombres después de la muerte; tanto de los que han vivido bien, cuanto de los que han conducido una mala vida. Pero aquí sólo referiré algunas cosas acerca de los que se han confirmado en doctrinas falsas por medio del Verbo, y especialmente acerca de los que lo han hecho a favor de la justificación por la fe sola. Los sucesivos estados de éstos son como sigue:

1. Cuando después de morir resucitan con respecto al espíritu, lo cual se verifica generalmente al tercer día después de cesar de funcionar el corazón, se ven en un cuerpo igual al que llevaban en el mundo, y tan parecido, que no saben sino que se encuentran todavía en el mundo en que vivían anteriormente; sin embargo no se hallan en un cuerpo material sino sustancial, cuyo cuerpo a los sentidos de ellos es como si fuera un cuerpo material, por más que no lo es.

2. Después de algunos días advierten que se hallan en un mundo, donde existen numerosas sociedades de diferentes clases, cuyo mundo se llama el mundo de los espíritus y se halla en medio, entre el cielo y el infierno. Las sociedades allí, que son innumerables, se hallan arregladas maravillosamente según las inclinaciones naturales del bien o del mal. Las sociedades arregladas según las inclinaciones naturales del bien comunican con el cielo, y las demás, arregladas según las inclinaciones del mal, comunican con el infierno.

3. El espíritu novicio, o sea el hombre espiritual, es conducido a varias sociedades, trasladándose de una a otra, tanto a las buenas cuanto a las malas, siendo así examinado para saber si es afectado por bienes y verdades y de qué manera; o bien si es afectado por males y falsedades y cómo.

4. Si es afectado por bienes y verdades, es apartado de las sociedades malas e introducido en sociedades buenas, en una tras otra hasta encontrar una sociedad, que corresponde a su inclinación natural, y allí disfruta del bien que corresponde a esta inclinación, hasta que se haya despojado de su inclinación natural y revestido de su inclinación espiritual, siendo luego acogido en el cielo. Pero esto sucede con los que en el mundo han vivido una vida de caridad y por consiguiente también de fe, o sea, con los que creían en el Señor, absteniéndose de malas obras, por ser pecado contra El.

5. Pero los que se han confirmado en falsedades por medio de su razón, y especialmente los que lo han hecho por medio del Verbo, habiendo en su consecuencia conducido una vida exclusivamente natural y por consiguiente mala (porque los males acompañan a las falsedades adhiriéndose a ellas firmemente), éstos, puesto que no son afectados por bienes y verdades, sino por males y falsedades, son apartados de las sociedades buenas e introducidos en sociedades malas en una tras otra, hasta que entren en una sociedad que corresponde a la pasión de su amor.

6. Pero puesto que en el mundo aparentaban buenas inclinaciones exteriormente, mientras que en su interior abrigaban malos deseos, son alternativamente reintroducidos en sus cosas exteriores, y los que en el mundo presidían sobre corporaciones, son encargados de la presidencia de sociedades en varias partes en el mundo de los espíritus. Otros son allí empleados en oficios generales o subordinados, según el oficio que desempeñaban en su vida anterior; pero puesto que no aman lo que es verdad y lo que es justo, ni pueden admitir la iluminación necesaria para conocer lo que es verdad y lo que es justicia, son despedidos después de pocos días. He visto tales individuos trasladados de una sociedad a otra y en todas partes les fue confiada una administración, pero al poco rato fueron despedidos.

7. Después de frecuentes despedidas muchos de ellos por cansancio no quieren, otros por miedo de perder su reputación no se atreven a buscar más oficios. Se retiran y quédense tristes; entonces son conducidos aparte y se meten en un desierto, donde hay chozas en las cuales entran; allí les es dado trabajo, y si lo cumplen reciben comida; si no lo cumplen, sienten hambre y no reciben comida; así les obliga la necesidad. La comida allí es similar a la comida en nuestro mundo, pero es de origen espiritual, y es dada del cielo por el Señor a cada uno según los usos que presta; a los holgazanes ninguna comida es dada, porque son inútiles.

8. Después de algún tiempo se disgustan por el trabajo y entonces dejan las chozas, y si han sido clérigos desean edificar; entonces, aparecen ante ellos seguidamente montones de piedras talladas, ladrillos, vigas, tablones y montones de cañas y paja, tierra, cal y betún. Al ver estos objetos se enciende su deseo de edificar y empiezan a construir una casa, tomando ora una piedra, ora una viga, ora una caña, ora tierra y ponen una cosa encima de otra sin orden, por más que en su opinión las colocan con el mayor

orden; pero lo que edifican durante el día cae por tierra durante la noche; sin embargo, al día siguiente recogen de los escombros lo que ha caído y vuelven a edificar; esto continúa hasta que estén cansados de edificar, y así sucede por correspondencia, porque han amontonado textos del Verbo para confirmar falsedades de la fe, y sus falsedades construyen la iglesia precisamente de la manera indicada y no de otra manera alguna.

9. Después se alejan cansados y permanecen solitarios y ociosos; y puesto que comida no es dada del cielo a los ociosos, según se ha dicho, empiezan a tener hambre y no piensan más que en procurarse comida para satisfacer su hambre. Encontrándose en este estado ven venir a sí unas personas de quienes piden limosna, y éstas dicen: «¿Por qué estáis ociosos? Venid con nosotros a nuestras casas y os daremos trabajo que hacer y comida». Entonces se levantan con alegría y les siguen a sus casas y allí es dado a cada uno su trabajo y comida con arreglo al trabajo; pero puesto que todos los que se han confirmado en las falsedades de la doctrina de la fe no son capaces de hacer trabajo alguno que sea de provecho, sino sólo trabajos que sirven para malos usos y ni siquiera éstos fielmente, sino con fraude y con mala voluntad, por esto abandonan su trabajo y sólo encuentran placer en entretenerse en compañía, hablar, pasear y dormir; entonces, no pudiendo ya ser inducidos por sus patronos a trabajar, son despedidos por inútiles.

10. Al ser despedidos su vista se abre, y ven una senda que conduce a una cueva. Cuando llegan, se abre una puerta; entran y preguntan si hay allí comida; a la contestación afirmativa piden permiso para quedarse allí y se les contesta, que pueden quedarse. Son introducidos, y la puerta se cierra detrás de ellos. Entonces el superintendente de la cueva viene a ellos y les dice: «No podéis más salir; id a reuniros con vuestros compañeros; todos trabajan, y conforme trabajan les es dado comida del cielo; esto os digo para que sepáis a qué ateneros». Los compañeros dicen: «Nuestro superintendente sabe para qué clase de trabajo cada uno sirve, y este trabajo asigna a cada uno diariamente. Cada día que cumples tú trabajo te es dado comida, y si no lo cumples, no te es dado comida ni vestidos. Si alguien causa mal a otro, es echado en una cama de polvo maldito, en la que sufre tormentos miserablemente, hasta que el superintendente ve en él alguna señal de arrepentimiento; entonces es sacado de allí y mandado cumplir su trabajo». También les es dicho que cada uno después de su trabajo tiene libertad de pasear, conversar y luego dormir. Después son introducidos más al interior de la cueva, donde hay rameras, de las cuales es permitido a cada uno tomar una y llamarla su mujer, pero les es prohibido bajo severa pena cometer adulterio promiscuamente. De estas cuevas, que son ni más ni menos que eternos presidios, consiste el infierno. Me ha sido permitido entrar en algunas y ver a los que allí estaban a fin de poder manifestarlo; todos eran degradados; ninguno de ellos sabía lo que había sido mientras vivía en el mundo, o en qué oficio se ocupaba; pero el ángel que me acompañaba me dijo, que éste en el mundo había sido criado, este otro soldado, aquél un oficial, aquél otro un prelado; que éste ocupaba un puesto de dignidad; aquél tenía opulencia, pero ellos mismos no sabían sino que entonces como ahora habían sido esclavos y compañeros de infortunio; la razón era que habían sido interiormente iguales, por más que exteriormente habían sido diferentes, y en el mundo espiritual es la cualidad interior que determina la asociación.

Con respecto a los infiernos en general puedo decir que consisten exclusivamente de tales cuevas o presidios, pero las cuevas, donde están los que se llaman satanás, son diferentes de las otras, donde se hallan los que se llaman demonios. Satanás se llaman los que en el mundo se hallaban en falsedades y por las falsedades en males, y demonios se llaman los que se hallaban en males y por los males en falsedades. Los satanás parecen en la luz del cielo lívidos como cadáveres, y algunos de ellos negros como momias;

los demonios son en la luz del cielo como fuego sombrío y algunos negros como el hollín. En cuanto al rostro y a la forma del cuerpo son monstruosos. Pero en su propia luz, que es una luz como de carbón encendido, no parecen monstruos sino hombres. Esta apariencia les es concedida, a fin de que puedan vivir en sociedad entre sí.

CAPÍTULO 5

El Índice del Capítulo

El Decálogo explicado en su sentido externo e interno

1. En la Iglesia Israelita el Decálogo era la Santidad misma y el arca lo era asimismo por estar en ella la Ley. (283-286)
2. En el sentido literal el Decálogo contiene los preceptos generales de la fe y de la vida; pero en su sentido espiritual y celestial contiene todo, universalmente. (287-290)
3. El primer mandamiento: «No tendrás dioses ajenos delante de Mí». (291-296)
4. El segundo mandamiento: «No tornarás el Nombre de Jehová, tu Dios, en vano; porque, no dará por inocente Jehová al que tomara Su Nombre en vano». (297-300)
5. El tercer mandamiento: «Acordarte has del día de Reposo para santificarlo; seis días trabajarás y harás toda tu obra, más el séptimo día será reposo para Jehová, tu Dios». (301-304)
6. El cuarto mandamiento: «Honra a tu padre y a tu madre, para que sean prolongados tus días y para que te vaya bien sobre la tierra, que Jehová tu Dios te da», (305-308)
7. El quinto mandamiento: «No matarás». (309-312)
8. El sexto mandamiento: «No cometerás adulterio». (313-316)
9. El séptimo mandamiento: «No hurtarás.» (317-320)
10. El octavo mandamiento: «No hablarás contra tu prójimo falso testimonio». (321-324)
11. El noveno y décimo mandamiento: «No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo». (325-328)
12. Los diez mandamientos del Decálogo contienen todo cuanto pertenece al amor a Dios y todo cuanto pertenece al amor al prójimo. (329-331)

El Decálogo explicado en su sentido externo e interno

1. En la Iglesia israelita el Decálogo era la Santidad misma.

283. Los mandamientos del Decálogo eran entre los Israelitas cosa sumamente santa, porque fueron las primicias del Verbo y por ello las primicias de la Iglesia, que había de ser establecida entre ellos, siendo la suma y el complejo de todo cuanto pertenece a la Religión, por medio de lo cual se verifica la mutua conjunción entre Dios y el hombre. Que habían de ser la cosa más santa de la Iglesia, consta por esto de que Jehová Mismo descendió al monte de Sinaí, rodeado de fuego y acompañado de ángeles, promulgándolos allí de viva voz; que al monte fueron señalados límites, prohibiéndose al pueblo el traspasar éstos, a fin de que no muriese. Ni siquiera los altos sacerdotes podían acercarse, sino sólo Moisés. Los mandamientos fueron escritos en dos tablas de piedra con el Dedo de Dios. Al bajar Moisés del monte la segunda vez, llevando consigo las tablas, resplandecía su rostro. Las tablas fueron luego depositadas en el Arca, la cual fue colocada en lo más íntimo del tabernáculo, encima de ella el

propiciatorio y sobre éste querubines de oro. El lugar íntimo del tabernáculo, donde estaba el Arca, se llamaba el Sancto Sanctorum o Lugar Santísimo, y al exterior de este lugar había varios objetos que representaban las santas cosas del Cielo y de la Iglesia; a saber: la mesa cubierta de oro puro, sobre la cual se colocaban los panes de la proposición o panes de las faces; el altar de oro, en el cual se quemaba el incienso; el candelero de oro, con sus siete lámparas, y alrededor, formando paredes, las cortinas de lino fino, púrpura y escarlata. La santidad del tabernáculo venía exclusivamente del Arca con las tablas de los mandamientos, dados por Jehová. A causa de la santidad del tabernáculo, proviniendo de la Ley en el Arca, el pueblo de Israel asentaba campo alrededor del mismo, por su orden, según sus tribus, y andaba por su orden en pos del mismo. Una nube estaba encima del tabernáculo durante el día y fuego durante la noche, A causa de la santidad de esta Ley y la presencia de Jehová en ella hablaba Jehová con Moisés de sobre el propiciatorio, de entre los querubines, y el Arca se llamaba Jehová allí. Bajo pena de muerte no debía Aarón entrar en el Lugar Santísimo sin ofrecer sacrificio o incienso. A causa de la presencia de Jehová en esta Ley y alrededor de ella se realizaron por medio del Arca muchos milagros. Las aguas del Jordán se separaron, cuando el Arca las tocó, y permaneciendo ella en medio del río, pasaron los hijos de Israel sobre el fondo seco. Los muros de Jericó cayeron, cuando llevaron el Arca alrededor de ellos; Dagón, el ídolo de los Filisteos, cayó postrado por tierra delante del Arca. Los Bethsemitas fueron heridos en número de muchos miles a causa del Arca, y Uzza murió por tocarla. El Arca fue llevada por David a Sión, con sacrificios y júbilo, y más tarde, por Salomón, al templo de Jerusalén, constituyendo luego el Sagrario de éste. Por estas cosas, y otras parecidas, recordadas en el Verbo, consta, que el Decálogo era la Santidad misma en la Iglesia israelita.

285. Por medio de esta Ley se realiza la conjunción mutua entre el Señor y el hombre, y por esta razón se llama alianza y testimonio; alianza porque une, y testimonio porque confirma los artículos de la alianza. Alianza en el Verbo significa conjunción, y testimonio confirmación y testificación de sus artículos; por esta razón hay dos tablas; una para Dios, otra para el hombre. El Señor efectúa la conjunción; pero únicamente cuando el hombre cumple las condiciones estipuladas en su tabla; porque el Señor está continuamente presente y desea entrar en el alma del hombre; pero el hombre, por la libertad que siempre tiene del Señor, debe abrirle la puerta. El Señor, dice:

«He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).

Puesto que alianza significa unión o conjunción, se dice en la Escritura, respecto del Señor, que:

«Será puesto por alianza del pueblo» (Isaías 42:6).

En Malaquías se llama:

«El ángel del pacto» (mensajero de la alianza) (Malaquías 3:1).

En Mateo, Su sangre se llama:

«La sangre del nuevo pacto» (Mateo 16:28).

Igualmente en Zacarías 9:11. En Éxodo 24:4-10 se llama:

«La sangre de la alianza.»

Por la misma razón el Verbo se llama el Antiguo y Nuevo Testamento o Pacto, es decir, Alianza; porque las alianzas se celebran para fomentar el amor, la amistad, la asociación y la conjunción.

286. Tan grande santidad y tan grande poder hay en esta Ley, porque es el complejo de todas las cosas, que pertenecen a la Religión. Su primera tabla es un complejo de toda la religión referente a Dios, y su segunda tabla un complejo de toda la religión referente al hombre. Por esta razón los diez mandamientos se llaman también las diez palabras (Éxodo 34:28); porque diez significa todo† (*), y palabras significa verdades. Que palabras aquí no quiere decir palabras en el sentido ordinario del término es evidente, porque en los diez mandamientos hay más de diez palabras.

Nota:

† Que diez significa todo, y que diezmos fueron instituidos a causa de esta significación se puede ver en (Apocalipsis Revelado 101).

2. En el sentido literal el Decálogo contiene los preceptos generales de la Fe y de la Vida; pero en su sentido espiritual y celestial contiene todo, universalmente.

287. Es sabido que en el Verbo el Decálogo se llama la Ley por eminencia, puesto que contiene todas las cosas, que pertenecen a la doctrina y a la vida; no sólo las que conciernen a Dios, sino también las que conciernen a los hombres. Es sabido también, que todas las cosas, que pertenecen a la doctrina y a la vida, tienen relación con el amor a Dios y con el amor al prójimo. El Decálogo contiene todo cuanto pertenece a estos amores, y el Verbo entero no enseña otra cosa. Esto es evidente por las siguientes palabras del Señor:

«Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazón y de toda tu alma y de toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas» (Mateo 22:37; 39; 40).

La ley y los profetas quieren decir todo el Verbo. En otro lugar (Lucas 10:25-28) leemos, que cierto doctor de la Ley, tentando a Jesús, dijo:

«Maestro, ¿haciendo qué cosa poseeré la vida eterna?»

Y Jesús dijo:

« ¿Qué está escrito en la ley, cómo lees?, y él, respondiendo, dijo: Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazón y de toda tu alma y de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento y a tu prójimo como a ti mismo.»

Y contestóle Jesús:

«Bien has respondido; haz esto y vivirás.

Ahora bien; siendo así que el todo de la Ley es amor a Dios y amor al prójimo, y viendo que el Decálogo en su primera tabla contiene todo cuanto pertenece al amor a Dios, y en su segunda tabla todo cuanto pertenece al amor al prójimo, consta que el Decálogo contiene todo cuanto pertenece a la doctrina y a la vida. Sus dos tablas están mutua y recíprocamente unidas de tal manera, que Dios desde su tabla mira al hombre constantemente y nunca omite de poner en operación los medios, que obran la salvación; mientras que por otra parte el hombre, si admite y obra lo que en su tabla se halla estipulado, recibe al

Señor, y entonces se efectúa una mutua y recíproca conjunción y se realizan las palabras del Señor al doctor de la ley: Haz esto y vivirás.

288. En el Verbo se emplea a menudo la palabra ley, y este término tiene un sentido limitado, un sentido amplio y un sentido general. En su sentido limitado la palabra ley en el Verbo quiere decir el Decálogo; en su sentido amplio quiere decir la ley, dada por Moisés, o sea los estatutos dados a los hijos de Israel por conducto de Moisés, y en su sentido general quiere decir el Verbo.

Que la palabra ley en su sentido limitado quiere decir el Decálogo es conocido. Que en su sentido amplio quiere decir los estatutos, dados por Moisés, se puede ver en Levítico 7:1; 7:2; 6:14; 7:37; 11:46; 12:7; 13:59; 14:2; 32; 54; 57; 15:32; 5:29; 30; 6:13; 21; 19:14; 19:2; 17:15-19, y en general todo el libro de Moisés se llama la ley (Deuteronomio 20.11:9; 11; 12; 26). También se puede ver en el Nuevo Testamento (Lucas 2:22; 24:44; Juan 1:45; 7:23; 8:5, y en otros lugares), y Pablo emplea el término ley en este sentido, cuando dice que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley (Rom. 3:28); porque por la ley en este pasaje entendía Pablo los estatutos dados por Moisés y no el Decálogo, lo cual consta por lo que dice a continuación del citado versículo. Consta también por sus palabras a Pedro, a quien censuraba por judaizar, diciéndole tres veces en un mismo versículo, que «nadie es justificado por las obras de la ley» (Gálatas 2:14-16). Que en su sentido general la palabra ley quiere decir todo el Verbo, se puede ver en Juan 10:34; Salmos 82:6; Juan 12:34; Salmos 89:36; 110:4; Daniel 7:14; Juan 15:25; Salmos 35:19; Juan 7:48; 49; Lucas 17:17, y en varios otros lugares.

289. Que el Decálogo en su sentido espiritual y celestial contiene universalmente todos los preceptos de la doctrina y de la vida y por consiguiente todo cuanto pertenece a la fe y a la caridad es porque el Verbo, en el conjunto de su sentido literal y en cada detalle del mismo, contiene dos sentidos interiores, llamados el sentido espiritual y el sentido celestial, en cuyos sentidos la Divina Verdad se halla en su luz y el Divino Bien en su calor. Que el Verbo es así consta por lo que se ha dicho respecto del mismo en el precedente capítulo (193-208). Ahora será explicado el Decálogo en sus tres sentidos: el natural, el espiritual y el celestial.

3. El Primer Mandamiento

«No tendrás dioses ajenos delante de Mi».

291. Estas son las palabras del primer mandamiento. (Éxodo 20:3). En el sentido natural, que es el sentido literal, el sentido más próximo a la letra es, que se prohíbe la adoración de ídolos, porque a continuación siguen estas palabras:

«No te harás imagen ni ninguna semejanza de cosas que están arriba en los cielos ni abajo en la tierra ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás; porque yo, Jehová, tu Dios, soy un Dios celoso». (Éxodo 20:35).

La razón por la cual se prohibió la adoración de ídolos es, que antes de ese tiempo y también después, hasta la venida del Señor en la carne, existía adoración de ídolos en una grande parte de Asia. La causa de esta idolatría era, que las iglesias antes de la venida del Señor eran representativas y típicas, y los tipos y representaciones consistían en la exhibición de las cosas Divinas bajo varias formas y figuras esculpidas, a las cuales la gente sencilla e ignorante empezaba a adorar como Dioses, a medida que la ciencia de la correspondencia se extinguía, olvidándose la significación de esas figuras y formas. La nación israelita,

mientras habitaba en Egipto, se hallaba también en semejante adoración, lo cual consta por el hecho de que en el desierto se hicieron un becerro de oro, adorando a éste en vez de a Jehová, y muchos pasajes del Verbo, tanto del histórico cuanto del profético, demuestran que tampoco después fueron alienados de esta adoración.

292. En su sentido natural este primer mandamiento No tendrás Dioses ajenos delante de Mí, quiere también decir, que ningún hombre, muerto o vivo, debe ser adorado como Dios. Semejante adoración practicábase también en Asia y en las regiones vecinas. Muchos de los Dioses de los gentiles no eran más que hombres, como por ejemplo Baal, Ashtaroth, Chemos, Milcom, Belcebub; y en Atenas y Roma: Saturno, Júpiter, Neptuno, Pluto, Apolo, Palas y otros, de los cuales algunos al principio fueron adorados como Santos, luego como Divinidades y finalmente como Dioses. Adoraban como Dioses también a hombres vivos, lo cual demuestra el edicto de Darío de Media, el cual prohibió a todo sujeto del reino, por espacio de treinta días, el demandar petición alguna de Dios, sino sólo del rey, bajo pena de ser echado al foso de los leones (Daniel 6:8 y siguientes). En su sentido natural el primer mandamiento quiere también decir, que nadie más que Dios y nada más que lo que procede de Dios, debe ser amado sobre todas las cosas; lo cual consta por las palabras del Señor en Mateo 22:35-40 y en Lucas 10:25-28. Para el que ama a una persona o cosa sobre todas las cosas, esta persona es Dios y esta cosa es Divina. Para el que ama a sí mismo o al mundo sobre todas las cosas, el mismo, o el mundo, es su Dios, y esta es la razón por la cual tales personas en su corazón niegan a Dios. Tienen conjunción con sus semejantes en los infiernos, donde se reúnen los que aman a sí mismos y al mundo sobre todas las cosas.

294. El sentido espiritual de este mandamiento es, que no se debe adorar a otro Dios que al Señor Jesucristo, porque El es Jehová que vino al mundo y realizó la Redención, sin la cual ni hombre ni ángel alguno hubiera podido ser salvo. Que no hay Dios fuera de El se puede ver en el capítulo segundo, que trata del Señor el Redentor, y por los pasajes del Verbo allí citados, por lo cual dejamos de citarlos aquí de nuevo; añadiremos únicamente este otro pasaje:

«Estamos en la Verdad en Jesucristo: Este es el verdadero Dios y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos» (Juan 5:20; 21).

295. El sentido celestial de este mandamiento es, que Jehová el Señor es Infinito, Inconmensurable y Eterno. Que El es Omnipotente, Omniscio y Omnipresente. Que El es El Primero y El Ultimo, el Principio y el Fin, que es y que era y que será. Que El es el Amor mismo y la Sabiduría misma, o sea el Bien mismo y la Verdad misma, por consiguiente la Vida misma y el solo y único Esse, del Cual vienen todas las cosas.

296. Los que adoran a otro Dios que al Señor Jesucristo, quien es Jehová Dios Mismo en Naturaleza Humana, pecan contra este primer mandamiento. Así también los que se persuaden de la existencia de tres Divinas Personas desde la eternidad. Los que se hallan en esta falsa doctrina pueden compararse con el profeta Ezequiel, cuando el Señor le mandó representar a la Iglesia, tal como entonces era entre los judíos, con mezclar trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y avena con el estiércol de hombre, o de buey, y comerlo (Ezequiel 4:9 y siguientes).

4. El Segundo Mandamiento

«No tomarás el Nombre de Jehová, tu Dios, en vano; porque no dará por inocente Jehová, al que tomare Su Nombre en vano.»

297. En el sentido natural el tomar el Nombre de Jehová en vano, se refiere al Nombre mismo, es decir, a su abuso en conversaciones frívolas, y especialmente a su invocación para confirmar falsedades o mentiras; a su empleo en juramentos sin necesidad, o para esculpirlo en malas inclinaciones (lo cual es blasfemar), también a su empleo en hechicerías y artes mágicas. Pero el jurar por Dios y por Su Santidad, por el Verbo o por el Evangelio con motivo de un coronamiento, de una inauguración al pastorado o inducción en un oficio de confianza, no es tomar en vano el Nombre de Jehová, a no ser que el que presta juramento luego desecha sus promesas como vanas. Por otra parte el Nombre de Dios, por ser la Santidad misma, debe usarse continuamente en las santas cosas de la Iglesia, como por ejemplo en oraciones, en himnos y en toda adoración o culto, así como en sermones y en escritos sobre asuntos eclesiásticos, porque Dios está en todo cuanto pertenece a la Religión, y siendo religiosamente invocado, está presente por Su Nombre y escucha. De esta manera el Nombre de Dios es santificado. Que el Nombre de Jehová Dios es santo en sí mismo, es evidente por el hecho de que los judíos, desde que existen como nación, no se han atrevido a pronunciar la palabra Jehová, ni se atreven ahora a pronunciarla, y por la misma causa los Evangelistas tampoco emplearon esta palabra, sino la palabra Señor en lugar de Jehová, según se puede ver en varios pasajes transferidos del Antiguo Testamento al Nuevo, como por ejemplo: Mateo 22:37; Lucas 10:27, comparados con Deuteronomio 6:5 y otros. Que también el Nombre de Jesús es santo, consta por las palabras del apóstol Pablo, que a este Nombre toda rodilla se doblará en el Cielo y en la tierra, y además consta por el hecho de que no puede ser pronunciado por demonio alguno en el infierno. Los Nombres de Dios que no deben tomarse en vano son varios, como por ejemplo: Jehová, Jehová Dios, Jehová Zabaot, el Santo de Israel, Jesús, Cristo, el Espíritu Santo y otros.

298. En el sentido espiritual el Nombre de Dios quiere decir todo cuanto la Iglesia enseña por el Verbo, y mediante lo cual el Señor es invocado y adorado. Todas estas cosas en complejo son el Nombre de Dios, por lo cual tomar el Nombre de Dios en vano significa introducir estas cosas o alguna de ellas en conversaciones frívolas, en hablar falsedades, en mentiras, en imprecaciones, hechicerías y artes mágicas; porque el hacer esto es también menospreciar y blasfemar a Dios, y por consiguiente a Su Nombre. Que el Verbo, y todo cuanto la Iglesia enseña por el Verbo, por consiguiente todo culto y adoración, es el Nombre de Dios, consta por varios pasajes del mismo, entre otros Isaías 41:25; Malaquías 1:11; 13; Deuteronomio 12:5; 11; 13; 14; 18; 16:2; 6; 11; 15; 16; Mateo 18:20; Juan 1:12; 3:18; 20:31; 17:6; 26; Apocalipsis 3:4. En muchos pasajes, donde se habla del Nombre de Dios, éste significa lo Divino que dimana y procede de Dios, bajo lo cual debe ser adorado. El Nombre de Jesucristo significa todo cuanto pertenece a la Redención y a la Doctrina que El enseñaba, así pues, todo cuanto pertenece a la salvación; Jesús lo perteneciente a la salvación por virtud de la Redención y Cristo lo perteneciente a la salvación por virtud de la Doctrina.

299. En el sentido celestial el tomar en vano el Nombre de Dios, quiere decir lo que el Señor dijo a los Fariseos:

«Todo pecado y blasfemia será perdonado al hombre, más la blasfemia contra el Espíritu no será perdonado» (Mateo 12 31; 32).

Blasfemia contra el Espíritu significa blasfemia contra la Divinidad de la Naturaleza Humana del Señor y contra la Santidad del Verbo. La Divina Humanidad del Señor es lo que el Nombre de Jehová Dios significa en el sentido celestial, que es el supremo, lo cual consta por muchos pasajes del Verbo, por ejemplo: Juan 12:48; 14:13; 14 y otros. En la Oración dominical: «Santificado sea tu Nombre», Nombre significa la Divina Naturaleza Humana del Señor y no otra cosa; así también en Éxodo 23:21 y en Isaías 63:16. Por ser la blasfemia contra el Espíritu, según las palabras en Mateo 12:31; 32, imperdonable a los hombres, y puesto que esta blasfemia es lo que en sentido celestial se entiende por tomar el Nombre de Jehová Dios en vano, se añade a este mandamiento las palabras: porque no dará por inocente Jehová al que tomare Su Nombre en vano.

300. Que el nombre de una persona no quiere decir su nombre solamente, sino también toda su cualidad, se ve claramente en el mundo espiritual. Allí nadie conserva el nombre que recibió en el bautismo, o el nombre que tenía de sus padres o de sus antecesores en el mundo; cada uno allí se llama según su cualidad, y los ángeles se llaman según su vida moral y espiritual. A estos nombres se refirió el Señor, cuando dijo:

«Yo soy el buen pastor: las ovejas oyen su voz y a sus ovejas llama por nombre y las saca» (Juan 10:11; 3).

Y también:

«Más tengo unos pocos nombres en Sardis que no han ensuciado sus vestidos. Al que venciere escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad la Nueva Jerusalén y mi Nombre nuevo» (Apocalipsis 3:4; 12).

Gabriel y Michael no son nombres de dos ángeles en el cielo, sino que significan todos los ángeles que se hallan en sabiduría respecto del Señor y que adoran a El. En el Verbo los nombres de personas y lugares tampoco significan personas y lugares, sino cosas pertenecientes a la Iglesia. De igual manera en el mundo natural. Por el nombre de una persona en este mundo no se entiende tan sólo su nombre, sino también su cualidad, porque esta adhiere al nombre. En la idea el carácter y la vida del hombre forman uno con su nombre, por lo cual el calumniar los actos de la vida de un hombre es calumniar su nombre.

5. El Tercer Mandamiento

«Acordarte has del día de Reposo para santificarlo; seis días trabajarás y harás toda tu obra; más el séptimo día será Reposo para Jehová, tu Dios.»

301. En el sentido natural o literal este mandamiento quiere decir, que los seis días son para el hombre y sus ocupaciones, y el séptimo para el Señor y para el reposo del hombre por virtud de El Sábado, en el idioma original, quiere decir reposo. El sábado con los hijos de Israel era sumamente santo, porque representaba al Señor. Los seis días representaban Sus esfuerzos y Sus combates contra los infiernos, y el séptimo día Su victoria sobre ellos y por consiguiente Reposo. El sábado representaba, pues, la conclusión y completa consumación de la Obra de Redención, que iba a realizar el Señor, y por esta razón era ese día con ellos la Santidad misma. Pero cuando el Señor vino al mundo, cesaron las representaciones de El, y el sábado fue hecho un día de instrucción en cosas Divinas, y también un día de reposo del trabajo para ser dedicado a meditaciones sobre lo perteneciente a la salvación y a la vida eterna, así como a obras de caridad. Que el sábado fue hecho un día de instrucción en cosas Divinas, es evidente por el hecho de que el Señor enseñaba y predicaba el día del sábado en los templos y en las sinagogas (Marcos 6:2; Lucas 4:16;

31; 32; 13:10); y porque dijo al hombre a quien sanó en el día del sábado: Toma tu lecho y anda (Juan 5:9; 19) y a los Fariseos; que era lícito para los discípulos recoger espigas en el día del sábado y comer el trigo, restregándolas en sus manos (Mateo 12:1; 9; Marcos 2:23; 28; Lucas 6:1; 6); porque en el sentido espiritual estos actos significan recibir instrucción en verdades doctrinales. Que también fue hecho un día de obras de caridad, consta por lo que el Señor obraba y enseñaba en los días de sábado (Mateo 12:10; 14; Marcos 3:1; 9; Lucas 6:6; 14; 13:10; 18; 14:1; 7; Juan 5:9; 19; 7:22; 23; 9:14; 16). Estos pasajes y los arriba citados explican la razón, por la cual el Señor dijo, que El es Señor aún del Sábado (Mateo 12:8; Marcos 2:28; Lucas 6:5), por cuya declaración es nuevamente evidente que el día era representativo de El.

302. En el sentido espiritual este mandamiento significa la reformación y regeneración del hombre por el Señor. Los seis días de trabajo significan la lucha del hombre contra la carne y sus apetitos, y al mismo tiempo contra los males y las falsedades que del infierno influyen en él; y el séptimo día significa su conjunción con el Señor y su regeneración por ella. Mientras esta lucha continúa tiene el hombre trabajo y pena espiritual, pero una vez verificada su regeneración, tiene reposo. Esto será explicado detalladamente más adelante, cuando trataremos de la reformación y regeneración, y sobre todo será claro por las siguientes síntesis, que allí se explicarán:

1. La reforma es efectuada de una manera análoga a la en que el hombre es concebido, llevado en el útero, nace y es educado.
2. El primer acto del nacimiento nuevo se llama la reformación, la cual es del entendimiento; y el segundo se llama la regeneración, la cual es de la voluntad y por virtud, de ésta del entendimiento.
3. El hombre interior debe ser reformado primeramente y luego es reformado el hombre exterior por medió de éste.
4. Empieza entonces una lucha entre el hombre interior y el hombre exterior, y el que vence, reina sobre el otro.
5. El hombre regenerado tiene una nueva voluntad y un nuevo entendimiento.

La razón por la cual el tercer mandamiento en su sentido espiritual significa la reformación y regeneración del hombre, es que estas dos operaciones coinciden con los esfuerzos y combates del Señor contra los infiernos, con Su victoria sobre ellos y con el Reposo que luego resulta; porque el Señor reforma y regenera al hombre de la misma manera en que realizó la glorificación de Su Naturaleza humana, haciéndola Divina, y la cooperación del hombre con el Señor en la obra de su reformación y regeneración, es lo que se llama: Seguir al Señor. Que el Señor sostenía combates, se puede ver en Isaías, capítulos 53 y 63, cuyos combates se llaman trabajos (Isaías 53:11). En Isaías 65:23 y Apocalipsis 2:4; 3, parecidos combates con relación al hombre se llaman asimismo trabajos.

303. En su sentido celestial este mandamiento significa la conjunción con el Señor y la paz que de ella resulta por hallarse entonces el hombre protegido por el Señor contra el infierno; Sábado, significa reposo y en el sentido supremo, paz. Por esta razón el Señor es llamado Príncipe de Paz y El Mismo se llama Paz (Isaías 9:6; 7; Juan 14:27; 16:33; Isaías 52:7; Salmos 55:18; Isaías 32:17; 18; Lucas 10:5; 6; Mateo 10:12; 14; Salmos 85:8; 10; Juan 20:19; 21; 26). El estado de paz en el cual los hombres son introducidos por el Señor, es descrito también en Isaías 65 y 66, y en otros lugares. En este estado entran los que son admitidos en la Nueva Iglesia, ahora establecida por el Señor. Cuál y cómo es el estado de paz en que se hallan los ángeles y los que están en el Señor, puede verse en la obra: El Cielo y el Infierno (El Cielo y el Infierno

284-290). Por lo aquí expuesto se ve claramente, por qué razón el Señor se llama Señor del Sábado, es decir, del Reposo, de la Paz. La Paz celestial, cuando los males y las falsedades del infierno no pueden ya subir e invadir el alma, puede compararse con la paz natural después de una guerra, cuando cada uno vive en seguridad, protegido contra el enemigo, tranquilo en su ciudad, en su hogar, en sus campos y en sus jardines. Es como dice el profeta, hablando en términos naturales de la Paz celestial:

«Y cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera y no habrá quien amedrente»
(Micheas 4:4; Isaías 65:21; 23).

6. El Cuarto Mandamiento

«Honra a tu padre y a tu madre para que sean prolongados tus días y para que te vaya bien sobre la tierra, que Jehová tu Dios te da.»

305. Así leemos el cuarto mandamiento (Éxodo 20:12; Deuteronomio 5:16). En el sentido natural honrar padre y madre quiere decir honrarles, obedecerles, serles atentos, mostrarles agradecimiento por los beneficios que confieren, es decir, por nutrir y vestir a los hijos, educarlos e introducirlos en el mundo, para que puedan conducir en él una vida civil y moral, y asimismo introducirlos en el cielo mediante los preceptos de la religión. Así cuidan de su prosperidad temporal y también de su felicidad eterna; y lo hacen por el amor, en el cual se hallan por el Señor, en lugar de quien desempeñan estos oficios. Relativamente se entiende también la consideración y el honor debidos a los tutores, si los padres han muerto. En un sentido más amplio se entiende honrar al rey y a los magistrados, quienes proveen de una manera general los bienes, que los padres proveen en particular. En un sentido aún más amplio se entiende amar a la patria, porque ésta mantiene y protege al pueblo. Pero el honor a la patria, al rey y a los magistrados debe profesarse por los padres y por ellos ser inculcado en los niños.

306. En el sentido espiritual «honrar padre y madre» significa reverenciar y amar a Dios y a la Iglesia. En el sentido espiritual Padre significa Dios, quien es el Padre de todos, y Madre significa la Iglesia. En los cielos los niños y los ángeles no conocen otro Padre, ni otra madre, porque los que están allí han nacido de nuevo del Señor mediante la Iglesia. Madre significa la Iglesia, porque así como una madre en la tierra alimenta a sus hijos con alimento natural, así los alimenta la Iglesia con alimento espiritual, y por esta razón se llama la Iglesia en el Verbo a menudo madre (Óseas 2:2; 5; Isaías 50:1; Ezequiel 16:45; 19:10; Mateo 12:48, 49; Marcos 3:33-35; Lucas 8:21; Juan 19:25-27).

307. En el sentido celestial «Padre» significa nuestro Señor Jesucristo, y «Madre» la comunión de los Santos, la cual es Su Iglesia, distribuida por toda la tierra. Que nuestro Señor es el Padre consta por varios pasajes del Verbo, entre otros por éstos: Isaías 9:6; 63:6; Juan 14:8-11; 12:45; y que Madre en este sentido significa la Iglesia de nuestro Señor consta por varios otros pasajes, como por ejemplo: Apocalipsis 21:2; 21:10; 19:7; 9; Mateo 9:15; Marcos 2:19, 20; Lucas 5:34; 35; Juan 3:29; 19:26, 27. La Nueva Jerusalén, mencionada en estos pasajes, es la Nueva Iglesia, ahora establecida por el Señor. Esta Iglesia, y no la anterior, es la esposa. La prole espiritual, que nace de este matrimonio, son los bienes de la caridad y las verdades de la fe, y los que por el Señor se hallan en estos bienes y estas verdades, se llaman hijos del matrimonio, hijos de Dios y nacidos de El.

7. El Quinto Mandamiento:

«No matarás.»

309. En el sentido natural este mandamiento quiere decir, que no se debe quitar la vida a un ser humano, ni herirle mortalmente, ni mutilar su cuerpo, y que tampoco se debe atraer un mal mortal sobre su nombre y reputación, puesto que con muchos la vida y la reputación van mano en mano. En un sentido más amplio se entiende por homicidio también enemistad, odio y sentimientos de venganza respirando destrucción; porque debajo de ellos se oculta el homicidio como fuego debajo de cenizas. El fuego infernal no es otra cosa, y la costumbre de decir encenderse por el odio y arder en venganza viene de allí. El odio y los sentimientos de venganza son homicidio de intención aunque no de hecho, y si no fuera por el temor del castigo de la ley, de pérdida de nombre y de reputación o de la venganza, se ultimaría en acto, especialmente cuando la intención envuelve traición y crueldad. Que odio, ira y enemistad son homicidio consta por las palabras del Señor en Mateo 5:21; 22; y la razón es que todo cuanto está en la intención está también en la voluntad, y lo que está en la voluntad es en y por sí considerado un hecho, tanto como si fuera un acto consumado.

310. En el sentido espiritual «homicidio» significa toda manera de matar y destruir las almas de los hombres, cuyas maneras son múltiples, como por ejemplo apartarlas de Dios, de la Religión y del Culto Divino mediante insinuaciones escandalosas contra éstos, y persuadirles a adoptar ideas y prácticas que conducen a la aversión y al aborrecimiento de la Religión. Tal es el proceder de los demonios y satanás en el infierno, y con éstos se hallan en conjunción los que en el mundo desprecian, ridiculizan y profanan las santas cosas de la Iglesia. Los que destruyen las almas por medio de falsedades se llaman en el Verbo Abaddon o Apollyon, es decir el Ángel del abismo (Apocalipsis 9:11), o sea el Destructor, y las almas destruidas se llaman las ovejas de la matanza, los matados, los heridos, como por ejemplo en Zacarías 11:4, 5, 7; en el Salmos 44:22; en Isaías 27:6, 7; en Juan 10:10, y también en Isaías 14:21; 26:21; Jeremías 4:31; 12:3; Apocalipsis 9:4; 11:7. Por esta razón se llama el Diablo homicida desde el principio (Juan 8:44).

311. En el sentido celestial «matar» significa tener ira contra el Señor, odiarle y querer extirpar Su Nombre. Se dice de éstos, que crucifican al Señor, lo cual también harían, como hicieron los Judíos, si volviese al mundo en la carne como en Su primera Venida. Esto es lo que significan las palabras: El cordero estaba como inmolado (Apocalipsis 5:6, 13:8), y también los crucificados (Apocalipsis 11:8; Hebreos 6:6; Gal. 3:1).

8. El Sexto Mandamiento

« No cometerás adulterio.»

313. En el sentido natural este mandamiento prohíbe no tan sólo el cometer adulterio, sino también el desear y practicar cosas obscenas, y por consiguiente también el pensar y hablar cosas lascivas. Que el codiciar en y por sí constituye adulterio, consta por las palabras del Señor en Mateo 5:27; 28, y la razón es que los deseos, cuando entran en la voluntad, equivalen a obras. La insinuación entra tan sólo en el entendimiento, pero la intención entra en la voluntad y la codicia en la intención equivale al acto.

314. En el sentido espiritual «cometer adulterio» significa adulterar los bienes del Verbo y falsificar sus verdades. Esto se ha ignorado hasta ahora, porque se ha ignorado el sentido espiritual del Verbo. Que en el Verbo «cometer adulterio» tiene esta significación y no otra, consta por varios pasajes del mismo, como

por ejemplo: Jeremías 5:1; 7; 23:14; 29:23; Óseas 4:10; Levítico 20:6; Éxodo 34:15. En el Apocalipsis Babilonia, que significa la iglesia católica consumada y destruida, que adultera y falsifica el Verbo más que otras, se llama la grande ramera, y se dice que los reyes de la tierra han fornicado con ella, y que ella ha corrompido la tierra con su fornicación (Apocalipsis 14:8; 17:1; 2; 19:2. Por falsificar el Verbo la nación judaica, fue llamada por el Señor una generación adulterina (Mateo 12:39; 16:4; Marcos 8:38; Isaías 57:3), y en muchos otros pasajes las palabras adulterio y fornicación significan adulteración y falsificación del Verbo, como por ejemplo en Jeremías 3:6; 8; 13:27; Ezequiel 16:15; 16; 26; 28; 29; 32; 33; 23:3; 5; 7; 11; 14; 18; 19; Oseas 5:3; 6:10; Nahum 3:4.

315. En el sentido celestial, «cometer adulterio» significa negar la santidad del Verbo y profanarlo; que esto es la significación celestial de este mandamiento, consta por su significación espiritual, la cual es adulterar sus bienes y falsificar sus verdades. Los que niegan y profanan la santidad del Verbo, son los que en su corazón se ríen de todas las cosas de la Iglesia y de la Religión, porque todas las cosas de la Iglesia y de la Religión en el mundo Cristiano son del Verbo.

9. El Séptimo Mandamiento

«No hurtarás.»

317. En el sentido natural este mandamiento quiere decir lo que dice su letra, es decir, que no se debe hurtar, robar, practicar piratería en tiempo de paz, ni en general quitar a alguien sus bienes secretamente, bajo pretexto alguno. Su sentido natural comprende también toda clase de impostura, ganancia ilícita, usura y exacción indebida; igualmente prácticas fraudulentas en la satisfacción de derechos e impuestos y en la liquidación de deudas. Trabajadores y artesanos que hacen su trabajo con infidelidad y fraude, negociantes que engañan en sus mercaderías, en el peso, en la medida y en las cuentas, jefes del ejército que dejen de entregar a los soldados su justa paga, jueces que fallan favorablemente por amistad, por pago, por recompensa o por parentesco, pervirtiendo las leyes y las investigaciones judiciales, pecan contra este mandamiento en su sentido natural, porque quitan a otros su legítima propiedad.

318. En el sentido espiritual «hurtar o robar» significa quitar a otros las verdades de su fe mediante falsedades y herejías. Pastores y ministros que desempeñan su oficio sólo por las ganancias o por los honores mundanos, y que enseñan cosas, que por el Verbo saben, o pueden saber, no son verdades, son ladrones espirituales, puesto que quitan a otros los medios de su salvación, es decir, las verdades de la fe, y en el Verbo se llaman ladrones, por ejemplo en Juan 10:1; 10; Mateo 6:19; 20; Obadías verso. 5; Joel 2:9; Óseas 7:1.

319. En el sentido celestial «ladrones» son los que niegan el Poder Divino del Señor usurpándole Su mérito y Su justicia. Estos, si bien confiesan a Dios, no confían en El, sino en sí mismos, y por lo tanto no creen en Dios, sino en sí mismos.

10. El Octavo Mandamiento

«No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.»

321. En el sentido natural, la significación de este mandamiento, más próxima a la letra, es que no se debe dar testimonio, ni ante un juez, ni en particular, contra alguien que es injustamente acusado de un delito

o un mal, y que no se debe ratificar el testimonio invocando el nombre de Dios, o cosa alguna santa, o algo que afecte a su propia reputación. En un sentido más amplio, este mandamiento prohíbe mentiras de toda clase, hipocresía mal intencionada en la vida civil, y también toda expositora y difamación del prójimo, a consecuencia de lo cual su honor, su nombre y su reputación, de las cuales depende, son perjudicados. En un sentido más amplio aún, prohíbe tramas, procedimientos astutos y malos designios contra alguien, motivados por enemistad, odio, venganza, envidia, rivalidad, etc., porque estos males llevan dentro de sí testimonio falso.

322. En el sentido espiritual este mandamiento prohíbe el persuadir a otros de que las falsedades de la fe son verdades de la fe, y que los males de la vida son bienes de la vida y viceversa, porque esto es dar falso testimonio en sentido espiritual; pero sólo cuando se hace con intención y no por ignorancia, es decir, cuando se hace con conocimiento de la verdad y del bien, pero no antes de conocerlos; porque el Señor dice: «Si fuerais ciegos no tendríais pecado; mas ahora porque decís: vemos, por tanto vuestro pecado permanece» (Juan 9:41).

323. En el sentido celestial este mandamiento significa blasfemar al Señor y al Verbo, y así expulsar la Verdad misma de la Iglesia; porque el Señor es la Verdad Misma y también el Verbo. Por otra parte dar testimonio significa en sentido celestial hablar la verdad, y testimonio significa la Verdad misma. He aquí la razón por la cual el Decálogo se llama el testimonio (Éxodo 25:16; 21; 22); y por la misma razón el Señor, que es la Verdad misma, dice que testifica y da testimonio de Si Mismo (Juan 3:11; 8:13; 19; 15:26; 18:37).

11. El Noveno Y Décimo Mandamientos

«No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.»

325. En el catecismo, actualmente en uso, este mandamiento se halla separado en dos, o sea el noveno, que es: «No codiciarás la casa de tu prójimo», y el décimo, que es: «No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo». Estos dos mandamientos hacen uno, y por esta razón y también porque en Éxodo 20:21 y en Deut 5:21 forman un solo versículo, trataremos aquí de ambos a la vez; mas no pretendemos, que luego formen un solo mandamiento; se distinguirán en 'dos como antes, por cuanto los mandamientos se llaman las diez palabras (Éxodo 34:28; Deuteronomio 4:13; 10:4).

326. Estos dos mandamientos se refieren a todos los' precedentes, enseñando y encareciendo el no obrar los males y también el no codiciarlos. Enseñan, pues, que el mal no está tan sólo en los actos y obras del hombre exterior, sino que también se halla en el hombre interior; porque el que codicia, aunque no obre el mal, lo comete sin embargo (Mateo 5:28), y el hombre exterior no llega a ser hombre interior, es decir, no llega a obrar de acuerdo con el hombre interior, hasta que la codicia haya sido exterminada (Mateo 23:25; 26). A fin de dar a estos dos mandamientos aplicación a todos los precedentes, prohibiendo el que siquiera sean objetos de codicia o deseo los males, que estos prohíben en actos, se menciona primeramente la casa, luego la mujer y a continuación el siervo, la criada, el buey, el asno y finalmente todo cuanto es del prójimo; porque la casa, o el hogar, comprende todas las demás cosas enumeradas, siendo así que en ella están el marido y la mujer, el siervo y la criada, el buey y el asno. La mujer, luego mencionada, comprende a su vez las demás cosas, porque ella es el ama de la casa como el marido es el

amo; el siervo y la criada están bajo sus órdenes, y el buey y el asno bajo las de estos últimos; finalmente vienen las cosas aún más subordinadas o exteriores, designadas por cosa alguna de tu prójimo. Consta por esto que los dos mandamientos citados se refieren a todos los precedentes tanto en general cuanto en particular, tanto en sentido amplio cuanto en sentido limitado.

327. En el sentido espiritual estos mandamientos prohíben todo cuanto es contrario al espíritu de la Iglesia, o sea todo cuanto es contrario a las cosas espirituales, que principalmente se refieren a la fe y al amor al prójimo; porque si las codicias, o los deseos, no fueran subyugados, la carne se precipitaría a toda clase de maldad, hasta donde lo permitiría su libertad, siendo así que siempre codicia contra el espíritu y el espíritu contra ella (Gálatas 5:17); y que cada uno es tentado, cuando es atraído de su propia concupiscencia (Santiago 1:14;15). En una palabra, estos dos mandamientos en su sentido espiritual encierran todo cuanto con referencia a los anteriores mandamientos ha sido expuesto respecto de su sentido espiritual, y prohíben el codiciar y desear estas cosas; igualmente encierran todo cuanto ha sido expuesto con referencia a los anteriores respecto de su sentido celestial y prohíben el que sea codiciado.

12. Los diez mandamientos del Decálogo contienen todo cuanto pertenece al amor a Dios y todo cuanto pertenece al amor al prójimo.

329. Los preceptos del Decálogo no dicen expresamente que se debe amar a Dios y al prójimo, más esto es sin embargo su esencia; porque prohíben el obrar los males que son contrarios a los bienes de estos amores; por ejemplo: «no tendrás dioses ajenos delante de Mí»; «no tomarás el Nombre de tu Dios en vano»; «no matarás»; «no cometerás adulterio»; «no hurtarás»; «no hablarás contra tu prójimo falso testimonio»; «no codiciarás la hacienda de tu prójimo». La razón por la cual los preceptos del Decálogo no ordenan expresamente el obrar los bienes, sino que se limitan a prohibir el obrar los males, que son opuestos, es que tanto como el hombre se aparta de los males, por ser pecado contra Dios, tanto se inclina a obrar los bienes, que son del amor a Dios y de la caridad. La primera condición para tener amor a Dios y al prójimo es cesar de obrar el mal. Existen dos amores, que son opuestos entre sí, el uno es el amor del bien y de querer obrarlo; el otro el amor del mal y de querer obrarlo; este último es infernal, el primero celestial, porque todo el infierno se halla en el amor del mal y en malas obras, y todo el cielo en el amor del bien y en buenas obras. Ahora bien; puesto que el hombre nace propenso a toda clase de males, se inclina desde su nacimiento a estos males, que son del infierno, y puesto que no puede entrar en el cielo, sin que sea regenerado, es necesario que los males, que son del infierno, sean apartados, antes de que pueda inclinarse a los bienes, que son del cielo, porque nadie puede ser adoptado por el Señor hasta que esté separado del infierno (Isaías 1:16-18; Jeremías 7:24; 9:11), y hasta que el hombre por medio de la penitencia y la reformación haya sido limpiado y purificado de los males, sus oraciones a Dios no son aceptables (Isaías 1:2; 4; 15). Que por otra parte el amor a Dios y al prójimo nace en el hombre cuando guarda los mandamientos del Decálogo, huyendo de los males, consta por las palabras del Señor en Juan 11:21; 23. En este pasaje mandamientos, en sentido particular, quiere decir los mandamientos del Decálogo, los cuales nos mandan huir de los males y no obrarlos, ni codiciarlos. De esta manera el hombre llega a amar a Dios y Dios a él, porque el bien influye a medida que el mal es expulsado.

330. Dije que tanto como el hombre huye del mal, tanto quiere el bien; y así es, porque el bien y el mal son opuestos, puesto que los males son del infierno y los bienes son del cielo, por lo cual a medida que se aparta el infierno, es decir, el mal, el cielo se acerca, y el hombre se inclina al bien. Tanto como el hombre no adora a otros dioses, adora al Dios verdadero. Tanto como deja de tomar en vano el Nombre de Dios,

tanto ama lo que es de Dios. Tanto como no quiere matar u obrar por odio o por sentimientos de venganza, tanto desea el bien a su prójimo. Tanto como no quiere cometer adulterio, tanto quiere vivir castamente con su esposa. Tanto como no quiere hurtar, tanto procede con sinceridad. Tanto como no quiere favorecer la falsedad, tanto quiere pensar y hablar la verdad. Tanto como no codicia la hacienda del prójimo, tanto desea que el prójimo disfrute de lo suyo. Es pues evidente, que los mandamientos del Decálogo contienen todo cuanto pertenece al amor a Dios y al prójimo, y por esto dice Pablo:

«El que ama al prójimo, cumplió la ley; porque: no adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y si hay algún otro mandamiento, en esta sentencia se comprende sumariamente: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». La caridad no hace mal al prójimo; así es que el cumplimiento de la Ley es la caridad» (Rom. 13:8-10).

A esto debe añadirse dos cánones para el servicio de la Nueva Iglesia:

1. Nadie puede por su propia virtud huir de los males por ser pecados y hacer un bien que sea bien ante Dios; pero en cuanto alguien huye de los males por ser pecados, hace el bien, no por sí mismo, sino por el Señor.
2. El hombre debe huir de los males por ser pecados y luchar contra ellos como si lo hiciera por su propia fuerza; si alguien huye de los males por motivo alguno otro que por ser pecados, no los huye en realidad, mas sólo a fin de que no aparezcan ante el mundo.

El hombre debe limpiarse de sus males y no esperar a que el Señor lo haga directamente. El que cree que la fe justifica y salva por sí sola, sin la vida de la caridad, y que por ello deja de cooperar con el Señor al efecto de su salvación, puede ser comparado con un criado, que ha ensuciado su rostro y sus vestidos con hollín y con barro, y que va a su amo y le dice: «Lávame, Señor». ¿No le contestaría el amo: «Necio criado, ¿qué dices?; ¿no tienes agua, jabón y servilleta?; ¿no tienes manos y poder para servirte de ellas?; ¡lávate tú misino!» Más el Señor dice: «Tienes medios de purificación de Mí; facultad de querer y de obrar tienes igualmente de Mí; sírvete de estos dones como si fueran tuyos, y serás purificado». Que el hombre exterior debe ser purificado por medio del interior, enseña el Señor en el capítulo veintitrés de Mateo, del principio al fin.

CAPÍTULO 6

El Índice del Capítulo

La Fe

Prefacio. La fe es lo primero en el tiempo, más la caridad es lo primero como fin. (336)

1. La fe que salva es la fe en el Señor Dios el Salvador Jesucristo. (337-339) Porque es la fe en el Dios visible en el cual está el invisible. (339)

2. La fe, en resumen, es que quien cree la verdad y vive bien es salvado por el Señor. (340-342)
 - a. Lo primero de la fe en el Señor es el reconocimiento que el Hijo de Dios es. (342)
3. El hombre adquiere fe con dirigirse al Señor, aprender verdades del Verbo y vivir en conformidad con ellas. (343-348)
 - a. El Esce de la fe; La esencia y existencia de la fe; Los estados de la fe y la forma de la fe. (344)
 - b. La fe meramente natural no es más que una persuasión e imitación de la fe. (345-348)
4. Una abundancia de verdades, coherentes como si fueran ligadas en manojos, exalta y perfecciona a la fe. (349-354)
 - a. Las verdades de la fe pueden ser multiplicadas infinitamente. (350)
 - b. Las verdades son arregladas y agrupadas en series, como si dijéramos en manojos. (351)
 - c. La fe es perfeccionada según la abundancia y coherencia de las verdades. (352-353)
 - d. Las verdades de la fe, por numerosas que sean y por diversas que parezcan, forman sin embargo uno por el Señor, (354)
 - e. El Señor es el Verbo, es el Dios del Cielo y de la tierra, el Dios de toda carne, el Dios de la Iglesia, el Dios de la fe; la Luz misma, la Verdad y la Vida eterna. (354)
5. Fe sin caridad no es fe y caridad sin fe no es caridad, y ni ésta ni aquélla tiene vida, sino por el Señor. (355-361)
 - a. El hombre puede adquirir fe por sí mismo. (356)
 - b. El hombre puede adquirir caridad por sí mismo. (357)
 - c. El hombre puede igualmente adquirir por sí mismo la vida de la fe y de la caridad. (358)
 - d. Sin embargo nada de la fe, nada de la caridad y nada de la vida en ésta o en aquélla es del hombre sino del Señor. (359)
6. El Señor, la caridad y la fe forman uno, como la vida, la voluntad y el entendimiento en el hombre, y si son divididos, desaparecen de la mente como una perla, reducida a polvo. (362-367)
 - a. El Señor influye en todo hombre con todo Su Divino Amor y toda Su Divina Sabiduría. (364)
 - b. Por consiguiente influye en el hombre con toda la esencia de la fe y de la caridad. (365)
 - c. Las cosas que influyen del Señor son recibidas por el hombre según su forma. (366)
 - d. El hombre que divide el Señor, la caridad y la fe, no es una forma que los recibe, sino una forma que los destruye. (367)
7. El Señor es caridad y fe en el hombre y el hombre es caridad y fe en el Señor. (368-372)
 - a. Es por la conjunción con el Señor que el hombre tiene salvación y vida eterna. (369)
 - b. Conjunción con Dios Padre no es posible, sino con el Señor y por medio de El con el Padre. (370)
 - c. La conjunción con el Señor es reciproca; es decir, el Señor está en el hombre y el hombre está en el Señor. (371)
 - d. La conjunción recíproca entre el Señor y el hombre se efectúa por medio de la caridad y de la fe. (372)
8. La caridad y la fe están juntas en las buenas obras. (373-377)
 - a. La caridad es desear el bien a otros y querer obrarlo. (374)
 - b. La caridad y la fe no son más que fantasmas, es decir, mentales, si no tienen por objeto obras, y coexisten en ellas cuando es posible. (375, 376)
 - c. La caridad por sí sola no puede producir buenas obras; aún menos lo puede la fe sola, más la caridad y la fe juntas las producen. (377)
9. Hay una fe verdadera, una fe espuria y una fe hipócrita. (378-381)

- a. Desde su cuna la Iglesia cristiana ha sido invadida y dividida por cismas y herejías. (378)
 - b. La verdadera fe es la sola y única fe y es la fe en el Señor Dios, el Salvador Jesucristo, y se halla con los que creen, que El es el Hijo de Dios, el Dios del Cielo y de la tierra y Uno con el Padre. (379)
 - c. Fe espuria es toda, fe que discrepa de la verdadera .fe, que es la sola y única, y esta fe espuria está con los que suben por otra parte, mirando al Señor, no como el Dios Único, sino solo como Hombre. (380)
 - d. La fe hipócrita no es fe. (381)
10. No hay fe en los malos. (382-384)
- a. Los malos no tienen fe, porque el mal pertenece al infierno y la fe pertenece al cielo. (383)
 - b. Todos los del mundo cristiano que rechazan al Señor y al Verbo, no tienen fe por más que pueden vivir moral-mente, hablar, enseñar y escribir racionalmente aún acerca de la fe. (384)
11. Recuerdo (391)

La Fe

1. La fe que salva es la fe en el Señor Dios el Salvador Jesucristo. Porque es la fe en el Dios visible en el cual está el invisible.

337. La fe que salva, es la fe en Dios, el Salvador; porque El es Dios y Hombre y El es en el Padre y el Padre en El, formando Uno. Los que se dirigen a El, se dirigen pues simultáneamente al Padre y por consiguiente al sólo y único Dios, y si la fe es en otro Dios alguno no es fe salvadora. Que debemos creer en el Hijo de Dios, el Redentor y el Salvador, concebido por Jehová, nacido de la virgen María, llamado Jesucristo, y tener fe en El, es evidente por las palabras del Señor mismo, y también por las manifestaciones de los apóstoles, por ejemplo en Juan 6:40; 3:36; 3:15; 16; 11:25; 26; 6:47; 48; 6:35; 7:37; 38; 6:28; 29; 12:39; 3:18; 20:31; 8:24; 16:8; Gal. 2:20; Hechos 20:21; 16:30; 31; I Juan 5:12; 13; Gal. 2:15; 16; Gal. 5:6. Estos pasajes demuestran claramente que la fe, de la cual habla Pablo en su epístola a los Romanos (Romanos 3:28): «Así que concluimos, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley», cuyo pasaje se cita con predilección en la Iglesia actual, no es la fe en Dios, el Padre, sino en Su Hijo, y menos aún es una fe en tres Dioses, uno de quien, otro por causa de quien y un tercero por medio de quien viene la salvación. La razón por la cual la Iglesia opina, que Pablo en el referido pasaje habla de la fe tri-personal, que actualmente reina, es que esta fe fue introducida en la Iglesia y ha reinado en ella durante varios siglos, siempre después del concilio de Nicea, no admitiéndose otra fe; y por eso se cree, que esta fe es la única, y que no puede haber otra. Creen, pues, que en todo lugar en el Nuevo Testamento, donde se menciona la fe, se trata de esa fe, y a ella adaptan todas las demás cosas allí. Por esta causa ha perecido la única fe salvadora, que es la fe en el Señor Dios el Salvador Jesucristo, y por la misma causa se han introducido en la doctrina de la Iglesia una multitud de paradojas contrarias a la sana razón; porque la doctrina de la Iglesia, que debe indicar y enseñar el camino al cielo, es determinada por la fe, y por haberse introducido en ella tantas falacias y paradojas, ha sido preciso proclamar como dogma, el que el entendimiento debe sujetarse en obediencia bajo la fe. Ahora bien; puesto que en el citado pasaje (Rom. 3:28), la fe no quiere decir fe en Dios el Padre, sino fe en Su Hijo, y puesto que la frase «las obras de la ley» allí, no quiere decir el Decálogo, sino la ley de Moisés, dada para los judíos (lo cual consta por los versículos, que siguen al citado, y también por similares pasajes en la epístola a los Gálatas 2:14; 15); cae pues la piedra fundamental de esa fe, tan reconocida en la Iglesia, y con ella se hunde el templo, edificado

sobre ese fundamento, como una casa que se hunde en la tierra, hasta no asomar más que la parte superior de su techo.

339. La única fe salvadora es la fe en Dios el Salvador Jesucristo, porque es la fe en el Dios visible en el Cual está el invisible, y la fe en un Dios visible, que es Hombre y al mismo tiempo Dios, es recibida por el hombre, siendo así que esta fe, si bien en su esencia es espiritual, en su forma es natural, y en el hombre se vuelve espiritual/natural, formando así verdaderamente parte de él, porque lo espiritual ha de ser recibido por el hombre en recipientes o formas naturales antes de poder ser algo en él. Lo espiritual puro, sin vestidura natural, entra por cierto en el hombre, pero no es recibido; es como el éter, que entra y sale sin producir efectos reales. Para que pueda producir tales efectos debe haber percepción y por consiguiente recepción, ambas en la mente del hombre, y no hay percepción ni recepción en el hombre más que en su cuerpo y mente natural. Por otra parte, la fe meramente natural, o sea la fe destituida de su esencia espiritual, no es fe, sino meramente persuasión o saber. La persuasión tiene el aspecto de la fe en su forma exterior, pero puesto que en su interior nada hay de espiritual, no lleva en sí nada que sirva para la salvación. Tal es la fe con los que niegan la Divinidad de la Naturaleza Humana del Señor; tal era la fe Ariana y tal es también la fe Sociniana, cuyas sectas ambas niegan la Divinidad de la Naturaleza Humana del Señor. ¿Qué es la fe sin el objeto, hacia el cual es dirigida? ¿No es como una mirada por el espacio, que por así decir cae en el vacío y se pierde? ¿O como un ave que vuela encima de la atmósfera en el éter, donde muere por falta de aire? En una palabra: La fe en un Dios invisible, es una fe realmente ciega, porque con ella la mente del hombre no ve a su Dios, y la luz de esta fe no es una luz espiritual/natural, sino una luz fatua, parecida a la luz, que ciertas materias sulfurosas despiden en la obscuridad. En esta luz nacen solamente fantasías, tomándose las apariencias por realidades, no siendo más que fantasmas. El hombre que se halla en esta fe acaba por tener la misma idea de Dios que del éter, y empieza a buscarle en la Naturaleza del Universo y, no encontrándole allí, acaba por creer, que la Naturaleza del Universo es Dios, y esto es el origen del Naturalismo, que existe actualmente. ¿No dijo el Señor, que nadie oyó jamás la voz del Padre ni vio Su parecer? (Juan 5:37). ¿No dijo también, que a Dios nadie le vio jamás; el Unigénito Hijo que está en el seno del Padre, él le declaró? (Juan 1:18). ¿No que alguno haya visto al Padre, sino aquél que vino de Dios, El ha visto al Padre? (Juan 6:46). ¿Que nadie viene al Padre sino por El? (Juan 14:6); que el que ve y reconoce a El ve y reconoce al Padre? (Juan 14:7; 12). Más la fe en el Señor Dios, el Salvador es por el contrario una fe vidente. El, siendo Dios y Hombre, es accesible y puede ser contemplado con el pensamiento; la fe en El no es una fe indeterminada; tiene su determinación, es decir, tiene de dónde venir y a dónde ir; y una vez recibida permanece; es como cuando se ha visto una vez a un emperador o rey; la imagen vuelve con el recuerdo. La imagen de esta fe es como una nube clara y en medio de ella un ángel, quien invita a sí al hombre, para elevarle al cielo. Así aparece el Señor en la mente de los que se hallan en la fe en El, y se aproxima a medida que es conocido y reconocido. Esto acontece, cuando el hombre conoce y guarda Sus mandamientos, los cuales le mandan huir del mal y obrar el bien, y finalmente entra el Señor en el hombre y hace Su morada en él, El y el Padre que está en El, y así se cumplen sus palabras:

«El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama, y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él, y vendremos a él y haremos con él morada» (Juan 14:21; 23).

Estas cosas—dice Swedenborg—las he escrito en presencia de los doce apóstoles del Señor, quienes me fueron enviados por El para estar conmigo mientras las escribía.

2. La fe, en resumen, es que quien cree la verdad y vive bien es salvado por el Señor.

340. Todo Cristiano, y hasta todo Gentil que tiene religión y razón sana, admite que el hombre fue creado para la vida eterna, y que todo hombre puede heredarla con tal que viva en conformidad con los preceptos del Verbo, que son los medios de salvación. Estos medios son múltiples, mas todos ellos se refieren a conducir una buena vida y a conocer y creer la verdad. Se refieren pues a la caridad y a la fe; porque la caridad es conducir una buena vida y la fe es conocer y creer la verdad. Estos dos medios generales de salvación son prescritos en el Verbo para el uso del hombre; es más, es también mandado al hombre servirse de ellos, y puesto que su uso le es mandado, sigue que el hombre puede por medio de ellos procurarse vida eterna por la facultad que tiene concedida de Dios. En efecto; tanto como el hombre se sirve de esta facultad, mirando al mismo tiempo a Dios, Dios da esta facultad, poder y fuerza para convertir en caridad espiritual, lo que en el hombre es caridad natural, y en fe espiritual, lo que en él es fe natural, haciendo así que la caridad muerta y la fe muerta se vuelvan caridad viva y fe viva, y por consiguiente hace que el hombre se vuelva viviente por vida espiritual. Dos cosas son necesarias para poder conducir una buena vida y creer la verdad. En la Iglesia estas cosas se llaman el hombre interior y el hombre exterior. Si el hombre interior quiere el bien, y el hombre exterior obra el bien, entonces forman uno, el exterior por virtud del interior y el interior por conducto del exterior; así, pues, el hombre por virtud de Dios y Dios por conducto del hombre. Por otra parte, si el hombre interior quiere él mal y el hombre exterior sin embargo obra el bien, entonces obran ambos por el infierno, no obstante el bien del hombre exterior, porque su voluntad es del infierno y su obra es hipocresía, en cuya hipocresía la voluntad, que es del infierno, se halla oculta como la serpiente en la hierba, o como el gusano en la flor. El hombre que no sólo sabe que hay un hombre interior y un hombre exterior, sino también lo que son y que pueden obrar cómo uno, no sólo en realidad, sino también en apariencia; que el hombre interior vive después de la muerte, y que sólo el hombre exterior es enterrado, posee potencialmente los secretos del cielo y también los del mundo en abundancia. El que en si une a los dos hombres en vínculo del bien, será eternamente feliz, más el que los separa en sí, y máxime el que los une en vínculo del mal, será eternamente infeliz.

341. Los que conducen una buena vida y creen la verdad son salvados por el Señor, porque el Señor no puede dejar de salvar a éstos (Juan 14:21; 24). Los que creen que Dios puede salvar y condenar a quien quiera, libre e incondicionalmente, pueden con razón acusarle de falta de misericordia y clemencia y atribuirle crueldad. Pueden hasta negar que Dios es Dios y además acusarle de haber hablado en el Verbo cosas vanas e impuesto mandatos vanos y triviales. Es más; el hombre que conduce una buena vida y cree la verdad, si no es salvado, puede acusar a Dios de violación del Pacto que dio en el monte de Sinaí, escribiéndolo con su Dedo en dos tablas. Todo el que tiene Religión y sana razón puede convencerse de que Dios no puede dejar de salvar a los que guardan sus mandamientos y creen en El; porque si reflexiona comprende que Dios, siendo siempre presente con el hombre, dándole la vida y también la facultad de entender y de amar, no puede dejar de amar al que vive bien y cree la verdad, ni puede dejar de unirse con él por amor. Toda la Naturaleza testifica de esta verdad. ¿Puede un padre o una madre desechar a sus hijos? ¿Puede un ave o un animal abandonar a sus pequeñuelos? Aun los tigres, las panteras y las serpientes son incapaces de tal crueldad, y si Dios lo hiciera, obraría en contra del Orden, en el cual se halla y según el cual opera, e igualmente en contra del Orden, según el cual crió al hombre. Por otra parte, así como es imposible para Dios condenar al que conduce una buena vida y cree la verdad,

así es también imposible para El salvar al que vive en la iniquidad y cree en falsedades; porque esto es igualmente contrario a Su Orden y por consiguiente contrario a Su Omnipotencia, la cual sólo puede operar con justicia, y las leyes de la justicia son verdades, que no pueden sufrir modificación alguna, porque el Señor dice:

«Más fácil cosa es pasar el cielo y la tierra, que frustrarse un tilde de la ley» (Lucas 16:17).

Todo el que tiene algún conocimiento respecto de la Esencia de Dios y de la libre voluntad del hombre, puede comprender que esto debe ser así. Adán tenía libertad de comer del árbol de vida y asimismo del árbol de ciencia del bien y del mal; si sólo hubiera comido del árbol, o de los árboles de vida, ¿hubiera sido posible para Dios expulsarle del jardín del Edén? Creo que hubiera sido imposible. Pero después de haber comido del árbol de ciencia del bien y del mal, ¿hubiera sido posible para Dios conservarle en el jardín? Creo que no. Creo igualmente, que Dios no puede echar al infierno ángel alguno, una vez admitido en el cielo; y que tampoco puede admitir en el cielo demonio alguno, después de ser juzgado. Por Su Divina Omnipotencia no puede hacer ni esto ni aquello. (Véase 49-51)

342. En el artículo anterior se ha demostrado, que la fe que salva es la fe en el Señor Dios el Salvador Jesucristo (337-339). Mas entonces surge la cuestión: ¿Cuál es el primer elemento de la fe en El? La contestación es: El reconocimiento de que El es el Hijo de Dios. Esto fue lo primero que el Señor reveló y anunció, cuando vino al mundo; porque si los hombres no hubiesen primero reconocido, que El era el Hijo de Dios y por consiguiente Dios de Dios, en vano hubiera El mismo, y luego los Apóstoles, predicado la fe en El. El caso es algo parecido hoy, principalmente con los que piensan por virtud de su propia naturaleza, es decir, desde su hombre exterior, natural exclusivamente, diciendo a sí mismos: ¿Cómo puede Jehová Dios engendrar un Hijo y cómo puede un hombre ser Dios? Por esta razón conviene que este primer elemento de la fe sea establecido por medio del Verbo, y a este efecto se citarán los siguientes pasajes:

El ángel dijo a María:

«Concebirás en tu seno y parirás un Hijo y llamarás su nombre Jesús. Este será grande y el Hijo del Altísimo. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto porque no conozco varón? El ángel, respondiendo, dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra, por lo cual también lo Santo que nacerá de ti será llamado el Hijo de Dios» (Lucas 1:31; 35).

Cuando Jesús fue bautizado vino una voz del cielo que dijo:

«Este es mi Hijo amado, en el cual tomo contentamiento» (Mateo 3:16; 17).

Y cuando fue transfigurado, salió igualmente una voz del cielo que dijo:

«Este es mi Hijo amado, en el cual tomo contentamiento; a El oíd» (Mateo 17:5).

Jesús preguntó a sus discípulos:

« ¿Quién dicen los hombres que soy?, y respondiendo Pedro dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente: Jesús le dijo: Bienaventurado eres tú, Simón Barjona; te digo que sobre esta piedra edificaré mi iglesia» (Mateo 16:13; 18).

El Señor le dijo, que edificaría Su Iglesia sobre esta piedra, es decir, sobre la verdad y la confesión de que El es el Hijo de Dios, porque piedra (roca) significa verdad y también el Señor como la Divina Verdad; por lo cual la Iglesia no está en los que no confiesan que El es el Hijo de Dios, cuya verdad por consiguiente es el primer elemento de la fe en El. Que el Señor Dios el Salvador Jesucristo es el Hijo de Dios, y por consiguiente Dios mismo en Naturaleza Humana, que tiene Vida en Sí mismo; que el que cree en El tiene vida eterna, y el que es incrédulo al Hijo no verá la vida, consta por muchos pasajes del Verbo, entre otros por los siguientes: Juan 1:34, 49; 5:69; 1:14, 18; 3:16; Mateo 26:63, 64; 27:43; Marcos 14:61, 62; Lucas 22:70; Mateo 14:34; Hechos 8:37; 9:20; Juan 5:25; 3:18; 20:31; 1 Juan 5:13; 5:20; 6:15. En otros pasajes del Verbo llama a Jehová Su Padre y Jehová le llama Su Hijo, como por ejemplo:

«Todo lo que el Padre hace, esto hace también el Hijo; como el Padre levanta los muertos y les da vida así también el Hijo; como el Padre tiene Vida en Sí mismo así dio también al Hijo que tuviese Vida en Sí mismo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre» (Juan 5:19; 26).

«Yo publicaré el decreto: Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú. Yo te engendré hoy. Besad al Hijo para que no se enoje y perezcaís en el camino, cuando se encendiere un poco su furor. Bienaventurados los que en El confían» (Salmos 2:7; 12).

Y así en otros muchos pasajes del Verbo; por todo lo cual resulta, que el que desea ser verdadero cristiano y tener salvación por Cristo, debe creer que Jesús es el Hijo del Dios viviente. El que no cree esto, sino tan sólo que El es el Hijo de María, introduce en su mente multitud de ideas nocivas y destructivas del estado de la salvación. De éstos se puede decir que como los Judíos ponen sobre Su cabeza una corona de espinas en vez de una corona real; le dan de beber vinagre y le dicen: si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan, o bien: Si eres Hijo de Dios, échate abajo (Mateo 4:3; 6). Estos profanan Su Iglesia y Su templo, haciéndolos cueva de ladrones.

3. El hombre adquiere fe con dirigirse al Señor, aprender verdades del Verbo y vivir en conformidad con ellas.

343. Que el hombre adquiere fe con dirigirse al Señor, aprender verdades del Verbo y vivir en conformidad con ellas se demostrará en este artículo; pero antes conviene decir en resumen lo que es la fe de la Nueva Iglesia, a fin de dar una idea general de esta fe, cuya idea ayudará a comprender fácilmente los detalles, que luego serán expuestos, y a ver con más claridad lo que se dirá acerca de la caridad, que será el tema del siguiente capítulo.

344. La fe de la Nueva Iglesia, que es una fe espiritual, es en resumen como sigue:

El «esse» de la fe de la Nueva Iglesia es:

1. Confianza en el Señor Dios, el Salvador Jesucristo.
2. Convicción de que el que vive bien y cree correctamente es salvado por El.

La esencia de la fe de la Nueva Iglesia es:

Verdades adquiridas del Verbo.

La existencia de la fe de la Nueva Iglesia es:

1. Vista espiritual.

2. Concordancia de las verdades.
3. Convicción.
4. Reconocimiento integral en la mente.

Los estados de la fe de la Nueva Iglesia son:

1. Fe infantil, fe adolescente, fe adulta.
2. Fe por verdades genuinas y fe por verdades aparentes.
3. Fe de la memoria, fe de la razón, fe de la luz.
4. Fe natural, fe espiritual y fe celestial.
5. Fe viva y fe milagrosa.
6. Fe libre y fe obligada.

La forma de la fe, en general y en detalle, se puede ver en el prefacio.

345. A fin de poder comparar la fe de la Nueva Iglesia con la fe meramente natural, la cual es una mera persuasión é imitación de la fe espiritual se dirá también en resumen lo que es esa fe. Es una persuasión de falsedades, se llama fe herética y sus denominaciones son como sigue:

Fe espuria que es una mezcla de falsedades y verdades.

Fe meretricia que viene de verdades falsificadas, y fe adulterina que viene de bienes adulterados.

Fe cerrada o ciega, que es fe en cosas místicas, en las cuales se cree por más que no se sabe si son verdades o si son falsedades; si están por encima de la razón o si son contrarias a la razón.

Fe errante, que es fe en más Dioses que Uno.

Fe bizca, que es fe en otro Dios que el verdadero, y en el mundo Cristiano en otro que el Señor Dios, el Salvador.

Fe hipócrita y farisaica, que es fe de la boca y no del corazón.

Fe visionaria y prepóstera, que resulta cuando las falsedades aparecen como verdades a causa de ingeniosa confirmación.

346. He dicho que la fe, con respecto a su existencia en el hombre, es vista espiritual, y puesto que la vista espiritual, que es la vista del entendimiento y por consiguiente la de la mente, corresponde a la vista natural, que es la vista del ojo, y por consiguiente la del cuerpo, se puede comparar los diferentes estados de la fe verdadera con los diferentes estados normales del ojo, y los diferentes estados de la fe falsa con los diferentes estados pervertidos del ojo y de su vista. Comparemos las dos vistas, la mental y la corporal, con respecto a sus estados pervertidos. La fe espuria, cuya fe es una mezcla de verdades y falsedades, puede compararse con la enfermedad del ojo y de su vista llamada mancha blanca, que es una opacidad de la córnea, que debilita la vista. La fe meretricia que viene de verdades falsificadas, y la fe adulterina, que viene de bienes adulterados, pueden compararse con la enfermedad del ojo y de su vista, llamada glaucoma, que es una sequía y endurecimiento del cristalino. La fe cerrada o ciega, que es fe en

cosas místicas, en las cuales se cree, por más que se ignora, si son verdades, o falsedades; si exceden la razón o si son contrarias a la razón, puede compararse con la enfermedad del ojo, llamada amaurosis, que es pérdida de la vista, conservando el ojo un aspecto sano, como si viera, y resulta por la parálisis de la retina. La fe errante, que es fe en más Dioses que Uno, puede compararse con la enfermedad del ojo llamada catarata, que es pérdida de la vista, por opacidad del humor que existe entre la lente cristalina y su cápsula. La fe bizca, que es fe en otro Dios que el verdadero, y en el mundo cristiano en otro que el Señor Dios, el Salvador, puede compararse con el defecto de la vista, que se llama estrabismo. La fe hipócrita y farisaica, que es fe de la boca y no del corazón, puede compararse con la atrofia del ojo y la consiguiente pérdida de la vista. La fe visionaria y prepóstera, que resulta, cuando la falsedad aparece como verdad a causa de ingeniosa confirmación, puede compararse con la enfermedad del ojo llamada nictalopía, que es ver en la obscuridad por una luz fatua.

347. Con respecto a la formación de la fe, ésta se verifica, como se ha dicho, con dirigirse al Señor, aprender verdades del Verbo y vivir en conformidad con ellas. La formación de la fe se verifica en primer lugar por dirigirse al Señor, porque la verdadera fe, o sea la fe que conduce a la salvación, viene del Señor y está en el Señor (Juan 15:4; 5). Que la fe está en el Señor consta por múltiples pasajes del Verbo, entre otros por los pasajes indicados más arriba (337-338) para la demostración de que se debe creer en el Hijo, y puesto que la fe está en el Señor y viene del Señor, se puede decir que el Señor es la Fe misma, porque la vida y la esencia de ella están en El y proceden de El. En segundo lugar la formación de la fe se verifica por aprender verdades del Verbo, porque la fe, en su esencia, es verdades, es decir, un complejo de verdades, que resplandecen en la mente del hombre, y las verdades enseñan al hombre, no solamente que debe tener fe, sino también en quién debe creer y lo que debe creer. Las verdades se deben sacar del Verbo, porque allí están todas las verdades que conducen a la salvación y en ellas hay eficacia, porque han sido dadas por el Señor, y se hallan por lo tanto inscritas en el cielo de los ángeles, por lo cual el hombre, que aprende verdades del Verbo, entra en comunicación con los ángeles más de lo que piensa y sabe. La fe en la cual no hay verdades, es como un grano de trigo sin médula, el cual, al ser molido, no da harina. Las verdades son la esencia de la fe, y si no hay en ella verdades, su sonido es como un silbido agudo; pero si en ella hay verdades, suena como una voz melodiosa, anunciadora de buenas nuevas. En tercer lugar la formación de la fe se verifica por vivir conforme las verdades, porque la vida espiritual es vivir conforme las verdades, y éstas no tienen realmente vida, hasta que estén ultimadas en obras. Las verdades, separadas de sus correspondientes obras, no son más que pensamientos, y si no llegan a entrar en la voluntad, no están en el interior del hombre, sino tan sólo en la antecámara, porque la voluntad es el hombre mismo, mientras que el entendimiento no es el hombre en su cantidad y en su cualidad más que en la medida en que forme uno con la voluntad. El que aprende verdades y no las realiza en obras es como uno que echa simiente en un campo sin labrar y sin luego cubrirla con tierra; la simiente se hincha por la humedad y se echa a perder; pero el que aprende verdades y las realiza en obras, es como uno que echa su simiente en tierra bien labrada y que luego la cubre; la lluvia hace que brote y crezca hasta la mies, para que sirva de alimento. El Señor dice:

«Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis, si las hicieréis» (Juan 13:17).

«El que recibe la simiente en buena tierra, éste es el que oye y atiende la palabra, quien también lleva fruto y produce» (Mateo 13:23).

«Cualquiera que me oye estas palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la peña: y cualquiera que me oye estas palabras y no las hace le compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena» (Mateo 7:24; 26).

Las palabras del Señor son, todas ellas, verdades.

348. Por lo aquí expuesto consta, pues, que la formación de la fe se verifica en el hombre mediante tres cosas: primero dirigirse al Señor, segundo aprender verdades del Verbo y tercero vivir en conformidad con ellas. Estas tres cosas, puesto que son distintas, pueden ser separadas; porque el hombre puede dirigirse al Señor, y sin embargo no conocer más que verdades históricas con respecto a Dios y al Señor, y puede también conocer verdades del Verbo, en abundancia, y sin embargo no vivir en conformidad con ellas. En el hombre, en quien se hallan separadas, la fe es como una simiente estéril, la cual, si es echada en la tierra, no brota, sino que es reducida a polvo; pero en el hombre en quien las tres se hallan unidas, la fe es como una simiente fructífera en buena tierra: brota y crece hasta hacerse un árbol, el cual lleva fruto según su género. Cuando las tres se hallan separadas, no hay salvación en la fe, pero hallándose unidas hay en ella salvación y tal como es la conjunción, tal es la fe.

Nota:

† Actualmente el término glaucoma se aplica a otra enfermedad de la vista. Volver al número 265.

4. Una abundancia de verdades, coherentes como si fueran ligadas en manojos, exalta y perfecciona a la fe.

349. El concepto que actualmente se tiene de la fe no permite comprender y reconocer, que la fe en su conjunto es un complejo de verdades, menos aún que el hombre puede contribuir algo a la formación de la fe en sí mismo. Más la esencia de la fe es realmente verdades, porque la fe es sencillamente verdades resplandecientes en su luz, y es por consiguiente claro que el hombre puede procurarse fe, puesto que puede procurarse verdades. ¿Quién no puede dirigirse al Señor, si quiere? ¿Quién no puede aprender verdades del Verbo, si quiere? Y toda verdad que está en el Verbo, o que procede del Verbo, resplandece, y las verdades resplandecientes en su luz constituyen la fe. El Señor, que es la Luz misma, influye en todo hombre y en el hombre en quien hay verdades del Verbo, hace resplandecer estas verdades, convirtiéndolas así en fe. A esto se refieren estas palabras del Señor en Juan:

«Si estuviereis en mí y mis palabras estuvieren en vosotros pedid todo lo que quisiereis y os será dado» (Juan 15:7).

(1) Las verdades de la fe pueden ser multiplicadas infinitamente. La sabiduría de los ángeles del cielo aumenta eternamente y, como toda sabiduría, su aumento se verifica por multiplicación de sus verdades. Los ángeles mismos dicen, que la sabiduría no tiene límite ni fin, y que viene de las verdades Divinas, que son analíticamente distribuidas en formas por medio de la luz que influye, procedente del Señor. La verdadera inteligencia humana viene también de esta fuente. Verdades Divinas pueden ser multiplicadas infinitamente; porque el Señor es la Divina Verdad misma, o sea la Verdad en su infinitud, y eleva hacia Sí a todos, si bien los ángeles y los hombres, por ser finitos, no pueden seguir la corriente de Su atracción, más que hasta donde alcancen sus medidas, continuando sin embargo el esfuerzo de la atracción infinitamente.

(2) Las verdades son dispuestas y agrupadas en series como si dijéramos en manojos casi de la misma manera que en forma natural disponemos y arreglamos una obra literaria en series y secciones, por

ejemplo: La presente obra en su primer capítulo, que trata de Dios el Creador, se halla arreglada en series y secciones; la primera sección es acerca de la Unidad de Dios; la segunda acerca del Esse de Dios, que es Jehová; la tercera acerca de la Infinitud de Dios; la cuarta acerca de la Esencia de Dios, que es el Divino Amor y la Divina Sabiduría; la quinta acerca de la Omnipotencia de Dios y la sexta acerca de la Creación, El arreglo de una sección en sus artículos hace una serie, y ata por así decir el contenido en manojos. Así son las series que tanto unidas cuanto por separado contienen las verdades que según su abundancia y coherencia exaltan y perfeccionan la fe. El que no sabe, que la mente humana se halla organizada como el cuerpo natural hasta en su más mínimo detalle, y que por consiguiente es un organismo espiritual que termina en organismo natural, en el cual y conforme el cual la mente produce sus ideas y pensamientos, puede difícilmente dejar de suponer que percepciones, pensamientos e ideas son meramente radiaciones y variaciones de la luz, que influye en la cabeza, exhibiéndose en formas que el hombre percibe y reconoce como racionios, más esto es una falacia; porque la cabeza está llena de materia cerebral organizada y en ella reside la mente en sus principios, y las ideas de ésta se fijan en esa materia organizada y permanecen allí tales cuales han sido recibidas y confirmadas. ¿Cuál es la naturaleza de este organismo? Es la clasificación y el arreglo de todas las cosas en series, o por decirlo así en manojos, y las verdades, que pertenecen a la fe, se hallan dispuestas y arregladas en la mente humana de esta misma manera.

(3) La fe es perfecta según la abundancia y coherencia de las verdades. Esto es evidente por lo que acabamos de exponer respecto de la disposición y arreglo de las verdades en series, y observadores que reúnen multitud de racionios y observan el efecto producido por series multiplicadas, cuando adhieren como uno, reconocen este hecho; porque en las series una cosa corrobora y confirma otra, reuniéndose todas en conjunto en una sola forma, la cual, puesta en actividad, hace que juntas produzcan un mismo efecto, y siendo esto así con respecto a las verdades, es igualmente así con respecto a la fe, puesto que la fe en su esencia es verdades. Conforme la abundancia y coherencia de las verdades, la fe se vuelve más y más espiritual; por consiguiente menos y menos sensual/natural; porque es elevada a la región superior de la mente, desde donde ve, por debajo de sí en la naturaleza del mundo, multitud de confirmaciones de sí misma. Por la abundancia de verdades, coherentes y por así decir atadas en manojos, la fe se vuelve también más lucida, más perceptible, más clara y evidente; adquiere asimismo mayor facultad de combinarse con los bienes de la caridad, y es más fácilmente aliviada de los males; se aparta sucesivamente con mayor firmeza de las seducciones de la vista y de los apetitos de la carne, y es por consiguiente más feliz. Particularmente adquiere mayor poder contra los males y las falsedades y se vuelve más y más viva, acreciendo así su eficacia salvadora.

(4) Las verdades de la fe, por numerosas que sean, y por diversas que parezcan, forman sin embargo uno por el Señor, que es el Verbo, el Dios del Cielo y de la tierra, el Dios ole toda carne, el Dios de la Iglesia, el Dios de la fe, la Luz misma, la Verdad y la Vida eterna. Las verdades de la fe son varias y parecen distintas y diversas. Por ejemplo: Algunas se refieren a Dios Creador, otras al Señor el Redentor, otras al Espíritu Santo, otras a la fe y a la caridad, otras a la libre voluntad, al arrepentimiento, a la reformatión, a la regeneración, a la imputación y así en adelante. No obstante esto forman uno en el Señor, y en el hombre por el Señor, como otros tantos pámpanos en una vid (Juan 15:1 y siguientes); porque el Señor junta las verdades, distribuidas y separadas, y las reúne en una misma forma, donde presentan un mismo aspecto común y ejecutan juntas un acto común, de la misma manera que los miembros, vísceras y órganos en el cuerpo humano obran en conjunto. Estos son también varios, y a la vista de los hombres diversos, y sin embargo el hombre, que es la forma común de ellos, las percibe y ve como una sola cosa, y

cuando obra, obra por virtud de ellos como por una sola cosa. Esto es también el caso con el Cielo, el cual, por más que se distingue en innumerables sociedades, es sin embargo, ante la vista del Señor como un solo hombre, según se ha explicado antes. Que el Cielo con sus innumerables sociedades forma uno, es por virtud del Señor, quien con Su Divino Bien y Su Divina Verdad influye en él, uniendo a los ángeles consigo, y uniéndolos entre sí hasta formar uno; y por virtud del Señor sucede lo mismo con las verdades de la fe que forman la Iglesia; porque el Señor es el Verbo, del cual vienen todas las verdades de la fe, el Dios del cielo y de la tierra, el Dios de toda carne, el Dios de la Iglesia, el Dios de la fe, la Luz misma, la Verdad y la Vida eterna.

5. Fe sin caridad no es fe y caridad sin fe no es caridad, y ni ésta ni aquélla tiene vida, sino por el Señor.

355. Los Apóstoles no tenían la más remota idea de que la Iglesia actual había de separar la fe de la caridad y pretender que la fe por sí sola justifica y salva sin las obras de la ley, así como que la caridad no puede combinarse con la fe, siendo así que la fe viene del Señor, mientras que la caridad viene del hombre, exhibiéndose en sus actos y obras. Que los Apóstoles no pensaban que esto había de suceder, es muy evidente por sus epístolas, y mientras ellos vivían, la caridad y la fe iban mano en mano en la Iglesia; pero su separación se verificó, cuando la Iglesia dividió el único Dios en tres Personas, atribuyendo a cada una igual Divinidad. Que la fe y la caridad no pueden ser separadas, sin que ambas perezcan, y que ni ésta ni aquélla tiene vida, sino por el Señor, será explicado en el siguiente lema; pero antes se preparará el terreno con demostrar:

Que el hombre puede procurarse fe por sí mismo.

Que puede igualmente procurarse caridad.

Y asimismo la vida de ambas.

Pero que sin embargo nada de la fe, nada de la caridad y nada de la vida de ésta ni de aquélla viene del hombre, sino del Señor solo.

356. (1) El hombre puede procurarse fe por sí mismo. Esto se ha explicado en el tercer lema de este capítulo (343-348); más conviene que se exponga aquí en resumen nuevamente: La fe en su esencia es verdades, y todo el que quiera puede adquirir verdades del Verbo; y en la medida que las adquiere y las ama se inicia en la fe. A esto añadiré, que si el hombre no fuera capaz de procurarse fe él mismo, resultaría inútil todo cuanto en el Verbo es prescrito y mandado con respecto a la fe, por ejemplo que la voluntad del Padre es que se debe creer en el Hijo, y que cualquiera que cree en El tiene vida eterna, y que el que es incrédulo al Hijo no verá la vida; así como: que Jesús había de enviar el Consolador, el cual convencería al mundo de su pecado; porque no quiso creer en El, y otros pasajes similares citados antes (337-338). Además, todos los Apóstoles predicaban la fe en Dios el Salvador Jesucristo. Todo esto sería

vano, si el hombre, según enseña la doctrina de la Iglesia actual, fuere como una piedra o un tronco respecto de las cosas espirituales, o sea que en cosas espirituales no pudiese por sí mismo entender, creer, abrazar, pensar, querer, empezar, realizar, obrar, operar o acomodarse a la gracia, ni enteramente ni en parte. (Fórmula Concordia, edición de Leipzig 1766, paginas 656, 658, 661, 662, 663, 671, 672, 673). Esto es doctrina de los Evangélicos. Los Reformados tienen una doctrina similar; pero todo el que tiene Religión y sentido común mira a esa doctrina como absurda y ridícula. Más sobre esto se dirá cuando trataremos de la libre voluntad.

357. (2) El hombre puede adquirir caridad por sí mismo. Esto es como con la fe; porque el Verbo entero no hace sino enseñar la fe y la caridad, que son las dos cosas esenciales de la salvación. (Mateo 22:34-39; Juan 13:34; 35). El Señor dice, que el hombre debe llevar fruto como un árbol bueno, y que aquel que obra el bien será recompensado en la resurrección. ¿Qué significaría esto si el hombre no pudiera por sí mismo obrar la caridad y en alguna medida procurársela él mismo? ¿No puede dar limosnas, socorrer a los necesitados, hacer justicia en su casa y en su oficio? ¿No puede vivir conforme los mandamientos del Decálogo? ¿No tiene un alma, por virtud de la cual puede hacer estas cosas, y una mente racional, que puede servirle de guía para obrar y alcanzar determinado objeto? ¿No puede reflexionar y pensar que debe obrar el bien, porque Dios lo ha mandado así en el Verbo? Esta facultad tiene todo hombre y nunca la pierde; porque el Señor la da a cada uno, y la da como si fuera cosa propia del hombre, por cuya razón parece al que obra caridad, como si la obrase por su propia virtud.

358. (3) El hombre puede igualmente por sí mismo adquirir la vida de la fe y de la caridad. Esto es también parecido; porque el hombre adquiere esta vida para sí, cuando se dirige al Señor, que es la Vida misma, y todo el que quiera puede dirigirse al Señor y acercarse a El; porque El invita a todos continuamente (Juan 6:35-37; 7:37; Mateo 22:29). El hombre adquiere esta vida con ir al Señor, porque el Señor es la Vida misma, y con ir a El no sólo adquiere la vida de la fe sino también la vida de la caridad (Juan 1:1; 4; 5:21; 26; 6:33; 63; 8:12; 10:10; 11:25; 14:6; 14:9; 20:31; 1 Juan 5:20). La vida de la fe y de la caridad quiere decir la vida espiritual, la cual el Señor introduce en el hombre, en su vida natural.

359. (4) Sin embargo nada de la fe, nada de la caridad y nada de la vida en ésta 6 en aquélla es del hombre, sino del Señor solo. Esto enseña el Verbo claramente; porque leemos:

«El hombre nada puede recibir si no le fuere dado del cielo» (Juan 3:27).

Y Jesús dijo:

«El que permanece en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin Mí nada podéis hacer» (Juan 15:5).

Pero esto debe entenderse así, que el hombre de y por sí mismo no puede procurarse más que una fe natural, cuya fe es una persuasión de que una cosa es verdad, por haberlo asegurado así algún hombre de autoridad; tampoco puede procurarse por sí mismo otra caridad que una caridad natural, que es hacer las obras para ganar favores o remuneraciones, y en esta fe y esta caridad no hay más esencia que lo propio del hombre; porque no hay todavía en ellas vida del Señor. Sin embargo, con procurarse esta fe y esta caridad natural el hombre se prepara para ser un receptáculo del Señor, y conforme se prepara, el Señor entra en él, haciendo que su fe natural se transforme en fe espiritual, y su caridad natural en caridad espiritual, y así introduce en ellas Su vida. Esto se realiza, cuando el hombre se dirige al Señor como el Dios del cielo y de la tierra, y entonces el Señor entra en el hombre y hace Su morada en él (Juan 14:21; 23;

Apocalipsis 3:20). Así es, que cuando el hombre se prepara para recibir al Señor de una manera natural, el Señor entra en él y hace que todas sus cosas interiores se vuelvan espirituales y por consiguiente vivas. Por otra parte, si el hombre no se prepara, aparta de sí mismo al Señor y obra por su propia virtud todas las cosas que obra, cuyas cosas entonces no tienen vida en sí; porque todo cuanto el hombre obra por sí mismo es muerto. Más se dirá sobre esto, cuando hayamos tratado de la caridad y de la libre voluntad, y será en un capítulo que tratará de la reformación y la regeneración.

6. El Señor, la caridad y la fe forman uno, como la vida, la voluntad y el entendimiento en el hombre, y si son divididos, desaparecen de la mente como una perla, reducida a polvo.

362. El Señor influye en todo hombre con todo Su Divino Amor y toda Su Divina Sabiduría, o sea con toda Su Divina Vida, y hace que el hombre viva. — Esta influencia es continua, y sin ella el hombre no sería más que una forma inerte, porque sólo Dios es Vida, y toda la creación, tanto los ángeles y los hombres cuanto las demás cosas del Universo espiritual y natural, son formas muertas, creadas para ser receptáculos de la Vida que de Dios continuamente influye en cada ser y en cada cosa, haciendo que vivan. En Génesis 1:27 y 2:7 leemos, que el hombre fue creado a imagen de Dios, y que Dios alentó en su nariz soplo de vida, lo cual significa que el hombre es un órgano o recipiente de la vida; pero que no es vida. El Divino Amor y la Divina Sabiduría constituyen la Divina Vida del Señor (véase 34-35), por lo cual decir que el Señor influye en el hombre con Su Divina Vida equivale a decir que influye en él con Su Divino Amor y Su Divina Sabiduría. La manera en que se verifica esta influencia puede compararse con la manera en que el Sol influye con su calor y luz en todas las cosas de la tierra, haciendo que la simiente brote, que los árboles crezcan y lleven flores y fruto y vivificándolo todo. La Vida Divina del Señor, que es Su Divino Amor y Su Divina Sabiduría, sale en efecto de El como el Sol del Cielo, que influye con su calor y luz en todo el mundo espiritual. El calor, que sale de este Sol, es en su esencia amor, y su luz es en su esencia sabiduría, y estos dos influyen y afectan íntimamente a la voluntad y al entendimiento de los ángeles y de los hombres, y asimismo influyen en todas las demás cosas creadas y constituyen su íntima vida. Cada ser y cada cosa reciben la Vida, que así influye, en un grado mayor o menor, según su organismo particular. Cada forma toma del influjo común lo que su organismo requiere y necesita, y por consiguiente cada mente humana recibe esta vida con variación, según su estado. A esta influencia de la Vida Divina se refieren las palabras del Señor en Mateo: Vuestro Padre hace que salga Su Sol sobre malos y buenos y llueva sobre justos e injustos (Mateo 5:45). La influencia del Señor es pues universal e igual para con todos los hombres, pero cada hombre recibe Su influencia de diferente manera y en diferente grado. La causa no está en el Señor, sino en los hombres, o sea en los receptáculos, y la influencia depende de la condición y del estado de éstos. El Señor es además Omnipresente, y donde quiera que esté, allí está con toda Su Esencia; porque es imposible para El quitar parte de ella, dar a uno y no a otro. El da toda Su Vida y deja que el hombre tome con libertad mucho o poco. Dice también, que mora en los que guardan Sus mandamientos, y que los que hacen Su voluntad permanecen en Su Amor; que El está en ellos y ellos en El.

365. De esto sigue, que el Señor influye en el hombre con toda la esencia de la fe y de la caridad, porque la Divina Sabiduría es la esencia de la fe y el Divino Amor es la esencia de la caridad. Así es que el Señor influye en el hombre y está presente en él con todas las verdades de la fe y con todos los bienes de la caridad, porque por fe entendemos todas las verdades, que el nombre por virtud del Señor percibe, piensa y habla; y por amor, o caridad, entendemos todos los bienes que por virtud del Señor afectan a su voluntad, cuyos bienes por lo tanto quiere y hace. Siendo así que el Señor es Omnipresente con todas las verdades de la fe y todos los bienes del amor, es evidente que no falta al hombre oportunidad de recibir estas verdades y estos bienes y así de recibir a El Mismo. No necesita hacer más que disponerse a la recepción y admitir la influencia, como los pulmones absorben la atmósfera, y esto hace, cuando se dirige al Señor; aprende verdades del Verbo y vive en conformidad con ellas.

366. Las cosas que influyen del Señor son recibidas por el hombre según su forma, porque la forma del hombre, es decir la forma de su voluntad y entendimiento, o sea el estado de su amor y sabiduría es lo que determina la recepción. El hombre recibe pues la influencia del Señor según sus inclinaciones a los bienes de la caridad y asimismo según sus percepciones de las verdades de la fe. La vida de Dios en su plenitud está con los buenos y piadosos y también con los malévolos é impíos; se halla presente con los ángeles del cielo y también con los demonios del infierno. Más la diferencia entre los malos y los buenos es que los malos obstruyen el conducto, por el cual ha de entrar la Vida y cierran la puerta, impidiendo así a Dios de descender en la región inferior de sus mentes, mientras que los buenos abren el camino e invitan a Dios a descender y a morar con ellos en la región inferior de sus mentes como mora en sus regiones superiores, y así disponen el estado de su voluntad para recibir el influjo del amor y de la caridad y el estado de su entendimiento para recibir el influjo de la sabiduría y de la fe, es decir para recibir a Dios. Los malos excluyen este influjo con varios apetitos carnales y perversiones espirituales, mas Dios reside no obstante en sus regiones superiores con toda Su Divina Esencia, dándoles la facultad de querer el bien y de entender la Verdad. Esta facultad se halla en todo hombre sola y únicamente por la Vida, que de Dios mora en la parte superior de su alma, sin cuya Vida carecería por completo de ella. Es pues evidente que si el hombre no nace de nuevo y es salvado, la culpa no es del Señor, sino exclusivamente del hombre.

367. El Señor, la caridad y la fe, forman uno como la vida, la voluntad y el entendimiento en el hombre, porque el Señor es la Vida, que es el Divino Amor y la Divina Sabiduría, e influye en el hombre con esta Vida, que es la esencia de la caridad y de la fe. Influye por consiguiente con la caridad y la fe, con todas las verdades de ésta y con todos los bienes de aquélla, y las formas recipientes en el hombre son la voluntad y el entendimiento; la voluntad es el recipiente de la caridad y el entendimiento es el recipiente de la fe, y cuando el influjo es recibido por el hombre, forman uno entre sí y con el Señor, que es Su íntima vida. El hombre es entonces una forma recipiente del Señor y Su morada. Pero el hombre que divide el Señor, la caridad y la fe, no es una forma que las recibe, sino una forma que las destruye, porque separar al Señor de la caridad y de la fe, es separar de ellas la vida, y cuando esto ocurre, la caridad y la fe no existen sino como abortos. Por otra parte, el que reconoce al Señor y sin embargo separa la caridad, este no reconoce al Señor más que con los labios. Su reconocimiento y su confesión son fríos y no hay en ellos fe genuina, porque carecen por completo de vida espiritual, siendo así que la caridad es la vida de la fe. Finalmente, el que obra la caridad y sin embargo carece de fe genuina, es decir que no reconoce al Señor por el Dios único del Cielo y de la tierra y Uno con el Padre, éste obra una caridad exclusivamente natural, en cuya caridad no hay vida eterna; pero el hombre, en quien hay iglesia, sabe y reconoce que todo bien viene del Señor, y que El lo obra por medio del hombre, y así obra la caridad genuina en la cual

hay vida eterna, porque la obra por el Señor, que es el verdadero Dios y la vida eterna (1 Juan 5:20). La fe separada de la caridad no es fe, porque la fe es la luz de la vida del hombre y la caridad es su calor, por lo cual si la caridad es separada de la fe, sucede como cuando el calor es separado de la luz. El estado del hombre es entonces como el de la vegetación de la tierra en invierno, cuando nada brota ni crece, sino que todo se entumece y yace como exánime. A fin de que la caridad sea caridad y la fe sea fe es preciso que estén unidas como la voluntad y el entendimiento en el hombre. Si son separadas sucede con ellas como con la voluntad y el entendimiento cuando son separados, es decir que ni éste ni aquélla es algo, porque el entendimiento sin la voluntad es nada y la voluntad sin el entendimiento es igualmente nada. La razón por la cual sucede igual con la caridad y la fe que con la voluntad y el entendimiento, es que éstos corresponden a aquéllas y son sus receptáculos en el hombre; la voluntad corresponde a la caridad y es su receptáculo; el entendimiento corresponde a la fe y es su receptáculo; la caridad reside en la voluntad, la fe en el entendimiento. La unión de la caridad y la fe y su separación pueden también compararse con la unión del corazón con los pulmones en el cuerpo humano, porque la caridad corresponde a la voluntad, la cual a su vez corresponde al corazón, y la fe corresponde al entendimiento, el cual a su vez corresponde a los pulmones. La caridad no puede ser separada de la fe, más que el corazón puede ser separado de los pulmones; al cesar las pulsaciones del corazón, cesa inmediatamente la respiración de los pulmones, y cuando cesa la respiración de los pulmones se desmayan los sentidos, los músculos quedan inmóviles, y poco después cesan por completo las pulsaciones del corazón y la vida desaparece. La separación de la caridad y la fe puede también compararse con la separación de la sangre y la carne. La sangre separada de la carne se congela y se corrompe y la carne separada de la sangre se pudre y se llena de gusanos. Sangre significa en sentido espiritual la verdad de la sabiduría y por consiguiente la fe y carne significa el bien del amor y por consiguiente la caridad†. Por otra parte la unión de la caridad con la fe se puede comparar con el rostro de una joven virgen, hermoso por la unión y mezcla convenientemente proporcionada de los colores encarnado y blanco. Estos colores son también correspondencias, respectivamente de la caridad y de la fe. En el mundo espiritual el amor, y por ello la caridad, tiene un tinte encarnado por el fuego del Sol allí, mientras que la verdad, y por ello la fe, es blanca por la luz de ese sol. Lo expuesto en el presente lema y en el anterior bastará para la demostración de estos dos dogmas:

1. ° Que fe sin caridad no es fe y que caridad sin fe no es caridad, y que ni ésta ni aquélla tienen vida sino por el Señor.

2. ° Que el Señor, la caridad y la fe hacen uno, como la vida, la voluntad y el entendimiento en el hombre, y que si son separados, desaparecen de la mente como una perla reducida a polvo.

Nota:

† Que sangre significa la verdad de la sabiduría, se puede ver en Apocalipsis Revelado, (Apocalipsis Revelado 379). Y que carne significa el bien del amor y por consiguiente la caridad, en la misma obra, (Apocalipsis Revelado 832).

7. El Señor es caridad y fe en el hombre y el hombre es caridad y fe en el Señor

368. El hombre, en el cual hay iglesia, está en el Señor y el Señor en él; esto consta por muchos pasajes del Verbo, entre otros, por los siguientes:

«Estad en Mí y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto de si, si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviereis en Mí. El que está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto» (Juan 15:4; 5).

«El que come Mi Carne y bebe Mi Sangre en Mí permanece y Yo en él» (Juan 6:56).

«En aquel día conoceréis que Yo estoy en Mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros» (Juan 14:20).

«Cualquiera que confesare, que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios» (1 Juan 4:15).

El hombre mismo no puede sin embargo estar en el Señor, pero lo pueden la caridad y la fe, que del Señor están en el hombre y esto es equivalente; porque es por la caridad y la fe que el hombre esencialmente es hombre. Resulta, pues, que el hombre es caridad y fe en el Señor, que es la Verdad misma y la Fe misma y que influye en el hombre; pero para mayor claridad se explicará como sigue:

Es por la conjunción con Dios que el hombre tiene salvación y vida eterna.

Conjunción con Dios Padre no es posible, sino con el Señor, y mediante El con el Padre.

La conjunción con el Señor es recíproca; es decir que el Señor está en el hombre y el hombre está en el Señor.

Esta conjunción recíproca se verifica por medio de la caridad y de la fe.

369. (1) Es por la conjunción con el Señor que el hombre tiene salvación y vida eterna. El hombre fue creado receptáculo de la Vida Divina, que es el Divino Amor y la Divina Sabiduría, y por consiguiente de manera a poder tener conjunción con el Señor y por esta conjunción gozar de bienaventuranza. Fue creado habitante del cielo y al mismo tiempo habitante del mundo, y tanto como lo es del cielo tanto es espiritual, pero tanto como lo es del mundo tanto es natural. El hombre espiritual puede pensar en Dios y percibir cosas referentes a Dios, puede asimismo amar a Dios y sentirse inclinado a las cosas que son de Dios; en una palabra: puede tener conjunción con Dios, porque puede tener amor, o caridad, y fe, ¿y qué es el amor, o sea la caridad, y la fe, sino conjunción con el Señor? La fe es conjunción con el Señor por medio de las verdades, que se hallan en el entendimiento y por ello en el pensamiento, y el amor o la caridad es conjunción con el Señor por medio de los bienes, que son de la voluntad y por ello de las inclinaciones. Que el hombre tiene facultad y medios para adquirir amor, o sea caridad, y fe, y por consiguiente conjunción con el Señor, ha sido demostrado antes. No solamente puede pensar en Dios y adquirir verdades de Dios por medio del Verbo, sino que puede también amar a Dios, como lo demuestran los dos grandes mandamientos dados por Dios Mismo:

«Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y de toda tu alma; este el primero y grande mandamiento; el segundo es parecido: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37; 39).

Que el hombre puede cumplir los mandamientos del Señor, y que cumplirlos es amar a El y ser amado por El, consta por las siguientes palabras de Jesús:

«El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama, y el que me ama será amado de mi Padre y Yo le amaré y me manifestaré a él» (Juan 14:21).

El Señor es la Vida eterna y la Bienaventuranza misma y el hombre no puede recibir vida y bienaventuranza del Señor, sino por medio del amor, de la caridad y de la fe, que determinan la

conjunción con El. La conjunción del Señor con el hombre es una conjunción espiritual en lo natural y la conjunción del hombre con el Señor es una conjunción natural, procedente de la conjunción espiritual. Al efecto de esta mutua unión, o conjunción fue creado el hombre habitante del cielo y también habitante del mundo y como habitante del cielo es espiritual, más como habitante del mundo es natural; por lo tanto, si el hombre es espiritual/racional y al mismo tiempo espiritual/moral, tiene conjunción con el Señor, pero si el hombre es meramente natural/racional y natural/moral la conjunción no es recíproca; existe en él por cierto conjunción del Señor con el hombre, pero no conjunción del hombre con el Señor, y por esta causa tiene muerte espiritual, es decir, vida natural sin vida espiritual; porque en este hombre lo espiritual, en lo cual está la Vida de Dios, se halla extinto.

370. (2) Conjunción con Dios Padre no es posible, sino con el Señor y mediante El con el Padre. Así enseña la Escritura y la razón lo aprueba. La Escritura dice, que Dios Padre nunca ha sido visto, ni se ha oído su voz, ni puede ser visto ni oído, y por lo tanto es claro, que no puede operar directamente en el hombre tal como es en su Esse y en su Esencia. Que Dios Padre no ha sido visto ni oído, y que nadie le conoce, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo le revela, puede verse en Juan 6:46; Mateo 11:27; Juan 5:37; y esto es así, porque el Padre está en los principios mismos de todas las cosas, y por consiguiente eminentemente por encima toda la esfera de la mente humana. Está en los principios mismos de cuanto pertenece al Amor y de cuanto pertenece a la Sabiduría, y no es posible para el hombre tener conjunción directa con estos principios; porque si el Padre se aproximara al hombre, o si el hombre se aproximara a El, sin un mediador que modificara y adaptara Su Influencia a la naturaleza del hombre, sería éste consumido como una imagen, que cayere en el fuego del sol. Por eso dijo a Moisés, que nadie puede ver a Dios y vivir (Éxodo 33:20). Pero con Su Divina Humanidad, que es el Hijo, puede haber conjunción y mediante ella con el Padre, porque en los pasajes del Verbo, arriba indicados (Juan 6:46; Mateo 11:27 Juan 5:37) leemos, que el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, le ha revelado y ha declarado al entendimiento humano las cosas que son del Padre y que proceden del Padre. Además consta por estos otros pasajes del Verbo:

«En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros» (Juan 14:20).

«Y la gloria que me diste les he dado, para que sean una cosa como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos y Tu en Mí» (Juan 17:22; 23; 26).

«Jesús dijo: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie viene al Padre sino por Mí».

Felipe deseaba ver al Padre y Jesús le respondió:

«El que me ve a Mí ve al Padre; el que me conoce a Mí conoce al Padre también» (Juan 14:6; 7).

Esto es así porque el Señor, nuestro Salvador, es Jehová, el Padre Mismo, en Forma Humana, siendo así que Jehová Mismo descendió y adoptó Naturaleza Humana, con el fin de poder así acercarse al hombre y permitir al hombre el acercarse a Él; pudiendo así verificarse la conjunción, por la cual el hombre puede recibir salvación y vida eterna. Más antes de que pueda haber conjunción es preciso que haya acomodación y aplicación; debe haber acomodación antes de que pueda haber aplicación, y debe haber acomodación y aplicación antes de que pueda haber conjunción; son pues tres que se siguen por su orden. La acomodación por parte de Dios fue, que se dejó nacer hombre. La aplicación por parte de Dios

es continua y perpetua, tanto como el hombre a su vez se aplica a El, y si esto hace, se verifica sin falta la conjunción.

371. (3) La Conjunción con el Señor es recíproca; es decir el Señor está en el hombre y el hombre está en el Señor. Esto enseña la Escritura claramente, y la razón lo aprueba también. Que la conjunción del Señor con el Padre es recíproca enseña El Mismo en Juan 14:10; 11; 10:38; 17:1; 10; y lo mismo enseña con respecto a Su conjunción con el hombre, como consta por los siguientes pasajes:

«Estad en Mí y Yo en vosotros; el que está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto» (Juan 15:4; 5).

«El que come Mi Carne y bebe Mí Sangre en Mi permanece y Yo en él» (Juan 6:56).

«En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros» (Juan 14:20).

«El que guarda los mandamientos de Cristo está en El y El en él» (1 Juan 3:24; 4:13).

«Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios; Dios está en él y él en Dios» (1 Juan 4:15).

«Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).

Puesto que la conjunción es recíproca, sigue que el hombre necesariamente debe unirse con el Señor, para que el Señor pueda unirse con el hombre, y que de otra manera no resulta conjunción, sino al contrario retirada y separación, aunque no por parte del Señor, sino por parte del hombre. A fin de que pueda haber unión recíproca es dado al hombre libertad de conducir su vida según desea; puede elegir el camino del cielo y puede asimismo libremente seguir el camino del infierno. Es por esta libertad completa que el hombre tiene la facultad de reciprocarse y así de unirse con el Señor o con el Diablo. Pero esta libertad, su naturaleza y el objeto con el cual fue dada al hombre, se explicará en los capítulos, que tratarán de la Ubre voluntad, de la reformation y regeneración y de la imputación.

372. (4) La conjunción recíproca entre el Señor y el hombre se verifica por medio de la caridad y de la fe. La Iglesia actual sabe y reconoce que la Iglesia constituye el Cuerpo de Cristo y que cada uno, en quien hay iglesia, forma parte de un miembro de este Cuerpo, según dice Pablo (Efesios 1:23; 1 Corintios 12:27; Rom. 12:45). Pero, ¿qué es el Cuerpo de Cristo, sino el Divino Bien y la Divina Verdad? Por eso dice el Señor en Juan:

«El que come Mi Carne y bebe Mi Sangre permanece en Mí y Yo en él» (Juan 6:56).

La Carne del Señor, así como el pan, significa el Divino Bien, y Su Sangre, así como el vino, significa la Divina Verdad. Esto será explicado más detenidamente en el capítulo que tratará de la Santa Cena. Por esto es claro, que tanto como el hombre se halla en los bienes de la caridad y en las verdades de la fe, está en el Señor y el Señor en él; porque la conjunción con el Señor es una conjunción espiritual, y la conjunción espiritual se verifica por medio de la caridad y de la fe. Que en todo detalle del Verbo así como en su conjunto hay conjunción entre el Señor y la Iglesia y por consiguiente entre el bien y la verdad se ha demostrado en un capítulo anterior, que trata de la Sagrada Escritura (248-253), y puesto que la caridad es el bien y la fe es la verdad, existe pues en el Verbo conjunción entre la caridad y la fe. De aquí sigue que el Señor es caridad y fe en el hombre y que el hombre es caridad y fe en el Señor, es decir que el Señor es caridad y fe espiritual en la caridad y la fe natural del hombre, y el hombre es caridad y fe

natural por virtud de la caridad y la fe espiritual del Señor, y los dos en conjunción forman la caridad y la fe espiritual/natural.

8. La caridad y la fe están juntas en las buenas obras.

373. En todo acto que el hombre realiza se halla éste exactamente tal cual es en su interior, o sea en su mente y por consiguiente tal cual es en su esencia. Por la mente del hombre entendemos las inclinaciones de su amor y los pensamientos que de ellas proceden; éstos y aquéllas forman su carácter y en general su vida, y los actos del hombre, bajo este punto de vista, son imágenes de él, o un espejo, en el cual puede ver su propia imagen. Es con esto como con la manifestación de la vida en los animales domésticos y en las fieras; el animal es animal y la fiera es fiera en todos sus actos; el lobo es lobo; el tigre, tigre; la zorra, zorra; el león, león; la oveja, oveja; el cabrito, cabrito en todos sus actos. Lo mismo sucede respecto al hombre, pero éste es tal cual es su hombre interior. Si en su interior es como un lobo, o como una zorra, entonces toda su obra es interiormente de la cualidad y carácter del lobo o de la zorra, más lo contrario si en su interior es como una oveja o un cordero. En su hombre exterior no se puede ver que el hombre es así en todas sus obras; porque éste puede obrar discretamente y en desacuerdo con el interior, aparentando cualidades y virtudes que no posee en su esencia; mas su verdadero carácter y su cualidad esencial se hallan ocultos por debajo. El Señor dice:

«El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca el bien y el malo del mal tesoro de su corazón saca el mal» (Lucas 6:45).

«Cada árbol por su fruto es conocido; que no cogen higos de los espinos, ni vendimian uvas de las zarzas» (Lucas 6:44),

Que el hombre en todos sus actos y obras es tal como es en su interior, se ve claramente después de la muerte en el mundo espiritual; porque entonces vive cada uno como hombre interior y no como hombre exterior. Cuando el Señor, la caridad y la fe están juntos en el hombre interior, se halla en él el bien, y toda obra que entonces procede del hombre, es obra buena, en la cual están juntas la caridad y la fe. Esto será demostrado como sigue:

- 1) La caridad es desear el bien a otros y querer obrarlo, y las buenas obras son obrar el bien por inclinación.
- 2) La caridad y la fe no son más que fantasmas, si no tienen por objeto obras útiles y provechosas y si no coexisten en ellas cuando es posible.
- 3) La caridad por sí sola no puede producir buenas obras; aún menos lo puede la fe sola, más la caridad y la fe juntas las producen.

374. (1) La caridad es desear el bien a otros y querer obrarlo. La caridad y sus obras se distinguen entre sí como la voluntad y su actividad y como la inclinación de la mente y la operación del cuerpo, por consiguiente como el hombre interior y el hombre exterior, y la relación entre ellas son como entre la causa y el efecto, siendo así que la causa dé todo acto del hombre se halla en el hombre interior, y los efectos son producidos por ella en el hombre exterior. La caridad que pertenece al hombre interior, es pues querer obrar el bien y desear el bien al prójimo, mientras que las buenas obras, que son cosa del hombre exterior, son obrar el bien por inclinación y deseo. Hay sin embargo infinita variación entre la buena voluntad de unos y otros. Todo cuanto uno hace en beneficio de otro parece proceder de voluntad buena, o benevolencia, mas puede sin embargo no proceder de la caridad; y no se puede saber si procede o si no procede de ella; menos aún se puede saber si procede de la caridad genuina o si procede de una

caridad espuria. La infinita variación entre la buena voluntad de unos y otros lleva su origen del fin mismo, es decir de la intención o del propósito, porque éstos se hallan ocultos en el interior de la voluntad del que quiere hacer obras de beneficencia y ellos determinan la cualidad de la voluntad en cada uno, más la voluntad recurre a su vez al entendimiento para encontrar los medios y modos de realizar su propósito y llegar a sus fines que son los efectos. En el entendimiento busca luz, a fin de conocer, no solamente los medios, sino también la oportunidad y la forma, cuándo y cómo debe obrar y producir sus efectos, que son las obras, y simultáneamente se convierte en fuerza activa en el entendimiento. Resulta, pues, que las obras son esencialmente cosa de la voluntad, formalmente cosa del entendimiento y actualmente cosa del cuerpo. Así desciende la caridad, exteriorizándose en las buenas obras.

375. (2) La caridad y la fe no son más que fantasmas, o mentales, si no tienen por objeto obras y si no coexisten en Mas cuando., es posible. La caridad y la fe, si no se proponen obras y sí no coexisten en obras, cuando es posible, no son caridad ni fe, sino sólo una cosa efímera en la mente y como una cabeza separada del cuerpo. En la cabeza está la mente, que desea y piensa, y en el cuerpo está la fuerza que ejecuta; con sólo desear y pensar, sin obrar, el resultado es negativo. La caridad y la fe que sólo desean y piensan, y no obran cuando pueden, no pueden subsistir; perecen como parece la cabeza, separada del cuerpo. Son como aves en el aire sin lugar donde reposarse; caen finalmente por el cansancio y se ahogan en el mar. No hay cosa alguna en la mente, que no tenga su correspondiente forma natural, y esta forma puede llamarse su corporificación. La caridad y la fe, mientras sólo están en la mente, no se hallan corporificadas en el hombre, sino que son como ese ser imaginario, que se llama fantasma; carecen de cuerpo y de existencia real, porque sólo en las obras, o en el esfuerzo de realizarlas, pueden realmente existir, y puesto que son fantasmas, teniendo sin embargo la facultad de pensar, resulta que las personas sujetas a ellas, se encuentran en constante agitación por sus fantasías y racionios sofisticos. Son como lagunas, llenas de cañas agitadas por el viento, cuyo fondo es lleno de cieno, y en su superficie ranas ruidosas. Así son los que conocen varias verdades del Verbo respecto de la caridad y de la fe y sin embargo no las ponen por obra. El Señor dice:

«Cualquiera que oye mis palabras y las hace le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la peña, y cualquiera que oye mis palabras y no las hace le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena» (Mateo 6:24; 26).

Muchos otros pasajes del Verbo enseñan también claramente que la caridad y la fe no tienen valor alguno, si sólo están en la mente, sin hallarse realizadas y corporificadas en obras; entre otros, Mateo 7:19; 20; 21; 13:23; 43; Lucas 8:21; Juan 9:31; 19:21; 23; 15:8; 16; Rom. 2:13; 22:12; Ósea 4:9; Zacarías 1:6.

377. (3) La caridad por sí sola no puede producir buenas obras; aun menos lo puede la fe sola, más la caridad y la fe juntas las producen. Caridad sin fe no es caridad, y fe sin caridad no es fe, según queda demostrado en un precedente artículo (355–358). No existe pues caridad solitaria ni fe solitaria y es por consiguiente evidente, que la caridad por sí sola no puede producir buenas obras, ni lo puede la fe sola. El caso es el mismo que con la voluntad y el entendimiento: no existe voluntad solitaria y por esto nada puede producir, ni existe entendimiento solitario, y por lo tanto es también improductivo; toda producción se verifica por ambos juntos, es decir por el entendimiento por virtud de la voluntad. La comparación es correspondencia, porque la voluntad es la morada de la caridad y el entendimiento es la

morada de la fe. Dije: aún menos puede la fe sola producir buenas obras, y así es porque la fe es verdades, y su oficio es producir verdades para la iluminación de la caridad y sus gestiones, por lo cual las obras son efectuadas al impulso de la caridad y por medio de las verdades, o sea por medio de la fe. Cuando el hombre hace buenas obras conforme la verdad, las hace por consiguiente en la luz, es decir, con inteligencia y sabiduría. El Señor dice:

«El que obra verdad viene a la luz para que sus obras sean manifestadas, puesto que son hechas en Dios» (Juan 3:21).

La conjunción entre la caridad y la fe es como la conjunción entre marido y mujer: la prole natural nace del marido como padre y de la mujer como madre; de igual manera la prole espiritual (que son conocimientos del bien y de la verdad) nace de la caridad como padre y de la fe como madre, y así se engendran familias espirituales. En el Verbo marido o padre significa en el sentido espiritual el bien de la caridad, y mujer o madre significa la verdad de la fe. Por esto es manifiesto, que ni la caridad sola, ni la fe sola, puede producir buenas obras, más que el marido solo, o la esposa sola, puede producir prole. Las verdades de la fe no sólo iluminan la caridad, sino que también la califican y la nutren, por lo cual el nombre que tiene caridad, mas carece de las verdades de la fe, es como uno que anda en un jardín de noche, cogiendo y comiendo fruta de los árboles, sin saber si la fruta es buena o si es venenosa; es también como uno que no tiene por alimento para sostener la vida más que pan duro y agua sucia de algún estanque insalubre.

9. Hay una fe verdadera, una fe espuria v una fe hipócrita.

378. Desde su cuna la Iglesia Cristiana ha sido invadida por cismas y herejías, y en el transcurso del tiempo ha sido dividida, despedazada y mutilada comparativamente como el hombre de la parábola, que en el camino de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, quienes le despojaron de todo cuanto tenía, hiriéndole y dejándole medio muerto (Lucas 10:30), porque poco a poco se han introducido en la Iglesia falsedades y males, hasta que finalmente vino la realización de lo que con respecto a esta Iglesia profetizó Daniel:

«Finalmente sobre el ave de las abominaciones habrá asolamiento y hasta la entera consumación goteará lo decretado sobre la devastación» (Daniel 9:27).

Lo cual es de acuerdo con las palabras del Señor en Mateo:

«Entonces vendrá el fin. Cuando veréis la abominación del asolamiento que fue dicha por Daniel, el profeta» (Mateo 24:14; 15).

Que la Iglesia Cristiana desde su infancia ha sido así maltratada y dividida, consta por su historia, por la cual sabemos que aun mientras vivían los Apóstoles semejan los actos fueron realizados por Simeón, de nacimiento Samaritano, quien practicaba artes mágicas (Hechos 8:9-20); y por Himeneo y Phileto (2 Timoteo 2:17); así como por Nicolás, de cuyo nombre se llamaban Nicolaitanos los mencionados en el Apocalipsis 2:6 y en los Hechos 6:5; también por Cerinto. Después del tiempo de los Apóstoles nacieron otras sectas heréticas, como por ejemplo los Marcionitas, los Noecianos, los Encratitas, los Catafrigianos, los CuartoDecimanos, los Alogianos, los Catarianos, los Origenistas o Adamitas, los Sabelianos, los Samosatenos, los Manichaeanos, los Melicianos y finalmente los Arianos. Después de éstos se levantaron batallones de heresiarcas que invadieron a la Iglesia, entre otros, los Donatistas, los Potinianos, los Acacianos o Semiarianos, los Eunomianos, los Macedonianos, los Nestorianos, los Predestinarlos, los

Papistas, los Zwinglianos, los Anabaptistas, los Schwenckfeldianos, los Sinergistas, los Socinianos, los Antitrinitarios, los Quakers, los Moravianos y otros muchos. Sobre éstos prevalecieron más tarde Lutero, Melancton y Calvin y los dogmas de estos últimos reinan actualmente. Las causas de tanta disensión y separación en la Iglesia han sido principalmente éstas:

1. ° Que no se ha comprendido la Divina Trinidad.
2. ° Que no ha habido reconocimiento justo y verdadero del Señor.
3. ° Que la Pasión en la Cruz se ha tomado por la Redención misma.

La ignorancia con respecto a estos puntos esenciales de la fe, que son el fundamento de la Iglesia, ha determinado por necesidad la desfiguración y perversión de todas las verdades de la Iglesia hasta convertirlas en lo opuesto, y una vez así pervertidas la misma ignorancia ha hecho, que sin embargo fuesen consideradas y creídas como verdades, y así es que la Iglesia ha permanecido y permanece en la falsa confianza de que se halla en la verdadera fe de Dios y en todas las verdades Divinas. Ha sucedido con ella lo que sucede, cuando uno procura andar en línea recta con los ojos vendados, desviándose sin embargo paso por paso hasta que finalmente anda en dirección opuesta, donde hay un pozo en el cual cae. A fin de poder abandonar las ideas erróneas, introducidas en la Iglesia por la multitud de herejías, es necesario saber lo que es la fe verdadera, lo que es la fe espuria, y lo que es la fe hipócrita, a cuyo efecto se demostrará aquí:

1. ° Que la verdadera fe es la sola y única fe y que es la fe en el Señor Dios el Salvador Jesucristo, cuya fe está en los que creen que El es el Hijo de Dios, el Dios del Cielo y de la tierra y Uno con el Padre.
2. ° Que la fe espuria es toda fe que discrepa de la verdadera fe, que es sola y única: y que esta, fe espuria está con los que suben por otra parte, mirando al Señor sólo como hombre y no como Dios Único.
3. ° Que la fe hipócrita no es fe.

379. (1) La verdadera fe es la sola y única fe y es la fe en el Señor Dios el Salvador Jesucristo, y se halla en los que creen que El es el Hijo de Dios, el Dios del Cielo y de la tierra, y Uno con el Padre. La verdadera fe es la sola y única fe, porque fe es verdad, y la verdad no puede partirse y mirar con una parte hacia aquí y otra parte hacia allá, y sin embargo continuar siendo la verdad en y por sí. La fe en sentido general consiste de innumerables verdades, de las cuales es el complejo, pero estas innumerables verdades forman por así decir un solo cuerpo; algunas son exteriores, otras interiores; algunas forman los miembros relacionados con el pecho, como los brazos y las manos, otras los miembros relacionados con los lomos como los pies; algunas son interiores formando la cabeza, y las que directamente proceden de éstas forman los órganos sensorios, situados en el rostro. Así es la fe y así es también la Iglesia; es como un solo cuerpo y los individuos forman los miembros de este cuerpo, cada uno según el estado de su caridad y fe. Por esto dice Pablo que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y puesto que la fe verdadera forma el Cuerpo de Cristo, va de sí mismo que no puede ser sino sola y única, puesto que el Cuerpo de Cristo, es solo y único. Que la verdadera fe es la única fe enseña Pablo también cuando dice:

«Hay un cuerpo, un espíritu, un Señor, una fe, un bautismo, un Dios. Dió la obra del ministerio para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios, y a una vida perfecta a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Efesios 6:4; 5; 6; 12; 13).

Consta por esto que la verdadera fe es la única fe. Que la verdadera fe es la fe en el Señor Dios el Salvador Jesucristo se ha demostrado ya plenamente en un precedente lema (257-258), y que esta fe se halla en los que creen que El es el Hijo de Dios, es porque éstos creen, que El es Dios (Único) y la fe no es fe, si no es en un sólo Dios. Que esta confesión y fe (de que Jesucristo es Dios Único) es el elemento principal y fundamental que luego entra en todas las verdades de la fe, formándola así en su totalidad, es muy evidente por las palabras del Señor a Pedro cuando éste dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.»

«Bienaventurado tú, Simón: te digo, sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mateo 16:16; 17).

Piedra (roca) aquí como en todo otro lugar del Verbo, significa el Señor con respecto a Su Divina Verdad, y también la Divina Verdad, procedente del Señor. Que esta confesión y fe es lo fundamental y lo principal, consta por estas otras palabras en Juan:

«Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios mora en él y él en Dios» (1 Juan. 4:15).

Esta confesión o creencia es pues distintiva de los que están en la verdadera fe. Tienen también otro distintivo; Creen que El Señor es el Dios del Cielo y de la tierra, y que lo es por ser el Hijo de Dios, y porque en El mora la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9); también porque otros pasajes del Verbo lo confirman, como por ejemplo: «Todas las cosas del Padre son Suyas» (Juan 3:35; 16:15). «El es el Dios del Cielo y de la tierra* (Mateo 28:18). «Toda potestad le es dada en él Cielo y en la tierra. » Otra creencia distintiva de los que creen en el Señor el Salvador Jesucristo, y están interiormente en su fe y por consiguiente en la verdadera fe que es la única, es que creen que el Señor es Uno con el Padre; que El es Uno con el Padre y que es el Padre Mismo en Naturaleza Humana se ha demostrado ya en el capítulo que trata del Señor el Redentor; además es evidente por estos pasajes del Verbo:

«El Padre y Yo una cosa somos» (Juan 10:30),

«El Padre está en Mí y Yo en el Padre» (Juan 10:38),

«Desde ahora conocéis al Padre y le habéis visto.», «El que me ha visto ha visto al Padre» (Juan 14:7-10).

Los tres distintivos (el creer y confesar que Jesús es el Hijo de Dios; que El es el Dios del Cielo y de la tierra, y que El es uno con el Padre) son testimonios característicos de que el hombre se halla en la fe del Señor, así pues en la verdadera fe, que es la única, porque no todos los que van al Señor se hallan en Su fe: La verdadera fe es interior y al mismo tiempo exterior, y sólo los que poseen los tres preciosos distintivos antes indicados se hallan en lo interior de esta fe y también en su exterior, de manera que no sólo es un tesoro en su corazón, sino también una alhaja en su boca. Cosa diferente sucede con los que no reconocen al Señor como Dios del Cielo y de la tierra y como Uno con el Padre. Estos miran interiormente a otros dos Dioses, que tienen igual poder, reconociendo sin embargo que este poder es ejercido por el Hijo, bien sea en cualidad de Vicario, bien como Quien a causa de su Obra de Redención ha merecido el privilegio de reinar sobre aquellos a quienes ha redimido. Pero estos destruyen la verdadera fe con dividir el Dios Único en varios; y luego no existe más la fe, sino sólo su espectro, el cual, mirado desde el lado natural, tiene semejanza con la fe verdadera; pero mirado espiritualmente resulta una quimera. Los mencionados tres distintivos, testimonios y señales de que la fe en el Señor es la verdadera fe, son como piedras de toque para probar el oro y la plata; son también como letreros que indican el camino que conduce al templo, donde es adorado el único Dios verdadero, y como faros, colocados sobre rocas en el

mar, que hacen saber a los que navegan de noche, dónde se hallan y a dónde dirigir el rumbo de la nave. El primer distintivo, que es creer y confesar que el Señor es el Hijo del Dios viviente, es como la estrella de la mañana para los que entran en Su Iglesia.

380. (2) Fe espuria es toda fe que discrepa de la verdadera, que es la sola y única, y se halla en los que suben por otra parte, mirando al Señor no como Dios Único sino sólo como hombre. Que fe espuria es toda fe que discrepa de la verdadera y única va de sí mismo, porque si no hay más que una sola fe que es la verdadera, sigue que toda discrepancia de ella es falsedad. Todos los bienes y todas las verdades de la Iglesia nacen del matrimonio del Señor con ella y todo cuanto en su esencia es caridad y fe viene por lo tanto de este matrimonio. Por otra parte toda caridad y fe, y todo cuanto a ellas pertenece, que no proceda de este matrimonio, no es de lecho legítimo, sino de lecho ilegítimo, por consiguiente de matrimonio polígamo o de adulterio. La fe que reconoce al Señor y sin embargo adopta las falsedades heréticas, es de matrimonio polígamo; y la fe que reconoce a tres Señores en la Iglesia es de adulterio, porque esto es como una ramera o como una mujer casada, que pasa las noches alternativamente con otros dos hombres y llama marido al que elige mientras está con él. Por esta razón la semejante fe se llama fe espuria. A los que se hallan en esta fe llama el Señor adúlteros, y en Juan los designa con los términos ladrones y robadores.

«De cierto os digo que el que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, mas sube por otra parte, el tal es ladrón y robador. Yo soy la puerta, el que por Mí entrare será salvo» (Juan 10:1; 9).

Entrar en el corral de las ovejas es entrar en la Iglesia y asimismo en el Cielo, porque la Iglesia y el Cielo forman uno, y lo que hace que el Cielo es Cielo es la Iglesia que hay en él; por lo cual el Señor, siendo el Novio y Marido de la Iglesia es también el Novio y Marido del Cielo. Todo hombre puede averiguar, si se halla en la fe verdadera o en una fe espuria, por medio de los tres distintivos mencionados más arriba, es decir por el reconocimiento, que el Señor es el Hijo de Dios; que El es el Dios del Cielo y de la tierra, y que El es Uno con el Padre; en cuanto discrepa de estas tres verdades esenciales, la fe es espuria. En aquellos que miran al Señor, no como Dios, sino sólo como hombre, la fe es a la vez espuria y adulterina. Tales eran las dos abominables herejías, la Ariana y la Sociniana, las cuales han sido declaradas anatemas por la Iglesia Cristiana y excomulgadas de ella por negar la Divinidad del Señor y subir por otra parte pero desgraciadamente hay razón para creer, que estas abominaciones se hallan ocultas en el espíritu común de la Iglesia actual. Cuanto más el hombre se estima superior a otros en erudición y juicios, tanto más es propenso a abrazar y apropiarse de la idea de que el Señor es hombre y no Dios, y que por ser hombre no puede ser Dios. Uno que se apropia de esta idea entra en relación y compañía con los Arianos y los Socinianos, que se hallan en el infierno, y tal es el espíritu común de la Iglesia hoy día por no creer que el Señor Dios el Salvador es el único Dios, porque con cada hombre se halla un espíritu, sin el cual no podría pensar analíticamente, ni racionalmente, ni espiritualmente, y sin el cual no sería hombre sino bruto, y cada hombre atrae a sí un espíritu que tiene igual inclinación e igual percepción que el hombre mismo tiene, y a este espíritu se asocia. Al hombre que adquiere buenas inclinaciones mediante las verdades del Verbo, y mediante una vida en conformidad con ellas, es asociado un ángel del cielo; mas al hombre que adquiere malas inclinaciones por confirmar en sí las falsedades y por vivir una mala vida, se une un espíritu del infierno, y por esta asociación viene el hombre de cierta manera a fraternizar con los satanás, confirmándose más y más en las falsedades que son contrarias a las verdades del Verbo, y por consiguiente se introduce también en las abominaciones de los Arianos y los Socinianos, que son contrarias al Señor. Esto acontece porque los satanás no pueden sufrir el oír una sola verdad del Verbo; ni

pueden sufrir el oír el Nombre de Jesús; si oyen este Nombre, o verdades del Verbo, corren como furias en todas direcciones blasfemando, y si entonces influye luz del Cielo, se precipitan de cabeza dentro de sus cuevas en sus propias tinieblas, las cuales les proporcionan una luz fatua, como la que tienen las aves nocturnas, o como la que tienen los gatos, cuando en los sótanos cazan ratones. Todos los que en su corazón y en su fe niegan la Divinidad del Señor y la Santidad del Verbo, se vuelven así después de la muerte, porque su hombre interior era así en el mundo, por más que su hombre exterior pudo aparentar ser Cristiano. Sé que esto es verdad, porque lo he visto y lo he oído.

381. (3) Fe hipócrita no es fe. Un hombre se vuelve hipócrita si se enaltece en su propia estima, considerándose superior a otros; porque así dirige los pensamientos de su mente hacia su persona, derramándolos en ésta y hundiéndolos en los sentidos corporales; así se vuelve hombre natural, sensual y corporal, y entonces su mente no puede apartarse de la carne con la cual adhiere; no puede ser elevada a Dios, a la luz del cielo, es decir, no puede ver cosa alguna espiritual. Y puesto que entonces es un hombre carnal, resulta que las cosas espirituales, que entran en su entendimiento por medio del oído, le parecen como si fueran espectros, o como plumión flotando en el aire, y se ríe de ellas en su corazón, mirándolas como necedades. Entre los hombres exclusivamente naturales el hipócrita es el más inferior, porque es sensual, es decir, su mente adhiere firmemente a los sentidos corporales, y por eso no quiere ver más que cosas sensuales o nada más que las cosas del mundo. Si este hipócrita llega a ser un predicador, guarda en su memoria las cosas que en su infancia y en su juventud oyó acerca de la fe, y habla y enseña conforme ellas; sin embargo no son en él más que palabras huecas sin alma; porque al interior de ellas no hay más que lo natural, por más que pueden parecer animadas, pero la animación viene del gozo del amor a sí mismo y al mundo y si es elocuente sus palabras suenan como un cantar armonioso. Cuando un predicador hipócrita vuelve a su casa después del sermón, se ríe secretamente de todo cuanto dijo a la congregación acerca de la fe y de cuanto refirió del Verbo, y quizás diga a sí mismo: «Eché mi red y cogí rodaballos y conchas»; porque semejantes a éstos son, a su parecer, los que se hallan en la verdadera fe. Los predicadores hipócritas son como una puerta que se abre en dos direcciones opuestas, y al abrirse hacia un lado, se cierra hacia el otro. Así es su mente; porque puede abrirse hacia el infierno y también hacia el cielo y cuando se abre hacia el uno, se cierra hacia el otro. Administrando las santas cosas de la Iglesia y predicando el Verbo no saben—cosa extraña—sino que creen ellos mismos, en lo que hacen y lo que dicen, porque la puerta de su mente está entonces cerrada hacia el infierno; pero tan pronto como se vuelvan a su casa y se hallen solos, no creen nada de aquellas cosas; porque entonces la puerta de su mente está cerrada hacia el cielo. En los hipócritas consumados hay una enemistad intestina contra todo hombre verdaderamente espiritual, porque es una enemistad como la de los satanás contra los ángeles del cielo. No se aperciben mucho de esto mientras viven en el mundo, pero lo ven claramente después de la muerte, cuando les es apartado su hombre exterior, que aparentaba é imitaba el hombre espiritual, porque es su hombre interior, que es semejante satanás.

10. No hay fe en los malos.

382. Todos los que niegan que el mundo fue creado por Dios y que por consiguiente niegan a Dios, son Ateístas y Naturalistas, y éstos son malos, porque el bien verdadero, es decir el bien, que es bien tanto naturalmente cuanto espiritualmente, viene de Dios, y los que niegan a Dios no quieren, y por consiguiente no pueden, recibir bien alguno de otra fuente que de su propia naturaleza, o sea de sus apetitos carnales, todos los cuales sin excepción son espiritualmente malos, por buenos que parezcan desde el punto, de vista natural. Ésta clase de gente es teóricamente mala; los prácticamente malos son los que no respetan los Divinos mandamientos (sumariamente expresados en el Decálogo), viviendo fuera de

la ley. También éstos niegan a Dios en el corazón; porque Dios y Sus mandamientos son una misma cosa, por cuya razón los diez mandamientos en el Arca fueron llamados Jehová allí. (Números 10:35; 36; Salmos 132:7; 8).

383. (1) Los malos no tienen fe; porque el mal es del Infierno, y la fe es del cielo. Todo mal es del infierno, más la fe pertenece al Cielo; porque todas las verdades, que constituyen la fe, son del cielo. El hombre, mientras vive en el mundo, es mantenido en medio entre el Cielo y el Infierno, y se halla entonces en equilibrio espiritual, cuyo equilibrio es su libre voluntad. El Infierno está debajo de sus pies, y el Cielo encima de su cabeza; lo que sube del Infierno es malo y falso, más lo que desciende del Cielo es bueno y verdadero. Por hallarse en medio entre dos fuerzas opuestas y en equilibrio espiritual, puede elegir, adoptar y apropiarse lo uno o lo otro con toda libertad. Si elige el mal y la falsedad, entra en conjunción con el Infierno; si prefiere el bien y la verdad entra en conjunción con el Cielo. Por esto es evidente, que el mal pertenece al Infierno y la fe pertenece al Cielo, y asimismo que los dos no pueden estar juntos en un mismo individuo; porque si estuviesen juntos, el hombre sería llevado alternativamente en dos direcciones opuestas, como si llevase atadas dos cuerdas y fuera por la una elevado hacia el cielo y por la otra obligado a descender, y así suspendido sería como si volara ora hacia arriba ora hacia abajo, como ciertas aves, y volando hacia arriba adoraría a Dios y hacia abajo al Diablo. Cualquiera puede comprender que esto sería profano. El Señor dice:

«Nadie puede servir a dos maestros; odiarla a uno y amarla al otro» (Mateo 6:24).

La razón por la cual no hay fe, donde hay males, es también que el mal es como el fuego (el fuego infernal es sencillamente el amor al mal) y devora la fe como paja, reduciéndola a cenizas con todas sus pertinencias. El mal mora también en tinieblas, mientras que la fe mora en la luz, y el mal extingue la fe con sus falsedades, como las tinieblas extinguen la luz; no pueden estar juntos más que un cadáver hediondo y un hombre vivo pueden estar juntos en una cama; no pueden vivir juntos más que lobos y ovejas juntos en un corral; no más que un gavilán y una paloma en un palomar, ni más que una zorra y una gallina en un gallinero.

384. (2) Todos ¿os del mundo Cristiano, que rechazan al Señor y al Verbo, no tienen fe, por más que pueden vivir bien moralmente y hablar, enseñar y escribir racionalmente, aun acerca de la fe. Esto es así porque la verdadera fe está en el Señor y viene del Señor, y toda fe que no esté en El y no venga de El no es fe espiritual, sino meramente natural, la cual no tiene en sí la esencia de la fe. Los que rechazan al Señor no tienen pues fe en sí y lo mismo sucede con los que rechazan al Verbo, porque el Señor es el Verbo (Juan 1:1; 2). Los que rechazan al Verbo rechazan pues igualmente al Señor, y los que rechazan a El y al Verbo rechazan también a la Iglesia, porque la Iglesia viene del Señor por medio del Verbo. Los que rechazan a la Iglesia están a su vez fuera del Cielo, porque la Iglesia es la entrada al Cielo, y los que están fuera del Cielo son condenados, los cuales no tienen fe, por más que en el mundo viven moralmente y hablan, enseñan y escriben racionalmente aun acerca de la fe, porque su vida moral no es espiritual sino meramente natural, y su mente racional es asimismo meramente natural, y la moralidad y racionalidad meramente naturales son muertas en sí mismas. Un hombre meramente natural y muerto con respecto a la fe puede por cierto hablar y enseñar acerca de la fe, de la caridad y de Dios, pero no por virtud de la fe, de la caridad o de Dios. Sólo los que creen en el Señor tienen fe (Juan 3:18, 36; 16:8, 9; 8:24; Salmos 2:7, 12). El Señor predijo, que a la Consumación del Siglo, que es el fin de la Iglesia, no habría fe; porque no habría fe en el Señor como Hijo de Dios, como Dios del Cielo y de la tierra y Uno con el Padre. Dijo:

«Entonces vendrá la abominación del asolamiento y tribulaciones cuales jamás hubo ni habrá» (Mateo 24:15, 21).

Y también:

«El sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre y las estrellas caerán del cielo» (Mateo 24:29).

En el Apocalipsis:

«Satanás será suelto de su prisión y saldrá para engañar a las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra, cuyo número es como la arena del mar» (Apocalipsis 20:7, 8).

Y puesto que sabía que esto había de suceder, preguntó:

«Cuando el Hijo del hombre viniere, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:8).

11. Recuerdo

391. Recuerdo. De vez en cuando son enviados por el Señor ángeles para visitar a las sociedades cristianas en el mundo de los espíritus, el cual está debajo del Cielo, y éstos se lamentan de la grande oscuridad y las densas tinieblas que reinan entre ellas en todo cuanto se refiere a la salvación. Muchos individuos en estas sociedades no tienen más entendimiento que un loro que habla. Uno de estos ángeles me dijo una vez, que había hablado con dos individuos del Clero, de los cuales el uno se hallaba en la fe separada del amor, y el otro en la verdadera fe, o sea en la fe unida al amor. Con el que se hallaba en la fe separada del amor habló así:

«Amigo, ¿quién eres?»

El prelado respondió:

«Soy un cristiano reformado».

« ¿Cuál es tu doctrina y tu religión por ella?»

«La fe».

« ¿Cuál es tu fe?»

«Mi fe es que Dios Padre envió al Hijo para tomar sobre Sí la condenación de la raza humana, y que por ello somos salvos».

El ángel continuó preguntando:

« ¿Qué más sabes acerca de la salvación?» Y el prelado respondió:

«La salvación se verifica exclusivamente por la fe».

El ángel preguntó de nuevo:

« ¿Qué sabes acerca de la regeneración?»

«Se verifica por esa fe».

« ¿Qué sabes acerca del amor y de la caridad?»

«Ellos son esa fe».

« ¿Y qué piensas de los mandamientos del Decálogo y de los demás mandamientos del Verbo?»

«Están en aquella fe».

Entonces el ángel dijo:

« ¿Nada quieres pues hacer?»

El prelado respondió: « ¿Qué puedo hacer? No puedo de mí mismo hacer un bien, que sea un bien verdadero».

« ¿Puedes tener fe por ti mismo?», le preguntó el ángel.

«No reparo en eso», respondió el prelado, «tengo que tener fe».

« ¿Cierto que sabes algo más acerca del estado de la salvación?»

« ¿Qué más; puesto que la salvación se verifica exclusivamente por esa fe?»

Entonces dijo el ángel:

«Hablas como uno que suena una sola nota en una flauta; no oigo más que fe; si sabes eso y nada más, nada sabes; vete y júntate con tus compañeros».

Fue a buscarlos y los encontró en un desierto, donde no había hierba. Preguntó por qué había de ser así, y le fue dicho:

«Porque no tienen en sí nada de la Iglesia».

Con el otro, que se hallaba en la fe unida al amor habló el ángel como sigue:

«Amigo, ¿quién eres?» Y el prelado respondió: «Soy un Cristiano reformado».

« ¿Cuál es tu doctrina y tu religión por ella?» «Fe y caridad».

«Estas son dos cosas», dijo el ángel; y el prelado respondió: «No pueden ser separadas».

El ángel continuó preguntando: « ¿Qué es la fe?» Y respondió el prelado: «Es creer lo que enseña el Verbo».

« ¿Y qué es la caridad?» «Es hacer lo que el Verbo enseña».

Pregúntole el ángel: « ¿Has creído esas cosas solamente, o las has también hecho?» Y el prelado respondió: «Las he también hecho». Entonces el ángel del cielo le escudriñó con su mirada y luego le dijo: «Amigo, ven conmigo, y mora con nosotros».

CAPÍTULO 7

El Índice del Capítulo

La Caridad (amor al prójimo) y las buenas obras

1. Hay tres amores universales: el amor al Cielo, el amor al mundo y el amor a sí mismo. (394-396)
 - 1) La voluntad y el entendimiento. (397)
 - 2) El Bien y la Verdad. (398)
 - 3) El amor en general. (399)
 - 4) El amor a sí mismo (egoísmo) y el amor al mundo, en particular. (400)
 - 5) El hombre interior y el hombre exterior. (401)
 - 6) El hombre meramente natural y sensual. (402)
2. Estos tres amores, debidamente subordinados, perfeccionan al hombre, pero no estando debidamente subordinados le pervierten y trastornan. (403-405)
3. Cada hombre individualmente es el prójimo que debe ser amado, mas según y conforme la cualidad de su bien. (406-411)
4. El prójimo que debe ser amado no es solamente el individuo, sino también la sociedad y la patria; en un sentido más elevado el prójimo es la Iglesia y en el sentido supremo el Señor. (412-414)
5. Amar al prójimo, en y por sí considerado, no es amar a la persona, sino al bien que hay en la persona. (417-419)
6. Amar al prójimo en y por sí es obrar con justicia y fielmente en el oficio, negocio u ocupación en que lino se halla, y en todo trato con otros. (422-424)
7. Las buenas obras de la caridad son dar a los pobres y aliviar a los menesterosos. (425-428)
8. El principio de la caridad es abandonar los males y después obrar el bien en provecho del prójimo. (429-432)
9. En los ejercicios de la caridad el hombre no pone mérito en las obras, si cree que todo bien viene del Señor. (439-442)
10. La vida moral, si al mismo tiempo es espiritual, es caridad. (443)
11. La amistad del amor, contraída con alguien sin considerar la cualidad de su espíritu, es perjudicial después de la muerte. (446-449)
12. Existe una caridad espuria, una caridad hipócrita y una caridad muerta. (450-453)
13. La amistad de amor entre los malos es mutuo odio intestinal. (454, 455)
14. La conjunción del amor al Señor con el amor al prójimo. (456-458)
15. Recuerdo. (461)

La Caridad (amor al prójimo) y las buenas obras

1. Hay tres amores universales: el amor al Cielo, el amor al mundo y el amor a sí mismo.

394. Examinaremos primero estos tres amores, porque son lo universal y fundamental de los demás amores, y la Caridad tiene algo de común con cada uno de ellos. Por el amor al cielo entendemos el Amor al Señor y también el amor al prójimo; y puesto que ambos miran como fin los usos y provechos, pueden llamarse el amor a los usos. Por el amor al mundo entendemos no tan sólo amor a las riquezas y a hacienda, sino también a todo cuanto el mundo proporciona; a todo cuanto agrada a los sentidos del cuerpo, como hermosura al ojo, armonía al oído, fragancia a la nariz, delicadezas al paladar, suavidad al tacto; hermosos vestidos, confortables habitaciones, sociedad y todo goce derivado de estas cosas y otras parecidas. El amor a sí mismo no es tan sólo amor a honores, gloria, fama y eminencia, sino también ambición de merecer oficios importantes y así elevarse sobre otros. La caridad tiene algo de común con cada uno de estos tres amores, siendo en sí misma un amor a los usos, porque la caridad desea obrar el bien para con el prójimo, es decir, hacer uso y provecho, y cada uno de los tres amores universales mencionados mira al uso y provecho como fin; el amor al cielo mira a los usos espirituales, el amor al mundo a los usos naturales, que pueden llamarse usos civiles; y el amor a sí mismo a los usos corporales, que pueden llamarse usos domésticos, prestados al beneficio de uno mismo y de los suyos. En el próximo artículo será demostrado, que estos tres amores desde la creación existen en todo hombre; por consiguiente que son innatos, y que, estando debidamente subordinados, perfeccionan al hombre, mientras que por otra parte, no estando debidamente subordinados, le pervierten. Mas aquí sólo diremos que los tres mencionados amores son debidamente subordinados, cuando, comparados con el cuerpo humano, el amor al cielo forma la cabeza, el amor al mundo el pecho y el abdomen, y el amor a sí mismo los pies y sus plantas. La mente humana se distingue en tres regiones, según se ha dicho antes: desde la región superior el hombre mira a Dios, desde la intermedia mira al mundo, y desde la inferior mira a sí mismo: es como una casa en tres pisos, el superior morada de ángeles del cielo, el intermedio morada de hombres y el inferior morada de genios. El hombre en el cual los tres amores se hallan debidamente subordinados, puede ascender y descender a su gusto; si sube al piso superior está en compañía de los ángeles como un ángel; si desde este piso desciende al piso intermedio, está en compañía de hombres como un hombre/ángel y si de este piso desciende al inferior, está en compañía de genios como hombre en el mundo, instruyéndolos, reprendiéndolos y subyugándolos. En este hombre el amor superior, que es el amor al cielo, se halla interiormente en el amor intermedio, que es el amor al mundo, y por medio de éste en el amor inferior, que es el amor a sí mismo, y el amor que se halla en lo interior dirige a su gusto y antojo los amores que se hallan al exterior, por lo cual este hombre obra usos y provechos por virtud de Dios y del Cielo en cada uno de estos amores. En su operación estos tres amores son como la voluntad, el entendimiento y la actividad en el hombre; mas para bien comprender esto será necesario adelantar algunos antecedentes, referentes a la voluntad y al entendimiento, al bien y a la verdad, al amor en general y al amor al mundo y a sí mismo en particular, al hombre exterior, al hombre interior y al hombre meramente natural y sensual.

397. (1) La voluntad y el entendimiento.

1. El hombre tiene dos facultades que en principio constituyen su vida; la una es la voluntad, la otra el entendimiento. Estos dos son distintos y sin embargo creados de manera a poder formar uno; y cuando forman uno, constituyen la mente del hombre y se llaman una mente; en ellos está la vida del hombre en sus principios y desde allí desciende a su cuerpo.

2. Así como todas las cosas del Universo, que se hallan en regla y según el Orden, se refieren al bien y a la verdad, así todas las cosas que existen en el hombre, se refieren a su voluntad y a su entendimiento, puesto que el bien en el hombre mora en su voluntad y la verdad en su entendimiento; siendo así que estas dos facultades o vidas en el hombre son sus receptáculos; la voluntad receptáculo del bien y el entendimiento receptáculo de la verdad. Los bienes y las verdades no se hallan en otro lugar en el hombre y el amor y la fe en él se hallan, pues, necesariamente también allí, puesto que el amor pertenece al bien y el bien al amor, como asimismo la fe pertenece a la verdad y la verdad a la fe.

3. La voluntad y el entendimiento forman el espíritu del hombre; porque en ellos residen su sabiduría y su inteligencia y también su amor y su caridad, y en general su vida. El cuerpo es meramente obediencia.

4. Importa sobre todo saber de qué manera la voluntad y el entendimiento forman una mente. La forman de la misma manera que el bien y la verdad forman uno; porque entre la voluntad y el entendimiento existe un matrimonio parecido al que existe entre el bien y la verdad. La cualidad y el carácter de este matrimonio se verá más claro por lo que a continuación se explicará con respecto al bien y a la verdad, es decir, que el bien es el esse mismo de una cosa, y la verdad es su existere, que viene del esse; así es, que la voluntad en el hombre es el esse mismo de su vida, mientras que el entendimiento es el existere de la vida que procede del esse, o sea de la voluntad, porque el bien que está en la voluntad, toma forma en el entendimiento, exhibiéndose en éste visiblemente.

398. (2) El bien y la verdad.

1. No hay en el Cielo ni en el Universo cosa alguna que, hallándose conforme el Divino Orden, no tenga relación con el bien y la verdad. La razón es que ambos proceden de Dios, de Quien vienen todas las cosas. Este hecho implica por sí solo la necesidad para el hombre de formarse concepto exacto de lo que son el bien y la verdad; de cómo el primero mira a la última, y de cómo tienen conjunción entre sí mutuamente. El saber esto importa especialmente al hombre que pertenece a la Iglesia, porque así como todas las cosas del Cielo se refieren al bien y a la verdad, así todas las cosas de la Iglesia se refieren igualmente a ellos, siendo así que los bienes y las verdades del Cielo son asimismo los bienes y las verdades de la Iglesia.

2. El Divino Orden implica la conjunción del bien con la verdad, los cuales deben necesariamente formar uno y no dos, porque separados no se hallan en conformidad con el Orden. De Dios proceden unidos y en el Cielo se hallan unidos, por lo cual deben estar unidos en la Iglesia también. En el Cielo la conjunción del bien con la verdad se llama el matrimonio celestial, porque todos los que viven allí se hallan en este matrimonio, Es por esta razón que en el Verbo el Cielo se compara con un matrimonio y con nupcias y que el Señor es llamado Novio y Esposo y el Cielo Novia y Esposa, e igualmente la Iglesia. El Cielo y la Iglesia se llaman así, porque los que están en ellos reciben bienes Divinos en sus verdades.

3. Toda inteligencia y sabiduría en los ángeles vienen de ese matrimonio y no de un bien separado de la verdad, ni de una verdad separada del bien. El caso es igual con los hombres en los cuales hay iglesia.

4. Puesto que la conjunción del bien con la verdad es como un matrimonio, es evidente, que el bien ama a la verdad y la verdad al bien, y que éste y aquélla desean unirse mutuamente. El hombre que no tenga tal amor y tal deseo en sí, no se halla en el matrimonio celestial y por consiguiente no hay en él iglesia, porque la conjunción del bien con la verdad hace la Iglesia.

5. Los bienes son múltiples, más en general se pueden distinguir en bienes espirituales y bienes naturales; ambos unidos en el bien moral genuino. Como los bienes, así las verdades, puesto que las verdades pertenecen a los bienes y son formadas por ellos.

6. Como los bienes y las verdades, así, en sentido opuesto, los males y las falsedades, es decir, que así como todas las cosas del Universo, que se hallan conformes al Divino Orden, se refieren al bien y a la verdad, así todas las cosas, que son contrarias al Divino Orden, se refieren al mal y a la falsedad, y así como el amor del bien va unido a la verdad y la verdad al bien, así el amor del mal va unido a la falsedad y la falsedad al mal; así como la inteligencia y la sabiduría nacen de la conjunción del bien con la verdad, así toda insensatez y necedad nacen de la conjunción del mal con la falsedad. La conjunción del mal con la falsedad, interiormente mirada, no es matrimonio, sino adulterio.

7. Siendo el mal y la falsedad opuestos al bien y a la verdad, es evidente, que la verdad no puede unirse con el mal, ni el bien con la falsedad del mal; la verdad, cuando se une con el mal, cesa de ser verdad y se vuelve falsedad, porque es falsificada, y el bien, cuando se une a la falsedad del mal, cesa de ser bien y se vuelve un mal, porque es adulterado; sin embargo, la falsedad que no proceda del mal puede unirse al bien.

8. El que se halla arraigado en el mal y por consiguiente en la falsedad, por confirmación y por una mala vida, no puede conocer lo que son el bien y la verdad, porque cree que su mal es un bien y que su falsedad es verdad; pero el que se halla en el bien y por consiguiente en la verdad por confirmación y por una buena vida, puede conocer lo que es el mal y la falsedad. La razón es que los bienes y las verdades son celestiales en su esencia, mientras que los males con sus falsedades son infernales en su esencia, y lo celestial se halla en la luz, más lo infernal en tinieblas.

399. (3) El amor en general.

1. La vida del hombre es su amor: Tal como es su amor, tal es su vida, y tal es el hombre en su totalidad. Más hay que saber que el amor que constituye la vida y determina el carácter del hombre, es su amor predominante. Y éste dirige muchos amores subordinados, que son derivaciones del mismo, los cuales presentan diferentes aspectos, mas pertenecen sin embargo todos al amor predominante, y unidos a éste forman un reino, en el cual el predominante es el rey, o sea la cabeza que dirige a los demás, y por medio de ellos, como fines intermedios, busca y fomenta su propio fin, que es el primero y el último de todos; y esto hace tanto directamente como indirectamente.

2. Lo que el amor predominante anhela es lo que se ama sobre todas las cosas, y lo que uno ama sobre todas las cosas está siempre presente en su pensamiento, porque está en su voluntad y es su misma vida. Por ejemplo: El que ama opulencia sobre todas las cosas, sea dinero, sea propiedades, está siempre meditando é ideando maneras y medios para conseguirla; tiene íntimo goce cuando la obtiene, y profundo dolor cuando la pierde; su corazón está en ella. El que ama a sí mismo sobre todas las cosas, cuida de sí mismo en todo; piensa en sí mismo, habla de sí mismo, obra por causa de sí mismo; porque su vida es egoísmo.

3. Lo que uno ama sobre todas las cosas, esto es su objeto final; esto busca por todas partes, en general y en particular: es en su voluntad como la corriente latente de un río que le arrastra consigo, aun mientras hace gestiones en otro sentido, porque este objeto final es lo que le anima. Es asimismo lo que uno procura descubrir y conocer en otro y conociéndolo se sirve de ello para dirigirle según su deseo, o bien para obrar en concierto con él.

4. El hombre es enteramente tal como es su amor dominante; éste es lo que le distingue de otros; con arreglo a éste es formado su cielo si es bueno, o su infierno si es malo; es su voluntad y su naturaleza, porque es el esse mismo de su vida, y no cambia después de la muerte, porque es el hombre mismo.

5. Todo cuanto al hombre proporciona gozo, satisfacción y dicha, viene de su amor predominante y es semejante a éste; lo que se ama se llama gozo, porque se siente así. Lo que se piensa y sin embargo no se ama, esto, aunque se llame gozo, no es sin embargo el gozo de la vida. El objeto, o sea el gozo del amor es lo que a cada uno parece bueno; y lo que desagrada al amor es a su parecer malo.

6. Hay dos amores de los cuales nacen como de su fuente todos los bienes y todas las verdades, y hay dos otros de los cuales nacen todos los males y todas las falsedades; los dos amores, de los cuales nacen los bienes y las verdades, son el amor al Señor y el amor al prójimo; los dos otros, de los cuales nacen los males y las falsedades, son el amor a sí mismo y el amor al mundo; los dos últimos, cuando predominan, son enteramente opuestos a los dos primeros.

7. Los dos amores, de los cuales vienen los bienes y las verdades, y los cuales son el amor al Señor y el amor al prójimo, hacen el cielo en el hombre, porque estos amores reinan en el Cielo; y puesto que hacen el cielo en el hombre, hacen también la iglesia en él. Los dos amores, de los cuales vienen los males y las falsedades, y los cuales son el amor a sí mismo y el amor al mundo, hacen el infierno en el hombre, porque estos amores reinan en el Infierno; destruyen por consiguiente la iglesia en el hombre.

8. Los dos amores del cielo abren y forman el hombre interior espiritual, porque residen en éste; pero los dos amores del infierno, cuando predominan, cierran y destruyen el hombre interior espiritual, haciendo que el hombre sea exclusivamente natural y sensual según el grado y cualidad de su predominio.

400. (4) El amor a si mismo (el egoísmo) y el amor al mundo en particular.

1. El amor a sí mismo, o sea el egoísmo, es codiciar el bien para sí mismo y no desearlo a otros, si no es a causa de sí mismo; ni siquiera a la Iglesia, a la patria, a la sociedad, o a un conciudadano. Es también hacer beneficios a otros por causa de propia reputación, honor y gloria; y si no ven probabilidad de conseguir tales ventajas mediante el bien que obran, dicen en su corazón: « ¿A qué me sirve? ¿Por qué he de hacer esto? ¿Qué ganaré con ello?» Y dejan de hacerlo. Es pues evidente, que el que se halla en el amor a sí mismo, no ama a la Iglesia, ni a su patria, ni a la sociedad, ni al conciudadano, ni a cosa alguna que en realidad es buena, sino tan sólo a sí mismo y a lo suyo.

2. El hombre se halla en el amor a sí mismo, si en todo cuanto piensa y hace, omite mirar al prójimo; por consiguiente al público y sobre todo al Señor, mirando tan sólo a sí mismo y a los suyos. Se halla pues en este amor, si lo hace todo por causa de sí mismo o por causa de los que le pertenecen, favoreciendo al público sólo en apariencia y al prójimo sólo a fin de que le corresponda.

3. Dije por causa de sí mismo o por causa de los que le pertenecen, porque el que ama a sí mismo, ama también a los suyos, especialmente a sus niños y nietos y en general a los que se hallan unidos a él, a

quienes llama suyos. Amar a éstos es amar a sí mismo, porque los tiene, por así decir, dentro de sí y mira a sí mismo en ellos. Entre aquellos a quienes llama suyos, se encuentran también los que le alaban y honran, insinuándose en su favor; a todos los demás mira con los ojos de su cuerpo como hombres, pero con los ojos de su espíritu como sombras, o poco diferentes.

4. El hombre que desprecia al prójimo en comparación consigo mismo, se halla en el amor a sí mismo; éste mira como enemigo al prójimo, sí éste no le favorece. Mayormente se halla en este amor el que odia y persigue al prójimo que no le favorece, y que arde en sentimientos de venganza, deseando su destrucción. Este hombre encuentra finalmente gozo en ejercer crueldad en todo cuanto hace.

5. Cuál y cómo es el amor a sí mismo puede constar por su comparación con el amor celestial. Amor celestial es amor a los usos y provechos por causa de los usos y provechos, amar a los bienes por causa de los bienes y obrarlos en beneficio de la Iglesia, de la patria, de la sociedad y del conciudadano; pero el que ama estas cosas por causa de sí mismo, las ama como a los criados de su casa, es decir, porque le son útiles; porque le sirven para sus fines egoístas. De allí sigue, que el que se halla en amor a sí mismo desea y pretende en su corazón, que la Iglesia, la patria, la sociedad y los conciudadanos le sirvan a él, y no él a ellos; se considera superior a ellos y los ve por debajo de sí.

6. Tanto como uno se halla en el amor celestial, que es amar a los usos y bienes y sentir cordial gozo en su realización y práctica, es guiado por el Señor; porque en este amor se halla el Señor y este amor procede de El; pero tanto como uno se halla en el amor a sí mismo, es guiado por sí mismo y por su propia naturaleza, y ésta es enteramente mala, porque es el mal hereditario, que es amar a sí mismo más que a Dios y al mundo más que al Cielo.

7. El amor a sí mismo es por lo demás de un carácter tal que en la medida que se le da riendas sueltas, es decir, en la medida que los obstáculos exteriores—el temor de la ley y de sus penalidades, el temor de perder reputación, honores, ganancias, oficios y vida—son apartados, se lanza adelante y aumenta su insaciable ambición hasta que finalmente quiere reinar, no sólo sobre el mundo entero, sino también sobre el Cielo y sobre Dios mismo. No hay fin ni límite para él. La mencionada ambición existe en cada uno que se halla en el amor a sí mismo y al mundo, si bien muchos no se aperciben de ella, mientras viven en este mundo, y no se manifiesta delante de los hombres por impedirlo los obstáculos y vínculos antes mencionados, mas cada vez que tal persona encuentra impedimento a su progreso se para, esperando la ocasión o la posibilidad. Estas circunstancias hacen que el hombre que se halla en este amor, ignora que hay dentro de él semejante cupididad insana e ilimitada, pero en algún grado se manifiesta a veces en príncipes y reyes, para quienes no existen los obstáculos y vínculos antes mencionados; se lanzan por todas partes a conquistar reinos y subyugar naciones tanto como puedan, aspirando a un poder y una gloria sin límites. Aún más se ve en los que quieren reinar sobre el Cielo, atribuyendo a sí mismos el poder Divino del Señor. Estos codician continuamente mayor poder.

8. Existen dos clases de amor a poderío; la una nace del amor al prójimo, la otra del amor a sí mismo; estas dos clases de amor al poderío son opuestas. El que quiere reinar por amor al prójimo, desea el bien de todos y sobre todo ama a prestar usos, o sea a servir a otros (servir a otros es obrar en beneficio de otros por libre voluntad, prestando usos); esto es su amor y el goce de su corazón. Cuando es elevado a dignidades es feliz, no a causa de las dignidades, sino a causa de los usos, que en esta posición puede prestar más abundantemente y en un grado más extenso. Así es el poderío en el Cielo. Más el que quiere reinar por amor a sí mismo no desea el bien más que a sí mismo y a los suyos. Los usos que presta los

presta en interés propio, para conseguir honores y gloria; éstos son para él lo único que tiene valor. Su intención con servir a otros es conseguir que él mismo sea servido y honrado, y que él mismo pueda reinar. Solicita puestos elevados, no a fin de obrar el bien por medio de ellos, sino de conseguir eminencia y gloria, y así obtener el goce de su corazón.

9. El amor al poderío permanece también en cada uno después de la vida en este mundo, pero a los que han reinado por amor al prójimo es dado poderío también en el Cielo, y entonces no son ellos que reinan, sino los usos y los bienes a los cuales aman; y cuando éstos reinan, entonces reina el Señor. Pero los que en el mundo han reinado por amor a sí mismo se ven, después de la vida en el mundo, obligados a abdicar y a prestar servicios contra su voluntad. Consta por esto cuál y cómo es el amor a sí mismo, y quiénes se hallan en él. Su apariencia exterior nada importa; puede ser hasta suave y sumiso; porque las cosas que acabamos de indicar se hallan en el hombre interior, y éste, con pocas excepciones, permanece oculto en todo hombre, mientras que el hombre exterior es educado é instruido en la práctica de disimular en asuntos que conciernen al amor al prójimo y al público, y las virtudes que entonces ostenta, son contrarias a las que están en el interior. Este disimulo hace el hombre también por causa de sí mismo, porque sabe que el amor al prójimo y a la sociedad agrada íntimamente a todo el mundo, y por consiguiente que el mismo es estimado en la medida en que pueda imitar este amor. La razón por la cual el amor al prójimo y a la sociedad agrada tanto a los observadores, es que el Cielo influye en este amor.

10. Los males que se hallan en los que están en el amor a sí mismos son en general desprecio para los demás, envidia y enemistad contra los que no les favorecen; por lo tanto hostilidad, odios, sentimientos de venganza, tramas, engaños, inclemencia y crueldad; y donde hay semejantes males, allí hay también desprecio de Dios y de las cosas Divinas, que son las verdades y los bienes de la Iglesia. Si honran a estas cosas, las honran con la boca más no con el corazón. Semejantes males proceden del amor a sí mismo y de éste proceden también las consiguientes falsedades, porque las falsedades vienen de los males.

11. Mas el amor al mundo es desear acumular para sí las riquezas de otros por medio de artificios y poner su corazón en ellas, dejándose así desviar y apartar del amor espiritual, que es el amor al prójimo, y por consiguiente también del Cielo. Los que se hallan en este amor codician los bienes de otros, y tanto como no temen el castigo de la ley y la pérdida de su reputación a causa del acto, se echan sobre ellos, despojándoles de sus bienes.

12. El amor al mundo no es sin embargo opuesto al amor celestial en tan alto grado como lo es el amor a sí mismo, por cuanto en él no se hallan escondidos tan grandes males.

13. Este amor existe en múltiples formas. Existe un amor a las riquezas a fin de conseguir eminencia y honores. Existe un amor a eminencia y dignidades con el objeto de poder ganar fortunas; existe un amor a riquezas como medios para disfrutar de varios lujos en el mundo y existe un amor a riquezas con el mero fin de poseerlas; tal amor tienen los avaros; y así en adelante. El fin con el cual se aman las riquezas es el uso, y el amor deriva de él su cualidad, porque el amor es tal como es el fin al cual se mira y las demás cosas sirven meramente como medios para conseguir este fin.

14. En una palabra, el amor a sí mismo y el amor al mundo son enteramente opuestos al amor al Señor y al amor al prójimo, por lo cual el amor a sí mismo y el amor al mundo, descritos más arriba, son amores infernales; reinan en el Infierno y constituyen asimismo el infierno en el hombre. Mas el amor al Señor y el amor al prójimo son amores celestiales; éstos reinan en el Cielo y constituyen asimismo el cielo en el hombre.

401. (5) El hombre interior y el hombre exterior.

1. El hombre ha sido creado de manera a poder estar al mismo tiempo en el mundo espiritual y en el mundo natural. El mundo espiritual es donde están los ángeles, y el mundo natural es donde están los hombres; a este efecto tiene el hombre desde su creación un interior y un exterior; un interior, mediante el cual puede estar en el mundo espiritual, y un exterior, mediante el cual puede estar en el mundo natural. Su interior es lo que se llama el hombre interior, y su exterior es lo que se llama su hombre exterior.

2. Todo hombre tiene un interior y un exterior, pero otro en los buenos que en los malos. En los buenos el interior se halla en el Cielo y en su luz, y el exterior en el mundo y en la luz de éste, siendo esta última en ellos iluminada por la luz del Cielo, por cuya razón el interior y el exterior en ellos obran de acuerdo como uno, como la causa y su efecto, o como lo anterior y lo posterior. Pero en los malos el interior se halla en el Infierno y en la luz infernal, cuya luz, mirada desde el Cielo, es negra oscuridad y tinieblas, mientras que su exterior sin embargo puede estar en una luz parecida a la en que están los buenos; esta es la razón por la cual también los malos pueden hablar y enseñar acerca de la fe, de la caridad y de Dios, mas no como los buenos por virtud de la fe, de la caridad y de Dios.

3. El hombre interior se llama el hombre espiritual, porque se halla en la luz del Cielo, cuya luz es espiritual, y el hombre exterior se llama el hombre natural, por hallarse en la luz del mundo, cuya luz es natural. El hombre, cuyo interior se halla en la luz del cielo, y su exterior en la luz del mundo, es un hombre espiritual con respecto a ambos, siendo así que la luz espiritual desde el interior ilumina la luz natural, influyendo en ella; mas en los malos sucede lo contrario.

4. El hombre interior espiritual, en y por sí considerado es un ángel del Cielo y mientras vive en el cuerpo se halla asimismo en compañía de ángeles sin saberlo y al disolverse los vínculos del cuerpo natural, entra conscientemente en su compañía. Pero en los malos el hombre interior es un satanás, y mientras vive en el cuerpo natural se halla asimismo en compañía de satanás, entrando conscientemente en su compañía, cuando se disuelven los vínculos del cuerpo.

5. En los hombres espirituales, el interior se halla efectivamente elevado hacia el Cielo, porque miran primariamente a las cosas celestiales; pero en los que son meramente naturales el interior de la mente se halla apartado del Cielo y vuelto hacia el mundo, mirando primariamente a éste.

6. Los que sólo tienen una idea general de lo que es el hombre interior y el hombre exterior, creen que el hombre interior es el que piensa y quiere, y el hombre exterior el que habla y obra, puesto que pensar y querer son cosas del interior, mientras que hablar y obrar son cosas del exterior; mas hay que saber, que el hombre que piensa y quiere el bien con respecto al Señor y a las cosas que se refieren al Señor, y el bien con respecto al prójimo y a las cosas que se refieren al prójimo, éste piensa y quiere desde un interior espiritual, porque piensa por virtud de la fe en verdades y quiere por el amor del bien; pero el hombre que piensa mal y quiere mal con respecto a estas cosas, éste piensa y quiere por virtud de un interior infernal, porque piensa por la fe en falsedades y quiere por el amor del mal. En una palabra: Tanto como el hombre se halla en amor al Señor y en amor al prójimo, tanto se halla en un interior espiritual, piensa y quiere por virtud del mismo y también habla y obra por virtud del mismo; mientras que en cuanto el hombre se halla en amor a sí mismo y en amor al mundo, piensa y quiere por virtud del infierno, por más que hable y obre de otra manera.

7. El Señor ha dispuesto y ordenado que en todo hombre el hombre interior, espiritual, sea abierto y formado a medida que el hombre piense y quiera por virtud del Cielo; este abrir se verifica Cielo adentro y hasta el Señor y la reformación se efectúa en las cosas pertenecientes al Cielo; por otra parte, a medida que el hombre no piense y quiera por virtud del Cielo, sino por el mundo, se cierra el hombre interior, espiritual, y se abre el hombre exterior, formándose. El abrir de éste es mundo adentro y la formación se verifica en las cosas que son del infierno.

8. Los hombres, en quienes el hombre interior espiritual es abierto Cielo adentro y hasta el Señor, se hallan en la luz del Cielo y en iluminación por el Señor y por lo mismo en inteligencia y sabiduría; éstos ven las verdades desde la luz de la verdad, y perciben el bien por el amor al bien. Pero aquellos en quienes el hombre interior espiritual se halla cerrado, no saben lo que es el hombre interior; tampoco creen en el Verbo, ni en una vida después de la muerte, ni en las cosas referentes al Cielo y a la Iglesia, y hallándose en una luz meramente natural, creen que la Naturaleza existe de y por sí misma y no de Dios; ven las falsedades como verdades y el mal como bien.

9. El interior y el exterior de los cuales aquí se trata son el interior y exterior del espíritu del hombre. Su cuerpo natural no es más que otro exterior sobrepuesto, dentro del cual existen los dos, porque el cuerpo natural no obra por sí mismo, sino de y por el espíritu que está en él. Hay que saber que el espíritu del hombre aun después de separado del cuerpo natural, piensa y quiere, habla y obra, de igual manera que antes, y entonces el pensar y querer son su interior y el hablar y obrar su exterior.

402. (6) El hombre meramente natural y sensual. Pocos saben lo que se entiende por hombres sensuales y cuáles son estos hombres. Importa sin embargo saberlo y por lo tanto se explicará.

1. Se llama hombre sensual al hombre que juzga de todo a base de los sentidos corporales, y que nada cree, exceptuando aquello que puede ver con sus ojos y tocar con sus manos, opinando que esto es algo, y que las demás cosas son nada; el hombre sensual es por lo tanto el más inferior de los hombres naturales.

2. Lo interior de su mente, que ve por la luz del Cielo, se halla cerrado, por lo cual allí nada ve de las verdades pertenecientes al Cielo y a la Iglesia, porque piensa por sus cosas más exteriores y no interiormente por luz alguna espiritual.

3. Puesto que se halla en una luz cruda, natural, es interiormente opuesto a las cosas, que pertenecen al Cielo y a la Iglesia, y sin embargo puede exteriormente hablar de ellas con aprobación, interés y ardor según el prestigio que por medio de ellas puede conseguir.

4. Hombres sensuales raciocinan agudamente y con ingenio, porque su pensamiento está muy próximo al habla, casi dentro de ella, y como si estuviera en los labios; también porque ponen toda inteligencia en hablar desde la memoria exclusivamente.

5. Algunos de ellos pueden confirmar cuantas cosas se proponen y las falsedades confirman con suma destreza y después de confirmarlas creen ellos mismos que son verdades; mas raciocinan y confirman por las falacias de los sentidos, los cuales cautivan y persuaden a la gente común.

6. Los hombres sensuales son astutos y maliciosos más que otros.

7. Lo interior de su mente es sucio y abominable por cuanto por conducto de ello comunican con los infiernos.

8. Los que están en los infiernos son sensuales; tanto más profundamente metidos cuanto más sensuales; la esfera de espíritus, infernales comunica con lo sensual del hombre por la espalda.

9. Los hombres sensuales no ven verdad alguna en la luz; sino que raciocinan y discuten de todo, de si es así o si no es así. En el mundo espiritual estas disputas se oyen a una distancia como un crujir de dientes, y en sí mismas son colisiones o choques entre falsedades y falsedades y también entre falsedades y verdades. Esto es lo que en el Verbo significa el crujir de dientes. Raciocinios por las falacias de los sentidos corresponden a los dientes.

10. Los hombres de ciencia y erudición, quienes se han confirmado profundamente en falsedades, y mayormente los que se han confirmado en contra de las verdades del Verbo, son más sensuales que otros, por más que no parecen serlo en el mundo. Las herejías en su mayoría han nacido de hombres sensuales.

11. Hipócritas, engañosos, voluptuosos, adulterinos y avaros son por la mayor parte sensuales.

12. Los que raciocinan exclusivamente a base de cosas sensuales y en contra de las verdades genuinas del Verbo y de la Iglesia fueron designadas por los antiguos con el nombre de serpiente del árbol de ciencia del bien y del mal.

Siendo así que las cosas sensuales son las que se presentan a los sentidos corporales y son absorbidas por estos sentidos, resulta que:

13. El hombre por medio de las cosas sensuales comunica con el mundo y por medio de las cosas racionales, encima de ellas, con el Cielo.

14. Que las cosas sensuales sirven para proporcionar del mundo natural elementos que hacen falta a la mente interior en el mundo espiritual.

15. Que hay cosas sensuales que ministran al entendimiento, y son varias cosas, llamadas físicas; y hay cosas sensuales que ministran a la voluntad y son los goces de los sentidos del cuerpo.

16. Que si el pensamiento no es elevado encima de las cosas sensuales, el hombre tiene poca sabiduría; que un hombre sabio piensa por encima de las cosas sensuales, y que al ser su pensamiento elevado encima de ellas, entra en una luz más clara y finalmente en la luz del Cielo; de ahí tiene el hombre su percepción de la verdad, que es la verdadera inteligencia.

17. Que la elevación de la mente por encima de las cosas sensuales y su abstracción de ellas era conocida de los antiguos.

18. Que si las cosas sensuales están en el último lugar se abre por entre ellas un camino para el entendimiento, y las verdades son separadas de ellas como por un procedimiento de extracción; pero si las cosas sensuales están en primer lugar se cierra este camino a causa de ellas y el hombre no ve las verdades más que como en una niebla o como en la oscuridad de la noche.

19. Que en un hombre sabio las cosas sensuales están en el último lugar y subordinadas a las cosas más interiores; pero en los hombres que no son sabios, están en primer lugar y dominan; éstos son los que propiamente se llaman sensuales.

20. Que en el hombre hay cosas sensuales que éste tiene en común con las bestias, y hay otras que no tiene en común con ellas.

21. Que cuanto uno piensa por encima de las cosas sensuales, tanto es hombre; pero nadie puede pensar por encima de las cosas sensuales y ver las verdades, que pertenecen a la Iglesia a menos de que reconozca a Dios y viva en conformidad con Sus mandamientos; porque sólo Dios eleva e ilumina.

2. Estos tres amores, debidamente subordinados, perfeccionan al hombre, pero no estando debidamente subordinados le pervierten y trastornan.

403. Los tres amores universales, el amor al Cielo, el amor al mundo y el amor a sí mismo, son entre sí como las tres regiones del cuerpo, la superior, la intermedia y la inferior; a la superior corresponde la cabeza, a la intermedia el pecho, el abdomen y los lomos, y a la inferior las rodillas, los pies y las plantas. Cuando el amor al Cielo forma la cabeza, el amor al mundo el pecho, abdomen y lomos, y el amor a sí mismo los pies y las plantas, entonces el hombre se halla en el estado perfecto en el cual fue creado; porque entonces los dos amores inferiores subsirven al superior, como el cuerpo y todos sus miembros subsirven a la cabeza, y el amor al Cielo, cuando así forma la cabeza, influye también en el amor al mundo, que principalmente es amor a las riquezas como medios de realizar usos y provechos, y por conducto de este amor influye también en el amor a sí mismo, que principalmente es amor a las dignidades, igualmente como medios de prestar usos. De esta manera los tres amores respiran continuamente uso y provecho por el influjo de Dios en el superior y por medio de éste en el intermedio y en el inferior. El hombre, que tiene inclinación a los usos por amor espiritual (cuyo amor viene del Señor y es lo que llamamos amor al Cielo), su hombre natural los realiza por medio de riquezas y bienes, y su hombre sensual igualmente en su función propia y pone su honor en realizarlos. Las obras que el hombre realiza con el cuerpo las realiza con arreglo al estado de su mente, y hallándose la mente con inclinación de prestar usos, el cuerpo los realiza por medio de los miembros. Así obran también estos tres amores, debidamente subordinados. Nadie con sentido común condena las riquezas, porque éstas son en el cuerpo común de la sociedad como la sangre en el cuerpo humano, ni condena las dignidades y los honores, que van unidos a los oficios, porque son como las manos del rey y como los pilares de la sociedad, si el amor natural y sensual que el hombre siente por estas cosas, se halla subordinado al amor espiritual. En el Cielo hay también oficios administrativos con sus correspondientes dignidades; pero los que los desempeñan no desean más que prestar usos, porque son espirituales.

404. Si por otra parte el amor al mundo, o las riquezas, forma la cabeza, el hombre se halla en un estado enteramente diferente; porque entonces ese amor predomina en él y el amor al Cielo se retira y ocupa el segundo lugar, es decir, que viene a formar la región de la mente que corresponde a la segunda región del cuerpo, que es la del pecho, abdomen y lomos; el hombre que se halla en este estado quiere más al mundo que al Cielo, y si adora a Dios, no le adora más que con el amor natural, que pone mérito en toda adoración, y si obra el bien para con el prójimo, no lo obra más que por causa de la recompensa, que espera conseguir. En estos hombres las cosas pertenecientes al Cielo son como una capa con la cual se lucen ante los hombres, pero ante la vista de los ángeles parecen confusos y oscuros; porque en ellos el amor al mundo ocupa el hombre interior y el amor al Cielo el exterior, con el resultado de que el primero cubre con oscuridad, como con un velo, todo cuanto pertenece a la Iglesia. El amor al mundo existe en muchas variedades, siendo la peor la que se inclina a la avaricia; con ésta el amor al Cielo se vuelve negro; también la que se inclina al orgullo y a la preeminencia, incitada por el amor a sí mismo; la variedad que tiende a la prodigalidad es diferente; menos perniciosa es la que sólo aspira a las opulencias del mundo, lujosos palacios, profuso adorno, magníficos vestidos, criados, coches, pompa y brillo y cosas parecidas; porque la cualidad del amor es tal como es el fin al cual mira y el cual procura conseguir.

405. Cuando por otra parte el amor a sí mismo, o sea el amor al dominio, forma la cabeza, entonces el amor al Cielo desciende a las rodillas, es decir ocupa el último lugar, o sea la región que corresponde a las rodillas. Si el amor egoísta aumenta, el amor al Cielo continua su descenso y ocupa el lugar que corresponde a los pies; y si todavía aumenta, desciende hasta las plantas de los pies y es pisoteado. Existe un amor al poderío que viene del amor al prójimo, y otro que viene del amor a sí mismo. Los que se hallan en el amor al poderío por el amor al prójimo, buscan el poderío con el objeto de poder realizar usos y provechos en beneficio de la sociedad y de los particulares; a éstos se confían autoridad y mando también en el Cielo. Emperadores, reyes y duques, nacidos y educados para ocupar puestos de autoridad, si se humillan ante Dios, tienen por regla general menos amor al poderío que los de bajo origen que por ambición y orgullo buscan puestos elevados. Mas para los que se hallan en el amor al poderío por el amor a sí mismo, el amor al Cielo es como un escabel, en el cual ponen sus pies, mientras otras personas se hallan con ellos, pero tan pronto como se encuentran solos lo echan en un rincón, o fuera de su habitación. Así son porque no aman más que a sí mismos, sumergiendo su voluntad y los pensamientos de su mente en su propia naturaleza, que en y por sí considerada es el mal hereditario, y éste es diametralmente opuesto al amor al Cielo. Los males que caracterizan a los que se hallan en el amor al poderío por el amor a sí mismo, son en general éstos: Desprecio de los demás, enemistad contra los que no le favorecen y por lo tanto hostilidad, odio, venganza, inclemencia y crueldad, y donde tales cosas existen, allí hay también desprecio de Dios y de las cosas Divinas, que son los bienes y las verdades de la Iglesia; si honran a estas cosas las honran solamente con la boca, y sólo por no atraer sobre sí la enemistad de la Orden eclesiástica y la censura de otras personas. Este amor es peor con el clero que con los legos. Con el clero aumenta constantemente, y dándole riendas sueltas va hasta pretender ser Dios mismo; en los legos aumenta hasta pretender ser rey; a tal punto los arrastra su fantasía a causa de ese amor; mas cuando el amor al Cielo ocupa el primer lugar y forma la cabeza, subordinándose el amor al mundo y el amor a sí mismo, entonces perfecciona al hombre. Consta por esto, que si el orden de los tres amores se halla invertido, es decir, si el amor a sí mismo que debe formar los pies, forma la cabeza, y si el amor al Cielo que debe formar la cabeza, forma los pies, resulta el hombre enteramente pervertido y trastornado.

3. Cada hombre individualmente es el prójimo que debe ser amado, mas según y conforme la cualidad de su bien

406. El hombre no nace exclusivamente para su propio bien, sino también para el bien de otros, es decir, no nace para vivir exclusivamente en beneficio propio, sino también en beneficio de otros. Si no fuera así, no podría existir sociedad alguna y tener en sí algún bien. El proverbio dice que cada uno es su prójimo, más la doctrina de la caridad enseña de qué manera esto se debe entender, es a saber, que cada uno debe proveer para sí las necesidades de la vida, tales como alimento, vestidos, habitaciones y demás exigencias de la vida civil en que se halla, y no sólo para sí y para el tiempo presente, sino también para su familia y para lo futuro; porque si deja de proveer para sí las necesidades de la vida, no podrá ejercer la caridad, puesto que carece de todo; pero al proveer las necesidades de la vida para sí y para los suyos no debe considerarlas como bienes esenciales; no debe poner en estos bienes su corazón, sino apreciarlos y amarlos sólo como medios de obtener bienes más excelentes. Cuando uno provee alimento para su cuerpo, su fin esencial debe ser el mantener su cuerpo sano, fuerte y bien acondicionado, a fin de que pueda servir bien al alma para sus funciones en el mundo, y debe asimismo abastecer su mente con alimento, es decir, con lo que hace falta para el desarrollo de su inteligencia y juicio, y hacerlo igualmente con el fin primario de poder servir bien y eficazmente a sus conciudadanos, a la sociedad, a su patria, a la Iglesia y por consiguiente al Señor. El que esto hace, provee el bien para sí por toda la eternidad.

407. Ahora diremos lo que es el amor al prójimo. Amar al prójimo no es solamente desear el bien y obrar el bien para con un pariente, un amigo o un hombre bueno, sino también para con el forastero, el desconocido, el enemigo y el hombre malo; pero con los primeros la caridad se obra de otra manera que con los últimos. Con el pariente y con el amigo se obra haciéndoles beneficios directos; con el enemigo y con el hombre malo, haciéndoles beneficios indirectos, por medio de exhortación, disciplina y castigo, o sea mediante corrección. El juez que de acuerdo con la ley y la justicia castiga a un malhechor, ejerce el amor al prójimo; porque así corrige al malhechor y cuida del bien de los ciudadanos con impedirle de volver a hacerles daño. El padre que castiga a sus niños por sus malos actos, les ama, y el que no les castiga, cuando obran el mal, ama a sus males. La caridad en su esencia es pues benevolencia, y puesto que ésta tiene su asiento en el hombre interior, es evidente, que cuando uno que tiene caridad combate al enemigo, castiga al culpable y corrige al malo, lo hace por medio de su hombre exterior, y habiéndolo hecho, vuelve a su caridad interior, deseándole el bien y haciéndole beneficios por benevolencia tanto como sea practicable y útil. Los que tienen caridad genuina son celosos en todo cuanto es bueno, y este celo en el hombre exterior puede parecer ira y fuego ardiente, pero su llama se extingue y se apacigua tan pronto como el adversario vuelva a la razón. El caso es diferente con los que no tienen caridad; su celo e ira son odio, y por ellos se calienta y se enciende su interior. Debemos obrar el bien por caridad, no sólo con nuestros amigos, sino también con nuestros adversarios y enemigos; nos lo enseña el Señor en muchos pasajes del Verbo, entre otros en Mateo 5:43-45 y 18:21, 22. Ángeles del cielo me han dicho, que el Señor perdona las ofensas a todos, sin excepción, y que jamás toma venganza, ni imputa los pecados a nombre alguno, porque El es el Amor Mismo y el Bien Mismo; mas dijeron también, que los pecados no son lavados y limpiados con esto, sino tan sólo a medida que el hombre se arrepiente, resistiéndolos y apartándolos de sí por virtud del Señor, cooperando con El a este efecto en su vida en el mundo.

408, Puesto que la caridad tiene su asiento en el hombre interior, siendo allí benevolencia, y que desde allí desciende al hombre exterior bajo la forma de buenas obras y actos, es evidente que el objeto de la caridad es, o debe ser, el hombre interior del prójimo, y con arreglo a éste su hombre exterior, es decir que el hombre debe ser amado con arreglo a la cualidad del bien, que hay en él. Resulta pues que el prójimo es esencialmente el bien mismo. Ahora bien; siendo cada hombre nuestro prójimo, y todos ellos distintos entre sí, debiendo asimismo cada uno ser amado como prójimo con arreglo a su bien individual, es evidente que hay géneros, especies y hasta grados de amor al prójimo, y puesto que el Señor debe ser amado sobre todas las cosas, sigue que el grado del amor al prójimo debe determinarse por el amor al Señor, es decir por la medida en la cual el prójimo tiene en sí al Señor o tiene parte en el Señor; porque en esta medida tiene en sí el bien, puesto que todo bien viene del Señor; pero estos grados se hallan en el hombre interior y pocas veces pueden ser apreciados en el hombre exterior en el mundo, mas basta que el prójimo sea amado según y conforme los grados de bien de los cuales se tiene conocimiento. En Lucas 10:27 leemos: Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Amar al prójimo como a sí mismo es reconocerle equivalencia, o no despreciarle, en comparación consigo mismo; tratarle con justicia y no juzgar mal de él. En resumen la ley de la caridad, cumplida por el Señor y encomendada por El es: Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros así también haced vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas. (Mateo 7:12; Lucas 6:31,32). Así aman al prójimo los que están en el Cielo; más los que se hallan en el amor al mundo le aman según el mundo y por motivos mundanos, y los que se hallan en el amor a sí mismos le aman con fines egoístas y con arreglo a sus propias malas inclinaciones.

4. El prójimo que debe ser amado no es solamente el individuo, sino también la sociedad y la patria; en un sentido más elevado el prójimo es la Iglesia y en el sentido supremo el Señor 409. Los que no tienen idea justa de lo que se llama prójimo en el verdadero sentido de la palabra, creen que el individuo en y por sí solo es el prójimo, y que el conferir incondicionalmente beneficios a éste es amar al prójimo. Pero en el verdadero sentido el prójimo no es meramente el individuo, ni el amor al prójimo meramente amar al individuo. La significación del término prójimo, aumenta su alcance a medida que los individuos se multiplican y forman sociedad, y el amor al prójimo aumenta en importancia en la misma proporción. La sociedad es muchas veces más prójimo que el individuo; la patria aún más; y es de más importancia amar a la sociedad y a la patria como prójimo, que al individuo; porque es un amor al prójimo más elevado y más excelente que el amor individual. Por lo demás, el que ama a la sociedad y a la patria como prójimo, esforzándose para contribuir a su bien y fomentar su progreso, paz y dicha mediante el fiel cumplimiento de sus deberes como conciudadano y compatriota, fomenta al mismo tiempo el bien de cada uno de los individuos que componen la sociedad, de cada uno de sus conciudadanos y de cada uno de sus compatriotas. Por eso es evidente, que el amor al prójimo, ejercido para con una sociedad, es más excelente que el que se ejerce para con el individuo, y ejercido para con la patria es aún más excelente, por cuanto son más los individuos que benefician. El que por amor al prójimo busca oficios y puestos elevados en la sociedad y en el gobierno, hace esto con el objeto de poder así vivir una vida más útil, porque tal oficio, o puesto elevado, es para él el medio de ejercer la caridad en mayor extensión, o sea para con la sociedad y la patria y por consiguiente para con cada individuo que las componen. Altos funcionarios, príncipes y reyes tienen a causa de sus oficios y dignidades facilidad de ejercer una caridad más excelente; y hay quienes lo hacen, si bien muchos de los gobernadores, príncipes y reyes del tiempo actual que obran en bien de la sociedad, carecen de amor al prójimo; porque obran como aquellos, que procuran el bien de otros por causa de sí mismos y del mundo, es decir, a fin de atraerse la atención y ser admirados y apreciados por el mundo, y también a fin de ser elevados a mayor dignidad. Más éstos, si son desconocidos en el mundo, son conocidos en el Cielo. Allí no se confían gobiernos y oficios más que a los que han fomentado el bien individual y social por verdadero amor al prójimo, y éstos se hallan allí en el mayor esplendor y honor; mas no ponen en ello su corazón, porque sólo aman a servir y a ser útiles. Pero los que en el mundo prestaban usos por causa de sí mismos, por vanidad, o ambición, son allí rechazados.

410. En un sentido más elevado el prójimo es la Iglesia y en el sentido supremo el Señor; porque la Iglesia introduce al hombre en la vida eterna, para la cual fue creado, dándole a conocer los medios que conducen al Cielo, y en su sentido más elevado, la Iglesia es el Reino del Señor, extendido por todo el mundo, cuyo Reino también se llama la Comunión de los santos, y es una comunión espiritual, que en sí misma es el Cielo. La Iglesia debe pues ser amada en más alto grado que la sociedad y la patria, porque es prójimo en mayor grado que éstas. Esto no quiere decir que se debe amar en mayor grado al Clero o al Oficio clerical, sino al bien y a la verdad que hay en la Iglesia, y que constituyen la Iglesia en su esencia. Al Clero y al Oficio clerical se debe amar con arreglo a éstos, porque el Clero ministra y sólo en la medida en que ministra bien, debe ser honrado y amado. La sociedad y la patria inicia al hombre en lo que pertenece a la vida civil, más la Iglesia le inicia en lo que pertenece a la vida espiritual, cuya vida es muy superior a la vida civil; además la vida civil es temporal; llega a su fin y entonces es como si no hubiese existido; mientras que la vida espiritual es eterna y por consiguiente infinita. Por esta razón la Iglesia es más prójimo y debe amarse más que el individuo, más que la sociedad, y hasta más que la patria. De esto sigue a su vez, que el Reino del Señor, que es la Iglesia universal extendida por todo el mundo, es el

prójimo en el supremo grado y debe ser amada más que lo otro. Se llama la Comunión de los santos y ésta es en efecto el Cielo; por lo cual el que ama al Reino del Señor ama a todos cuantos en el mundo reconocen al Señor y tienen fe en Él y caridad para con el prójimo, y ama asimismo a todos en el Cielo. Los que aman al Reino del Señor, aman al Señor sobre todas las cosas, y se hallan por consiguiente en amor al Señor más que otros, porque la Iglesia en el Cielo y en la tierra es el Cuerpo del Señor, y los que la forman están en el Señor y el Señor en ellos. Amar al Reino del Señor es por consiguiente amar al prójimo llenamente; porque los que aman al Señor sobre todas las cosas aman también al prójimo como a sí mismos, siendo así que el amor al Señor es un amor universal, no sólo espiritual, sino también natural, que entra en todas las cosas de la vida. Este amor reside en la región superior del alma, y cuando el hombre se halla en él, desciende a la región intermedia, que es la espiritual, y por medio de ésta a la región inferior, hasta lo más inferior o exterior de la mente, entrando en la intención y en todo acto que el hombre ejecuta, así como en el entendimiento y en todas las cosas del pensamiento y del habla que proceden del mismo, cualificándolo y caracterizándolo todo. Por esto dice el Señor:

«Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas». (Mateo 6:23).

Que el Reino de Dios es el Reino del Señor quedó explicado en un artículo anterior; y es además evidente por las siguientes palabras en Daniel:

«¿Te aquí; venia el hijo del Hombre en las nubes del cielo; y fue le dado señorío y gloria y reino; y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán. Su señorío es un señorío eterno, que no será transitorio, y su Reino un Reino que no se corromperá». (Daniel 7:13, 14).

5. Amar al prójimo, en y por si considerado, no es amar a la persona, sino al bien que hay en la persona.

417. El hombre no es hombre por su forma humana, sino por la sabiduría de su entendimiento y por el bien de su voluntad. Según y conforme éstos es hombre: mucho si de ellos tiene mucho; poco si tiene poco. Al nacer es más ignorante que el animal, y llega a ser hombre por medio de instrucción y enseñanzas de varias clases, las cuales, una vez recibidas, forman su mente, y el hombre es hombre según y conforme la mente. Hay animales que tienen rostro parecido al rostro humano, pero no poseen la facultad de entender o de obrar por medio del entendimiento, sino que obran por medio del instinto, despertado por el amor natural. Mientras que el animal vierte en simple sonido las inclinaciones del amor, el hombre las habla cuando hayan tomado forma en las ideas del pensamiento, y mientras que el animal, con la cabeza inclinada, mira a la tierra, el hombre, con su rostro levantado, mira al cielo encima de sí; el animal es animal por ser irracional y por no ver más que a las cosas que pertenecen a sus

inclinaciones naturales, y el hombre es hombre por poder hablar conforme su razón e inclinarse a las cosas espirituales, o mejor dicho, es hombre en cuanto habla por una razón sana y mira a su morada en el Cielo, y deja de ser hombre en cuanto habla por una razón perversa, mirando tan sólo a su morada en el mundo. Estos son sin embargo también hombres, no actualmente sino potencialmente; porque todo hombre goza de la facultad de poder entender la verdad y querer el bien; pero si no quiere obrar el bien ni entender la verdad, o en cuanto no lo quiere, pierde su calidad de hombre, por más que puede disimular e imitarle exteriormente.

418. El bien de la voluntad es por lo tanto el hombre en su esencia; porque es el esse de la vida del hombre, y por esta razón el bien que hay en el hombre es el prójimo. La verdad que hay en el entendimiento del hombre es asimismo el prójimo; pero tan sólo en la medida en que procede del bien que hay en su voluntad; porque el bien de la voluntad influye en el entendimiento y allí toma forma y se manifiesta en la luz de la razón; la verdad puede existir en el entendimiento sin que proceda del bien de la voluntad y por consiguiente sin que tenga conjunción con éste, en cuyo caso la verdad, por más que se halla con el hombre, no se halla en el hombre sino fuera de él, siendo una cosa puramente intelectual en la cual no hay vida. El bien que hay en el hombre es amado no sólo de los buenos, sinceros y rectos, sino también de los falsos y malos; porque con él no tienen temor de perder su reputación, su honor o sus riquezas; pero en los que no son sinceros y rectos el amor al bien no es amor al prójimo, porque no aman al prójimo sinceramente, sino a fin de sacar provecho de él. La genuina caridad es amar al bien que hay en otro por virtud del bien que hay en uno mismo; porque entonces el bien del uno y el bien del otro se unen en mutuo abrazo.

419. El hombre que ama al bien por ser bien y a la verdad por ser verdad, ama al prójimo eminentemente, porque ama al Señor que es el Bien mismo y la Verdad misma. De esta sola fuente viene el amor al bien y el consiguiente amor a la verdad, que hacen el amor al prójimo, y así se forma el amor al prójimo de origen celestial, cuyo amor es el bien del nombre, o sea los usos que realiza, porque este bien y los usos son una misma cosa. Prestar usos es obrar el bien, y los bienes son bienes con arreglo a la cantidad y cualidad de los usos que hay en ellos.

6. Amar al prójimo en y por si es obrar con justicia y fielmente en el oficio, negocio u ocupación en que lino se halla, y en todo trato con otros.

422. La caridad se manifiesta en las buenas obras y puede ser caridad espuria o bien caridad genuina: es caridad espuria si las obras se hacen en interés propio, o con motivo mundano; es caridad genuina si se hacen por causa del prójimo. La caridad y las buenas obras son por lo tanto distintas, como ya se ha manifestado (412-414), o sea que la caridad es desear el bien y buenas obras son obrar el bien por el deseo. También que la caridad y la fe son mentales e imperceptibles si no tienen por objeto obras y si no coexisten en ellas cuando es posible. La caridad genuina, mirada en sí misma, es obrar con justicia y fielmente en el oficio, negocio u ocupación en que se halla uno, porque todas las cosas que el hombre así hace, son usos y provechos para la sociedad; son por lo tanto bienes, y el bien en sentido abstracto es el prójimo. Por ejemplo: un rey que da a su pueblo ejemplo de recto proceder con obrar el bien y exhortarles a andar conforme las leyes de la justicia, que recompensa a los que así hacen que tratan a cada uno conforme a su mérito; que los defiende contra invasiones y agresiones; en una palabra, que obra como el

padre del reino y mira por la prosperidad general de su pueblo: la caridad está en su corazón y sus actos son buenas obras. Un prelado que enseña verdades del Verbo, y por medio de ellas guía a los hombres, al bien de la vida y por lo tanto al Cielo, haciéndolo con el deseo de proveer para el bien de las almas de los que forman su iglesia, obra y ejerce la caridad eminentemente. El juez que juzga según la justicia y la ley, y no por recompensa, amistad o parentesco, mira por el bien de la sociedad y por el bien de los individuos particularmente. El negociante que procede con sinceridad y no con fraude, mira por el bien del prójimo con quien trata. Así también un trabajador, o un artesano, si ejecuta su trabajo fielmente y no con engaño. Lo mismo con respecto a cualquier hombre en cualquier oficio, profesión o empleo.

423. Esto es la caridad misma y puede definirse así: Obrar el bien con el prójimo diaria y continuamente, y no solamente con el prójimo individual, sino también colectivamente; esto no puede uno realizar sino mediante constante benevolencia, justicia y rectitud en el oficio, negocio o trabajo en que se ocupa y en su relación con los que tratan con él; porque esto hace diariamente, y cuando no lo hace, lo tiene sin embargo en su mente, en su pensamiento y en su intención. El hombre que así practica la caridad se vuelve caridad en forma más y más, porque justicia y fidelidad forman su mente mientras que su práctica forma su cuerpo, y por su práctica llega gradualmente a no querer más que el bien y no pensar más que la verdad, o sea lo que se relaciona con la caridad. Tales hombres se vuelven finalmente como aquellos de quienes se dice en el Verbo: que tienen la ley inscrita en sus corazones; no ponen mérito alguno en sus obras; porque no piensan en el mérito, sino en el deber y reconocen que como conciudadanos tienen el deber de obrar así. Mas el hombre no puede en manera alguna obrar justicia y fidelidad espiritual por virtud de sí mismo; porque todo hombre tiene por herencia: de sus padres la inclinación de obrar el bien y la justicia por causa de sí mismo y por causa del mundo, y ninguno recibe por patrimonio la inclinación de hacerlo por causa del bien y de la justicia; por lo cual nadie más que el hombre que adora al Señor y que obrando, obra por virtud del Señor, llega a tener caridad espiritual, y a penetrarse de ella, ejerciéndola.

424. Hay muchos que obran con justicia y fidelidad en sus ocupaciones, pero que por más que así realizan obras de caridad, no poseen caridad alguna en sí. Estos son aquellos en quienes predomina el amor a sí mismo y al mundo, y no el amor al Cielo, o si este último amor por ventura se halla presente, está subordinado al primero, como un criado a su amo, o como un soldado a su superior y sirve como un portero en una portería.

7. Las buenas obras de la caridad son dar a los pobres y aliviar a los menesterosos.

425. Hay que distinguir entre las funciones de la caridad y sus benefáctrias. Las funciones de caridad son los actos que proceden directamente de la caridad misma, y pertenecen primariamente a las ocupaciones de cada uno según se acaba de explicar; las benefáctrias son por otra parte los actos realizados fuera de la ocupación para ayudar y aliviar; se llaman benefáctrias, porque el hombre los realiza libremente y con gusto, y al ser realizados el beneficiado los mira como beneficencias, las cuales el benefactor administra según las razones y conforme la intención que lleva en su mente. Es creencia común que la caridad es sencillamente dar a los pobres, aliviar a los menesterosos, cuidar de viudas y huérfanos, contribuir a edificar hospitales, enfermerías, asilos, casas de huérfanos y hacer donativos para sus decoraciones y rentas, pero estas cosas no son las que propiamente hacen la caridad, sino que son meramente sus formas externas. Los que creen que estas obras son la caridad misma, no pueden menos de poner mérito en ellas, y por más que profesan con la boca su deseo de que sus obras no sean consideradas como meritorias, abrigan sin embargo en su interior confianza en su mérito, y después de la muerte se manifiesta esto claramente; entonces enumeran sus obras y reclaman la salvación como recompensa; pero se examina el

origen y el motivo de las obras y por consiguiente su cualidad; y si resulta que han obrado por orgullo, por conseguir fama, por la mera munificencia, por amistad, por inclinación exclusivamente natural, o por hipocresía, son juzgados con arreglo a este origen o motivo; porque la cualidad del origen se halla en toda la obra. Por otra parte la caridad genuina, procede de los que se penetran de justicia y juicio en la realización de sus obras, sin esperar recompensa, según las palabras del Señor en Lucas (Lucas 14:12-14). Como los otros llaman benefactrías a las cosas arriba enumeradas y las llaman asimismo deberes y obligaciones por más que son efectos de la caridad.

428. Los que por naturaleza son compasivos, no consiguiendo sin embargo convertir su propensión natural en inclinación espiritual, por no ejercerla en prácticas de la caridad genuina, creen que la caridad es dar a cualquier persona y aliviar a cualquier necesitado, sin buscar primero informes de si la persona es buena o mala. Piensan que esto no importa, y que Dios mira sólo al acto y a la limosna. Pero después de la muerte son bien discernidos y separados de los que han aplicado las benefactrías de su caridad con distinción, porque los que han ejercido la Caridad conforme ese concepto falso ayudan y favorecen a los buenos y a los malos indistintamente, y los malos obran maldad mediante el bien así recibido; por lo cual tales benefactores causan perjuicio a los buenos. Un acto para ayudar, o una limosna, dada a uno que obra el mal, es dar pan al diablo, quien lo transforma en veneno, porque todo pan es veneno en la mano del diablo, o si no lo es, lo convierte en veneno, sirviéndose de los buenos actos para introducir el mal e inducir a cometer malos actos; es como dar al enemigo una espada con la cual luego mata al dador; es como dar el cayado de pastor de las ovejas a un lobo, encargándole de conducir las ovejas al pasto. En vez de pastorearlas las conduce a un desierto y allí las mata.

8. El principio de la caridad es abandonar los males y después obrar el bien en provecho del prójimo.

435. En la doctrina de la caridad el primer dogma es, que el principio de la caridad es cesar de obrar el mal con el prójimo, y empezar a obrar el bien con él. Cumplir este dogma es como abrir la puerta de la caridad. Es sabido que en la voluntad de todo hombre existe el mal desde su nacimiento, y puesto que todo mal afecta de cerca o de lejos al individuo, así como a la sociedad y a la patria, sigue que el mal hereditario encierra en sí las ofensas contra el prójimo en todos sus grados. El que tiene sana razón puede fácilmente comprender que en cuanto el mal que existe en la voluntad no sea apartado, el bien que se obra queda penetrado por este mal, que se oculta dentro del bien como el pepino en la fruta y como la médula en el hueso, por lo cual el bien, hecho por tal hombre, no es un bien genuino, por más que así

parece; porque es como una nuez consumida por un gusano, dentro de una cáscara sana y limpia. Desear el mal y obrar el bien forman oposición entre sí, y no pueden existir juntos en la misma mente; si están juntos el bien del hombre exterior viene a ser como una llaga exteriormente curada, permaneciendo al interior materias putrefactas, y el hombre es entonces como un árbol que tiene la raíz dañada, el cual produce fruto que exteriormente parece sano, útil y de buen sabor, pero interiormente es pernicioso y de ningún provecho. Hay que saber que el bien, que el hombre hace con su cuerpo, procede de su espíritu, o sea de su hombre interior, y el hombre interior es su espíritu, que vive después de la muerte; por lo cual el hombre, que con mala intención obra el bien, cuando deja el cuerpo natural, que forma su hombre exterior, no tiene en sí más que maldad y se goza en el mal, oponiéndose al bien como al enemigo de su vida. Así es todo hombre antes de ser regenerado; no puede hacer, un bien que en realidad sea un bien, hasta que el mal que desde su nacimiento está en él, haya sido apartado. Esto enseña el Señor en muchos pasajes del Verbo; entre otros en los siguientes:

«No se cogen uvas de los espinos ni higos de los abrojos; no puede el árbol bueno llevar malos frutos» (Mateo 7:16-18).

«Ay de vosotros escribas y fariseos; hipócritas, porque limpiáis lo que está fuera del vaso y del plato, más de dentro están llenos de robo y de injusticia. Fariseo ciego; limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera se haga limpio» (Mateo 23:25, 26).

Y en Isaías:

«Lavad; limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad juicio; entonces si vuestros pecados fueron como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueron rojos como el carmesí vendrán a ser como lana» (Isaías 1:16-18).

438. Pero nadie puede purificarse de sus males por su propio poder y fuerza, y sin embargo la purificación no puede realizarse sin el poder y la fuerza del hombre, mas éstos no pertenecen al hombre más que aparentemente. Parece al hombre como si fuesen suyos, porque sin esta apariencia nadie podría luchar contra los apetitos de la carne y sus pasiones, lo cual sin embargo nos es mandado; no pensaría siquiera en combatir, o luchar contra estos enemigos, sino que dejaría que su mente se introdujese libremente en toda clase de males, y no se abstendría de ultimarlos en actos más que por temor de las leyes, de la justicia civil y de sus castigos. Así sería interiormente como un tigre, un leopardo y como una serpiente, y si no fuese por temor de la ley, obraría como estos animales que no ocultan los goces crueles de su amor. Es pues claro que el hombre, el cual diferentemente de los animales es racional, debe resistir los males por el poder y la fuerza, que tiene en sí por virtud del Señor, los cuales bajo todos conceptos le parecen como si fueran suyos, siendo esta apariencia dada por el Señor a todo hombre al efecto de la regeneración, imputación, conjunción y salvación.

9. En los ejercicios de la caridad el hombre no pone mérito en las obras, si cree que todo bien viene del Señor.

439. Es pernicioso atribuir mérito a las obras que se hacen por causa de la salvación; porque en el mérito se hallan escondidos males, de los cuales el hombre que así hace nada sabe; hay en él una negación secreta del Influjó y de la Operación de Dios en el hombre, una confianza en el propio poder respecto de

la salvación; fe en sí mismo y no en Dios; justificación por sí mismo, salvación por su propia fuerza, invalidación de la Divina Gracia y Misericordia, rechazamiento de la reformatión y regeneración por los Divinos medios y especialmente derogación del Mérito y de la Justicia del Señor Dios el Salvador, cuyo Mérito y Justicia reclama para sí mismo, y además un constante mirar por la recompensa, que para él es el objeto principal y también final. Causa también la disminución y extinción del amor al Señor y al prójimo, incapacidad completa de percibir y gozar del amor celestial, en cuyo goce no hay pretensión alguna de mérito, y en su lugar introduce el amor a sí mismo. El bien en el cual hay mérito es a la vista de los ángeles como óxido; pero el bien genuino que no pretende mérito es a su vista como púrpura. Que el bien no se debe obrar con pretensión de recompensa, enseña el Señor en varios lugares del Verbo, entre otros en Lucas 6:33-35 y en Juan 15:4, 5; 3:27. Mas no es poner mérito en las obras el pensar y creer que los hombres van al Cielo, y que a este efecto deben obrar el bien, ni es mirar como fin la recompensa; porque así piensan y creen también los que aman al Señor sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos; y piensan así porque creen en las palabras del Señor, que su recompensa será grande en los cielos (Mateo 5:11, 12; 6:1; 10:41, 42; Lucas 6:23, 35; 14:12, 14; Juan 4:36); que los que obran el bien poseerán como heredad un reino preparado para ellos desde la fundación del mundo (Mateo 25:34); que a cada uno será dado según sus obras (Mateo 16; Juan 5:29; Apocalipsis 14; 20:12, 13; Jer. 25:14; 32:19; Ósea 4:9; Zach. 1:6 y en otros lugares). Estos no piensan en recibir recompensa por merecerla, pero se hallan en la fe de la promesa por la gracia; con éstos el goce que sienten por obrar el bien con el prójimo es una recompensa, los ángeles del Cielo tienen este goce, y es un goce espiritual que es eterno y excede inmensamente a todo goce natural. Los que se hallan en este goce no quieren oír hablar de mérito, porque aman a obrar el bien y perciben beneficio obrándolo; se entristecen, si se cree que sus obras son hechas en la esperanza de conseguir pago o reciprocidad.

441. Muy diferente es el caso con los que con sus obras miran a la recompensa como el fin principal; son los que buscan conocimiento y cultivan amistad por causa del beneficio. Hacen regalos, favores y servicios; profesan un afecto aparentemente sincero y cordial, pero si no obtienen lo que esperaban, se retiran; renuncian a la amistad y hacen alianza con el enemigo del que antes llamaba amigo, y entran en amistad con los que odian a éste; son también como nodrizas que amamantan a niños sólo por el salario; en la presencia de los padres los acarician y los abrazan, pero si no son atendidas como desean, con golosinas y recompensas, tratan a los niños con dureza, riéndose de sus quejidos y lloros. Así son interiormente los que pretenden recompensa por obras relacionadas con la salvación. Después de la muerte reclaman con insistencia el Cielo, pero al saberse que no poseen amor alguno a Dios ni amor alguno al prójimo, son enviados a los que pueden instruirles con respecto a la caridad y a la fe. Si repudian la enseñanza son despedidos para juntarse con sus similares que son los que están enfadados con Dios por no obtener recompensas, pensando que la fe es exclusivamente cosa de raciocinios. En el Verbo son significados por los criados encargados del trabajo común e inferior en los atrios del templo. A una distancia parecen ocupados en cortar leña.

442. Hay que saber que en el Señor la caridad y la fe se hallan íntimamente unidas. La caridad es tal como es la fe y la fe tal como es la caridad. Antes hemos dicho que el Señor, la caridad y la fe forman uno como la vida, la voluntad y el entendimiento en el hombre, y si son separados parecen como una perla reducida a polvo (362). Asimismo que la caridad y la fe están juntas en las buenas obras (373-377), de lo cual sigue que la caridad es tal como es la fe y que las obras son tales como son la fe y la caridad juntas. Ahora bien;

cuando el hombre cree que todo el bien viene del Señor, es este hombre la causa instrumental del bien y el Señor es la causa principal; las dos causas parecen una sola, siendo sin embargo así, que la causa principal es el todo de la causa instrumental. De ahí sigue también que si el hombre cree que todo bien, que real y efectivamente es bien, viene del Señor, no pone mérito en la obra, y a medida que la fe se perfecciona en él, el Señor aparta de él la idea referente al mérito. En este estado el hombre practica la caridad abundantemente, sin miedo de incurrir en pretensión de mérito, y finalmente percibe el goce espiritual de la caridad y siente aversión al mérito, considerándolo como perjudicial a su vida. El mérito es fácilmente borrado y apartado por el Señor en los que se hallan penetrados de caridad por obrar con justicia y fidelidad en el trabajo, negocio u oficio en que se ocupan y en todo su trato con otros. Pero es difícilmente apartado de los que creen, que la caridad es dar limosnas y aliviar a los pobres; porque mientras ejecutan estas obras desean secretamente recompensa y pretenden mérito, al principio abiertamente, luego tácitamente.

10. La vida moral, si al mismo tiempo es espiritual, es caridad.

443. Cada uno aprende de sus padres o preceptores a vivir moralmente, es decir, a cumplir con los deberes civiles y desempeñar los asuntos de la vida honrada los cuales todos se hallan relacionados con las virtudes que constituyen la esencia de la vida buena, y a presentarlos en las adecuadas formas de esta vida, que se llaman modales. Conforme progresa en edad aprende a añadir a estas cosas lo racional, perfeccionando así la moralidad de su vida; porque la vida moral desde la niñez hasta la juventud es exclusivamente natural; llegando a ser racional con los años. Quien reflexiona puede ver que la vida moral forma Uno con la vida de la caridad, es decir, que es obrar correctamente con el prójimo y conducir la vida de manera a que no sea contaminada con males (véase 435-438). Sin embargo, en el primer período de la vida la moral no es más que la parte exterior de la vida de la caridad y no lo interior de ella. El primer período de la vida es cuando se obra a instancias de otros y por instrucciones; el segundo es cuando se obra por sí mismo, actuando el entendimiento de moderador; el tercero es cuando la voluntad influye y obra en el entendimiento, mientras que el entendimiento a su vez modera la voluntad; y el cuarto es cuando se obra por convicción y confirmación y por consiguiente con intención y deliberación. Mas estos períodos de la vida son períodos de la vida del espíritu y no igualmente del cuerpo, porque el cuerpo puede aparentar moralidad y hablar racionalidad, aun cuando el espíritu quiera y piense lo contrario. Así es el hombre natural, lo cual es muy evidente por los disimuladores, aduladores, mentirosos e hipócritas, cuya mente se halla dividida en dos partes, mutuamente opuestas. El caso es diferente con los que tienen buenas inclinaciones y sana razón, los cuales piensan y hablan racionalmente y obran el bien. Estos últimos son los que en el Verbo se llaman los sencillos de espíritu. Se llaman sencillos porque no tienen una mente doble. Esto hace ver lo que propiamente es el hombre exterior y el hombre interior, y demuestra que nadie puede por la moralidad del hombre exterior formar conclusiones con respecto a la moralidad del hombre interior, puesto que este último puede inclinarse en sentido opuesto y ocultarse como una tortuga oculta su cabeza dentro de su concha, porque semejante hombre, llamado moral, es como un bandido que alternativamente vive en la ciudad y en el monte. En la ciudad aparenta moralidad y en el monte es bandido. Muy diferentes son los que tienen moralidad interior, o sea espiritual, cuya moralidad obtienen mediante la regeneración por el Señor. Estos son hombres espiritual/morales.

444. Una vida moral, que al mismo tiempo es espiritual es una vida de caridad, porque los actos y obras de la vida moral y los de la caridad son los mismos, siendo así que la caridad es tener buenos deseos para con el prójimo y por benevolencia obrar justa y rectamente con él, lo cual también es la práctica de la vida

moral. La ley espiritual es la ley dada por el Señor: «Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas» (Mateo 7:12), y la ley de la vida moral es idéntica. Podríamos enumerar los actos y obras de la caridad, comparándolos con los actos y obras de la vida moral, pero esto sería largo. Que sirvan como ilustración los seis últimos preceptos de la segunda tabla del Decálogo. Que estos son preceptos de la vida moral es claro, y que asimismo encierran todo cuanto pertenece al amor al prójimo puede verse más arriba (329, 330-331).

445. La vida moral en su esencia es una vida en conformidad con las leyes humanas y al mismo tiempo con las leyes Divinas, por lo cual el que vive conforme éstas y aquéllas como una sola ley, es verdaderamente moral, y su vida es caridad. Cualquiera puede formarse concepto exacto de lo que es la caridad por medio de la vida moral exterior. Basta para ello aplicar al hombre interior la vida moral exterior, tal como se manifiesta en la vida, es decir, suponer y pensar que la vida de la voluntad y del entendimiento del hombre interior corresponde exactamente a los actos y obras del hombre exterior. De esta manera se puede ver la caridad en su propio molde.

11. La amistad del amor, contraída con alguien sin considerar la cualidad de su espíritu, es perjudicial después de la muerte.

446. Por la amistad de amor entendemos la amistad interior, la cual es de naturaleza tal, que no se limita al hombre exterior, sino que se extiende también al hombre interior y esto sin escudriñar su cualidad, o sea su espíritu, es decir las inclinaciones de su mente, e informarse de si éstas son las del amor al prójimo y del amor a Dios, y por consiguiente las que determinan asociación con los ángeles del Cielo; o si son las del amor opuesto al amor al prójimo y al amor a Dios y por consiguiente las que determinan asociación con los demonios. Tal amistad se contrae por varias razones y con varios fines. Es distinta de la amistad exterior, la cual se refiere exclusivamente a la persona y tiene por objeto placeres corporales y sensuales de varias clases. Esta amistad puede contraerse con cualquier persona, hasta con el arlequín que divierte a los comensales en la mesa de un príncipe, y se llama simplemente amistad; pero la otra se llama amistad de amor, porque la amistad exterior es una conjunción natural; pero el amor es una conjunción espiritual.

447. La razón por la cual la amistad de amor es perjudicial después de la muerte es que esta amistad entonces impide al bueno coasociarse con los buenos, si la persona a la cual se halla ligado es mala. La separación se verifica finalmente, pero con dificultad, y el bueno tiene a veces que experimentar grandes sufrimientos, antes de que pueda ser libertado e introducido entre sus parecidos. Para comprender esto es preciso, saber que el Cielo y también el Infierno se hallan arreglados en innumerables sociedades; en el Cielo, con arreglo a las variedades de las inclinaciones al bien, en el Infierno, por otra parte, con arreglo a las variedades de las inclinaciones al mal. Cada hombre, cuando muere, resucita seguidamente en un cuerpo espiritual y es luego introducido en la sociedad, en la cual se halla su amor predominante; en una sociedad celestial si es amor al Señor y al prójimo, o en una sociedad infernal, si es amor a sí mismo y al mundo. Apenas resucite es consignado a su sociedad; mas no entra inmediatamente en asociación con los que la forman, sino que permanece algún tiempo en el mundo espiritual, en un estado intermedio, siendo allí preparado para su lugar. Su preparación se efectúa por medio del rechazamiento de los amores que no concuerdan con su amor predominante, por lo cual allí se separan, el amigo del amigo; el dependiente de su patrono; los padres de sus hijos y el hermano de sus hermanos, siendo cada cual conducido a los que tienen similar amor e introducido entre ellos. Con éstos vive luego en común y se halla en el goce de su vida por toda la eternidad. En el primer período de la preparación se juntan los parientes, amigos y

conocidos y se tratan amigablemente como en el mundo, pero luego son gradualmente separados, y tan lenta y sutilmente que apenas se aperciben de ello.

448. Pero los que en el mundo contrajeron amistad de amor, no pueden ser separados tan fácilmente como los demás y con arreglo al orden consignados a la sociedad que corresponde a su vida; porque se hallan ligados interiormente, como una rama injertada en otra, por lo cual si con respecto a los interiores el uno se halla en el Cielo y el otro en el Infierno, se hallan ligados el uno al otro como un cordero atado a un lobo, o como una paloma a un gavián, y el que con respecto a su interior está en el Infierno inspira sus ideas y sentimientos infernales en el otro, cuyo interior está en el Cielo, porque el mal puede inspirarse en el bien, más el bien no puede ser inspirado en el mal; esto es un hecho bien conocido en el Cielo y su causa es que cada uno nace en males; la consecuencia de tal vínculo por la amistad de amor es que el interior del bueno se cierra y ambos a una son echados al Infierno, donde el bueno sufre crueles penas y tormentos; mas después de algún tiempo es librado y entonces empieza para él en el mundo espiritual su preparación para el Cielo. Me ha sido permitido ver casos de tal vínculo entre hermanos, entre parientes, entre patronos y sus dependientes y entre otros muchos, engañados por aduladores. Les he visto en algunos casos como corderos y leopardos, abrazándose y renovando una antigua amistad, y luego percibí que los buenos absorbían los goces de los malos, entrando mano en mano en cuevas, donde se veían multitudes de genios malos de formas monstruosas, por más que entre ellos presentaban hermoso aspecto por la ilusión de la fantasía. Más tarde oí que los buenos daban gritos de terror como si cayesen en una trampa, y que los malos daban voces de alegría, a manera de saqueadores, regocijándose a causa del botín. Me fue dicho que estos buenos, luego de ser librados, son preparados para el Cielo mediante reformación, pero con más dificultad que otros.

449. El caso es muy diferente con los que aman el bien en otros, es decir con los que por virtud de la caridad aman la justicia, el juicio, la sinceridad, la benevolencia y especialmente la fe y el amor al Señor en otros; éstos, puesto que aman las cosas interiores del hombre sin reparar en su exterior, si no encuentran las mismas cosas en la persona después de la muerte, retiran inmediatamente su amistad, y son asociados por el Señor a los que se hallan en un bien, similar al suyo. Puede objetarse que nadie puede explotar lo interior de la mente de aquellos con quienes trata; pero esto no es necesario; que cada uno se guarde de contraer amistad de amor con persona alguna. Una amistad exterior al objeto de varios usos en el mundo no trae perjuicio.

12. Existe una caridad espuria, una caridad hipócrita y una caridad muerta.

450. La caridad es verdadera, o sea viva, únicamente cuando forma uno con la fe, en cuya unión ambas miran al Señor; porque estos tres, el Señor, la caridad y la fe, son las tres cosas esenciales de la salvación, y cuando forman uno, la caridad es caridad y la fe es fe, y el Señor se halla en ellas y ellas en el Señor (véase 274-277); pero si no forman uno, la caridad es o bien espuria, o bien hipócrita, o bien muerta. Desde el principio de la Iglesia cristiana han existido en la Cristiandad multitud de herejías y en todas ellas las tres cosas esenciales, Dios, la caridad y la fe, han sido y son reconocidas, porque sin ellas no puede haber Religión. La caridad puede ir adherida a cualquiera fe cristiana, como por ejemplo a la de los Socínianos, a la de los Entusiastas, a la de los judíos y hasta a la de los Idólatras, y todos ellos pueden creer que es la verdadera caridad, porque es idéntica a ésta en su forma externa; más la caridad cambia su cualidad conforme la fe, a la cual va adherida, según se ha explicado en el capítulo anterior, que trata de la fe.

451. Toda caridad que no va unida a la fe en un solo Dios, en el cual hay Divina Trinidad, es espuria, como es la caridad de la Iglesia actual, cuya, fe es una fe en tres Personas Divinas, o sea el Padre, el Hijo y

el Espíritu Santo, cada uno de los cuales es Dios, subsistente en y por sí mismo; por consiguiente una fe en tres Dioses. La caridad puede bien ir adherida a esta fe, y va adherida a ella, según enseña esta Iglesia; pero no puede unirse con ella, y la caridad que sólo acompaña la fe, sin unirse con ella, es meramente natural y no espiritual, siendo por consiguiente una caridad espuria. Lo mismo sucede con las demás herejías, sobre todo con las que niegan la Divina Trinidad, dirigiéndose al Padre sólo, o al Espíritu Santo sólo, pasando por alto del Dios Salvador, con cuya fe la caridad no puede unirse, siendo por lo tanto espuria. Se llama espuria, porque es fruto de lecho ilegítimo, como el hijo de Hagar y Abraham, cuyo hijo fue echado de la casa paterna (Génesis 21:10).

452. Pero la caridad hipócrita se halla con los que en los templos y en sus moradas se inclinan con humildad exagerada hasta en el polvo ante Dios; dicen devotamente largas oraciones; presentan un rostro santo, besan crucifijos y huesos de muertos, o se arrodillan junto a un sepulcro, murmurando allí palabras de santa veneración a Dios, y sin embargo desean en sus corazones ser venerados ellos mismos, y ambicionan ser adorados como divinidades. A éstos alude el Señor en Mateo 6:2, 5; 23:13, 15, 25; Marcos 7:6; Lucas 11:44; y en otros lugares del Verbo.

453. La caridad muerta se halla con los que tienen una fe muerta, porque la caridad es tal como es la fe, según queda explicado en el capítulo anterior que trata de la fe. Con los que no hacen las obras, la fe es muerta (Santiago 2:17, 18). Es muerta también con los que no adoran a Dios, sino a hombres, vivos y muertos, y con los que al estilo de los antiguos gentiles adoran a ídolos como cosas santas en sí mismos. Con esta gente la caridad es como los jarros, llenos de monedas de oro y plata, que antiguamente se colocaban en los sepulcros con los muertos, o como monumentos de muertos. Con los que niegan a Dios y adoran la Naturaleza en vez de a Dios la caridad no es ni espuria ni hipócrita ni muerta, sino que en ellos no hay caridad alguna, porque no hay en ellos fe, alguna a la cual pueda ir adherida. Lo que en esta gente parece caridad tiene, mirado desde el cielo, el aspecto de pan, hecho de ceniza, o de tortas, hechas de escamas de pescado, y como fruta, hecha de cera.

13. La amistad de amor entre los malos es mutuo odio intestinal.

454. En capítulos anteriores se ha explicado, que el hombre tiene un interior y un exterior; y que su interior se llama su hombre interior y su exterior su hombre exterior. Añadiré aquí que el hombre interior se halla el mundo espiritual y el hombre exterior en el mundo natural. El hombre ha sido creado de manera a poder, aún mientras vive en este mundo, tener asociación con espíritus y con ángeles en el mundo de ellos, cuya asociación hace que pueda pensar analíticamente, y después de la muerte ser introducido en el mundo espiritual que comprende tanto el Cielo cuanto el Infierno. El hombre, mientras vive en el mundo, se halla pues en cuanto a su hombre exterior en compañía de hombres, y en cuanto a su hombre interior en compañía de espíritus y de ángeles; puede por lo tanto asociarse o con espíritus del Infierno o con ángeles del Cielo; es a causa de esta facultad y virtud que el hombre se distingue de los animales. El nombre mismo es tal como es su hombre interior y no tal como es su hombre exterior; porque su hombre interior es el espíritu, que obra por medio del exterior; el cuerpo material que sirve al espíritu de vestidura en el mundo natural, es una simple añadidura al efecto de la procreación y de la formación del hombre interior; porque este último es formado en el cuerpo natural, como un árbol en la tierra y la simiente en la fruta. Más acerca del hombre interior y del hombre exterior puede verse arriba (401).

455. Cuál y cómo es el hombre malvado con respecto a su hombre interior y el bueno con respecto al suyo, puede constar por los siguientes datos respecto del Cielo y del Infierno, porque en los malvados el

hombre interior se halla asociado con demonios del infierno, más en los buenos se halla en conjunción con los ángeles del Cielo. El Infierno siente por virtud de su amor malo gozo en toda clase de males, en odio, en venganza, en asesinar, saquear y robar, en burlas y blasfemias, en la negación de Dios y la profanación del Verbo. Este gozo se esconde en aficiones, al parecer inofensivo, gratificado sin reparo por parte del hombre, y arde dentro de ellas como fuego. En efecto, es lo que en el Verbo se llama fuego infernal. Pero los goces del Cielo son los goces del amor al prójimo y del amor a Dios, siendo por consiguiente opuestos a los del Infierno. Entre éstos y aquéllos hay un intermedio, en el cual influyen los goces del Cielo desde arriba y los del Infierno desde abajo. El hombre, mientras está en el mundo se halla en este intermedio, a fin de que esté en equilibrio y tenga completa libertad de inclinarse al Cielo o al Infierno. Este intermedio es lo que en el Verbo se llama la grande sima que hay entre los que están en el Cielo y los que están en el Infierno (Lucas 16:26). Puede por esto constar cuál y cómo es la amistad de amor entre los malvados: En su hombre exterior está llena de disimulo y se pone una máscara de moralidad, a fin de poder echar sus redes y encontrar oportunidad de gratificar las pasiones de su amor, que arden en su hombre interior. El temor de la ley, y por consiguiente el temor de perder reputación y vida, es lo único que les mantiene dentro de límites, impidiéndoles realizar sus malos deseos. En la vida social su amistad es como una araña en un azucarero, como una víbora en un pan, como la cría de un cocodrilo en una torta de miel, como una serpiente en la hierba; pero entre los que se han confirmado en el mal por medio de crímenes y violación de las leyes civiles, tales como ladrones, bandidos y piratas, la amistad es de un carácter familiar mientras se hallen juntos, realizando en común robos, saqueos y piraterías, porque gozan juntos, festejando, bailando, cantando y maquinando la destrucción de otros. Mas cada uno dentro de sí mira sin embargo a su compañero como enemigo, y esto percibe el bandido en su compañero y lo teme. Es pues evidente, que entre tales individuos no hay amistad, sino odio intestinal.

Los que no hacen abiertamente vida común con malhechores y bandidos, sino que al contrario conducen una vida civil y moral por causa de sí mismos, permaneciendo sin embargo indomadas las pasiones, que se hallan escondidas en su hombre interior, pueden creer que su amistad no es como la que se acaba de exponer; pero por viva experiencia en el mundo espiritual he podido convencerme de que la amistad realmente es así con todos, cuantos en el mundo rechazan la fe y desprecian las santas cosas de la Iglesia; sin embargo en más o menos grado. En algunos de los que he visto, los goces del amor infernal se hallaban ocultos como fuego interior en un árbol cubierto de corteza, en otros como carbones encendidos cubiertos de ceniza, en otros como teas que se inflaman al momento de venir en contacto con el fuego y en otros de otra manera. Tal es todo hombre que durante su vida en el mundo ha rechazado de su corazón la Religión. Su hombre interior se halla en el Infierno, y mientras vive en el mundo no reconoce por prójimo más que a sí mismo y a los suyos (ignora esto a causa de la moralidad aparente en su hombre exterior). A los demás mira o bien con desprecio (y entonces es como un gato que se mete en acecho en nidos de aves, aguardando el regreso de éstas), o bien con odio (y entonces es como un lobo que ve a perros, a los cuales espera poder devorar). Estos ejemplos servirán para dar una idea de lo que es la caridad, comparándola con su opuesto.

14. La conjunción del amor al Señor con el amor al prójimo.

456. Es sabido que la Ley fue promulgada del monte Sinaí y escrita en dos tablas, la una refiriéndose a Dios, la otra al hombre. Que en la mano de Moisés formaban una sola tabla; al lado derecho de la cual estaba escrito lo referente a Dios y al izquierdo lo referente al hombre, y al ser así presentadas las dos tablas, se veía lo escrito en ambas simultáneamente, hallándose la una frente a la otra, como Jehová hablando con Moisés, y Moisés hablando con Jehová, cara a cara, según está escrito. Esto fue así

dispuesto, a fin de que las dos tablas, así unidas, representaran la conjunción de Dios con el hombre y la recíproca conjunción del hombre con Dios, por cuya razón la Ley fue llamada el Pacto y el Testimonio, porque pacto es conjunción, y testimonio es la vida con arreglo al pacto. Por estas dos tablas, así unidas, puede verse la conjunción del amor al Señor con el amor al prójimo. La primera tabla envuelve todo cuanto pertenece al amor a Dios, principalmente que el hombre debe reconocer a un solo Dios, la Divinidad de Su Naturaleza Humana y la Santidad del Verbo, y que debe adorarle en las santas cosas que proceden de El. (Véase la explicación del Decálogo, en el capítulo 5) La segunda tabla envuelve todas las cosas que pertenecen al amor al prójimo, refiriéndose los cinco primeros mandamientos de la misma a todo cuanto pertenece a los actos y obras, y los dos últimos a todo cuanto pertenece a la voluntad, es decir a la caridad en su esencia, porque dicen: «No codiciarás», y el hombre que no codicia lo que es del prójimo, desea su felicidad y prosperidad en todo. Que los diez mandamientos contienen todo cuanto pertenece al amor a Dios y al prójimo puede verse más arriba (329-331); donde también se ha demostrado que existe conjunción entre las dos tablas en los hombres que se hallan en la caridad.

457. El caso es diferente con los que se hallan en adoración de Dios sin hallarse al mismo tiempo en buenas obras por virtud de la caridad; éstos son infractores del pacto. Es igualmente diferente con los que dividen a Dios en tres Personas, adorando a cada una separadamente, y diferente también con los que no se acercan a Dios en Su Naturaleza Humana; éstos son los que no entran por la puerta, sino que suben por otra parte (Juan 10:1, 9). Finalmente es diferente también con los que por confirmación niegan la Divinidad del Señor. En gente de esta clase no hay conjunción con Dios y por consiguiente no sale de ella obra alguna que contribuya a su salvación; su caridad es espuria y con ésta no se verifica la conjunción por la frente, sino por el lado, o por la espalda. He aquí brevemente cómo la conjunción se verifica: Dios influye en todo hombre con reconocimiento de Sí Mismo en conocimientos referentes a El; y al mismo tiempo influye con Su amor para con todos los hombres. El que recibe el primer influjo y no también este último, recibe el influjo sólo en el entendimiento y no en la voluntad y permanece estacionario en los conocimientos sin adquirir reconocimiento íntimo de Dios, y su estado es como un jardín en el invierno; pero el hombre que recibe el primero y el último, recibe el influjo en su voluntad y por la voluntad en su entendimiento, es decir en toda su mente; este hombre tiene íntimo reconocimiento de Dios, cuyo reconocimiento vivifica sus conocimientos referentes a Dios; y su estado es como un jardín en la primavera. La conjunción se verifica por medio de la caridad; porque Dios ama a todo hombre, y puesto que no puede proporcionarle Sus bienes directamente, sino indirectamente mediante otros hombres', inspira en éstos Su Propio Amor, como en los padres el amor a los hijos, y el hombre que recibe el influjo de este amor entra en conjunción con Dios y ama al prójimo por virtud de su amor a Dios. Con este hombre el amor a Dios se halla dentro del amor al prójimo y produce en él la voluntad y el poder. Continúa sin embargo obrando como si obrase por sí mismo; porque sin esta apariencia no le sería posible obrar bien alguno, por lo cual le es dado por el Señor percibirlo así, y al obrar de esta manera con completa libertad, en realidad por el Señor pero aparentemente por sí mismo, sus obras y actos le son imputados como reciprocidades, mediante las cuales se verifica la conjunción.

458. Consta por esto de dónde procede la conjunción del amor a Dios con el amor al prójimo, y cómo es esta conjunción; a saber: Existe en el hombre un influjo del Amor de Dios para con todos los hombres, y la recepción de este influjo por el hombre en unión de la cooperación del hombre es el amor al prójimo. De esta conjunción habla el Señor en Juan cuando dice:

«En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros.»
(Juan 14:20).

«El que tiene mis mandamientos y los guarda aquél es el que me ama y el que me ama será amado por mi Padre y Yo le amaré y me manifestaré a él y haremos con él morada» (Juan 14:21-23).

Los mandamientos del Señor se refieren todos al amor al prójimo y enseñan en resumen, que no se debe perjudicar al prójimo sino favorecerle. Los que así hacen aman al Señor y el Señor a ellos, como El Mismo dice en los referidos pasajes. Puesto que el amor a Dios y el amor al prójimo se hallan así recíprocamente unidos, dice el Apóstol Juan:

«El que guarda los mandamientos de Jesucristo está en El y El en él» (1 Juan 3:24).

Y en otro lugar:

«Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso, porque el que no ama a su hermano, al cual ha visto ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? y nosotros tenemos este mandamiento de El, que el que ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Juan 4:20, 21).

15. Recuerdo.

461. RECUERDO. Una vez fui llevado por el espíritu a la región del Mediodía en el mundo espiritual a cierto paraíso allí, y vi que este paraíso excedía a todo cuanto había visto antes; esto era porque jardín significa inteligencia y todos los que se distinguen por su inteligencia moran en esa región. El jardín de Edén en el cual estaban Adán y Eva significa sencillamente inteligencia; su expulsión del jardín significa por la misma razón, que perdieron la inteligencia y así también la integridad de su vida. Me paseaba por este paraíso y vi unas personas sentadas debajo de un laurel, comiendo higos. Me acerqué a ellas, les pedí higos y me dieron algunos, y he aquí, se convirtieron en uvas en mis manos. Extrañándome esto me dijo un ángel/espíritu que se hallaba cerca: «Los higos se convirtieron en uvas en tus manos, porque higos significan por correspondencia los bienes de la caridad, y por consiguiente de la fe, en el hombre natural o exterior, mientras que uva significa los bienes de la caridad, y por consiguiente de la fe, en el hombre espiritual o interior, y puesto que tú amas las cosas espirituales, te ha sucedido esto; porque en nuestro mundo todas las cosas suceden, nacen y cambian según las correspondencias.» Entonces me vino súbitamente un deseo de saber de qué manera el hombre puede obrar el bien por virtud de Dios y sin embargo en toda apariencia como por virtud propia, y pregunté a los que comían higos de qué manera entendían esto. Dijeron que lo entendían así, que Dios obra el bien interiormente en el hombre y por conducto del hombre sin que el mismo lo sepa; porque si el hombre estuviera consciente de ello y obrase conscientemente, no obraría sino un bien aparente, cuyo bien en sí mismo es un mal; siendo así que todo cuanto procede del hombre, procede de su propia naturaleza, la cual es mala por nacimiento; ¿y cómo pueden el bien de Dios y el mal del hombre ir unidos y salir unidos en actos? Además en asuntos relativos a la salvación, la naturaleza propia del hombre piensa sólo en el mérito y por esto derogaría del Señor Su Mérito y cometería así la injusticia y la impiedad más grandes. En una palabra; si el bien que Dios obra en el hombre influyera en su voluntad y desde allí en su obrar, el bien sería seguramente envilecido y profanado, lo cual Dios de ninguna manera permite. El hombre puede por cierto pensar que el bien que obra viene de Dios y puede llamarlo obra de Dios, realizada por conducto de él, pero no

comprendemos sin embargo que es así.» Entonces abrí mi mente y dije: «No comprendéis porque pensáis por las apariencias, y el pensamiento, formado por apariencias confirmadas, es falacia. En vosotros existen apariencias con sus consiguientes falacias, porque pensáis, que todas las cosas que el hombre quiere y piensa, y por consiguiente obra y habla, están en él mismo, y por consiguiente que proceden de él mismo, siendo sin embargo así, que nada de estas cosas se hallan en él, excepto el estado y la facultad de recibir lo que influye. El hombre no es vida en sí mismo, sino un órgano que recibe la vida, Sólo el Señor es Vida en Sí Mismo y EL dice también en Juan: Como el Padre tiene vida en Sí Mismo así dio también al Hijo que tuviera vida en Sí Mismo (Juan 5:26). Dos cosas constituye la Vida: El Amor y la Sabiduría, o sea el Bien del Amor y la Verdad de la Sabiduría. Estos influyen, procedentes de Dios, y son recibidos por el hombre como si fuesen suyos. El percibirlos así el hombre es un don del Señor, a fin de que aquello que influye pueda afectar al hombre, ser recibido y permanecer. Pero puesto que también todos los males influyen, no de Dios, sino del Infierno, y son recibidos con regocijo, porque el hombre es por nacimiento un órgano pervertido y receptáculo de los males, por eso el bien es recibido de Dios tan sólo en la proporción en que el mal es apartado por el hombre mismo, lo cual se verifica mediante el arrepentimiento y al mismo tiempo mediante la fe en el Señor. Que el amor y la sabiduría, la caridad y la fe, o hablando en términos más generales, el bien del amor y de la caridad y la verdad de la sabiduría y de la fe influyen, y que lo que influye en el hombre parece ser enteramente suyo y proceder de él igualmente como suyo, puede ser claro por lo que se ve con respecto a los sentidos, la vista, el oído, el olfato, el paladar y el tacto. Todo cuanto se siente en los órganos de estos sentidos influye desde lo exterior siendo percibido mediante ellos. Lo mismo sucede con los órganos de los sentidos interiores, con la sola diferencia de que en estos influyen cosas espirituales las cuales no son aparentes, sino reales, mientras que en los primeros influyen cosas naturales, que son apariencias. En una palabra: El hombre es un órgano, receptáculo de la Vida procedente de Dios, y por consiguiente un receptáculo del bien, tanto como desiste del mal. El poder de desistir del mal es dado por el Señor a todo hombre, porque le da la facultad de querer y de entender, y todo cuanto el hombre obra y habla por la voluntad o por la inclinación, conforme el entendimiento, o lo que es lo mismo, por la libertad de la voluntad de acuerdo con la razón del entendimiento, esto permanece. Mediante esto el Señor introduce al hombre en un estado de conjunción consigo Mismo y en este estado reforma, regenera y salva al hombre. La Vida que influye es la Vida que procede del Señor, cuya Vida también se llama el Espíritu de Dios y en el Verbo el Espíritu Santo, el cual ilumina, vivifica y también opera en el hombre; pero esta Vida varía y es modificada según la organización que en ella introduce el amor. Que todo bien del amor y de la caridad y toda verdad de la sabiduría y de la fe influyen y que no originan en el hombre, puede constar también por esto: Que cualquiera que cree, que dichas cosas existen en el hombre desde la creación, no puede evitar de pensar y creer que Dios infundió a Sí Mismo en el hombre, y que los hombres por consiguiente son parcialmente Dioses; más los que piensan así por confirmación, llegan a ser demonios y despiden un olor parecido al hedor de un cadáver. Además ¿qué es el obrar del hombre más que la actividad de su mente? Porque lo que la mente quiere y piensa, esto obra y habla mediante su órgano que es el cuerpo; por lo cual, siendo la mente guiada por el Señor, son guiados por El también las obras y el habla, y esto acontece cuando el hombre cree en El. Si esto no fuese así, decidme, si podéis, por qué el Señor en mil lugares del Verbo manda al hombre de amar a su prójimo, obrar los bienes de la caridad, llevar fruto como un árbol y guardar Sus mandamientos, todo lo cual es mandado al hombre al efecto de su salvación; y decidme también por qué razón dice, que el hombre será juzgado conforme sus obras o actos; que el que obra el bien irá al Cielo y a la Vida y el que obra el mal al Infierno y a la muerte. ¿Diría el Señor tales cosas, si todo cuanto procede del hombre fuese meritorio y por consiguiente malo? Podéis por lo tanto creer que si

la mente es caridad, la obra es caridad también; pero si la mente es fe sola, la cual es una fe separada de la caridad espiritual, la obra es también esa fe.» Al oír esto dijeron los que estaban sentados debajo del laurel: «Comprendemos que has hablado con justicia; pero sin embargo no comprendemos.» Respondí: «Comprendéis que he hablado con justicia por la percepción general que todo hombre tiene a causa del influjo de la luz del Cielo cuando oye una verdad, pero no comprendéis con vuestra propia percepción, la cual recibís por el influjo de la luz del mundo; estas dos percepciones, es decir la interior y la exterior, o sea la espiritual y la natural, forman uno en los sabios. Vosotros podéis también unir las en una sola percepción, si miráis al Señor y apartáis de vosotros los males. Comprendieron también estas palabras, y cogí algunos pámpanos de una vid, los cuales entregue en sus manos diciendo: «¿Creéis que esto viene de mí o del Señor?» Dijeron que venía de mí, pero procedía del Señor. Y he aquí, los pámpanos en sus manos se llenaron de uvas. Al retirarme vi debajo de un olivo verde, cuyo tronco se hallaba envuelto por una vid, una mesa de madera de cedro en la cual había un libro. Miré y he aquí, era un libro, escrito por mí, llevando por título «Arcana Coelestia»; y dije que en ese libro se ha demostrado plenamente, que el hombre no es Vida, sino un órgano recipiente de la Vida, y que la Vida no puede ser creada y residir en el hombre más que la luz puede ser creada y residir en el ojo.

CAPÍTULO 8

El Índice del Capítulo

El libre albedrío

1. Los preceptos y dogmas de la iglesia actual respecto de la libre voluntad. (463-465)
2. Los dos árboles, colocados en el jardín del Edén, el uno de vida, el otro de ciencia del bien y del mal, significan que fue dado al hombre libre voluntad en cosas espirituales. (466-469)
3. El hombre no es vida sino un receptáculo de vida. (470-474)
4. Mientras él hombre vive en el mundo es mantenido en medio entre el cielo y el infierno y allí está en equilibrio espiritual, lo cual es libre voluntad. (475-478)
5. Por el permiso que cada uno tiene en su hombre interior de obrar el mal, consta que el hombre tiene libre voluntad en cosas espirituales. (479)
6. Sin la libre voluntad en cosas espirituales a nada serviría el Verbo y en su consecuencia la Iglesia sería nada. (483, 484)
7. Sin la libre voluntad en cosas espirituales no tendría el hombre cosa alguna, perteneciéndole, mediante la cual podría a su vez entrar en conjunción con el Señor, y por consiguiente no habría imputación, sino meramente predestinación, lo cual sería detestable. (485)
8. Si no hubiera libre voluntad en cosas espirituales sería Dios la causa del mal y por consiguiente no podría haber imputación. (489-492)
9. Las cosas espirituales de la Iglesia, que entran libremente y son recibidas en libertad, permanecen, más no así las que son impuestas contra la voluntad. (493-496)
10. La voluntad y el entendimiento del hombre se hallan en este libre albedrío, pero en ambos mundos, tanto en el espiritual cuanto en el natural, el obrar el mal es restringido por leyes, por cuanto de lo contrario la sociedad perecería por ambos lados. (497-499).
11. Si el hombre no tuviera libre voluntad en cosas espirituales, todos los hombres en el mundo hubieran podido en un solo día ser inducidos a creer en el Señor, pero esto es imposible por la razón de que lo que el hombre no recibe en completa libertad, no permanece. (500-502)

12. 12 Milagros no se verifican actualmente porque quitan la libre voluntad en cosas espirituales y obligan. (501)
13. Recuerdo. (507)

El libre albedrío

1. Los preceptos y dogmas de la iglesia actual respecto del libre albedrío.

463. Antes de exponer la doctrina de la Nueva Iglesia respecto de la libre voluntad será necesario adelantar algunos datos con respecto a la enseñanza de la Iglesia actual sobre este particular; sin cuyos datos personas religiosas sensatas podrían creer, que no hacen falta nuevos conocimientos sobre este punto, porque dicen para sí mismos: ¿Quién ignora que el hombre tiene libre voluntad en cosas espirituales? Si no la tuviera ¿por qué enseñan y predicán los ministros de la Iglesia, que el hombre debe creer en Dios, amarle y vivir conforme los preceptos del Verbo, luchar contra los apetitos de la carne y ser hecho nueva criatura? Y otras cosas semejantes. Pero los siguientes extractos de la doctrina de la Iglesia actual demostrarán que esta Iglesia en efecto niega el que el hombre tenga libre voluntad en cosas espirituales. Los extractos han sido tomados de Fórmula Concordice edición de Leipzig, 1756. A estas doctrinas juran los ministros evangélicos, y una doctrina similar tienen los reformados en todas partes del mundo cristiano. Los dogmas referentes a la libre voluntad según esta doctrina son sumariamente como sigue:

464.

1. A causa de la caída de nuestros primeros padres se halla el hombre tan completamente corrompido, que en cosas espirituales, con respecto a la conversión y salvación, es por naturaleza tan ciego, que no comprende ni puede comprender el Verbo de Dios cuando es predicado, sino que lo mira como necesidad, y por propia iniciativa nunca se acerca a Dios; antes bien es enemigo de Dios y así permanece, hasta que por el poder del Espíritu Santo por medio del Verbo, predicado y escuchado, por pura gracia y sin cooperación alguna de su parte, es convertido, dotado de fe, regenerado y renovado.

2. Creemos que en cosas espirituales y Divinas el entendimiento, el corazón y la voluntad del hombre que no haya nacido de nuevo, son del todo incapaces de poder por sus propias fuerzas naturales entender, creer, abrazar, pensar, querer, empezar, concluir, obrar, operar o cooperar; que con respecto al bien el hombre es completamente corrompido y muerto, de manera que después de la caída, antes de la regeneración, no hay en su naturaleza siquiera una chispa de potencia espiritual por virtud de la cual puede prepararse para recibir la gracia de Dios, aceptarla cuando le es ofrecida, adaptarse a ella, o ser capaz de retenerla; ni puede por su propio poder contribuir cosa alguna a su conversión, ni en todo ni en la mitad, ni en la más mínima parte; ni puede obrar, operar o cooperar por sí mismo, o como por sí mismo, sino que es siervo del pecado y esclavo de Satanás, por quien es movido. Así es que a causa de su poder corrompido y su naturaleza depravada, su voluntad, naturalmente libre, no es activa ni produce sus efectos más que en aquellas cosas que desagradan a Dios, siendo opuestas a El.

3. En asuntos civiles y naturales el hombre es industrioso e ingenioso; pero en las cosas espirituales y Divinas que se relacionan con la salvación del alma, es como un tronco, o como una piedra, o como

la estatua de sal, en que fue transformada la mujer de Lot, cuyos objetos no poseen el sentido de la vista, ni del habla, ni otro sentido alguno.

4. Empero el hombre goza de una fuerza de locomoción, de la cual dispone y la cual puede aplicar a sus miembros exteriores; puede escuchar el Evangelio y hasta cierto punto meditar en él; pero no obstante lo desprecia en sus íntimos pensamientos, mirándolo como necedad y permaneciendo incrédulo. En este sentido es hasta peor que un tronco, si el Espíritu Santo no es activo en él, causando ardor y operando en él la fe y otras virtudes agradables a Dios, como asimismo obediencia.

5. En cierto sentido puede decirse, que el hombre no es como un tronco o como una piedra. El tronco y la piedra no resisten; no entienden ni sienten lo que con ellos se hace, como el hombre, el cual de su voluntad resiste a Dios hasta que haya sido convertido a El. Es cierto que el hombre antes de su conversión es una criatura racional, o sea que goza de entendimiento, más no en cosas espirituales; y de voluntad, mas no para desear el bien que salva. Con todo nada puede contribuir á, su conversión, y en este sentido es peor que un tronco, o una piedra.

6. La conversión es enteramente operación, don y obra del Espíritu Santo exclusivamente. El lo efectúa y opera por su virtud y poder, mediante el Verbo, en el entendimiento, corazón y voluntad del hombre como sujeto pasivo, de modo que el hombre no obra sino que permanece pasivo. Con todo la conversión no se verifica como la escultura de una estatua de la piedra, o como se imprime un sello en cera, porque la cera no tiene conocimiento ni voluntad.

7. Algunos Padres y Doctores recientes dicen: Dios atrae sólo a los voluntarios, pretendiendo así que la voluntad del hombre tiene parte en la operación de la conversión; pero estas palabras no son palabras sanas, porque denotan un falso concepto respecto del poder de la voluntad humana en la conversión.

8. En los asuntos exteriores, del mundo, sujetos a la razón, le queda todavía al hombre cierta porción de entendimiento, poder y facultad; mas son míseros remanentes, sumamente débiles y en toda su insignificancia tan envenenados y contaminados por la enfermedad hereditaria, que ante Dios son completamente inválidos.

9. En la conversión, por medio de la cual, de ser hijo de la ira, es hecho hijo de la gracia, no coopera el hombre con el Espíritu Santo, puesto que la conversión es obra del Espíritu Santo sola y exclusivamente (579 y siguientes; 663 y siguientes, apéndice). No obstante el hombre que nace de nuevo puede cooperar por el poder del Espíritu Santo, mas con mucha defectuosidad a causa de la invalidez que todavía asiste la cooperación, y obra el bien solo mientras es conducido, dirigido y guiado por el Espíritu Santo; no obra sin embargo en unión del Espíritu Santo, como dos caballos arrastran un coche.

10. El pecado original no es una falta, perpetuado en forma de acto, sino que adhiere íntimamente a la naturaleza, subsistencia y esencia del hombre, hallándose fija en ella. Es la fuente de todo pecado efectivo, como por ejemplo depravados pensamientos y conversaciones y malos actos. Esta enfermedad hereditaria por la cual toda la naturaleza ha sido corrompida, es un pecado horrible y es en efecto principio y cabeza de todo pecado, de cuyo principio como de una raíz, o de una fuente, proceden todas las transgresiones. Por este pecado, como por una lepra espiritual, arraigada hasta en los íntimos recintos del corazón, se halla infectada y corrompida toda la naturaleza del hombre ante

la vista de Dios, y a causa de esta corrupción el ser humano se halla por la ley de Dios acusado y condenado, de manera que somos por naturaleza hijos de la ira, esclavos de la muerte y de la condenación, si no somos libertados y preservados de estos males por beneficiar del mérito de Cristo. De ahí que el hombre carece por completo de la justicia original con la cual fue creado en el Paraíso, ósea que ha perdido por completo la imagen de Dios y es por consiguiente impotente, incapaz y torpe, habiendo llegado a ser enteramente inservible para toda cosa Divina y espiritual. En lugar de la imagen de Dios hay en el hombre una corrupción profunda, inescudriñable, inexpresable, que penetra en su naturaleza y en todas sus facultades, especialmente en las facultades superiores y principales del alma, en la mente, en el entendimiento, en el corazón, en la voluntad.

465. Estos son conceptos, dogmas y decretos de la Iglesia actual con respecto a la libre voluntad del hombre en cosas espirituales y naturales, y también con respecto al pecado original. Comparados con estos se verán más claramente los conceptos, dogmas y decretos de la Nueva Iglesia que a continuación se expondrán.

2. Los dos árboles, colocados en el jardín del Edén, el uno de vida, el otro de ciencia del bien y del mal, significan que fue dado al hombre libre albedrío en cosas espirituales.

466. Muchos han opinado que Adán y Eva, de quienes leemos en el Génesis, no eran los primeros seres humanos que fueron creados, y en apoyo de esta opinión han presentado argumentos respecto de la existencia de preadamitas, basándolos en las computaciones y cronologías de ciertos países Gentiles, como asimismo en lo que dijo Caín, el primogénito de Adán, a Jehová:

«Seré errante y extranjero en la tierra, y sucederá que cualquiera que me hallare me matará» (Génesis 4:14).

«Entonces Jehová puso señal en Caín para que no lo hiriese cualquiera que le hallare» (Génesis 4:15).

»Y salió Caín de delante de Jehová y habitó en la tierra de Nod, y edificó una ciudad» (Génesis 4:16, 17).

En esto creen ver una prueba de que la tierra era habitada antes del tiempo de Adán. La verdad es que Adán y su mujer significan la antigua Iglesia primitiva en esta tierra, lo cual ha sido demostrado detalladamente en «Arcana Coelestia», y en la misma obra se ha demostrado también, que el jardín de Edén significa la sabiduría de los hombres de esa Iglesia. El árbol de vida significa el Señor en el hombre y el hombre en el Señor; el árbol de ciencia del bien y del mal, significa el hombre apartado del Señor, y en su propia naturaleza, como aquel que piensa y cree que todo cuanto hace, incluso el bien, lo hace por virtud de sí mismo; y el comer de este árbol significa la apropiación del mal.

467. El jardín de Edén en el Verbo no quiere decir un jardín, sino inteligencia, y árbol no quiere decir árbol sino hombre. Que el jardín de Edén significa inteligencia y sabiduría es evidente por muchos pasajes del Verbo: En Ezequiel 28:4, 12, 13; se habla del Príncipe y Rey de Tiro, el cual allí es cualificado de inteligente y sabio, porque Tiro en el Verbo significa la Iglesia con respecto a conocimientos de verdades y bienes, por los cuales viene la sabiduría. Las piedras preciosas que le adornaban significan asimismo conocimientos de bienes y verdades y no adornos, porque el rey de Tiro en persona no estuvo en el jardín del Edén. En otro pasaje en Ezequiel (Ezequiel 31:3, 8, 9, 18) se habla en términos similares de Asur (el Asirio); porque Asirio en el Verbo significa racionalidad y la inteligencia que viene por ella. En Isaías 51:3, se habla de Sión en combinación con Edén, porque Sión significa la Iglesia y Edén y jardín de

Dios significan sabiduría e inteligencia. En el Apocalipsis 1:7 y 22:2, se habla del árbol de vida en medio del paraíso de Dios y a uno y otro lado del río, como descripción de cómo ha de ser la Nueva Iglesia, que es la Nueva Jerusalén, en cuanto a su sabiduría e inteligencia. Es pues evidente, que el jardín de Edén, mencionado en los indicados pasajes, en cuyo jardín fue puesto Adán, significa inteligencia y sabiduría; porque estas mismas virtudes se atribuyen allí a Tiro, Asur y Sión. Jardín en el Verbo significa inteligencia también en los demás pasajes, donde es mencionado, como por ejemplo en Isaías 58:11; en Jeremías 31:12; en Amos 9:14; en Números 24:6. Esta significación espiritual de la palabra jardín viene de las representaciones en el mundo espiritual. Allí en los lugares, donde viven los ángeles que se hallan en eminente inteligencia y sabiduría aparecen paraísos. La inteligencia y sabiduría que reciben del Señor, presentan a su vista tales cosas; y esto viene de las correspondencias, porque todas las cosas que existen en el mundo espiritual son correspondencias. Que árbol significa hombre consta por los siguientes pasajes: Ezequiel 17; Salmos 1:13; Jeremías 17:8; Salmos 143:9; Salmos 104:16; Mateo 3:10; 5:16-21; 12:33; Lucas 6:43; 44; Ezequiel 20:47. Era a causa de esta significación que los judíos en el país de Canaán debían observar como estatuto e que el fruto de un árbol alimenticio contara por incircunciso (por tres años). Levítico 19:23). El olivo significa e hombre de la iglesia celestial y por esta razón los dos testigos que profetizaban (Apocalipsis 11:4) se llaman «los dos olivos que están delante del Señor de toda la tierra» Igualmente en Zacarías (Zacarías 4:3, 11-14). En David (Salmos 53:8) y en Jeremías (Jeremías 11:16) se habla también del olivo con referencia al hombre/iglesia, así como en varios otros lugares del Verbo.

469. Conociendo la significación espiritual de los términos jardín de Edén, Adán, árbol de vida y árbol de ciencia del bien y del mal, se ve con facilidad que estos árboles en el jardín del Edén significan que fue dado al hombre libre voluntad en cosas espirituales; porque éste podía libremente comer del árbol de vida y de todo árbol del jardín, exceptuado el árbol de la ciencia del bien y del mal, y vivir, es decir, estar en el Señor y el Señor en él, por consiguiente en inteligencia y sabiduría por virtud del bien. Mas tenía también libre voluntad para comer del árbol de ciencia del bien y del mal—lo cual finalmente hizo,— porque si no hubiera tenido libre voluntad para comer también de este árbol, le hubiera impedido Dios de hacerlo, siendo así que El es Omnipresente y Omnipotente, mas no lo impidió, porque impedirlo hubiera sido violar la libre voluntad del hombre, y por consiguiente destruir todo cuanto en él hay de humano; porque el hombre es hombre y no animal precisamente a causa de su libre voluntad; y destruido este elemento esencialmente humano del hombre, no podía este luego ser reformado, regenerado y salvado. Comer del árbol de vida significa, que el hombre por su libre voluntad mira al Señor, se acerca a El, se deja guiar por El y vive en conformidad con Su voluntad, por lo cual recibe de El la luz del Cielo que es inteligencia y sabiduría, procedentes del Señor; así está el hombre en el Señor y el Señor en el hombre; mas comer del árbol de ciencia del bien y del mal significa, que el hombre por su libre albedrío se aparta del Señor, deja de seguirle y de recibir de El luz y guía para conducir su vida por el sendero del bien; y en vez de mirar al Señor mira a sí mismo y sigue sus inclinaciones mundanas y egoístas, que son su propia naturaleza, y éstas envuelven la mente en obscuridad y tinieblas espirituales, en vez de introducir en ella la inteligencia y sabiduría que son la luz del Cielo, procedente del Señor.

3. El hombre no es vida sino un receptáculo de vida.

470. Generalmente se cree que el hombre tiene vida en sí mismo, o que su vida le pertenece y por consiguiente que no es un mero receptáculo de la Vida, sino que es vida. Esta creencia general nace de las apariencias; porque el hombre vive, es decir, siente, piensa, habla y obra enteramente como si lo hiciera

por virtud propia, por lo cual esto de que el hombre es un receptáculo de la Vida y no vida, le parece una cosa inaudita, o como una paradoja, siendo esta idea contraria al pensamiento sensual, por ser contraria a las apariencias. La creencia de que también el hombre es vida en sí mismo; que por consiguiente su vida fue creada en él para luego ser engendrada por él mediante proliﬁcación, es una falacia diametralmente opuesta a la verdad, de que el hombre es un receptáculo de la Vida y que no tiene vida independiente en sí mismo, y nace de las apariencias, porque cuando se juzga por las apariencias resultan falacias diametralmente opuestas a las verdades. A esta falacia se halla sujeta la inmensa mayoría de la raza humana hoy día; porque, con muy pocas excepciones, consta de hombres meramente naturales y hombres meramente naturales, juzgan exclusivamente por las apariencias. Que el hombre no es vida, sino un receptáculo de la Vida que procede del Señor es evidente por el sólo hecho de que todas las cosas creadas son finitas, y que el hombre, siendo finito, ha sido creado de cosas finitas necesariamente. Por eso se dice en Génesis, que Adán fue creado del polvo de la tierra, por lo cual también fue llamado Adán, porque Adán quiere decir suelo o tierra, y el cuerpo natural del hombre consiste de cosas procedentes de la tierra y de la atmósfera; su cuerpo es constantemente formado y renovado por estas materias, absorbiendo por la vía respiratoria y por los poros del cuerpo las que están en la atmósfera, y las más gruesas absorbe en forma de alimento, preparado de sustancias terrestres. Mas no sólo el cuerpo natural del hombre es finito; lo es también su espíritu. Su cuerpo espiritual es igualmente una forma finita, creada de sustancias finitas, cuales hay en el mundo espiritual y es un receptáculo de la Vida, que procede del Señor, cuya Vida, influye primero en este receptáculo interior y por conducto de éste en el exterior, o sea en el cuerpo natural. Las sustancias finitas del mundo espiritual, son también concentradas en nuestra tierra y almacenadas en ella. Si no estuviesen allí unidas a la materia, la simiente no sería interiormente vivificada y no crecería luego de maravillosa manera, sin desviarse un punto de la ley universal según la cual se verifica el progreso sucesivo de toda planta y árbol, desde que empiecen a brotar hasta que lleven su fruto maduro y produzcan nueva simiente. Sin estos elementos espirituales, no sería posible la procreación de gusanos por la efluviación del suelo y por las exhalaciones de las materias vegetales, de las cuales, la atmósfera se halla impregnada. La razón humana por sí sola basta para comprender, que lo Infinito sólo puede crear cosas finitas y que el hombre, siendo finito, no puede ser más que una forma, muerta en sí misma, animada por la vida que en ella hay, procedente de la Vida Misma, que es el Señor; por eso se dice en Génesis:

«Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra y alentó en su nariz soplo de vida» (Génesis 2:7).

Dios, siendo infinito, es Vida en Sí Mismo. La Vida no puede ser creada y así transferida a los hombres, porque de esta manera resultarían dioses. La loca imaginación de que esto era el caso, fue precisamente la insensatez de la serpiente, o sea del Diablo, la cual éste comunicó a Eva y a Adán; porque la serpiente dijo:

«El día que comeréis de él, serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal» (Génesis 3:5).

Los hombres de la Iglesia primitiva, la más antigua en la tierra, hacia su fin, cuando se acercaba su consumación, tenían esta horrible idea. Esto sé de su propia boca, habiendo hablado con varios de ellos, y por causa de la horrible creencia de que eran dioses, se hallan ahora sepultados en lo más profundo de una cueva, a la cual, nadie puede acercarse, sin que le coja un vértigo que le hace caer al suelo. Que Adán y su mujer significan la más antigua Iglesia en la tierra, se ha dicho en el precedente artículo.

471. El que piensa por una razón elevada por encima de las cosas sensuales del cuerpo, puede comprender que la Vida no puede ser creada; porque ¿qué es la Vida sino la íntima actividad del amor y de la sabiduría, que existen en el Señor y que proceden del Señor, cuya Vida también puede llamarse la Fuerza vital misma? Comprendiéndose esto, se comprende también que esta Vida sólo pueda ser transferida al hombre en y con el amor y la sabiduría. ¿Quién niega, o pueda negar, que todo bien del amor y toda verdad de la sabiduría vienen exclusivamente de Dios, y que tanto como el hombre los recibe de Dios, tanto vive de Dios, y se dice de él que es nacido de Dios, es decir, regenerado? Por otra parte, tanto como el hombre no recibe amor y sabiduría, o lo que es lo mismo, caridad y fe, tanto deja de recibir la Vida, que en sí mismo es Vida y que sólo procede de Dios, y en vez de ella recibe la vida pervertida, que se llama muerte espiritual, que sólo procede del Infierno.

474. Que el Señor Sólo tiene Vida en Sí Mismo y por consiguiente que es la Vida Misma, enseña El Mismo en Juan:

«El Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. En El estaba la Vida y la Vida era la luz de los hombres» (Juan 1:1; 4).

En otro lugar:

«Como el Padre tiene Vida en Sí Mismo así dio también al Hijo que tuviere vida en sí mismo» (Juan 5:26).

Y en otro:

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Juan 14:6).

Y otro:

«El que me sigue tendrá la luz de la vida» (Juan 8:12).

4. Mientras él hombre vive en el mundo es mantenido en medio entre el cielo y el infierno y allí está en equilibrio espiritual, lo cual es libre voluntad.

475. A fin de poder conocer lo que es la libre voluntad, es preciso saber de dónde procede. Una vez reconocido su origen, resulta claro, no sólo que existe, sino también cuál y cómo es su naturaleza. Su origen lleva del mundo espiritual, en cuyo mundo, la mente del hombre, es mantenida por el Señor. La mente es el espíritu del hombre que vive después de la muerte, y el espíritu se halla en el mundo espiritual siempre en compañía de espíritus de la misma cualidad y carácter y por medio del cuerpo se halla al mismo tiempo en el mundo natural en compañía de hombres. La razón por la cual el hombre ignora el que en cuanto a su espíritu se halla entre espíritus, es que los espíritus, en cuya compañía se halla, piensan y hablan espiritualmente, mientras que el espíritu del hombre durante su permanencia en el cuerpo piensa y habla naturalmente y el hombre natural no puede entender ni percibir el habla y los pensamientos espirituales, así como un espíritu no puede entender y percibir el habla y los pensamientos naturales del hombre, cuyos últimos, sin embargo, forman uno con los pensamientos y el habla de los espíritus, en cuya compañía se halla en cuanto a su espíritu; y viceversa: los pensamientos y el habla de los espíritus, que están en compañía del hombre, forman uno con los pensamientos y el habla naturales

de éste, todo por medio de la correspondencia que existe entre lo espiritual y lo natural. Por esta razón los espíritus ignoran el que se hallan con el hombre y el hombre ignora igualmente el que se halla con los espíritus; éstos no saben que piensan y hablan a base de la mente natural del hombre, y éste no sabe que piensa y habla por virtud de los espíritus. Pero cuando el espíritu del hombre, después de separado del cuerpo, se halla conscientemente entre espíritus en el mundo espiritual, entonces piensa y habla espiritualmente como ellos, porque la mente del hombre, o sea su espíritu, es espiritual en cuanto a su interior, más natural en cuanto a su exterior, por lo cual comunica con espíritus por medio de sus cosas interiores y con hombres por medio de sus cosas exteriores. Es a causa de esta comunicación con espíritus que el hombre puede percibir, pensar y reflexionar analíticamente; sin ella sólo podría pensar cómo piensa un animal y si la comunicación fuese interrumpida, caería muerto en el acto. Los espíritus que están con el hombre mientras vive en el mundo, son del mundo de los espíritus, que ni es el Cielo ni el Infierno, sino un estado intermedio y un lugar intermedio entre éste y aquél. Este lugar intermedio es de grande extensión y a los que están allí parece un orbe o un mundo entero, por lo cual también se llama el mundo de los espíritus. En él hay una enorme multitud de espíritus, porque allí entra el espíritu de todo hombre inmediatamente después de la muerte del cuerpo. Este lugar intermedio, entre el Cielo por una parte y el Infierno por otra parte, es lo que en el Verbo se llama la grande sima, que no puede ser franqueada por la una parte ni por la otra (Lucas 16:26). Dentro de este lugar intermedio influye en abundancia el mal que exhala el Infierno, y por otra parte también influye allí en abundancia el bien que dimana del Cielo. El Cielo aparece allí encima de la cabeza y el Infierno debajo de los pies; no que el Infierno está en el centro del planeta habitado por los hombres, sino debajo del suelo del mundo espiritual, el cual también es de origen espiritual y por consiguiente no tiene extensión material, sino aparentemente extensión espiritual, de cuya extensión, desde el punto de vista natural, no puede indicarse el lugar ni la medida. Por el influjo en el mundo de los espíritus, por una parte del bien, que dimana del Cielo y por otra parte del mal, exhalado por el infierno, se sostiene todo allí en perfecto equilibrio; porque el Señor cuida de que la influencia del bien equivalga exactamente a la influencia del mal y de esta manera los espíritus allí se hallan en completa libertad, y el hombre en el mundo natural, que con respecto a su interior se halla en continua comunicación con espíritus del mundo de los espíritus, pensando, hablando y obrando por virtud de ellos, participa por consiguiente del mismo equilibrio entre el bien y el mal, por cuyo equilibrio tiene su libre voluntad, tanto en cosas naturales, cuanto en cosas espirituales.

478. Este equilibrio puede compararse con el equilibrio natural: Figurémonos un hombre que se encuentra entre otros dos de fuerzas iguales, siendo atraído por cada uno en sentido opuesto; en esta situación el hombre se encuentra como si ninguna fuerza obraba sobre él y puede libremente inclinarse hacia el uno o hacia el otro, y cuando se inclina hacia el uno, arrastra consigo al otro como si no ofreciera oposición alguna. En semejante equilibrio se hallan todos los miembros, órganos y vísceras del cuerpo humano y es por esta razón, que cada uno de ellos puede desempeñar su oficio y funcionar con completa libertad; sin este equilibrio cesaría toda acción y reacción. El corazón, los pulmones, el hígado, el páncreas, los intestinos, así como los muslos, los nervios, los cerebros, se hallan en tal equilibrio, y en un equilibrio parecido se halla también la mente, que está al interior de estos órganos y que consiste de las cosas espirituales, que se refieren a la voluntad y al entendimiento. Los animales tienen también libertad,

pero son guiados por sentidos exclusivamente corporales y movidos por inclinaciones exclusivamente naturales. El hombre no se desemejaría de ellos, si tuviera completa libertad de acción, como tiene de pensamiento; sería también llevado por sus sentidos corporales é impelido por sus apetitos y gustos carnales, más el caso es diferente con el que abraza y absorbe las cosas espirituales de la Iglesia y por medio de ellas inclina su libre voluntad en sentido del bien; porque éste es guiado por el Señor y se aparta de los apetitos mundanos y las concupiscencias, siendo poco a poco libertado de su dominio y adquiere por el contrario inclinación al bien y aversión al mal; así es poco a poco extraído de entre los espíritus del mundo de los espíritus y acercado más y más al cielo, siendo finalmente introducido en la libertad celestial, que es la verdadera libertad.

5. Por el permiso que cada uno tiene en su hombre interior de obrar el mal, consta que el hombre tiene libre voluntad en cosas espirituales.

479. Tanto la Sagrada Escritura cuanto la historia de la Iglesia y también varias circunstancias de la vida práctica demuestran claramente que el hombre tiene libre voluntad en cosas espirituales, porque presentan muchos ejemplos de que los hombres han realizado malas obras con perfecta libertad de acción movidas por su pasión y siguiendo su gusto, sin que Dios omnipotente lo haya impedido. Por la Sagrada Escritura sabemos:

1. Que Adán y Eva, los más sabios de los hombres, se dejaron seducir por la serpiente.
2. Que su hijo primogénito, Caín, mató a su hermano Abel, y que Jehová no lo impidió, limitándose a maldecir a Caín después de cometido el fratricidio.
3. Que la nación israelita adoró a un becerro de oro en el desierto, por más que Jehová lo vela desde el monte de Sinaí y hubiera podido impedirlo.
4. Que David contó el pueblo, y que en su consecuencia una plaga vino sobre ellos, y que Dios envió al profeta Gad a David para anunciarle el castigo después de consumado el hecho y no antes.
5. Que Salomón instituyó una adoración idólatra, sin impedírselo Dios por más que le hubiera sido fácil.
6. Que muchos reyes después de Salomón profanaron el templo y las cosas sagradas de la Iglesia, y que finalmente crucificaron al Señor.

La historia de la Iglesia demuestra que el mal y la falsedad han sido introducidos en la Iglesia por los hombres con completa libertad:

7. Mahoma estableció su Sistema religioso con muchas divergencias de las Sagradas Escrituras.
8. La Religión Cristiana se halla dividida en muchas sectas y cada secta en herejías.
9. En la Cristiandad hay multitud de personas impías; multitud de tramas y traiciones, hasta contra personas piadosas, justas y sinceras.
10. La injusticia triunfa a menudo sobre la justicia en los tribunales y en los tratos comerciales.
11. Personas impías ocupan a menudo altos oficios y puestos de honor, consiguiendo fama y gloria como grandes personajes y jefes.

12. Dios permite el que haya guerras que causan la pérdida de muchas vidas humanas y el asolamiento de naciones, ciudades y familias.

Estas cosas y otras parecidas no son posibles más que por la libre voluntad que todos tienen. A juicio de todo hombre sensato el otorgamiento del mal que continuamente se puede observar en el mundo, no tiene otro origen. Las leyes del otorgamiento, o tolerancia del mal son también leyes de la Divina Providencia. La vida práctica nos da en particular muchas pruebas de que todo hombre tiene libre voluntad, tanto en cosas espirituales cuanto en cosas naturales. Cualquiera puede pensar en Dios, en el Señor, en el Espíritu Santo, muchas veces al día y meditar en las cosas espirituales de la Iglesia, y cada vez que lo hace puede hacerlo libremente, sin sentir coacción alguna sobre su mente, sino que al contrario lo hace por gusto é inclinación, o por ambición o concupiscencia y puede hacerlo así aunque no tenga fe. Sin la libre voluntad no podría uno pensar cuando habla, conversa, ora a Dios o predica; ni siquiera cuando escucha; la libre voluntad es condición necesaria para esto; es más: sin la libre voluntad no podríamos respirar, porque la respiración va mano en mano con el pensamiento, y por ello con el habla. La inmediata procedencia de la respiración es por cierto la libre voluntad del hombre en cosas naturales, pero esta procede a su vez de su libre voluntad en cosas espirituales, por lo cual se puede decir, que el hombre, sin su libre voluntad en cosas espirituales, no podría respirar más que una estatua, mientras que el animal, diferentemente del hombre, respira por su libre voluntad natural sola y exclusivamente. El mundo reconoce por regla general que el hombre tiene libre voluntad en cosas naturales, pero la tiene, como se acaba de decir por virtud de su libre voluntad en cosas espirituales; porque el Señor influye en todo hombre desde arriba o desde lo interior con Su Divino Bien y con Su Divina Verdad, según antes se ha dicho, inspirando así en el hombre una vida que es diferente de la vida de los animales, y es don Suyo el que el hombre pueda y quiera recibir el Divino Bien y la Divina Verdad y obrar por virtud de ellos.

Esta facultad es dada por el Señor a todo hombre y nunca la retira. De ahí que la constante voluntad del Señor es que el hombre reciba la Verdad y el Bien, con el fin de que así llegue a ser un hombre espiritual, lo cual es el destino de todo hombre desde su nacimiento; pero nadie puede llegar a ser hombre espiritual sin tener libre voluntad en cosas espirituales. Esto sería como quien quisiera pasar un camello por el ojo de una aguja o tocar con la mano una estrella del cielo. Que la facultad de poder comprender la verdad y de querer obrarla es dada a todo hombre y también a los demonios, no siendo jamás revocada, he podido comprobar por viva experiencia: Uno de los que están en el infierno fue sacado de allí y elevado al mundo de los espíritus. Una vez allí le preguntaron unos ángeles del Cielo si comprendía las cosas que decían. Eran cosas espiritual/Divinas. Contestó que las comprendía y cuando le preguntaron por qué no admitía esas cosas, contestó que no las amaba y que por consiguiente no quería admitirlas; le dijeron que podía quererlas por la facultad que todos tienen del Señor. Se admiró de esto y dijo que no podía. Entonces los ángeles inspiraron en su entendimiento la gloria de la fama y su placer, y recibiendo esta inspiración quiso él también esas cosas y las amó. Pero seguidamente fue reintroducido en su anterior estado de saqueador, adúltero y defraudador del prójimo, y entonces, no queriendo más las cosas que hablaban los ángeles, tampoco las comprendía. Es pues evidente que el hombre es hombre por virtud de su libre voluntad en cosas espirituales, y que sin ésta sería como una piedra, como un tronco, o como la mujer de Lot.

Nota:

† Esto se halla explicado detenidamente en La Divina Providencia, obra de Emanuel Swedenborg, publicada en Ámsterdam, año 1764, (La Divina Providencia 234-274), donde también da amplia explicación de los ejemplos citados.

6. Sin la libre voluntad en cosas espirituales a nada serviría el Verbo y en su consecuencia la Iglesia sería nada

483. Es generalmente reconocido en el mundo cristiano que el Verbo en sentido amplio es la Ley, o sea el libro de las leyes, según las cuales los hombres deben conducir su vida, a fin de poder heredar la vida eterna; y en efecto, no hay en el Verbo nada más frecuentemente repetido, que las exhortaciones de obrar el bien y de dejar de obrar el mal; de creer en Dios y no en ídolos. El Verbo es lleno de promesas, de bendiciones y recompensas para los que obren el bien y crean en Dios, y lleno de maldiciones y amenazas para los que no lo hagan. ¿De qué serviría todo esto si el hombre no tuviera libre voluntad en cosas espirituales, es decir, en las cosas que se refieren a su salvación y a la vida eterna? ¿No serían palabras vanas, que de nada servirían? Huelga aquí citar pasajes del Verbo, pero en vista de que la Iglesia actual insiste en que la mente humana nada puede en cosas espirituales, en demostración de lo cual cita pasajes del Verbo, falsamente interpretados por ella, indicaremos aquí algunos pasajes, que claramente demuestran la necesidad, que el hombre tiene de obrar el bien y de creer en Dios. Tales pasajes son: Mateo 21:43; Lucas 3:8-9; 6:46-49; 8:21; Juan 9:31; 13:17; 14:21; 15:8; 14, 16; Mateo 12:33; 3:8, 13:23, Juan 4:36; Isaías 1:16, 17; Mateo 16:27; Juan 5:29; Apocalipsis 22:12; Jeremías 32:19; Zacarías 1:6; Mateo 21:33-44; 25:14-30, Lucas 19:12-27. Estos pasajes enseñan la necesidad de obrar el bien; los siguientes enseñan la necesidad de creer en el Señor: Juan 11:25, 26; 6:40, 47; 3:36, 15-16; 22:37-40 y otros. Estos pasajes son muy pocos entre la multitud que hay en las Sagradas Escrituras en apoyo de lo expuesto; son como unas cuantas gotas tomadas del mar.

484. En presencia de estos pasajes resulta evidente la insolidéz de los dogmas, citados más arriba (464), sacados de Fórmula Concordia. Si fuera verdad lo que estos dogmas enseñan, ¿qué sería entonces la Religión, sino una palabra vana? Porque Religión es obrar el bien; ¿y qué es la Iglesia sin la Religión? No es más que la corteza del árbol, útil sólo para ser quemada. Esto ve todo hombre sensato y amigo de la verdad, y se aparta de la Iglesia, que enseña locuras tales como los citados dogmas respecto de la libre voluntad, prefiriendo tomar por su guía la sana razón y establecer su fe según ella. A otros la indicada errónea enseñanza de la Iglesia quita toda confianza en la Religión y éstos acaban por negar a Dios, porque ven que no hay Religión en la Iglesia por no haber en ella verdad, y no habiendo Religión ¿qué son entonces el Cielo y el Infierno, sino fábulas inventadas por los pastores y preladados de la Iglesia con el objeto de tener sujeta a la gente sencilla y crédula, dominarla y elevarse a honores? Los que abrazan la detestable enseñanza de la Iglesia, de que el hombre es impotente en cosas espirituales, se complacen en repetir para sí y para otros: ¿Quién puede obrar el bien de por sí mismo? ¿Quién puede por sí mismo adquirir fe? Y viven descuidados como paganos. Pero los hombres sensatos, sinceros, amigos del bien y de la verdad, huyen del mal, obran el bien y creen en el Señor con todo su corazón y con toda su alma, y el Señor les ayuda y les da amor para obrar y fe para creer. Por el amor obran entonces el bien genuino, y

por la fe, que es confianza, creen en espíritu y en verdad; y continuando así se verifica poco a poco entre ellos y el Señor una conjunción recíproca, perpetua, que es la salvación misma y la vida eterna.

7. Sin la libre voluntad en cosas espirituales no tendría el hombre cosa alguna, perteneciéndole, mediante la cual podría a su vez entrar en conjunción con el Señor, y por consiguiente no habría imputación, sino meramente predestinación, lo cual sería detestable.

485. En el capítulo cuarto, que trata de la fe, queda demostrado plenamente que sin la libre voluntad en cosas espirituales no habría en el hombre caridad ni fe y mucho menos conjunción entre los dos. De ahí que sin la libre voluntad en cosas espirituales no habría en el hombre cosa alguna perteneciéndole, por medio de la cual el Señor podría unirse con él, y sin la conjunción recíproca entre el Señor y el hombre no sería posible la imputación. El confirmarse en la creencia de que el hombre no tiene libre voluntad en cosas espirituales y por consiguiente que no se verifica en él imputación del bien y del mal, trae consigo innumerables consecuencias, y es la causa de todas las herejías, paradojas y contradicciones, que han nacido de la fe de la Iglesia actual referente a la imputación del Mérito y de la Justicia del Señor Dios el Salvador.

486. El dogma de la predestinación es hijo de la fe de la Iglesia actual, porque ha, venido de la creencia, de que el hombre es en absoluto impotente en cosas espirituales, y podemos decir que nació de esa fe como consecuencia casi inevitable, primero entre los Predestinanos y mediante ellos entre los Godoschalcos, luego por Calvin entre sus compañeros, y finalmente fue firmemente establecido por la Sinoda de Dortrect, de donde los Supra é Infra Lapsarios la llevaron a su iglesia como un paladión de la religión, o mejor dicho como una cabeza de gorgona o medusa esculpida en el escudo de Palas. Este abominable dogma demuestra claramente hasta qué punto de extravío ha llegado el hombre, por negar su libre voluntad en cosas espirituales y afirmar, que es en absoluto impotente en todo cuanto se refiere a su salvación. ¿Puede imaginarse cosa más cruel, que el que Dios hubiere predestinado parte de la raza humana a condenación y muerte eterna? ¿Cómo puede Dios, que es el Amor mismo y la Misericordia misma, desear y disponer que multitudes de hombres nazcan para el infierno, o sea que millones y millones nazcan condenados, es decir, demonios y satanáas? ¿Cómo puede Dios por Su Divina Sabiduría, que es infinita, dejar de proveer para que aquellos que viven bien y reconocen a El no sean echados al fuego eterno? El es el Señor, el Creador y Salvador de todos, y El Solo guía a todos y no quiere la muerte de alma alguna; y sin embargo, el dogma de la predestinación enseña y asegura que naciones y pueblos, bajo los auspicios y la dirección del Señor, son entregados por predestinación al Diablo para saciar su apetito. La Nueva Iglesia aborrece como a un monstruo a ese dogma, hijo de la fe de la Iglesia actual.

8. Si no hubiera libre voluntad en cosas espirituales sería Dios la causa del mal y por consiguiente no podría haber imputación.

489. La fe de la Iglesia actual, que sostiene que el hombre no tiene libre voluntad en cosas espirituales, fue primeramente adoptada por el Concilio de Nicea, cuyo Concilio declaró que la Divina Trinidad consta de tres Personas, cada una de las cuales es Dios en y por sí, por lo cual era natural que los que luego profesaron esta fe, al acercarse a Dios, se acercaban a cada Persona separadamente, apoyando su fe en la Imputación del Mérito y de la Justicia del Señor Dios el Salvador, y a fin de impedir que hombre alguno pudiese apoderarse del Mérito del Señor, fue declarada nula la libre voluntad del hombre en cosas

espirituales, y éste completamente impotente con respecto a estas cosas y a todas las cosas relacionadas con su salvación. De esta fe han nacido multitud de herejías, unas más horribles y perniciosas que otras, y entre ellas también el monstruo que llaman predestinación, de la cual hemos hablado en el artículo precedente; todas estas herejías implican que Dios sea la causa del mal, o sea que Dios haya creado hombres malos y hombres buenos; pero el que se fija en lo que el Verbo dice sobre este particular, se convence fácilmente de la falsedad de esas enseñanzas, que por lo demás son incompatibles con la sana razón, y sobre todo con sentimientos humanos caritativos. El Verbo dice muy claramente que «Dios vio todo lo que había hecho y he aquí, que era bueno en gran manera»; y dice además que en el jardín de Edén fue plantado el árbol de vida y también el árbol de ciencia del bien y del mal, lo cual significa que fue dado al hombre libre voluntad en cosas espirituales, y por esta libre voluntad podía comer del árbol de vida—y vivir,—o del árbol de ciencia del bien y del mal—y morir espiritualmente;—porque el árbol de vida significa el bien y la verdad, procedentes del Señor, por consiguiente el Señor Mismo, y el comer de este árbol significa, recibir en sí este influjo del Señor, cuyo influjo causa conjunción con El, mientras que por otra parte, comer del árbol de ciencia del bien y del mal significa apartarse del Señor y seguir su propia voluntad y su propia inteligencia. Esto hizo el hombre y por esta causa fue expulsado del paraíso, es decir, perdió el influjo del bien y de la verdad procedentes del Señor y entró en su propia voluntad y propia inteligencia, las cuales son fríos y tinieblas espirituales. Por tener libre voluntad el hombre mismo es responsable de sus actos y vida y no Dios, pero si fuera verdad lo que enseña la Iglesia actual, que el hombre no tiene libre voluntad en cosas espirituales, entonces Dios Mismo sería la causa del mal, porque hubiera creado hombres buenos y hombres malos; mas Dios no ha podido crear hombres malos, porque El es el Bien Mismo y en todo bien es Omnipotente, esforzándose continuamente para ser recibido. Si no es recibido no se retira, sin embargo; porque si se retirase el hombre moriría instantáneamente, siendo así que continuamente recibe su vida de Dios, y que todo cuanto forma parte de él subsiste por Dios. Dios no crió el mal, más el mal fue introducido por el hombre, porque éste por apartarse de Dios e inclinarse a sí mismo transforma en mal el bien que continuamente influye en él de Dios. Por esta transformación el goce del bien viene a ser goce del mal, porque el goce permanece inalterable durante la transformación, retirándose del bien y aplicándose al mal; si no fuera así el hombre no podría vivir, porque el goce es la vida de su amor. El hombre ignora esto, mientras vive en el mundo, pero después de la muerte resulta para él manifiesto. Consta pues, que todo hombre es predestinado al Cielo y nadie al infierno, y que el hombre mismo se entrega al infierno, por abusar de su libre voluntad en cosas espirituales, absorbiendo las exhalaciones de los infiernos, puesto que el hombre es mantenido en un estado intermedio entre el Cielo y el Infierno y por consiguiente en equilibrio entre el bien y el mal o sea con libre voluntad en cosas espirituales. Que Dios no es la causa del mal y que no quiere que alma alguna sea condenada a muerte eterna, es muy evidente por este pasaje en Mateo:

«Nuestro padre que está en los cielos hace que salga su sol sobre buenos y sobre malos y llueve sobre justos e injustos» (Mateo 5:4.5). «Dios no quiere la muerte del pecador sino que se arrepienta y viva.»

492. Con respecto a la perversión del bien, que procede del Señor, he podido notar muchas veces en el mundo espiritual, que palabras pronunciadas desde el Cielo, han pasado por medio del mundo espiritual y penetrado en los infiernos, hasta en sus últimas profundidades. Al salir del Cielo eran palabras del bien

de la caridad; mas conforme descendían transformaronse en términos, que expresaban cosa distinta, hasta llegar a ser contrarias a la caridad, y finalmente, en términos que expresaban odio contra el prójimo. Esto demuestra que todo cuanto sale del Señor es bueno, mas es cambiado en mal por los espíritus del infierno. Lo mismo se hizo con ciertas verdades de la fe, las cuales, conforme descendían, fueron cambiadas en falsedades, opuestas a las verdades; porque el receptáculo adapta a su propia forma lo que influye en él, haciéndolo entrar en concierto consigo mismo.

9. Las cosas espirituales de la Iglesia, que entran libremente y son recibidas en libertad, permanecen, más no así las que son impuestas contra la voluntad.

493. Lo que el hombre recibe libremente y con gusto permanece en él; porque concuerda con su voluntad, a la cual se refiere la libertad, y la cual es el receptáculo del amor; y lo que el hombre recibe con amor recibe con completa libertad, voluntariamente. Lo que agrada al amor, agrada a la voluntad y es libertad; pero la voluntad es doble, una del hombre interior y otra del hombre exterior, por la cual el hombre puede obrar y hablar delante del mundo de cierta manera y con sus familiares de otra manera; ante el mundo un hombre insincero obra y habla por la voluntad de su hombre exterior y con sus familiares por la voluntad de su hombre interior. Cuando aquí hablamos de la libertad del amor en la voluntad, entendemos la voluntad del hombre interior, y por lo que queda expuesto en artículos precedentes puede constar que la voluntad interior es el hombre mismo, puesto que el esse y la esencia de su vida está en ella, mientras que el entendimiento sólo es la forma, mediante la cual la voluntad presenta su amor visible. Todo cuanto procede del amor del hombre, es decir, todo cuanto el hombre ama y por amor quiere, es libertad; porque lo que procede del amor de su voluntad interior, procede del goce de su vida. Es también su propium, o sea su propia naturaleza, y por esta causa todo cuanto es recibido por la libertad de esta voluntad permanece, porque es añadido al propium. Lo contrario acontece con lo que se impone contra la voluntad; esto no es recibido de aquella manera, ni permanece.

494. Las cosas que por ser recibidas libremente, permanecen, no son sin embargo las de la vida civil y política, sino las cosas espirituales del Verbo y de la Iglesia, si el hombre las absorbe con amor, confirmándolas mediante su entendimiento; porque las cosas espirituales ascienden a la región superior de la mente del hombre y toman forma allí, porque allí es por donde entra el Señor al hombre con Sus bienes y Sus verdades, y esa región es el templo donde El mora. Por otra parte, las cosas civiles y políticas, por pertenecer al mundo, ocupan las regiones inferiores de la mente, donde algunas de ellas son como los edificios exteriores del templo y otros como portales por donde se entra. Otra razón, por la cual las cosas espirituales ocupan la región superior de la mente es que son pertenencias del alma y miran a la vida eterna, y el alma se halla en la región más elevada y se nutre de alimento espiritual. Por esta razón, el Señor se llama Pan:

«Yo soy el pan vivo, que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre»
(Juan 4:51).

En esa región reside el amor al bien, que determina la bienaventuranza del hombre después de la muerte, y su libre voluntad en cosas espirituales tiene asimismo allí su principal asiento. Desde allí desciende, formando y determinando la libertad que el hombre tiene en cosas naturales, y puesto que la libertad lleva su origen de la región superior, participan del mismo origen todas las formas de la libre voluntad natural, y por conducto de las formas naturales el amor, que reside en la región más elevada, absorbe y hace suyo todo cuanto favorece y fomenta sus fines. La relación es como entre una fuente y las aguas que salen de ella, o como entre el elemento prolífico en la simiente y todo detalle de la planta o del árbol que

sale de la misma, especialmente el fruto, en el cual la simiente se renueva. Pero el que niega la existencia de la libre voluntad del hombre en cosas espirituales, cierra la fuente superior o interior y abre otra fuente inferior o exterior, cambiando así la libertad espiritual en libertad exclusivamente natural y finalmente en libertad infernal. Esta libertad es también como el elemento prolífico en la simiente, el cual libremente pasa a través del tronco y de las ramas hasta entrar en la fruta, la cual entonces, a causa del mal original, es interiormente podrida.

495. La libertad que procede del Señor es verdadera libertad, pero la que procede del infierno es esclavitud o cautiverio; sin embargo la libertad espiritual parece cautiverio al que se halla en la libertad infernal, porque es opuesta a la suya, pero todos cuantos se hallan en la libertad espiritual no sólo saben, sino también sienten y perciben que la libertad infernal es esclavitud, por lo cual los ángeles se apartan de ella con repugnancia como del hedor de un cadáver, mientras que los infernales la absorben como un olor aromático. El goce de la libertad espiritual es adorar a Dios: El Verbo nos dice, que la adoración que viene por la libertad es verdadera adoración, y el sacrificio voluntario es agradable a Dios:

«Voluntariamente sacrificaré a ti, OH Dios» (Salmos 54:6). «Los voluntarios de los pueblos se juntaron, el pueblo del Dios de Abraham» (Salmos 47:9).

Por la misma razón había entre los hijos de Israel sacrificios de ofrendas voluntarias, o sea adoración voluntaria; porque su adoración consistía principalmente de sacrificios; y por ser lo espontáneo, o sea la ofrenda voluntaria, agradable a Dios, encomendó al pueblo:

«Que todo varón a quien su corazón impelo, y todo aquel a quien espíritu voluntario movió, trajesen ofrenda a Jehová para la obra del Tabernáculo» (Éxodos 35:5, 21, 29).

Y el Señor dice que la verdadera libertad es hacer Su Voluntad:

«Si permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os libertará. Si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres, mas todo aquel que hace pecado, siervo es del pecado» (Juan 8:31-36).

10. La voluntad y el entendimiento del hombre se hallan en este libre albedrío, pero en ambos mundos, tanto en el espiritual cuanto en el natural, el obrar el mal es restringido por leyes, por cuanto de lo contrario la sociedad perecería por ambos lados.

497. Queda demostrado que el hombre tiene libre voluntad, tanto en cosas espirituales cuanto en cosas naturales, y que la libre voluntad es cosa del pensamiento y de las inclinaciones. Reside, pues, en la voluntad y en el entendimiento del hombre y la razón porque reside allí es como sigue:

1. En la regeneración la voluntad y el entendimiento del hombre interior deben ser reformados primero y luego por medio de ellos las correspondientes dos facultades del hombre exterior por virtud de las cuales habla y obra.
2. Las dos mencionadas facultades del hombre interior constituyen su espíritu que vive después de la muerte, cuyo espíritu se sujeta a la ley Divina exclusivamente, y la exigencia primaria de esta ley es que el hombre piense en la ley y la obedezca, viviendo en conformidad con ella, aparentemente por su propio esfuerzo, pero en realidad por virtud del Señor.

3. El hombre se halla en cuanto a su espíritu en un estado intermedio entre el Cielo y el Infierno, o sea entre el bien y el mal y así en equilibrio (véase 345); pero mientras vive en el mundo se halla en equilibrio entre el Cielo y el mundo, y entonces apenas sabe, que en la medida que se retire del Cielo y se acerque al mundo, se acerca también al Infierno; lo sabe y sin embargo lo ignora, a fin de que también en cuanto a esto pueda hallarse en libertad y ser reformado.

4. Estos dos, la voluntad y el entendimiento, son los dos receptáculos del Señor en el hombre; la voluntad es el receptáculo del amor y de la caridad; el entendimiento el receptáculo de la sabiduría y de la fe. En estos dos opera el Señor, mientras el hombre se halla en completa libertad a fin de que pueda haber conjunción mutua y recíproca, por medio de cuya conjunción viene la salvación.

5. El juicio, efectuado por el Señor con el hombre después de la muerte, es efectuado con arreglo al uso que ha hecho de su libre voluntad en cosas espirituales.

498. De esto sigue que la libre voluntad en cosas espirituales reside en el alma del hombre en toda su perfección y desde allí desciende en su mente, en los dos receptáculos que son la voluntad y entendimiento y por conducto de éstos en sus sentidos corporales, en su habla y en sus actos, comparativamente como aguas que salen de una fuente, las cuales disminuyen conforme aumenta la distancia; porque en el hombre hay tres grados de vida: el alma, la mente y el cuerpo sensual, y lo que se halla en un grado superior es más perfecto que lo que se halla en un grado inferior. Tal es la libertad del hombre; y por conducto de ella, en ella y con ella, se halla el Señor presente en el hombre, procurando continuamente ser recibido, mas sin obligar la libre voluntad del hombre en manera alguna; porque según queda dicho, todo lo que el hombre hace obligatoriamente no permanece con él; por lo cual se puede decir que la libertad es la habitación del Señor en el alma del hombre. Que el obrar el mal es restringido por leyes en ambos mundos va sin explicar, puesto que de lo contrario ninguna sociedad podría existir. Diré, sin embargo, la razón por la cual sin estas restricciones no solamente perecería la sociedad, sino también toda la raza humana. El hombre es sujeto a dos amores: el uno de dominar sobre todos y el otro de poseer las riquezas de todos. Estos amores, no refrenados, crecen constantemente, sin medida ni fin; el mal hereditario, con el cual el hombre nace ha venido principalmente de estos dos amores, y el pecado de Adán fue, precisamente, el querer ser como Dios cuyo deseo malo le infundió la serpiente, o sea su hombre sensual. Por eso la maldición sobre él fue, que la tierra no le había de producir más que espinos y cardos (Génesis 3:5, 18), lo cual significa toda clase de males con sus consiguientes falsedades. Todo aquél que se ha abandonado a estos amores estima que él mismo es el sólo y único, de quién y por causa de quién existen los demás hombres. Tales personas no tienen piedad, no temen a Dios, no tienen amor al prójimo, y por ello están llenos de inclemencia, inhumanidad y crueldad, de una pasión voraz de saquear y robar, de maldad y de astucia para fomentar y ultimar sus designios. Tan crueles pasiones no tienen siquiera las fieras; éstas no se matan ni se devoran unas a otras más que por el deseo natural de apaciguar su hambre, o para defenderse; por lo cual un hombre malvado, mirado con respecto a estos amores, es más inhumano, más fiera, que una fiera. Que los hombres en sus interiores son así, se ha visto claramente en casos de insurrecciones, cuando las restricciones de las leyes han desaparecido; y también cuando ha habido masacres y saqueos, pudiendo entonces libremente dar venta a su furia contra los vencidos; apenas uno se contiene hasta ser obligado. Por esto consta, que si el miedo de las penalidades de la ley no mantuviera a los hombres dentro de límites, no sólo la sociedad, sino la raza humana entera perecería. Estos males no pueden ser alejados sino por medio de la libre voluntad en cosas

espirituales, por virtud de la cual el hombre puede inducir su mente a pensar en el estado de la vida después de la muerte.

11. Si el hombre no tuviera libre voluntad en cosas espirituales, todos los hombres en el mundo hubieran podido en un solo día ser inducidos a creer en el Señor, pero esto es imposible por la razón de que lo que el hombre no recibe en completa libertad, no permanece.

500. Los que no saben cuál y cómo es la Divina Omnipotencia pueden creer, que no existe Orden alguno, según el cual Dios ejerce Su Omnipotencia, o que Dios, si bien le parece, puede obrar en contra del Orden tan fácilmente como según y conforme el mismo. Más la verdad es que la Creación no hubiera sido posible, sino según el Orden, y el Orden es principalmente, que el hombre sea una imagen de Dios, por lo cual se debe perfeccionar más y más en amor y sabiduría y así gradualmente ser hecho esa imagen. Dios está continuamente activo en el hombre para conseguir este objeto; pero si éste no tuviera libre voluntad en cosas espirituales, la obra sería vana, puesto que la libre voluntad en cosas espirituales es indispensable para que el hombre pueda por su parte inclinarse a Dios, cooperar con El y a su vez unirse a El. El Universo entero ha sido creado por medio del Orden y según el Orden, tanto en su conjunto cuanto en sus detalles, y habiéndose verificado la Obra de la Creación de esta manera resulta que Dios es el Orden mismo, por lo cual lo que es contrario al Divino Orden es contrario a Dios. En efecto; Dios no puede obrar en contra de Su Divino Orden, porque sería obrar en contra de Sí Mismo, y así es que guía y conduce a todo hombre según y conforme el Orden, que es El Mismo: a los extraviados procura reintroducir en el Orden y a los que resisten procura atraer hacia Sí Mismo, mas siempre sin obligar su libre voluntad espiritual, cediendo al contrario y dejando al hombre en libertad de seguir su inclinación, si se empeña en rechazarle; porque como ya se ha dicho, sin el libre consentimiento del hombre, la obra sería infructuosa, porque no permanecerían en él las buenas inclinaciones introducidas por la coacción, sino que desaparecerían tan pronto como desapareciera ésta. Para que el hombre sea una imagen de Dios debe haber unión mutua y recíproca entre el Señor y el hombre; el hombre debe corresponder libre y espontáneamente al Amor Divino lo cual puede hacer únicamente por su libre voluntad en cosas espirituales. Sin esta libre voluntad el hombre carecería de lo esencialmente humano; sería como el animal irracional; podría por cierto ser obligado por Dios a creer en El, pero nunca podría llegar a ser Su imagen y disfrutar de la eterna bienaventuranza. Si el hombre hubiera sido creado sin libre voluntad en cosas espirituales, ¿qué cosa más fácil para Dios Omnipotente, que el hacer creer en el Señor a todos los hombres del mundo? Por Su Omnipotencia hubiera podido infundir esta fe, tanto directamente cuanto indirectamente; directamente mediante una operación irresistible y continua para la salvación del hombre, e indirectamente por medio de tormentos, infligidos en su conciencia o por mortales convulsiones de su cuerpo y graves amenazas de muerte si no la recibiese; o de otra manera con abrir el infierno y presentar a su vista demonios con teas encendidas, o hacer que saliesen de allí los muertos, que había conocido, presentándolos como terribles espectros. Pero no lo hace, porque sería inútil, lo cual el Señor también enseña con las palabras dirigidas por Abraham al hombre rico en el infierno:

«Si no oyen a Moisés y a los profetas tampoco se persuadirán si alguno se levantara de los muertos»
(Lucas 16:31).

12. Milagros no se verifican actualmente porque quitan la libre voluntad en cosas espirituales y obligan.

501. Se pregunta por qué razón no se verifican hoy milagros como antiguamente, porque se cree que si hubiera milagros ahora como antes, reconocería todo el mundo cordialmente la verdad. Pero no tienen lugar milagros ahora por la razón de que obligan; quitan la libre voluntad en cosas espirituales y hacen que los hombres, de ser espirituales, se vuelven naturales. Todo hombre en el mundo natural, después de la venida del Señor, puede llegar a ser espiritual, y llega a ser espiritual únicamente por el Señor mediante el Verbo. Esta facultad perdería si fuera inducido a creer mediante milagros, puesto que éstos, como ya se ha dicho, obligan y quitan del hombre su libre voluntad en cosas espirituales, y cuando es obligado de esta manera lo que entra, entra en su hombre natural y cierra su hombre espiritual, como con una puerta, privándole de la facultad de ver verdad alguna en luz, y así miraría luego las cosas espirituales desde su hombre natural solamente, y éste ve toda cosa, verdaderamente espiritual, en sentido inverso. Pero antes de la venida del Señor se verificaban a menudo milagros, porque los hombres eran entonces exclusivamente naturales, no pudiendo serles abiertas las cosas espirituales de la Iglesia, porque las hubieran profanado; por esta razón toda su adoración consistía en ritos y ceremonias, que representaban las cosas interiores de la Iglesia y no podían ser inducidos a perseverar en estos ritos y ceremonias, sino por medio de milagros y —según leemos en el Verbo— aun así no perseveraron en el cumplimiento de los preceptos dados (porque al interior de esos representativos había un elemento espiritual que contrariaba a su elemento natural depravado). Al estar Moisés ausente un mes, los Israelitas, por más que vieron tantos milagros en Egipto y luego en Sinaí, danzaban sin embargo alrededor de un becerro de oro, diciendo que éste era el dios que les había sacado de la esclavitud de Egipto, y muchas cosas parecidas hicieron en el país de Canaán a pesar de los poderosos milagros, hechos por Elías y Elisa y finalmente los milagros verdaderamente Divinos, hechos por el Señor. Estos hombres eran de una naturaleza tal que no podían ser regenerados y volverse espirituales, por lo cual los milagros, que fueron hechos entre ellos, no podían perjudicarles privándoles de esta facultad, porque no la poseían; pero con el hombre del mundo cristiano actual el caso es diferente; éste tiene la facultad de volverse espiritual, como ya se ha dicho, y milagros le perjudicarían tanto más cuanto la Iglesia actual por sus doctrinas y enseñanzas erróneas hace creer que no existe la libre voluntad en cosas espirituales, porque enseña que el hombre no puede contribuir a procurarse la fe, ni a su conversión, ni en general a su salvación. Los hombres que así creen, se vuelven más y más naturales, y el hombre natural ve a toda cosa espiritual al revés, oponiéndose a ella su pensamiento. Si en este estado fuese inducido a creer por medio de milagros se cerraría la región superior de su mente, donde principalmente reside su libre voluntad en cosas espirituales, y las cosas espirituales que se confirmarían mediante milagros, ocuparían la región inferior de la mente, la exclusivamente natural, mientras que encima de esta región permanecerían las falsedades respecto de la fe, de la conversión y de la salvación. Así resultaría que encima estarían los satanás y debajo los ángeles como gavilanes sobre gallinas, y después de algún tiempo acontecería que los satanás romperían el cierra y se lanzarían con furia sobre las cosas espirituales debajo de ellos, las cuales no sólo negarían, sino también las blasfemarían y profanarían. Lo último sería con tal hombre peor que lo primero.

502. El hombre, que por estar en falsedades con respecto a las cosas espirituales de la Iglesia se ha vuelto hombre natural, no puede evitar el pensar, que la Divina Omnipotencia es absoluta, es decir, que no existe Divino Orden alguno, al cual está sujeta, y a consecuencia de esta creencia se pregunta vanamente por qué Dios en Su Omnipotencia no aparta de los hombres los infiernos, o convierte a los demonios en

ángeles del Cielo, y por qué no aparta de una vez el mal y la falsedad de los hombres, haciendo de la tierra un paraíso como al principio, y muchas otras cosas parecidas; pero sépase que la Divina Omnipotencia no existe sin el Orden. Dios Mismo es el Orden, y todas las cosas fueron creadas por el Orden, en el Orden y para el Orden; porque fueron creadas por Dios. El Orden en el cual ha sido creado el hombre es que su bendición, o su maldición, debe depender de su libre voluntad en cosas espirituales; porqué el hombre no hubiera podido ser creado sin libre voluntad, como ya dijimos antes, ni hubieran podido ser creados sin ella el animal, el ave, o el pez en el mar, más los animales sólo tienen libre voluntad natural, mientras que el hombre la tiene natural y espiritual.

13. Recuerdo

507. RECUERDO. Una vez conversando con ángeles, hablamos finalmente de la concupiscencia del mal, en la cual todo hombre se halla por nacimiento. Uno de ellos dijo: «Los que se hallan en concupiscencia nos parecen necios, pero a ellos mismos (en el mundo de los espíritus) parecen sabios en el más alto grado; por lo cual, con el fin de apartarlos de su insensatez, son alternativamente introducidos en ella y en su racionalidad que está en sus exteriores; en este último estado ven, reconocen y confiesan su insensatez; sin embargo desean volver desde su estado racional a su estado insano, y en éste se introducen también como quienes cambian lo obligatorio y desagradable por lo que es libertad y goce; por consiguiente, lo que para ellos es interiormente agradable no es la inteligencia, sino la concupiscencia. Hay tres amores universales, que desde la creación constituyen el hombre; el amor al prójimo, que asimismo es el amor de realizar usos y provechos (este amor es espiritual); el amor al mundo que es el amor de poseer riquezas (este amor es material) y el amor a sí mismo, que es el amor de mandar sobre otros (y este amor es corpóreo). El hombre es verdadero hombre si el amor al prójimo, o sea el amor de realizar usos y provechos forma la cabeza, el amor del mundo o sea el amor de poseer riquezas, el pecho y el abdomen, y el amor a sí mismo, o sea el amor del dominio, los pies y sus plantas. Pero si el amor al mundo forma la cabeza, el hombre es como un jorobado, que difícilmente puede levantar la vista al cielo, y si el amor a sí mismo forma la cabeza es como uno que anda sobre las manos, los pies al aire. Cuando el amor de realizar usos y provechos forma la cabeza, el espíritu del hombre aparece en el cielo con rostro angelical y la cabeza rodeada de un hermoso arco iris, pero si el amor al mundo forma la cabeza, tiene, visto del cielo, el aspecto pálido de un difunto, con un círculo amarillo alrededor de la cabeza, y si el amor a sí mismo forma la cabeza, aparece, observado desde el cielo, con rostro de un fuego sombrío y la cabeza rodeada de un círculo blanco». Pregunté lo que significaban los círculos alrededor de la cabeza y contestaron: «Representan inteligencia: el círculo blanco alrededor de la cabeza y el rostro de fuego sombrío significa, que la inteligencia de éste se halla en sus cosas exteriores y alrededor de él, mientras que en su interior sólo hay locura y además significa que el hombre, que es así, es sabio, cuando está en el cuerpo, pero insano cuando está en el espíritu, porque ningún hombre es sabio en el espíritu, sino por el Señor, y sólo cuando es regenerado y creado de nuevo por El.» Cuando acabó de hablar se abrió la tierra hacia la izquierda y por la abertura vi subir a un demonio con rostro de fuego sombrío y un círculo blanco alrededor de la cabeza. Pregunté: «¿Quién eres?» y respondió: «Soy Lucifer, el hijo de la mañana,

y por querer igualarme al Altísimo fui precipitado, según la descripción, que de mí es dada en el capítulo catorce de Isaías». No era aquél Lucifer, pero se imaginaba que lo era. Le dije: «Si eres Lucifer y fuiste precipitado ¿cómo puedes volver a subir del infierno?» Respondió: «Allí soy un demonio, pero aquí soy un ángel de la luz; ¿no ves mi cabeza rodeada de un círculo blanco? Verás también, si quieres, que soy moral entre los morales, racional entre los racionales y hasta espiritual entre los espirituales. He sido también predicador.» Pregunté: «¿qué has predicado?» y respondió: «He predicado contra los defraudadores, adúlteros y contra todos los amores infernales; entonces llamaba a mí mismo, siendo Lucifer, un demonio, y juré falso, en contra de mí mismo, como tal, y por esto fui exaltado hasta el Cielo con alabanzas; esta es la razón por la cual fui llamado el hijo de la mañana; y—lo que me extrañaba— cuando estaba en el pulpito no tenía idea alguna de que no hablaba con exactitud y propiedad en cuanto a mí mismo; pero la causa de esto supe luego, y era ésta: Me hallaba entonces en mis cosas exteriores y éstas estaban separadas de mis interiores, pero por más que esto me fue manifestado, no podía cambiar, sino que me enaltecía sobre el Altísimo y me oponía a El.» Finalmente pregunté: « ¿Cómo podías hablar así siendo tú mismo un defraudador y un adúltero?» Contestó: «Soy una persona cuando estoy en mis exteriores y otra cuando estoy en mis interiores, o sea en el espíritu. En el cuerpo soy un ángel, pero en el espíritu soy un demonio; porque en el cuerpo me hallo en el entendimiento, pero en el espíritu me hallo en la voluntad, y el entendimiento me eleva hacia el cielo, mientras que la voluntad me arrastra abajo al infierno; y mientras me hallo en el entendimiento un círculo blanco rodea mi cabeza, pero cuando el entendimiento se abandona totalmente a la voluntad como esclavo suyo y es dominado por ella, lo cual es nuestra suerte final, entonces el círculo se oscurece y desaparece y cuando esto tiene lugar no puedo ya ascender a esta luz.» Luego, al ver los ángeles, que estaban conmigo, mostró de repente grande excitación, que se manifestaba en su rostro y en su voz, mudase su color en negro hasta incluso el círculo blanco, que rodeaba su cabeza, y deslizase abajo al infierno por la abertura por la cual había subido. Por lo que habían visto y oído, concluían los presentes, que el hombre es de la cualidad de su voluntad, y no de la de su entendimiento, por cuanto la voluntad con facilidad prevalece contra el entendimiento, inclinándolo hacia sí y haciéndolo su esclavo. Pregunté entonces a los ángeles: «¿De dónde tienen los demonios su racionalidad?» y contestaron: «De la gloria del amor a sí mismo, porque este amor está rodeado de una gloria, que es el resplandor de su fuego; y esta gloria eleva el entendimiento casi hasta la luz del cielo, siendo así que en todo hombre el entendimiento puede ser elevado según sus conocimientos, pero no así la voluntad, excepto por medio de una vida en conformidad con las verdades de la Iglesia y con la razón humana. De ahí que los ateos, quienes se hallan en la gloria de la fama por el amor a sí mismos y por consiguiente en el orgullo de su propia inteligencia, disfrutaban de una racionalidad más excelente que muchos otros, pero sólo mientras están en el pensamiento del entendimiento, no cuando se hallan en el amor de la voluntad, y el amor de la voluntad posee el hombre interior, mientras que el pensamiento del entendimiento domina en el hombre exterior.» Los ángeles dijeron además que la razón por la cual el hombre es constituido por los mencionados tres amores, es decir, el amor al uso y provecho, el amor del mundo y el amor a sí mismo, es que debe pensar por virtud de Dios como si lo hiciera por sí mismo. Dijeron que lo que está en la región superior de la mente del hombre, mira arriba, a Dios; que lo que está en la intermedia, mira abajo, al mundo, y que lo que está en la inferior, mira abajo, al cuerpo; y por mirar las dos últimas regiones abajo, resulta que el hombre piensa como si pensara de y por sí mismo, cuando sin embargo piensa por virtud de Dios.

CAPÍTULO 9

El Índice del Capítulo

El Arrepentimiento

1. El arrepentimiento es lo primero de la Iglesia en el hombre
2. La contrición que hoy día se dice precede la fe y es seguida por la consolación del Evangelio, no es arrepentimiento
3. La mera confesión oral de que uno es pecador no es arrepentimiento
4. El hombre nace en males de toda clase y si no los aparta de sí en parte mediante el arrepentimiento, permanece en ellos, y quien permanece en ellos no puede ser salvo.
5. Conocer el pecado y examinar determinado pecado dentro de sí es el principio del arrepentimiento en el hombre
6. El arrepentimiento actual y efectivo es examinarse, reconocer y confesar sus pecados ante el Señor, implorar Su ayuda y empezar una nueva vida
7. El verdadero arrepentimiento es examinar no sólo los actos de su vida, sino también la intención de su voluntad
8. Hay quienes no se examinan y sin embargo desisten de males por ser pecados. Estos se arrepienten también debidamente y así se arrepienten los que por religión obran la caridad
9. La confesión debe hacerse ante el Señor Dios, el Salvador, y luego implorarse su ayuda y fuerza para resistir a los males.
10. El arrepentimiento actual y efectivo es fácil para los que lo han practicado algunas veces, pero encuentra grande resistencia en los que no lo han practicado.
11. El que nunca ha practicado el arrepentimiento, que nunca ha investigado ni escudriñado sus interiores, acaba por no saber lo que es el mal que condena, ni lo que es el bien que salva.
12. Dos Recuerdos

El Arrepentimiento

509. Hemos tratado de la fe, de la caridad y de la libre voluntad. Procede ahora tratar del arrepentimiento, puesto que no puede haber verdadera fe y genuina caridad sin arrepentimiento, y nadie puede arrepentirse sin la libre voluntad. Otra razón por la cual aquí corresponde tratar del arrepentimiento es que luego hemos de tratar de la regeneración y nadie puede ser regenerado, sin ser primero alejados los males más graves, que hacen que el hombre es detestable a los ojos de Dios, y estos males son alejados mediante el arrepentimiento. Un hombre sin regenerar es ni más ni menos que un hombre impenitente; es uno que se halla en un estado de letargia, no viendo ni sintiendo su pecado en manera alguna, por lo cual lo acaricia y abraza cada día, como un adúltero a una ramera en su cama. Trataremos pues ahora del arrepentimiento por sus artículos como sigue:

1. El arrepentimiento es lo primero de la Iglesia en el hombre

510. La comunión, llamada Iglesia, consiste de todos aquellos en quienes hay iglesia, y la iglesia entra en el hombre a medida que es regenerado; la regeneración del hombre empieza a su vez cuando se abstiene de males que son pecados, huyendo de ellos como huiría de las turbas infernales si las viera con teas encendidas en sus manos, dispuestos a precipitarse sobre él y arrojarle en una pira ardiendo. Muchas son las cosas que vienen preparando al hombre para recibir la iglesia, conforme va pasando por las etapas de la vida desde su más tierna infancia y que luego le introducen en ella, pero los actos de arrepentimiento

son los que inician y establecen la iglesia en el hombre; porque por estos actos se decide a no querer y por consiguiente a no obrar males, que son pecado contra Dios. Antes de practicar los actos de arrepentimiento se halla fuera de la regeneración, y si en este estado algún pensamiento furtivo respecto de la salvación eterna se desliza en su mente, atiende a este pensamiento, más al momento lo desecha; porque no entra en el hombre más que hasta donde alcancen las ideas, volviendo desde aquel punto a salir por las palabras del habla y quizás por algún gesto correspondiente, sin dejar rastro alguno; pero cuando el pensamiento entra en la voluntad, entonces se halla realmente dentro del hombre, porque la voluntad es el hombre mismo, siendo así que su amor tiene en ella su morada, mientras que el pensamiento está fuera del hombre en cuanto no proceda de su voluntad; cuando el pensamiento entra en la voluntad obran juntos ésta y aquél como uno, y ambos juntos completan al hombre. De allí sigue que el arrepentimiento, para poder ser verdadero y tener eficacia en el hombre, necesariamente debe ser arrepentimiento de la voluntad y en su consecuencia del entendimiento, y no meramente arrepentimiento del entendimiento; debe por consiguiente ser actual y efectivo y no solo de la boca. Que el arrepentimiento es lo primero de la iglesia en el hombre es evidente por el Verbo. Juan el Bautista fue enviado delante del Señor con el objeto de preparar los hombres para la Iglesia que El vino a establecer, y Juan bautizaba, predicando el arrepentimiento; por lo cual su bautismo es llamado bautismo de arrepentimiento; porque bautismo significa lavadura espiritual, que es ser limpiado de los pecados. Juan bautizaba en el Jordán, porque el Jordán significaba la entrada a la Iglesia, por estar a la frontera del país de Canaán en el cual estaba la Iglesia. El Señor Mismo predicaba también el arrepentimiento; porque éste es lo primero de la iglesia, siendo así que tanto como el hombre se arrepiente, los pecados son alejados de él, y tanto como son alejados, son remitidos o perdonados. El Señor envió asimismo a sus doce discípulos, y también a los setenta, por el país a predicar el arrepentimiento, lo cual demuestra otra vez que el arrepentimiento es el principio de la iglesia en el hombre. Que no puede haber iglesia en el hombre hasta que estén alejados los pecados, puede comprenderse racionalmente mediante ilustraciones, por ejemplo: ¿Quién puede meter ovejas, cabritos, corderos en un campo o monte, donde hay toda clase de fieras si éstas no son primero alejadas? ¿Quién puede plantar árboles de jardín en un terreno cubierto de espinas, cardos y ortigas, antes de que haya quitado todas estas plantas nocivas? ¿Quién puede administrar justicia según las leyes judiciales en una ciudad que se halla en poder del enemigo y establecer privilegios y derechos de ciudadano sin antes expulsar a éste? El caso es el mismo con los males en el hombre; son como fieras, como cardos y espinos, y como fuerzas enemigas, y la iglesia no puede morar junto con éstos, más que un hombre puede vivir en una jaula junto con tigres y leopardos.

2. La contrición que hoy día se dice precede la fe y es seguida por la consolación del Evangelio, no es arrepentimiento

512. En el mundo cristiano reformado hablan de cierta especie de ansiedad, dolor y temor que llaman contrición, la cual dicen precede a la fe en los que han de ser regenerados, siguiéndola el consuelo del Evangelio. Dicen que esta contrición nace en ellos del temor a la justa ira de Dios y por consiguiente a la condenación eterna, a la que todo hombre está expuesto a causa del pecado de Adán y de la consiguiente propensión al mal inherente al hombre; dicen asimismo, que sin esa contrición no le es dada la fe, que imputa al hombre el mérito y la justicia del Señor el Salvador, y que los que han obtenido esta fe reciben el consuelo del Evangelio, el cual es una confianza de hallarse justificados, es decir, renovados, regenerados y santificados, sin cooperación alguna por su parte, y que así la condenación se trueca en

eterna bienaventuranza o sea en vida eterna. Más con respecto a esta contrición debemos examinar: primero, si es arrepentimiento; segundo, si tiene importancia alguna, y tercero, si existe.

513. Esa contrición ¿es arrepentimiento? Esto puede saberse por la explicación que en el lema siguiente se dará de lo que es el arrepentimiento, donde se demostrará que el arrepentimiento no puede existir, sin que el hombre, no sólo de una manera general, sino también en particular, comprenda, conozca y reconozca que es pecador; que vea sus males en sí, condenándose a causa de ellos. Por otra parte la contrición, que dicen es necesaria para obtener la fe, no tiene nada de común con este arrepentimiento, porque no es más que el pensamiento y la consiguiente confesión del penitente, de que nació en el pecado de Adán y con la propensidad al mal, que viene de este pecado; que por consiguiente la ira de Dios está sobre él y que así merece condenación, maldición y muerte eterna. Es pues claro, que esta contrición no es arrepentimiento.

514. Puesto que esa contrición no es arrepentimiento, surge la pregunta: « ¿Sirve de algo? » La Iglesia actual reformada dice, que contribuye a la fe como un precedente a un consecuente, pero que no entra en la fe ni se une con la fe, fusionándose con ella. Pero la fe que sigue a esa contrición, ¿qué es más que esto de que Dios Padre imputa al hombre la justicia de Su Hijo, declarándole justo, renovado y santo, sin que haya visto y reconocido en sí pecado alguno determinado, particular, siendo así revestido de una manta, lavada y emblanquecida en la sangre del Cordero? Ocultos bajo esta manta los males de su vida son como piedras sulfurosas en las profundidades del mar. ¿Y qué es entonces el pecado de Adán más que un mal oculto y cubierto, qué se considera apartado por la imputada justicia de Cristo? Y viviendo el hombre en esta fe, confiando en que la justicia y la inocencia de Dios el Salvador le son atribuidas é imputadas ¿de qué sirve entonces la contrición experimentada más que para infundirle la confianza de que ha pasado del infierno al seno de Abraham e inducirle a mirar a los demás, que no han experimentado tal contrición antes de recibir la fe, como condenados en el infierno y como muertos? Porque enseñan que no hay fe viva en los que no han experimentado la contrición. Con esa fe la contrición antes bien perjudica, porque si los que la han experimentado luego recaen en males mortales, no tienen ya escrúpulos a causa de ellos ni los sienten más que los cerdos sienten el mal olor del fumiguero, cuando meten en él su hocico. Resulta pues, que la indicada contrición, no siendo arrepentimiento, de nada sirve.

515. Finalmente viene la pregunta: ¿Puede haber tal contrición sin arrepentimiento? En el mundo espiritual he preguntado a muchos, que se han confirmado en la fe imputiva del mérito de Cristo, si habían experimentado tal contrición y han contestado: ¿por qué esa contrición cuando desde nuestra niñez hemos creído, que Cristo mediante su pasión en la Cruz quitó todos nuestros pecados? Contrición no es compatible con esta fe; sino antes bien equivale a meterse en el infierno y atormentar su conciencia, cuando sin embargo sabemos que hemos sido redimidos y por consiguiente libertados del infierno, siendo por lo tanto salvos de todo mal. Añadieron que el dogma de la contrición es una forma puramente ficticia para cumplir en apariencia con lo que el Verbo repetidamente prescribe con referencia al arrepentimiento. Dijeron que con los sencillos, que poco o nada saben del Verbo, puede haber cierta conturbación, cuando oyen hablar o piensan en los tormentos del infierno. También dijeron, que el consuelo del Evangelio, que llevaban impreso desde la primera infancia, expulsaba la contrición hasta tal punto que se reían de ella cordialmente al oír hablar de ella, y que el infierno no podía espantarles más que los fuegos del Vesuvio y del Etna pueden asustar a los que viven en Varsovia o Viena ni más que los basiliscos y víboras que viven en el desierto de Arabia, o los tigres y leones que pueblan los bosques de la Tartaria puedan asustar a los que viven seguros, tranquilos y pacíficos en alguna ciudad de Europa.

Dijeron asimismo que la ira de Dios no podía infundirles más terror o contrición que la ira del rey de Persia puede asustar a los que viven en Pensilvania. Por estas manifestaciones y por las deducciones lógicas, que se pueden hacer de ellas, me he convencido de que esa contrición, no siendo el verdadero arrepentimiento, el cual será descrito en las siguientes páginas, es sencillamente un juego de la fantasía. Los Reformados adoptaron la contrición en vez del arrepentimiento para distinguirse de los Católicos Romanos, quienes sostenían la necesidad de la penitencia así como la caridad. Luego confirmaron la justificación por la fe sola, sin ayuda del arrepentimiento ni de la caridad, alegando que con el arrepentimiento así como con la caridad, algo propio del hombre, que sabe de mérito, influye en su fe, contaminándola.

3. La mera confesión oral de que uno es pecador no es arrepentimiento

516. Con respecto a esta confesión oral los Reformados, partidarios de la Confesión de Augsburgo, enseñan como sigue:

«Ningún hombre puede jamás conocer sus pecados, por lo cual éstos no pueden ser nombrados; son además interiores y ocultos y la confesión sería por lo tanto falsa, inexacta y mutilada; mas el que confiesa ser enteramente pecado, éste incluye todo pecado, excluyendo ninguno; olvidando ninguno; pero si bien la enumeración de los pecados no es necesaria, no por eso se debe desechar su práctica la cual conviene a las conciencias tiernas y tímidas, mas esta forma de confesión es una forma infantil y común para la gente sencilla e ignorante.» (Fórmula Concordiae, pág. 327; 331; 380).

Tal es la forma de la confesión, que en lugar del arrepentimiento por medio de actos de penitencia adoptaron los Reformados después de separados de los Católicos Romanos, cuya confesión basaron en su fe imputativa, la cual, según su enseñanza, por sí sola obra la remisión de los pecados y regenera al hombre, sin la ayuda de la caridad y por consiguiente también sin la ayuda del arrepentimiento; también la basaron en el apéndice inseparable de esa fe, de que no hay cooperación por parte del hombre con el Espíritu Santo en la obra de la justificación, y asimismo en el dogma de que el hombre no tiene libre voluntad en cosas espirituales y que todo cuanto pertenece a la salvación viene por misericordia inmediata y nada absolutamente por una misericordia hecha mediata por el hombre o por conducto de él.

517. Que la indicada confesión oral de ser uno enteramente pecado, no es arrepentimiento, puede ser claro; porque todos los hombres, tanto los buenos cuanto los malos, y hasta los demonios, pueden hacer tal confesión oral y aún con cierta piedad exterior por la idea de los tormentos del infierno que les amenazan, o en medio de los cuales se hallan; pero ésta no viene de una piedad interior, siendo exclusivamente cosa de la imaginación y sólo de los pulmones, mas no de la voluntad por inclinación interior y por consiguiente no del corazón. Un hombre impío y un demonio arden interiormente después de la confesión como antes del mismo en deseos de obrar el mal, cuyos deseos les arrastran consigo como las alas de un molino de viento pone en movimiento sus ruedas, y tal confesión hecha por semejantes seres no es más que una tentativa de engañar a Dios o de engañar a gente sencilla para que les saque del suplicio. De semejantes hombres dice el Señor en Marcos:

«Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías como está escrito: este pueblo con los labios me honra más su corazón lejos está de mí» (Isaías 7:6).

Y en Mateo:

«Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, porque limpiáis lo que está de fuera del vaso y del plato más de dentro están llenos de robo y de injusticia: Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro del vaso y del plato para que también lo de fuera se haga limpio» (Mateo 23:25-26).

518. En semejante adoración hipócrita se hallan los que se han confirmado en la fe de la Iglesia actual, de que el Señor por la pasión en la Cruz quitó el pecado del mundo, por lo cual entienden los pecados individuales de cada ser humano, con tal que cree y ora de acuerdo con el ritual de la Iglesia respecto de la propiciación y mediación. Algunos de ellos pueden con voz fuerte, y aparentemente con ardiente celo, desde el pulpito exponer muchas cosas santas, referentes al arrepentimiento y a la caridad, considerándolas sin embargo inútiles con respecto a la salvación; porque no entienden otro arrepentimiento que la confesión de la boca, ni otra caridad que la moral, o sea la de la vida civil. A éstos alude el Señor en Mateo 7:21-23:

«Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre lanzamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les protestaré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad.»

Una vez oí en el mundo espiritual uno que oraba de la siguiente manera: «Soy lleno de llagas, leproso, impuro desde el vientre de mi madre; no hay en mí cosa sana desde mi cabeza hasta las plantas de mis pies; no soy digno de elevar mi vista a Dios; merezco la muerte y la maldición eterna, ten misericordia de mí por el amor de tu Hijo; purifícame en su sangre; la salvación de todos está en tu buena voluntad; imploro tu misericordia.» Sus palabras fueron oídas por unas personas, que se hallaban cerca y le preguntaron: « ¿Cómo sabes que eres así?» Contestó: «Lo sé, porque lo he oído decir». Entonces fue enviado a los ángeles que ofician de examinadores. Ante ellos hablaba de la misma manera y después de examinarle declararon que había dicho la verdad, pero sin conocer un sólo pecado en sí; porque jamás se había examinado, creyendo que la confesión oral bastaba para que sus males dejaran de ser males a los ojos Dios, y que Dios, por haber sido propiciado no los miraría. De esta manera no llegó jamás a conocer en sí mal alguno, no pudiendo por consiguiente apartarse del mismo, y sin embargo era de intención adúltero, ladrón y detractor maligno y ardía en sentimientos de venganza; así era en su voluntad y corazón, y así hubiera sido también en palabras y en hechos a no ser por temor al castigo de la ley y a la pérdida de su reputación. Habiéndose comprobado que su cualidad y carácter eran tales, fue juzgado y despedido para ir a juntarse con los hipócritas en el infierno. Así son la mayor parte de los que se han confirmado en la fe de la Iglesia actual; mas no deben confundirse con éstos los que obran el bien y creen la verdad, arrepintiéndose de algunos pecados, aun cuando, hallándose en adoración y sobre todo en tentación espiritual, hablen dentro de sí u oren en alta voz una confesión oral como la de los hipócritas; porque tal confesión general precede y sigue a la verdadera reformation y regeneración.

4. El hombre nace en males de toda clase y si no los aparta de si en parte mediante el arrepentimiento, permanece en ellos, y quien permanece en ellos no puede ser salvo.

520. Que el hombre nace en males de toda clase es conocido en la Iglesia actual, la cual sin embargo se halla en error con respecto al origen y carácter de este mal innato, al que llama el mal hereditario; porque enseña que el pecado de Adán, que según su creencia era el primer hombre, fue transmitido a toda su posteridad, y que a causa de este solo pecado todo hombre después de él quedó condenado junto con él, y que esto es el pecado que continúa inherente al hombre. De esta errónea enseñanza han nacido también

muchas otras enseñanzas erróneas, adaptadas por las iglesias, como por ejemplo la enseñanza de que la lavadura, llamada Bautismo, es en sí misma regenerativa y que fue instituida por el Señor como medio de expulsar pecados e introducir al hombre en la Gracia de Dios, cuya fe profesan los Anabaptistas, y también esta otra enseñanza de que el pecado original de Adán, inherente a todo hombre, era el motivo de la Venida del Señor en la Carne, y que la fe en Su merecimiento es el medio de evitar la consecuencia de este pecado. Mas no existe mal hereditario de semejante origen, según queda explicado más arriba (466 y subsiguientes); porque Adán no era el primer hombre, sino que bajó la figura de Adán y su mujer se describe representativamente a la primera Iglesia en esta tierra; por el jardín de Edén su sabiduría, por el árbol de vida su mirar hacia el Señor, que había de venir, y por el árbol de ciencia del bien y del mal el mirar a sí mismo y no al Señor†. Cuando estas verdades son comprendidas y reconocidas, la opinión, que hasta aquí ha prevalecido de que el mal inherente al hombre es de ese origen, cae por sí misma. El árbol de vida y el árbol de ciencia del bien y del mal están en la mente de todo hombre, y su colocación en el jardín significa que el hombre tiene libre voluntad de volverse hacia el Señor o de apartarse de El, lo cual se ha demostrado en el capítulo octavo, que trata de la libre voluntad.

521. Mas el origen del mal hereditario es otro. Este mal viene de los padres; no que son de ellos los males actuales que el hombre obra en su vida, sino la inclinación o propensidad a obrarlos. Esto es un hecho que todos reconocerán si lo examinan con la razón en unión de la experiencia. Es conocido que los hijos nacen con semejanza general a sus padres, tanto de rostro cuanto de maneras y genio, y hasta con semejanza a sus abuelos y bisabuelos; en general se distinguen, por semejanza entre los individuos, familias, pueblos y naciones; un judío es fácilmente conocido por su rostro, por sus ojos, por su habla y por sus gestos; y si pudieras de la misma manera sentir la esfera de su vida, que sale de su genio innato, te convencerías igualmente de su semejanza mental con otros judíos. De esto sigue, que el hombre no nace en los males mismos, sino tan sólo en la inclinación a los males que tenían sus padres, pudiendo tener mayor propensidad a los males característicos más pronunciados en ellos; por esta razón el hombre no es juzgado por causa de mal hereditario alguno después de la muerte, sino por causa de los males actuales que el mismo ha cometido en su vida en el mundo. Esto es evidente también por el siguiente estatuto dado por Dios por conducto de Moisés:

«Los padres no morirán por los hijos ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado»
(Deuteronomio 24:16).

De esto he podido convencerme por medio de viva experiencia en el mundo espiritual; porque allí los que mueren en la infancia, sólo tienen la inclinación al mal por la cual desean obrarlo, mas sin embargo no lo obran, porque allí son educados bajo el auspicio del Señor y salvos. La inclinación y propensidad a obrar el mal, transmitidas de los padres a los hijos y a la posteridad, son derraigadas sólo por el Señor por medio del nacimiento nuevo, llamado regeneración. Sin este nacimiento nuevo la inclinación no sólo permanece arraigada, sino que también aumenta con la sucesión de los padres, inclinándose más al mal y finalmente a males de toda clase. Por esta misma razón los judíos continúan todavía siendo imágenes de su padre Judá, quien engendró tres ramas de ellos, tomando por concubina a una Canaanita y cometiendo adulterio con Tamar, su nuera; y esta disposición hereditaria ha aumentado en ellos en el transcurso del tiempo hasta el punto de que son incapaces de admitir la religión cristiana de fe y de corazón; he dicho que son incapaces, porque la voluntad interior de su mente se opone a ello y esta voluntad causa la incapacidad.

522. Que todo mal innato, si no es apartado, permanece en el hombre, va de sí mismo, y el hombre no puede ser salvo si continúa en sus males. Que ningún mal puede ser apartado, sino por el Señor, y que sólo puede ser apartado en los que creen en El y aman al prójimo, consta por lo que se ha dicho en los capítulos precedentes sobre este particular, especialmente en el capítulo sexto que trata de la fe, en el cual se ha demostrado que El Señor, la caridad y la fe forman uno, como la vida, la voluntad y el entendimiento, y si son separados perecen como una perla reducida a polvo, y que El Señor es caridad y fe en el hombre y el hombre es caridad y fe en el Señor.

Mas ¿cómo consigue el hombre esta unión con el Señor? Únicamente por medio del arrepentimiento, apartando en cierta medida sus males. Decimos que el hombre debe apartarlos, porque el Señor no los aparta directamente, sino con la cooperación del hombre, lo cual queda demostrado en el capítulo que trata de la libre voluntad.

523. Muchos objetan a esto que nadie puede cumplir los mandamientos, máxime considerando que el que peca contra un solo precepto del Decálogo, peca contra todos ellos. Mas esta declaración no se debe tomar a la letra, sino que por ella se debe entender, que quien con intención deliberada obra en contra de uno de estos preceptos, obra en contra de los demás también, porque obrar con intención deliberada es negar en absoluto que el acto es pecado, y aunque se diga que es pecado, desechar la intimación como inválida, y quien de esta manera niega que un pecado es pecado, desestimando la opinión de otros, acaba por creer que todo cuanto se llama pecado es inofensivo. Los que desechan el arrepentimiento llegan a tener ideas y propósitos de esta naturaleza, pero los que por medio del arrepentimiento han apartado de sí algunos males, por ser pecados, se forman el propósito de creer en el Señor y amar al prójimo. Estos últimos son inducidos por el Señor a mantenerse en el propósito de apartar de sí otros males también, y cuando pecan por ignorancia, o arrastrados por algún deseo irresistible, no les es imputado como pecado, porque no tenían el propósito de pecar, ni se confirman en ello. Como ilustración de esto puede servir lo siguiente: En el mundo espiritual he visto a muchos que en el mundo natural habían vivido como otros, es decir, habían llevado hermosos vestidos, comido manjares succulentos, acumulado riquezas, bromeado sobre asuntos amorosos como por libertinaje y otras cosas semejantes, y esto imputaban los ángeles a algunos de ellos como pecado y a otros no, declarando inocentes a estos últimos, mas culpables a los primeros. Al ser preguntado por qué juzgaban así, viendo que todos habían vivido de la misma manera, contestaron que miraban todas las cosas desde el propósito, la intención y el fin, según los cuales distinguían y juzgaban. Excusaban o condenaban por consiguiente los que la intención o el fin excusaba o condenaba. La intención que excusa es la del bien, la cual está con todos en el Cielo y la que condena es la del mal, la cual está con todos en el infierno.

524. El hombre que no aparta de sí en cierto grado sus males inherentes, por medio del arrepentimiento y de la cooperación con el Señor, puede compararse con un jardín descuidado, en el cual crecen abundantemente espinos, cardos y ortigas, ahogando la vegetación útil y hermosa que pudiera crecer en él; es como un árbol, que tiene la raíz dañada, por cuya razón el tronco y todo el árbol es malsano y lleva fruto interiormente podrido; más si se corta el árbol injertándose en el tronco la rama de un árbol sano y bueno, el jugo malsano, que sube por el tronco, se vuelve bueno y sano al entrar en la rama injertada, y ésta lleva fruto sano y bueno. Así es también el hombre que por medio del arrepentimiento coopera con el Señor y aparta de sí los males, naciendo de nuevo y siendo regenerado, porque de esta manera entra en conjunción con el Señor y recibe su vida de El, cómo el pámpano injertado en la vid, y lleva buen fruto (Juan 15:46).

Nota:

† Que la primera iglesia en esta tierra es representativamente descrita en los primeros capítulos de Génesis se puede ver en «Arcana Coelestia», capítulo primero, detalladamente.

5. Conocer el pecado y examinar determinado pecado dentro de sí es el principio del arrepentimiento en el hombre

525. Nadie en el mundo cristiano ignora lo que es el pecado, porque desde la infancia aprenden todos lo que es el mal y desde la niñez lo que es el mal del pecado; los hijos aprenden esto de sus padres, de sus preceptores y del catecismo que contiene el Decálogo, cuyo libro es el primer libro de religión que le es dado en mano. Luego lo aprenden por predicaciones en los templos y por instrucción en sus casas; luego plenamente por el Verbo. Además lo aprenden por las leyes civiles que dan preceptos similares a los del Decálogo y otros preceptos del Verbo; porque el mal del pecado no es otro que el mal contra el prójimo y el mal contra el prójimo es también el mal contra Dios, cuyo mal es pecado. Más de nada sirve el conocer el pecado si el hombre no examina los actos de su vida, con el objeto de ver si ha cometido pecado. Antes de que haga esto no existe en él más que el mero conocimiento, y todo cuanto dice el predicador es entonces mero sonido que entra por un oído y sale por el otro, acabando por ser un mero pensamiento y cierta disposición devota del aliento, siendo con muchos una cosa meramente imaginaria y quimérica. Pero el caso es enteramente diferente si el hombre se examina y según su idea de lo que es pecado encuentra algo de eso en sí y dice a sí mismo: «Este mal es pecado» y luego se abstiene de su práctica por temor de eterno castigo. Entonces es recibido por ambos oídos lo que en el templo se predica, o lo que por enseñanza aprende, y lo que dice en oración; porque entonces es introducido en el corazón, y el hombre, de ser pagano, se convierte en cristiano.

526. Es bien conocido y reconocido en el mundo cristiano que el hombre debe examinar su interior para, ver si encuentra en sí males que son pecados, porque no sólo en los países católicos, sino también en los que se confiesan a la religión reformada protestante, o sea los Evangélicos, se amonesta y se exhorta a todos, que antes de acercarse a la Santa Cena deben examinar sus interiores, reconocer y confesar sus pecados y conducir una vida nueva y mejor. En la iglesia inglesa se añade a esta exhortación terribles amenazas. Su ritual para la Santa Cena, en su principio, es como sigue:

«La manera y medios de recibir dignamente la Santa Cena, son: primero hacer un examen de su vida y conversaciones según la regla de los mandamientos de Dios y en cualquier punto, que encontraréis que lo habéis ofendido de pensamiento, palabra u obra, arrepentíos de vuestros pecados y confesadlos al Dios Altísimo con pleno propósito de enmienda de vida, y si conociereis que vuestros pecados son tales que no solamente son contra Dios sino también contra vuestros prójimos, entonces reconciliaos con ellos y estad prontos a hacer restitución y satisfacción hasta donde os sea posible por todas las injurias y errores concebidos por vosotros contra ellos, y estad también prontos para olvidar las ofensas, que os hayan inferido así como Dios olvida y perdona las vuestras; porque recibir de otra manera la Santa Comunión no hará sino aumentar vuestra condenación. Por lo tanto si alguno de vosotros ha blasfemado de Dios, ha censurado o maldecido Su Santa Palabra, si es adúltero o ha caído en malicia o envidia de algún modo o ha cometido algún crimen, arrepíentase de sus pecados o de otro modo no se acerque a esta Santa Mesa porque, después de haber participado de este Santo Sacramento, el diablo no entre en vosotros como entró en Judas, y os llene de toda iniquidad y que vengáis a la destrucción del cuerpo y del alma.»

527. Hay quienes no pueden examinar sus interiores, como por ejemplo los niños hasta que lleguen a tener juicio cabal y los sencillos que no tienen capacidad para reflexionar. Tampoco lo pueden los que no temen a Dios; ni los que son enfermos mental y corporalmente, ni los que se han confirmado en la doctrina de la justificación por la fe sola, imputadora del mérito de Cristo, cuyos últimos se han persuadido de que por medio de la exanimación y de los consiguientes actos de arrepentimiento entra algo de lo propio del hombre, que contamina la fe y expulsa la salvación de su solo y único foco que es la imputación del mérito de Cristo. Estos, si se confiesan, sólo se confiesan con la boca, y que esta clase de confesión no es arrepentimiento queda ya demostrado en lo que precede de este capítulo. Más los que saben lo que es pecado y mayormente los que por el Verbo conocen muchas verdades referentes al mismo y las enseñan, dejando sin embargo de examinar sus interiores por lo cual no ven en sí pecado alguno, pueden compararse con los que acumulan oro, almacenándolo en cajas y armarios, no utilizándolo más para deleitarse con mirarlo y contarlo; son como los que atesoran alhajas de oro y plata, encerrándolas en sótanos, sólo para tener la convicción de ser opulentos; son como el hombre que ocultó su talento en la tierra y como el que guardó su mina en un pañuelo (Mateo 25:25; Lucas 19:20). Son también como el suelo endurecido junto al camino y como el pedregal, en los cuales cayó la simiente (Mateo 13:4, 5); son como higueras con abundante follaje, mas sin fruto (Marcos 11:13). Son corazones de adamante, que no se vuelven corazones de carne (Zacarías 7:12); son como las perdices que cubren lo que no ponen; allegan riquezas mas no con juicio; las dejan en medio de sus días y en su postrimería son incipientes (Jeremías 17:11); son como las cinco vírgenes fatuas, quienes tenían lámparas, mas no aceite (Mateo 25:1-12). Los que por el Verbo conocen muchas verdades referentes a la caridad y al arrepentimiento, hallándose enteradas de sus preceptos y que sin embargo dejan de conducir su vida con arreglo a ellos, carecen por completo de calor espiritual por más que tengan abundante luz espiritual y pueden llamarse inviernos, huertos helados, climas árticos, regiones de nieves y hielos.

6. El arrepentimiento actual y efectivo es examinarse, reconocer y confesar sus pecados ante el Señor, implorar Su ayuda y empezar una nueva vida

528. Que el hombre por todo medio posible debe arrepentirse y que su salvación depende del arrepentimiento consta por abundantes pasajes del Verbo, entre otros por los siguientes:

Juan que predicaba el Bautismo del arrepentimiento dijo:

«Haced frutos dignos del arrepentimiento» (Lucas 3:3, 8; Marcos 1:4).

«Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos» (Mateo 4:17).

«El reino de Dios está cerca; arrepentíos» (Marcos 1:15).

«Si no os arrepintiereis pereceréis» (Lucas 13:5).

«Jesús mandó a sus discípulos que predicasen en su nombre el arrepentimiento y remisión de pecados en todas las naciones» (Lucas 24:47; Marcos 6:12).

«Pedro predicaba el arrepentimiento y el Bautismo en nombre de Jesucristo para perdón de los pecados» (Hechos 2:38).

Y dijo:

«Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados» (Hechos 3:9).

«Pablo predicaba a todos los hombres en todos los lugares, que se arrepintiesen» (Hechos 17:30).

«Predicaba primeramente en Damasco y en Jerusalén y por toda la tierra de Judea y luego a los Gentiles que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios haciendo obras dignas de arrepentimiento» (Hechos 26:20).

«Testificaba a los Judíos y a los Gentiles arrepentimiento para con Dios y la fe en el Señor Jesucristo» (Hechos 20:21).

Jesús dijo a la iglesia de Efeso:

«Tengo contra ti que has dejado tu primer amor; arrepiéntete y haz las primeras obras, pues si no vendré presto a ti y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido» (Apocalipsis 2:2, 4, 5).

Y a la iglesia en Laodicea:

«Sé tus obras: sé pues celoso y arrepiéntete» (Apocalipsis 3:15-19). «Hay gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente» (Lucas 15:7).

Estos y muchos otros pasajes demuestran claramente, que el hombre por todo medio posible debe arrepentirse; mas cuál y cómo ha de ser el arrepentimiento será explicado en lo que sigue.

529. Fácilmente se comprende que la mera confesión oral, de que uno es pecador, no es arrepentimiento, aun cuando el confesante diga y enumere muchos detalles respecto de su estado general, como el hipócrita del cual hablamos antes (518). Porque ¿qué cosa más fácil para uno que se halla en el infortunio, o en vísperas de morir, que de suspirar y gemir, golpearse el pecho y declararse culpable de todo pecado, sin ser consciente de un solo pecado en sí? Pero ¿de qué le sirve esa ceremonia si no hace más? ¿Cree el afligido que las hordas diabólicas, que ocupan y dominan su amor, salen de él con los suspiros? Antes bien se burlan de ellos y se quedan en él como en su propia casa. El arrepentimiento que tantas veces es recomendado y ordenado en el Verbo, no es de esa clase; es al contrario arrepentirse de determinadas malas obras, como dice el Verbo muy claramente.

530. ¿Cuál es pues la debida forma en la que el hombre debe arrepentirse? La contestación es que el arrepentimiento debe ser actual y efectivo, y esto quiere decir que el hombre debe escudriñarse, reconocer y confesar sus pecados ante el Señor, suplicar Su ayuda y empezar una nueva vida. En el precedente artículo se ha explicado, que no puede haber arrepentimiento sin previa exanimación, y el objeto inmediato de la exanimación es que podamos reconocer los pecados, para luego poder confesarlos y convencernos de que en efecto existen en nosotros, todo con el objeto final de que por medio de la examinación, del reconocimiento y de la convicción podamos luego confesar los pecados ante el Señor, implorar Su ayuda y empezar una nueva vida. Esto es arrepentimiento actual y efectivo. El mundo Cristiano no ignora que el hombre debe proceder y obrar de la indicada manera, porque en el acto del Bautismo los padrinos prometen por él rechazar el Diablo y todas sus obras, y antes de acercarse a la Santa Cena es amonestado de arrepentirse de sus pecados, convertirse a Dios y entrar en la senda de una vida nueva; además ¿no lo sabemos todos por el Decálogo, que forma parte de la instrucción religiosa, común en la cristiandad? Esto demuestra que en el mundo cristiano todos saben que deben apartarse del mal, pero con la mayoría no llega a ser más que un conocimiento que no se pone por práctica en manera alguna, o bien se practica en la manera ya repetidas veces indicada, es decir, con demostraciones orales y

confesiones de la boca, mas sin realizar los actos del verdadero arrepentimiento, es decir, sin abstenerse real y efectivamente de querer, pensar y obrar el mal con el prójimo por ser pecado contra Dios. Y sin embargo, si los males inherentes a todo hombre no son apartados mediante el verdadero arrepentimiento, no se puede llegar a amar al prójimo y mucho menos a Dios, sin cuyos amores no hay salvación; porque de los dos grandes mandamientos: «Amarás al Señor, Dios tuyo sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo» dependen la Ley y los profetas, es decir, todo el Verbo, y por consiguiente la salvación. El arrepentimiento actual y efectivo introduce al hombre en un estado permanente de arrepentimiento: Al principio se examina dos o tres veces al año, por ejemplo cada vez que participa de la Santa Cena, y al encontrar en sí cierto pecado, promete resistirlo y se esfuerza para cumplir su promesa, diciendo a sí mismo, cuando vuelve la tentación: «No quiero hacerlo; porque es pecado contra Dios», y así vence por la ayuda del Señor. Esto le introduce poco a poco en un estado permanente de arrepentimiento y en una continua práctica del mismo, y en este estado camina hacia el Cielo, porque de ser natural, se vuelve así poco a poco espiritual y nace de nuevo por el Señor.

7. El verdadero arrepentimiento es examinar no sólo los actos de su vida, sino también la intención de su voluntad

532. EL verdadero arrepentimiento del hombre es examinar no sólo los actos de su vida, sino también las intenciones de su voluntad, porque los actos de la vida son realizados por el entendimiento y la voluntad, siendo así que el hombre habla por el pensamiento y obra por la voluntad, por lo cual el habla es el pensamiento en forma de palabras, y el obrar es la voluntad en forma de acto, y puesto que las palabras y los actos vienen del entendimiento y de la voluntad es evidente que éstos son los que pecan, cuando peca el cuerpo; además el hombre puede arrepentirse de los males que ha cometido con su cuerpo y sin embargo permanecer en el deseo de la voluntad y en el pensamiento, de todavía cometerlos, y esto es como cortar el árbol malo por las ramas, dejando el tronco y la raíz en la tierra, en cuyo caso el mismo árbol malo vuelve a crecer y extender sus ramas alrededor; más cuando es derraigado es diferente, y esto se verifica en el hombre arrepentido que se examina, si al mismo tiempo examina las intenciones de su voluntad, apartando sus malas inclinaciones por medio del arrepentimiento actual y efectivo. Las intenciones de la voluntad se examinan con examinar los pensamientos; porque en los pensamientos se manifiestan; por lo cual examinar las intenciones es procurar saber hasta qué punto quiere e intenta venganza, adulterio, robo, falso testimonio, etc.; cuando piensa de ellos; procurar saber hasta qué punto se inclina hacia ellos y asimismo hasta qué punto desea, intenta o siente inclinación de blasfemar contra Dios, contra la Santa Escritura y contra la Iglesia, y de igual manera con respecto a todo pecado. Además, al dirigir su atención hacia estas cosas, debe procurar saber si las cometería, si no le detuviese el temor del castigo de las leyes y de la pérdida de la reputación. El hombre que después de verificada tal examinación resuelve no querer cometer tales cosas, por ser pecados contra Dios, éste se arrepiente de veras é interiormente y máxime si se halla en el goce de ellas y al mismo tiempo en libertad de abandonarse impunemente a su práctica y sin embargo las resiste y se abstiene de ellas. El que practica este arrepentimiento repetidamente, acaba por percibir el goce del mal como sinsabor cada vez que vuelva, y finalmente lo condena al infierno. Esto es lo que significan las palabras del Señor en Mateo:

«El que desea hallar su vida la perderá y el que perdiere su vida por causa de mi la hallará» (Mateo 10:39).

El hombre que por medio del arrepentimiento, aparta de su voluntad los males, es como quien sucesivamente quita la cizaña introducida en su cuerpo por el Demonio, haciendo que la simiente sembrada por el Señor Dios el Salvador encuentre buena tierra, crece y se desarrolla, rindiendo rica mies (Mateo 13:25-30).

533. Hay dos amores principales, que durante largo tiempo han permanecido arraigados en la raza humana; uno de éstos es el amor de dominar o sobreponerse a otros y el otro es el de poseer los bienes de otros. El primero, si se le da rienda suelta, va hasta el punto de pretender ser Dios del Cielo, y el último, si es dejado en libertad, pretende ser Dios del mundo. A estos dos amores se hallan subordinados todos los demás amores malos, de los cuales hay variedades, sin número; mas examinar estos dos amores principales es cosa sumamente difícil, porque residen en las profundidades interiores, donde se hallan escondidos como víboras en los agujeros de una roca; éstos no echan su veneno más que cuando uno se reclina sobre la roca para descansar, ignorando el peligro que corre; entonces se lanzan para dar el golpe mortal, hincan su diente venenoso y se retiran de nuevo.— Estos dos amores engañan de mil maneras al hombre que se halla sujeto a ellos; se revisten de magníficos vestidos, de ricas togas y túnicas, como un demonio entre los que le rodean a quienes quiere engañar por medio de sus artes mágicas; mas hay que decir que pueden ejercer su dominio con los de humilde posición más que con los de alta categoría, con los pobres más que con los ricos, con súbditos más que con príncipes y reyes, porque los reyes nacen para el dominio y las riquezas, a las cuales acaban por mirar como los particulares miran a sus criados y bienes, y a su posición y oficio miran como el funcionario civil mira al suyo, o como en la vida privada el administrador, el capitán de buque, o el colono miran al suyo; mas con todos pueden ejercer su dominio los indicados amores: Reyes que ambicionan dominar sobre otros reinos se hallan en este caso y otras personas de alta categoría pueden igualmente de muchas maneras hallarse sujetas a estos amores en el mayor grado. Residen en la voluntad, que es el receptáculo del amor, y por las inclinaciones de ésta toman forma en las ideas del pensamiento, manifestándose como males de la vida en actos y obras. Por eso es necesario examinar las intenciones de la voluntad; porque ésta es la casa misma donde vive el hombre, y el entendimiento con sus pensamientos es como el vestíbulo por donde entra y sale. Cuando las intenciones de la voluntad se examinan, verificándose el verdadero arrepentimiento, y apartándose las malas inclinaciones, entonces el hombre es elevado por el Señor, extraído de la voluntad natural, en la cual residen los males hereditarios y actuales, e introducido en la voluntad espiritual, por medio de la cual el Señor reforma y regenera la natural y por medio de ésta también las cosas sensuales y voluntarias del cuerpo, por consiguiente todo el hombre.

8. Hay quienes no se examinan y sin embargo desisten de males por ser pecados. Estos se arrepienten también debidamente y así se arrepienten los que por religión obran la caridad

535. Puesto que el arrepentimiento actual y efectivo, que consiste en examinar sus interiores, reconocer y confesar sus pecados, invocar la ayuda del Señor y empezar una nueva vida, es sumamente difícil en el mundo cristiano actual por varias razones, que se dirán en el último artículo de este capítulo, se indicará aquí uno que es de más fácil práctica y es éste: Cuando uno pondera algún mal en su mente y forma intención de realizarlo debe decir a sí mismo: «Pienso esto y deseo realizarlo, pero por ser pecado no quiero hacerlo.» De esta manera la tentación infundida por el infierno es interrumpida y su progreso impedido. Es remarcable con qué facilidad uno puede observar errores en otro, que intenta el mal, y decirle: «No hagas esto; porque es pecado» y sin embargo cuán difícil es el decirlo a sí mismo y es porque

en el primer caso no tiene que hacer con su voluntad, sino tan sólo con el pensamiento más próximo al oído, cuyo pensamiento con facilidad se inclina a la obediencia; pero en el último caso tiene que combatir la oposición de las malas inclinaciones de su propia voluntad, las cuales pervierten los pensamientos haciéndolos entrar en acuerdo consigo. Muchos de los que por principio religioso obran el bien y evitan el mal en actos y obras, reflexionan sin embargo poco o nada sobre la naturaleza interior de sus actos y obras, cuya naturaleza es la de la voluntad y sus intenciones, creen que con abstenerse de malos actos y obras se hallan libres del mal, porque obran el bien; más la verdad es que si bien la abstinencia de malas obras es buena, no basta en y por sí misma, siendo necesario que la raíz misma, o sea la intención de la voluntad, sea extirpada. Es preciso, no sólo abstenerse del mal y obrar el bien, sino también de corazón aborrecer el mal, y este resultado no se puede obtener sin examinar en alguna medida los interiores; porque sin tal examen no es posible huir del mal y aborrecerlo; y el bien no es bien genuino hasta que se halle interiormente purificado. Sé que muchos hombres piadosos, y hasta todos los que tienen razón sana, aprobarán esto cuando lo lean, y reconocerán que es genuina verdad; pero pocos de ellos obrarán conforme.

536. Sin embargo todos los que obran el bien por principio religioso, no sólo los cristianos, sino también los paganos, son aceptables ante el Señor y después de la muerte son adoptados por El; porque el Señor dijo:

«Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui huésped y me recogisteis, desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y vinisteis a mí» (Mateo 25:35, 36).

Y luego:

«De cierto os digo que en cuanto los hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos a mí lo hicisteis» (Mateo 25:40).

A esto añadiré lo siguiente que es nuevo: Todos los que obran el bien por principio religioso rechazan después de la muerte la doctrina de la Iglesia actual respecto de tres Personas Divinas desde la eternidad, y la fe en esta Trinidad, con particular referencia a cada Persona, inclinándose al Señor Dios el Salvador, y aceptan con gusto la Nueva Iglesia. Pero los demás que no han practicado la caridad por principio religioso son corazones de adamante, es decir duros; al principio se dirigen a tres Dioses, luego sólo al Padre y finalmente a ninguno. Miran al Señor Dios el Salvador sólo como el hijo de María, nacido de matrimonio con José y no como el Hijo de Dios, y entonces rechazan todos los bienes y verdades de la Nueva Iglesia, uniéndose luego a los espíritus del Dragón, y con éstos son obligados a retirarse a un desierto y a meterse dentro de las cuevas, que están en el último límite de lo que allí se llama el mundo cristiano. Después de algún tiempo y por hallarse separados del nuevo Cielo, se dedican a crímenes, por lo cual son despedidos al infierno. Tal es la suerte de los que no obran el bien por principio religioso, fundándose en la creencia de que nadie puede hacer el bien por sí mismo, sin contaminarlo con mérito. Omiten por lo tanto su práctica asociándose con las «cabras» que son los malditos, y son echados al fuego eterno, preparado para el Diablo y sus ángeles, porque no han hecho las obras de la caridad como hicieron las «ovejas» (Mateo 25:41-46). En el indicado pasaje no se dice, que cometieron malos actos, sino que dejaron de practicar el bien; lo cual sin embargo es lo mismo, porque los que no obran el bien por principio religioso, obran el mal, puesto que «ninguno puede servir a dos Señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro o se llegará al uno y menospreciará al otro» (Mateo 6:24). Jehová dice en Isaías:

«Lavad, limpios; quitad la iniquidad de vuestras obras de ante mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien, y entonces si vuestros pecados fueron como la grana, como la nieve serán emblanquecidos, si fueran rojos como el carmesí vendrán a ser como blanca lana» (Isaías 1:16-18).

Y en Jeremías:

«Ponte a la puerta de la casa de Jehová y predica allí esta palabra y di: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel; mejorad vuestros caminos y vuestras obras; no fiéis en palabras de mentira diciendo: templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este (es decir la iglesia). Hurtando, adulterando, matando, jurando falso é incensando A Baal y andando tras de dioses extraños que no conocéis ¿vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa, sobre la cual es invocado mi nombre y diréis: librados somos para hacer todas estas abominaciones? ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa? He aquí, que también Yo lo he visto, dice Jehová» (Jeremías 7:2-4, 9-11).

537. Hay que saber que los que obran el bien sólo por una bondad natural y no al mismo tiempo por principio religioso, no son aceptados después de la muerte; porque no hay en su caridad más que bien natural y no al mismo tiempo bien espiritual, y lo espiritual es lo que determina la conjunción con el Señor; y no lo natural, sin lo espiritual. Bondad natural es sólo de la carne y nace de los padres, pero bondad espiritual es del espíritu, nacido de nuevo del Señor. Los que obran el bien por principio religioso y que por consiguiente evitan malas obras, pueden compararse con árboles que llevan fruto bueno aunque pequeño, el cual a pesar de ser pequeño se aprecia en el jardín; y pueden también compararse con olivos é higueras en bosques, es decir, en estado semi-silvestre; igualmente con la hierba aromática y las hierbas balsámicas que crecen en los montes. Son pequeñas capillas de Dios en las cuales se verifican reverentes adoraciones; son ovejas a la derecha del Señor, y son carneros a los cuales acometen machos cabríos (Daniel 8:2-14). Así es su estado antes de pertenecer a la Nueva Iglesia. En el Cielo visten trajes de color encarnado; mas luego de ser iniciados en los bienes de la Nueva Iglesia visten trajes de color de púrpura, cuyo color adquiere un hermoso fulgor amarillento a medida que reciben también las verdades.

9. La confesión debe hacerse ante el Señor Dios, el Salvador, y luego implorarse su ayuda y fuerza para resistir a los males.

538. La razón por la cual el hombre debe dirigirse al Señor Dios el Salvador y hacer su confesión ante El, es que El es el Dios del Cielo y de la tierra, el Redentor y Salvador, en Quien hay Omnipotencia, Omnisciencia, Omnipresencia, siendo también la Misericordia misma y la Justicia, y porque el hombre es su criatura y la Iglesia el corral de sus ovejas. En el Verbo invita repetidas veces al hombre de venir a El, hacerle culto y adorarle. Que el hombre debe acercarse a El sólo dice el Señor muy claramente en el siguiente pasaje en Juan:

«De cierto, de cierto os digo: el que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, más sube por otra parte, el tal es ladrón y robador. Más el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es... Yo soy la puerta; el que por mi entrare será salvo, y entrará y saldrá y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y para que tengan abundancia. Yo soy el buen pastor (Juan 10:1, 2, 9-11).

Subir por otra parte quiere decir acercarse directamente a Dios el Padre, Quien es invisible y por lo tanto inaccesible, y no puede haber conjunción con El directo, por cuya razón El Mismo vino al mundo, haciéndose visible y accesible, posibilitando y facilitando conjunción consigo, a fin de que el hombre

pudiera ser salvo.: Si el hombre no se acerca (en su pensamiento) a Dios como Hombre, desvanece toda idea de Dios, perdiéndose en el vacío como la vista cuando atraviesa el espacio sin encontrar objeto en que fijarse; o bien toma forma en las cosas inánimes de la Naturaleza. En los primeros capítulos de esta obra se ha explicado detalladamente, que Dios Mismo, Quien desde la Eternidad es un' solo y Único Dios, vino al mundo en la Persona del Señor el Salvador, Quien era Su Naturaleza Humana, llamada Su Hijo, el cual fue engendrado por la virtud del Altísimo por conducto de Su Santo Espíritu, y revestido de un cuerpo material mediante la Virgen María, de lo cual sigue, que Su Alma era lo Divino Mismo, llamado el Padre (porque Dios es Uno e indivisible), y que lo Humano, que así nació, es lo Humano de Dios el Padre, llamado Su Hijo (Lucas 1:32, 34, 35). De esto sigue a su vez que cuando el hombre se acerca al Señor Dios el Salvador, se acerca al mismo tiempo a Dios Padre, por lo cual el Señor dijo a Felipe, cuando éste deseaba ver al Padre:

«El que me ha visto ha visto al Padre. ¿Cómo pues dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que Yo soy en el Padre y el Padre en mí?... Creedme que Yo soy en el Padre y el Padre en mí» (Juan 14:6-11).

539. Después de examinarse el hombre debe hacer suplicación al Señor y confesión. La suplicación debe ser que el Señor le sea propicio, que le tenga misericordia y que le dé fuerzas para resistir los males de los cuales se arrepiente; que le dé inclinación y deseo de obrar el bien, puesto que el hombre sin el Señor nada puede hacer (Juan 15:5). La confesión debe ser ver sus males, reconocerlos y culparse de ellos, sintiéndose miserable pecador. No es necesario enumerar sus pecados ante el Señor, ni de suplicarle Su perdón. La enumeración es superflua, porque al examinarse el hombre les ha buscado, encontrado y contemplado en sí mismo, y estando presentes a la vista del hombre, se hallan presentados también al Señor; además el Señor le guió durante la exanimación, sácalos a luz, é inspiróle tristeza y junto con ésta la resolución de desistir de ellos y empezar una nueva vida. La suplicación del hombre de que sus pecados le sean perdonados es también superflua por las siguientes razones: Primero porque los pecados no son abolidos en el acto, sino apartados poco a poco, y esto se verifica luego, a medida que el hombre desista de ellos, conduciendo una nueva vida; porque en cada mal hay una multitud de concupiscencias inherentes, o por decirlo así, encerradas, y éstas no pueden ser apartadas en un momento, sino paulatinamente a medida que el hombre se deja reformar y regenerar. La segunda razón es que el Señor perdona a todo hombre sus pecados, porque El es la Misericordia misma. No los imputa a nadie, porque dice: «No saben lo que hacen.» Más no por eso es apartado los pecados, porque la remisión y la purificación sólo se pueden verificar como más arriba se ha dicho. Que el Señor siempre perdona y no imputa pecados a hombre alguno, puede ser evidente por sus palabras a Pedro, cuando éste le preguntó, cuántas veces debía perdonar a su hermano, que había pecado contra él; si bastaba perdonarle siete veces: «No te digo hasta siete más aún hasta setenta veces siete.» Así quiere el Señor que perdonen los hombres; cómo, pues, no ha de perdonar el Señor siempre? No es necesario implorar al Señor Su perdón, mas no perjudica que uno, que sufre bajo el peso de su conciencia, enumere sus pecados en la presencia de un ministro de la Iglesia (lo cual se hace para los efectos de la absolución) a fin de que su carga sea aligerada; hasta puede ser provechoso, porque así se acostumbra el hombre a examinarse y a contemplar sus males de día en día. Esta última confesión es natural, más la arriba indicada es espiritual.

10. El arrepentimiento actual y efectivo es fácil para los que lo han practicado algunas veces, pero encuentra grande resistencia en los que no lo han practicado.

561. El arrepentimiento actual y efectivo, que es examinarse, reconocer sus pecados, confesarlos ante el Señor y así empezar una nueva vida, encuentra grande resistencia en el mundo cristiano reformado, por el cual entendemos todos los que están separados de la Iglesia Católica Romana, y también en aquellos miembros de esta última, que no han practicado el arrepentimiento. Esto es debido a que algunos de ellos no quieren, y otros tienen miedo de practicarlo, cuya falta de práctica hace que el hombre se afirme en sus costumbres, aumenta su indisposición y por falsos racionios consigue finalmente que el entendimiento consiente a nunca practicarlo. En otros causa tristeza, miedo y horror en vez de arrepentimiento. La razón principal por la cual el arrepentimiento encuentra tanta resistencia en el mundo cristiano reformado es la creencia, que el arrepentimiento actual y la caridad nada contribuyen a la salvación, sino la fe sola, por imputación de la cual viene la remisión de los pecados, la justificación, la renovación, la regeneración, la santificación y la eterna salvación, con absoluta exclusión de la cooperación del hombre, a cuya cooperación los escritores en materia dogmática cualifican de inútil y de obstáculo repugnante é injurioso al mérito de Cristo. Esta creencia se introduce en la mente de la gente sencilla, aun cuando ésta ignore los misterios de esa fe; porque se introduce sencillamente con estas palabras: «La fe sola salva. ¿Quién puede hacer el bien por sí mismo?» De aquí resulta, que el arrepentimiento del reformado es como un nido de pajaritos abandonados, cuyos padres han sido cogidos o matados por el cazador. Otra causa de que el reformado tiene tanta aversión a la investigación y examinación de su interior, es que con respecto a su espíritu se halla entre tales espíritus en el mundo espiritual que creen como él, piensan como él y sienten como él, y éstos introducen semejantes cosas en las ideas de su pensamiento, desviando sus pasos y quitando de la voluntad todo deseo de practicar la investigación y la examinación.

562. He preguntado a muchos reformados en el mundo espiritual, por qué no practicaban el arrepentimiento actual y efectivo, viendo que lo ordena el Verbo y también la religión en todas sus iglesias en los actos del Bautismo y de la Santa Cena. Han contestado de varias maneras. Unos han dicho, que bastaba la contrición en la confesión oral de que uno es pecador; otros que semejante arrepentimiento, realizado con la cooperación del hombre por su propia voluntad, no concuerda con la fe, universalmente admitida. Algunos dijeron: « ¿Quién puede examinarse a sí mismo, sabiendo que es enteramente pecado? Esto sería como echar su red en una laguna llena de fango y gusanos desde el fondo a la superficie». Otros dijeron: « ¿Quién puede indagar sus interiores tan a fondo que pueda ver en sí el pecado de Adán del cual proceden todos sus males actuales? ¿No son estos últimos, junto con el primero, lavados y limpiados por el agua del Bautismo; remitidos y cubiertos por el mérito de Cristo? ¿Qué es pues el arrepentimiento, sino una imposición, que causa conturbación y tristeza a los concienzudos? ¿No estamos por el Evangelio bajo la Gracia y no bajo la dura ley de ese arrepentimiento?» Y así en adelante. Algunos dijeron que siempre y cuando procuraban examinarse, se apoderaban de ellos horror y espanto como si al amanecer vieran un monstruo al lado de su cama. Todo esto explica por qué el arrepentimiento verdadero se halla por así decir abolido en el mundo cristiano reformado. En presencia de estas personas pregunté también a unos católicos romanos acerca de su costumbre de confesarse delante del cura, si lo hacían con repugnancia; dijeron que una vez iniciados en ello contaban y enumeraban sus transgresiones sin miedo ante un director que no fuera muy severo; que las revocaban a la memoria con cierto gusto, contando alegremente las más ligeras y con alguna timidez las más graves, y que por costumbre volvían a confesarse cada año, sintiéndose alegres después de recibir la absolución. Dijeron también, que miran

como impuros a todos cuantos no quieren descubrir los extravíos de su corazón. Al oír esto los reformados que se hallaban presentes se alejaron, algunos de ellos burlándose y riendo, otros pasmados y comentando. Luego se acercaron otros miembros de la misma Iglesia, pero que vivían en países de los Reformados, y que por la costumbre allí establecida no acostumbraban hacer confesión especial como sus hermanos y paisanos en su iglesia, haciendo tan sólo una confesión general ante su director. Estos dijeron que se sentían completamente incapaces de escudriñarse, de hallar y sacar a luz sus males actuales y los secretos de sus pensamientos, y estimaban que tal examen sería tan repugnante y terrible, como atravesar un foso para escalar el muro de una fortificación, desde donde un soldado armado les diera el alto. Por estas experiencias en el mundo espiritual he podido convencerme de que el arrepentimiento actual es fácil para los que lo han practicado algunas veces, pero que encuentra grande resistencia en los que no lo han practicado.

11. El que nunca ha practicado el arrepentimiento, que nunca ha investigado ni escudriñado sus interiores, acaba por no saber lo que es el mal que condena, ni lo que es el bien que salva.

564. El mal que está en el hombre sin que éste lo ve, reconoce y confiesa, permanece en él, y como permanece se arraiga más y más hasta obstruir el interior de su mente. La consecuencia de esto es que el hombre no llega a ser espiritual, sino que permanece natural y con el progreso del mal se vuelve sensual y finalmente corpóreo. En este estado (sensual y corpóreo) no puede distinguir el mal que condena, del bien que salva; porque acontece con él como con un árbol que crece sobre la dura roca, extendiendo sus raíces por estrechas rendijas, cuyo árbol muere lentamente por falta de nutrición. Todo hombre debidamente educado es racional y moral; mas hay dos clases de racionalidad; la una viene del mundo, la otra del Cielo. El que adquiere su racionalidad del mundo y no al mismo tiempo del Cielo, no es racional y moral más que en palabras y maneras, siendo interiormente una bestia y hasta una fiera, porque obra en concierto con los que están en el infierno, y éstos son como fieras en su cualidad y carácter. Pero el que adquiere su racionalidad y moralidad también del Cielo es verdaderamente racional y moral, porque lo es a la vez en su espíritu, en su habla y en su cuerpo. Lo espiritual se halla al interior de estos últimos como el alma en su cuerpo, moviendo y disponiendo lo natural, lo sensual y lo corpóreo, y este hombre obra en concierto con los ángeles del Cielo. Hay pues dos clases de hombres racionales y morales, a saber: el hombre espiritual/racional y moral y el hombre exclusivamente natural/racional y moral. En el mundo se parecen, y no se puede distinguir entre ellos, más los ángeles del Cielo los conocen y distinguen entre ellos tan fácilmente como el hombre distingue entre palomos y lechuzas, o entre ovejas y tigres. El hombre meramente natural puede ver males y bienes en otros y puede también reprenderlos, pero puesto que nunca ha mirado su propio interior y nunca se ha examinado, no ve ni reconoce en sí mismo mal alguno. Si alguien descubre un mal en él, lo oculta por medio de su racionalidad a manera de una serpiente que esconde su cabeza en el polvo, y se sumerge en él como un tábano en un montón de estiércol. Esto sucede a causa del gozo del mal en el cual se halla y el cual le circunda como una densa niebla que absorbe y extingue los rayos de la luz. Este gozo es el gozo del infierno, porque en todo el infierno no hay otro gozo que éste. Se exhala del infierno e influye en todo hombre generalmente por las plantas de los pies, por la espalda y por el occipucio; pero en muchos es recibido en la cabeza por la frente, y en el cuerpo por el pecho, y éstos son esclavos del infierno. La razón es que en el cerebro humano residen el entendimiento y su sabiduría, y en el cerebelo la voluntad y su amor; por esto tiene el nombre dos cerebros. El gozo del mal se halla en todo hombre meramente natural y tanto más

abundantemente cuanto más es sensual y corpóreo, y sólo por medio de lo racional y moral, procedente de lo espiritual, puede ser corregido, reformado y convertido en gozo del bien, que es el gozo del Cielo.

565. El hombre meramente natural y moral es, en y por sí considerado, sensual. Lo sensual es lo último o sea lo extremo de la vida del hombre; adhiere a los cinco sentidos de su cuerpo y adhiere con ellos. Sensual se llama al hombre que juzga de todo por los sentidos del cuerpo, no creyendo más que lo que puede ver con los ojos y tocar con las manos, diciendo que esto es algo y lo demás es nada. Los interiores de su mente, que ven por la luz del Cielo, se hallan cerrados, de manera que no puede ver verdad alguna, perteneciente al Cielo y a la Iglesia. Tal hombre piensa exteriormente, por sus cosas extremas y no interiormente por luz alguna espiritual, porque se halla en la gruesa luz natural (lumen). Por esta causa es interiormente opuesto a las cosas del Cielo y de la Iglesia, por más que exteriormente pueda hablar favorablemente de ellas y hasta con interés y celo si ve en ello un medio de conseguir poderío y riquezas. Los hombres eruditos, hondamente confirmados en falsedades, y especialmente los que se han confirmado en contra de las verdades del Verbo, son sensuales más que otros. Hombres sensuales raciocinan agudamente y con mucha destreza, porque su pensamiento está tan cerca de su habla, que, por así decir, es el habla, y porque ponen toda inteligencia en hablar meramente por la memoria. Además pueden con habilidad confirmar falsedades, y luego de confirmarlas creer que son verdades; pero raciocinan y confirman por las falacias de los sentidos corporales que captivan y persuaden a la gente común. Los hombres sensuales son más astutos y maliciosos que otros. Los avaros, adúlteros y maliciosos son marcadamente sensuales, por más que al mundo parecen ser hombres de ingenio. El interior de su mente es inmundo y sucio y por conducto del mismo comunica con los infiernos. En el Verbo se les llama muertos. Todos los que están en los infiernos son sensuales y tanto más cuanto más profundamente se hallan allí metidos. La esfera de estos espíritus infernales comunica con lo sensual del hombre por la espalda, y en la luz del Cielo su occipicio parece hueco. A los que raciocinan exclusivamente por medio de las cosas sensuales llamaban los antiguos serpientes del árbol de ciencia del bien y del mal. Las cosas sensuales deben estar en el último lugar, y no en primero. Con un hombre sabio e inteligente están en el último lugar, subordinadas a las cosas interiores, pero con un hombre que no tiene sabiduría ni inteligencia están en el primer lugar y predominan. Cuando las cosas sensuales se hallan en el último lugar se abre mediante ellas un camino al entendimiento, y las verdades se sacan de ellas por un procedimiento de extracción, siendo refinadas y elevadas, porque las cosas sensuales se extienden hacia el mundo y se hallan inmediatamente en contacto con éste, recibiendo las cosas que del mundo influyen a ellas y por así decir cribándolas. Resulta pues que el hombre por conducto de las cosas sensuales comunica con el mundo, mientras que por conducto de las racionales comunica con el Cielo, y lo sensual suministra las cosas que sirven a los sentidos internos de la mente; ciertas cosas sensuales suministran a la parte intelectual y otras a la parte voluntaria. Si el pensamiento no se eleva por encima de las cosas sensuales, tiene el hombre poca sabiduría, pero siendo elevado, entra en una luz más clara, y finalmente en la luz celestial. Lo último, o sea lo extremo del entendimiento es lo perteneciente a la ciencia natural, y lo último, o lo extremo de la voluntad es el goce sensual.

566. Con respecto a su hombre exterior o natural el hombre es cómo un animal e introduce en sí la imagen del animal mediante su vida. En el mundo espiritual aparece por esta razón alrededor de tales hombres toda clase de animales, siendo éstos correspondencias; porque la parte natural del hombre, en y por sí considerado, es meramente animal; pero puesto que lo espiritual le ha sido añadido, puede llegar a ser hombre, y si no llega a serlo por la facultad que tiene, puede imitar al hombre; más en este caso no pasa de ser un animal que habla, porque si bien habla por un natural racional, piensa sin embargo por una

demencia espiritual, y si bien obra por un natural moral, ama sin embargo por un amor de sátiro. Sus actos observados por un hombre espiritual/racional difieren poco de los ademanes de uno que ha sido mordido por la tarántula, llamados el baile de San Vito o de San Guy. El hipócrita puede hablar de Dios, el ladrón de sinceridad, el adúltero de castidad, porque el hombre tiene la facultad de cerrar o abrir, según su gusto, la puerta de comunicación entre sus pensamientos interiores y sus palabras y entre sus intenciones y sus actos, siendo la prudencia y la astucia el portero; si no fuera así se precipitaría con más furia que una fiera en actos abominables y crueles. Pero después de la muerte aquella puerta permanece continuamente abierta en cada uno, y entonces el hombre aparece en su exterior tal como es en su interior; pero en el infierno es mantenido dentro de límites por medio de castigo y vigilancia. Es pues de suma importancia que cada uno se examine; que encuentre en sí sus males y que se abstenga de su práctica por principio religioso. Si se abstiene por algún otro motivo no son apartados, sino tan sólo ocultos a los ojos del mundo.

12. Dos Recuerdos

567. RECUERDO 1. Me sentí súbitamente presa de un malestar casi mortal; mi cabeza se inclinó desmayada bajo un peso enorme; un humo pestilencial me hirió, subiendo de la Jerusalén inmunda, llamada Sodoma y Egipto (Apocalipsis 11:8). Estaba casi muerto por el cruel dolor y esperaba mi fin. En este estado permanecí, acostado en mi cama, tres días y medio. Era que mi espíritu fue introducido en este estado y con él mi cuerpo. Entonces oí alrededor de mí voces, y dijeron: «Mira aquel predicador de arrepentimiento para remisión de los pecados, que también predicaba el hombre Cristo (como) solo (Dios); hele aquí muerto en la calle de nuestra ciudad». Y preguntaron a unos clérigos si yo era digno de ser enterrado, respondiendo ellos que no lo era: «Que se quede allí, que se quede allí como espectáculo público.» Iban y venían burlándose. Esto me sucedió mientras escribía la explicación del capítulo once del Apocalipsis. Luego oí palabras pronunciadas en un tono áspero, especialmente éstas: «¿Cómo puede uno arrepentirse, excepto con abrazar la fe? ¿Cómo se puede adorar al hombre Cristo como Dios? Siendo salvos por pura gracia, sin mérito propio alguno ¿qué es entonces necesario más que abrazar la fe de que Dios el Padre envió a su Hijo para que Este deshiciera y quitara la condenación de la Ley, imputándonos Su mérito y así justificándonos ante Dios y dándonos absolución de nuestros pecados (por conducto del ministro) y enviándonos luego el Espíritu Santo para operar en nosotros toda clase de bienes? ¿No es esto conforme la Sagrada Escritura y también conforme la razón?» La gente que estaba allí aplaudía. Oí todas estas cosas, pero no pude contestar, hallándome casi muerto. Más después de tres días y medio mi espíritu recobró vida. Salí de la calle é internándome en la ciudad clamé de nuevo: ¿Arrepentíos y creed en Cristo y vuestros pecados serán remitidos y seréis salvos; de otra manera pereceréis.» ¿No predicaba el Señor Mismo el arrepentimiento para remisión de los pecados y dijo que debían creer en El? ¿No encomendó a Sus discípulos el practicar lo mismo? Vuestro dogma de fe ¿no os introduce en una falsa seguridad e indolente reposo en vuestra vida? Mas ellos dijeron: «¿Qué disparates estás diciendo? ¿No ha pagado el Hijo nuestra deuda? ¿No imputa el Padre este pago a los que así creen? Así que, siendo nosotros guiados por el Espíritu de Gracia, ¿qué es el pecado en nosotros? ¿Qué es la muerte para nosotros? ¿Comprendes este Evangelio, tú, heraldo de pecado y de arrepentimiento?» Pero entonces se oyó una voz, procedente del Cielo, que dijo: «¿Qué es la fe del impenitente, sino una fe muerta? El fin viene, el fin viene sobre vosotros, confiados, a vuestro propio parecer inmaculados, según vuestra propia creencia justificados, Satanás.» Y de repente se abrió el suelo en el centro de la ciudad y ensanchándose la abertura, cayeron las casas una tras otra, hundiéndose en el abismo. Luego subió por la ancha abertura agua hirviendo, que inundó las ruinas.

Viendo que habían sido engullidos y que parecían inundados, deseaba conocer su suerte en el abismo y me fue dicho del Cielo: «Verás y oirás.» Entonces desaparecieron las aguas de delante de mis ojos, porque las aguas que parecían cubrirlos eran correspondencias, como todas las cosas en el mundo espiritual, por cuya razón aparecen con los que se hallan en falsedades como una inundación. Entonces vi que corrían sobre un fondo arenoso, entre montones de piedras, lamentándose de haber sido echados de su grande ciudad, gritando y vociferando: ¿Por qué nos ha sucedido esto? ¿No somos por nuestra fe limpios, justos y santos? ¿No hemos sido limpiados, purificados, justificados y santificados por nuestra fe? Y otros exclamaban: ¿No somos por nuestra fe aptos para aparecer ante Dios el Padre como limpios, puros, justos y santos y ser percibidos, reputados y ante los ángeles declarados como tales? ¿No somos reconciliados y propiciados; no se ha hecho expiación por nosotros, y no somos absueltos, lavados y limpios de nuestros pecados? ¿No ha quitado Cristo la condenación de la Ley? ¿Por qué pues nos han echado en este abismo como condenados? En nuestra grande ciudad oíamos por cierto exclamar a un audacioso proclamador de pecado: «Creed en Cristo y arrepentíos. ¿Más no hemos creído en Cristo, cuando hemos creído en Su mérito? ¿Y no nos hemos arrepentido, cuando hemos confesado que somos pecadores? ¿Por qué, pues, nos ha sucedido esto?» Mas entonces una voz se dejó oír al lado de ellos diciendo: «¿Conocéis algún pecado en vosotros, a cuya práctica os abandonáis? ¿Os habéis examinado alguna vez? ¿Habéis en su consecuencia huido de algún mal por ser pecado contra Dios?» EL que no huye del pecado se halla en el pecado, y el pecado es el Diablo. Por eso sois aquellos de quienes dijo el Señor: «Entonces comenzaréis a decir: delante de ti hemos comido y bebido y tú has enseñado en nuestras calles»; y les dirá: «Digo os que no os conozco de donde seáis; apartaos de mí todos, obradores de iniquidad» (Lucas 13:26-27). Retiraos pues cada uno a su lugar; delante de vosotros veis entradas a cuevas; entrad en ellas y a cada uno será dado trabajo que hacer y alimento con arreglo al trabajo; si no entráis, el hambre os obligará a ello.

Luego salió una voz del Cielo dirigida a individuos en la tierra, quienes (en cuanto a su espíritu) se hallaban en las afueras de aquella grande ciudad (de los cuales se hace mención en el Apocalipsis 11:13); diciendo con acento fuerte: Guardaos, guardaos de todo trato con semejantes. ¿No comprendéis que los males que se llaman pecado é iniquidad hacen al hombre inmundo é impuro? ¿Cómo puede el hombre ser limpiado y purificado de estos pecados excepto por el arrepentimiento actual y efectivo y por la fe en el Señor Jesucristo? El arrepentimiento actual es examinarse a sí mismo, reconocer y culparse de sus pecados individuales, confesarlos ante el Señor, implorar Su ayuda y fuerza para resistirlos, y así abstenerse de ellos y conducir una nueva vida, todo lo cual debéis hacer como por vosotros mismos. Haced esto una o dos veces al año, cuando os acercáis a la Santa Cena, y luego, al volver la tentación de cometer los pecados de los cuales os habéis reconocido culpables, decid a vosotros mismos: «No queremos hacerlo porque es pecado contra Dios». Esto es verdadero arrepentimiento. ¿Quién no puede comprender que el que no se examina y no ve su pecado, permanece en él? Porque todo mal lleva en sí su goce desde el nacimiento: Por su naturaleza siente el hombre goce en venganza, en libertinaje, en fraude, en blasfemia y especialmente en dominar por egoísmo, y el goce impide el que estos pecados sean reconocidos por el hombre. Si acaso alguien le dice que son pecados, el goce que siente por ellos le induce a defenderlos y hasta a confirmar, mediante falsedades, que no son pecados, de manera que permanece en ellos y se abandona a su práctica más que antes; Así acaba por no poder distinguir entre lo que es pecado y lo que no es pecado, y a ignorar por completo la existencia del mal. Mas con uno que practica el arrepentimiento actual es diferente. Los males que éste reconoce y de los cuales se culpa, llama pecado, empieza por huirlos y abstenerse de su práctica y acaba por percibir su goce como una cosa desagradable. A medida que esto se verifica, ve y ama al bien, y finalmente percibe el goce del bien, que es el goce de los ángeles del Cielo. En una palabra, en cuanto uno mete detrás de sí al Diablo, es adoptado por el Señor,

enseñado, guiado y apartado del mal y mantenido en el bien por El. Este es el camino, que conduce del infierno al Cielo y no hay otro.

569. RECUERDO 2. Todo amor existente en el hombre exhala su goce, mediante el cual se deja percibir; lo exhala en el espíritu y por conducto de éste en el cuerpo, y el goce del amor, en unión del placer del pensamiento, forma la vida del hombre. Mientras el hombre vive en el cuerpo su percepción de este goce y este placer es obscura y confusa, porque el cuerpo los absorbe, atenuándolos; pero después de la muerte, cuando el cuerpo material es apartado y el espíritu queda libre de su envoltura, los goces de su amor y los placeres de sus pensamientos se dejan percibir y sentir llenamente y—lo que es extraño—a veces como olor. Esto es la razón por la cual todos en el mundo espiritual se hallan coasociados con arreglo a sus amores, en el Cielo con arreglo a los suyos y en el Infierno con arreglo a los suyos. Los olores, en los cuales se convierten los goces de los amores del Cielo, son percibidos como fragancias, olores suaves, exhalaciones balsámicas y percepciones deleitosas, como las que se perciben en huertos de flores, en campos y en bosques en una mañana de primavera. Pero los olores, en los cuales se convierten los goces de los amores del Infierno, se perciben como olores nauseabundos pungentes, fétidos y pútridos, como aquellos que salen de pozos ciegos, de cadáveres y de aguas estancadas, llenas de suciedades y excrementos, y lo extraño es, que los demonios y satanás los perciben como bálsamos aromáticos y suaves inciensos, recreando con ellos su olfato y sus corazones. En el mundo natural es dado a animales, aves y reptiles asociarse con arreglo al olor, pero no a los hombres, hasta que hayan dejado sus cuerpos. De esto sigue que el Cielo se halla ordenado con arreglo a todas las variedades del amor al bien, y el infierno, siendo opuesto, con arreglo a todas las variedades del amor al mal. A causa de esta oposición hay una sima entre el Cielo y el Infierno, la cual no puede ser franqueada, porque los que están en el Cielo no pueden sufrir los olores de los que están en el Infierno, por causarles náuseas y vómitos y amenazarles con desmayos, si los aspiran. Lo mismo sucede con los que están en el Infierno, cuando, trepando, llegan encima del centro de la sima. Una vez vi a un demonio que desde una distancia presentaba el aspecto de un leopardo - (este demonio se había dejado ver unos cuantos días, antes entre los ángeles del último cielo, porque poseía el arte de convertirse en un ángel de luz) - quien trepó más arriba del centro de la sima y púsose entre dos olivos, no percibiendo olor alguno, que fuere ofensivo a su vida; porque no había ángel alguno allí presente. Mas apenas se presentaron allí unos ángeles, el demonio fue presa de convulsiones y cayó al suelo con brazos y piernas recogidos, y entontes parecía una monstruosa serpiente que se retorció. Por último, rodando por la sima al abismo, fue recogido por sus compañeros y llevado a una cueva, donde por medio de un olor de fiera que correspondía a su inclinación especial, recobraba la vida. Una vez vi también a un satanás castigado por sus compañeros. Pregunté la razón y me dijeron que tapando sus nasales, se había acercado a los del Cielo, y volviendo traía consigo ese olor apegado a sus vestidos. Me ha sucedido a menudo que un olor pútrido como de un cadáver, procedente de alguna cueva abierta en el infierno, ha herido mi olfato, causando vómito. Por esto resulta claro por qué razón en el Verbo sentir olor significa percepción, por qué allí a menudo se dice que Jehová olió suave olor de los holocaustos. También resulta claro por qué razón el unguento de aceite y el incienso fueron preparados de sustancias y hierbas olorosas. Por otro lado se puede ver la razón por la cual a los hijos de Israel fue mandado llevar fuera del campamento todo objeto impuro entre ellos, excavar hoyos y enterrar su excrementos (Deuteronomio 23:12-13). El campamento de Israel representaba el Cielo y el desierto alrededor del campamento representaba el Infierno.

CAPÍTULO 10

El Índice del Capítulo

La Reforma y Regeneración

1. Si el hombre no nace otra vez y si no es por así decir creado de nuevo, no puede entrar en el Reino de Dios.
2. El nacimiento nuevo o la nueva creación es efectuada por el Señor solo, por medio de la caridad y la fe y con la cooperación del hombre
3. Puesto que todos han sido redimidos, pueden todos ser regenerados, cada uno con arreglo a su estado
4. La regeneración se verifica de una manera análoga a la en que el hombre es concebido, llevado en el útero, parido y educado
5. La primera etapa del nacimiento nuevo se llama reforma y es cosa del entendimiento; la segunda se llama regeneración, la cual es de la voluntad y por virtud de ésta del entendimiento
6. Lo interior ha de ser regenerado primero y luego lo exterior, siendo así regenerado el hombre
7. Mientras esto se verifica hay una lucha entre el hombre interior y el hombre exterior, y el que vence al otro reina sobre él
8. El hombre regenerado tiene una voluntad nueva y un entendimiento nuevo
9. Un hombre regenerado se halla en comunión con los ángeles del cielo, y un hombre sin regenerar se halla en comunión con los espíritus del infierno
10. A medida que el hombre es regenerado, son apartados sus pecados y este apartamiento es la remisión de los pecados
11. La regeneración no puede verificarse sin la libre voluntad en cosas espirituales
12. La regeneración no puede tener lugar sin las verdades que forman la fe y con las cuales se une la caridad.
13. Dos Recuerdos

La Reforma y Regeneración

571. Procede ahora tratar de la reforma y la regeneración, porque éstas acompañan al arrepentimiento y progresan gradualmente por medio del mismo. Existen dos estados, en los cuales el hombre es introducido y los cuales atraviesa durante su nacimiento nuevo, por el cual, de ser hombre natural, se vuelve hombre espiritual. El primer estado se llama reforma y el segundo regeneración. En el primero mira el hombre desde su estado natural hacia un estado espiritual, deseándolo; en el segundo es hecho espiritual/natural. El primero es formado por las verdades, que han de ser de la fe, por medio de las cuales mira hacia la caridad. El segundo es formado por los bienes de la caridad, desde los cuales entra en las verdades de la fe; ó - lo cual es igual - el primero es un estado de los pensamientos por el entendimiento, más el segundo es un estado del amor por la voluntad. Cuando este último estado empieza y conforme progresa tiene lugar un cambio en la mente, efectuándose una inversión, porque entonces el amor de la voluntad influye en el entendimiento y obra en él, haciéndolo pensar en armonía consigo, y por cuanto el bien del amor entonces hace la parte principal, mientras que las verdades de la fe hacen la secundaria, el hombre es espiritual y una nueva criatura. En este estado obra la caridad y habla

la fe; siente el bien de la caridad y percibe las verdades de la fe. Entonces está en el Señor, en paz y regenerado. El que en el mundo ha entrado en el primer estado, puede después de la muerte ser introducido en el segundo, pero el que no ha entrado en el primero mientras vivía en el mundo, no puede ser introducido en el segundo después de la muerte. No puede pues ser regenerado. El progreso del primer estado al segundo puede compararse con el aumento gradual de la luz y del calor en un día de primavera. El primero con el crepúsculo matutino y el segundo con la mañana y la salida del sol, y el progreso del segundo es como el progreso del día desde la mañana hasta medio día, siempre aumentando la luz y el calor. Es también como el trigo del campo, el cual al principio es una hoja, luego una espiga y finalmente trigo en la espiga.

1. Si el hombre no nace otra vez y si no es por así decir creado de nuevo, no puede entrar en el Reino de Dios.

572. Esto es doctrina del Señor. Sus palabras a Nicodemo, según Juan 3:3, 5-6, fueron:

«De cierto, de cierto te digo que el que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios.»

Y luego:

«De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.»

Por el reino de Dios se entiende el Cielo y también la Iglesia, porque la Iglesia es el reino de Dios en la tierra. Igual significación tiene en otros lugares del Verbo, donde se menciona, como por ejemplo en Mateo 11:11; 12:28; 21:43; Lucas 4:43; 6:20; 8:1, 10; 9:11, 60, 62; 17:21 y otros. Nacer de agua y del Espíritu significa recibir y reconocer las verdades de la fe y conducir una vida en conformidad con ellas, porque agua significa verdades, y Espíritu significa una vida en conformidad con las Divinas Verdades, lo cual es evidente por las palabras del Señor en Juan:

«El Espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63).

En el Verbo los regenerados se llaman hijos de Dios y nacidos de Dios, y ser regenerado se llama recibir un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

573. En el Verbo ser creado significa ser regenerado; por eso decimos: «Si el hombre no es nacido de nuevo y por así decir vuelve a ser creado.» Que crear tiene esta significación es evidente por los siguientes pasajes:

«Crea en mi OH Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmos 51:10).

«Abres tu mano, hártense de bien; envías tu espíritu, crianse» (Salmos 104:28-30).

«El pueblo que se criará alabaré a Jah» (Salmos 105:18).

«He aquí yo crío a Jerusalén, una alegría» (Isaías 65:18).

«Así dice ¡Jehová, Criador tuyo, oh Jacob, y formador tuyo, OH Israel: Yo te redimí; todos los llamados de mi nombre, en la gloria mía los crié» (Isaías 43:1, 7).

«Para que vean y conozcan y adviertan y entiendan todos que el Santo de Israel lo crió» (Isaías 41:20).

Y en muchos otros lugares, donde el Señor se llama Creador, Formador y Hacedor. Por esto es evidente que las palabras del Señor a los discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15) significan un encargo del Señor de predicar el Evangelio a todos los que podían ser regenerados; porque criaturas significa los que pueden ser regenerados; así también en el Apocalipsis 3:14; y en 2 Corintios 5:17.

574. Es de toda necesidad que el hombre sea regenerado, porque nace en toda clase de males ingénitos de los padres, y estos males tienen su asiento en el hombre natural, el cual en y por sí considerado es diametralmente opuesto al hombre espiritual; nació sin embargo para el Cielo, y no puede entrar en el Cielo a menos de volverse hombre espiritual, lo cual no se puede verificar sino por medio de la regeneración. De esto sigue que el hombre natural con sus concupiscencias debe necesariamente ser vencido, subyugado y convertido, y que de otra manera el hombre no puede dar un sólo paso hacia el Cielo, sino que al contrario se introduce más y más hondamente en el Infierno. Esto no ofrecerá duda alguna para el que cree que ha nacido en toda clase de males, que sabe y reconoce que existen bienes y males, y que estos últimos son opuestos a los primeros; que cree que hay una vida después de la muerte; que hay un Infierno y un Cielo y que los males constituyen el Infierno y los bienes el Cielo. El hombre natural, en sí mismo considerado, no difiere del animal en cuanto a su naturaleza; porque tiene la ferocidad del animal, pero la tiene en su voluntad; por otra parte difiere del animal en cuanto al entendimiento, el cual puede ser elevado por encima de las concupiscencias de la voluntad, y no sólo verlas, sino también moderarlas, por cuya razón el hombre puede pensar por el entendimiento y hablar por los pensamientos, diferentemente del animal. Cuál y cómo es la cualidad ingénita del hombre en cuya cualidad permanece si no es regenerado, puede ilustrarse por comparaciones con animales feroces de todas clases. Sin regenerar es como un tigre, una pantera, un leopardo, un jabalí, un escorpión, una tarántula, una víbora, un cocodrilo, y así en adelante, y si por la regeneración no es transformado, de ser como uno de estos animales, a ser como un cordero, manso e inofensivo, es y permanece un demonio entre los demonios del Infierno. ¿Cuántos son los individuos de la raza humana que no han nacido sátiros y priapi o sea reptiles cuadrúpedos? ¿Y quién de ellos, si no es regenerado, evita ser un mono? La moralidad exclusivamente externa, que se aprende con el fin de cubrir y ocultar lo interno, conduce a este resultado. La cualidad del hombre sin regenerar se puede conocer también por las siguientes comparaciones y similitudes en Isaías:

«La poseerán el pelicano y el mochuelo, la lechuza y el cuervo morarán en ella, y extenderán sobre ella cordel de destrucción y niveles de asolamiento. En sus alcázares crecerán espinas y ortigas, y cardos en sus fortalezas, y serán morada de chacales (dragones) patio para las hijas de los avestruces. Y tzim encontrará a ijim y el sátiro se echará sobre su compañero; la lamia también tendrá allí asiento. Y anidará allí el cuclillo, pondrá huevos y los empollará y acariciará su cría debajo de sus alas; también se ajuntarán allí los buitres cada uno con su compañera» (Isaías 34:11, 13, 14, 15).

2. El nacimiento nuevo o la nueva creación es efectuada por el Señor solo, por medio de la caridad y la fe y con la cooperación del hombre

576. Que la regeneración es efectuada por el Señor por medio de la caridad y la fe se desprende de lo que se ha demostrado en los capítulos que tratan de la caridad y de la fe, especialmente de esto de que el

Señor, la caridad y la fe hacen uno, como la vida, la voluntad y el entendimiento en el hombre, y que si son separados parece cada uno como una perla reducida a polvo. Dije por medio de la caridad y la fe; porque éstas unen al nombre con el Señor y la unión hace que la caridad en el hombre sea verdadera caridad y que la fe sea verdadera fe; mas esta unión no se puede verificar si el hombre no toma parte en la regeneración, y por esto se dice: con la cooperación del hombre. De la cooperación del hombre con el Señor se ha hablado ya en varios artículos precedentes; pero puesto que la mente humana, por su naturaleza, percibe y se figura que el hombre efectúa esta cooperación por propia virtud, conviene ilustrar este punto otra vez: Todo movimiento y por consiguiente todo acto, es producto de una cooperación entre un activo y un pasivo; el activo obra y el pasivo coopera por virtud del activo; de ahí que de los dos resulta un solo acto, como cuando una cosa inanimada obra por virtud de una fuerza viva, y en general como lo instrumental obra por virtud de lo principal; es bien conocido que éstos dos juntos producen un solo acto. Con respecto a la caridad y a la fe el Señor obra, y el hombre coopera por virtud del Señor; porque en la pasividad del hombre está la actividad del Señor, y la inclinación de obrar, que así resulta, parece venir del hombre; porque su voluntad se halla en completa libertad, por lo cual el hombre puede obrar de acuerdo con el Señor, es decir, cooperar con El, y así unirse con El. Por la misma libertad puede también obrar de acuerdo con la fuerza infernal que está al exterior y así separarse del Señor. La actividad del hombre de acuerdo con la actividad del Señor, es lo que entendemos por cooperación.

577. De esto sigue que el Señor se halla en continua actividad para regenerar al hombre, porque está continuamente esforzándose para salvarle, y nadie puede ser salvo sin que sea regenerado, según dijo el Señor Mismo:

«El que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3).

La regeneración es por consiguiente el medio de salvación como la caridad y la fe son los medios de regeneración. Creer que la verdadera regeneración sigue a la fe de la Iglesia actual, es la vanidad de las vanidades, porque esa fe excluye la cooperación del hombre. Una acción y reacción tales como las que se acaban de describir, pueden observarse en todo objeto que se halla en actividad y movimiento. Tal acción y reacción son las del corazón y cada arteria relacionada con él; el corazón obra y la arteria coopera con sus membranas o capas; de ahí viene la circulación de la sangre. El caso es igual con los pulmones; el aire obra por su presión según la altura de la atmósfera y la cooperación hacen primero las costillas por virtud de los pulmones y acto seguido los pulmones por virtud de las costillas; así se verifica la respiración de toda membrana en el cuerpo; similar acción y reacción se verifican continuamente en todo órgano, víscera y miembro del cuerpo; y de ahí tienen éstos su existencia y subsistencia. Quien reflexiona puede comprender que si no hubiera tal acción y cooperación entre la vida, que influye, y el organismo espiritual del cerebro, no podría posiblemente haber pensamiento ni voluntad; porque la vida influye de Dios en este organismo, y por la cooperación del mismo resulta la percepción de lo que llamamos pensamiento y también de lo que en el pensamiento se contempla, se decide y se determina en acto. Si la vida tuviera que obrar por sí sola, sin que el hombre cooperase con ella, no podría éste pensar más que un tronco, o más que el templo, en el cual se pronuncia un sermón. Así sería el hombre con respecto a la caridad y la fe, si no cooperase con el Señor.

578. Lo que sería el hombre, si no cooperase con el Señor, puede ilustrarse también por medio de las siguientes comparaciones: Al percibir y sentir cualquiera cosa espiritual, perteneciente al Cielo y a la Iglesia, sería como si influyera en él una cosa insípida o discordante; como un olor ofensivo que hiriese la nariz, como un sonido discordante en el oído, como un espectáculo monstruoso delante del ojo y como

un gusto malo, asqueroso, en la boca. Si el goce de la caridad y el placer de la fe influyeran en la mente espiritual de que se hallan en el goce del mal y en el placer de la falsedad, haciendo así intrusión en ellas, sentirían ansiedad y tormento y finalmente caerían en desmayo: El organismo espiritual de la mente consiste de perpetuas hélices, y en un caso como el aquí indicado, se arrollaría en espirales, retorciéndose como una culebra sobre una hormiguera. Por mucha experiencia en el mundo espiritual sé que esto es así.

3. Puesto que todos han sido redimidos, pueden todos ser regenerados, cada uno con arreglo a su estado

579. A fin de que esto se comprenda bien conviene recordar aquí algunas cosas respecto de la Redención. El Señor vino al mundo principalmente para apartar el Infierno de los ángeles y de los hombres y para glorificar a Su Naturaleza Humana; porque antes de la Venida del Señor los infiernos habían crecido de tal manera, que infestaban a los ángeles del Cielo y hasta interrumpían la comunicación entre el Señor y los hombres en la tierra, impidiendo el paso del bien y de la verdad, que dimanaban del Señor, de suerte que no podían llegar a los hombres, y esto efectuaban con interponerse entre el Cielo y el mundo. En su consecuencia una condenación total y general amenazaba a la raza humana, y ni siquiera los ángeles del Cielo hubieran podido continuar en su estado de integridad. Por eso, a fin de restablecer el Orden, apartar el Infierno y así prevenir la inminente condenación, vino el Señor al mundo, apartó y subyugó a los infiernos y abrió así el Cielo, de manera que ahora puede estar presente con los hombres en la tierra y salvar a los que viven según Sus preceptos, es decir regenerarlos y salvarlos, porque los que son regenerados son salvos. Esto es 'lo que entendemos cuando decimos que por ser todos redimidos pueden ser todos regenerados, y puesto que la regeneración y la salvación son una misma cosa, que pueden todos ser salvos. La enseñanza de la Iglesia, de que sin la Venida del Señor ningún hombre hubiera podido ser salvo, debe pues entenderse así, que sin la Venida del Señor ningún nombre hubiera podido ser regenerado. Con respecto al otro fin con el cual el Señor vino al mundo, es decir, el de glorificar a su Naturaleza Humana, éste es inseparable, porque mediante esta glorificación se hizo Redentor, Regenerador y Salvador para siempre. No debemos creer que por haberse verificado la Redención una vez en el mundo, todos los hombres son redimidos, sino que debemos entender, que el Señor está continuamente redimiendo a cuantos creen en El y guardan Sus preceptos. Más sobre este particular puede verse en el capítulo segundo, que trata de la Redención.

580. La regeneración se verifica de diferentes maneras, según y conforme la condición y el estado del que ha de ser regenerado. Los simples son regenerados diferentemente de los eruditos, y de varias maneras según los oficios y las ocupaciones en que se hallan; diferentemente también según la manera en que se sirven del Verbo, si escudriñan lo interior o sólo lo exterior; los que por sus padres tienen un natural bueno diferentemente de los, que por ellos tienen un natural malo; los que desde su infancia se han empapado de las vanidades del mundo diferentemente de los que temprano o tarde las han desechado; en una palabra, los que constituyen la Iglesia exterior del Señor son regenerados diferentemente de los que constituyen Su Iglesia interior. Esta diferencia es tan variada y tan extendida como la que existe entre los rostros y las mentes, y cada uno es por lo tanto regenerado y salvado de una manera particular, individual, es decir, cada uno según su condición y después de la muerte ocupa cada uno su lugar en el Cielo también con arreglo al grado en que la regeneración se ha verificado en él. De acuerdo con esto se distinguen los cielos en manera general, en manera especial y en manera particular; en manera general en dos reinos, que se llaman el reino celestial del Señor y el reino espiritual del Señor; en manera especial en tres cielos, el íntimo o superior que es el tercero, donde viven los ángeles celestiales, el intermedio o segundo, donde viven los ángeles espirituales y el inferior o primero, donde viven los ángeles

celeste/espiritual/naturales. En manera particular se distinguen en innumerables sociedades; cada regenerado ocupa su lugar entre sus parecidos, por consiguiente según el grado de su regeneración, o lo que es igual, según el grado de su amor y sabiduría. Los que en su vida en el mundo han recibido el amor al Señor, entran en el tercer cielo; los que han recibido el amor al prójimo, en el segundo y los que practicaban la caridad natural, reconociendo al mismo tiempo al Señor por Dios, Redentor y Salvador, entran en el primer cielo. Todos éstos son salvados y cada uno de manera diferente. Todo hombre puede ser regenerado y por consiguiente salvado, porque el Señor está presente en todos con Su Divino bien y Su Divina verdad; de ahí tiene cada uno su vida; de ahí la facultad de entender y querer y con esto también la libre voluntad en cosas espirituales. Estos dones tiene todo hombre, y medios para servirse de ellos son asimismo dados a todos; los Cristianos los tienen en el Verbo y los Gentiles en su religión especial, que enseña que hay un Dios y da preceptos respecto del bien y del mal. Para todo hombre hay pues medios de salvación: Si no es salvado no es por culpa del Señor, sino por culpa del hombre mismo, y su culpa consiste en que no coopera con el Señor.

581. Que la Redención y la pasión en la Cruz son dos cosas distintas, que de ninguna manera deben confundirse, ha sido demostrado en el capítulo segundo, que trata de la Redención, donde también quedó demostrado que mediante estos actos el Señor asumió potencia de regenerar y salvar al hombre. Mas por la fe de la Iglesia actual con respecto a la pasión en la Cruz, de que ésta fue la Redención misma, han nacido multitudes de falsedades con respecto a Dios, a la fe, a la caridad y a todo cuanto en continuo nexo dependen de estos tres: Con respecto a Dios, que decretó la maldición de toda la raza humana; que consintió en volver a tener misericordia, transfiriendo la maldición a Su Hijo, El cual la tomó sobre Sí, y que son salvos los que por previa elección, o por predestinación han recibido el dón del mérito de Cristo. De esta falacia ha nacido otro hijo de esa fe, a saber el dogma de que los que reciben el dón de la fe son al mismo tiempo regenerados, sin cooperación alguna por su parte, siendo así libertados de la condenación de la ley, no estando más bajo la ley, sino bajo la gracia. Y la Iglesia sostiene estas falsedades por más que el Señor dijo que no quitó una sola jota, ni un punto de la ley (Mateo 5:18, 19), y que mandó a sus discípulos predicar el arrepentimiento para remisión de los pecados (Lucas 24:47) como hizo El Mismo, diciendo: «El reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed el Evangelio». Marcos 1:15). El Evangelio en que debían creer, era la buena nueva de que desde entonces todos podían ser regenerados y por consiguiente salvados, lo cual no hubiera podido ser, si el Señor no hubiese realizado la Redención, es decir, si no hubiera reducido a la impotencia los infiernos mediante luchas contra ellos y victorias sobre ellos, y si no hubiera glorificado, es decir, hecho Divina, Su Naturaleza Humana.

4. La regeneración se verifica de una manera análoga a la en que el hombre es concebido, llevado en el útero, parido y educado

583. En el hombre existe perpetua correspondencia entre lo que acontece en él naturalmente y lo que acontece en él espiritualmente, o sea entre lo que tiene lugar en su cuerpo y lo que tiene lugar en su espíritu. Esto viene de que el hombre en cuanto a su alma es por nacimiento un ser espiritual y se reviste de lo natural, que forma su cuerpo material, por cuya razón el alma, al despojarse de este cuerpo, aparece en su cuerpo espiritual y entra en un mundo, donde todas las cosas son espirituales, siendo allí asociada a sus parecidos. El cuerpo espiritual se forma en el cuerpo material por verdades y bienes, que influyen del Señor por conducto del mundo espiritual, siendo recibidos por el hombre en el interior de lo natural que del mundo se halla en él, es decir las cosas civiles y morales, por lo cual el carácter de la formación que tiene lugar resulta manifiesto, es decir que entre las cosas espirituales y naturales del hombre existe

perpetua correspondencia. Resulta, por consiguiente, que la formación del espíritu tiene analogía con la formación del cuerpo natural y material y que sus etapas son análogas a las de éste, a saber, a la concepción, la gestación, el nacimiento y la educación. Esta es la razón por la cual en el Verbo nacimientos naturales significan nacimientos espirituales, que son nacimientos del bien y de la verdad; porque todo cuanto hay en el sentido literal del Verbo envuelve y significa cosas espirituales. Que en el Verbo nacimientos naturales significan nacimientos espirituales se puede ver en varios pasajes del mismo, como por ejemplo en Isaías 26:18; Salmos 114:7; Isaías 65:8, 9; Ezequiel 30:16; Óseas 13:13; y en otros lugares. Puesto que generaciones naturales significan generaciones espirituales, las cuales se verifican por el Señor, se llama El Mismo Formador y El que saca del vientre como por ejemplo en Isaías 44:2; Salmos 22:9, 10; 71:6; Isaías 46:3, y en otros lugares. Por la misma razón se llama el Señor Padre, y los que por El se hallan en bienes y verdades se llaman hijos de Dios; nacidos de Dios; y hermanos entre sí (Mateo 23:8), y la Iglesia se llama madre (Óseas 2:2, 5; Ezequiel 16:45).

584. Consta por esto que existe correspondencia: entre el proceso de la generación natural y el «de la generación espiritual, por lo cual resulta que los términos concepción, gestación, nacimiento y educación, que son predicados del nacimiento natural, no sólo pueden ser predicados del nacimiento nuevo, sino que son realmente etapas del mismo. Lo que en su naturaleza son estas etapas del nacimiento nuevo, se presentará a la vista por su orden en el presente capítulo, que trata de la regeneración, más para los efectos de la comparación se dirá aquí que la simiente del hombre es concebida interiormente en el entendimiento y es formada en la voluntad, desde donde es trasladada al testículo, donde se reviste de una envoltura natural, siendo así conducida dentro del vientre é introducida en el mundo. Existe además una correspondencia entre la regeneración del hombre y todas las cosas que crecen en el reino vegetal, por lo cual en el Verbo se compara al hombre con un árbol; su verdad con la simiente y su bien con el fruto. Un árbol malo puede por así decir nacer de nuevo y llevar buen fruto y buena simiente por el procedimiento de la injercción. El jugo vicioso, que sube por su tronco, se transforma en jugo sano al entrar en la rama injertada y el árbol malo se vuelve así árbol bueno y lleva buen fruto. En el nacimiento nuevo el hombre es como una rama injertada en el Señor, según enseña El Mismo:

«Yo soy la vid y vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto; el que en Mí no estuviere será echado fuera como pámpano y se secará y lo echarán en el fuego» (Juan 15:5, 6).

Las etapas del nacimiento espiritual progresan paulatinamente como las del nacimiento natural, es decir, como la concepción, gestación, el nacimiento y la educación y como todo cuanto a ellas corresponde en la Naturaleza del mundo. Un árbol no crece, en un día; sale primero de su simiente, luego de su raíz, luego brota y forma un tronco, luego ramas con hojas y finalmente flores y frutos. Su progreso es paulatino y gradual desde el principio hasta el fin, y todo progreso en la creación es idéntico, incluso el de la regeneración del hombre. Los que tienen otro concepto de la regeneración, nada saben de la caridad y de la fe, ni de su progreso según y conforme la cooperación del hombre con el Señor. Por lo aquí expuesto consta que la regeneración se verifica de una manera análoga a la en que el hombre es concebido, llevado en el útero, parido y educado.

5. La primera etapa del nacimiento nuevo se llama reformatión y es cosa del entendimiento; la segunda se llama regeneración, la cual es de la voluntad y por virtud de ésta del entendimiento 587. En este artículo y en los siguientes se tratará de la reformatión y la regeneración, y puesto que, según dijimos antes, la reformatión es cosa del entendimiento y la regeneración cosa de la voluntad, conviene bien conocer y distinguir entre ésta y aquél. A este efecto conviene volver a leer lo que acerca de la voluntad y del entendimiento se halla expuesto bajo el N. 297 precedente antes de leer el presente artículo. También quedó demostrado más arriba que los males innatos en el hombre se hallan en la voluntad del hombre natural por engendramiento, y que la voluntad seduce al entendimiento induciéndolo a pensar en armonía consigo; de esto sigue que la regeneración del hombre debe necesariamente verificarse por medio del entendimiento como causa intermedia, y esto se hace mediante instrucción de varias clases recibida por el entendimiento, dada primero por los padres, luego por el Verbo, por escuchar predicaciones, por lecturas y conversaciones. Las cosas que así son recibidas en el entendimiento se llaman verdades, y decir que la reformatión se verifica por medio del entendimiento, o decir que se verifica por medio de las verdades recibidas en el entendimiento es pues una misma cosa. Las verdades enseñan al hombre en Quién debe creer y lo que debe creer, así como lo qué debe hacer, y por consiguiente lo que debe querer, porque todo cuanto uno hace lo hace por virtud de la voluntad con arreglo al entendimiento, y siendo así que la voluntad del hombre es mala desde el nacimiento, y que el entendimiento le enseña a distinguir entre el bien y el mal, pudiendo el hombre elegir el uno y desechar el otro, resulta nuevamente manifiesto que la regeneración debe verificarse por medio del entendimiento. El hombre se halla en su estado de reformatión mientras ve y reconoce en su mente, que el mal es malo y que el bien es bueno, y piensa elegir el bien y ponerlo por obra, pero cuando por su voluntad huye del mal y obra el bien, entonces empieza su estado de regeneración.

588. A este efecto ha sido dada al hombre la facultad de elevar el entendimiento casi hasta la luz, en la cual se hallan los ángeles, a fin de que pueda ver lo que debe querer y obrar para prosperar en el mundo temporalmente y recibir eterna bendición después de la muerte. Si adquiere sabiduría y sujeta su voluntad en obediencia a ella prosperará y tendrá bendición; más si sujeta su entendimiento en obediencia a su voluntad será infortunado y desdichado. Porque la voluntad se inclina desde el nacimiento al mal hasta en lo extremo; por lo cual, no siendo restringida por medio del entendimiento, el hombre, abandonándose a su libre voluntad, se precipitaría en toda clase de abominaciones, y por su naturaleza ferina, innata en él, rabiaría con furia contra todos cuantos no quisieren favorecerle y tolerar sus pasiones. Además, si el entendimiento no pudiera ser reformado y perfeccionado separadamente, y luego la voluntad por medio del mismo, el hombre sería sencillamente un animal, porque sin la facultad de poder separar el entendimiento de la voluntad y elevarlo encima de ella, no podría el hombre pensar, ni podría por el pensamiento hablar, sino únicamente sonar su inclinación; tampoco podría obrar por su razón, sino sólo por instinto; mucho menos podría conocer las cosas que son de Dios y mediante ellas conocer a Dios, entrar en conjunción con Él y vivir eternamente; porque el hombre piensa y quiere como por virtud propia, y el hacerlo como por virtud propia es precisamente lo recíproco en la conjunción, la cual no es posible sin reciprocidad, siendo así que no puede haber conjunción entre un activo y un pasivo sin adaptación de éste y aplicación de aquél. Dios Solo obra, y el hombre deja que obre en sí, cooperando con El, en apariencia como por virtud propia, más interiormente, o en realidad, por Dios. Una percepción exacta de estas cosas hace comprender de qué cualidad es el amor de la voluntad del hombre si ésta es elevada por medio del entendimiento, y también de qué cualidad es, si no es elevada; hace pues

comprender de qué cualidad es el hombre, porque el hombre es tal como es su voluntad, y su entendimiento.

589. Conviene saber que la facultad de elevar el entendimiento hasta la inteligencia en que están los ángeles es por creación inherente a todo hombre, tanto a buenos cuanto a malos y hasta a todo demonio del infierno, porque todos cuantos están en el infierno han sido hombres. Esto me ha sido demostrado con frecuencia mediante viva experiencia; sin embargo, los demonios no tienen inteligencia, sino demencia en cosas espirituales, por la razón de que no quieren el bien, sino sólo el mal, teniendo por consiguiente aversión a las verdades, porque las verdades favorecen al bien y se oponen al mal, y esto es otra razón por qué el nacimiento nuevo debe principiar por la recepción de las verdades en el entendimiento, siendo su segunda etapa el querer poner por obra las verdades y su tercera el obrarlas. Sin embargo, nadie puede ser reformado por el mero conocimiento de las verdades, porque el hombre puede aprenderlas, hablar de ellas, enseñarlas y predicarlas por la facultad que posee de elevar su entendimiento sobre el amor de la voluntad; mas no es reformado si no tiene inclinación a la verdad por ser verdad; porque únicamente esta inclinación se une con la voluntad, y si aumenta, une la voluntad con el entendimiento, y entonces empieza la regeneración.

590. De qué cualidad es el hombre, cuyo entendimiento ha sido elevado, pero no el amor de su voluntad mediante el mismo, se ilustrara por comparaciones. Es como un águila, la cual, volando en las alturas, ve debajo de sí gallinas, palomas y hasta corderitos. Se precipita como una flecha, agarra y devora. Es también como un adúltero, que esconde una ramera en la habitación baja de su casa y sube al piso, donde en presencia de su esposa y otros, habla sabiamente de castidad, más luego, esquivándose, baja sigilosamente para satisfacer su apetito con la ramera en el piso bajo. Tal es el hombre cuyo entendimiento se halla elevado, mientras que el amor de su voluntad permanece sumergido en la inmundicia de la naturaleza propia y en las livianas prácticas sensuales. Hay entre ellos quienes pueden imitar a los ángeles de la luz, tanto entre los hombres en el mundo, cuanto entre los ángeles del cielo; pero en el cielo, después de una breve examinación, son despojados de sus vestidos y echados fuera, desnudos. Su habilidad en disimular prueba, que pueden elevar el entendimiento de la indicada manera, y que el interior y el exterior del hombre pueden así obrar en sentido opuesto entre sí. Considerando esto y también que el cuerpo muere, mientras que el espíritu continúa viviendo, es pues evidente, que un espíritu monstruoso y negro puede hallarse bajo un rostro hermoso y radiante, y un espíritu ferino detrás de una lengua suave. Hay por lo tanto que conocer al hombre, no por su lengua, sino por su corazón, es decir, no por sus palabras, sino por sus actos y obras; porque el Señor dice:

«Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestidos de ovejas más de dentro son lobos rapaces; por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7:15, 16).

6. Lo interior ha de ser regenerado primero y luego lo exterior, siendo así regenerado el hombre

591. Que el hombre interno debe ser regenerado primero y mediante éste el externo se dice comúnmente en la Iglesia actual; pero a los hombres de esta Iglesia el término hombre interno, no despierta más idea que la de la fe, y no la verdadera, sino la que enseña, que Dios el Padre les imputa el mérito del Hijo y les envía el Espíritu Santo. En cuanto al hombre exterior, creen que éste, es decir, el hombre natural y moral, dimana de esa fe, que para ellos es el hombre interno, del cual es un apéndice, comparativamente como la cola del caballo, la cual sin perjuicio del animal puede ser corta o larga a gusto del amo, porque enseñan que la caridad, si bien acompaña a esta fe, no adhiere con ella ni se une con ella, y hasta dicen que la fe perece, si la caridad desde la voluntad influye en ella. Pero ha sido demostrado antes, que esta fe no es fe

y que no puede existir sino en la imaginación, y puesto que para la Iglesia actual representa y constituye el hombre interior, resulta que para esta Iglesia no hay hombre interior, sino tan sólo hombre natural, el cual por nacimiento rebosa de males de todas clases. Enseña además que por la indicada fe vienen espontáneamente la regeneración y la santificación, sin cooperación alguna por parte del hombre; pero ha sido demostrado que la salvación del hombre no puede efectuarse sin la cooperación de éste. Resulta, pues, que en la Iglesia actual se ignora por completo lo que es la regeneración y el nacimiento nuevo, y sin embargo pueden saber que éstos son indispensables para la salvación; porque el Señor dice: «Si uno no nace otra vez no puede ver el reino de Dios.»

592. Pero el hombre interno y el hombre externo de la Nueva Iglesia son otra cosa. El interno es la voluntad, por virtud de la cual el hombre piensa, cuando se halla solo; pero el externo es sus actos y obras, o sea su vida, que procede de él en su trato con otros. El hombre interno es por consiguiente la caridad (porque la caridad es cosa de la voluntad) y al mismo tiempo la fe (que es cosa del entendimiento). Antes de la regeneración las dos forman el hombre natural, y éste se distingue en interno y externo, lo cual puede ser claro por el hecho de que el hombre no se permite obrar y hablar en presencia de otros de la manera que obra y habla cuando se halla solo, o con sus parecidos. La causa de esta distinción es que las leyes civiles imponen castigos a los malhechores y recompensas a los que obran el bien, por lo cual el hombre se obliga a separar su hombre externo de su hombre interno; porque cada uno desea ser recompensado y nadie castigado, y la recompensa es lucros y honores, los cuales el hombre no alcanza si no vive en acuerdo con las leyes; resulta, pues, que la moralidad y la benevolencia pueden existir en el hombre externo, aun en aquellos que no las poseen en su hombre interno. Esto es el origen de la hipocresía, la adulación y el disimulo.

593. Con respecto a la distinción del hombre natural en dos, es una distinción completa, tanto de su voluntad cuanto de su pensamiento; porque todo acto del hombre procede de su voluntad, y toda habla procede de su pensamiento, por lo cual otra voluntad es formada por el hombre debajo o al exterior de la anterior e igualmente otro pensamiento; ambas voluntades constituyen sin embargo el hombre natural. La voluntad extra exterior, formada por el hombre, puede llamarse su voluntad corporal, porque obliga al cuerpo a disponer sus actos conforme la moralidad, y el pensamiento correspondiente puede llamarse el pensamiento de los pulmones, porque mueve la lengua y los labios a hablar lo que presenta el entendimiento. Esta voluntad junto con el correspondiente pensamiento puede compararse con la membrana que adhiere al lado interior de la corteza de un árbol, o con la piel que interiormente adhiere a la cáscara de un huevo, porque el hombre natural se halla al interior de ella, y si es malo puede compararse con el tronco podrido de un árbol malo, revestido de su membrana y corteza exteriores, aparentemente sanas; y con un huevo podrido dentro de una cáscara blanca y bonita. El hombre natural interno tiene por nacimiento una voluntad inclinada a toda clase de males, y el pensamiento correspondiente se inclina a toda clase de falsedades. Este es, pues, el hombre interno que ha de ser regenerado, porque sin regenerar tiene odio contra todo cuanto pertenece a la caridad y por este odio un celo ardiente contra todo cuanto pertenece a la fe. De ahí que el hombre interno natural debe ser regenerado primero y por medio del mismo el externo. Esto es conforme el orden; más el regenerar el interno desde el externo es contrario al orden; porque el interno es el alma del externo, y no sólo en general sino también en todo detalle, y se halla por consiguiente en toda palabra de su habla, sin que se advierta de ello. Es por esto que los ángeles por un solo acto del hombre conocen la cualidad de su voluntad y por una sola frase la cualidad de su pensamiento, si es infernal o celestial; de esta manera conocen todo el hombre; por el sonido o acento de la voz perciben la inclinación de su pensamiento, y por

el gesto, o por la forma de su acto, el amor de su voluntad, y lo perciben aunque procure disimular y aparentar ser cristiano y ciudadano moral.

594. La regeneración del hombre se describe en Ezequiel mediante la visión de los huesos secos, que fueron revestidos de tendones, luego de carne y cutis y finalmente entró en ellos espíritu y vivieron (Ezequiel 37:1-14). Que esta visión representaba la regeneración es evidente por mucho que allí se dice, por ejemplo: «todos estos huesos son la casa de Israel» (Ezequiel 37:11); y a los no regenerados se compara allí con sepulcros, porque se dice: «Jehová Dios abrirá sus sepulcros, los hará subir de sus sepulturas y los traerá a la tierra de Israel.» (Ezequiel 37:12-14). La tierra de Israel aquí y en otros lugares del Verbo significa la Iglesia. La regeneración se representa en dicho pasaje por el vivificar los huesos y abrir los sepulcros, porque el hombre sin regenerar se llama muerto y el regenerado viviente, puesto que en este último hay vida espiritual, más en el primero muerte espiritual.

595. En toda cosa creada en el mundo hay un interior y un exterior; éste no existe sin aquél ni aquél sin éste, porque son como el efecto y su causa, y no hay efecto sin su causa eficiente, ni hay causa eficiente sin su correspondiente efecto. Toda cosa creada tiene valor según su cualidad interior; es estimada por su excelencia, o despreciada por su inferioridad interior, y de la misma manera se debe despreciar el bien externo, en el cual hay vileza interna. Todo hombre sabio en el mundo piensa así y todo ángel del cielo igualmente. El hombre exteriormente bueno é interiormente vil es como el hombre rico, vestido de púrpura y lino fino, cuyo interior sin embargo era infernal (Lucas 16:19). Mas con el hombre regenerado es diferente. Su interior es bueno y su exterior igualmente, siendo este último en apariencia similar al exterior del hombre sin regenerar pero exteriormente bueno; sin embargo, difiere de éste, tanto como el cielo difiere del infierno; porque dentro de su exterior se halla el alma del bien. A este hombre nada importa la gloria ni la nobleza; lo mismo vive en una choza con un mozo por criado que en un palacio rodeado de servidores; igual le da ser un primado y llevar el manto de púrpura y en la cabeza el cidaris de dos grados, o ser el pobre pastor de una majada de ovejas, vistiendo la capa burda y una gorra en la cabeza. El oro es oro, no importa si brilla en la luz o si se halla ennegrecido por el humo de la llama de un candil. El exterior vale según la cualidad del interior y no el interior según la apariencia del exterior.

7. Mientras esto se verifica hay una lucha entre el hombre interior y el hombre exterior, y el que vence al otro reina sobre él

596. Reformado el hombre interno, surge una lucha entre el interno y el externo, porque el interno que ha sido reformado mediante las verdades, ve por ellas lo malo y falso que todavía existe en el externo, o sea en el hombre natural, por lo cual resulta disensión entre la nueva voluntad, que está encima y la antigua voluntad, que está debajo; y por la disensión entre las dos voluntades resulta disensión también entre sus goces, porque la carne, como es sabido, codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne, y la carne con sus apetitos ha de ser subyugada, antes de que el espíritu pueda obrar y el hombre ser hecho una nueva criatura.

Con la disensión de las voluntades viene la lucha que se llama tentación espiritual, cuya tentación no tiene lugar entre los bienes y los males mismos, sino entre las verdades del bien y las falsedades del mal, porque el bien no puede combatir por sí solo, sino por medio de sus verdades; y el mal tampoco puede combatir por sí solo sino por medio de sus falsedades, así como la voluntad no puede luchar por sí sola, sino mediante el entendimiento, en el cual están sus verdades. Estas tentaciones son percibidas por el hombre como cierto estado de conturbación interior y como un remordimiento de la conciencia. Pero en realidad luchan en él el Señor y los infiernos; y luchan a quién de ellos ha de poseerle. El Diablo, o sea los

infiernos, acusan al hombre, evocando en él sus males; el Señor le defiende y evoca en él los bienes; pero por más que este combate se verifica en el mundo espiritual tiene sin embargo lugar en el hombre, entre las verdades de su bien y las falsedades de su mal. El hombre debe, pues, luchar como si luchare por su propia fuerza, porque tiene libre voluntad de tomar partido por el Señor, o por el Diablo, según quiera; toma partido por el Señor si persevera en las verdades por los bienes, o por el Diablo si cede a las falsedades por el mal. De esto sigue que el que vence de los dos reina sobre el otro. Si el hombre interior vence se hace soberano y subyuga los males del hombre exterior, continuando la regeneración; si por otra parte el vencedor es el hombre exterior, se apodera del imperio y disipa todos los bienes del hombre interior, y entonces perece la regeneración.

597. Es bien conocido en el mundo cristiano actual, el que existen tentaciones; pero apenas hay quien sepa de dónde proceden, o quien conozca su cualidad y carácter y el bien que producen. Su origen y su cualidad hemos visto en el párrafo próximo precedente, y allí se ha indicado también el bien que producen, es decir, que, vencido el hombre interior, el exterior es subyugado, y cuando éste es subyugado, las concupiscencias son disipadas y en su lugar son implantadas inclinaciones a bienes y verdades. Estas se disponen entonces de manera a permitir al hombre de obrar los bienes y verdades a los cuales ama, de pensarlos y hablarlos del corazón. Además, mediante la victoria sobre su exterior, el hombre se vuelve espiritual, y entonces es por el Señor asociado con los ángeles del cielo, los cuales todos son espirituales. La razón por la cual las tentaciones han sido tan poco conocidas y en cuanto a su origen y al servicio que prestan completamente desconocidas, es que hasta aquí la Iglesia ha ignorado las verdades. Ninguno se halla en verdades si no se dirige al Señor directamente, rechazando la antigua fe y admitiendo la nueva. Por esta razón nadie ha sido introducido en tentación espiritual desde que el Concilio de Nicea introdujo la fe en tres Dioses; porque si alguien hubiese sido introducido en tal tentación, hubiera sucumbido inmediatamente, y de esta manera se hubiera hundido aún más profundamente en el mal, que es el Infierno. La contrición, que dicen precede a esa fe, no es tentación. He preguntado a muchos (en el mundo espiritual) acerca de esta contrición, y han dicho que es una mera palabra, o que a lo sumo en algunos casos puede tener la forma de un pensamiento furtivo acerca de un fuego infernal.

598. Pasado la tentación, se halla el hombre en el Cielo con respecto a su hombre interior y en el mundo con respecto a su hombre exterior, resultando que por medio de la tentación se verifica en él conjunción entre su cielo y su mundo, y desde su cielo dispone entonces el Señor en él su mundo y reina en él conforme el orden. Lo contrario ocurre si el hombre permanece en su estado natural; entonces desea dominar su cielo desde su mundo, y así es todo hombre que ambiciona dominar por amor a sí mismo, por lo cual después de la muerte cree que el que tiene más poder y dominio sobre otros, éste es Dios. Semejante demencia existe en el Infierno, y hasta el punto de que algunos allí se llaman Dios Padre, otros Dios Hijo y otros Dios Espíritu Santo, y entre los Judíos allí algunos se llaman Mesías. Tal es el hombre malo después de la muerte y todos, llegarían a ser así, si el Señor no hubiese establecido una Nueva Iglesia, mediante la cual el hombre puede ser regenerado durante su vida en el mundo, porque la regeneración no es posible con la falsa fe de la Iglesia actual, y sin regeneración no hay salvación; pero mediante el establecimiento de la Nueva Iglesia a la consumación, de la antigua ha evitado el Señor: esa perdición total; esto es lo que significan Sus palabras en Mateo 24:21, 22:

«Habrà entonces grande aflicción cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será, y si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva.»

599. Con los combates o tentaciones en los hombres, realiza el Señor una redención particular, como realizó una Redención universal, cuando estaba en el mundo. El Señor, mientras estaba en el mundo, glorificó Su Naturaleza Humana por medio de luchas y tentaciones y la hizo Divina. De igual manera obra ahora en cada hombre individualmente, mientras se halla en tentaciones. Durante éstas el Señor lucha por él, venciendo a los espíritus infernales, que le infestan, y después de la tentación le glorifica, es decir, le hace espiritual. Después de la Redención universal el Señor redujo a orden todas las cosas en el Cielo y en el Infierno, y con el hombre después de las tentaciones hace lo mismo, es decir, reduce a orden todas las cosas que están en él, pertenecientes al Cielo y a la Iglesia. Después de la Redención el Señor estableció una Nueva Iglesia, y de igual manera restablece ahora en cada hombre, regenerado mediante tentaciones, lo que hay en él perteneciente a la Iglesia, haciéndole iglesia en mínima forma. Después de la Redención el Señor bendijo con Su paz a los que creían en El, diciendo:

«La paz os dejo; mi paz os doy; no como el mundo da, yo os la doy (Juan 14:27).

Así también da Su paz al hombre después de la tentación. Le da consuelo y regocijo. Consta por esto que el Señor es Redentor hasta la eternidad.

8. El hombre regenerado tiene una voluntad nueva y un entendimiento nuevo

601. La Iglesia actual no ignora esta verdad; pero no la conoce por experiencia, sino porque el Verbo la expone claramente, y asimismo porque la razón sana no puede dejar de admitirla. Siendo así que la voluntad y el entendimiento constituyen al hombre, es claro que éstas dos facultades son las que han de ser regeneradas. Que el Verbo lo enseña, consta por muchos pasajes, entre otros por éstos: Ezequiel 18:81; 36:26, 27; 2 Corintios 5:16, 17. En estos pasajes, corazón nuevo significa una nueva voluntad, y espíritu nuevo, un nuevo entendimiento. Es también un hecho reconocido, que todo hombre es tal cual es su voluntad y su entendimiento; que quien tiene una voluntad mala es malo, y mayormente si su entendimiento la consiente. Únicamente la Religión puede renovar y regenerar al hombre, porque la Religión ocupa la región más elevada en la mente humana, mirando por debajo de sí a los asuntos civiles y morales, pertenecientes al mundo, por conducto de los cuales sube a su elevado puesto, como la savia pura de un árbol sube por su tronco hasta su corona o copa, y desde esta altura examina las cosas naturales, como un hombre desde una torre elevada, o desde una montaña, puede examinar las llanuras que se extienden a sus pies. No se debe olvidar, sin embargo, que el hombre, en cuanto a su entendimiento, puede elevarse casi hasta la luz, en la cual se bailan los ángeles, más si no es elevado también en cuanto a su voluntad, permanece en su estado antiguo sin ser hecho hombre nuevo. En lo que precede se ha explicado de qué manera el entendimiento eleva la voluntad sucesivamente hasta su propio nivel, y ésta elevación es lo que determina la regeneración del hombre, la cual por esta razón es predicada primariamente de la voluntad y secundariamente del entendimiento. En efecto, este, último, en cuanto a la región inferior de la mente, se halla en la luz del mundo, más en cuanto a la región superior se halla en la luz del cielo, por lo cual, si la voluntad no es sacada de la región inferior y elevada a la región superior, uniéndose allí con el entendimiento, resulta que permanece en el mundo, mientras que el entendimiento sube y baja, no teniendo conjunción con la voluntad más que en la región inferior, y esto equivale a conducir una vida de adúltero.

603. La mente humana se distingue en tres regiones diferentes; la inferior se llama la natural; la intermedia la espiritual y la superior la celestial. Por medio de la regeneración el hombre es elevado desde la región natural a la espiritual y por medio de ésta a la celestial. Más se dirá sobre esto en el próximo artículo. Esta es la razón por la cual al hombre sin regenerar se le llama hombre natural, y al hombre regenerado, hombre espiritual, lo cual también demuestra que la mente del hombre regenerado se halla elevada a la región espiritual, desde la cual, como desde un puesto elevado, mira y examina lo que se verifica en la región inferior que es la natural. Todo el que quiera puede convencerse de que en la mente humana existen una región superior y otra inferior, con solo fijarse en la manera en que funciona su pensamiento; por ejemplo, cuando uno dice que piensa esto o aquello, quiere con ello decir que en su pensamiento ve y contempla las cosas que piensa, y no podría ver así estas cosas si no hubiese un pensamiento interior o más elevado, llamado percepción, que mira por debajo de sí al otro inferior, llamado pensamiento. Un juez, cuando ha oído o leído las evidencias de una causa, compuestas y arregladas en series por un abogado, las reúne en un solo perspectiva en la región superior de su mente, es decir, forma de ellas una idea universal, y desde esta mira luego abajo a la región inferior, que es la del pensamiento natural en la cual dispone los argumentos por su orden, y, guiado por la idea superior, forma su opinión y pronuncia su veredicto. ¿Quién ignora que el hombre puede en un momento o dos pensar más cosas que luego por medio de su pensamiento inferior puede expresar en una hora? No debe, pues, ignorarse, ni negarse, que efectivamente existe tal distinción de la mente en regiones, la inferior y las superiores.

604. En cuanto a la nueva voluntad del hombre regenerado se halla ésta encima de la antigua, en la región espiritual, como asimismo el nuevo entendimiento, el cual está unido con la voluntad y la voluntad con él; porque en esta región superior se unen mutuamente y juntos miran abajo a la antigua voluntad o sea la natural, disponiendo todo cuanto hay en ella, haciéndolo entrar en concierto y armonía consigo. Fácilmente se comprende que si no hubiera en la mente humana más que una sola región, en la cual por consiguiente se hallarían mezclados los males y los bienes, las falsedades y las verdades, resultaría entre ellos un conflicto como el que se verificaría en un corral si se hallasen encerrados en él lobos y corderos, tigres y becerros, gavilanes y palomos. Los animales fieras y rapaces harían un masacro cruel de los animales mansos é inofensivos que serían desgarrados y devorados por ellos. Por eso ha dispuesto la Divina Providencia que la unión de los bienes con sus verdades se verifique en la región superior, a fin de que puedan morar en seguridad, rechazar los asaltos, y por varios medios luego subyugar y dispersar los males y sus falsedades. Esto es lo que queremos decir, cuando en el artículo precedente decimos que el Señor desde el cielo del hombre dispone las cosas, que son de su mundo, porque la región superior o espiritual del hombre es un cielo en miniatura, mientras que la inferior o natural, es un mundo en miniatura, y el hombre es por consiguiente un pequeño mundo (microcosmos), como le llamaban los ancianos, pudiendo asimismo llamarse un pequeño cielo.

9. Un hombre regenerado se halla en comunión con los ángeles del cielo, y un hombre sin regenerar se halla en comunión con los espíritus del infierno

607. Todo hombre se halla en comunión, es decir, consociación, bien con los ángeles del cielo, o bien con los espíritus del infierno; porque en cuanto a su interior nace espíritu, a fin de que pueda llegar a ser hombre espiritual y después de la muerte ser hecho un ángel del cielo, lo cual no sería posible si no

naciera también para tener cierta conjunción con los seres espirituales. En cuanto a su mente vive simultáneamente en los dos mundos; pero ni el hombre ni los ángeles o espíritus tienen conocimiento de esta conjunción, por la razón de que el hombre durante su permanencia en el mundo se halla: en un estado natural, mientras que los ángeles y los espíritus se hallan en un estado, espiritual, y por la diferencia que existe entre lo natural y lo espiritual no son visibles ni perceptibles los ángeles y los espíritus al hombre ni éste a ellos, por lo cual es evidente que no tienen conjunción por medio del pensamiento, sino por medio de la inclinación, la cual por hallarse en el calor de la voluntad y no en la luz del entendimiento, no puede ser objeto de la reflexión. La conjunción entre el hombre y los ángeles es tan íntima y estrecha, que si fuera interrumpida, resultando por ello separación, caería el hombre instantáneamente en un desmayo, y si no fuera restablecida, moriría. Dije antes, que el hombre por medio de la regeneración se vuelve espiritual; más esto no quiere decir espiritual como un ángel en sí mismo, sino espiritual/natural, es decir, que en su natural hay interiormente un espiritual, como el pensamiento en el habla y como la voluntad en el acto. De igual manera el espíritu de todo hombre, bueno o malo, está presente en todas las cosas, que tienen lugar en su cuerpo, porque el espíritu es quien impulsa el cuerpo a obrar cuanto obra. El cuerpo natural es en sí mismo una cosa pasiva, una fuerza muerta, mientras que el espíritu es lo activo, o sea la fuerza viva, y lo pasivo, o muerto, no puede obrar por sí sólo, debiendo necesariamente ser actuado por la fuerza viva. Puesto que el hombre, mientras permanece en el mundo natural, vive en constante comunión con los habitantes del mundo espiritual, al dejar el mundo natural, es introducido inmediatamente entre espíritus que se parecen a aquellos con quienes había tenido consolidación en el mundo; por cuya razón se cree vivir todavía en el mundo; porque entra entonces en trato con los que tienen inclinaciones parecidas a las suyas, y a éstos reconoce como amigos y parientes, de la misma manera que en el mundo reconocía a los suyos. Esto es lo que en el Verbo se significa por «ser unido a su pueblo» (Génesis 25:18) y recogido a sus pueblos» (Génesis 35:29) que se dice allí de los que murieron. Consta por esto que un hombre regenerado se halla en comunión' con los ángeles del cielo, y el hombre sin regenerar con los espíritus del infierno. La comunión del hombre regenerado con los ángeles del cielo es con los del primero, del segundo o del tercero, según se halla regenerado al primero, al segundo o al tercer grado de su mente, porque como ya se ha dicho, hay tres cielos, a saber: el celestial, que es el superior; el espiritual, que es el intermedio; y el natural, que es el primero; y de acuerdo con esto la mente humana se distingue igualmente en tres regiones correspondientes. Los tres cielos pueden compararse con el cuerpo humano, correspondiendo el tercero a la cabeza, el segundo al cuerpo y el primero a los pies; porque el Cielo en su conjunto presenta ante la vista del Señor el aspecto de un solo Hombre. He visto una sociedad celestial, consistiendo de muchos miles de ángeles, desde una distancia presentar la forma humana, y el Cielo es el mismo en grande y en pequeño, siendo así que cada sociedad celestial es cielo en menor forma, según la imagen del mayor, como asimismo cada ángel lo es en mínima forma. Por esta razón se dice que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y que Cristo es la Vida de este Cuerpo, porque la Iglesia del Señor en la tierra forma uno con el Cielo. Por esto es además evidente que el Señor, siendo la Vida de este Cuerpo, es Todo en todos en el Cielo, y que igualmente es la iglesia en los que reconocen a El Solo por Dios del Cielo y de la tierra y creen en El (Mateo 28:18; Juan 3:15-16, 36; 6:40; 11:25-26).

10. A medida que el hombre es regenerado, son apartados sus pecados y este apartamiento es la remisión de los pecados

611. Los pecados son apartados a medida que el hombre es regenerado, porque la regeneración es la subordinación de la carne, de manera a impedir el que reine, y la subyugación del antiguo hombre con sus concupiscencias, a fin de que no se subleve y destruya el principio intelectual, porque si éste es destruido, el hombre no puede ya posiblemente ser regenerado, puesto que la regeneración no puede verificarse, sino cuando el espíritu del hombre se halla elevado por encima de la carne, pudiendo entonces ser instruido y perfeccionado. Cualquiera que tiene razón sana puede comprender que semejante evolución no puede realizarse en un momento, sino gradual y sucesivamente, de la misma manera que el hombre es concebido, nace y es educado. Las cosas pertenecientes a la carne o al hombre antiguo están en él, inherentes por nacimiento, y constituyen el primer piso de su edificio mental, en cuyo piso tienen su residencia sus concupiscencias como fieras en sus antros. Primero residen en el atrio, y por turno entran deslizándose por los sótanos, luego subiendo por las escaleras, tomando posesión de las habitaciones e instalándose en ellas. Esto se verifica a medida que el niño crece en párvulo, luego en adolescente y finalmente en adulto), cuando piensa por su propio entendimiento y obra por su propia voluntad; por consiguiente conforme atraviesa las etapas de su vida. ¿Quién puede creer que esta casa, así edificada en la mente, y en la cual las concupiscencias bailan en corro como los salvajes del desierto, o como sátiros, puede en un instante ser demolida y una nueva casa edificada en su lugar? ¿No han de ser domados, subyugados y luego expulsados esos salvajes, estrechamente unidos, y en su lugar introducidos buenos deseos y puras inclinaciones, pertenecientes al bien y a la verdad? Y esto no se puede verificar en un momento; porque cada mal consiste de innumerables concupiscencias, pareciendo un fruto, que por debajo de la piel está lleno de gusanos de cuerpo blanco y cabeza negra, y los males son a su vez tan innumerables y tan estrechamente unidos como la prole de una araña acabada de empollar; por lo cual, no siendo exterminada y expulsada sucesivamente toda la cadena de ellos, no llega el hombre a ser hombre nuevo. Todos estos males con sus innumerables concupiscencias son los pecados, y su exterminación sucesiva es la regeneración, por lo cual consta que en la medida que el hombre es regenerado son apartados los pecados, y este apartamiento es la remisión.

614. Es pues claro que la remisión de los pecados no es un súbito aniquilamiento, o una extirpación repentina de ellos, sino que es su alejamiento y por consiguiente su separación sucesiva y lenta, a medida que el hombre recibe las verdades de la fe y vive en conformidad con ellas bajo el auspicio del Señor y por virtud de El. En la regeneración cada mal particular con sus innumerables concupiscencias es gradualmente alejado y sustituido por el bien, por el Señor; sin embargo, todo mal actual, del cual el hombre se ha apropiado por su vida, permanece con él, si bien descartado e introducido en un estado latente, como si no existiese, por lo cual resulta, que el hombre es apartado del mal por el Señor y mantenido en el bien, y esto es lo que se verifica en el hombre en la regeneración. Una vez oí decir a uno que fue introducido en el primer cielo, que se hallaba libre de pecados, porque habían sido lavados—por la sangre de Cristo—añadió; pero era bueno y se hallaba: en ese error por ignorancia, y para que se convenciera de su error fue reintroducido en sus pecados particulares o actuales, y a medida que hacían su reaparición los reconoció uno por uno. Mediante esto se formó otro concepto de la manera en que se verifica la remisión de los pecados, el cual era, que el Señor aparta del mal a todo hombre, y también a

todo ángel, y los mantiene en el bien. En el hombre regenerado los bienes introducidos por el Señor se hallan en el centro y en actividad, mientras que los males que han sido apartados se hallan hacia los bordes y como muertos; sin embargo, el hombre regenerado, y hasta el ángel, puede ser reintroducido en sus males por el Señor cuando a El place, y en este estado sus pecados vuelven con sus males a su percepción y los reconoce.

11. La regeneración no puede verificarse sin la libre voluntad en cosas espirituales

615. Sin libre voluntad en cosas espirituales el hombre no puede ser regenerado, porque por su libre voluntad debe dirigirse al Señor y reconocerle por Dios del Cielo y de la tierra, por su Redentor y Salvador, como El mismo enseña (Mateo 28:18), y sin libre voluntad no puede creer en El, es decir, no puede por la fe mirar hacia El y adorarle: sin ella no puede disponerse a recibir los medios de salvación y los beneficios que influyen del Señor. En una palabra, sin libre voluntad no puede cooperar con el Señor al efecto de su salvación por medio del arrepentimiento y de la regeneración. ¿Quién puede obrar el bien con el prójimo sin libre voluntad? ¿Quién puede sin ella ejercer la caridad, admitir en su pensamiento y en su voluntad las cosas que pertenecen a la fe y a la caridad, sacarlas de allí y exteriorizarlas en actos y obras? Y sin esto no hay cooperación posible; por consiguiente, tampoco regeneración. Que la regeneración, que según dicen sigue a la fe de la Iglesia actual, que imputa el Mérito de Cristo, no es regeneración, ha sido ya plenamente demostrado; porque esta fe excluye la cooperación del hombre y niega su libre voluntad, con lo cual el hombre con respecto a las cosas espirituales queda reducido a una piedra, o a un tronco de árbol. En tal caso Dios obraría sólo por Su parte y el hombre no tendría facultad alguna para cooperar y conseguir conjunción recíproca con el Señor. Sería un esclavo como los prisioneros de las galeras, atados con cadenas y obligados a trabajar, los cuales, si llegan a quitarse la cadena, son castigados y condenados a muerte. Esto sería en efecto el caso con tal hombre si llegara a librarse de sus ataduras, es decir, si tuviera que obrar el bien, para con el prójimo por su propia voluntad y de sí mismo creer en el Señor por causa de su salvación; porque, siendo su voluntad sin regenerar y por consiguiente mala, se apartaría con toda su fuerza del Señor y del Cielo y se precipitaría en la destrucción.

617. El hombre que cree que la regeneración se verifica sin libre voluntad en cosas espirituales, por consiguiente sin cooperación, se vuelve frío como una piedra con respecto a toda verdad de la Iglesia; o si es ardiente, es como un tizón que se consume en el fuego; se convierte en llamas por la materia combustible que hay en él, porque su ardor es de malas pasiones. Es como uno que vive en un palacio, que se hunde poco a poco en una tierra fangosa, hasta que sólo el techo sobresale, y encima de éste se resguarda bajo una tienda de lona; finalmente se hunde también ésta y entonces se ahoga en el fango. Si es clérigo es como una nave cargada de mercancías preciosas sacadas del Verbo, las cuales durante la travesía son consumidas por ratones, comidas por polillas o echadas al mar por los marineros, quedando así los mercaderes defraudados de su mercancía.

12. La regeneración no puede tener lugar sin las verdades que forman la fe y con las cuales se une la caridad.

618. El Señor, la fe y la caridad son los tres agentes por los cuales el hombre es regenerado. Estos tres permanecen ocultos como tesoros del más grande valor enterrados en la tierra, si no son revelados por las Divinas verdades del Verbo; y a los que niegan la cooperación del hombre permanecen ocultos, aunque lean el Verbo cien o mil veces, por más que allí se hallan en plena luz; porque todos cuantos se

han confirmado en la fe de la Iglesia actual, ven en el Verbo que Dios es tres, no comprendiendo que es Uno, que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre como alma y cuerpo, y que de éstos dimana lo Divino, o sea el Espíritu Santo, como la actividad del hombre. No comprenden que Dios es así, porque se halla oculto a sus ojos a causa de su carencia de verdades, y con respecto a la fe la desconocen por el mismo motivo, porque fe y verdades son una misma cosa. En cuanto a la caridad tampoco pueden conocerla y comprenderla, porque la caridad engendra el calor espiritual, que se une con la luz de la fe, por cuya unión ambos juntos son vida, más separados son nada, por lo cual no habiendo fe verdadera, tampoco puede haber caridad genuina. El Señores el Sol del Cielo, del cual procede la luz y el calor espiritual; esta luz ilumina y este calor anima y por la conjunción de los dos es vivificado y regenerado el hombre por el Señor.

619. Es pues evidente que sin verdades no hay conocimientos acerca del Señor; no hay fe y no habiendo fe no hay caridad. Sin verdades no hay, pues, teología y sin teología no hay Iglesia. Tal es el estado actual de la multitud de pueblos que se llaman Cristianos y dicen que se hallan en la luz del Evangelio, siendo sin embargo así que se hallan en las más densas tinieblas, porque las verdades se hallan ocultas, enterradas debajo de las falsedades, como oro, plata y piedras preciosas debajo de la multitud de huesos de muertos en el valle de Hinon. Sé por viva experiencia que esto es el estado del mundo cristiano actual, porque me ha sido dado percibir en el mundo espiritual las esferas que hoy día exhala ese mundo, cuyas esferas se propagan alrededor del mismo. Una de estas esferas se refiere al Señor; ésta sale de la región del sur del mundo cristiano espiritual, en cuya región se hallan los eruditos del Clero y de los legos. Esta esfera, adonde quiera que llegue, se introduce en el ánimo secretamente; con muchas quitas la fe en la Divinidad de la Naturaleza Humana del Señor; con muchos la debilita y con muchos la convierte en necedad. Esto sucede, porque simultáneamente introduce la fe en tres Dioses, causando así confusión. Otra esfera, la cual destruye la fe, es como una nube negra, de invierno, que lleva consigo tinieblas; convierte la lluvia en hielo, despoja los árboles de sus hojas, hiela las aguas y quita todo pasto a las ovejas. Esta esfera en unión de la primera ocasiona una especie de letargo con respecto al Dios único, a la regeneración y a los medios de salvación. Una tercera esfera ataca a la unión de la fe y la caridad; ésta es de una intensidad irresistible y es abominable, como una pestilencia que infecta a todos cuantos la respiran y rompe todo vínculo entre estos dos medios de salvación, establecidos desde la creación del mundo y restablecidos por el Señor en su Naturaleza Humana. Esta esfera invade también a los del mundo natural, rompiendo todo vínculo conyugal entre las verdades y los bienes. La he sentido y al pensar entonces en la conjunción matrimonial de la fe y la caridad, se ha interpuesto, procurando separarlas con violencia. Los ángeles se lamentan mucho de estas esferas y oran al Señor para que sean disipadas; pero han recibido la contestación de que no pueden ser disipadas mientras permanezca el Dragón en la tierra, porque esta esfera viene de los dragonistas. En cuanto al Dragón se dice de él en el Apocalipsis, que fue arrojado a la tierra:

«Por lo cual alegraos, cielos y los que moráis en ellos, y ay de los moradores de la tierra y del mar»
(Apocalipsis 12:12, 13).

Las mencionadas tres esferas son como otras tantas atmósferas tempestuosas, que salen de los respiraderos del Dragón y, siendo espirituales, invaden las mentes con violencia. Las esferas de verdades espirituales son todavía pocas en el mundo cristiano espiritual. Aparte del Cielo nuevo solamente las hay con aquellos en el mundo de los espíritus, que se hallan separados de los dragonistas, por cuya razón las verdades de la Nueva Iglesia son hasta ahora escasas entre los hombres en el mundo natural, y por lo mismo son también escasos los hombres regenerados espirituales que forman esta Iglesia en la tierra,

porque sin esas verdades la regeneración es imposible. Aumentan sin embargo constantemente, y conforme aumentan es rechazado el Dragón de la tierra para finalmente ser echado al infierno, según queda dicho por el Señor en el Apocalipsis. Entonces abundarán estas verdades y crecerá rápidamente la Nueva Iglesia; porque sus verdades podrán entonces ser admitidas por los hombres sin impedimento del Dragón. Esto es lo que significa el descenso del Cielo de la Nueva Jerusalén, cuyo descenso presencié Juan después de ser echado el Dragón al Infierno (Apocalipsis 20:1, 2, 3; 21:1, 2 y siguientes).

13. Dos Recuerdos

621. RECUERDO 1. Vi una reunión de espíritus, arrodillados, orando a Dios a que les mandara ángeles con los cuales podían hablar cara a cara y a quienes podrían confiar los secretos de su corazón. Cuando se levantaron, vieron consigo a tres ángeles vestidos de lienzo blanco, los cuales les dijeron: «El Señor Jesucristo oyó vuestra oración y nos ha enviado a vosotros; confiadnos los pensamientos de vuestro corazón.» Y dijeron: «Los clérigos nos han dicho que en asuntos de teología nada vale el entendimiento, sino sólo la fe, y nada vale la fe intelectual, porque no viene de Dios, sino del hombre, y participa de su naturaleza propia. Somos Ingleses y nuestros santos ministros nos han dicho muchas cosas las cuales hemos creído; más hemos hablado con unos, que también se llaman Reformados y con otros que se llaman Católicos Romanos y con otros de varias sectas, y nos parecían todos eruditos; sin embargo diferenciaban en muchas cosas; unos dijeron: «Creednos.» Otros dijeron: «Somos ministros de Dios y lo sabemos.» Pero sabiendo que las verdades Divinas, que se llaman verdades de la fe, no son pertenencia de persona alguna por nacimiento, o por otro derecho parecido, ni por herencia, sino que vienen del Cielo, procedentes de Dios, y puesto que enseñan el camino del Cielo y entran en la vida del hombre junto con el bien de la caridad, conduciéndole así a la vida eterna, nos sobrevino una ansiedad y oramos a Dios de rodillas». Los ángeles contestaron: «Leed el Verbo y creed en el Señor y veréis las verdades, que han de formar vuestra fe y ser de vuestra vida. Todos en el mundo cristiano sacan sus enseñanzas doctrinales del Verbo que es la única fuente.» Pero dos de la reunión dijeron: «Hemos leído, pero no hemos entendido.» Los ángeles contestaron: «No os habéis dirigido al Señor, que es el Verbo, y además os hallabais ya confirmados en falsedades.» Y continuaron: « ¿Qué es la fe sin luz, y qué es pensar sin entendimiento? No es humano. Cuervos y maricas pueden también aprender a pronunciar palabras sin entenderlas. Os aseguramos, que todo el que de corazón lo desea, puede ver las verdades del Verbo en luz. No hay animal, que no conozca el alimento de su vida al verlo, y el hombre es un animal racional y espiritual. Si tiene hambre y busca por el Señor, ve el alimento de su vida (no el de su cuerpo, sino el de su alma), cuyo alimento es la verdad de la fe. Por lo demás, todo cuanto no es recibido por el entendimiento no permanece en la memoria en cuanto al asunto mismo, sino tan sólo en cuanto a las palabras; por eso, cuando hemos mirado desde el Cielo al mundo, nada hemos visto; sólo hemos oído voces, por la mayor parte discordantes. Pero indicaremos ciertas cosas que los eruditos del Clero han separado de la fe, ignorando que al entendimiento conducen dos caminos, uno desde el mundo y otro desde el Cielo; y que el Señor eleva el entendimiento apartándolo del mundo, cuando lo ilumina; pero si se halla cerrado por falsedad de religión, es obstruida la vía que desde el Cielo conduce allí, y entonces el hombre no puede ver verdad alguna en el Verbo; es como si estuviera ciego. Hemos visto muchos tales, que han caído en pozos, de los cuales no han podido salir luego. Que os sirva de ilustración lo siguiente: ¿No podéis comprender lo que es la caridad y lo que es la fe, que la caridad es obrar el bien con el prójimo y la fe pensar correctamente con respecto a Dios y a las cosas esenciales de la Iglesia? Por consiguiente que quien obra el bien y piensa correctamente, es decir, quien vive bien y cree la verdad es

salvo?» Dijeron que entendían esto. Los ángeles continuaron diciendo que el hombre debe arrepentirse de sus pecados, a fin de poder ser salvo, y que si no se arrepiente permanece en los pecados en los cuales nació, y que arrepentirse es no querer los males, porque son pecados contra Dios; que es examinarse una o dos veces al año, ver sus males, confesarlos ante el Señor, implorar Su ayuda, desistir de ellos y empezar una nueva vida, y que en cuanto hace esto y cree en el Señor, sus pecados son remitidos. Entonces respondieron algunos de la reunión: «Entendemos esto y por ello también lo que es la remisión de los pecados.» Luego rogaron a los ángeles de informarles más, y ahora acerca de Dios, de la inmortalidad del alma, de la Regeneración y del Bautismo. Los ángeles contestaron: «No diremos cosas que no podéis entender, porque nuestras palabras caerían en tal caso como lluvia sobre simiente en arena, cuya simiente, aunque regada por aguas del Cielo, sin embargo se secaría y perecería.» Acerca de Dios dijeron: «Todos cuantos entran en el Cielo tienen allí su lugar asignado y su correspondiente gozo, con arreglo a la idea que posee respecto de Dios; porque esta idea es el principio de toda adoración, universalmente. La idea de Dios de que es un Espíritu, entendiendo por espíritu una cosa como éter o aire, es una idea vana. Dios es Divino Amor y Divina Sabiduría con toda cualidad que les pertenece, y el Sujeto de ellos es Hombre y no éter o aire. En el Cielo la idea referente a Dios es que el Señor Dios el Salvador es Dios del Cielo y de la tierra, como El Mismo enseñó.

«Dejad que vuestra idea de Dios sea como la nuestra y seremos consociados.» Cuando hubieron dicho estas palabras, resplandecían los rostros de los de la reunión. Acerca de la inmortalidad del alma dijeron: «El hombre vive eternamente, porque tiene la facultad de entrar en conjunción con Dios mediante el amor y la fe, y todo hombre tiene esta facultad. Que esta facultad determina la inmortalidad del alma podéis comprender si reflexionáis.» Acerca de la Regeneración dijeron: ¿Quién no comprende, que todo hombre tiene libertad de pensar en Dios y de no pensar en El, hallándose, por supuesto, enterado de que hay un Dios? Así es que cada uno tiene libertad, tanto en cosas espirituales cuanto en cosas civiles y naturales. El Señor da ésta libertad a todos, continuamente, por lo cual si el hombre no piensa en Dios, él mismo tiene la culpa. El hombre es hombre por esta facultad, y el animal es animal por carecer de ella. El hombre puede por consiguiente reformarse y regenerarse, como si lo hiciera por virtud propia, con tal que reconozca de corazón que lo hace por virtud del Señor. Todo el que se arrepiente y cree en el Señor, es reformado y regenerado, y cada uno debe arrepentirse y creer aparentemente por virtud propia, más «aparentemente por virtud propia» es en realidad por el Señor. Es verdad que el hombre no puede de sí mismo contribuir a su regeneración; nada absolutamente puede contribuir de lo suyo propio; sin embargo no fue creado estatua, sino hombre, a fin de que pudiera hacerlo por el Señor como si lo hiciera por sí mismo. Reciprocamos el amor y la fe, esto es lo único que el Señor quiere que haga el hombre. En una palabra; obrad de vosotros mismos, y creed que obráis por el Señor; así obraréis «aparentemente de vosotros mismos». Preguntaron entonces si desde la creación se hallaba implantado en el hombre el obrar «aparentemente como de sí mismo» y un ángel contestó: «No estaba implantado en él, porque obrar de y por sí mismo pertenece al Señor sólo, pero le es dado continuamente, es decir, le es añadido; y entonces en cuanto el hombre obra el bien y crea la verdad como si lo hiciera por propia virtud, es un ángel del cielo; más en cuanto obra el mal y crea la falsedad (haciendo esto igualmente como si lo hiciera por propia virtud), es un espíritu del infierno. Os asombráis de que lo último también sea «aparentemente de sí mismo», más podéis comprenderlo y lo comprendéis cuando oráis al Señor a que os guarde del Diablo, a fin de que no os seduzca, y que no entre en vosotros como en Judas, que no os llene de iniquidad, destruyendo vuestra alma y vuestro cuerpo. Todo hombre que cree que de sí mismo hace lo que hace, resulta culpable, no importa si obra el bien o el mal; más el que cree que lo hace «aparentemente de sí mismo» no resulta culpable. Si cree que el bien, que obra, es de él mismo, entonces se apodera de lo que

es de Dios; y si cree que el mal que obra es de él mismo, entonces hace suyo lo que es del Diablo». Acerca del Bautismo dijeron que es una lavadura espiritual, y que el niño es reformado y regenerado si al llegar a la edad mayor, practica y realiza lo que los padrinos prometieron por él, es decir, si realiza el arrepentimiento y la fe en el Señor. Porque los padrinos prometen en primer lugar que rechazará el Diablo y sus obras, y en segundo lugar que creará en Dios. En el Cielo todos los niños son iniciados en estos dos deberes, pero para ellos el Diablo es el Infierno y Dios es el Señor. Además el Bautismo es una señal para los ángeles de que el hombre es de la Iglesia.» Cuando hubiesen oído esto, dijeron: «Comprendemos esto.» Pero una voz se dejó oír desde el lado diciendo: «No lo comprendemos.» Y otra voz dijo: «No queremos comprenderlo.» Se preguntó de dónde salieron estas voces y resultó que eran de los que se habían confirmado en las falsedades de la fe actual, quienes deseaban ser adorados como oráculos. Los ángeles dijeron: «No os extrañéis; hay muchos de esos actualmente; a nosotros, cuando los miramos desde el Cielo, parecen imágenes esculpidas, hechas con tanta arte que pueden mover los labios y sonar como un órgano, no sabiendo sin embargo si la respiración, por la cual profieren el sonido, es del Infierno o del Cielo, porque no saben si una cosa es falsedad o si es verdad; racionan y confirman, sin saber por qué el asunto ha de ser así y no de otra manera; más sabed que la ingenuidad humana puede confirmar todo lo que quiera hasta que aparezca como verdad, aunque sea falsedad. Esto pueden hacer los herejes y los impíos, y hasta los ateos pueden probar, que no hay Dios, sino sólo Naturaleza.» Luego la reunión de Ingleses, deseando ardientemente ser sabios, dijeron a los ángeles: «Hay tanta diversidad de opinión acerca de la Santa Cena: decidnos la verdad.» Y respondieron los ángeles: «La verdad es, que por medio de este Sacramento, sumamente santo, el hombre que mira al Señor y se arrepiente, entra en conjunción con el Señor y es introducido en el Cielo.» Dijeron algunos de la reunión: «Esto es un misterio.» Los ángeles respondieron: «Es un misterio; sin embargo, de tal carácter, que puede comprenderse. El pan y el vino no realizan este efecto; no sale de ellos cosa alguna santa; más el pan material corresponde al pan espiritual, y el vino material igualmente al vino espiritual; y pan espiritual es lo santo del amor, y vino espiritual es lo santo de la fe; ambos proceden del Señor y ambos son el Señor; de ahí resulta conjunción del Señor con el hombre y del hombre con el Señor, no con el pan y el vino, sino con el amor y la fe del hombre arrepentido, y la conjunción con el Señor es introducción en el Cielo.» Luego, cuando los ángeles les hubieran enseñado algo acerca de las correspondencias, dijeron los de la reunión: «Ahora por primera vez comprendemos esto también.» Y al decir esto, he aquí, una llama descendió del Cielo y les iluminó, coasociándolos con los ángeles y se amaban mutuamente.

622. RECUERDO 2. Todos los que son preparados para el Cielo, cuya preparación se verifica en el mundo de los espíritus, que es un lugar intermedio entre el Cielo y el Infierno, desean el Cielo con anhelo, cuando el tiempo se ha cumplido. Entonces su vista se abre y ven un camino, que conduce a una sociedad del Cielo; entran en este camino y suben por él. En su ascenso encuentran una puerta y junto a ella un guardián; éste abre la puerta y entran. Entonces les recibe un examinador, quien, de parte del presidente, les dice de ir por el interior y mirar si encuentran allí casa, que reconozcan por suya, porque hay una casa nueva por cada nuevo espíritu. Si la encuentra da aviso y se queda allí, pero si no la encuentra vuelve y dice que no ha encontrado. Entonces son examinados por un sabio allí para ver si la luz que hay en ellos es similar a la de la sociedad, y especialmente si su calor es similar, porque la luz del Cielo es en su esencia la Divina Verdad y el calor del Cielo es en su esencia el Divino Bien, ambos procedentes del Señor, como Sol allí. 'Si se encuentra en ellos una luz y un calor diferentes de los de la sociedad, es decir, una verdad y un bien diferentes, no son recibidos. Se retiran por lo tanto y pasan por caminos, que se abren para ellos entre las sociedades del Cielo, hasta que encuentren una sociedad completamente similar a sus inclinaciones. Allí encuentran su lugar y permanecen para siempre, porque allí se hallan como entre

los suyos, como entre parientes y amigos a quienes aman de corazón por hallarse en las mismas inclinaciones, y allí se hallan en una esfera favorable a su vida, alegrándose su mente por la paz del alma; porque en el calor y la luz del Cielo hay una dicha inefable que se comunica a todos allí. Así sucede con los que son hechos ángeles. Mas también los que se hallan en el mal y la falsedad pueden subir al Cielo con permiso; sin embargo, apenas entran allí empiezan a respirar con dificultad, y en seguida se nubla su vista, su entendimiento se ofusca, cesan de pensar, un aturdimiento les sobrecoge y se quedan como petrificados; luego su corazón empieza a latir con violencia, su pecho se encoge, su mente siente una ansiedad creciente y el tormento aumenta; en este estado se retuercen como serpientes, colocadas cerca del fuego; por lo cual se apartan de allí rodando y se precipitan por un camino abrupto, que entonces se abre para ellos, y no paran hasta que se encuentren en el Infierno entre los suyos; allí respiran de nuevo y su corazón vuelve a latir con libertad. Después de semejante experiencia odian al Cielo, rechazan la verdad y blasfeman al Señor en su corazón, creyendo que la pena y el tormento que experimentaron, mientras estaban en el cielo, venían de El. Por estas pocas cosas se puede ver, qué suerte espera a los que tratan con ligereza a las verdades de la fe, cuyas verdades sin embargo son la luz en la cual se hallan los ángeles del Cielo; y qué suerte espera a los que tratan con ligereza a los bienes del amor y de la caridad, cuyos bienes sin embargo constituyen el calor de vida, en el cual se hallan los ángeles del Cielo. Por estas cosas es también evidente que se hallan en un grande error los que creen que todos pueden gozar de la bienaventuranza celestial, con tal que sean admitidos en el Cielo; porque creen que la admisión en el Cielo es arbitraria y de inmediata misericordia, como el ser admitido a una fiesta de bodas en el mundo, cuya admisión también introduce en el gozo y alegría que allí reinan. Pero hay que saber que en el mundo espiritual existe comunicación permanente de las inclinaciones del amor y de los pensamientos que de ellas nacen, porque el hombre es entonces un espíritu, y la vida del espíritu consiste en las inclinaciones de su voluntad y sus correspondientes pensamientos. Las inclinaciones homogéneas unen y las heterogéneas separan, por lo cual la heterogeneidad tormenta a un demonio en el Cielo y a un ángel en el infierno. Por esta razón son separados y arreglados estrictamente con arreglo a las diversidades, variedades y diferencias de las inclinaciones que son del amor.

CAPÍTULO 11

El Índice del Capítulo

La Imputación

1. La fe de la iglesia actual (la que por sí sola justifica) forma uno con la imputación
2. La imputación de la iglesia actual es doble, a saber: la imputación del mérito de Cristo y la imputación de la salvación por este mérito
3. La fe imputada del mérito y de la justicia de Cristo, nacida de los credos del concilio de Nicea, referentes a tres Divinas Personas desde la eternidad, y reconocida por el mundo cristiano entero hasta ahora, ha sido y es la causa de la devastación y completa destrucción de la iglesia actual
4. La imputación del mérito de Cristo y de Su Justicia no es posible
5. Existe una imputación, pero es la imputación del bien y del mal y al mismo tiempo de la fe

6. La fe y la imputación de la Nueva Iglesia no pueden en manera alguna ir junto con la fe y la imputación de la anterior iglesia, y si están junta resulta tal choque y conflicto, que todo cuanto hay de Iglesia en el hombre perece.
7. El Señor imputa el bien a todo hombre y el infierno imputa el mal
8. La fe en unión de su cónyuge determina la sentencia. Si la verdadera fe va unida al bien, la sentencia resulta para vida eterna; pero si la fe falsa va unida al mal, la sentencia resulta para muerte eterna
9. Los pensamientos no son imputados a hombre alguno sino tan solo la voluntad
10. Tres Recuerdos

La Imputación

1. La fe de la iglesia actual (la que por sí sola justifica) forma uno con la imputación

626. La fe de la iglesia actual es imputada, es decir, forma uno con la imputación. Esa fe y la imputación entran la una en la otra recíprocamente y no pueden ser separadas, porque esa fe sin la imputación, sería una mera palabra, y la imputación sin esa fe sería igualmente un término hueco. Juntas tienen algún sentido; pero aun así el sentido es incompleto, indefinido. Para definir la idea es preciso añadir un tercer término: «el mérito de Cristo.» Sólo así se expresa la idea, o sea la fe, profesada por la iglesia actual con respecto a la justificación y salvación, a saber, que Dios el Padre, imputa al hombre la justicia de su Hijo y le envía el Espíritu Santo para que obre en él sus efectos. Esta es la columna que sostiene el edificio de la iglesia cristiana actual, cuya columna cae por el solo hecho de que el mérito, o sea la justicia de Cristo no puede ser imputada, lo cual luego será plenamente demostrado.

2. La imputación de la iglesia actual es doble, a saber: la imputación del mérito de Cristo y la imputación de la salvación por este mérito

628. En el mundo cristiano se enseña generalmente que Dios, el Padre, realiza la justificación y la consiguiente salvación mediante la imputación del mérito de Cristo, Su Hijo, y que imputa el mérito arbitrariamente, donde y cuando quiera. Decimos que esta imputación es doble por sus dos maneras de obrar, a saber primero justificar al hombre, es decir, adaptarle o acondicionarle a la recepción de la gracia y luego introducir en él esta gracia, que es la salvación. Es doble; pero no como lo es Dios y Su Misericordia para con todos, sino como Dios y una misericordia suya parcial, es decir, misericordia para con ciertos y no para con otros. No es doble como un padre y su amor para con todos sus hijos, sino como un padre y su amor para con uno o ciertos de ellos; no como la Divina ley y su mandato a todos, sino como esa ley y su mandato a unos cuantos. La primera es una duplicidad general e íntegra, pero la otra es limitada y parcial; esta última es doble, pero la primera es integridad. Enseñan que la imputación del mérito de Cristo se confiere por arbitraria elección, y que la imputación de la salvación tiene lugar en los que son así elegidos y no en otros, por consiguiente que algunos son adoptados y los demás rechazados, lo cual equivale a decir, que Dios favorece a algunos, elevándolos al seno de Abraham, mientras que abandona a otros regalándolos al demonio por comida, y sin embargo podrían saber por las Sagradas Escrituras, que el Señor ama a todos igualmente; a nadie rechaza; es por el contrario el hombre que rechaza al Señor.

3. La fe imputada del mérito y de la justicia de Cristo, nacida de los credos del concilio de Nicea, referentes a tres Divinas Personas desde la eternidad, y reconocida por el mundo cristiano entero hasta ahora, ha sido y es la causa de la devastación y completa destrucción de la iglesia actual

632. La fe imputada del mérito y de la justicia de Cristo fue adoptada por todo el mundo cristiano con el credo y los edictos del Concilio de Nicea y es la causa de la devastación, por la cual ha pasado la Iglesia cristiana, y de la destrucción, que actualmente se está verificando en ella, porque la fe en esa imputación ha quitado poco a poco toda vida espiritual de la Iglesia y paralizado todo esfuerzo para buscar la verdad, por haber decretado nula la libre voluntad del hombre en cosas espirituales, arbitraria la elección a gracia y por consiguiente arbitraria también la imputación, por lo cual sus caudillos ni siquiera han pensado en levantar la cabeza por encima de esa fe para buscar la luz genuina. Incurrieron poco a poco en profundos errores y en fanatismo, introduciendo la detestable doctrina de la predestinación, y la abominable creencia de que Dios no considera las obras de la vida del hombre, sino tan sólo la fe, inscrita en su mente. Separaron por completo la caridad, es decir, la vida del amor al prójimo, la cual es la vida de toda verdadera religión y los del mundo Cristiano llegaron por la mayor parte a ser como las langostas, que salieron del abismo (Apocalipsis 9:11) y que tienen sobre sí un rey, cuyo nombre es Abaddon o Apollyon. Estos nombres, el primero hebraico y el último griego significan el destructor de la iglesia por medio de falsedades; y el abismo significa la morada de estas falsedades†.

635. En siete capítulos del Apocalipsis es descrita la consumación de la Iglesia actual de muy parecida manera que la devastación de Egipto es descrita en el Éxodo; ambos fueron devastados por idénticas plagas o muy parecidas, cada una de las cuales significa espiritualmente cierta falsedad, que causaba devastación hasta la completa destrucción. Por esta razón la Iglesia actual devastada y destruida se llama en el Apocalipsis Egipto, cuyo término se debe entender espiritualmente (Apocalipsis 11:8). Las plagas de Egipto eran las siguientes: las aguas fueron convertidas en sangre, con el resultado de que los peces murieron y las ribas despedían un olor infecto (Éxodo 7). Cosa similar se dice en el Apocalipsis (Apocalipsis 8:8; 16:3); la sangre significa la Divina verdad falsificada (Apocalipsis Revelado 379; 404; 681; 687; 688) y los peces que murieron significan las verdades en el hombre natural igualmente falsificadas (Apocalipsis Revelado 290; 405). Vinieron ranas sobre el país de Egipto (Éxodo 8; compárese con el Apocalipsis 16:13). Ranas significan raciocinios por el deseo de falsificar las verdades (Apocalipsis Revelado 702). En Egipto hombres y animales fueron heridos con úlceras o tumores apostemados (Éxodo 9); lo mismo se dice en el Apocalipsis (Apocalipsis 16:2); úlceras significan males y falsedades interiores, destructivos del bien y de la verdad en la Iglesia (Apocalipsis Revelado 678). En Egipto hubo granizo mezclado con fuego (Éxodo 9); de cosa parecida se habla en el Apocalipsis (Apocalipsis 8:7; 16:21); granizo significa falsedad infernal (Apocalipsis Revelado 399; 714). Sobre el país de Egipto vinieron langostas (Éxodo 10); lo mismo en el Apocalipsis (Apocalipsis 9:1-11); langostas significan falsedades en las cosas extremas (Apocalipsis Revelado 424; 430). Densas tinieblas cubrieron a Egipto (Éxodo 10); igualmente en el Apocalipsis (Apocalipsis 8:12); tinieblas significan falsedades, que nacen, ora de

ignorancia, ora de falsedades de religión, ora de los males de la vida (Apocalipsis Revelado 110, 413, 695). Para concluir: los Egipcios perecieron en el mar bermejo (Éxodo 14); y en el Apocalipsis (Apocalipsis 19:20; 20:10) el Dragón y el profeta falso fueron echados al lago de fuego y azufre. El mar bermejo y en lago significan el infierno. La razón por la cual se dice de Egipto cosas iguales o parecidas a las que se dice con respecto a la Iglesia, cuya consumación o fin se describe en el Apocalipsis, es que Egipto era antiguamente la iglesia preeminente y por eso representa la iglesia preeminente en su principio; por lo cual Egipto, tal como era antes de la devastación de su iglesia, se compara en el Verbo con el jardín de Edén y de Jehová (Génesis 13:10; Éxodo 31:8). También es llamado la piedra del ángulo de las tribus; el hijo del sabio y de los reyes antiguos (Isaías 19:11-13). Más acerca de Egipto en su estado floreciente y en su estado de devastación puede verse en el Apocalipsis Revelado (Apocalipsis Revelado 503).

638. Que la fe imputada del mérito de Cristo nació del Concilio de Nicea es evidente por el Credo adoptado por toda la iglesia Cristiana después de ese Concilio, porque este Credo estableció la doctrina de tres Divinas Personas desde la eternidad y esta doctrina implica a su vez la fe imputada del mérito de Cristo. En la primitiva Iglesia Cristiana, que existía antes del Concilio de Nicea, conocida por el nombre de Iglesia apostólica, no se conocía una Divina Trinidad en tres Personas. En ella se reconocía a Jesu Cristo, el Señor Dios el Salvador, como el verdadero Dios y la vida eterna (Juan 5:20, 21), en Quien mora la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9); y se adoraba a Dios Padre en El. Desconocía en ella igualmente la fe imputada del mérito de Cristo, creyéndose y enseñándose que la salvación es creer en el Hijo y hacer Su voluntad, porque los Apóstoles enseñaban que la fe nada aprovecha sin el amor, que es su vida (2 Corintios 13, y en otros lugares). Sus hombres eminentes y escritores se llamaban Padres y los miembros se llamaban hermanos. Conducían una vida verdaderamente cristiana, una vida de caridad conforme la fe. Estaban muy lejos de pensar, que la Iglesia algunos siglos más tarde, había de degenerar hasta el punto de desfigurar y falsificar la verdadera doctrina, recibida del Señor y de los Apóstoles; adorar a tres Dioses en vez de Uno, separar la caridad de la fe, la remisión de los pecados del arrepentimiento y de una vida nueva, e introducir el dogma de la absoluta impotencia del hombre en cosas espirituales.

4. La imputación del mérito de Cristo y de Su Justicia no es posible

639. A fin de poder comprender que la imputación del mérito y de la justicia de Cristo no es posible, es preciso tener concepto exacto de este mérito y esta justicia. El mérito del Señor, nuestro Salvador, es la Redención que El realizó y la naturaleza de esta Redención se puede ver en el capítulo segundo, N. 94-107, donde se explica que la Redención fue la subyugación de los infiernos, el restablecimiento del Orden en los Cielos, y luego el restablecimiento de la Iglesia; es decir que fue una obra puramente Divina. Allí se explica también, que el Señor, mediante la Redención asumió el poder de regenerar y salvar a los que creen en El y viven según Sus preceptos, y que sin esta Redención ninguna carne hubiese podido ser salva. Ahora bien, puesto que la Redención fue una obra puramente Divina, realizada por el Señor Solo y siendo ésta la naturaleza de Su mérito, es claro que no puede transferirse, atribuirse o imputarse a hombre alguno. Este mérito del Señor no puede ser imputado al hombre masque lo puede la Creación y Conservación del universo, porque la Redención fue en cierta manera una nueva Creación del Cielo de los ángeles y de la Iglesia. La Iglesia actual atribuye sin embargo este mérito del Señor a los que por la gracia reciben la fe, los cuales, según su doctrina, no sólo son reputados, justos y santos, sino que son

efectivamente justos y santos, porque declaran que sus pecados no son pecados a los ojos de Dios, siendo perdonados, y ellos son reconciliados con el Padre é inscritos para el Cielo. Toda la Iglesia cristiana actual, Católicos Romanos y Reformados enseñan esto. Dicen—y dicen bien— que Cristo es la justicia misma; pero dicen también que esa fe imputada del mérito de Cristo es justicia? y siendo imputada al hombre, le es por consiguiente imputado y atribuido Cristo Mismo. A esta imputación sólo falta añadir transferencia, y se obtiene el Vicario, el Papa.

640. Puesto que el mérito y la justicia del Señor son puramente Divinas, son por lo tanto como los demás atributos de Dios, es decir, son Dios Mismo y es tan imposible transferirlas al hombre como es para el hombre ver a Dios; nadie puede ver a Dios y vivir; y sin embargo la doctrina de la fe imputada enseña que Dios el Padre imputa esa justicia a los que por la gracia poseen la fe; si conocieran y admitieran la verdad, comprenderían cuan vana es esa fe en la imputación del mérito de Cristo: Dios es el sol del Cielo, o mejor dicho, en el mundo espiritual hay un sol en medio del cual está el Señor en Su Divina Humanidad, y desde ese sol influye con luz y calor en todo el mundo espiritual y en todos cuantos viven allí; desde el mismo sol y con el mismo calor y la misma luz influye también en las mentes de los hombres en el mundo natural. Ese calor es en su esencia Su Divino Amor y la luz es en su esencia Su Divina Sabiduría. Esta luz y' este calor, que directamente proceden del Señor y forman el Sol, no pueden venir en contacto con mente humana alguna, ni con ángel alguno del Cielo tal como son en sí mismos, sin ser convenientemente modificados y moderados durante su descenso y así adaptados a la facultad de los ángeles y de los hombres; por eso el Señor, como el Sol del cielo, no se halla en medio de los ángeles, es decir, en su inmediata presencia, sino que ven a esté Sol en lo alto del cielo sobre sus cabezas a una distancia, aparentemente igual a la del sol natural de nuestra tierra, y, como el calor y la luz de éste, son modificados y templados mediante auras y atmósferas también el calor y la luz espirituales, que salen del Señor como Sol. De lo contrario ángeles y hombres serían consumidos en un instante, sin dejar vestigio alguno de sí, como leña que cayera en el fuego del Sol. Si fueran transferidos a la mente humana ese calor y esa luz espiritual, o lo que es igual, si al hombre fuese aplicado la justicia Divina por imputación, sufriría tormento y hasta caería muerto. Pero la Divina Esencia modificándose y adaptándose a la condición espiritual del hombre puede influir en todo hombre benéficamente, tanto en el bueno cuanto en el malo, y con la cooperación del hombre por su libre voluntad puede obrar en él la regeneración y purificación de los males, y a medida que el hombre es regenerado por medio de la fe y la vida de la caridad, siendo sus interiores por consiguiente templados en acuerdo con el bien y la verdad, que influyen, aumenta la influencia gradualmente en intensidad, sin que por ello experimente el hombre incomodidad alguna, sino al contrario mayor bienestar, porque su condición espiritual regenerada permite que sea elevado más cerca del Cielo y de Dios y recibir Su influencia más directamente con benéficos efectos. El sol del mundo espiritual, tal como es después de asumir Jehová Dios la Naturaleza Humana añadiendo a ella la Redención y una nueva justicia, es descrita en Isaías con estas palabras:

«La luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días en el día que soldará Jehová la quebradura de su pueblo» (Isaías 30:21).

Todo este capítulo trata de la venida del Señor en la carne. Lo que sucedería, si el Señor viniese y se acercase a los impíos, se describe igualmente.

«Se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes: escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono y de la ira del cordero» (Apocalipsis 6:15, 16).

Tal terror y tormento experimentan los impíos, cuando se hallan en la proximidad del Señor. Cosa parecida acontece cuando un individuo malo es introducido en el Cielo, donde reina la caridad y la fe en el Señor; densas tinieblas cubren sus ojos, aturdimiento y demencia invaden su mente, dolor y tormento su cuerpo y cae como si no tuviese vida, en sí. Cuando esto sucede a un malo por la presencia de los ángeles ¿qué sucedería si el Señor Mismo, o sea su Divina justicia, entrase en el hombre? El Apóstol Juan, viendo al Hijo del Hombre en medio de los siete candeleros, cayó postrado a sus pies, como si estuviera muerto (Apocalipsis 1:17); y sin embargo la Iglesia actual enseña, que Dios justifica a los malos con infundir en ellos el mérito de Cristo. Esto consta por los edictos de los Concilios y los artículos de la Confesión de Augsburgo, a los cuales juran los Reformados en su Iglesia; pero por lo antes explicado se ve que esa fe es pura vanidad.

5. Existe una imputación, pero es la imputación del bien y del mal y al mismo tiempo de la fe
643. Que existe una imputación del bien y del mal es evidente por varios pasajes del Verbo, de los cuales citaremos aquí de nuevo algunos:

«El hijo del Hombre vendrá y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras» (Mateo 16:27).

«Los que hicieron bien saldrán a resurrección de vida, más los que hicieron mal a resurrección de la condenación» (Juan 5:29).

«Y un libro fue abierto, el cual es de la vida, y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros según sus obras» (Apocalipsis 20:12, 13).

«He aquí, Yo vengo presto y mi galardón conmigo, para recompensar cada uno según fuere su obra» (Apocalipsis 22:12).

«Visitaré sobre el pueblo sus caminos y pagaréle conforme a sus obras» Óseas 4:9; Zacarías 1; 6; Jeremías 32:19).

«En el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios pagará a cada uno conforme a sus obras» (Romanos 2:5; 6).

«Es menester que todos parezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora bueno, ora malo» (2 Cor. 5:10).

Que la imputación de que aquí se trata es la imputación del bien y del mal es evidente, y en todo lugar del Verbo, donde se trata de imputación, se trata de esta imputación y no de otra. Esta era la ley de la imputación al principio de la Iglesia, y lo será también a su fin. Al principio Adán y su mujer fueron condenados por obrar el mal (significado por comer del árbol de ciencia del bien y del mal, Génesis 2, 3), y al fin de la Iglesia la ley será la misma, porque el Señor dijo:

«Cuando el Hijo del Hombre vendrá en su gloria y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria, y dirá a las ovejas a su derecha: venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve

sed y me disteis de beber; fui huésped y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel y vinisteis a mí.»

Pero a las cabras a su izquierda, que no habían obrado el bien, dijo:

«Apartaos de mí, malditos; al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles» (Mateo 25:31-41).

Es, pues, evidente que la imputación es la misma, es decir, una imputación del bien y del mal. Hay también una imputación de la fe, porque la caridad, que es del bien, y la fe, que es de la verdad, están juntas en las buenas obras, y si no están juntas las obras no son buenas. (Véase 283-286). Por eso dice Santiago:

« ¿No fue justificado por las obras, Abraham, nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar y fue cumplida la Escritura que dice: Abraham creyó en Dios y le fue imputado a justicia?» (Epístola 2:21-23).

644. La razón por la cual los caudillos y por ellos los subordinados de la iglesia Cristiana, por el término imputación en el Verbo han entendido la imputación de la fe, en la cual el mérito de Cristo es inscrito y por consiguiente atribuido al hombre, es que por muchos siglos, es decir, desde el tiempo del Concilio de Nicea, no han querido saber de otra fe, por lo cual esta fe se halla arraigada en su memoria y en su mente como si formara parte de su organismo y les ha proporcionado una luz como la de hacha encendida en la noche, al reflejo de la cual les ha parecido esta fe ser la verdadera teología fundamental de la cual dependen todas las demás cosas como eslabones de una cadena, y esta cadena caería en pedazos si esa cabeza o columna fundamental fuera apartada; por lo cual, si al leer el Verbo tuviesen que pensar en otra fe que en la imputada, se apagaría esa luz y con ella toda su teología, resultando una noche completa en la cual desaparecería toda la Iglesia Cristiana. Les ha sido concedido conservar esta fe como la cepa de la raíz del árbol cortado con atadura de hierro y metal, en la hierba del campo, mojada con el rocío del cielo, su parte con las bestias del campo, hasta que pasen sobre ella siete tiempos (Daniel 4:23), porque sin ella hubiera desaparecido la Iglesia totalmente, imposibilitando así su nuevo nacimiento y regeneración.

6. La fe y la imputación de la Nueva Iglesia no pueden en manera alguna ir junto con la fe y la imputación de la anterior iglesia, y si están junta resulta tal choque y conflicto, que todo cuanto hay de Iglesia en el hombre perece.

647. La fe y la imputación de la Nueva Iglesia no pueden unirse con la fe y la imputación de la anterior Iglesia, porque no concuerdan en una tercera parte, ni en una décima. La fe de la Iglesia anterior enseña la existencia de tres Personas Divinas desde la eternidad, cada una de las, cuales es Dios separadamente por sí; por consiguiente también tres Creadores; pero la fe de la Nueva Iglesia es que desde eternidad no existe más que una sola Persona Divina, por consiguiente un solo Dios desde eternidad y que no hay otro Dios fuera de El. La fe de la anterior Iglesia enseña por eso una Divina Trinidad en tres Personas, pero la de la Nueva Iglesia es que la Divina Trinidad se halla reunida en una Persona. La fe de la anterior Iglesia es en un Dios invisible, inaccesible, con Quien no puede haber conjunción, y de quien tienen la idea de que es espíritu, entendiendo por espíritu una cosa como éter o aire, pero la fe de la Nueva Iglesia es en un

Dios visible, accesible, con quien puede haber conjunción y en quien está el Dios invisible e inaccesible como el alma en el cuerpo, y la idea que tiene de Dios es que es Hombre, porque el Dios único que es desde la eternidad, se hizo Hombre en el tiempo. La fe de la Iglesia anterior atribuye todo poder al Dios invisible, negándolo al visible, porque enseña que Dios el Padre imputa la fe y que mediante ella da la vida eterna; mientras que el Dios visible no hace más que interceder, y que ambos (ó según la iglesia griega, el Padre) dan al Espíritu Santo, que también es un Dios en y por sí y la tercera Persona en el Orden, todo poder de realizar los efectos de aquella fe en el hombre. Pero la fe de la Nueva Iglesia atribuye al Dios visible, en el Cual está el invisible, todo poder de imputar y asimismo de obrar los efectos para la salvación. La fe de la anterior Iglesia es en Dios el Creador primariamente y no simultáneamente en El cómo Redentor y Salvador, mientras que la fe de la Nueva Iglesia es en el único Dios, a la vez Creador, Redentor y Salvador. La fe de la Iglesia anterior es que el arrepentimiento, la remisión de los pecados, la renovación, la regeneración, la santificación y la salvación siguen de sí mismas por la fe, dada é imputada, sin que nada en el hombre se mezcle con ellas; pero la fe de la Nueva Iglesia enseña que el arrepentimiento, la reformation, la regeneración y por consiguiente la remisión de los pecados se verifican con la cooperación del hombre. La fe de la Iglesia anterior enseña que hay una imputación del mérito de Cristo, y que la imputación se halla en la fe que es dada; pero la fe de la Nueva Iglesia enseña que hay una imputación del bien y del mal y al mismo tiempo la de la fe, y esta imputación concuerda con la Sagrada Escritura, mientras que la que enseña la Iglesia anterior no concuerda con ella. La anterior Iglesia enseña que la fe en la cual se halla el mérito de Cristo es dada al hombre permaneciendo éste pasivo como el tronco de un árbol o como una piedra y enseña también, que el hombre es completamente impotente en cosas espirituales; pero la Nueva Iglesia enseña una fe completamente diferente, cuya fe no es la fe en la imputación del mérito de Cristo sino en Cristo mismo, Dios Redentor y Salvador, y enseña que el hombre tiene libre voluntad tanto para disponerse a la recepción como para cooperar. La anterior Iglesia enseña que la caridad es secundaria a la fe y forma como una añadidura o apéndice a ésta, y que nada contribuye a la salvación, sirviendo su existencia sólo para demostrar la existencia de la fe y manifestar la religión en forma, pero la Nueva Iglesia une la fe en el Señor y la caridad, o amor al prójimo, como siendo inseparables y que estos dos juntos, unidos en lazo matrimonial constituyen la religión. Estas diferencias son las más generales; la anterior Iglesia y la Nueva difieren también en muchas otras cosas.

648. Por esta breve exposición de las diferencias que existen entre la antigua y la nueva fe, resulta claro que no pueden estar juntas. Por la radical diferencia que existe entre la fe y la imputación de la Nueva Iglesia y la fe y la imputación de la antigua Iglesia, o mejor dicho, de sus ruinas, resultan completamente heterogéneas, por lo cual si estuviesen juntas en la mente humana, resultaría tal choque y conflicto que perecería todo cuanto pertenece a la iglesia en el hombre, y éste, con respecto a las cosas espirituales, caería en un letargo, en desmayo o en delirio, hasta el punto de ignorar lo que es iglesia, o si existe iglesia alguna. La fe de la anterior Iglesia, por ser una fe ciega, excluyendo toda luz que puede entrar por conducto de la razón, puede compararse con una lechuza, mientras que la fe de la Nueva Iglesia puede compararse con una paloma volando bajo el cielo en pleno día, iluminando su vista la luz del cielo. La conjunción de éstas dos en una misma mente sería por lo tanto como si una lechuza y una paloma viviesen juntas en un mismo nido, en el cual depositaría la lechuza sus huevos y la paloma los suyos, y hecha la empolladura la lechuza desgarraría la cría de la paloma, dándola por alimento a sus hijos, porque la lechuza es un ave rapiña. En el Apocalipsis la fe de la Nueva Iglesia es descrita bajo la figura de una mujer rodeada del sol, llevando en la cabeza una diadema de doce estrellas, mientras que la fe de la antigua Iglesia es descrita bajo la figura de un dragón que estaba delante de la mujer, aguardando a que

ésta pariese para devorar a su hijo. De esta comparación se puede deducir cuál sería el estado de la mente, en la cual la nueva y la antigua fe estuviesen juntas. La mujer, después de parir, huyó al desierto, perseguida por el dragón, que echó de su boca agua como un río para ahogarla; así sería también aquella mente: todo cuanto allí hubiere de iglesia perecería por las constantes agresiones del mal y de la falsedad instigados por la fe pervertida y corrompida de la antigua Iglesia.

7. El Señor imputa el bien a todo hombre y el infierno imputa el mal

650. El Señor imputa al hombre el bien y no le imputa mal alguno; por otra parte el Diablo (es decir el infierno), imputa el mal al hombre y no le imputa bien alguno. Esto es nuevo para la Iglesia actual. Es nuevo, porque a menudo se lee en el Verbo que Dios se enoja, toma venganza, odia, condena, castiga, echa al infierno y mete a los hombres en tentación; cuyas cosas pertenecen al mal y son males. Pero esto tiene su explicación como queda demostrado en el capítulo que trata de la Sagrada Escritura; donde se ha explicado, que el Verbo en su sentido literal se compone de apariencias y correspondencias a fin de que haya conjunción entre la iglesia exterior y la interior, o sea entre el mundo y el cielo; allí se explicó también que cuando estas cosas se leen en el Verbo, la verdad aparente, conforme suba del hombre al cielo, se vuelve verdad genuina, la cual es que él. Señor nunca se enoja, nunca toma venganza, ni odia, ni condena, ni castiga, ni echa al infierno, ni mete en tentaciones, ni hace sufrir a hombre alguno. He podido observar esta transmutación con frecuencia en el mundo espiritual.

651. La razón misma aprueba que el Señor no puede causar mal alguno y por consiguiente que no puede imputarlo al hombre, siendo así que El es el Amor mismo, la Misericordia misma y por consiguiente el Bien mismo; perteneciendo éstos a Su Divina Esencia, por lo cual sería negar a Su Divina Esencia el atribuir al Señor el mal o cualquiera cosa perteneciente al mal. Sería una contradicción y el colmo de maldad, porque equivaldría a unir el Señor y el Diablo, o sea el cielo y el infierno, cuando sin embargo hay una grande sima constituida entre ellos, de manera que los que quisieren pasar de un lado al otro no pueden (Lucas 16:26). Un ángel del cielo, es incapaz de causar pena a ser alguno a causa de la esencia del bien que del Señor está en él; y por otra parte, un espíritu del infierno sólo puede obrar el mal, por la naturaleza mala que del Diablo lleva en sí mismo. La esencia o naturaleza adquirida en el mundo no cambia después de la muerte. Si el hombre recibiese de Dios, no sólo el bien, sino también el mal de su vida, es decir, si recibiese el influjo del bien y también el del mal, simultánea y directamente en su voluntad, resultaría que ni sería frío ni caliente, sino tibio, y sería vomitado según las palabras del Señor en el Apocalipsis (Apocalipsis 3:15, 16); y ¿cómo sería el Señor si mirase al malvado é impío con enojo y al bueno y piadoso con misericordia, sabiendo que dentro del mal, como asimismo dentro del bien hay infinita variedad? Y ¿cómo sería si por gracia salvara a los buenos y por venganza condenase a los malvados, es decir, si tuviera que mirar a cada uno con ojos diferentes, con todo grado de dulzura y benevolencia y con todo grado de severidad y enojo, y obrar en su consecuencia por influencia directa?

652. El Señor no causa mal a hombre alguno; no echa a ninguno al infierno; pero imputa el bien a todo hombre, y, tanto como el hombre consienta, le levanta al cielo. Esto procura hacer con todos, hasta con los peores; no juzga, no condena, sino con el bien de Su amor atrae a sí al hombre y le salva. Jesús dijo:

«Cuando sea levantado de la tierra a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32).

«Dios no envió a Su Hijo al mundo para que condene al mundo, más para que el mundo sea salvo por El» (Juan 3:17).

«El que en El cree no es condenado, más el que no cree ya es condenado» (Juan 3:18).

«El que oyere mis palabras y no las creyere, yo no le juzgo porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me desecha y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero» (Juan 12:47, 48).

«Yo no juzgo a nadie» (Juan 8:15).

En estos y otros pasajes del Verbo juzgar quiere decir condenar al infierno; cuando habla de la salvación no dice juzgar, sino resucitar a la vida (Juan 5:2, 29; 3:18). La palabra que ha de condenar es la verdad, y la verdad es que todo mal es del infierno y por consiguiente que los malos y el infierno forman uno; por lo cual, cuando un hombre impío y malvado es levantado por el Señor hacia el cielo, su mal le arrastra hacia abajo, y puesto que ama el mal lo sigue voluntariamente. Es asimismo una verdad del Verbo que el bien es el cielo, por cuya razón, cuando un hombre bueno y piadoso es elevado por el Señor hacia el cielo, asciende por su libre voluntad con gusto y es introducido. Estos son los que están inscritos en el libro de Vida (Daniel 12:1; Apocalipsis 13:8; 17:8; 21:27). Existe actualmente una esfera que ejerce atracción y se esfuerza para elevar al cielo; esta esfera procede del Señor continuamente y llena todo el mundo natural y todo el mundo espiritual; es como poderosa corriente en el Océano que se lleva a las naves de una manera imperceptible. Todos cuantos creen en el Señor y viven según sus preceptos entran en esa esfera o corriente y son elevados; pero los que no creen no quieren entrar; se apartan a un lado donde son arrastrados por la corriente contraria que va en dirección al infierno.

8. La fe en unión de su cónyuge determina la sentencia. Si la verdadera fe va unida al bien, la sentencia resulta para vida eterna; pero si la fe falsa va unida al mal, la sentencia resulta para muerte eterna

654. Las benefactoras de la caridad hechas por un cristiano y las que son hechas por un gentil son iguales en forma exterior, porque ambos pueden igualmente cumplir los deberes civiles y morales para con el prójimo, cuyos deberes son parecidos a las obras de la caridad; ambos pueden socorrer a los pobres, aliviar a los menesterosos, escuchar las predicaciones en los templos, pero ¿quién puede saber si estos bienes exteriores son iguales en su forma interior, es decir, si las obras naturales son asimismo espirituales? Con respecto a esto nada puede concluirse, sino por medio de la fe, porque la fe determina la cualidad de las obras, haciendo que Dios esté presente en ellas, uniéndolas consigo en el hombre interior; de esta manera las buenas obras naturales se vuelven interiormente espirituales. Esto se puede ver detalladamente en el capítulo que trata de la fe, en el cual se ha establecido los siguientes principios:

La fe no es viva hasta estar unida con la caridad.

La caridad se vuelve espiritual por la fe y la fe por la caridad.

La fe sin la caridad no es fe porque no es espiritual.

La caridad sin la fe no es caridad porque no es viva.

La fe y la caridad se combinan y se unen mutua y recíprocamente.

El Señor, la caridad y la fe forman uno como la vida, la voluntad y el entendimiento en el hombre; pero si son separados perecen como una perla reducida a polvo.

De esto resulta, que la fe en el Dios único y verdadero hace que el bien sea bien también en forma interior, y por el contrario que la fe en un dios falso hace que el bien no sea bien más que en la forma exterior y este bien no es el bien genuino. Tal era la fe de los gentiles en sus dioses Jove, Juno y Apolo, la de los filestinos en Dagon, la de otros en Baal y Baalpeor y la de Bileam, el mago, en su dios. Pero la fe en el Señor que es el verdadero Dios y la Vida eterna, en el cual mora la plenitud de la Divinidad corporalmente, es del todo diferente. ¿Qué es la fe en Dios sino un mirar hacia El, cuyo mirar causa Su presencia y al mismo tiempo la confianza de que El nos ayuda? La fe verdadera es ésta y al mismo tiempo la confianza de que todo bien viene de El, y que El hace que Su bien nos salva; por lo cual, si esta fe se une con el bien, la sentencia resulta para vida eterna, pero muy diferente si no se une con el bien y particularmente si se une con el mal.

656. El carácter de la conjunción de la caridad con la fe en los que creen en tres Dioses y sin embargo dicen, que creen en Uno, ha sido expuesto más arriba, demostrándose que la caridad se une con esta fe sólo en el hombre exterior, natural, por cuya circunstancia la caridad no es caridad y la fe no es fe. Esto viene de que tal mente se mantiene en la idea de tres Dioses, mientras que la boca confiesa Uno, y si la mente, en el momento de pronunciar la boca su confesión, pudiese derramarse en ella, la impediría de pronunciar y confesar un sólo Dios, y obligaría a los labios a abrirse y a pronunciar tres Dioses.

657. El mal no puede estar junto con la fe en el Dios único y verdadero, porque el mal es contrario a Dios y esta fe es amiga; además el mal es de la voluntad y la fe es del entendimiento y la voluntad influye en el entendimiento, haciendo que éste piense y no viceversa. El entendimiento no hace más que enseñar lo que uno debe querer y hacer; por lo cual el bien, hecho por un hombre, cuya voluntad es mala, es como un hueso pulido, cuyo interior es podrido; como la cara pintada de una ramera vieja y fea; como la mariposa, que con alas de plata voltea entre los árboles del jardín, depositando sus huevecitos en las hojas de árboles buenos, destruyendo así su fruto; es como humo perfumado que sale de fuego hecho con hierba venenosa; es como un ladrón disfrazado con manto de moralidad y como un detractor con máscara de piedad. Su bien, que en sí mismo es un mal, se halla escondido al interior, mientras que su fe, que no es más que una quimera y un espectro, se pasea al exterior raciocinando. Así es que la fe, en unión del bien o del mal, determina la sentencia.

9. Los pensamientos no son imputados a hombre alguno sino tan solo la voluntad

658. Todo hombre de erudición sabe que en la mente humana hay dos facultades o partes principales, la voluntad y el entendimiento, pero pocos saben distinguir entre ellas debidamente, examinar sus propiedades separadamente y luego unirlos. Los que no lo saben no pueden formarse más que una idea oscura con respecto a la mente; por lo cual, a fin de que resulte comprensible para todos, que los pensamientos no son imputados al hombre, sino tan sólo la voluntad, se explicará aquí brevemente las respectivas propiedades de estas dos facultades:

1. El amor y todo cuanto le pertenece reside en la voluntad, mientras que los conocimientos, la inteligencia y la sabiduría residen en el entendimiento. La voluntad inspira en éstas su amor, recabando de ellas favor y asentimiento; de ahí viene, que el hombre es tal como es su amor y por éste su inteligencia.
2. De esto sigue que todo bien y también todo mal pertenecen a la voluntad, porque todo cuanto procede del amor se llama bueno, aunque sea malo; el goce, que es la vida del amor, produce este

efecto; por medio de este goce la voluntad entra en el entendimiento determinando su consentimiento.

3. La voluntad es por esto el *esse* o esencia de la vida del hombre; mientras que el entendimiento es el *existere* o existencia, que resulta del *esse*; y así como la esencia es nada si no se halla en una forma, así la voluntad es nada si no está en el entendimiento; por lo cual la voluntad toma forma en el entendimiento y en él se manifiesta en luz.

4. El amor en la voluntad es el fin y en el entendimiento busca y encuentra causas, mediante las cuales puede exteriorizarse en efectos, y siendo así que el fin es el propósito y éste ejerce la intención, sigue que el propósito es asimismo de la voluntad y entra en el entendimiento por medio de la intención, instigando ésta a considerar y ocuparse de medios y a elegir y adoptar tales que tienden a producir los efectos.

5. Lo propio del hombre está en su totalidad en la voluntad, y ésta es mala por el nacimiento natural, pero se vuelve buena por el nacimiento nuevo, verificado por el Señor.

Por estos pocos datos se ve que las propiedades de la voluntad no son las mismas que las del entendimiento, y que desde la creación los dos se hallan unidos como el *esse* y el *existere*; por consiguiente, que el hombre es hombre primariamente a causa de la voluntad y que la imputación es del bien y del mal, siendo así que éstos residen propiamente en la voluntad y por virtud de ella en los pensamientos del entendimiento.

659. No es imputado al hombre el mal si sólo lo piensa, porque el hombre ha sido creado de manera a poder entender y por consiguiente pensar el bien o el mal, el bien por el Señor, el mal por el infierno, siendo así que se halla en un plano intermedio, y por su libre voluntad en cosas espirituales tiene la facultad de elegir lo uno o lo otro. La libre voluntad ha sido objeto de un detenido examen en su capítulo, por lo cual aquí nada diremos acerca de ella. Puesto que el hombre tiene la facultad de elegir con libertad entre las cosas que entran en su pensamiento, puede querer o no querer, y las que quiere son recibidas por su voluntad y le son apropiadas. Todo mal al cual el hombre se halla inclinado por nacimiento está inscrito en la voluntad de su hombre natural; estos males, conforme el hombre se inclina a ellos, influyen en los pensamientos. De igual manera influyen los bienes con sus verdades, pero éstas influyen desde arriba del Señor, y en los pensamientos se pesan los bienes contra los males como en los platos de una balanza. Si entonces el hombre elige el mal, éste es recibido por la antigua voluntad y se añade a los males que ya están en ella; pero si elige los bienes con sus verdades se forma en él una nueva voluntad y un nuevo entendimiento encima de los antiguos, y allí implanta el Señor sucesivamente bienes por medio de verdades y mediante ellos subyuga a los males que se hallan debajo, apartándolos y disponiendo todas las cosas en regla y orden.

Por esto es también evidente que el pensamiento es la sala de purificación y excreción de los males, residentes en el hombre por herencia de los padres; por lo cual, si los males fueran imputados al hombre por pensarlos, no podría verificarse en él la reformatión y la regeneración.

10. Tres Recuerdos

661. RECUERDO 1. En la región boreal del mundo espiritual hacia el Oriente hay colegios para la instrucción de niños, jóvenes, hombres y también de ancianos. Los que han muerto siendo niños, son

educados en el cielo y vienen a estos lugares; de igual manera van allí los que llegan del mundo natural y desean adquirir conocimientos acerca del cielo y del infierno. La región es hacia el Oriente, a fin de que sean instruidos por influjo del Señor, porque el Señor es el Oriente, o sea que es el Sol allí, el cual es puro amor, procedente de El. El calor de ese Sol es por consiguiente en su esencia amor y la luz del mismo es en su esencia sabiduría. Estos son inspirados en ellos por el Señor mediante este Sol y conforme la recepción, la cual a su vez es conforme al deseo de llegar a ser sabio. Después del período de la instrucción, los inteligentes son congeniados y se les llama discípulos del Señor. Desde allí son enviados primero a la región del Oeste y los que no permanecen allí van a la región del Mediodía y algunos pasan por esta región a la región del Oriente, siendo introducidos en las sociedades, donde se hallan sus viviendas. Una vez al meditar sobre el cielo y el infierno sentí anhelo de adquirir un conocimiento universal del estado de ambos, sabiendo que quien conoce las cosas universales puede luego comprender las particulares separadamente, porque éstas se hallan en las universales como partes en el todo. Con este anhelo miré la región boreal hacia el Oriente, donde están los colegios de instrucción, y por un camino, que entonces se me abrió, llegué allí y entré en un colegio de jóvenes. Me dirigí a los maestros, que los instruían y pregunté si conocían las cosas universales referentes al cielo y al infierno. Contestaron que tenían algún conocimiento de ellas; «pero» —dijeron— «si miramos hacia el Oriente, al Señor, seremos iluminados y sabremos». Hicieron así y dijeron: «Las cosas universales del infierno son tres, pero éstas son diametralmente opuestas a las universales del cielo. Las cosas universales del infierno son estos tres amores: el amor al dominio por el amor a sí mismo; el amor a la posesión de los bienes de otros por el amor al mundo, y el amor adulterino. Las cosas universales del cielo, opuestas a estos amores son estas tres: el amor de reinar por el amor a los usos y provechos; el amor de poseer los bienes del mundo por el deseo de prestar usos y provechos mediante ellos, y el amor verdaderamente conyugal». Cuando hubieron dicho esto me despedí de ellos deseándoles paz y volví a mi casa. Cuando estaba de vuelta en ella me fue dicho del cielo: «Examina estos tres amores universales, los de arriba y los de abajo y luego los veremos en tu mano». Se dijo: en tu mano porque todo cuanto un hombre examine con su entendimiento aparece a los ángeles como si estuviera escrito en las manos. Por eso se dice en el Apocalipsis que recibieron una señal en su frente y en su mano (Apocalipsis 13:16; 14:9; 20:4).

Examiné entonces el primer amor universal del infierno, o sea el amor de dominar por amor a sí mismo y luego el amor universal del cielo correspondiente, o sea el amor de reinar por amor a los usos y provechos; porque no me era permitido examinar el uno sin el otro, siendo así que el entendimiento no percibe el uno sin el otro por ser opuestos, por lo cual, a fin de que haya percepción de ambos, deben compararse y observarse el contraste entre ellos, como entre un rostro hermoso y de perfecta forma y otro feo y mal formado, colocado a su lado. Mientras consideraba el amor de dominar por amor a sí mismo me fue dado percibir que este amor es en lo sumo infernal y por consiguiente está con los que se hallan en el infierno más profundo, y que el amor de reinar por amor a los usos y provechos es en lo sumo celestial y por consiguiente que está con los que se hallan en el cielo superior. El amor de dominar por amor a sí mismo es en lo sumo infernal, porque dominar por amor a sí mismo es dominar desde su propia naturaleza, y esto es por nacimiento el mal mismo del hombre y el mal mismo es directamente opuesto al Señor, por cuya razón, cuanto más el hombre se introduce en este mal tanto más niega a Dios y las santas cosas de la Iglesia, adorando a sí mismo y a la Naturaleza; si los que se hallan en este mal quieren examinarse a sí mismo lo verán. Este amor es además tal que en la medida, que se le da rienda suelta, lo cual sucede cuando no hay obstáculos que le interceptan el paso, sube gradualmente hasta la suma altura y tampoco allí se encuentra contento, más profiere quejas y lamentos por no poder subir más alto. Con los hombres que se ocupan de política este amor aumenta hasta querer ser reyes y emperadores, y si posible

dominar sobre todo el mundo y ser llamado rey de reyes y emperador de emperadores, mientras que este mismo amor entre los eclesiásticos aumenta hasta el punto de querer ser dioses y tanto como posible dominar sobre el cielo y ser llamados Dios de dioses. Que esta clase de gente en su corazón no reconoce a Dios alguno se verá en lo que sigue; por otra parte, los que quieren reinar por amor a los usos y provechos no quieren reinar por sí mismos sino por el Señor, puesto que el amor a los usos es del Señor y es el Señor mismo. Estos miran a las dignidades sólo como medio de ser útiles, estimando los usos mucho más que las dignidades, mientras que los otros estiman las dignidades mucho más que los usos.

Mientras meditaba sobre esto me fue dicho de parte del Señor por medio de un ángel: «ahora verás y por ver te enterarás de qué cualidad es este amor infernal». Entonces de repente se abrió la tierra a la izquierda y vi a un demonio salir del infierno; llevaba en su cabeza una gorra cuadrada, que ocultaba la frente hasta los ojos; tenía la cara cubierta de pústulas como si ardía en fiebre, los ojos tenían una expresión salvaje, el pecho era dilatado como un bombo, y de su boca salía humo como de un horno; sus lomos ardían por un fuego violento; en lugar de pies las extremidades inferiores eran huesos sin carne, y su cuerpo despedía calor de un olor nauseabundo é impuro. Horripilado por la aparición de este monstruo le grité: «no te acerques; dime de dónde eres». Contestó con voz ronca: «soy de las regiones inferiores, donde vivo en una sociedad de doscientos, que es preeminente sobre todas las demás sociedades. Nosotros somos todos emperadores de emperadores, reyes de reyes, duques de duques y príncipes de príncipes; no hay allí alguien que sea meramente emperador, rey, duque o príncipe; estamos sentados en tronos de tronos y emitimos decretos por el mundo entero y aún más allá». Entonces le dije: «¿No ves que eres demente a causa de tu fantasía de preeminencia?» Y él contestó: «¿Cómo puedes hablar así, puesto que a nuestro propio parecer somos tales personajes y reconocidos por tales por nuestros compañeros?» Oyendo esto no quise decir otra vez «eres un demente», porque lo era por su fantasía, y me fue dado saber que este demonio, mientras estaba en el mundo era un simple mayordomo en una casa particular y que entonces era tan altivo de espíritu, que despreciaba a toda la raza humana en comparación consigo, y se imaginaba que valía más que un rey y más que un emperador. A causa de este orgullo había negado a Dios, considerando las santas cosas de la Iglesia como de ningún valor para él, pero buenas para la gente sencilla, estúpida. Finalmente le pregunté: «¿Cuánto tiempo os gloriáis de esa manera allí entre vosotros doscientos?» Dijo: «Siempre; pero los que atormentan a otros por negar su preeminencia se hunden; porque nos es permitido gloriarnos, pero no causar daño a otros.» Otra vez le pregunté: «¿Sabes la suerte de los que se hunden?» Dijo: «Se hunden a cierta prisión, donde son llamados viles de los viles, o los más viles de todos, y donde trabajan.» Entonces dije a este demonio: «Ten cuidado, pues, de no hundirte tú también».

Luego el suelo se abrió de nuevo; pero esta vez a la derecha, y vi subir otro demonio; llevaba en la cabeza una cosa que parecía una mitra, rodeada de un cordón como de una serpiente, cuya cabeza salía de la corona. Su cara era leprosa desde arriba hasta abajo y sus dos manos igualmente; los lomos eran desnudos y negros como el hollín, pero al través de la negrura se dejaba ver un fuego sombrío como de carbón encendido; las extremidades inferiores parecían dos víboras. Al aparecer éste, el otro demonio se echó de rodillas adorándole. Le pregunté por qué y contestó: «El es Dios del cielo y de la tierra y tiene todo poder». Entonces pregunté al otro: «¿Qué dices de esto?» Contestó: «¿Qué he de decir? Tengo potestad sobre el cielo y sobre el infierno, la suerte de todas las almas está en mis manos.» Otra vez le pregunté: «¿Cómo puede el que es emperador de emperadores humillarse así, y cómo puedes tú admitir su adoración?» La contestación fue: «El es mi siervo así y con todo. ¿Qué es un emperador comparado con Dios? el rayo de la excomunión está en mi mano derecha.» Entonces le dije: «¿Cómo puedes ser

tan insensato? En el mundo eras sencillamente un prelado, y por abandonarte a la fantasía de que tenías las llaves y por consiguiente el poder de atar y desatar has llevado a tu espíritu a tal punto de locura que ahora te figuras que eres Dios Mismo.» Enfadado por esto juró que lo era, y que el Señor no tiene poder en el cielo, «porque» — dijo — «lo ha transferido a nosotros; no necesitamos más que dar órdenes para que el cielo y el infierno nos obedezcan reverentemente; si mandamos alguien al infierno los demonios le reciben en seguida, como asimismo los ángeles reciben a los que mandamos al cielo.» Pregunté además: «¿Cuántos sois en vuestra sociedad?» Dijo: «Trescientos; y todos somos allí dioses de dioses.» Luego el suelo se abrió debajo de los pies de ambos y se hundieron profundamente dentro de sus infiernos; me fue dado ver que debajo de sus infiernos había presidios, dentro de los cuales se hundirían los que causaren mal a otros, porque cada uno en el infierno puede abandonarse a su fantasía y tiene libertad de gloriarse en ella, pero no le es permitido causar mal a otros. Así son allí, porque el hombre está entonces en su espíritu, y el espíritu, una vez separado del cuerpo, tiene completa libertad de obrar conforme a sus inclinaciones y a los pensamientos que proceden de ellas. Más tarde me fue dado mirar dentro de sus infiernos y el infierno, donde estaban los emperadores de emperadores y los reyes de reyes estaban llenos de inmundicia, y ellos mismos tenían el aspecto de fieras de varias clases con ojos de fuego. Un aspecto parecido tenía el otro infierno, donde estaban los dioses de dioses; y en éste se veían aves nocturnas de un aspecto asqueroso, llamados «Ochim» é «Ijim», volteando alrededor de ellos; así se presentaban ante mi vista las imágenes de sus fantasías. Por esto me fue manifiesto de qué carácter es el amor a sí mismo, el político y el eclesiástico; éste último infunde la pasión de querer ser dioses, pero el primero la de querer ser emperadores, y esta ambición y anhelo tienen en cuanto dan rienda suelta a estos amores.

Cuando había visto estas cosas tristes y espantosas miré alrededor de mí y vi a dos ángeles que se hallaban a corta distancia conversando entre sí; el uno llevaba un manto de lana, fulgurante como llamado fuego, color púrpura y debajo de ella una túnica de lino fino blanco y resplandeciente; el otro llevaba igual prenda de color escarlata y una mitra, a cuyo lado derecho centelleaban piedras preciosas. Me acerqué a ellos y con un saludo de paz pregunté reverentemente: «¿Por qué estáis aquí abajo?» y contestaron: «Hemos bajado del cielo por orden del Señor para hablar contigo de la suerte bienaventurada de los que desean reinar por amor a los usos y provechos. Adoramos al Señor: yo soy príncipe de una sociedad; este es alto, sacerdote en ella». El príncipe dijo además que era siervo de su sociedad, porque la servía, prestando usos; y el otro dijo que era sacerdote de la iglesia allí y asimismo siervo, porque ministraba las cosas sagradas para el bien de las almas, y también que ambos se hallaban en un gozo perpetuo, que influía en ellos, procedente del Señor, y que todas las cosas en esa sociedad eran de un esplendor y una magnificencia indecibles; su esplendor tiene por el oro y por las piedras preciosas y su magnificencia por los palacios y paraísos. Dijeron también: «Esto es porque nuestro amor de reinar no viene del amor a sí mismo sino del amor a los usos, y puesto que el amor a los usos viene del Señor, resplandecen y fulguran todos los usos en el cielo. Todos tenemos este amor en nuestra sociedad y la atmósfera allí parece ser de oro por la luz que deriva de la llama del Sol, cuya llama corresponde a este amor». Al pronunciarse estas palabras una esfera similar apareció delante de mí, rodeando a los ángeles y percibí un olor perfumado, aromático, procedente de ellos, lo cual les dije, suplicándoles de contarme más acerca del amor a los usos. Continuaron así: «Las dignidades que nos son concedidas, solicitamos por cierto, pero sólo con el objeto de poder así más llenamente prestar usos y extender el círculo de nuestra actividad. Nos hacen también demostraciones de honor y las aceptamos, no por causa de nosotros mismos, sino por el bien de la sociedad, porque nuestros hermanos y compañeros allí que son de la gente común, apenas saben sino que los honores de nuestra dignidad están en nosotros mismos y por consiguiente que los usos que prestamos vienen de nosotros mismos, pero percibimos que no es así

en realidad: conocemos que los honores de la dignidad están fuera de nosotros y que son como prendas de las cuales somos revestidos; pero que los usos que prestamos, vienen del amor a los usos, es decir, del interior, del Señor, y este amor encuentra su felicidad con comunicarse a otros por medio de los usos. Sabemos por experiencia, que en cuanto prestamos usos por amor a los usos, aumenta este amor, y con él también la sabiduría, por medio de la cual se verifica la comunicación, pero en cuanto guardamos los usos en nosotros sin realizarlos, la felicidad perece, y entonces el uso viene a ser como alimento en el estómago, no como el alimento que, distribuido por el cuerpo, nutre toda parte del mismo, sino como el alimento sin digerir que causa náusea. En una palabra: el cielo entero es un conjunto de usos desde sus primeras hasta sus últimas cosas. ¿Qué es el uso sino amor al prójimo realizado en obras? Y ¿qué mantiene en conjunto al cielo sino este amor?» Al oír esto pregunté: « ¿Cómo puede uno saber si presta usos por el amor a sí mismo o por el amor al prójimo? Todos, tanto buenos cuanto malos, prestan usos y los prestan por virtud de algún amor; supongamos que hay en el mundo una sociedad, compuesta exclusivamente de demonios, y otra sociedad, compuesta exclusivamente de ángeles; creo que los demonios en su sociedad por el fuego de su amor egoísta prestarían tantos usos, como los ángeles en la suya; ¿quién puede, pues, saber de qué amor y de qué origen son los usos?» A esto contestaron los dos ángeles: «Los demonios prestan usos por causa de sí mismos y para conseguir fama, a fin de que sean elevados a honores, o puedan ganar fortuna; pero los ángeles no prestan usos por tales motivos, sino por causa de los usos, por amor a ellos. El hombre no puede distinguir entre los usos en otros, pero el Señor los distingue; todo el que cree en el Señor y huye de los males por ser pecados, presta usos por virtud del Señor; pero todo el que no cree en el Señor y no huye de los males por ser pecados, presta usos por su propia virtud y por causa de sí mismo. Esta es la diferencia entre los usos hechos por los demonios y los usos hechos por los ángeles». Cuando hubieron dicho esto los dos ángeles se fueron, y a una distancia parecían ser llevados en un carro de fuego, como Elías, y subieron a su cielo.

662. RECUERDO 2. Pasado algún tiempo entré en cierto bosque y paseándome allí iba meditando sobre los que se hallan en codicia y por ello en la imaginación de poseer las cosas del mundo. Vi allí a una distancia, a dos ángeles conversando entre sí y mirándome a su vez; me acerqué y cuando estaba cerca de ellos me hablaron y dijeron: «Percibimos en nosotros que estás meditando en el mismo sujeto del cual estamos hablando, o sea que estamos hablando del mismo sujeto en el cual estas meditando, lo cual es debido a una comunicación recíproca de las inclinaciones». Les pregunté, cuál era el sujeto de su conversación y dijeron: «fantasía, codicia e inteligencia, y en este momento hablamos de los que encuentran su goce en pensar e imaginarse qué poseen todas las cosas del mundo». Les invité a expresar sus ideas con respecto a las tres cosas: codicia, fantasía e inteligencia, y empezando dijeron, que todo hombre se halla desde su nacimiento interiormente en codicia, pero por la educación exteriormente en inteligencia; y que nadie se halla en inteligencia, mucho menos en sabiduría interiormente, sino por el Señor, «porque» —dijeron— «todo hombre es apartado de la codicia y mantenido en inteligencia, conforme su mirar hacia el Señor y al mismo tiempo conforme su conjunción con El; sin esto el hombre es enteramente codicia, pero exteriormente, con respecto al cuerpo, se halla sin embargo en inteligencia por la educación, porque ambiciona honores y fortunas, o eminencia y opulencia, y no las consigue sin mostrarse moral y espiritual, es decir, inteligente y sabio y desde la infancia aprende a mostrarse así. Esta es la razón por la cual invierte su espíritu tan pronto se halla entre otros, en compañía, apartándolo de la codicia y hablando y comportándose conforme las reglas de decencia y decoro que aprendió desde su infancia, las cuales retiene en su memoria exterior, cuidando con esmero de que no se manifieste en manera alguna la loca codicia, en la cual se halla su espíritu. De ahí que todo hombre, que no sea interiormente guiado por el Señor, es embustero, sicofanta, hipócrita, y tiene apariencia de hombre, pero

no es hombre; se puede decir de él que su cáscara es sabia, pero su médula, o sea su espíritu, es insano. Igualmente se puede decir de él que su exterior es humano, pero su interior ferino. Tales personas miran hacia arriba con su occipucio y hacia abajo con su frente, andando de esta manera, como quebrantados por el cansancio, cabizbajos, cara hacia la tierra. Cuando dejan el cuerpo material sus espíritus, que entonces se hallan en completa libertad, son la locura misma de su codicia, porque los que se hallan en el amor a sí mismos desean dominar sobre el universo, y hasta extender sus límites a fin de poder extender su dominio hasta más allá; no quieren ver fin en sentido alguno. Los que se hallan en el amor al mundo desean poseer todo cuanto hay en él, y padecen pena y tienen envidia cuando se les oculta un tesoro, o si llega a ser propiedad de otro; por lo cual a fin de que tales hombres no se vuelvan enteramente codicia, perdiendo así todo lo humano, les es concedido, en el mundo espiritual, pensar por el miedo de perder la reputación, los honores y las fortunas y también por miedo de la ley y de su castigo; les es también concedido aplicar su mente a algún estudio o trabajo por lo cual son mantenidos en sus exteriores y así en un estado de inteligencia, por más delirantes é insanos que sean sus interiores». Después les pregunté si todo el que se halla en codicia, también se halla en la fantasía que ésta engendra; contestaron que los que interiormente piensan en sí mismos, se hallan en la fantasía de su codicia y se abandonan excesivamente a la imaginación, hablando consigo mismos; porque éstos casi separan el espíritu de su cuerpo y por la alucinación inundan el entendimiento, regocijándose neciamente como de una posesión universal. En tal delirio entra el hombre después de la muerte, cuando de esa manera abstrae el espíritu del cuerpo, no queriendo renunciar al regocijo que causa el delirio, lo cual podría hacer con pensar en cosas religiosas, por ejemplo acerca de los males y de las falsedades, o mejor aún acerca del amor irrestricto a sí mismo como destructivo del amor al Señor, y acerca del amor irrestricto al mundo, como destructivo del amor al prójimo.

Después de esto los dos ángeles y yo sentimos un súbito deseo de ver a los que por el amor al mundo se hallan en la codicia visionaria, o en la fantasía de poseer todas las riquezas del mundo; y percibimos que este deseo nos fue inspirado con el fin de que los conociésemos; su lugar era debajo del suelo donde estábamos; pero encima del infierno. Nos miramos unos a otros y dijimos: «Vamos.» Y vimos una abertura y una escalera; descendimos por ella, y nos fue dicho que debíamos acercarnos por el lado oriental para no entrar en la niebla de sus fantasías, lo cual nos ofuscaría el entendimiento y nos oscurecería la vista. Y he aquí; vimos una casa hecha de cañas, llena de rendijas, envuelta en niebla, la cual como humo salía continuamente por las rendijas. Entramos y vimos allí cincuenta por un lado y cincuenta por otro, sentados en bancos, vueltos de espalda al Oriente y Mediodía y mirando al Occidente y Septentrión. Delante de cada uno había una mesa y sobre la mesa había bolsos llenos de dinero y alrededor de los bolsos abundancia de monedas de oro. Y preguntamos: «¿Es esto las riquezas de todos en el mundo?» Dijeron: «De todos en el mundo no, pero de todos en el reino.» Su voz era vibrante; sus rostros redondos parecían fuego, color de carne, las pupilas de sus ojos brillaban por un reflejo verde, a causa de su fantasía. Estábamos en medio de ellos y dijimos: «¿Creéis que poseéis las riquezas del reino entero?» Y contestaron: «Las poseemos.»—«¿Quién de vosotros?» preguntamos, y contestaron: «Cada uno de nosotros.»—«¿Cómo cada uno de vosotros? Sois muchos.» — «Cada uno de nosotros sabe: todo lo vuestro es mío no es lícito pensar, menos aún decir: «mis cosas no son vuestras»; pero es lícito pensar y decir: «vuestras cosas son mías». Las monedas sobre la mesa parecían de oro puro también a nuestros ojos, pero cuando hicimos entrar luz de Oriente se veía que eran granitos de oro, los cuales por medio de la fantasía común magnificaban de esa manera. Dijeron que todo el que entra tiene obligación de traer alguna cantidad de oro, el cual cortan en pedazos y estos en granos y a fuerza de fantasía, por unanimidad, aumentan éstos hasta que parezcan monedas de mayor tamaño. Y dijimos: ¿No nacisteis

hombres racionales? ¿De dónde os ha venido esta locura visionaria?» Dijeron: «Sabemos que es una vanidad de la imaginación, pero puesto que deleita a nuestra mente interior, entramos en este lugar y disfrutamos como por la posesión de todas las cosas; pero no permanecemos aquí más que unas cuantas horas; luego salimos, y cuantas veces salimos volvemos a tener una mente sana; sin embargo, nuestra pasión visionaria vuelve a su tiempo, y así entramos y salimos alternativamente de modo que ora somos sabios, ora insanos, Además sabemos que una suerte dura espera al que priva a otros de sus bienes. Preguntamos: « ¿Qué suerte?» Contestaron: «Es tragado por la tierra y echado desnudo en alguna prisión infernal, donde tiene que trabajar por vestidos y por alimento, y luego por unas pocas monedas, las cuales guarda y pone en ellas el gozo de su corazón; pero si causa mal a sus compañeros debe dar parte de sus monedas como multa.»

665. RECUERDO 3. EXTRACTO. Las declaraciones hechas por los cuatro grupos fueron oídas por los ángeles que se hallaban directamente encima de ellos y dijeron entre sí: «Percibimos que nadie en la Cristiandad sabe lo que es conciencia: enviaremos por lo tanto a uno de nosotros allá abajo para instruirles». Y en seguida se halló en medio de los grupos un ángel vestido de blanco, su cabeza rodeada de una cinta resplandeciente, en la cual brillaban pequeñas estrellas; y dirigiéndose a los cuatro grupos dijo: «Hemos oído en el cielo, que habéis presentado, cada grupo en su turno, vuestra opinión con respecto a la conciencia, y que la habéis considerado como un dolor mental que invade la cabeza con pesadumbre y también el cuerpo, o que invade el cuerpo y por el cuerpo la cabeza. Pero la conciencia, en y por sí considerada, no es un dolor, sino un deseo o inclinación espiritual de obrar conforme la religión y la fe. De ahí que los que tienen conciencia se hallan en la tranquilidad de la paz y en una felicidad interior, cuando obran conforme la conciencia, y en cierta intranquilidad, cuando obran en contra de la misma. El dolor de la mente, que creéis ser conciencia, no es conciencia, sino tentación, la cual es un conflicto entre el espíritu y la carne; y este conflicto, cuando es espiritual, es alentado por la conciencia, pero si es meramente natural, viene de las enfermedades, que acaban de enumerar los médicos. Lo que es la conciencia puede ilustrarse mediante ejemplos: Un eclesiástico que tiene inclinación espiritual de enseñar verdades para la salvación de los que forman su congregación, tiene conciencia; pero el que enseña con cualquier otro fin, no tiene conciencia. Un juez que mira sólo a la justicia y la ejerce con juicio, tiene conciencia; pero el que considera primariamente recompensa, amistad o favores, no tiene conciencia. Cualquiera que tiene en su poder los bienes de otros, sin que éstos lo sepan, y tiene ocasión de poder apropiarse de ellos sin miedo de perder su honor y su reputación, y sin embargo los restituye al otro, por no querer tomar lo que no le pertenece, éste tiene conciencia, porque obra justicia por amor a la justicia. Así también el que puede conseguir un oficio, pero sabiendo que lo busca otro, que es más apto y puede ser de más utilidad a la sociedad, cede su lugar a éste en beneficio de la sociedad, éste tiene conciencia. Así también en otras cosas. Todos los que tienen conciencia dicen de corazón lo que dicen y hacen de corazón lo que hacen, porque tienen una mente no dividida, hablando y obrando según lo que piensan y creen ser verdad y bien. Sigue de esto que el que se halla en verdades de la fe más que otros y en una percepción más clara que otros, puede tener una conciencia más perfecta, que los que se hallan en menos iluminación y en una percepción oscura. En la verdadera conciencia está la vida espiritual del hombre, porque en ella su fe entra en conjunción con la caridad; tales hombres, al obrar por su conciencia, obran por consiguiente por su vida espiritual, y para ellos el obrar en contra de la conciencia es obrar en

contra de su vida. Además ¿quién ignora, por la conversación común, lo que es conciencia? Cuando se dice de alguien: «Este tiene conciencia», ¿no quiere esto decir también que es hombre justo? Y si de otro se dice: «Este no tiene conciencia», ¿no quiere esto decir también que es hombre injusto?» Cuando el ángel acabó de hablar esto, fue elevado a su cielo, y los cuatro grupos se mezclaron en uno. Después de alguna conversación acerca de lo que el ángel había manifestado, se separaron nuevamente en cuatro grupos, pero éstos no eran los mismos que antes; en uno de ellos se hallaban los que comprendían las palabras del ángel y consentían; en el segundo estaban los que no las comprendían, pero que sin embargo las favorecían; en el tercero los que no querían comprenderlas diciendo: «¿Qué tenemos que ver con conciencia?», y en el cuarto los que se reían de las palabras del ángel, diciendo: «¿Qué es conciencia? nada más que flatulencia», y los vi alejarse; los dos primeros grupos se fueron por la derecha y los dos últimos por la izquierda; éstos bajaban, más aquéllos subían.

CAPÍTULO 12

El Índice del Capítulo

El Bautismo

1. Sin conocer el sentido espiritual del Verbo no puede uno saber lo que en si encierran los dos sacramentos el Bautismo y la Santa Cena, ni comprender sus efectos
2. El Lavatorio, llamado Bautismo, significa un lavatorio espiritual, que es purificación del mal y de la falsedad, por consiguiente regeneración
3. El Bautismo sustituyó a la ceremonia de la circuncisión; porque la circuncisión del prepucio simbolizaba la circuncisión del corazón y con sustituir- el Bautismo sucedió la Iglesia interior a la iglesia exterior, que hasta entonces la habia representado
4. La primera utilidad del Bautismo es la de introducir al bautizado en la Iglesia Cristiana y al mismo tiempo introducirle entre los Cristianos en el mundo espiritual
5. La segunda utilidad del Bautismo es la de dar al Cristiano facilidad de conocer y reconocer al Señor Jesucristo, el Redentor y Salvador, y seguir a El.
6. La tercera utilidad del Bautismo, que es la final, es la de posibilitar y facilitar la regeneración del hombre.
7. Por medio del Bautismo de Juan fue preparado el camino para que Jehová, el Señor, pudiera descender al mundo y efectuar la Redención

El Bautismo

1. Sin conocer el sentido espiritual del Verbo no puede uno saber lo que en si encierran los dos sacramentos el Bautismo y la Santa Cena, ni comprender sus efectos

667. En el capítulo que trata de la Sagrada Escritura se ha explicado, que en el conjunto del Verbo y en cada mínimo detalle del mismo hay un sentido espiritual. Este sentido, hasta aquí ignorado, ha sido ahora revelado a causa de la Nueva Iglesia, que actualmente establece el Señor, y su carácter puede conocerse por lo que queda expuesto en el mencionado capítulo, y también en el capítulo que trata del Decálogo. Si no hubiese sido revelado el sentido espiritual, el Bautismo y la Santa Cena no se conocerían más que por lo que en el Verbo se dice de ellos literalmente, por lo cual muchos dirían o pensarían: «¿Qué es el Bautismo más que la ceremonia de echar agua sobre la cabeza del niño? ¿Qué puede contribuir a la

bienaventuranza?» O bien: « ¿Qué es la Santa Cena más que el simple acto de tomar pan y vino, que nada puede contribuir a la bienaventuranza? ¿De dónde tienen la santidad, sino de su ordenación por la Iglesia, cuyo Clero estima, que son cosas santas y Divinas, pretendiendo que se convierten en Sacramentos al serles aplicado el Verbo Divino?» Éstas y parecidas ideas abundan actualmente en el mundo cristiano con respecto al Bautismo y la Santa Cena; si no se profesan abiertamente, existen al menos secretamente, y si estos Sacramentos son admitidos como Santos y Divinos es mayormente por motivos naturales. Más la verdad es, que los dos Sacramentos, conocidos y aplicados según el sentido espiritual, constituyen lo más sagrado de la Iglesia, como se verá en lo que sigue, donde se explicará su utilidad. Pero cuando se ignora su significación espiritual sólo se puede saber de ellos, que son ceremonias santas por ser instituidos por mandato del Señor. Que fueron ordenados por el Señor consta por la Sagrada Escritura, en la cual, con respecto al Bautismo leemos que Juan bautizaba en el Jordán y que «toda Judea y Jerusalén» salían a él para ser bautizados (Mateo 3:5; 6; Marcos 1:4; 5); que Juan era profeta del Altísimo (Lucas 1:76), y que su Bautismo era del Cielo y no de los hombres (Marcos 11:30, 31; 32). Además lo demuestra el hecho de que el Señor, nuestro Salvador Mismo, vino a Juan para ser bautizado (Mateo 3:13, 17), y que después de su resurrección ordenó a Sus discípulos de bautizar a los Gentiles (Mateo 28:19). Es pues cierto que el Bautismo ha sido ordenado é instituido por el Señor Mismo, por cuya razón la institución es Divina; pero su verdadera importancia y alcance no se han conocido hasta ahora por ignorarse el sentido espiritual; y la razón por la cual el sentido espiritual no ha sido revelado antes, es que la Iglesia cristiana sólo ahora principia en cuanto a su verdadera cualidad y carácter. La Iglesia cristiana, desde su principio hasta hoy, ha sido cristiana de nombre o de forma más que de hecho o de esencia.

669. Para la Nueva Iglesia, que es la verdadera Iglesia Cristiana, el Bautismo y la Santa Cena son como dos piedras preciosas en el cetro de un rey; más para la actual Iglesia, que no conoce su significación, su alcance y su utilidad, son como figuras de ébano, esculpidas en un bastón. Para la Nueva Iglesia son como dos rubís o carbúnculos en el manto imperial; pero para la actual Iglesia son como dos botones de cristal en una capa ordinaria. Sin conocimiento del sentido espiritual la idea que se puede tener de su utilidad es como las conjeturas de los adivinos por las estrellas, o como los agüeros que antiguamente tomaban los hombres por el vuelo de las aves o por los intestinos de los animales sacrificados. Para la actual Iglesia los dos Sacramentos son como un templo, que en el transcurso del tiempo se ha hundido poco a poco, siendo finalmente sepultado bajo montones de tierra, piedra y arena, mientras por encima del mismo pasan ancianos y jóvenes a pie, en carruaje, a caballo, ignorando por completo que tal templo se halla escondido debajo de sus pies, y que en este templo hay un altar de oro, paredes de plata, adornadas con piedras preciosas, todo lo cual sólo puede ser descubierto mediante la significación espiritual, ahora revelada a la Nueva Iglesia para su uso en el culto y la adoración del Señor. Para la Nueva Iglesia los dos Sacramentos son como un doble templo, uno en el piso bajo, otro en el piso alto. En el templo inferior se anuncia el Evangelio de la segunda Venida del Señor, y también el Evangelio de la regeneración y salvación por El. Cerca del altar de este templo hay una subida al templo superior, en el cual se celebra la Santa Cena, mediante la cual se entra en comunión con el Señor, y desde este templo hay una subida al Cielo, donde los comulgantes son recibidos por El. Para la Nueva Iglesia los dos Sacramentos son como un tabernáculo, en el cual los objetos sagrados se presentan a la vista del que entra: la mesa con los «panes de la proposición», el altar de oro para incienso, el candelero de oro con sus lámparas encendidas, y para los que se dejan iluminar por el Señor se aparta el velo, que separa el

Santuario del Sancto Sanctorum, donde en lugar del Arca con el Decálogo se halla el Verbo, y sobre éste el propiciatorio con sus querubines de oro. Estas cosas sagradas son representaciones e imágenes de los dos Sacramentos con sus utilidades.

2. El Lavatorio, llamado Bautismo, significa un lavatorio espiritual, que es purificación del mal y de la falsedad, por consiguiente regeneración

670. Por los estatutos dados a los Israelitas por conducto de Moisés se sabe que entre otras cosas les fue ordenado lavatorios. Aarón debía observar esta ceremonia antes de ponerse la vestidura sacerdotal (Levítico 16:4; 24) y antes de ir al altar para ministrar (Éxodo 16:18, 21; 40:30, 31). Igualmente los Levitas (Números 8:6) y a este efecto se hallaban colocados a la entrada del templo depósitos de agua (1 Reyes 7:25, 39). Debían asimismo lavar vasos y varios enseres, como mesas, bancos, camas, fuentes y copas (Levítico 11:32; 14:8-9; 15:5, 12; 17:15-16; Mateo 23:26-27). Estas ceremonias les fueron ordenadas, porque la Iglesia, que se estableció entre ellos, había de ser una Iglesia representativa, imagen de la Iglesia cristiana que la había de suceder. Estas representaciones, exclusivamente exteriores, fueron abrogadas al venir el Señor al mundo, y en su lugar fue instituida por El la Iglesia cristiana. La Iglesia israelita era exterior y representativa; la cristiana es interior y esencial; la sucesión de aquélla por ésta a la venida del Señor fue como apartar un cortinaje o levantar un velo, descubriendo así los verdaderos elementos, que constituyen la Iglesia interior, a fin de que a su vez saliesen para los efectos del culto, sustituyendo a las antiguas ceremonias, que eran representaciones de ellos. Lo real sustituyó a lo representativo, y esto quedó abrogado por superfluo e inútil. De todo lo representativo, figurativo y simbólico retuvo el Señor sólo dos cosas principales, las cuales debían contener, sumariamente, todo cuanto había de representativo y simbólico en la Iglesia israelita. Estos dos símbolos son: el Bautismo, en lugar de los lavatorios, y la Santa Cena, en lugar del sacrificio cotidiano de un cordero, y particularmente en lugar del sacrificio del cordero de la Pascua.

671. Varios pasajes del Verbo dan testimonio de que los antiguos lavatorios significaban lavatorios espirituales, es decir, purificaciones del mal y de la falsedad; he aquí algunos de estos pasajes:

«Cuando el Señor lavare las inmundicias de las hijas de Sión y limpiare las sangres de Jerusalén de en medio de ella con espíritu de juicio y con espíritu de ardimiento...» (Isaías 4:4).

«Aunque te laves con lejía y amontones jabón sobre ti permanecerán en ti las manchas de tus iniquidades» (Jeremías 2:22; Job 9:30, 31).

«Lávame de mi iniquidad y seré emblanquecido más que la nieve» (Salmos 41:4, 7).

«Lava de la malicia tu corazón, OH Jerusalén, para que seas salva» (Jeremías 4:14).

«Lavad; limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras ante mis ojos; dejad de hacer lo malo» (Isaías 1:16).

El Señor, mientras estaba en el mundo, dijo también que el lavatorio del cuerpo nada aprovecha sin el lavatorio del espíritu, representado y simbolizado por el lavatorio exterior, y que este último, que era una ceremonia de la Iglesia israelita, nada importa a la Iglesia cristiana. Leemos en los Evangelios:

«Al ver los fariseos y los escribas que los discípulos del Señor comían pan con manos comunes les condenaban, porque los fariseos y todos los judíos no comen sin lavarse muchas veces las manos, aparte de otras muchas cosas, que se han tomado para guardar, como las levaduras de los vasos de beber y de

los jarros, de los vasos de metal y de los lechos. A éstos y al pueblo dijo el Señor: Oídmelos todos y entended: Nada hay fuera del hombre, que entra en él, que le puede dominar, más lo que sale de él, aquello es lo que contamina al hombre» (Mateo 7:1; 2; 4; 14; 15; Mateo 15:2; 11; 17; 20).

Y en otro lugar:

«Ay de vosotros, escribas y fariseos, porque limpiáis lo que está fuera del vaso y del plato, pero dentro están llenos de robo y de injusticia. Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro del vaso y del plato para que también lo de fuera se haga limpio» Mateo 23:25, 26).

Es pues claro que el lavatorio, que se llama el Bautismo, representa y significa el lavatorio espiritual, es decir, la purificación del mal y de la falsedad. Por otra parte es también claro que el lavatorio exterior no puede limpiar más que el cuerpo. El malvado, que por su inclinación al mal siente gusto y satisfacción en la práctica abominable de sus males, puede lavarse mucho y hacer que su cutis resplandezca, sin que por eso desaparezca, ni disminuya su mala inclinación, ni por eso desista de su iniquidad. Lo exterior no influye en lo interior, porque esto es contrario al Divino Orden, pero lo interior influye en lo exterior y produce allí sus efectos conforme el Orden. Si, pues, el interior no es purificado del mal, el acto exterior del Bautismo no produce más efecto que los lavatorios de los judíos antiguamente; en realidad el acto exterior, aparte de la utilidad que más adelante se explicará, no contribuye a la bienaventuranza más que el cidaris del Papa contribuye a la dignidad de su oficio, ni más que la corona y el cetro de un rey contribuyen a su poder real. Es como la levadura de los borregos antes de esquilarlos, es decir, de utilidad puramente exterior, natural. Sin el lavatorio correspondiente espiritual, que es la purificación del espíritu, el acto exterior, salvo la utilidad antes mencionada, no sirve más que para dar la apariencia de cristiano, es decir, dar un hermoso aspecto exterior, mientras que el interior está lleno de abominaciones; por consiguiente sólo sirve para ser, como los fariseos, «sepulcros blanqueados» (Mateo 23:25-28). El infierno está lleno de satanás, todos procedentes de la raza humana, tanto bautizados cuanto no bautizados. El Bautismo nada hace al caso, sin la purificación del espíritu; porque el acto del Bautismo en y por sí no produce efecto más que en el hombre exterior, el cual, separado del hombre interior 'o espiritual, es meramente animal; peor aún, es una fiera y aún más fiera que una fiera. Por lo cual: «Aunque te lavares con lluvia, o con rocío, o con agua de las mejores fuentes», o, como dice el profeta: «aunque te lavares con hisopo y con jabón» no quedarás limpio de tus iniquidades, sino sólo por el nacimiento nuevo, del cual se ha tratado detalladamente en su capítulo.

3. El Bautismo sustituyó a la ceremonia de la circuncisión; porque la circuncisión del prepucio simbolizaba la circuncisión del corazón y con sustituir- el Bautismo sucedió la Iglesia interior a la iglesia exterior, que hasta entonces la había representado

674. No es desconocido en el mundo cristiano el que existe un cuerpo interior además del cuerpo exterior. Se sabe que el cuerpo exterior es el hombre natural y que el interior es el hombre espiritual, el cual es su alma y vida. Con respecto a la Iglesia el caso es igual, porque la Iglesia consiste de hombres. La Iglesia exterior es el Cuerpo natural de la Iglesia interior, que es su alma y vida. Las Iglesias anteriores, desde la Antigua primitiva hasta la actual, han sido Iglesias exteriores, es decir, su culto ha sido representaciones y ceremonias exteriores, que simbolizaban las cosas interiores de la Iglesia cristiana, la cual el Señor Mismo fundó mientras estaba en el mundo, y la cual ahora empieza a edificar. Ahora bien; el distintivo principal

de la Iglesia israelita entre los pueblos de Asia era la Circuncisión, y puesto que toda cosa en esa Iglesia simbolizaba cierta cosa que había de pertenecer a la Iglesia cristiana, de la misma manera que las cosas exteriores significan y simbolizan las interiores, sigue que este distintivo principal de la Iglesia israelita y el distintivo principal de la Iglesia cristiana habían de guardar relación directa entre sí, es decir, que el Bautismo en esta última equivale a la Circuncisión en aquélla, siendo ambas ceremonias interiormente iguales; porque la antigua Circuncisión significaba la expulsión de los apetitos de la carne, o sea la purificación del mal, y esto mismo significa el Bautismo. Es pues evidente, que el Bautismo fue instituido en lugar de la Circuncisión para distinguir la Iglesia cristiana de la israelita, y también para que fuera manifestado el carácter y la naturaleza de esta última, cuyo carácter y naturaleza se pueden conocer por la utilidad del Bautismo, de la cual trataremos en el próximo artículo.

675. Con respecto a la ceremonia de la Circuncisión en la Iglesia israelita vemos por el Verbo que originalmente fue ordenada a Abraham como distintivo de sus descendientes, o sea a fin de que sirviera como señal de que los hombres de la Iglesia israelita eran descendientes de Abraham, Isaac y Jacob (Génesis 17:11). El pacto fue luego confirmado por conducto de Moisés (Levítico 12:1; 3) y por ser la Circuncisión el distintivo de la Iglesia israelita se ordenó su repetición con todo hijo de Israel antes del paso del Jordán (Josué 5). La razón de esta repetición era que el país de Canaán significaba la Iglesia, y el río de Jordán la entrada a ella, y con el fin de que se acordasen de la ordenanza de la Circuncisión cuando estuviesen en el país de Canaán, les fue mandado quitar el prepucio, es decir, el producto de todo árbol frutal durante los tres primeros años, estimándolo incircunciso (Levítico 19:23). Encontramos además, que la Circuncisión simbolizaba y significaba la expulsión de los apetitos de la carne y por consiguiente la purificación del mal, lo mismo que el Bautismo, que luego la sustituyó; porque Moisés dijo:

«Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón y no endurezcáis más vuestra cerviz» (Deuteronomio 10:16).

«Jehová, Dios tuyo, circuncidará tu corazón y el corazón de tu simiente para que ames a Jehová, Dios tuyo, con toda tu alma a fin de que vivas» (Deuteronomio 30:6).

«Circuncidaos a Jehová y quitad los prepucios de vuestro corazón, varones de Judá y moradores de Jerusalén, no sea que mi ira salga como fuego a causa de la maldad de vuestras obras» (Jeremías 4:4).

«En Jesucristo ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor y una nueva creación» (Gálatas 5:6; 6:15).

La circuncisión de la carne significa, pues, la Circuncisión del corazón, la cual es purificación del mal, y puesto que el lavatorio del Bautismo significa lo mismo, dice Jeremías:

«Circuncidaos a Jehová y quitad los prepucios de vuestro corazón» (Jeremías 4:4).

«Lava de la malicia tu corazón, OH Jerusalén, para que seas salva» (Jeremías 4:14).

Lo que es la Circuncisión o sea la purificación del corazón enseña el Señor en Mateo 15:18-19.

676. Muchos de los israelitas antiguamente y muchos de los judíos actualmente creen tener preferencia con Dios por haber sido circuncidados, y muchos cristianos creen también tener preferencia por haber sido bautizados; pero están en un error. Tanto la Circuncisión, cuanto el Bautismo, han sido ordenados como señal y para recordar la necesidad de ser purificados del mal, y por medio de esta purificación llegar a ser elegidos. Lo exterior sin lo interior nada aprovecha. El hombre exterior no es el hombre

mismo, sino tan sólo la forma del hombre, y esta forma sin lo interior, que es su alma y vida, y que consiste en ser sabio por recibir en sí vida de Dios, se vuelve animal, fiera y hasta infernal. Es como un templo sin culto, el cual mal sirve para vivienda de hombres, sino mejor para cuadra; es como un terreno inculto y estéril, fangoso, donde crecen cañas, mas no trigos, hortalizas, ni frutos; es como una parra con sarmientos y hojas, más sin uva; como la higuera estéril, la cual el Señor maldijo (Mateo 21:19). Es como las lámparas sin aceite en manos de las vírgenes fatuas (Mateo 25:3); como un sepulcro, cuyo fondo está cubierto de huesos de muertos, mientras que murciélagos y vampiros vuelan bajo el techo como espectros. Es, en fin, como un coche, arrastrado por leopardos, un lobo por cochero y en el interior un demente. Así es el hombre, por más que haya sido circuncidado o bautizado, si no circuncida y limpia su corazón.

4. La primera utilidad del Bautismo es la de introducir al bautizado en la Iglesia Cristiana y al mismo tiempo introducirle entre los Cristianos en el mundo espiritual

677. Que el Bautismo es una introducción en la Iglesia cristiana es evidente, porque fue instituido en sustitución de la Circuncisión, como señal de que (los bautizados) pertenecen a la Iglesia cristiana, como antiguamente la Circuncisión era señal de que pertenecían a la Iglesia israelita, según se ha explicado antes. Bajo este punto de vista es una simple señal, un simple distintivo y sencillamente una introducción en la Iglesia (exterior), lo cual también consta por su aplicación a niños que aún no tienen uso de la razón, no pudiendo recibir en sí cosa alguna perteneciente a la fe; es asimismo claro por la manera en que se aplica a personas mayores, que ingresan en la Iglesia cristiana, porque la ceremonia del Bautismo se verifica con ellas apenas estén iniciadas en algunos principios de la fe, si declaran que desean entrar en la Iglesia, y su introducción se verifica con la ceremonia del Bautismo. Así hicieron también los discípulos del Señor, cumpliendo con el encargo que El les dio: «Id y haced de toda gente discípulos, bautizándolos» (Mateo 28:19). Así hizo también Juan el Bautista: «bautizaba en el Jordán todos los que venían a él» (Mateo 3:5; 6). La razón por la cual Juan bautizaba en el Jordán era que para los Israelitas el Jordán era la entrada al país de Canaán, cuyo país significaba la Iglesia. El Jordán significaba por consiguiente la entrada a la Iglesia, y el bautizar en el Jordán significaba la introducción en ella. El efecto que el Bautismo tiene en la tierra es, pues, introducir a los bautizados en la Iglesia cristiana, pero simultáneamente tiene otro efecto en el Cielo: el de introducir el niño bautizado en el Cielo de los Cristianos, y a consecuencia de esta introducción el Señor le envía ángeles tutelares de este Cielo por compañeros en la tierra, y estos ángeles le mantienen en estado de poder admitir en su alma la fe en el Señor. Cuando el niño se acerca a la adolescencia y empieza a pensar y obrar por sí mismo, se retiran los ángeles tutelares, y el adolescente se une con espíritus, que piensan, sienten y viven como él. El acto del Bautismo es por consiguiente una introducción entre los Cristianos también en el mundo espiritual.

678. No sólo los niños, sino también los adultos, al ser bautizados, son introducidos entre los Cristianos en el mundo espiritual. La razón es que los espíritus que están en el mundo de los espíritus, se hallan arreglados por orden, con arreglo a sus ideas religiosas. Los Cristianos se hallan en el Centro; los Mahometanos alrededor de ellos y luego Idólatras de varias clases. Los Indios se hallan a los lados.

En el Cielo se hallan de igual manera arreglados según su religión y asociados con arreglo a su amor a Dios y al prójimo. Tal arreglo y clasificación en sociedades hay también en el Infierno, pero allí con arreglo a las inclinaciones opuestas a estos dos amores, es decir, con arreglo a las inclinaciones al mal. En el mundo espiritual, el cual comprende tanto el Cielo cuanto el Infierno, se halla todo arreglado y clasificado con el mayor orden y exactitud, y del perfecto orden y distinto arreglo de todas las cosas en el

mundo espiritual depende el sustento y la conservación del Universo entero. Esta minuciosa clasificación en el mundo espiritual no podría verificarse si no fuera aplicado a cada uno, inmediatamente después de nacer, un distintivo, o una señal, que indicara la comunión religiosa a la cual pertenece. Sin la señal cristiana, que es el Bautismo, algún espíritu mahometano o idólatra podría unirse a un niño cristiano recién nacido y aun a niños de más edad, inspirándoles una inclinación a su religión y apartando sus mentes de la religión cristiana, con lo cual se perturbaría el orden espiritual. Así es que la primera utilidad del Bautismo consiste en que es una señal en el mundo espiritual, de que uno pertenece a los Cristianos y con esta señal es allí introducido en la sociedad o congregación correspondiente a la cualidad del Cristianismo, que existe en él y alrededor de él en el mundo.

Nota

† Que el país de Canaán significaba la Iglesia, y el Jordán la entrada a la iglesia se puede ver detalladamente en (Apocalipsis Revelado 285).

5. La segunda utilidad del Bautismo es la de dar al Cristiano facilidad de conocer y reconocer al Señor Jesucristo, el Redentor y Salvador, y seguir a El.

681. Esta segunda utilidad del Bautismo sigue inevitablemente de la primera, porque sin esta segunda utilidad el Bautismo no sería más que vana ceremonia, o fórmula, muerta en sí misma, que nada aprovecharía. Separada de su segunda utilidad es como un súbdito, que jura fidelidad a su rey, prometiendo servirle, pero que sin embargo le abandona y hace alianza con otro rey, sirviendo a éste. Es como un criado que se compromete a servir a un amo, aceptando su librea en señal del convenio, pero que luego se escapa, poniéndose al servicio de otro amo y sirviendo a éste en la librea del primero. En una palabra, el nombre de Cristiano, es decir, la pretensión de pertenecer a Cristo, sin reconocerle y seguirle, o sea, sin vivir conforme Sus mandamientos, es vanidad y vaciedad; es sombra y humo que de nada sirve. El Señor dice:

« ¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?» (Lucas 6:46).

«Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor; pero yo les protestaré: nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad» (Mateo 7:22-23).

682. El Nombre del Señor Jesucristo en el Verbo significa sencillamente reconocimiento de El y una vida conforme a Sus mandamientos. La razón por la cual Su Nombre tiene esta significación, puede verse de la explicación del segundo mandamiento del Decálogo: «No tomarás el Nombre de Jehová tu Dios en vano.» Esto es lo que significa el Nombre del Señor también en los siguientes pasajes:

Jesús dijo:

«Seréis aborrecidos de todos por mi nombre (Mateo 10:22-24:9). Donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy en medio de ellos» (Mateo 18:20).

Juan de Jesús:

«A todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Juan 1:12), «Muchos creyeron en su nombre» (Juan 12:23).

Jesús dijo:

«El que no cree ya es condenado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios» (Juan 13:18).

Juan de Jesús:

«Estas cosas (referentes a Jesús) son escritas para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20:31).

En el Apocalipsis:

«Por mi nombre has trabajado y no has desfallecido» (Apocalipsis 2:3).

Y en muchos otros lugares del Verbo. ¿Quién no ve que el Nombre del Señor en estos pasajes quiere decir no solamente Su Nombre, sino también el reconocimiento, de que El es el Redentor y Salvador, así como la obediencia a Sus mandamientos y finalmente la fe en El? A esto se refiere también la ceremonia del Bautismo en y por sí, porque el ministro hace la señal de la Cruz sobre la frente y el pecho del niño en señal de inauguración en el reconocimiento y adoración del Señor. Además el término nombre, en sentido general, no expresa tan sólo el nombre, sino también la cualidad de la persona y todo lo que se relaciona con ella. La razón por la cual esto es así es que en el mundo espiritual, cada uno tiene nombre según su cualidad, por lo cual el nombre de Cristiano, expresa la cualidad del Cristiano, es decir, indica que su fe está en Cristo y que tiene amor al prójimo por virtud de Cristo. Esto es lo que significa Nombre en el Apocalipsis, por ejemplo: Tienes unos pocos nombres en Sardis, que no han ensuciado sus vestidos y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos» (Apocalipsis 3:4).

Andar con él Hijo del Hombre en vestidura blanca significa seguir al Señor y vivir conforme a las verdades de Sus palabras.

Similar significación tiene nombre en Juan. Jesús dijo:

«Las ovejas oyen mi voz y llamo mis ovejas por nombre y las saco; voy delante de ellas y ellas me siguen, porque conocen mi voz; más al extraño no seguirán, porque no conocen la voz de los extraños» (Juan 10:3; 5).

Por nombre quiere decir, por su cualidad de Cristianos, y seguirle es escuchar Su voz, es decir, obedecer a Sus mandamientos.

683. ¿Qué es el nombre de Cristiano, si el hombre vive como un pagano, contrariamente a los preceptos de Cristo? Es como uno que desde su Bautismo lleva inscrito sobre sí el Nombre de Cristo en letras de oro y sin embargo mira a la bandera de Satanás, siguiendo a éste, en vez de mirar al Nombre de Cristo. ¿Qué son aquellos, a quienes ha sido impreso el sello de Cristo; y que sin embargo dejan de adorarlo, riéndose de Su Nombre y declarándole hijo de José y no Hijo de Dios? Son rebeldes, renegados y regicidas. ¿Qué son sus conversaciones, las palabras de su boca, más que blasfemias contra el Espíritu Santo, imperdonables en este mundo y también en el venidero? Estos, con mandíbulas de perros, muerden el Verbo, destrozándolo con sus dientes. Con ellos, Cristo y Su adoración son mesas llenas de vómito y

suciedad (Isaías 28:8; Jeremías 48:26), y cierran resueltamente sus ojos a las terminantes declaraciones del Verbo de que Jesucristo es el Hijo de Dios Altísimo (Lucas 1:32-35)—el Unigénito (Juan 1:18; 3:16)—el verdadero Dios y la vida eterna (1 Juan 5:20) en quien mora toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses 2:9)—y que El no es el hijo de José (Mateo 1:25).

6. La tercera utilidad del Bautismo, que es la final, es la de posibilitar y facilitar la regeneración del hombre.

684. El verdadero objeto con el cual el Bautismo fue instituido, es posibilitar y facilitar la regeneración, y esto es por consiguiente su objeto final. El Bautismo introduce al hombre en la Iglesia cristiana, facilitándole así conocimientos respecto del Señor Dios el Salvador, sin los cuales no podría reconocerle y seguirle, y este reconocimiento y esta obediencia a los preceptos del Señor determinan a su vez la regeneración, que es el objeto final. El Bautismo posibilita pues al hombre la fe en el Señor, primero como Redentor y finalmente como Regenerador, Salvador, Santificador y Justificador. Que la Redención y la Regeneración forman uno, puede verse en el capítulo que trata de la Reformación y la Regeneración, artículo 3. El Bautismo proporciona al hombre los medios de regeneración, con introducirle en la Iglesia cristiana, porque en ella se halla el Verbo que claramente enseña que los medios de la regeneración son la fe en el Señor y el amor al prójimo, y si el hombre utiliza estos medios recibe el Bautismo del Señor, Quien bautiza con el Espíritu Santo y con fuego (Mateo 3:11; Marcos 1:8-11; Lucas 3:16; Juan 1:33). El Espíritu Santo significa aquí la Divina verdad de la fe, y fuego significa el Divino bien del amor, o de la caridad, ambos procedentes del Señor. Por estos dos medios es efectuada toda regeneración por el Señor. La razón, por la cual el Señor se hizo bautizar por Juan, no era solamente que mediante este Bautismo quedara instituido el Bautismo en lo futuro, sentando El precedente, sino también que quedara manifiesto el que el Bautismo en su esencia es el método, o las leyes espirituales y Divinas, según las cuales se verifica la regeneración, la cual sólo puede efectuarse con arreglo a estas leyes, o por estos medios espirituales, representados y significados por el acto del Bautismo. El Señor glorificó a Su Naturaleza Humana en la misma manera en que regenera y hace espiritual al hombre y se sirvió de los mismos medios, porque no existen otros.

685. Por lo que queda expuesto se puede ver que las tres utilidades del Bautismo adhieren como una sola, de la misma manera que la causa primaria adhiere con la causa media, que es la eficiente, y estas dos con el fin mismo, al obsequio del cual existen las causas anteriores; porque la primera utilidad es la introducción en la Iglesia cristiana, la segunda y consiguiente es facilitar el conocimiento y reconocimiento del Señor, el Redentor, Regenerador y Salvador, y la tercera es que así proporciona los medios de ser regenerado por El, y, efectuada la regeneración, el hombre queda redimido y salvo. Por adherir como uno estos tres grados del Bautismo, sucediéndose por su orden y colacionándose en el último, los ángeles los perciben como una sola cosa, y al verificarse la ceremonia del Bautismo, o bien cuando se lee en el Verbo pasajes que tratan del Bautismo, o se habla del mismo, los ángeles que están presentes con el hombre no perciben Bautismo, sino Regeneración. Por ejemplo, cuando el hombre lee estas palabras en el Verbo: «El que creyere y fuere bautizado será salvo, pero el que no creyere será condenado» (Marcos 16:16) los ángeles del Cielo entienden, que el que reconoce al Señor y es regenerado es salvo. De ahí también que en el mundo cristiano en la tierra llamaban el Bautismo el lavatorio de la regeneración. Que sepan, pues, los Cristianos que aquel entre ellos que no cree en el Señor y no reconoce a El Solo por Dios del Cielo y de la tierra, a la vez Creador, Redentor, Salvador y Santificador, a la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo, no puede ser regenerado, por más que esté bautizado, porque el Bautismo sin esta fe en el Señor nada aprovecha.

686. Se dice en el Verbo que el Señor Dios, Redentor nuestro, bautiza con el Espíritu Santo y con fuego, lo cual significa que el Señor regenera al hombre mediante la Divina Verdad de la fe y el Divino bien del amor o de la caridad, según se puede ver en el primer párrafo de este artículo y los que han sido regenerados mediante el Espíritu Santo, es decir, mediante la Divina verdad de la fe, se distinguen en el Cielo de los que han sido regenerados mediante fuego, es decir, mediante el Divino bien del amor. Los que han sido regenerados mediante la Divina verdad de la fe, llevan en el Cielo vestidos de lino fino y blanco y se llaman ángeles espirituales; pero los que han sido regenerados mediante el Divino bien del amor llevan vestidura color púrpura y se llaman ángeles celestiales. A los que llevan vestidura blanca alude el Señor en estos pasajes del Apocalipsis: «le seguían... vestidos de lino finísimo, blanco y limpio» (Apocalipsis 19:14); «andarán conmigo en vestiduras blancas» (Apocalipsis 3:4). Los ángeles, que fueron vistos en el sepulcro del Señor, con vestidos blancos como la nieve y resplandecientes, eran de esta clase (Mateo 28:3). Lino fino significa la justicia de los santos, como por ejemplo en el Apocalipsis 19:8, donde esto se dice distintamente. En el Verbo vestidos significan verdades†. Los que han sido regenerados mediante el Divino bien del amor, llevan vestidura color púrpura, porque el color purpúreo es el color del amor, y este color es una derivación del fuego del sol y de su rubicundez, cuyo fuego significa amor‡. La razón, por la cual aquel que fue hallado entre los convidados de la boda sin vestido de boda fue rechazado y echado fuera en las tinieblas (Mateo 22:11-13), era que los vestidos significan verdades.

7. Por medio del Bautismo de Juan fue preparado el camino para que Jehová, el Señor, pudiera descender al mundo y efectuar la Redención

688. En Malachías leemos:

«He aquí, Yo enviaré mi mensajero el cual preparará el camino delante de mí, y luego vendrá a su templo el Señor, a quien vosotros buscáis, y el Ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. Y ¿quién podrá sufrir el tiempo de su venida, ¿quién podrá estar cuando él se mostrará?» (Malachías 3:1; 2).

Y otra vez:

«He aquí, Yo os envío a Elías, el profeta, antes de que venga el día de Jehová, grande y terrible... no sea que venga yo y con destrucción hiera a la tierra» (Malachías 4:5; 6).

En otro lugar leemos que Zacarías, el padre del profeta, profetizando de su hijo, dijo:

«Tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; irás ante la faz del Señor para aparejar sus caminos» (Lucas 1:76).

Y el Señor Mismo dijo luego acerca del mismo Juan:

«Este es de quien está escrito: he aquí, envío mi mensajero delante de tu faz, el cual aparejará tu camino delante de ti» (Juan 7:27).

Estos pasajes dicen muy claramente, que Juan era el profeta enviado para preparar el camino de Jehová Dios, a fin de que pudiera descender al mundo y realizar la Redención, y que preparó el camino con bautizar, y bautizando anunciar la Venida del Señor, sin cuya preparación todo el mundo hubiera perecido, herido de maldición.

689. La razón por la cual el camino quedó aparejado mediante el Bautismo de Juan, era que mediante ese Bautismo fueron introducidos en la futura Iglesia del Señor é introducidos espiritualmente entre aquellos en el Cielo que esperaban y deseaban la Venida del Señor, o sea el Mesías, según antes se ha explicado, y de esta manera fueron protegidos por ángeles contra la destrucción por la invasión de los demonios del infierno. Por esta razón se dice en Malachías: « ¿Quién podrá sufrir el tiempo de su venida?» Y en otro lugar: «No sea que yo venga y con destrucción Mera a la tierra.» Esta es también la razón por la cual se dice en Isaías:

«He aquí, el día de Jehová viene, crudo y de saña, y ardor de ira... haré estremecer los cielos y la tierra se moverá de su lugar... el día de la ira de mi furor» (Isaías 13:9; 13).

En Jeremías ese día es llamado: un día de desfallecimiento, de venganza y de destrucción (Jeremías 4:9; 7:32; 46:10, 21; 47:4; 49:8; 26) y en Ezequiel «un día de ira, de nublado, de oscuridad y de tinieblas». (Ezequiel 13:5; 30:2, 3, 9; 34:11-12; 38:14, 16, 18, 19). Igualmente en Amos (Amos 5:13, 18, 20; 8:3, 9, 13).

En Joel se dice:

«El día de Jehová es muy terrible; ¿y quién lo podrá sufrir?» (Joel 2:1, 2, 11, 29, 31).

Y en Sophonías:

«En aquel día habrá voz de clamor.»

«Cercano está el día grande de Jehová.»

«Día de ira, día de angustia, de alboroto y de asolamiento.»

«Día de tiniebla y de oscuridad.»

«En aquel día toda la tierra será consumida con el fuego del celo de Jehová y hará consumación apresurada con todos los moradores de la tierra» (Sophonías 1:7, 18).

Parecidos testimonios encontramos también en varios otros lugares del Verbo. Por todo lo cual es evidente que de no haber sido preparado el camino mediante el Bautismo de Juan y su efecto en el Cielo, por virtud del cual los infiernos fueron cerrados y los Judíos de esta manera preservados de una destrucción total, hubiera perecido todo el mundo. Además consta por las palabras de Jehová a Moisés:

«En un momento, si subiera en medio de ti, te consumiría» (Éxodo 33:5).

Y por las palabras de Juan a las multitudes que salían a él para ser bautizadas:

«Generación de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que vendrá?» (Mateo 3:7; Lucas 3:7).

Que Juan, al bautizar, también enseñaba a Cristo y anunciaba Su próxima Venida vemos en Lucas 3:16 y en Juan 1:25, 26, 31, 33; 3:26. Consta por esto que Juan preparó el camino delante de Jehová y de qué manera lo preparó.

690. El Bautismo de Juan era sin embargo diferente del de la Iglesia cristiana; porque ese Bautismo representaba la purificación de la mente exterior o natural del hombre, mientras que el Bautismo de la Iglesia cristiana representa y significa la purificación de la mente interior o espiritual del hombre, cuya purificación es regeneración. Por eso leemos que Juan bautizaba con agua, mientras que el Señor bautiza

con el Espíritu Santo y con Fuego. El Bautismo de Juan se llama por esta razón el Bautismo del arrepentimiento (Mateo 3:11; Marcos 1:4-5; Lucas 3:3-6; Juan 2:25-26, 33; Hechos 1:22; 10:37; 18:25). Los Judíos, que fueron bautizados eran hombres exclusivamente exteriores, y el hombre exterior no puede, sin fe en Cristo, llegar a ser hombre interior. Cuando los que eran bautizados con el Bautismo de Juan recibieron la fe en Cristo, fueron hechos hombres interiores y fueron entonces bautizados en el Nombre de Jesús, lo cual se puede ver en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 19:3-6).

691. Moisés dijo a Jehová:

«Ruégote que me muestres tu gloria.»

y Jehová le dijo:

«No podrás ver mi rostro porque no me verá hombre y vivirá; y dijo Jehová además: he aquí lugar junto a mí, y ti estarás sobre la peña y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado; y después apartaré mi mano y verás mis espaldas, mas no se verá mi rostro» (Éxodo 33:18-23).

La razón por la cual el hombre no puede ver a Dios y vivir es que Dios es el Amor mismo, y el Amor mismo, o sea el Divino Amor, aparece ante los ángeles en el mundo espiritual como un Sol, distante de ellos como el sol de nuestro mundo dista de nosotros. Si Dios, que está en medio de ese Sol, se aproximara a los ángeles, perecerían, como perecerían los hombres, si se acercara a ellos el sol natural, porque aquel Sol es igualmente ardiente. Por esta razón hay esferas o atmósferas, que rodean al Sol, una por fuera de otra, modificando el ardor de este Amor a fin de que no influya en el Cielo tal como es en sí mismo, porque entonces los ángeles serían consumidos. Así es que cuando el Señor se deja sentir más llenamente presente en el Cielo, los impíos que se hallan debajo del Cielo empiezan a lamentarse, a ser atormentados y a quedar como exánimes, por lo cual huyen dentro de cuevas y rendijas en las montañas, exclamando:

«Caed sobre nosotros y escondednos de la cara de aquél que está sentado sobre el trono y de la ira del cordero» (Apocalipsis 6:16; Isaías 2:19-21).

No es el Señor mismo que así desciende en el Cielo, sino un ángel al cual el Señor rodea con una esfera de Amor de Sí Mismo. Varias veces he visto, que los impíos han sido aterrorizados por este descenso, como si vieran la muerte misma delante de sus ojos; algunos de ellos precipitándose más profundamente en el infierno y otros experimentando tormentos hasta exasperarse. Era por esta razón que los hijos de Israel se prepararon durante tres días antes del descenso de Jehová Dios sobre el monte de Sinaí, y que al monte fue puesto término alrededor, a fin de que nadie se acercara y muriese (Éxodo 19). Por esta razón era también que nadie debía tocar con sus manos, ni ver directamente con sus ojos, el Decálogo, que fue promulgado del monte de Sinaí, escrito sobre dos tablas de piedra y puesto en el Arca, la cual fue colocada en el Sancto Sanctorum y sobre ella el propiciatorio y los querubines, siendo así que aquel Decálogo era santo, porque Dios Mismo estaba en él, y la comunicación entre El y el pueblo debía verificarse por conducto de las cosas intermedias, que fueron interpuestas por su orden, a fin de no causarle perjuicio mortal. Hasta el alto Sacerdote Aarón no debía acercarse al Arca más que una vez al año y aun así con previa observación de la ceremonia de la expiación, por medio de sacrificios y ofrendas de incienso. Por llegar a la inmediata presencia del Arca murieron muchos miles de los Bethsemitas (1 Samuel 5:11-12; 6:19) y también Uza, quien la tocó con su mano (2 Samuel 6:6-7). Por estos hechos puede ser evidente cuán grande maldición, o destrucción, hubiera caído sobre los Judíos si no hubieran sido

preparados para la Venida del Señor y preservados contra la infestación del mal, mediante el Bautismo de Juan, porque sólo así podían sufrir la presencia del Mesías, que era Jehová Dios Mismo, por más que se hallaba revestido de la Naturaleza Humana, en la cual se reveló a los hombres como uno de ellos, modificando así el ardor abrasante de Su Divino Amor, y que la preservación del mal por medio del Bautismo consistía en que fueron introducidos espiritualmente entre los ángeles en el mundo espiritual, que aguardaban y deseaban la Venida del Señor, cuyos ángeles, enviados por el Señor, les servían de guardianes.

CAPÍTULO 13

El Índice del Capítulo

La Santa Cena

1. Nadie, que desconozca la correspondencia de las cosas naturales con las espirituales, puede conocer la utilidad y los beneficios de la Santa Cena
2. El conocimiento de la correspondencia da información de lo que significan la Carne y la Sangre del Señor y de que el Pan y el Vino tienen una significación similar. Que la Carne del Señor y el Pan significan el Divino Bien de su Amor así como todo el Bien de la Caridad y que la Sangre del Señor y el Vino significan la Divina Verdad de Su Sabiduría así como toda la Verdad de la Fe y que el tomar el Pan y el Vino significa apropiación.
3. Cuando se concibe lo que se acaba de exponer puede uno comprender, que la Santa Cena contiene todas las cosas de la Iglesia y todas las del Cielo, universal y particularmente
4. El Señor está en la Santa Cena en Su plenitud con toda Su Redención.
5. El Señor está presente y abre el cielo a los que se acercan dignamente a la Santa Cena. También está presente con los que se acercan indignamente, pero a éstos no abre el cielo. Por consiguiente: así como el Bautismo es una introducción en la Iglesia, así la Santa Cena es una introducción en el Cielo
6. Se acercan a la Santa Cena dignamente los que tienen fe en el Señor y que se hallan en la Caridad o sea en el amor al prójimo; por consiguiente los que son regenerados
7. Los que se acercan a la Santa Cena dignamente están en el Señor y el Señor en ellos. Mediante la Santa Cena se verifica por consiguiente conjunción con el Señor.
8. A los que se acercan dignamente a la Santa Cena es esta como una firma y un sello de que son hijos de Dios
9. Recuerdo

La Santa Cena

1. Nadie, que desconozca la correspondencia de las cosas naturales con las espirituales, puede conocer la utilidad y los beneficios de la Santa Cena

698. Esto queda hasta cierto punto explicado en el capítulo anterior, donde dijimos que sin conocer el sentido espiritual del Verbo no se puede saber lo que encierran los dos Sacramentos, el Bautismo y la Santa Cena, ni conocer sus efectos (667-669). Aquí decimos: sin conocer las correspondencias de las cosas naturales con las espirituales, lo cual viene a ser lo mismo, siendo así que es mediante las correspondencias que el sentido natural del Verbo se convierte en espiritual en el Cielo; está es la razón por la cual los dos sentidos se corresponden, y el que conoce las correspondencias puede por consiguiente conocer el sentido espiritual del Verbo. Lo que son las correspondencias en general, puede verse en el capítulo que trata de la Sagrada Escritura (189-276), y asimismo en el capítulo que trata del Decálogo y su explicación según el sentido interior (283-331), y detalladamente en Apocalipsis Revelado.

699. Todo verdadero Cristiano reconoce que los dos Sacramentos son santos y aun lo más santo del Culto cristiano; pero el que no reconoce el sentido espiritual no sabe en qué consiste su santidad, o de dónde procede. El sentido natural del Verbo trata meramente de la institución de la Santa Cena, y sólo da a conocer que la Carne de Cristo es dada para comer y Su Sangre para beber, y que el pan y el vino están en lugar de ellas. Esto induce por cierto a pensar que estos Sacramentos son santos; pero solamente por ser ordenados por el Señor, por lo cual, a fin de que fueren estimados santos en y por sí mismos, enseñaron los más sagaces de la Iglesia, que cuando el Verbo es añadido al acto de tomar el pan y el vino, se convierten estos elementos en Sacramento. Pero puesto que esta enseñanza, o declaración, con respecto a la procedencia de la santidad de este Sacramento no cabe en el entendimiento racional, y que en los elementos o símbolos tampoco se ve señal alguno de tal transformación, siendo ésta meramente cosa de la memoria, resulta que los comulgantes no pueden sacar del santo acto el debido provecho. Algunos observan su uso por creer que mediante el mismo sus pecados le son absueltos, o por creer que santifica, o por estimar que corrobora la fe, contribuyendo así a la salvación; mas otros piensan ligeramente del mismo y observan su uso sólo por la costumbre adquirida desde su juventud; muchos omiten su uso estimando que en nada puede beneficiarles, y los impíos se apartan, diciendo a sí mismos: «¿Qué es la Santa Cena más que una ceremonia a la cual el Clero ha impreso el sello de santidad? ¿Qué hay en ella además del pan y del vino? ¿No es una ficción manifiesta eso de que el Cuerpo del Señor, que fue clavado en la Cruz, y Su Sangre, que fue vertida allí, son distribuidos a los comulgantes junto con el pan y el vino?»

700. Estas y semejantes ideas con respecto a este santísimo Sacramento se profesan en todas partes del mundo cristiano actualmente, porque sólo conocen el sentido literal del Verbo, no habiendo sido divulgado hasta ahora el sentido espiritual, el cual es el único medio para poder conocer el verdadero beneficio que da el uso de la Santa Cena. La razón por la cual este sentido no ha sido divulgado antes, es que hasta ahora la Iglesia cristiana ha sido cristiana más bien de nombre que de esencia, y sólo algunas personas han tenido en sí cierta medida de la verdadera Iglesia, porque desde hace muchos siglos los Cristianos no se han acercado directamente al Salvador Mismo, adorándole a El como Dios Único, en el Cual, hay Divina Trinidad, sino mediatamente, es decir, que sólo le han venerado como la causa, por la cual tienen salvación de Dios, rebajándole así de Su lugar supremo y esencial a un lugar secundario e inferior, no acercándose a Él, ni adorando a El Mismo directamente. Mas ahora empieza a amanecer, para la verdadera Cristiandad, y por eso ha establecido el Señor la Nueva Iglesia, significada por la Nueva

Jerusalén en el Apocalipsis, en cuya Iglesia Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo son adorados como Uno en la Persona del Señor Dios el Salvador Jesucristo, y a esta Iglesia revela el Señor el sentido espiritual del Verbo, a fin de que en ella los hombres puedan realmente beneficiar del uso de los Sacramentos, el Bautismo y la Santa Cena, y benefician de ellos realmente cuando con los ojos del espíritu, es decir, con el entendimiento, ven la santidad que en ellos hay, pudiendo así aplicarla a sí mismos, valiéndose de los medios que el Señor les proporciona en Su Verbo. La mera atribución de santidad a los Sacramentos por los Cabildos de la Iglesia y su Clero, en virtud de cuya atribución la gente cristiana los estima santos y observa su uso, es como una sombra, o como nada, en comparación con la santidad de estos Sacramentos reconocida mediante el sentido espiritual.

Para ilustrar esto referiré un suceso, que tuvo lugar en el mundo espiritual en mi presencia: Fue leída allí una epístola, escrita por Pablo mientras estaba en el mundo natural, pero sin publicar, y nadie sabía que era de Pablo. Los oyentes estimaban al principio que tenía poca importancia, pero luego de conocer que era una epístola de Pablo la recibieron con mucha alegría, y las cosas, en ella manifestadas, fueron veneradas y adoradas. Así es también con la santidad atribuida a la Santa Cena por el Clero, comparada con la santidad de la misma, revelada por medio del sentido espiritual; por este sentido la santidad exterior viene a ser santidad interior, y la mera atribución se convierte en reconocimiento y convicción.

2. El conocimiento de la correspondencia da información de lo que significan la Carne y la Sangre del Señor y de que el Pan y el Vino tienen una significación similar. Que la Carne del Señor y el Pan significan el Divino Bien de su Amor así como todo el Bien de la Caridad y que la Sangre del Señor y el Vino significan la Divina Verdad de Su Sabiduría así como toda la Verdad de la Fe y que el tomar el Pan y el Vino significa apropiación.

702. Puesto que el sentido espiritual del Verbo ha sido revelado y al mismo tiempo también las correspondencias, las cuales son mediadores entre los dos sentidos, me limitaré aquí a citar algunos pasajes del Verbo para aclarar y confirmar la significación de Carne y Sangre como asimismo la de pan y vino en la Santa Cena. Pero antes expondré brevemente lo que dice la Sagrada Escritura con respecto a la institución de este Sacramento por el Señor, así como la doctrina del Señor respecto de Su Carne y Sangre y respecto de pan y de vino.

703. Con respecto a la institución de la Santa Cena por el Señor nos dice la Sagrada Escritura que el Señor celebró la Pascua con sus discípulos, y venida la noche se sentó con ellos:

«Y comiendo ellos, tomó Jesús el pan y bendijo y lo partió y dio a Sus discípulos y dijo: Tomad, comed, esto es Mi Cuerpo. Y tomando el vaso, y hechas gracias, les dio, diciendo: Bebed de él todos, porque esto es Mi Sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos» (Mateo 26:26-28).

Acerca de la doctrina del Señor respecto de su Carne y Sangre y respecto de pan y de vino leemos:

«Trabajad, no por la comida que perece, más por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará. De cierto, de cierto os digo, Moisés no os dio pan del cielo, más mi Padre os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descende del cielo y da vida al mundo. Yo soy el pan de vida: el que a mi viene nunca tendrá hambre, y el que en mi cree no tendrá sed jamás. Yo soy el pan que descendió del cielo. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mi tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y son muertos. Este es el pan que

desciende del cielo para que el que de él comiere no muera. Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo, si alguno comiere de este pan vivirá para siempre y el pan que yo daré es Mi Carne, la cual yo daré por la vida del mundo. De cierto, de cierto os digo, si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis Su Sangre no tendréis vida en vosotros. El que come Mi Carne y bebe Mi Sangre tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero; porque Mi Carne es verdadera comida y Mi Sangre es verdadera bebida. El que come Mi Carne y bebe Mi Sangre en Mi permanece y Yo en él» (Juan 6:27, 32, 33, 35, 41, 47, 51, 53, 56).

704. El que se halla en alguna iluminación, percibe que Carne y Sangre en estos pasajes no quieren decir carne y sangre, sino que ésta y aquélla, en su sentido natural, quieren decir la pasión en la Cruz, de la cual deben guardar memoria; por cuya razón el Señor, al instituir esta Cena, la última Pascua judaica y la primera cristiana, dijo:

«Haced esto en memoria de Mi» (Lucas 22:19).

De igual manera se puede ver, que pan y vino aquí no quiere decir pan y vino, sino que estos términos, en el sentido natural, quieren decir la misma Carne y la misma Sangre, es decir, la pasión en la Cruz; porque leemos:

«Jesús partió el pan y dio a sus discípulos diciendo: Esto es Mi Cuerpo, y tomó asimismo el vaso y les dio diciendo: Esto es Mi Sangre.»

Por la misma razón dijo vaso, cuando habló de la pasión de la Cruz (Mateo 26:39-42; Juan 18:11; Marcos 14:36).

705. Más por otra parte estos cuatro: Carne, Sangre, pan y vino se refieren a cosas correspondientes espirituales y celestiales, lo cual es evidente por muchos pasajes del Verbo, donde estos términos se emplean. Que Carne significa cierta cosa espiritual y celestial consta por los siguientes:

«Venid y congregaos a la Cena del Gran Dios; para que comáis carne de reyes y de capitanes y carne de fuertes y carne de caballos y de los que están sentados sobre ellos; y carnes de todos, libres y siervos, de pequeños y de grandes» (Apocalipsis 19:17-18).

Y en Ezequiel:

«Juntaos y venid; reuníos de todas partes a mi sacrificio que os sacrifico; un sacrificio grande sobre los montes de Israel y comeréis carne y beberéis sangre. Comeréis carne de fuertes y beberéis sangre de príncipes de la tierra, y comeréis gordura hasta hartaros y beberéis, hasta embriagaros, sangre de mi sacrificio. Y os hartaréis sobre mi mesa de caballos y caballeros fuertes y de todos hombres de guerra; y pondré mi gloria en medio de las naciones» (Ezequiel 39:17-21).

¿Quién no ve que en estos pasajes Carne no quiere decir carne, ni Sangre quiere decir sangre; sino que aluden a las cosas espirituales y celestiales que les corresponden? De no ser así ¿qué serían, más que expresiones extrañas e incomprensibles? ¿Cómo se entendería el que comerían carne de reyes, de capitanes y de hombres fuertes, de caballos y de los que montaban en ellos, y que en la mesa se hartarían de caballos, de hombres fuertes y de guerreros; que beberían la sangre de los príncipes de la tierra y beberían sangre hasta embriagarse? Que estas cosas fueron dichas con referencia a la Santa Cena del Señor es evidente; porque el ángel dijo que era la Gena del Gran Dios y un gran sacrificio. En cuanto a su significación espiritual en general, carne significa el bien de la caridad y sangre significa la verdad de la

fe, y en su sentido supremo significan el Señor con respecto al Divino Bien del Amor y la Divina Verdad de la Sabiduría; porque todas las cosas espirituales y celestiales tienen relación con el Bien y la Verdad. Carne significa bien espiritual también en el siguiente pasaje en Ezequiel:

«Y darles he un corazón y espíritu nuevo daré en sus entrañas y quitaré el corazón de piedra de su carne y daréles un corazón de carne» (Ezequiel 11:19; 36:26).

Corazón en el Verbo significa amor; por lo cual corazón de carne significa amor al bien. En lo que a continuación sigue se verá aún más claro que carne y sangre significan el bien y la verdad espirituales, porque el Señor dice, que Su Carne es pan, y Su Sangre es el vino que bebieron del vaso.

706. La Sangre del Señor significa la Divina Verdad del Señor en el Verbo, porque Su Carne significa espiritualmente el Divino Bien del Amor y estos dos, el Bien y la Verdad se hallan unidos en El. Es conocido, que el Señor es el Verbo. Pero el Verbo en su totalidad y en cada detalle tiene relación con estas dos cosas: el Divino Bien y la Divina Verdad, por lo cual, sí por el Señor tomamos el Verbo, resulta claro que las dos cosas mencionadas corresponden a Su Carne y Sangre, las cuales respectivamente las significan. Que por Sangre en el Verbo se entiende la Divina Verdad del Señor, o del Verbo, es claro por muchos otros pasajes, en los cuales a la sangre se llama la sangre del pacto, porque pacto es conjunción, y la conjunción se verifica mediante la Divina Verdad.

En Zacarías:

«Y tú también por la sangre de tu pacto serás salva; sacarás por él tus presos del algibe, en que no hay agua» (Zacarías 9:11).

En Moisés:

«Habiendo leído el libro de la alianza a oídos del pueblo Moisés tomó la mitad de la sangre y roció sobre el pueblo y dijo: He aquí la sangre del pacto, que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas» (Éxodo 24:3, 8).

Y Jesús tomó el vaso y les dio diciendo:

«Esto es Mi Sangre del nuevo pactos (Mateo 26).

La sangre del pacto o testamento significa el Verbo, el cual se llama Pacto o Testamento (el Antiguo y el Nuevo), por consiguiente la Divina Verdad en él. Esta es la significación de sangre; y por eso dio el Señor el vino a Sus discípulos diciendo: «Esto es Mi Sangre», porque vino significa asimismo la Divina Verdad, por cuya razón también se llama sangre de uvas (Génesis 49:11; Deuteronomio 32:14). Que Sangre tiene esta significación es aún más claro por estas palabras del Señor:

«De cierto, de cierto os digo; si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre no tendréis vida en vosotros; porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre en mí permanece y yo en él» (Juan 6:53-56).

Es muy evidente que Sangre en estos pasajes significa la Divina Verdad del Verbo, porque se dice que el que la bebe tiene vida en sí y la Iglesia sabe y reconoce que la vida espiritual viene por medio de la Divina Verdad y una vida en conformidad con ella, confirmándose el efecto por medio de la Santa Cena. Por significar sangre la Divina Verdad del Señor, que asimismo es la Divina Verdad del Verbo (la cual

propriadamente es el Pacto o Testamento, tanto el Antiguo cuanto el Nuevo) era la sangre el símbolo más santo que había en la Iglesia israelita, cuyos símbolos, todos ellos, eran correspondencias.

«Les fue mandado tomar de la sangre del cordero de pascua y aplicarla a los dos postes y al dintel de las casas, a fin de que la plaga no les hiriese (Éxodo 12:7, 13, 22). Y la sangre del holocausto debía rociarse sobre el altar alrededor y sobre Aarón y sus hijos y sobre sus vestimentas;(Éxodo 29:12, 16, 20, 21; Levítico 1:5, 11, 15; 3:2, 8, 13; 4:25, 30, 34; 8:15, 24; 17:6; Números 18:17; Deut 12:27). También sobre el velo del Santuario, sobre los cuernos del altar del incienso en el tabernáculo y sobre el propiciatorio» (Levítico 4:6, 7, 17, 18, 16:12, 15).

La sangre del Cordero en el Apocalipsis tiene similar significación:

«Estos han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero» (Apocalipsis 7:14).

«Y fue hecho una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón y le vencieron por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio» (Apocalipsis 12:7, 11).

Que sangre aquí significa la Divina Verdad es claro, porque no cabe pensar que Miguel y sus ángeles vencieron al Dragón por medio de otra cosa alguna. Los ángeles del Cielo no pueden pensar de sangre, ni pueden pensar de la pasión del Señor en la Cruz, sino sólo la Divina Verdad y de la resurrección del Señor, por lo cual, cuando el hombre piensa de la sangre del Señor, perciben los ángeles la Divina Verdad de Su Verbo, y cuando el hombre piensa de la pasión del Señor, perciben los ángeles Su glorificación y piensan sólo en Su resurrección. Por mucha experiencia me ha sido manifestado que esto es así. EL siguiente pasaje en David indica también claramente que sangre significa la Divina Verdad:

«Dios salvará las almas de los menesterosos; la sangre de ellos será preciosa en sus ojos; v vivirán y El les dará del oro de Seba» (Salmos 72:13-15).

La sangre preciosa en los ojos de Dios quiere decir la Divina Verdad en ellos; el oro de Seba es la sabiduría, que de ella nace. Así mismo lo indica este otro pasaje en Ezequiel:

«Reuníos de todas partes a mi sacrificio, que os sacrifico sobre los montes de Israel, y comeréis carne y beberéis sangre. Y beberéis sangre de príncipes de la tierra, y beberéis, hasta embriagaros, sangre de mi sacrificio; y pondré mi gloria en medio de las naciones» (Ezequiel 39:17-21).

Aquí se trata de la Iglesia, que el Señor iba a establecer en la tierra. Por esto y por lo que antes se ha dicho se puede ver claramente que sangre no quiere decir sangre, sino la Verdad del Verbo, que habían de recibir las naciones.

707. Que pan significa lo mismo que carne consta por las palabras del Señor:

«Jesús tomó el pan, lo partió y les dio, diciendo: esto es Mi Carnet, (Mateo 24; Marcos 19; Lucas 22).

Y en Juan:

«El pan que yo daré es mi carne que yo daré por la vida del mundo» (Juan 6:51).

También dice que El es el pan de vida y que si alguno comiere de este pan vivirá para siempre (Juan 6:48, 51, 58). Este es el pan al que se alude en los siguientes pasajes, donde los sacrificios se llaman pan (vianda), por ejemplo:

«El sacerdote hará arder esto sobre el altar, es la vianda (pan) de la ofrenda hecha por fuego a Jehová» (Levítico 3:11; también vers. 16).

«Los hijos de Aarón serán santos a su Dios y no profanarán el nombre de su Dios; porque las ofrendas a Jehová hechas por fuego y el pan de su Dios ofrecen. Los santificarás, porque el pan de tu Dios ofrecen. El varón de tu simiente en sus generaciones, en el cual hubiera falta, no se allegará para ofrecer el pan de su Dios» (Levítico 21:6, 8, 17, 21).

«Manda a los hijos de Israel y diles: Mi ofrenda, Mi Pan, mis ofrendas encendidas, en olor a mi agradable, guardaréis, ofreciéndomelo a su tiempo» (Números 28:2).

«El varón que hubiere tocado cualquiera reptil o cosa inmunda no comerá de las cosas sagradas antes que haya lavado su carne con agua, y después comerá de las cosas sagradas; porque es su pan» (Levítico 22:6, 7).

Comer de las cosas sagradas era comer de las viandas de los sacrificios, los cuales también aquí se llaman pan; igualmente en Malachias 1:7. Las ofrendas de tortas en los sacrificios, cuyas tortas eran de harina fina de trigo, y por lo tanto pan, no tenían otra significación (Levítico 2:1-11; 6:14-18; 7:19-13 y en otros lugares), y lo mismo significaban también los panes sobre la mesa en el tabernáculo, llamados panes de la proposición o de las faces (Éxodo 25:30; 40:23; Levítico 24:59). Que pan en estos pasajes no quiere decir pan natural, sino pan celestial viene a ser claro por los siguientes pasajes:

«El hombre no vive de solo pan, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vive el hombre» (Deut 8:3).

«Enviaré hambre en la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír palabra de Jehová» (Amos 8:11).

Además pan representa en general toda clase de alimento (Levítico 24:59; Éxodo 25:30; 40:23; Números 4:7; 1 Reyes 7:48). Que igualmente significa alimento espiritual, consta por estas palabras del Señor:

«Trabajad, no por la comida que perece, más por la comida que a vida eterna permanece; la cual el Hijo del Hombre os dará» (Juan 6:27).

708. Que por otra parte vino significa lo mismo que sangre es muy evidente por las palabras del Señor:

«Jesús tomando el vaso dijo: esto es Mi Sangre» (Mateo 26; Marcos 14; Lucas 22);

O igualmente por lo siguiente:

«Lavó en vino su vestido y en sangre de uva su manto» (Génesis 49:11).

Esto se refiere al Señor.

Igualmente por esto:

«Jehová de los ejércitos hará a todos los pueblos convite de engordados, convite de vino nuevo y vino purificado dulce» (Isaías 25:6).

Esto se refiere al Sacramento de la Santa Cena, que había de instituir el Señor. Y otra vez en Isaías:

«A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero venid, comprad y comed; venid, comprad vino» (Isaías 55:1).

El fruto de la vid, que habían de beber nuevo en el reino del Cielo (Mateo 26:29; Marcos 14:25; Lucas 22:18), quiere sencillamente decir la verdad de la Nueva Iglesia y del Cielo. Por la misma razón la Iglesia se llama en muchos lugares del Verbo una viña (por ejemplo, en Isaías 5:14; Mateo 20:18), y el Señor se llama la vid verdadera, y a los que están injertados en El pámpanos (Juan 15:16, y en otros lugares).

709. Por lo aquí expuesto puede ser claro lo que significa la Carne y la Sangre del Señor y asimismo el pan y el vino, en sus tres sentidos: natural, espiritual y celestial. Todo hombre, verdaderamente cristiano, sabe, y si no sabe puede aprender y comprender, que existe un alimento natural y un alimento espiritual; que el alimento natural es para el cuerpo y que el espiritual es para el alma; porque Jehová, el Señor, dice en Moisés:

«El hombre no vive de solo pan, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vive el hombre»
(Deuteronomio 8:3).

Y puesto que el cuerpo muere y el alma vive después de la muerte, sigue que el alimento espiritual es para la salvación eterna. Por esto es claro que estas dos clases de alimento no deben ser confundidas, y si alguien las confunde sus ideas con respecto a la Carne y la Sangre del Señor y con respecto al pan y al vino se vuelven necesariamente naturales y sensuales (es decir, materiales, corporales y carnales) y ahogan las ideas espirituales con respecto a este santísimo Sacramento. Sin embargo, si alguno es sencillo hasta el punto de no poder concebir y entender más que lo que ve con sus ojos, le aconsejo, que al tomar el pan y el vino, oyéndolos llamar la Carne y la Sangre del Señor, que piense que la Santa Cena es lo más santo de la adoración y que revoque en su memoria la pasión de Cristo y Su amor por la salvación del hombre, porque El dice:

«Haced esto en memoria de Mí» (Mateo 22:19).

Y también:

«El Hijo del Hombre vino para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20:28; Marcos 10:45). «Yo pongo mi vida por las ovejas» (Juan 10:15, 17, 15:13).

3. Cuando se concibe lo que se acaba de exponer puede uno comprender, que la Santa Cena contiene todas las cosas de la Iglesia y todas las del Cielo, universal y particularmente

711. En lo que antecede se ha demostrado, que en la Santa Cena se halla el Señor Mismo; que Carne y pan son el Señor con respecto al Divino Bien del Amor, y que Sangre y vino son el Señor con respecto a la Divina Verdad de la Sabiduría, por lo cual la Santa Cena envuelve tres cosas universales, a saber: el Señor, Su Divino Bien y Su Divina Verdad, y puesto que la Santa Cena envuelve y contiene estos tres, sigue que también envuelve y contiene las cosas universales del Cielo y de la Iglesia, y puesto que todo particular, o detalle, depende de su universal como el contenido de su continente, sigue también que la Santa Cena envuelve y contiene todo particular y hasta el mínimo detalle del Cielo y de la Iglesia. De esto resulta claro, en primer lugar, que la Santa Cena contiene todas las cosas del Cielo y de la Iglesia universal y particularmente por la razón de que la Carne y la Sangre del Señor, como asimismo el pan y el vino, significan el Divino Bien y la Divina Verdad, ambos procedentes del Señor y ambos siendo el Señor.

712. Es igualmente sabido que las cosas esenciales de la Iglesia son tres, a saber: Dios, la Caridad y la Fe y que todas las demás cosas de la Iglesia tienen relación con estas tres que son sus universales. Estas tres cosas son idénticas con las tres arriba indicadas; porque en la Santa Cena Dios es el Señor, la Caridad es el Divino Bien, y la Fe es la Divina Verdad; puesto que la caridad es el bien que el hombre obra por virtud del Señor, y la fe es la verdad reconocida y creída por el hombre por virtud del Señor. Por esta razón hay también tres cosas esenciales en el hombre, a saber: el alma, o la mente, la voluntad y el entendimiento, cuyas tres son receptáculos de las tres cosas esenciales antes indicadas; el alma misma, o sea la mente, es el receptáculo del Señor, porque por Él vive; la voluntad es el receptáculo del amor, o sea del bien, y el entendimiento es el receptáculo de la sabiduría, o sea de la verdad; por cuya razón toda el alma, o la mente, y cada mínima partícula o detalle de ella no sólo tienen relación con estas tres cosas esenciales del Cielo y de la Iglesia, sino que también proceden de ellas. En todo cuanto proceda del hombre, hay algo de su alma, de su voluntad y de su entendimiento, y si uno de estos tres le fuese quitado, el hombre sería como una cosa inanimada. De igual manera hay en el hombre, en sus exteriores, tres cosas con las cuales a su vez tienen relación todas sus cosas exteriores, en conjunto y en cada detalle, a saber: el cuerpo, el corazón y los pulmones. Estos tres, que pertenecen al cuerpo material, corresponden asimismo a las tres cosas esenciales, que pertenecen a su mente; el corazón a la voluntad y los pulmones al entendimiento. La existencia de esta correspondencia ha sido plenamente demostrada antes. Así es que todo el hombre y cada mínimo detalle de él ha sido formado, en su conjunto y en sus detalles, para ser receptáculo de las indicadas tres cosas esenciales del Cielo y de la Iglesia, porque ha sido creado a imagen y según la semejanza de Dios, a fin de que pueda estar en el Señor y el Señor en él.

713. Por contrariedad existen tres cosas universales opuestas a las tres antes mencionadas; éstas son: el Diablo, el mal y la falsedad. El Diablo (por éste se entiende el Infierno) es directamente opuesto al Señor; el mal directamente opuesto al bien y la falsedad directamente opuesta a la verdad. Estos tres forman uno; porque donde quiera que esté el Diablo allí está también el mal y la falsedad, que procede de éste. Estos tres contienen todas las cosas del Infierno y asimismo todas las cosas del mundo, universal y particularmente, cuyas cosas, son opuestas a las del Cielo y de la Iglesia y por ser opuestas se hallan completamente separadas; no obstante son mantenidas en constante conexión por medio de la maravillosa sumisión en la que el Infierno entero se halla al Cielo, sumisión del mal al bien y de la falsedad a la verdad; de cuya sumisión más se puede ver en la obra titulada El Cielo y el Infierno, en la cual se trata detalladamente de ella.

714. Para que las varias partes y detalles de un cuerpo, o de una entidad, puedan conservar su orden y conexión, es necesario que existan cosas universales, de las cuales nacen y por las cuales subsisten, y necesario también que las varias partículas, o detalles, correspondan, como imágenes, a sus universales; de lo contrario, el todo perecería junto con las partes. Es a causa de esta relación que todas las cosas del Universo han conservado su integridad desde el primer día de la Creación y que lo conservarán también en adelante. Es ya sabido que todas las cosas del Universo tienen relación con el bien y la verdad, y la tienen porque fueron creadas por Dios, del Divino Bien del Amor mediante la Divina Verdad de la Sabiduría, por lo cual estas tres cosas universales se hallan inscritas en toda cosa creada, sea cual fuera, un animal, un arbusto, una piedra, por la relación que existe entre dichas cosas universales y cada cosa en particular.

715. Por ser el Divino Bien y la Divina Verdad lo más universal de todas las cosas del Cielo y de la Iglesia, he aquí porque Melchisedec, quien representaba al Señor, sacó pan y vino y bendijo a Abraham, según leemos en Génesis:

«Melchisedec, rey de Salem, sacó pan y vino, presentándolo a Abraham, y era el sacerdote del Dios alto, y bendíjole» (Génesis 14:17, 18).

Que Melchisedec representaba al Señor, consta por estas palabras en David:

«Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melchisedec» (Salmos 110:4).

Y que esto se dice con referencia al Señor consta por lo que Pablo dice en la Epístola a los Hebreos (Hebreos 5:6, 10; 6:20; 7:1, 10, 11, 15, 17, 21).

Sacó pan y vino porque estos dos comprendían todas las demás cosas, de igual manera que el pan y el vino en la Santa Cena comprenden todas las demás cosas del Cielo y de la Iglesia.

4. El Señor está en la Santa Cena en Su plenitud con toda Su Redención.

716. Por las palabras del Señor Mismo consta que El está presente en la Santa Cena en Su plenitud, tanto con respecto a Su Humanidad glorificada, cuanto con respecto a lo Divino mismo, de lo cual nació Su Humano. Que Su Humano está así presente en la Santa Cena consta por lo siguiente:

«Jesús tomó el pan, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: esto es Mi Cuerpo. —Y tomó el vaso y les dio, diciendo: esto es Mi Sangren (Mateo 24; Marcos 14; Lucas 22).

Y en Juan:

«Yo soy el pan de vida; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre. El pan que yo os daré es Mi Carne. De cierto, de cierto os digo: el que come Mi Carne y bebe Mi Sangre en Mi permanece y yo en él» (Juan 6).

Y que igualmente está presente plenamente en ella con respecto a Su Divino, de lo cual procedió Su Humano, consta por eso de que El es el pan que descendió del Cielo (Juan 6). El descendió del Cielo con Su Divino, porque se dice:

«El Verbo era con Dios y Dios era el Verbo; todas las cosas por él fueron hechas; —y el Verbo fue hecho Carne» (Juan 1:1, 3, 14).

Y además:

«El y el Padre son Uno» (Juan 10:30).

«Todas las cosas del Padre son Suyas» (Juan 3:35; 16:15).

«El está en el Padre y el Padre en El» (Juan 14:10, 11).

Sin citar otros muchos pasajes que dan idéntico testimonio. Además, Su Divino no puede ser separado de Su Humano más que el alma puede ser separada del cuerpo sin que éste perezca, por lo cual, puesto que el Señor está presente en la Santa Cena en Su plenitud con respecto a Su Humano, sigue que lo Divino de lo cual procedió lo Humano, también está allí presente, y siendo así que Su Carne significa el Divino Bien de Su Amor y Su Sangre la Divina Verdad de su Sabiduría, consta pues, que el Señor en Su plenitud, en

cuanto a Su Divino y también en cuanto a Su Humano glorificado, está omnipresente en la Santa Cena, siendo ésta por consiguiente una comida espiritual.

717. Que toda la Redención del Señor se halla en la Santa Cena sigue de lo que se acaba de exponer; porque donde el Señor está en Su plenitud, allí está también Su Redención entera y totalmente: El es Redentor en cuanto a Su Humano y por consiguiente la Redención misma, porque no puede faltar parte alguna de la Redención, donde El está en Su plenitud; por lo cual todo el que va dignamente a Su santa Comunión es hecho redimido Suo; y puesto que la Redención quiere decir liberación del Infierno, conjunción con el Señor y salvación (de lo cual más se dirá luego y puede verse detalladamente en el capítulo, que trata de la Redención), son aplicados al hombre estos frutos, y éste es hecho partícipe de ellos, no con arreglo a la inclinación o deseo del Señor, porque por Su Divino Amor El desea constantemente hacer al hombre partícipe de todas Sus cosas, sino con arreglo a la recepción que tiene lugar por parte del hombre; por lo cual es evidente que los que dignamente se acercan al Señor participan de los efectos y frutos de Su Redención.

718. Todo hombre tiene facultad de recibir con eterno aumento sabiduría del Señor, es decir, facultad de multiplicar, por toda la eternidad, las verdades que la forman; y también facultad de recibir de El amor, igualmente con eterno aumento, es decir, aumentar eternamente los bienes que lo constituyen. Este perpetuo aumento del bien y por consiguiente del amor, y esta perpetua multiplicación de las verdades y por consiguiente de la sabiduría, existen con los ángeles y con los hombres que llegan a ser ángeles; y puesto que el Señor es el Amor mismo y la Sabiduría misma, sigue que el hombre tiene facultad de entrar en conjunción con el Señor y el Señor con él eternamente. Sin embargo, el hombre siendo finito, lo Divino mismo no puede tener conjunción con él, sino tan sólo serle añadido, así como la luz del sol no puede unirse con el ojo; ni las ondas sonoras del aire con el oído, sino ser añadidas a estos órganos, proporcionándoles así la facultad de ver y de oír; porque el hombre no es vida en sí mismo, como el Señor, quien lo es hasta con respecto a Su Humano (Juan 5:26), sino sólo un receptáculo de la Vida, y la Vida misma puede ser añadida al hombre, pero no ingénita en él o unida a él. Conste por esto de qué manera el Señor en Su plenitud, con toda Su Redención, se halla presente en la Santa Cena.

5. El Señor está presente y abre el cielo a los que se acercan dignamente a la Santa Cena. También está presente con los que se acercan indignamente, pero a éstos no abre el cielo. Por consiguiente: así como el Bautismo es una introducción en la Iglesia, así la Santa Cena es una introducción en el Cielo

719. En los dos artículos que siguen se dirá quiénes son los que se acercan dignamente a la Santa Cena, y esto indicará al mismo tiempo quiénes son los que se acercan a ella indignamente; viendo que por lo que se dice de aquéllos puede conocerse también a éstos, ya que las dos clases son opuestas. A causa de Su Omnipresencia tanto en el Cielo cuanto en el Infierno y asimismo en el mundo, el Señor está presente con los dignos y también con los indignos, por consiguiente con los malos igualmente que con los buenos; más con los buenos, es decir, con los regenerados, está presente, no sólo universalmente, sino también individualmente, siendo así que El está en ellos y ellos en El, y donde está el Señor, allí está el Cielo. El Cielo constituye además el Cuerpo del Señor, por cuya razón estar en Su Cuerpo es estar en el Cielo. Por otra parte, en los que se acercan a la Santa Cena indignamente, Su presencia es por cierto universal, mas no individual; es decir, que es externa, mas no interna; y Su presencia universal o externa hace que el hombre vive como hombre, que disfruta de la facultad de conocer, entender y hablar racionalmente por el entendimiento, porque el hombre nace para el Cielo y por lo tanto nace espiritual y no como el animal,

meramente natural. Asimismo disfruta de la facultad de querer y de obrar las cosas que por el entendimiento puede conocer, entender y por ello hablar racionalmente; más si la voluntad rechaza las cosas del entendimiento, verdaderamente racionales, cuyas cosas por su índole también son espirituales, entonces el hombre se vuelve externo, y así resulta que en los que sólo entienden la verdad y el bien la presencia del Señor es solamente universal o externa, mientras que en los que también quieren y obran la verdad y el bien la presencia del Señor es universal y también individual, o sea, e interna y externa. Los que sólo entienden y hablan de los bienes y las verdades son como las vírgenes fatuas, que tenían lámparas mas no aceite, mientras que los que no sólo los entienden y hablan, sino que también los quieren y hacen, son como las vírgenes prudentes, que fueron admitidas a la boda; las fatuas llamaron luego a la puerta, mas no fueron admitidas (Mateo 25:1-12). Consta por esto que el Señor está presente y abre el Cielo a los que se acercan a la Santa Cena dignamente, y que también está presente con los que se acercan indignamente, mas a éstos no abre el Cielo.

720. Hay que saber, sin embargo, que no es el Señor, quien cierra el Cielo a los que se acercan indignamente; esto no hace con hombre alguno, tanto como viva en el mundo; mas el hombre mismo cierra el Cielo para sí, con rechazar la fe y con el mal de su vida. No obstante es continuamente mantenido en un estado en que el arrepentimiento y la conversión son posibles, porque el Señor está constantemente presente y se esfuerza para ser recibido. El Mismo dice:

«He aquí; Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oyere mi voz y abriere la puerta entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).

Es por lo tanto el hombre mismo que tiene la culpa por no abrir la puerta. Después de la muerte es diferente; entonces el Cielo está cerrado y no se abre para aquellos, que hasta el fin de su vida en el mundo se han acercado a la Santa Cena indignamente; porque entonces el interior de sus mentes sé halla fijo y establecido.

721. Que el Bautismo es una introducción en la Iglesia queda demostrado en su capítulo; más que la Santa Cena es una introducción en el Cielo consta por lo que más arriba ha sido expuesto y asimismo por la percepción común. Estos dos Sacramentos, el Bautismo y la Santa Cena, son como dos puertas, por las cuales se entra en la vida eterna. Mediante el Bautismo, que es la primera puerta, todo Cristiano es admitido e introducido en lo que la Iglesia enseña por medio del Verbo con respecto a la vida futura; todo lo cual sirve como medio para preparar el hombre para el Cielo y para conducirlo allí. La otra puerta es la Santa Cena. Mediante ella todo hombre, que se ha dejado preparar y guiar por el Señor, es admitido e introducido en el Cielo; no hay otras puertas universales. La ida del hombre al Cielo y su entrada en él por medio de estas dos puertas pueden compararse con la educación y la coronación y gobierno de un príncipe, nacido para el trono: primero es iniciado y educado en toda ciencia, relacionada con el oficio y la misión que ha de desempeñar, y luego entra en su función real y efectivamente. Las dos puertas son como dos períodos, debiendo el uno necesariamente preceder al otro y preparar la entrada en él, a fin de que éste a su vez pueda conducir al resultado final, el cual no se consigue de otra manera. La palma de la victoria es concedida sólo después de la batalla; la recompensa no es dada hasta terminado el combate y ganada la victoria.

6. Se acercan a la Santa Cena dignamente los que tienen fe en el Señor y que se hallan en la Caridad o sea en el amor al prójimo; por consiguiente los que son regenerados

722. Todo verdadero cristiano, que escudriña el Verbo, sabe, reconoce y percibe que las tres cosas esenciales de la Iglesia son Dios, la caridad y la fe; porque son los medios universales de salvación. El reconocimiento de Dios es indispensable para que en el hombre pueda haber religión e iglesia; esto admite y aprueba toda razón sana, en la cual hay algo espiritual; por lo cual el que se acerca a la Santa Cena sin reconocer a Dios la profana; porque ve el pan y el vino con sus ojos y los gusta con su lengua, más en sí mismo piensa: «¿Qué es esto, sino una mera ceremonia, y qué diferencia hay entre estas cosas y las que tengo en mi propia mesa? Mas hago esto a fin de que no me tachen de ateo el Clero y el pueblo.» El reconocimiento de Dios es pues la primera condición para acercarse dignamente a la Santa Cena; la segunda condición es hallarse en caridad, lo cual consta por el Verbo mismo así como por las exhortaciones que se hace al comulgante en toda Iglesia cristiana antes de que se acerque a la Santa Cena. Con respecto a esta segunda condición, o sea a la caridad, el Verbo, prescribe claramente que el hombre debe amar a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo. (Mateo 22:34-39; Lucas 10:25-28), y Pablo dice que son tres las cosas, que determinan la salvación, y que la mayor de ellas es la caridad (1 Corintios 13:13). Otros pasajes del Verbo dicen:

«Sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a éste oye» (Juan 9:31).

«Todo árbol, que no lleva buen fruto, córtese y échese en el fuego» (Mateo 7:19, 20; Lucas 3:8, 9).

Lo cual demuestra que la caridad, después del reconocimiento de Dios, es la condición principal para ir dignamente a la Santa Cena. En cuanto a las exhortaciones que se hacen a los comulgantes en las Iglesias cristianas, antes de que se acerquen a la Santa Cena, véase el extracto del ritual de la Santa Cena, que se usa en la Iglesia reformada inglesa, consignado más arriba.

La tercera condición es la fe en el Señor, porque la caridad y la fe hacen uno como el calor y la luz en la primavera, por cuya conjunción todo árbol «nace de nuevo». Así es también en cuanto al espíritu; porque por el calor espiritual, que es caridad, y por la luz espiritual, que es la verdad de la fe, vive todo hombre. Que la fe en el Señor, después del reconocimiento de Dios y después de la caridad, es condición indispensable para ir dignamente a la Santa Cena es evidente por los siguientes pasajes del Verbo:

«El que cree en mí, aunque esté muerto vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente» (Juan 11:25, 26).

«Esta es la voluntad del Padre: que todo aquel que cree en el Hijo tenga vida eterna» (Juan 6:40).

«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo para que todo aquel que en El cree tenga vida eterna» (Juan 11:16).

«El que cree en el Hijo tiene vida eterna, más el que es incrédulo al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él» (Juan 3:36).

«Estamos en la verdad en el Hijo de Dios, Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna» (1 Juan 5:20).

723. Que el hombre es regenerado por estos tres: el Señor, la caridad y la fe, juntos, y que sin ser regenerado no puede entrar en el Cielo ha sido demostrado en el capítulo que trata de la reformatión y la regeneración, por lo cual consta que el Señor no puede abrir el Cielo más que a los regenerados y que después de la muerte ninguno entra en el Cielo más que éstos. Los regenerados o sea los que se acercan dignamente a la Santa Cena son los que se hallan interiormente en las indicadas tres cosas esenciales de la Iglesia y del Cielo, mas no aquellos que sólo se hallan en ellas exteriormente, porque estos últimos confiesan al Señor, no del alma, sino sólo con la boca, y obran la caridad con el prójimo, no de corazón, sino sólo con el cuerpo. Estos son los obradores de iniquidad a los cuales se refieren estas palabras del Señor:

«Entonces empezaráis a decir: Señor, hemos comido y bebido en tu presencia; pero yo os protestaré: No os conozco de donde seáis; apartaos de mí, obradores de iniquidades» (Lucas 13:26, 27).

7. Los que se acercan a la Santa Cena dignamente están en el Señor y el Señor en ellos. Mediante la Santa Cena se verifica por consiguiente conjunción con el Señor.

725. En lo que precede ha sido demostrado, que los que tienen fe en el Señor y se hallan en amor al prójimo, se acercan dignamente a la Santa Cena, así como que las verdades de la fe determinan la presencia del Señor, y que los bienes de la caridad junto con la fe determinan la conjunción; de todo lo cual sigue que los que se acercan dignamente a la Santa Cena entran en conjunción con el Señor, y los que tienen conjunción con El, están en El y El en ellos. El Señor Mismo dice que así sucede con los que se acercan dignamente a la Santa Cena:

«El que come Mi Carne y bebe Mi Sangre en Mi permanece y Yo en él» (Juan 6:56).

Y que esto es conjunción con El, enseña en otro lugar:

«Permaneced en mí y Yo en vosotros. El que permanece en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto» (Juan 15:4, 5; Apocalipsis 3:20).

¿Qué es conjunción con el Señor, sino estar en su Cuerpo? Y los que creen en El y hacen Su voluntad, están en Su Cuerpo. La voluntad del Señor, es que el hombre obre la caridad con arreglo a las verdades de la fe.

726. La razón por la cual no puede haber vida eterna y salvación sin conjunción con el Señor, es que El Mismo es esta Vida y la salvación. Juan dice: Jesucristo es el verdadero. Dios y la vida eterna (1 Juan 5:20); y siendo El Mismo la vida eterna es claro que es también la salvación misma, porque ésta y la vida eterna son una misma cosa. Su nombre Jesús significa asimismo, salvación (o salud; estado de los salvos) y por ello es llamado Salvador en todo el mundo Cristiano. Sin embargo, no se acercan dignamente a la Santa Cena más que aquellos que tengan interiormente conjunción con el Señor y sólo los regenerados tienen tal conjunción interior con El. Quienes son los regenerados se ha explicado en el capítulo, que trata de la reformatión y la regeneración. Muchos confiesan al Señor y obran el bien con el prójimo, más si no lo hacen por amor al prójimo y por la fe en el Señor no son regenerados, porque si bien obran el bien con el prójimo lo obran entonces con fines egoístas y mundanos, más no a causa del prójimo, como prójimo. Sus obras son meramente naturales, no llevando en su interior cosa alguna espiritual, porque tales personas confiesan al Señor con la boca y con los labios, mientras que sus corazones están lejos de El. El amor al prójimo y la fe proceden del Señor Solo, y ambos son dados al hombre, cuando por su libre voluntad obra

el bien con el prójimo naturalmente, y al mismo tiempo cree las verdades racionalmente, y mira hacia el Señor haciendo estas tres cosas por haber sido ordenadas por el Señor en el Verbo. Entonces el Señor implanta en él la caridad y la fe, y hace que estas se vuelvan espirituales. De esta manera se une al hombre y el hombre a El, porque la unión debe ser recíproca, no pudiendo haber conjunción sin reciprocidad. Más sobre esto puede verse en los capítulos, que tratan de la caridad, la fe, la libre voluntad, y la regeneración.

727. Sabido es que en el mundo se verifican conjunciones y consociaciones mediante convites, banquetes, fiestas y comidas particulares. Tales invitaciones tienen siempre por objeto el fomentar la buena armonía y amistad. Mucho más así las invitaciones que se hacen con fines espirituales. Las reuniones, comidas y fiestas en las Iglesias antiguas y en la primitiva Iglesia cristiana eran fiestas de caridad; en estas fiestas animábanse los unos a los otros a perseverar en la adoración del Señor de sincero corazón; y las fiestas de los hijos de Israel, en las que reunidos comían de los sacrificios, representaban y significaban también tal fomento de la buena armonía y amor al prójimo; por esta razón la carne, que así comían, se cualificaba de santa (Jeremías 11:15; Hageo 2:12, y en otros lugares), porque formaba parte del sacrificio. ¿Por qué, pues, no había de ser santo, también el pan, el vino y la vianda de la Pascua, la última Cena, que celebró al Señor, Quien se sacrificó a Sí Mismo en sacrificio por las transgresiones del mundo? Sin embargo, la santidad no está en el pan y el vino, o sea en los elementos naturales, sino en que el pan significa y corresponde al bien del amor y en que el vino igualmente significa y corresponde a la verdad de la fe, los cuales ambos son del Señor y proceden de El, siendo comunicados por El Solo. Así se verifica mediante la Santa Cena Conjunción con el Señor por virtud del amor unido a la fe (porque el amor no es amor si no hay en él confianza o fe) mientras que los elementos naturales, el pan y el vino, que son correspondencias, son los medios exteriores, por conducto de los cuales se sella la Conjunción para los que se acercan a la Santa Cena dignamente.

8. A los que se acercan dignamente a la Santa Cena es esta como una firma y un sello de que son hijos de Dios

728. La Santa Cena es como una firma, una ratificación y un sello de que los que se acercan dignamente a ella son hijos de Dios, porque el Señor está presente en este santo acto y como antes se ha dicho introduce espiritualmente en el Cielo a los que han nacido de nuevo por El, o sea a los que son regenerados. La Santa Cena tiene este efecto en ellos; por estar el Señor presente en ella hasta en Su Naturaleza Humana, es decir, en Su Plenitud y con toda Su Redención, según queda explicado más arriba; porque dice: «esto es Mi Cuerpo» y «esto es Mi Sangre», y por consiguiente los admite entonces en Su Cuerpo, y así también en el Cielo, porque la Iglesia y el Cielo constituyen Su Cuerpo. El Señor está por cierto presente en el hombre en el proceso de su regeneración preparándole con Su Divina Operación para el Cielo; pero a fin de poder entrar en el Cielo es necesario que el hombre efectivamente se presente al Señor; y así como el Señor en la Santa Cena se presenta al hombre real y efectivamente, así es necesario que el hombre le reciba de igual manera real y efectivamente, sin embargo, no tal como era en la Cruz, sino tal como es en Su Humanidad glorificada, en la cual está presente en la Santa Cena, y el Cuerpo de esta Humanidad glorificada es el Divino Bien y la Sangre de ella es la Divina Verdad. Estos son dados al hombre y por medio de ellos es regenerado y llega a estar en el Señor y el Señor en él, porque según quedó demostrado más arriba, el participar de la Santa Cena es comer espiritualmente. Si esto bien se entiende, se comprende también que la Santa Cena es como una firma, ratificación y sello de que los que dignamente se acercan a ella, son hijos de Dios.

729. Por otra parte, los que por morir en la infancia o niñez, no alcanzaron la edad de poder dignamente recibir la Santa Cena, son introducidos por el Señor, por medio del Bautismo, porque según quedó demostrado en el capítulo, que trata del Bautismo, este acto es una introducción en la Iglesia Cristiana y al mismo tiempo una introducción espiritual entre los Cristianos en el mundo espiritual, y allí el Cielo y la Iglesia forman uno, por cuya razón, para los que allí están, la introducción en la Iglesia es asimismo una introducción en el Cielo; y estos niños, siendo allí educados bajo los auspicios del Señor, son regenerados más y más, y son hijos Suyos, porque no conocen a otro Padre. En cuanto a los infantes y niños, nacidos fuera de la Iglesia cristiana, éstos son introducidos en el Cielo, asignado a su religión, por otro medio que el Bautismo, después de haber admitido y recibido la fe en el Señor, mas no se confunden con los que están en el Cielo cristiano. No existe en todo el mundo nación o pueblo que no pueda ser salvo, si reconoce a Dios y vive bien; porque el Señor ha redimido a todos, y todo hombre es por nacimiento un ser espiritual, por lo cual tiene la facultad de recibir el don de la redención. Los que admiten al Señor, es decir, los que tienen fe en El y conducen su vida conforme ella, se llaman hijos de Dios y nacidos de Dios (Juan 1:12, 13; 11:52), también hijos del reino (Mateo 13:38) y asimismo herederos (Mateo 19:29; 25:34). Los discípulos del Señor fueron también llamados hijos (Juan 3:33) y así se llaman también los ángeles (Job 1:6; 2:1).

730. La Santa Cena se puede comparar con un pacto, el cual, habiendo sido establecidos y convenidos sus artículos, es finalmente ultimado, firmado y sellado. La sangre del Señor es un pacto, lo cual consta por lo que El mismo dijo: «Bebed de él todos: esto es Mi Sangre del nuevo pacto» (Mateo 26:28; Marcos 14:24; Lucas 22:20). El Nuevo Testamento es el nuevo Pacto, y por esta razón el Verbo, escrito por los profetas, antes de la venida del Señor, se llama el El Antiguo Testamento, o Pacto, mientras que el Verbo escrito por los evangelistas y apóstoles después de Su venida se llama el Nuevo Testamento, o Pacto. Que sangre significa la Divina verdad del Verbo, la cual igualmente es representada por el vino en la Santa Cena, se ha explicado antes (números 480 y 482), y el Verbo, es el Pacto mismo, el cual el Señor hizo con el hombre y el hombre con el Señor, porque el Señor descendió como el Verbo, es decir, como la Divina Verdad y ésta es Su Sangre, por cuya razón a la sangre en la Iglesia Israelita, que era representativa de la Iglesia cristiana, llamaban la Sangre del Pacto (Éxodo 29:8; Zacarías 9:11); y al Señor el Pacto o la Alianza del pueblo (Isaías 42:6; 49:8; también en Jeremías 30:31-34 y Salmos 111:9). Es de acuerdo también con el orden del mundo el que por necesidad haya en el proceso de la regeneración y salvación del hombre una ratificación y firma, o sello, a fin de que haya certidumbre y descanso, lo cual puede ilustrarse como sigue: ¿Qué valor tiene un testamento para los herederos, si no lleva la firma del testador? ¿Qué es el juicio con arreglo a una ley, si no hay decreto firmado para su ratificación y validez? ¿Qué es un alto oficio en un reino sin el título, firmado y sellado, que da derecho a ocuparlo? ¿Qué es la promoción a un oficio sin su correspondiente ratificación o confirmación? ¿Qué es la posesión, por adquisición, de una casa sin acta de compraventa con el propietario? Que estas cosas sirvan de ilustración para los simples, a fin de que también éstos puedan percibir y comprender, que la Santa Cena es como una firma, un sello, una garantía y una carta credencial hasta para los ángeles mismos, de que son hijos de Dios; y se puede decir que es la llave de su casa celestial, en la cual han de morar eternamente.

CAPÍTULO 14

El Índice del Capítulo

La Consumación del Siglo, La Venida del Señor, y un nuevo Cielo y una nueva Iglesia

1. La Consumación del Siglo es el último tiempo, o sea el fin de la Iglesia
2. El tiempo actual es el ultimo tiempo de la iglesia, el cual fue predicho y descrito por el Señor en los Evangelistas y en el Apocalipsis
3. Este último tiempo de la Iglesia es aquella misma noche en la cual desaparecieron las Iglesias anteriores
4. A esta noche sigue la mañana, y la mañana es la Venida del Señor
5. La Venida del Señor no es una venida para destruir el cielo visible y la tierra habitada y para crear un nuevo cielo y una nueva tierra (material) como muchos piensan, por no entender el sentido espiritual del Verbo

6. Esta Venida del Señor, que es la segunda, se verifica, a fin de que los malos sean separados de los buenos, y también para que sean salvos los que han creído y creen en El y para que sean formados de ellos un nuevo Cielo de ángeles y una nueva Iglesia en la tierra; sin esto ninguna carne sería salva. (Mateo 21:22)
7. La segunda Venida del Señor tiene lugar por medio de un hombre, a quien se ha manifestado en Persona y a quien ha llenado con Su Espíritu para enseñar las doctrinas de la Nueva Iglesia por todo el mundo, de parte de El.
8. Esto es lo que en el Apocalipsis significa el Nuevo Cielo, la Nueva Tierra, y la Nueva Jerusalén, que desciende del Cielo
9. La Nueva Iglesia es la Corona de todas las Iglesias que han existido en la tierra
10. Memoranda

La Consumación del Siglo, La Venida del Señor, y un nuevo Cielo y una nueva Iglesia

1. La Consumación del Siglo es el último tiempo, o sea el fin de la Iglesia

753. En esta tierra han existido sucesivamente varias Iglesias, y cada una de éstas han sido consumadas a su vez y a su tiempo, levantándose la Iglesia sucesora sobre las ruinas de la anterior consumada, y esta sucesión ha continuado hasta el tiempo actual. La consumación de la Iglesia tiene lugar, cuando en ella no queda verdad Divina, más que la falsificada o rechazada. Y donde no hay verdad genuina tampoco puede haber bien genuino; puesto que la cualidad de todo bien es determinada por las verdades, siendo así que el bien es la esencia de la verdad y la verdad es la forma del bien, y sin forma no puede haber cualidad. El bien y la verdad no pueden ser separados más que la voluntad y el entendimiento, o, lo que es equivalente, la inclinación del amor y el pensamiento del entendimiento que procede de ésta, por cuya razón, cuando en la Iglesia la verdad se halla consumada, el bien se halla igualmente consumado, y cuando esto acontece, perece la Iglesia, es decir, entonces es su consumación.

754. La consumación de la Iglesia viene por varias causas, especialmente por aquellas que hacen que la falsedad parece verdad; y cuando la falsedad parece verdad, no existe ya bien alguno real y verdadero, es decir, bien espiritual. El bien que entonces parece ser bien no es más que un bien natural, producido por una vida moral. La causa de que la verdad perece y junto con ella el bien, viene principalmente de los dos amores naturales, que son diametralmente opuestos a los dos amores espirituales, y que se llaman el amor a sí mismo (egoísmo) y el amor al mundo. El amor a sí mismo, cuando reina, es opuesto al amor a Dios, y el amor al mundo, cuando reina, es opuesto al amor al prójimo. El amor a sí mismo es desear el bien a sí mismo y no a otros, a no ser por motivos egoístas; cosa similar se puede decir con respecto al amor al mundo; y estos amores, cuando son alentados, se extienden como gangrena, penetrando en toda partícula del cuerpo, consumiéndolas una tras otra. Estos amores han invadido la Iglesia varias veces, lo cual consta por el Verbo, que de ello da abundantes testimonios, por ejemplo cuando habla de Babilonia, describiéndola (Génesis 11:1-9; Isaías 13; 14; 47; Jeremías 50; asimismo en Daniel 2:31-47; 3:1-7 y siguientes; 5; 6:8-28; 7:1-14; y en el Apocalipsis 17 y 18, desde el principio hasta el fin); porque Babilonia se ha exaltado hasta el punto de que no sólo se atribuye a sí misma el Poder Divino del Señor, sino que también arde en deseos de apoderarse de todos los tesoros del mundo. Parecidas pasiones se manifestarían también en muchos primados de la Iglesia, aparte de Babilonia, si su poder no fuera limitado y subordinado; lo prueban varios indicios y manifestaciones, muy significativas, en varias partes del mundo cristiano; y no es extraño que tales nombres lleguen hasta a figurarse que son Dios y a tomar

el mundo por cielo, pervirtiendo la verdad de la Iglesia; porque esta verdad, que es verdad en y por sí misma, no puede ser reconocida y admitida por un hombre meramente natural, ni puede Dios darla a tal hombre, porque al caer en él se vuelve opuesta, convirtiéndose en falsedad. Además de estos dos amores hay también varias otras causas por las cuales viene la consumación de la Iglesia, pero éstas son secundarias o subordinadas.

755. Que la consumación del siglo es el último tiempo de la Iglesia consta por varios pasajes del Verbo que hablan de ella; por ejemplo los siguientes:

«He oído del Señor Jehová consumación y acabamiento sobre toda la tierra» (Isaías 28:22).

«La consumación (destrucción) es decretada (acordada) rebosando de justicia; porque el Señor Jehová de los ejércitos hará consumación y fenecimiento en medio de la tierra» (Isaías 10:22; 23).

«Toda la tierra será consumida con el fuego del celo de Jehová, porque ciertamente consumación apresurada hará con todos los moradores de la tierra» (Sophonías 1:18).

En estos pasajes tierra significa la Iglesia, porque se alude al país de Canaán, donde estaba la Iglesia. † (*) También consta por este otro:

«Finalmente sobre el ave de la abominación habrá asolamiento y hasta la entera consumación y fenecimiento goteará sobre la devastación» (Daniel 9:27).

Cuyas palabras fueron dichas acerca del fin de la Iglesia cristiana actual, lo cual consta por lo que dijo el Señor en Mateo 24:15, Además por éstos:

«Toda la tierra será asolada mas no hará consumación» (Jeremías 4:27).

«La maldad (iniquidad) del amorreo no está todavía consumada (cumplida)» (Génesis 15:16).

Dijo Jehová: descenderé ahora y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí (Génesis 18:21).

Este último pasaje se refiere a Sodoma.

La consumación del siglo acerca de la cual habló el Señor con Sus discípulos en los siguientes pasajes, se refiere al último tiempo de la Iglesia actual:

«Qué señal habrá de tu venida y de la consumación del siglo?» ‡ (Mateo 24:3).

«Al tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla y recoged luego el trigo en mi alfolí» Así será al fin del siglo» (Mateo 13:30, 40).

«Al fin del siglo saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos» (Mateo 13:49).

«He aquí: yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del siglo» (Mateo 28:20).

Hay que saber que devastación, asolación y fenecimiento tienen similar significación que consumación, pero asolación se dice de la consumación de la verdad, devastación de la consumación del bien y fenecimiento de la plena consumación de ambos; igualmente hay que saber, que la plenitud del tiempo, en la que vino el Señor al mundo y en la que asimismo vuelve al mundo, es también la consumación de la Iglesia.

Nota:

‡ Varias traducciones de la Sagrada Escritura dicen equivocadamente fin del mundo.

2. El tiempo actual es el último tiempo de la Iglesia, el cual fue predicho y descrito por el Señor en los Evangelistas y en el Apocalipsis

757. En el artículo que precede se ha explicado que la consumación del siglo significa el último tiempo de la Iglesia, y que lo mismo significa aquella consumación del siglo, de la cual habló el Señor con Sus discípulos en Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21; donde leemos, que, estando Jesús y Sus discípulos en el monte de las olivas, los discípulos le preguntaron privadamente: « ¿Qué señal habrá de tu venida y de la consumación del siglo?» (Mateo 24:3). Y el Señor empezó entonces a explicarles lo que sería esta consumación; predijo y describió, cuál sería su carácter sucesivo hasta Su Venida; que entonces vendría en las nubes del cielo con poder y grande gloria; que juntaría sus escogidos; y así adelante (vers. 30, 31). Como es sabido, esto no se verificó en manera alguna, cuando Jerusalén fue destruida. El Señor dijo estas cosas en un discurso profético, en el cual cada palabra tiene su importancia y significación espiritual, la cual he explicado detalladamente en «Arcana Coelestia»†.

758. Que las cosas que el Señor así habló a Sus discípulos se refieren al último tiempo de la Iglesia cristiana, consta por el Apocalipsis, en el cual dice cosas idénticas, o similares con referencia a la consumación del siglo y a Su Venida, las cuales todas se hallan explicadas detalladamente en Apocalipsis Revelado. Porque coincidiendo las manifestaciones del Señor a Sus discípulos respecto de la consumación del siglo y de Su Venida con lo que luego reveló a Juan en el Apocalipsis acerca del mismo sujeto, es claro que la consumación a que se refería no es otra que la de la Iglesia cristiana actual. Además hay también en Daniel una profecía con respecto al fin de esta Iglesia, y por eso dijo el Señor:

«Por lo tanto, cuando veréis la abominación del asolamiento, que fue dicha por Daniel, profeta (Daniel 9:27) estar en el lugar santo... (el que lee, entienda)» (Mateo 24:15)

En los demás profetas hay similares profecías.

Tal abominación y asolamiento existe actualmente en la Iglesia cristiana por más inverosímil que parezca; no existe en ella una sola verdad genuina, y si no fuere establecida la Nueva Iglesia en lugar de la antigua, que es la actual, ninguna carne sería salva, como dijo el Señor Mismo (Mateo 24:22). Los que viven en la tierra, confirmados en las falsedades de la actual Iglesia cristiana no pueden ver ni creer que esta Iglesia se halla actualmente tan consumada y asolada, porque la confirmación de la falsedad es la negación de la verdad, y por lo tanto cubre, por así decir, el entendimiento con un velo, impidiendo que entre en él, aunque secretamente, cosa alguna que pudiera desatar sus cuerdas y arrancar sus estacas, porque como tienda fuerte han edificado y formado su sistema. A esto viene que lo natural/racional puede confirmar todo cuanto quiera, tanto la falsedad cuanto la verdad, y una vez confirmadas, aparecen una y otra ante su vista en una misma luz; y no pueden saber si esta luz es una luz fatua, como la de un sueño, o verdadera, como la luz del día. Mas lo espiritual/racional, en lo cual se hallan los que miran al Señor y que por El tienen amor a la verdad, es del todo diferente. Esta es la causa de que toda iglesia, edificada por hombres, que ven por virtud de sus confirmaciones, parece a éstos ser la única que se halla en la luz, mientras que las que discrepan de ella, les parecen hallarse en tinieblas; porque los que ven por la luz de sus confirmaciones son como lechuzas, para las cuales la sombra de la noche es luz, mientras

que el sol y sus rayos les parece oscuridad. Así han sido y así son todas las iglesias falsas. Sus fundadores han creído poseer la vista experta del águila, más han preparado para sí una aura, o luz matutina, artificial, por su propia inteligencia, y una luz oscura, de crepúsculo, por el Verbo.

Nota:

† Lo que dichas cosas envuelven, todas y cada una particularmente, se halla explicado en «Arcana Coelestia» (Arcana Coelestia 3353-3356; 3486-3489; 3650-3655; 3751-3757; 3898-3901; 4057-4060; 4229-4231; 4332-4335; 4422-4424).

3. Este último tiempo de la Iglesia es aquella misma noche en la cual desaparecieron las Iglesias anteriores

760. Desde la Creación han existido en esta tierra sucesivamente cuatro Iglesias en general. Esto consta también por el Verbo, tanto por el histórico cuanto por el profético. En Daniel se describen estas cuatro Iglesias mediante la imagen, que vio Nabucodonosor en su sueño (Capítulo 2) y después mediante los cuatro animales que vio Daniel salir del mar (Capítulo 7). La primera Iglesia, que llamaré la Antigua primitiva, existía antes del diluvio, y su consumación, o fin, se describe figurativamente mediante el diluvio. La segunda, que llamaré la Antigua, existía en Asia y parte de ella en África, y fue consumada por idolatría. Su consumación y destrucción se describen en el Verbo bajo la figura de la torre de Babel y la dispersión del pueblo por toda la tierra. La tercera fue la Iglesia israelita, que empezó con la promulgación del Decálogo desde el monte de Sinaí, cuya Ley luego fue amplificada mediante el Verbo, dado por conducto de Moisés y los profetas, y esta Iglesia fue consumada y fenecida por profanar el Verbo, cuya profanación era llena y cumplida al tiempo de la Venida del Señor; por eso le crucificaron a El, que era el Verbo. La cuarta es la Iglesia Cristiana, que estableció el Señor por medio de los Evangelistas y Apóstoles. Esta Iglesia ha tenido dos épocas: la una desde el tiempo del Señor hasta el Concilio de Nicea, y la otra desde este Concilio hasta el tiempo actual y continuó siendo la Iglesia, aun después de dividida en tres: la Griega, la Católica Romana y la Reformada, cuyas tres han conservado el nombre de Iglesia cristiana. Más dentro de cada Iglesia general, desde la Antigua primitiva hasta la presente, ha habido varias iglesias subordinadas, las cuales, a pesar de su recedimiento, retenían el nombre de la Iglesia general, a la cual pertenecían, como las herejías dentro de la Iglesia cristiana.

761. Que este último tiempo de la Iglesia cristiana es la misma noche en la que han desaparecido las anteriores Iglesias, consta por lo que el Señor predijo con respecto a ello en los Evangelios y en Daniel. En los Evangelios dice:

«Que vendría la abominación del asolamiento; y que entonces habría aflicción tan grande, cual no fue desde el principio del mundo ni será, y que si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva; finalmente que el sol se obscurecería y la luna no daría su lumbré y las estrellas caerían del cielo» (Mateo 24:15, 21, 22, 29).

En otros lugares de los Evangelios llama noche a este tiempo; como por ejemplo en Lucas:

«En aquella noche estarán dos en una cama: el uno será tomado y el otro será dejado» (Lucas 17:34).

Y en Juan:

«Conviéneme obrar las obras del que me envió, entretanto que el día dure; la noche viene cuando nadie puede obrar» (Juan 9:4).

Puesto que en medio de la noche toda luz desaparece, y que el Señor es la Luz verdadera (Juan 1:49; 8:12; 12:35, 36, 46), al ascender al Cielo dijo el Señor a Sus discípulos:

«Yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo»† (Mateo 28:20).

Y entonces (a la consumación del siglo) les deja y va a la Nueva Iglesia.

En Daniel los siguientes pasajes testifican igualmente de ello:

«Finalmente, sobre el ave de la abominación habrá asolamiento y hasta la entera consumación y fenecimiento goteará sobre la devastación» (Daniel 9:27).

Las palabras del Señor en Mateo 24:15, demuestran que esto fue dicho respecto del fin de la Iglesia Cristiana (véase 508). Lo que se dice en Daniel respecto del cuarto reino, o la cuarta Iglesia, representada por las piernas y los pies de la imagen que vio Nabucodonosor, se refiere igualmente a la consumación de la Iglesia actual:

«Y cuanto a aquello que viste, el hierro mezclado con barro, mezclaránse con simiente humana; pero no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mixtura con el tiesto» (Daniel 2:43).

Y también lo siguiente respecto de la cuarta Iglesia, representada por la cuarta bestia, que subió del mar:

«Vi en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia espantosa y terrible; a toda la tierra devorará y la hollará y la despedazará» (Daniel 7:7; 23).

Esto quiere decir que se consumirá toda la verdad de la Iglesia, y entonces habrá noche; porque la verdad de la Iglesia es la luz. En el Apocalipsis leemos muchas otras predicciones respecto de esta Iglesia, especialmente en el capítulo 16, que trata de las copas de la ira de Dios, vertidas sobre la tierra, cuyas copas significan las falsedades, que inundan y destruyen la Iglesia completamente. Igualmente en varios lugares en los profetas, como por ejemplo:

«El día de Jehová será tinieblas y no luz; oscuridad que no tiene resplandor» (Amos 5:18; 20; Sophonias 1:15).

Y otra vez en Isaías:

«En aquel día mirará Jehová hacia la tierra, y he aquí tinieblas de tribulación y la luz se volverá tinieblas en sus ruinas» (Isaías 5:30; véase también 8:22).

El día de Jehová es la Venida del Señor.

762. Los nacimientos y las consumaciones de las Iglesias habidas en la tierra desde la creación del mundo han acontecido conforme el Divino Orden, el cual exige que haya principio y fin antes de que haya nuevo principio. Conforme el mismo Orden empieza cada día con la mañana, progresa hasta medio día y termina con la noche, después de la cual principia de nuevo; cada año empieza igualmente con la primavera, progresa al verano, luego al otoño, terminando con el invierno y vuelve luego a empezar. El sol produce estas mutaciones levantándose en el Este, subiendo al meridiano, luego descendiendo hasta

el Oeste y terminando su curso en el Norte, por donde vuelve a salir. El caso es igual con las Iglesias. La primera de éstas, que era la Antigua primitiva, era como la mañana, la primavera y el Este; la segunda, Va Antigua, era como el día, el verano y el Sur; la tercera era como la tarde, el otoño y el Oeste, y la cuarta como la noche, el invierno y el Norte. De estos progresos, según su orden, dedujeron los antiguos sabios las cuatro edades del mundo, las cuales llamaban respectivamente la edad de oro, la edad de plata, la edad de cobre y la edad de hierro, cuyos metales también representaban las Iglesias mismas en la imagen que vio Nabucodonosor. Además, la Iglesia en conjunto es ante el Señor como un solo Hombre, y este Hombre pasa por la escala de la vida como un hombre individual; es decir, progresa de infancia a adolescencia, luego a la edad madura y finalmente a la vejez; después cuando muere, resucita para vivir eternamente. El Señor dice:

«Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere él sólo queda; más si muere, mucho fruto lleva»
(Juan 12:24).

Nota: † Véase nota arriba.

4. A esta noche sigue la mañana, y la mañana es la Venida del Señor

764. Los cuatro estados sucesivos de la Iglesia, en general y en particular, se comparan en el Verbo con las cuatro estaciones del año: la primavera, el verano, el otoño y el invierno, y con las cuatro divisiones del día, la mañana, el medio día, la tarde y la noche. La presente Iglesia, como Iglesia general, siendo la cuarta en la sucesión, corresponde al invierno. Ha recorrido ya su día y entra actualmente en su noche, y siendo así que cuando anochece para una Iglesia, amanece simultáneamente para la que ha de sucederle, sigue, que la mañana, es decir, la primera época de la Nueva Iglesia empieza ahora. Que en el Verbo las sucesivas épocas de la Iglesia se significan por medio de las cuatro fases o divisiones del día, consta por los siguientes pasajes:

«Hasta la tarde y la mañana dos mil trescientos, y entonces el santuario será purificado; la visión de la tarde y la mañana es verdad» (Daniel 8:14, 26).

«Dan voces de Seir: Guarda, ¿qué de la noche? El guarda respondió: La mañana viene y también la noche» (Isaías 21:11, 12)

«El fin viene; la mañana viene para ti, OH morador de la tierra He aquí el día viene; ha salido la mañana» (Ezequiel 7:6, 7, 10).

«Jehová, a la mañana sacará a luz su juicio, nunca falta» (Sophonías 3:5). «Dios está en medio de ella y la ayudará al clarear la mañana» (Salmos 46:5).

«Esperé yo a Jehová; mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana; porque con El hay abundante redención y El redimirá a Israel» (Salmos 130:58).

En estos pasajes tarde y noche significan el último tiempo de la Iglesia y mañana el principio de la Iglesia sucesora. El Señor se llama también mañana a Sí Mismo en los siguientes pasajes:

«El Dios de Israel dijo: hablóme el Fuerte de Israel; El será como la luz de la mañana cuando sale el sol; una mañana sin nubes» (2 Samuel 23:3-4).

«Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente y de la mañana» (Apocalipsis 22:16).

«Del seno de la mañana tienes el rocío de tu juventud» (Salmos 110:3).

Estos pasajes tratan del Señor. Por ser el Señor la mañana, se levantó de la tumba en la madrugada, porque una nueva Iglesia había de principiar (Marcos 16:2-9). Debemos esperar la Venida del Señor y vivir apercebidos y preparados para ella; esto consta por los siguientes pasajes:

«Y sentándose en monte de las Olivas, los discípulos se llegaron a El diciendo: dinos; cuándo serán estas cosas y qué señal habrá de tu venida y del fin del siglo» (Mateo 24:3).

«Después de la aflicción de aquellos días el sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre y las estrellas caerán del Cielo y las virtudes de los cielos se conmoverán. Y entonces se mostrará la señal del Hijo del Hombre en el Cielo, y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del Hombre, que vendrá sobre las nubes del Cielo con grande poder y gloria» (Mateo 24:29-30; Marcos 13:26; Lucas 21:27).

«Como los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre; por tanto también vosotros estad apercebidos; porque el Hijo del Hombre ha de venir a la hora que no pensáis» (Mateo 24:37, 44).

«Cuando el Hijo del Hombre viniere ¿encontrará fe en la tierra?» (Lucas 18:8).

Jesús dijo de Juan:

«Si quiero que él quede hasta que yo venga...» (Juan 21:22).

Cuando los discípulos veían que Jesús fue alzado al Cielo el día de Su ascensión:

«He aquí dos hombres se pusieron junto a ellos en vestidos blancos, quienes les dijeron: Jesús que ha sido tomado de vosotros arriba en el Cielo así vendrá como le habéis visto ir al Cielo» (Los Hechos 1:10; 11).

«El Señor Dios de los santos profetas ha enviado su Ángel para mostrar a sus siervos las cosas que es necesario que sean hechas presto. He aquí, vengo presto; Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro... He aquí, yo vengo presto y mi galardón conmigo para recompensar a cada uno según fuera su obra» (Apocalipsis 22:6, 7, 12).

Y otra vez:

«Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente y de mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven; y el que tiene sed venga, y el que quiere tome del agua de la vida de balde» (Apocalipsis 22:16, 17).

Y finalmente:

«El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sea así. Ven, Señor Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén» (Apocalipsis 22: 20,21).

766. El Señor está presente con todo hombre, deseando y esforzándose para ser recibido, y cuando es recibido, lo cual acontece cuando el hombre le reconoce por su Dios, Creador, Redentor y Salvador,

entonces tiene lugar su Venida, que es el amanecer. Desde este momento el hombre recibe poco a poco iluminación en cuanto a su entendimiento en cosas espirituales y adelanta y progresa en sabiduría más y más interiormente conforme va recibiendo esta sabiduría del Señor. Así progresa desde la mañana hasta el pleno día, y este día dura para él hasta la vejez y hasta la muerte, y después de la muerte pasa al Cielo, al Señor Mismo, y allí, por más que murió siendo un anciano, rejuvenece y vuelve a la primavera de su vida, perfeccionándose y progresando eternamente el principio de sabiduría que fue implantado en él, mientras vivía en el mundo natural.

5. La Venida del Señor no es una venida para destruir el cielo visible y la tierra habitada y para crear un nuevo cielo y una nueva tierra (material) como muchos piensan, por no entender el sentido espiritual del Verbo

768. La opinión que actualmente predomina en las iglesias es, que al venir el Señor en el día del último juicio, aparecerá en las nubes del cielo (visible) con ángeles y al son de trompetas; que entonces reunirá todos los que aún vivan en la tierra y todos los que han muerto; que separará los malos de los buenos, como un pastor separa las cabras de las ovejas; que echará los malos, o sea las cabras, al Infierno y elevará los buenos, o las ovejas al Cielo, y que al mismo tiempo creará un nuevo cielo y una nueva tierra (visibles) y mandará descender a esta nueva tierra la nueva Jerusalén, la cual será según la descripción en el capítulo veintiuno del Apocalipsis; es decir, que será de jaspe y de oro y su fundamento de toda piedra preciosa; su altura, largura y anchura iguales, doce mil estadios; que todos los escogidos serán reunidos en esta ciudad, tanto los que entonces viven, cuanto todos los que han muerto desde la creación del mundo, los cuales volverán a entrar en sus cuerpos, y en esa ciudad magnífica gozarán de eterna bienaventuranza como en su Cielo. Esta es la opinión que hoy día reina en las iglesias cristianas con respecto a la venida del Señor y al último juicio.

769. Con respecto al estado de las almas después de la muerte las iglesias creen universalmente, aunque cada una de su particular manera, como sigue: Que las almas después de la muerte del cuerpo son como espectros (de los cuales tienen la idea de que son como éter o aire), y que hasta el día del último juicio permanecen en el centro de la tierra, que según la creencia de algunos es la morada de los espíritus de los muertos, o quizás en el limbus de los padres. Pero con respecto a esto difieren; algunos son de opinión que las almas son formas etéreas o aéreas y por consiguiente fantasmas o espectros, y que algunas están en el aire, otras en bosques y otras en el agua; algunos piensan que las almas de los muertos son trasladadas a otros planetas, o estrellas, donde se les da morada; otros que después de miles de años vuelven al mundo con nuevos cuerpos; pero la mayoría opina que permanecen encerradas hasta el día postrero, cuando el firmamento, así como el globo terráqueo perecerán, verificándose la aniquilación por un fuego que saldrá del centro de la tierra, o que descenderá del cielo como una lluvia de relámpagos, y que entonces las tumbas se abrirán y las almas volverán a revestirse de sus cuerpos para ser trasladadas a la ciudad, la nueva Jerusalén, y morarán entonces juntas en una nueva tierra, en cuerpos transfigurados; algunas más abajo, otras más arriba en esa ciudad, porque su altura, así como su largura y su anchura serán de doce mil estadios. (Apocalipsis 21:6).

770. Si se pregunta a clérigos y legos si efectivamente creen estas cosas, como por ejemplo que los hombres antediluvianos con Adán y Eva, y los postdiluvianos con Noé y sus hijos, con Abraham, Isaac y Jacob, los profetas, los apóstoles y las almas de todos los demás hombres todavía se hallan en el centro de la tierra, o continúan volando en el éter o en el aire; si las almas volverán a revestirse de sus cuerpos,

consumidos por gusanos; si las estrellas caerán sobre la tierra, la cual es mucho más pequeña que ellas; si se les pregunta si creen estas palpables paradojas—las cuales la razón por sí sola basta para disipar— algunos de ellos nada contestan; otros dicen: «Estas cosas son asuntos de la fe, a la cual el entendimiento debe sujetarse en obediencia». Otros contestan que no sólo estas cosas, sino también muchas otras, que exceden el humano entender, son posibles para la Divina Omnipotencia; y cuando se invoca fe ciega y Omnipotencia Divina se expulsa la sana razón, la cual desaparece; dicen: « ¿No es conforme al Verbo? ¿No se debe pensar y hablar conforme al mismo?»

771. Según se ha explicado en el capítulo que trata de la Sagrada Escritura, el Verbo se halla escrito por medio de correspondencias, y por consiguiente hay en su conjunto y en cada mínimo detalle del mismo un sentido espiritual, en el cual la verdad se halla en su luz, mientras que en el sentido literal se halla en sombra, y a fin de que la Nueva Iglesia no ande, como la actual, en la obscuridad del sentido literal, especialmente con respecto al Cielo y al Infierno y a la vida después de la muerte, y particularmente con respecto a la Venida del Señor, ha placido al Señor abrir la vista de mi espíritu, introduciéndome así en el mundo espiritual, y permitiéndome no sólo hablar con espíritus y ángeles, con parientes y amigos, con reyes y príncipes, que vivieron su vida en el mundo natural, sino también ver las cosas maravillosas del Cielo y los tristes espectáculos del Infierno, y así convencerme de que el alma del hombre no permanece encerrada en algún sitio secreto de la tierra, ni circula ciega y sorda por el aire o en el vacío, sino que el hombre continúa viviendo como hombre en un cuerpo sustancial, en un estado mucho más perfecto (si entra entre los bienaventurados) que aquel en que vivía anteriormente, mientras se hallaba en un cuerpo material; y por lo tanto, a fin de que el hombre por su ignorancia no se confirme aún más en la opinión falsa, de que el cielo visible y la tierra habitada han de ser destruidos, y a fin de evitar el que se fomenten el Naturalismo y el Ateísmo, actualmente tan comunes, e impedir el que bajen como gangrena en el cuerpo, a sus sentidos exteriores y hasta a su habla, me ha mandado el Señor divulgar varias cosas que he visto y oído, referentes al Cielo y al Infierno y al Último juicio, así como de explicar el Apocalipsis, el cual trata de la Venida del Señor, del Cielo antiguo, del Cielo nuevo y de la santa Jerusalén. El que lee y entiende estas obras, puede saber lo que significan la Venida del Señor, el Cielo nuevo y la nueva Jerusalén.

6. Esta Venida del Señor, que es la segunda, se verifica, a fin de que los malos sean separados de los buenos, y también para que sean salvos los que han creído y creen en El y para que sean formados de ellos un nuevo Cielo de ángeles y una nueva Iglesia en la tierra; sin esto ninguna carne sería salva. (Mateo 21:22)

772. Que el Señor en Su segunda Venida no viene para destruir el cielo visible y la tierra habitada ha sido explicado en el precedente artículo. No viene para destruir cosa alguna, sino para edificar; no viene para condenar, sino para salvar a los que han creído en El desde Su primera Venida, y los que en lo sucesivo creerán en El. El Mismo dice en el Verbo:

«No envió Dios a su Hijo al mundo para que condene al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El; el que en El cree no es condenado, más el que no cree ya es condenado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios» (Juan 3:17, 18).

«El que oyere mis palabras y no las creyere, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo; el que me desecha y no recibe mis palabras tiene quien le juzga; la Palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero» (Juan 12:47, 48).

El último juicio tuvo lugar en el mundo espiritual en el año 1757; lo vi con mis propios ojos en estado de plena vigilia; por lo cual puedo testificar de ello. En un opúsculo titulado «El último juicio» publicado en Londres en 1758 y en otro opúsculo titulado ¿Continuación concerniente al último juicio», publicado en Ámsterdam, 1763, he dado una descripción de este acontecimiento.

773. Que la Venida del Señor tiene lugar a fin de formar un nuevo Cielo de ángeles de los que han creído en El desde Su primera Venida y a fin de establecer una nueva Iglesia de los que en lo sucesivo creerán en El, es porque la creación del Cielo de ángeles por medio de la raza humana fue el objeto final de la creación del Universo, la cual también tuvo por objeto la creación de la Iglesia en el mundo, porque por medio de la Iglesia en el mundo entra el hombre en el Cielo; es decir, recibe en sí la vida del Cielo y es hecho un ángel y habitante del Cielo después de la muerte, y cuando a causa del mal y la falsedad la raza humana no puede ya recibir en sí la vida del Cielo por medio de la Iglesia, es necesario proveer para su salvación, cuya salvación por consiguiente es como una continuación de la creación; o sea la formación de un nuevo Cielo de ángeles de los hombres que así son redimidos y salvos; - porque éstos, por su cualidad y naturaleza especial, no pueden asociarse con los ángeles del antiguo Cielo, - y asimismo la formación de una nueva Iglesia en la tierra, que puede tener conjunción con este nuevo Cielo, porque la antigua Iglesia no puede en manera alguna corresponder y tener conjunción con ese nuevo Cielo, siendo consumada, devastada y muerta. Por tener la creación del Universo por objeto final la creación de un Cielo de ángeles por medio de la raza humana, y al mismo tiempo la creación de una Iglesia en la tierra, y por ser la salvación de los hombres que viven en el mundo como una continuación de la Creación, he aquí por qué en el Verbo se emplea la palabra crear siempre en sentido de formar, preparar o adaptar el hombre para el Cielo; por ejemplo, en los siguientes pasajes:

«Crea en mí, OH Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmos 51:10).

«Tú abres tu mano; ellos se hartan de bien; envías tu Espíritu; ellos son creados» (Salmos 104:28-30).

«El pueblo que se criará alabará a JAH» (Salmos 102:18).

«Así dice Jehová. Creador tuyo, OH Jacob, y Formador tuyo, OH Israel. Yo te he redimido; te he llamado por tu nombre. Todos los llamados de mi nombre para mi gloria los he creado» (Isaías 43: 1, 7).

«Fueron preparados en ti en el día en que fuisteis creado; eras perfecto en tus caminos en el día en que fuisteis creado; hasta que se halló en ti maldad» (Ezequiel 28:13, 15).

Esto último se dice del rey de Tiro.

«Para que vean y conozcan y adviertan y entiendan todos que la mano de Jehová hace esto y que el Santo de Israel lo crió» (Isaías 41:20).

Por los pasajes aquí citados puede ser evidente lo que se entiende por crear en los siguientes:

«Jehová que crea los cielos y el que los extiende, el que extiende la tierra y sus verduras; el que da respiración al pueblo que mora sobre ella y espíritu a los que por ella andan» (Isaías 42:5) (también 65:12-18).

«He aquí; yo crió nuevo cielo y nueva tierra; gozaos en las cosas que Yo crió, porque he aquí que yo crió a Jerusalén, una exultación» (Isaías 65:17-18).

774. La presencia del Señor es perpetua con todos, tanto con los buenos cuanto con los malos, porque sin Su presencia no vive hombre alguno; mas Su Venida sólo tiene lugar con los que le reciben, y éstos son los que creen en El y hacen Su voluntad. La perpetua presencia del Señor hace que el hombre sea racional y que pueda llegar a ser espiritual, y tiene lugar por medio de la luz, que procede del Señor como el Sol del mundo espiritual, cuya luz el hombre recibe en su entendimiento; esa luz es la verdad, y por medio de ésta tiene el hombre entendimiento, o sea racionalidad. Mas la Venida del Señor tiene lugar con aquel que a esta luz une el calor, o sea con el que une el amor a la verdad, porque el calor, que procede de ese Sol, es amor al Señor y al prójimo. La mera presencia del Señor y la iluminación del entendimiento por medio de ella puede compararse con la presencia de la luz del Sol del mundo; si esta luz no se uniera al calor, perecería todo cuanto hay en la tierra. Mas la Venida del Señor puede compararse con la venida del calor en la primavera, cuando por unirse el calor a la luz, es calentada la tierra y la simiente brota y fructifica. Este paralelo es aplicable a todas las cosas espirituales, relacionadas con el espíritu del hombre, comparadas con las cosas naturales, relacionadas con su cuerpo.

7. La segunda Venida del Señor tiene lugar por medio de un hombre, a quien se ha manifestado en Persona y a quien ha llenado con Su Espíritu para enseñar las doctrinas de la Nueva Iglesia por todo el mundo, de parte de El.

776. Puesto que el Señor no puede manifestarse en Persona, según se acaba de explicar en lo que precede, y que sin embargo ha anunciado que vendrá y establecerá una Nueva Iglesia, que es la Nueva Jerusalén, sigue que lo hará por medio de un hombre que pueda, no sólo recibir la Doctrina de esta Iglesia con su entendimiento, sino también enseñarla por medio de la prensa. Que el Señor se ha manifestado a mí, Su siervo, y me ha enviado con esta misión, y que luego ha abierto la vista de mi espíritu, introduciéndome así en el mundo espiritual, permitiéndome ver los cielos y los infiernos y conversar con ángeles y espíritus, continuamente desde hace ahora muchos años, testifico en verdad, como asimismo que desde el primer día de mi llamamiento no he recibido cosa alguna perteneciente a la Doctrina de esta Iglesia de ángel alguno, sino exclusivamente del Señor, mientras leía el Verbo.

780. A fin de efectuar Su Venida y presencia permanente en la mente humana me ha revelado el Señor el sentido espiritual de Su Verbo, en cuyo sentido la Divina Verdad se halla en su luz; y en esta luz está el Señor continuamente presente, porque Su presencia en el Verbo viene exclusivamente del sentido espiritual. Desde esta luz entra por así decir en la sombra en la que se halla el sentido literal, comparativamente como la luz del sol en pleno día es velada y disminuida por la interposición de las nubes. El sentido literal del Verbo es la nube, el sentido espiritual es la gloria, y el Señor Mismo es el Sol, del cual viene la luz, y es, pues, el Verbo mismo, según se ha explicado antes. Que la gloria, en la cual viene (Mateo 24:30), significa la Divina Verdad en la luz, en la cual se halla el sentido espiritual del Verbo, consta por estos pasajes:

«La voz del que clama en el desierto: Barred camino a Jehová... la gloria de Jehová se manifestará y toda carne juntamente la verá» (Isaías 40:3-5).

«Levántate, resplandece; que ha venido tu lumbre, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti» (Isaías 60:1 y siguientes).

«Te pondré por alianza del pueblo, por luz de los Gentiles... y mi gloria no daré a otro» (Isaías 42:6-8; también 48:11).

«Nacerá tu luz como el alba y la gloria de Jehová te envolverá» (Isaías 58:8).

«La gloria de Jehová hinchará toda la tierra» (Números 14:21; Isaías 6:1, 2, 3; 66:18).

«En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. En él estaba la vida y la Vida era la luz de los hombres. Este era la luz verdadera. Y el Verbo fue hecho carne y vimos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre» (Juan 1:1, 4, 9, 14).

«Los cielos declararán la gloria de Dios» (Salmos 19:1).

«La gloria de Dios iluminará la santa Jerusalén y el Cordero será su lumbrera y todas las naciones, que son salvas, andarán en la luz de ella» (Apocalipsis 21:23, 24).

Parecidos testimonios encontramos en muchos otros lugares, del Verbo. Gloria significa la Divina Verdad en su plenitud, porque toda la gloria y magnificencia del Cielo vienen de la luz que procede del Señor, y la luz que procede de El cómo Sol allí es, en su esencia, la Divina Verdad.

8. Esto es lo que en el Apocalipsis significa el Nuevo Cielo, la Nueva Tierra, y la Nueva Jerusalén, que desciende del Cielo

781. Leemos en el Apocalipsis:

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra se fueron, y yo, Juan, vi la santa ciudad, Jerusalén nueva, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido» (Apocalipsis 21:1, 2).

Asimismo leemos en Isaías:

«He aquí; yo crio nuevos cielos y nueva tierra; gozaos y alegraos por siglo de siglo, porque he aquí, yo crio a Jerusalén, alegría, y a su pueblo, gozo» (Isaías 65:17, 18).

Y en lo que precede de este capítulo se ha explicado, que el Señor está actualmente formando un nuevo Cielo de aquellos Cristianos, que mientras estaban en el mundo creían y reconocían a El y que por consiguiente después de la muerte podían creer y reconocer que El es el Dios del Cielo y de la tierra, conforme Sus propias palabras en Mateo (Mateo 28:18).

782. La razón por la cual la Nueva Jerusalén, que desciende del Cielo, de Dios (Apocalipsis 21), significa una nueva Iglesia, es que Jerusalén era la capital del país de Canaán, y en ella estaban el templo y el altar; allí ofrecían los sacrificios y verificabas el culto Divino, al cual por obligación debía acudir todo varón del país tres veces al año; además es porque, en Jerusalén, en Su Templo, enseñaba el Señor, y allí glorificó luego a Su Naturaleza Humana. Por esta razón Jerusalén significa la Iglesia. Que Jerusalén significa la Iglesia consta también por varios pasajes del Antiguo Testamento, que se refieren a la Nueva Iglesia, que había de establecer el Señor, cuya Iglesia allí se llama Jerusalén. Citaremos tan sólo los pasajes que claramente indican que Jerusalén allí significa la Iglesia:

«He aquí, yo crío nuevo cielo y nueva tierra, y de los primeros no había memorias, he aquí yo crío a Jerusalén, (que será) alegría, y a su pueblo, (que será) gozo; porque me alegro de Jerusalén y me gozo de mi pueblo; entonces el lobo y el cordero pacarán juntos; no harán mal en todo mi santo monte» (Isaías 65:17, 18, 19, 25).

«Por amor de Sión no callaré y por amor de Jerusalén no he de parar hasta que salga como resplandor su justicia y su salvación como una lámpara, que arde. Entonces verán las gentes tu justicia y todos los reyes tu gloria y te será puesto un nombre nuevo que la boca de Jehová nombrará. Y serás corona de gloria en la mano de Jehová y diadema del reino en la mano de tu Dios. Jehová se gozará en ti y tu tierra será desposada. He aquí, viene tu salvación; he aquí su recompensa con El. Y llamarles he Pueblo Santo, redimidos de Jehová, y a ti te llamarán Ciudad Buscada y no desamparada» (Isaías 52:14, 11, 12).

«Despierta, despierta; vístete tu fortaleza, oh Sión; vístete tu ropa de hermosura, oh Jerusalén, ciudad santa; porque nunca más acontecerá que venga a ti incircunciso ni inmundo. Sacúdete del polvo; levántate y siéntate, Jerusalén. Mi pueblo sabrá mi nombre en aquel día, porque soy yo mismo que hablo; he aquí estaré presente. Jehová ha consolado a su pueblo, a Jerusalén ha redimido» (Isaías 52:1, 2, 6, 9).

«Canta, OH hija de Sión; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén; el Rey de Israel está en medio de ti; nunca más verás mal. Gozarse sobre ti con alegría; descansará en tu amor; se regocijará sobre ti con cantar; te daré por renombre y por alabanza entre todo pueblo de la tierra» (Sophonias 3:14-17, 20).

«Así dice Jehová, Salvador tuyo, El que dice a Jerusalén serás habitada» (Isaías 44:24).

«Así dice Jehová: volveré a Sión y moraré en medio de Jerusalén y por eso Jerusalén se llamará Ciudad de Verdad y el monte de Jehová de los ejércitos, Monte de Santidad» (Zacarías 8:3, 20-23).

«Y conoceréis que yo soy Jehová, vuestro Dios, que habito en Sión, monte de mi santidad, y será Jerusalén santa, y será en aquel tiempo, que los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche... y Jerusalén será habitada en generación y generación» (Joel 3:17, 18, 20).

«En aquel día el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria; y acontecerá, que el que quedare en Sión y el que permaneciere en Jerusalén será llamado santo; todos los que están escritos para vida en Jerusalén» (Isaías 4:2, 3).

«En los postreros días el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de los montes; porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová» (Micheas 4:1-2; también vers. 8).

«En aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono de Jehová y todas las gentes se congregarán a ella, a Jerusalén, en el nombre de Jehová; ni andarán más tras la dureza de su corazón malvado» (Jeremías 3:17).

«Mira a Sión, ciudad de nuestras solemnidades; tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud; tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas serán rotas» (Isaías 33:20).

Por estos pasajes y otros similares, todo el que tiene entendimiento interior puede comprender que Jerusalén significa la Iglesia y que en los citados pasajes particularmente significa la Iglesia que había de

establecer el Señor, lo cual puede comprender por varios detalles, a saber por éstas, de que Jehová Dios creará un Cielo nuevo y una nueva tierra y que al mismo tiempo creará a Jerusalén, la cual será una corona de gloria y una diadema del reino; que será llamada ciudad santa, ciudad de Verdad, trono de Jehová, morada de quietud, tabernáculo que no será levantado; que en ella el lobo y el cordero pacarán juntos, que los montes allí destilarán mosto, y que los collados fluirán leche, y que Jerusalén permanecerá por generación y generaciones. Además se dice que el pueblo allí será un pueblo santo, que cada uno será inscrito para vida, y llamado redimido de Jehová. En todos estos pasajes se trata además de la Venida del Señor, especialmente de Su segunda Venida, cuando la Jerusalén nueva será tal como allí es descrita; porque antes de Su segunda Venida no era ciudad desposada, es decir, no era la novia y esposa del Cordero, como se dice será la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:9). Jerusalén en Daniel se refiere a la Iglesia actual, y su principio y fin se describen allí como sigue:

«Sepas pues y entiendas que desde la salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas; después de sesenta y dos semanas tornaráse a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos» (Daniel 9:25). Finalmente sobre el ave de las abominaciones habrá asolamiento y hasta entera consumación goteará sobre la devastación. (Daniel 9:27).

A este último pasaje se refieren las palabras del Señor en Mateo:

«Cuando veréis la abominación del asolamiento que fue dicha por Daniel, el profeta, estar en el lugar santo (el que lee entienda)» (Mateo 24:15).

Que la Jerusalén, mencionada en estos pasajes, no quiere decir la Jerusalén habitada por los Judíos, consta por otros pasajes del Verbo, en los cuales se dice que esta Jerusalén sería completamente destruida, como por ejemplo en Jeremías 5:1; 6:6, 7; 7:17-34; 8:6-22; 9:10-22; 13:9, 10, 14; 14:16; Lamentaciones 1:8, 9, 17; Ezequiel 4; 5:9-17; 12:18-19; 15:6, 7, 8, 16, 23; Mateo 23:37; 38; Lucas 19:41-44; 21:20-22; 23:28-30 y en otros pasajes, donde también se llama Sodoma (Isaías 3:9; Jeremías 23:14; Ezequiel 16:46-48 y otros).

783. La Iglesia es del Señor y a causa del matrimonio espiritual, que es el matrimonio del bien con la verdad, se llama el Señor Novio y Esposo y la Iglesia Novia y Esposa. Esto es conocido en la Iglesia y consta por el Verbo, especialmente por los siguientes pasajes:

«El que tiene la esposa es el esposo; mas el amigo del esposo, que está en pie y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo» (Juan 3:20).

« ¿Pueden los que son de bodas tener luto, entre tanto que el esposo está, con ellos?» (Mateo 9:15).

«Vi la ciudad santa, Jerusalén nueva, descender del cielo, de Dios, preparada como una novia, ataviada para su marido» (Apocalipsis 21:2).

El ángel dijo a Juan:

«Ven acá; te mostraré la novia, esposa del Cordero; y desde el monte me enseñó la santa ciudad de Jerusalén» (Apocalipsis 21:9-10).

«Son venidas las bodas del Cordero, y su esposa se ha aparejado; bienaventurados los que son llamados a la cena del Cordero» (Apocalipsis 19:7-9).

«Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente y de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven; y el que tiene sed venga y el que quiere, tome del agua de la vida de balde» (Apocalipsis 22:16-17).

784. Es de acuerdo con el Divino Orden el que un Nuevo Cielo ha de ser formado antes de poder formarse una Nueva Iglesia en la tierra, porque la Iglesia es interior y exterior, y la Iglesia interior forma uno con la Iglesia en el Cielo y por consiguiente con el Cielo, y lo interior debe necesariamente ser formado antes que lo exterior, y lo exterior después, por medio de lo interior. Precisamente en la medida en que en los hombres crece este nuevo cielo, que constituye la iglesia interior, desciende la Nueva Jerusalén, esto es, la Nueva Iglesia, de este cielo. Esto no puede verificarse en un momento, sino paulatinamente, a medida que son apartadas las falsedades de la antigua Iglesia, porque lo nuevo no puede entrar, donde se hallan insitas falsedades, hasta que éstas sean derraigadas, lo cual tendrá lugar, primero con el Clero y luego con los legos. El Señor dice:

«Nadie echa vino nuevo en cueros viejos; de otra manera los cueros se rompen y el vino se derrama; mas echan el vino nuevo en cueros nuevos y lo uno y lo otro se conservan juntamente» (Mateo 11:17).

Que estas cosas tienen lugar a la consumación del siglo, consta por estas otras palabras del Señor:

«Él reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo; mas, durmiendo los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo y se fue. Y como la hierba salió e hizo fruto, entonces apareció también la cizaña. Y llegándose los siervos del padre de la familia, le dijeron: ¿Señor no sembraste buena simiente en tu campo? ¿de dónde pues tiene la cizaña? Y él les dijo: un hombre enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿quieres, pues, que vayamos y la cojamos? Y él dijo: no; porque, cogiendo la cizaña no arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla, mas recoged el trigo en mi alfolí. La siega es la consumación del siglo; así como es cogida la cizaña y quemada al fuego, así será a la consumación del siglo» (Mateo 13:24-30, 39, 40).

El trigo significa las verdades y los bienes de la Nueva Iglesia y la consumación del siglo el fin de la Iglesia pervertida, según fue demostrado en el primer artículo del presente capítulo.

9. La Nueva Iglesia es la Corona de todas las Iglesias que han existido en la tierra

786. Como ya hemos dicho, han existido en la tierra desde el principio cuatro Iglesias generales; una antes del diluvio, otra después del mismo, luego la tercera, que era la Iglesia israelita, y finalmente la cristiana. Toda Iglesia depende del conocimiento y reconocimiento de un Solo y Único Dios, con Quien el hombre/iglesia puede tener conjunción, y viendo que ninguna de las cuatro Iglesias se ha hallado en esta verdad, es evidente que otra Iglesia las ha de suceder, cuya Iglesia se hallará en el conocimiento y reconocimiento de un Solo y Único Dios. El Divino Amor de Dios, cuando crió el mundo, no tenía otro fin que el de unir el hombre a Sí mismo y unirse El mismo al hombre en conjunción mutua. Las anteriores Iglesias desconocían esta verdad; porque la Antigua primitiva, que existía antes del diluvio, adoraba a un Dios Invisible, con el cual no puede haber conjunción; así era también la adoración de la Antigua, que existía después del diluvio. La Israelita adoraba a Jehová, Quien, en Sí Mismo considerado, es el Dios

invisible (Éxodo 33:18-23), pero bajo una forma humana, la cual Jehová Dios asumió por medio de un ángel y en cuya forma apareció a Moisés, Abrahán, Sarah, Hagar, Gideon, Josué y a veces a los profetas. Esta forma humana era representativa del Señor que había de venir; y por ser esta forma representativa, eran representativas todas las cosas de esa Iglesia. Los sacrificios, y todo cuanto pertenecía a esa Iglesia, representaban al Señor, que había de venir, y cuando vino, fueron abrogados como antes se ha explicado; La cuarta Iglesia, llamada cristiana, si bien ha reconocido a un solo Dios, ha sido con la boca solamente, más en la idea del pensamiento ha reconocido a tres Personas, siendo cada una de ellas considerada como Dios, separadamente por sí; por consiguiente ha reconocido a una Trinidad dividida, y no una Trinidad unida en una sola Persona; reconociendo, pues, en sus mentes a tres Dioses, por más que con la boca han confesado un solo Dios. La Doctrina de esta Iglesia, establecida por el Concilio de Nicea, enseña además que los hombres deben creer en Dios el Padre, en Dios el Hijo y en Dios el Espíritu Santo, todos invisibles; porque existen en igual Divina Esencia desde antes de la creación del mundo, mas, como ya hemos dicho, no puede haber conjunción con un Dios invisible. Ignoran que el Único Dios, que era invisible, vino al mundo El Mismo y asumió Naturaleza Humana, no sólo a fin de poder redimir a los hombres, sino también a fin de hacerse visible y así posibilitar la conjunción; y sin embargo el Verbo lo enseña claramente, porque leemos:

«El Verbo era con Dios y Dios era el Verbo y el Verbo fue hecho Carne» (Juan 1:1, 14).

Y en Isaías:

«Niño nos es nacido, hijo nos es dado y su nombre será llamado Dios, Héroe, Padre Eterno» (Isaías 9:6).

Y frecuentemente en los profetas se dice, que Jehová Mismo había de venir al mundo para ser su Redentor. Y se hizo su Redentor en la Naturaleza Humana, que asumió.

787. La razón por la cual esta Iglesia es la corona de todas las Iglesias, que han existido en la tierra hasta ahora, es que esta Iglesia adora a un solo Dios, visible, en el Cual está el Dios invisible como Alma en Su Cuerpo. Sólo así puede haber conjunción entre el hombre y Dios, porque el hombre es natural, por lo cual piensa naturalmente, y la conjunción se verifica en su pensamiento y por medio de éste en la inclinación de su amor. La conjunción tiene, pues, lugar si piensa de Dios bajo forma Humana como siendo Hombre. La conjunción con Dios invisible es como la conjunción del ojo con la expansión del universo en la cual la vista no alcanza fin alguno; o como una perspectiva en alta mar, donde la vista se pierde en el aire y sobre el agua. Pero la conjunción con Dios visible es como ver al Hombre Divino en aquella expansión, donde la vista se pierde, y verle con Sus brazos extendidos, invitándonos a venir a Su seno. Toda conjunción de Dios con el hombre, debe necesariamente también ser conjunción del hombre con Dios, es decir, una conjunción mutua y recíproca, y reciprocidad no puede haber sino con Dios visible. Que Dios era invisible antes de asumir la Naturaleza Humana, enseña el Señor Mismo en Juan.

«Nunca habéis oído la voz del Padre ni visto su forma.»

Y a Moisés fue dicho:

«Nadie puede ver a Dios y vivir» (Éxodo 33:20).

Pero que es visible por conducto de Su Humanidad, se enseña en Juan:

«Nadie vio jamás a Dios; el Unigénito Hijo, Quien está en el seno del Padre, le reveló» (Juan 1:18).

Jesús dijo:

«Yo soy el camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre sino por mí. El que a mi conoce, conoce al Padre, y el que a mi ve, ve al Padre» (Juan 14:6, 7, 9).

Que la conjunción con Dios invisible se verifica por medio de El Mismo, visible, es decir, por medio del Señor, enseña El Mismo en estos pasajes:

Jesús dijo:

«Permaneced en mí y Yo en vosotros. El que permanece en mí y yo en él éste lleva mucho fruto» (Juan 15:4, 5).

«En aquel día conoceréis que Yo soy en mi Padre y vosotros en mí y Yo en vosotros» (Juan 14:20).

«Y la gloria, que me has dado la he dado a ellos para que sean uno como nosotros somos uno; Yo en ellos y tú en mí; a fin de que el amor, que tú me has dado, esté en ellos, y yo en ellos» (Juan 17:22, 23, 26; 6:56).

Además enseña que El y el Padre son uno y que se debe creer en El para tener vida eterna. La salvación depende enteramente de la conjunción con Dios, según se ha explicado antes en varios artículos.

788. Que esta Iglesia ha de suceder a las que han existido desde la creación del mundo y que ha de permanecer por siglos de siglos, siendo por consiguiente la corona de todas las Iglesias precedentes, fue profetizado por Daniel. Primero cuando contó y explicó a Naucodonosor su sueño de los cuatro reinos (los cuales significaban las cuatro iglesias antes indicadas) diciendo:

«En los días de estos reyes levantará el Dios del cielo un reino que nunca jamás se corromperá; consumirá a todos estos reinos y él permanecerá para siempre» (Daniel 2:44).

Y que esto se cumpliría, viniendo una piedra, grande como una montaña, o roca, que llenaría toda la tierra (Daniel 2:35). Boca, en el Verbo, significa el Señor como la Divina Verdad.

El mismo profeta dice en otro lugar:

«Miraba yo en las visiones de la noche y he aquí en las nubes del cielo como un Hijo del Hombre, que venía y llegó hasta el Anciano de grande edad y fuéle dado señorío y gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán; su señorío, señorío eterno, que no será transitorio, y su reino, reino que no se corromperá» (Daniel 7:13, 14).

Y esto dice después de haber visto salir del mar a las cuatro grandes bestias (Daniel 3) las cuales igualmente representan las cuatro Iglesias anteriores. Que estas cosas fueron dichas por Daniel como profecía sobre el tiempo actual, consta por lo que dice en Daniel 12:4, como asimismo por las palabras del Señor en Mateo 24:15, 30. Cosas similares se dicen en el Apocalipsis:

«El séptimo ángel tocó la trompeta y fueron hechas grandes voces en el cielo, que decían: los reinos del mundo han venido a ser los reinos de nuestro Señor y de Su Cristo, y reinará para siempre jamás» (Apocalipsis 11:15).

789. Los demás profetas profetizaron también sobre esta Iglesia y sobre cuál sería su carácter, de cuyas profecías citaré aquí algunos pasajes:

En Zacarías:

«Y será un día, cual es conocido de Jehová, que ni será día ni noche, mas acontecerá, que al tiempo de la tarde habrá luz. Y acontecerá también en aquel día, que saldrán de Jerusalén aguas vivas... y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será Uno y Su nombre uno» (Zacarías 14:7-9).

En Joel:

«Y será en aquel tiempo que los montes destilarán mosto y los collados fluirán leche... y Jerusalén será habitada en generación y generación» (Joel 3:18, 20).

En Jeremías:

«En aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono de Jehová y todas las gentes se congregarán en ella en nombre de Jehová, en Jerusalén, ni andarán más tras la dureza de su corazón malvado» (Jeremías 3:17; también en el Apocalipsis 21:24, 26).

En Isaías:

«Tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud, tienda que no será desarmada; nunca serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas rotas» (Isaías 33:20).

En estos pasajes Jerusalén significa la santa Jerusalén, descrita en el Apocalipsis 21, por la cual se entiende la Nueva Iglesia.

Otra vez en Isaías:

«Y saldrá un retoño del tronco de Isai y justicia será cinto de sus lomos y verdad ceñidor de sus riñones; por lo cual morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará, el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas. Y el niño de teta se entretendrá sobre la cueva del áspid y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna del basilisco. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como cubren la mar las aguas. Y acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isai, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada de las gentes, y su descanso será gloria» (Isaías 11:1, 5, 10).

Es bien sabido que tales cosas no han tenido lugar en las anteriores Iglesias; en la actual menos que en otra alguna.

En Jeremías:

«He aquí vienen días en los cuales haré nuevo pacto; y éste será el pacto: Daré mi ley en sus entrañas y escribiréla en sus corazones, y seré yo a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo; todos me conocerán desde el más pequeño de ellos hasta el más grande» (Jeremías 31:31-34; también Apocalipsis 21:3).

Es asimismo sabido que estas últimas cosas no han tenido lugar en las Iglesias anteriores; y la razón ha sido que los hombres no se han acercado a Dios visible, a Quien conocerán todos en la Nueva Iglesia;

porque El mismo es el Verbo, o la Ley, la cual El pondrá en medio de ellos y escribirá sobre sus corazones.

En Isaías:

«Por amor de Sión no callaré y por amor de Jerusalén no he de parar, hasta que salga como resplandor su justicia y su salvación arde como lámpara; y te será puesto un nombre nuevo que la boca de Jehová nombrará. Serás también corona de gloria en la mano de Jehová y diadema del reino en la mano del Dios tuyo. El amor de Jehová será en ti; y tu tierra será desposada. He aquí, viene tu Salvador; he aquí su recompensa con El; y llamarles han un pueblo santo, redimidos de Jehová, y a ti te llamarán Ciudad Buscada y no desamparada» (Isaías 62:1-4, 11, 12).

790. Lo que será la cualidad de esta Iglesia se halla descrito circunstancialmente en el Apocalipsis, que trata del fin de la actual Iglesia y del nacimiento de la Nueva. Esta última es descrita bajo la figura de la Nueva Jerusalén, con sus magnificencias, la cual será la Novia y Esposa del Cordero (Apocalipsis 19:7; 21:2; 9). Para concluir añadiré lo siguiente del Apocalipsis:

Cuando Juan vio descender del Cielo a la Nueva Jerusalén le fue dicho:

«He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; y morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos... Y las naciones, que hubieren sido salvas, andarán en la lumbre de ella, y allí no habrá noche» (Apocalipsis 21:3, 24, 25).

«Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente y de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven; y el que tiene sed venga; y el que quiere, tome del agua de la vida de balde. Sea así: Ven, Señor Jesús. Amén» (Apocalipsis 22:16, 17, 20).

10. Memoranda

791. Concluida esta obra, llamó el Señor a Sus doce discípulos, que le seguían en el mundo, y al día siguiente los envió por el mundo espiritual, por todas partes, a predicar el Evangelio de que el Señor Dios Jesucristo reina, y que Su Reino permanecerá para siempre, conforme a las predicciones en Daniel 7:13, 14 y en Apocalipsis 11:15; y que «bienaventurados son los que son llamados a la Cena del Cordero» (Apocalipsis 19:9). Esto tuvo lugar el día diez y nueve de Junio de 1770, y es lo que significan las siguientes palabras del Señor:

«Enviaré sus ángeles con gran voz de trompeta y juntarán sus escogidos de un cabo del cielo hasta el otro» (Mateo 24:31).

Apéndices

[Nota del Traductor

En el apéndice, o Coronis, de La Verdadera Religión Cristiana ha dado Swedenborg- una breve información acerca del estado en que se hallan en el mundo espiritual Lutero, Melancton y Calvino, así como varios pueblos en general, a saber, los Holandeses, los Ingleses, los Alemanes, los Católicos y sus Santos, los Mahometanos, los Africanos y los Judíos, cada pueblo con arreglo a su cualidad general, adquirida durante la vida en el mundo, bajo la influencia y guía de su respectiva religión. Aquí sólo

consignaremos la información dada acerca del estado de los Católicos, o sea los Papistas, y sus Santos en el mundo espiritual.]

Los Católicos, o sea los Papistas, en el mundo espiritual

817. Los Católicos, o Papistas, en el mundo espiritual se hallan alrededor y debajo de los protestantes y separados de éstos por intervalos, los cuales les es prohibido atravesar. No obstante esto, los frailes procuran comunicación para sí mediante artes clandestinas, y mandan asimismo emisarios por sendas

desconocidas, a fin de hacer prosélitos; pero son descubiertos, y después de ser castigados son o bien reconducidos a sus compañeros, o bien despedidos en el abismo.

Después del último juicio, el cual tuvo lugar en el mundo espiritual en el año 1757, el estado de todos, incluso el de los Papistas, ha cambiado tanto que ahora no les es permitido juntarse en compañías como antes, sino que a cada amor, sea bueno, sea malo, ha sido designado caminos, en los cuales los que vienen del mundo entran inmediatamente y pasan a sociedades que corresponden a su amor. De esta manera los malvados son consignados a las sociedades que están en el infierno, y los buenos a las que están en el cielo, evitándose así el que se formen cielos artificiales como anteriormente. Tales sociedades en el mundo de los espíritus, que se halla en medio, entre el Cielo y el Infierno, son muy numerosas, porque son tantas como los géneros y especies del amor al bien y del amor al mal y entretanto que son, o bien elevados al Cielo, o bien echados al infierno, están en conjunción espiritual con los hombres en el mundo, porque éstos se hallan asimismo en medio, entre el Cielo y el Infierno.

Los Papistas tienen en la región del Mediodía, hacia el Oriente, un lugar de deliberaciones, en el cual sus preladados se reúnen y deliberan de varios asuntos pertenecientes a su religión, especialmente de cómo mantener a la gente común en ciega obediencia y de cómo extender su dominio. Mas ninguno de los que en el mundo fueron Papa, es admitido allí, porque en la mente de éstos se halla insita una semejanza de la Divina autoridad, por haberse atribuido el Poder del Señor en el mundo. Tampoco son admitidos los Cardenales al lugar de las deliberaciones, y esto a causa de su preeminencia. Estos últimos se reúnen sin embargo en un espacioso cónclave debajo de los otros, pero después de haber estado allí algunos días son conducidos aparte; a donde no me ha sido dado conocer. Tienen también otro lugar de reunión en la región del Mediodía, pero hacia el Occidente. Su tarea allí es introducir en el Cielo a gente crédula e ignorante. Allí establecen en derredor suyo varias sociedades, que se hallan en deleites externos de varias clases; en algunas de ellas hay bailes, en otras conciertos, en otras procesiones, en otras teatros y espectáculos públicos, en otras hay personas, que mediante alucinamientos inducen varias formas de magnificencia, en otras quienes actúan como payasos haciendo reír; en algunas conversan amigablemente, ora sobre temas religiosos, ora sobre asuntos civiles, ora también lascivamente. En estas sociedades introducen a los crédulos, a cada uno según su particular gusto, y lo llaman Cielo. Más después de permanecer allí un día o dos, éstos se cansan y se marchan, porque estos goces son externos y no internos. De esta manera muchos son disuadidos de su loca creencia, de que el Clero tiene poder para introducir en el Cielo. En cuanto a su culto en particular, es casi como su culto en el mundo. Como éste consiste igualmente de misas, las cuales no son celebradas en el lenguaje común de los espíritus, más en un lenguaje compuesto de palabras de imponente y sublime sonido, las cuales inspiran santidad exterior y temblor, más no las comprenden en manera alguna. Todos los que desde la tierra entran en el mundo espiritual, son al principio mantenidos en la fe de la religión de su patria. Esto es así también con los Papistas, por lo cual siempre tienen un pontífice representativo puesto sobre sí, a quien adoran con ceremonias parecidas a las que observan en el mundo. Rara vez ocurre que uno que ha sido Papa en el mundo sea puesto sobre ellos cuando deja el mundo; sin embargo, el que ocupaba la silla pontifical hace treinta o cuarenta años, fue puesto sobre ellos, porque alentaba en su corazón la idea de que el Verbo es más santo de lo que se cree, y de que el Señor debe ser adorado. Me fue permitido hablar con él, y dijo que adoraba al Señor Solo; porque El es Dios, que tiene toda potestad en el Cielo y en la tierra según Sus propias palabras (Mateo 28:18). Dijo asimismo que la invocación de Santos era un absurdo, y también que había tenido la idea de restaurar esa Iglesia cuando estaba en el mundo, pero que le era imposible por razones que expuso. Al ser destruida en el día del último juicio la grande Ciudad boreal, en la cual

vivían juntos Papistas y Reformados, vi que fue sacado fuera en una litera y transportado a un lugar seguro. A los lindes de la grande sociedad en la cual actúa como pontífice se han instituido escuelas, a las cuales van los que abrigan duda respecto de la religión, y en ellas hay frailes convertidos, los cuales instruyen acerca de Dios el Salvador Cristo, así como acerca de la santidad del Verbo, dejando a su elección el apartar sus ánimos de los modos de santificación, introducidos en la Iglesia Católica Romana. Los que admiten la enseñanza son introducidos en una numerosa sociedad, compuesta de los que han abandonado la adoración del Papa y de los Santos, y cuando entran en esta sociedad son como quienes se despiertan del sueño, entrando en plena vigilia, y como quienes de los sinsabores de un crudo invierno, entran en la grata sensación producida por la primavera naciente, y como un marinero que llega al puerto. Entonces los que viven allí les invitan a una fiesta y les dan de beber vino generoso en copas de cristal. He oído decir también que los ángeles les envían del cielo un plato de maná de forma y gusto similar al que descendió sobre el campamento de los hijos de Israel en el desierto. Este plato, es entonces presentado a cada comensal y todos tienen libertad de gustar del maná.

Todos aquellos de la religión católica que en el mundo anterior pensaban más de Dios que del papismo y que de un corazón sencillo hacían obras de caridad, cuando encuentran que viven después de la muerte, y cuando han sido instruidos de que el Señor Mismo, el Salvador del mundo, reina allí, se apartan con facilidad de las supersticiones de esa religión. Para ellos la transición del paganismo al Cristianismo es tan fácil como el entrar en un templo por una puerta abierta, o como pasar por delante de la guardia y entrar en el palacio real, cuando el rey lo ordena, o como el levantar el rostro y mirar al cielo al oír voces de allí. Mas por otra parte, el disuadir de las supersticiones de esa religión a aquellos que durante el curso de su vida en el mundo rara vez o nunca han pensado en Dios, estimando esa adoración sólo a causa de las festividades, es tan difícil como entrar en un templo al través de las puertas cerradas, o como pasar delante de la guardia y entrar en el palacio real cuando el rey lo prohíbe, o como para una serpiente en la hierba mirar al cielo. Es remarcable, que nadie que entra en el mundo espiritual, procedente del sistema religioso católico, ve allí el cielo, donde se hallan los ángeles. Hay en apariencia por encima de ellos un negro nubarrón, que les intercepta la vista. Más tan pronto llegue un convertido entre los convertidos se le abre el Cielo, y a veces ven allí a los ángeles en vestiduras blancas, y son asimismo elevados entre ellos, cuando hayan cumplido el período de su preparación.

Los Santos papistas en el mundo espiritual

822. Es bien conocido que el hombre lleva en sí un mal inherente o hereditario, de sus padres; pero pocos conocen dónde en el hombre este mal reside en su plenitud. Tiene su morada en el amor de poseer los bienes de los demás hombres, y en el amor de ejercer dominio; este último amor es de tal naturaleza, que en cuanto se le dé rienda suelta se precipita adelante con ardiente deseo de ejercer dominio sobre todos y acaba por ambicionar ser invocado y adorado como Dios. Este amor es la serpiente que engañó a Eva y a Adán; porque dijo a la mujer:

«Dios sabe que el día que comiereis de ese árbol serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses».
(Génesis 3:5)

Por lo cual, a medida que el hombre se abandona a este amor sin restricción, se aparta de Dios y se vuelve hacia sí mismo adorándose. Entonces puede invocar a Dios con labios fervientes por el amor a sí mismo, mas su corazón es frío y lleno de desprecio para con Dios. Entonces también pueden servirle de medios las cosas Divinas de la Iglesia, pero, puesto que su fin es el dominio, no quiere de corazón a los medios más que en cuanto subsirvan a este fin. Tal hombre, si es elevado al supremo honor, es en su propia imaginación como Atlas sosteniendo al globo terráqueo sobre sus hombros, y como Febo con sus caballos, llevando el sol alrededor del globo.

Por ser el hombre por herencia tal, todos los que han sido hechos Santos por medio de bulas papales, son en el mundo espiritual alejados de la vista de los demás, ocultados y privados de todo discurso con sus adoradores, a fin de que la peor raíz del mal no sea avivada en ellos y se dejen llevar por sus fantasías y abandonarse a alucinaciones tales como tienen los demonios. En tales alucinaciones entran los que durante su vida en el mundo ansiosamente aspiran a ser hechos Santos después de la muerte, a fin de ser invocados.

Muchos individuos de la jurisdicción papal, especialmente los frailes cuando entran en el mundo espiritual, buscan los Santos, sobre todo los Santos de su orden, pero no los hallan. Se extrañan de esto, pero luego son instruidos de que estos Santos se hallan intermezclados, o bien con los que están en el Cielo, o bien con los que están en la tierra inferior (infera terra) y que en ningún caso saben algo de la adoración y de las invocaciones que les son dirigidas; y que los que lo saben y desean ser invocados entran en alucinaciones y hablan neciamente. La adoración de Santos es en el Cielo una abominación tal que el mero oír hablar de ella causa horror, porque en cuanto se adore a un hombre, se niega la adoración al Señor, siendo así que en este caso no puede El Solo ser adorado, y de no ser el Señor Solo adorado resulta una división, la cual destruye la comunión y la felicidad de vida que fluye de ella. A fin de que conociera la cualidad de los Santos de los papistas, para poder hacerla notoria, fueron sacados de la tierra inferior hasta un centenar de ellos, los cuales sabían que habían sido hechos Santos. Subieron por detrás de mí y sólo unos pocos por delante, y hablé con uno de ellos, quien dijeron era Xavier. Mientras hablaba conmigo era como un bobo; sin embargo pudo decir que en su propio lugar, donde estaba encerrado con otros, no era bobo, sino que se vuelve bobo en cuanto piense que es un Santo y desea ser invocado. Oí que los que estaban detrás de mí murmulaban lo mismo. Con los llamados Santos que están en el Cielo, el caso es diferente. Nada saben de lo que se hace en la tierra, ni les es dado conversar con alguien de la jurisdicción papal que se halla en esa superstición, a fin de que no entre en ellos idea alguna de tal cosa.

Conociéndose el estado de los Santos se comprende fácilmente que su invocación es una mera burla; y puedo además asegurar que no oyen las invocaciones, que les son dirigidas, más que sus imágenes, colocadas al borde de los caminos, ni más que las paredes del templo, o los pajaritos que anidan en su campanario. Los que les adoran en la tierra dicen que los Santos reinan en el Cielo con el Señor Jesucristo; mas esto es una ficción y una falsedad, porque no reinan con el Señor más que un soldado con su rey, ni más que un portero con un señor noble, o un correo con un primate. Juan el Bautista dijo, refiriéndose al Señor:

«No soy digno de desatar la correa de su zapato» (Juan 1:5).

¿Qué son entonces tales como éstos?

A los parisienses, los cuales en el mundo espiritual forman una sociedad por sí, aparece a veces cierta mujer, a una altitud media, en vestidura resplandeciente y con rostro aparentemente de Santo, y ha dicho que es Genoveva, pero cuando algunos de ellos empiezan a adorarla, su rostro cambia de repente y también su vestidura, y toma el aspecto de una mujer ordinaria. Entonces les reprende por querer adorar a una mujer, que entre sus compañeras no es más estimada que una criada, y se asombra de que los hombres en la tierra pueden dejarse engañar por tales necedades.

827. A esto añadiré lo siguiente que es muy digno de conocerse: cierta vez María, la madre del Señor, pasaba. Apareció encima de mi cabeza en vestidura blanca, y, deteniéndose un momento, dijo que había sido la madre del Señor, y que El realmente nació de ella; mas al ser hecho Dios extirpó de Sí todo lo humano que tenía de ella de modo que ahora le adora como Dios, y no quiere que persona alguna le mire y reconozca como hijo suyo, por cuanto en El todo es Divino.

Recuerdo

846. RECUERDO. Cierta vez fui en cuanto a mi espíritu, elevado al Cielo de los ángeles y allí introducido en cierta sociedad. Algunos de los sabios de la sociedad vinieron y me preguntaron: « ¿Qué hay de nuevo de la tierra?» Y les contesté: «Hay esto que es nuevo; que el Señor ha revelado secretos, que por su importancia y transcendencia exceden a cuantos secretos fueron revelados desde el principio de la Iglesia hasta hoy.» Preguntaron: « ¿Cuáles son estos secretos?» Y contesté: «Son los siguientes:

1. Que en el conjunto y en todo detalle del Verbo hay un sentido espiritual, que corresponde al sentido natural, y que el Verbo a causa de este sentido interior es el medio de comunicación entre los hombres de la Iglesia y el Señor, así como un medio de su asociación con los ángeles, y que la Santidad del Verbo se halla en este sentido.
2. Que las correspondencias, de las cuales consiste el sentido espiritual del Verbo, han sido reveladas.» Preguntaron los ángeles, si los habitantes de la tierra, antes nada sabían de las correspondencias, y dije: «Nada absolutamente, porque la ciencia de las correspondencias ha permanecido oculta desde hace miles de años, siempre después del tiempo de Job†. Entre los que vivían entonces y antes la ciencia de las correspondencias era la ciencia de las ciencias; porque es conocer las cosas espirituales que pertenecen al Cielo y a la Iglesia, pero puesto que esta ciencia luego se convirtió en idolatría fue, por la Divina Providencia del Señor, tan borrada y extinta, que después nadie se ha dado cuenta de su existencia. Mas ahora ha placido al Señor volver a revelarla a fin de establecer comunicación entre Sí Mismo y los de la Iglesia y asociación de ellos con los ángeles. Esto se consigue por medio del Verbo en el cual todo y cada mínimo detalle son correspondencias.» Los ángeles se alegraron mucho de oír que había placido al Señor volver a revelar este gran secreto, que ha permanecido oculto durante muchos miles de años, y dijeron que esto ha sucedido, a fin de que la Iglesia cristiana, que es basada en el Verbo y actualmente se halla en su consumación, recobre la vida y reciba espíritu del Señor por conducto del Cielo. Preguntaron si ahora por medio de esta ciencia ha quedado revelado lo que son el Bautismo y la Santa Cena, acerca de cuyos Sacramentos han existido tan diversas opiniones, y dije que había sido revelado.
3. Dije además que el Señor había revelado muchas cosas acerca de la vida del hombre después de la muerte, a lo cual observaron los ángeles: « ¿Qué ha revelado acerca de la vida después de la muerte; quién no sabe que el hombre vive después de la muerte?» Y les contesté: «Se sabe y sin embargo se ignora; dicen que no es el hombre, sino su alma, que vive después de la muerte, y que ésta vive como espíritu, acerca del cual tienen la idea de que es como aire o éter; creen que el hombre mismo no vive hasta después del día del último juicio, cuando las partículas del cuerpo terrenal, que el alma deja tras sí en el mundo, se volverán a reunir y a formar un cuerpo, por más que estén corrompidas y comidas por gusanos, ratones y peces, y que entonces el hombre resucitará.» A esto exclamaron los ángeles: « ¿Qué es esto? ¿Quién ignora que el hombre vive como hombre después de la muerte con la sola diferencia de que entonces vive como un hombre substancial, y no como un hombre material como antes, y que el hombre substancial ve a otro hombre substancial, como el hombre material ve a otro hombre material, y que no conocen la menor diferencia sino que viven en un estado del todo igual que antes?»

4. Continuaron preguntando: « ¿Qué saben los hombres acerca de nuestro mundo y acerca del Cielo y del Infierno?» Dije: «Nada saben acerca de ellos, pero el Señor ha revelado ahora la naturaleza y el carácter del mundo, en el cual viven los ángeles y los espíritus, y por consiguiente cuáles y cómo son el Cielo y el Infierno, como asimismo que los ángeles y los espíritus se hallan en comunicación con los hombres, y además muchas otras cosas referentes a ellos.» Los ángeles se alegraron de que el Señor había hecho esta revelación, a fin de que los hombres no permaneciesen por más tiempo en duda respecto de su inmortalidad, a causa de ignorancia.

5. Continué diciendo: «El Señor ha revelado ahora que en vuestro mundo hay un Sol, diferente del que hay en nuestro mundo, y que el Sol de vuestro mundo es puro Amor, mientras que todo cuanto sale del sol de nuestro mundo carece de vida, por ser este sol puro fuego, y de ahí viene la diferencia entre lo espiritual y lo natural, cuya diferencia hasta ahora ha sido ignorada, pero ahora es divulgada. Por esto se ha llegado también a conocer la procedencia de la luz, que ilumina el entendimiento humano con sabiduría, y la procedencia del calor, que anima la voluntad humana con amor.»

6. Además ha sido revelado que existen tres grados de vida y que por consiguiente hay tres cielos, así como que la mente humana se halla compartida en otros tantos grados que corresponden a los tres cielos. A esto dijeron los ángeles: « ¿No sabían esto antes?» «No»—respondí— «algo han sabido de grados entre más y menos, pero no entre lo anterior y lo posterior.» Y preguntaron de nuevo los ángeles: « ¿Ha sido revelado alguna cosa además de éstas?» Y dije: «Sí; muchas otras cosas; a saber: acerca del Último Juicio, del Señor, que El es el Dios del Cielo y de la tierra, que Dios es Uno, tanto respecto de Su Persona cuanto de Su Esencia; que en El hay Divina Trinidad, y que el Señor es este Dios; además acerca de la Nueva Iglesia que El establecerá y acerca de la Doctrina de esta Iglesia; acerca de la Santidad de la Sagrada Escritura; asimismo que el Apocalipsis ha sido revelado; además varias cosas referentes a los habitantes de los planetas y a las tierras del Universo, aparte de muchas experiencias memorables en el mundo espiritual, por medio de las cuales muchas cosas, pertenecientes a la Sabiduría, han sido reveladas del Cielo.»

847. Luego hablé con los ángeles de que el Señor ahora había revelado al mundo también otras cosas, y preguntando ellos lo que esto era, les dije: «El amor verdaderamente conyugal y sus goces espirituales.» Los ángeles dijeron: « ¿Quién ignora que los goces del amor verdaderamente conyugal exceden a los de todo otro amor, y quién no puede comprender y reconocer que debe existir un amor, en el cual se hallan reunidos cuantos deleites, bendiciones y placeres pueda comunicar el Señor, por corresponder este amor al amor del Señor y de la Iglesia, y por ser su forma la verdaderamente conyugal, cuya forma puede recibirlas y percibirlas con sensación perfecta?» Contesté: «Ignoran esto, puesto que no se han dirigido al Señor, huyendo de los apetitos de la carne, no habiendo podido nacer de nuevo; porque el amor verdaderamente conyugal viene exclusivamente del Señor y es dado a los que nacen de nuevo por El. Estos son también los que reciben la Nueva Iglesia del Señor, la cual en el Apocalipsis es significada por la Nueva Jerusalén.» Añadí que dudo que en el mundo ahora querrán creer que este amor, en y por sí considerado, es espiritual y que por consiguiente se basa en la Religión, porque no tienen otra idea del mismo que una idea meramente corporal, queriendo por lo mismo difícilmente creer que tiene relación con la Religión, es decir, que es espiritual con los espirituales, natural con los naturales y exclusivamente carnal con los lascivas.»

848. Habiendo oído los ángeles cuanto había dicho se alegraron en gran manera, pero observando que yo era triste preguntaron: «¿Por qué eres triste?» Les contesté: «Porque estos secretos, que el Señor ahora ha revelado, se consideran en la tierra como algo que carece de todo valor, por más que en excelencia y valor exceden a todos los conocimientos que hasta hoy han sido divulgados.» Los ángeles se asombraron de esto y oraron al Señor a que les permitiese mirar abajo al mundo, y miraron abajo y he aquí, sólo vieron tinieblas. Les fue dicho de escribir ahora estos secretos en un papel y dejar caer éste sobre la tierra y que verían una maravilla. Hicieron así y he aquí, el papel en el cual se hallaban escritos estos secretos, cayó del Cielo y resplandecía como una estrella mientras todavía se hallaba en el mundo espiritual, pero al caer dentro del mundo natural desaparecía el resplandor a medida que descendía y finalmente se oscureció por completo. Y al ser enviados los ángeles allí a una sociedad de eruditos y sabios, clérigos y legos, se oía un rumor de muchos que decían: «¿Qué es esto? ¿Es esto algo? ¿Qué provecho nos da el saberlo o el no saberlo? ¿No es pura quimera?» Y parecía como si algunos cogieron el papel, plegándolo y desplegándolo y como si algunos lo rasgaron y quisieron pisotearlo; pero el Señor les detuvo de cometer tal iniquidad y los ángeles recibieron encargo de recogerlo, llevarlo consigo al Cielo y conservarlo. Al entristecerse entonces los ángeles y pensar: «¿Hasta cuándo ha de durar esto?» Les fue dicho: «Hasta un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo» (Apocalipsis 12:14).

849. Luego oí un rumor hostil que salía del Infierno, y se dejaron oír estas palabras: «Haz milagros y crearemos». Les dije: «¿No son estas cosas milagros?» Y contestaron: «No». — Pregunté entonces: «¿Qué cosas son, pues, milagros?» «Revela y descubre acontecimientos futuros» — dijeron — «y crearemos.» Más les contesté: «El Señor no hace tales revelaciones, pues en cuanto el hombre conozca acontecimientos futuros, su razón y su entendimiento, y con ellos su prudencia y sabiduría, caen en inactividad, entumeciéndose y pereciendo.» Pregunté de nuevo: «¿Qué milagros queréis que haga, otros que éstos?» «Haz milagros como los que hizo Moisés en Egipto» — vociferaron. «Quizás — dije — endureceréis entonces vuestros corazones como hicieron Faraón y los Egipcios.» Contestaron: «No.» Volví a decir: «Aseguradme que no bailaréis en tomo del becerro de oro ni le adorareis, como hicieron los descendientes de Jacob un mes después de haber visto al monte de Sinaí envuelto en fuego y oído hablar desde el fuego a Jehová Mismo, es decir, después de haber visto el más grande de todos los milagros.» (Un becerro de oro significa en sentido espiritual las voluptuosidades de la carne). Y contestaron desde los infiernos: «No seremos como los descendientes de Jacob.» Mas entonces oí del Cielo una voz que les dijo: «Si no creéis a Moisés y a los profetas, es decir, al Verbo de Dios, tampoco creeréis por medio de milagros más que los descendientes de Jacob creyeron en el desierto, ni más que creyeron cuando con sus propios ojos vieron los milagros que hizo el Señor mismo mientras estaba en el mundo.»

850. Luego vi subir de los infiernos algunos espíritus, y oí desde allí algunos, que me hablaron con acento áspero diciendo: «¿Por qué ha revelado tu Señor a ti, que eres un lego, los secretos que acabas de enumerar tan extensamente, y no a alguno del Clero?» A esto contesté: «Ha placido así al Señor, Quien desde mi primera edad me ha preparado para esta obra; mas permitidme a mi vez hacer una pregunta: «¿Por qué eligió el Señor, cuando estaba en el mundo, a pescadores por discípulos y no a algunos de los doctores de la ley, de los escribas, de los sacerdotes o rabinos? Deliberad sobre esto entre vosotros y formad conclusión por vuestro entendimiento y encontraréis la causa.» Al oír esto hubo un rumor y luego fue hecho silencio.

